FOTOS DE ADA

Parte 1: Panorâmica









Marina Phoenix

FOTOS DE ADA

PARTE 1: PANORÁMICA

MARINA PHOENIX

FOTOS DE ADA

Parte 1: Panorámica

Marina Phoenix

ÍNDICE

Septiembre, 2018
- I. Jueves, 6
- II. Viernes, 7
- III. Sábado, 8
- IV. Domingo, 9
- V. Lunes, 10
- VI. Viernes, 14
- VII. Sábado, 15
- VIII. Lunes, 17
- IX. Viernes, 21
- X. Miércoles, 26
- XI. Viernes, 28
- XII. Sábado, 29
- XIII. Domingo, 30

Octubre, 2018
- I. Martes, 2
- II. Viernes, 5
- III. Lunes, 8
- IV. Viernes, 12
- V. Sábado, 13
- VI. Miércoles, 17
- VII. Viernes, 19
- VIII. Martes, 23
- IX. Viernes, 26
- X. Sábado, 27
- XI. Lunes, 29
- XII. Miércoles, 31

Noviembre, 2018
- I. Jueves, 1
- II. Sábado, 3
- III. Lunes, 5
- IV. Jueves, 8
- V. Viernes, 9

VI. Sábado, 10
VII. Domingo, 11
VIII. Lunes, 12
IX. Viernes, 16
X. Sábado, 17
XI. Martes, 20
XII. Sábado, 24
XIII. Domingo, 25
XIV. Miércoles, 28

Diciembre, 2018
I. Sábado, 1
II. Domingo, 2
III. Lunes, 3
IV. Miércoles, 5
V. Viernes, 7
VI. Martes, 11
VII. Viernes, 14
VIII. Domingo, 16
IX. Miércoles, 19
X. Viernes, 21
XI. Sábado, 22
XII. Domingo, 23
XIII. Lunes, 24
XIV. Miércoles, 26
XV. Viernes, 28
XVI. Sábado, 29
XVII. Lunes, 31

Agradecimientos
Biografía

© 2026, Marina Phoenix
ISBN Amazon: 9798245315683
ISBN: 978-84-09-82129-7
Depósito legal: Z 161-2026

Ilustración de cubierta: Pablo Yagüe (@pablo.yague)
Correctora: Lorena Suárez Lago (@egocorrigo)
Maquetación: Aitana Sánchez (@aitanasanblanco)

* * *

Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de *copyright* y tratados internacionales. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático o su transmisión en cualquier forma o medio (digital, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Para Bea y Roxana.
Gracias por confiar en esta historia,
y en mí, más que yo.

«Y todo se recolocó,
se hizo la luz en el infierno
y todo gracias a nosotros dos
que estábamos ardiendo».

El poder del arte
Robe

SEPTIEMBRE, 2018



I. JUEVES, 6

ADA

Repiqueteaba los dedos de su mano derecha contra su otro brazo. Uno detrás de otro: meñique, anular, corazón, índice, pulgar; meñique, anular, corazón, índice, pulgar… Así, en un bucle que le ayudaba a descargar los nervios que llevaban horas anidados en su estómago, en su pecho. Ada contemplaba la pantalla del ordenador desde atrás, sentada sobre el colchón. Hacía rato que se había resignado a ser una mera espectadora, de forma que miraba atenta los movimientos de su compañero, que hacía clic aquí y allá.

Se concentró en respirar. Estaba muy agobiada. Si Enrique no salvaba los archivos, el trabajo de esa jornada se habría perdido para siempre. Un reportaje fotográfico irrepetible, como todos, porque ¿qué iba a hacer?: ¿Llamar al cantante del grupo y pedirle, por favor, que volviera a posar para ella? Y todo porque su tarjeta SD había decidido liársela y corromper algunas de las instantáneas que había tomado sin haber tenido la oportunidad de pasarlas por el editor. ¡Imposible!

Hacia el final de la tarde, había encendido el portátil para revisar las fotos. Entonces, el pánico se desató. Algunas ya no estaban. Con el corazón desbocado, cogió el móvil y llamó a Enrique, el periodista que la había acompañado al reportaje y que sabía algo más que ella de informática. Y él, raudo y veloz, pues también era responsable de

que todo llegara a buen puerto, apareció en su casa, con esa sonrisa que achinaba sus ojos, oscuros como el café bien cargado, dispuesto a arreglar lo que un hado malévolo había deshecho.

Se conocían desde hacía un año y medio más o menos, cuando habían empezado a trabajar juntos en la revista *On*, un medio que abordaba novedades de cine, música y televisión. Habían conectado tanto en el plano laboral como en el personal y colaboraban con asiduidad. Eran una pareja de trabajo bien avenida, juntos conseguían grandes piezas, algo de lo que su jefe era consciente y solía aprovechar.

—¿Cómo vas? —se atrevió a preguntar mientras se recogía tras la oreja un mechón de pelo negro que se había soltado del improvisado moño. Cerró los ojos, rezando por la llegada de buenas noticias.

—Creo que bien —contestó sin mirarla. La joven suspiró por el alivio—. ¿No tendrás algo de beber?

—Te traigo una cerveza. Y yo me pillo otra. La voy a necesitar.

Salió del cuarto en dirección a la cocina, planteándose que, si por ella fuera, se bebería no una, sino diez. Estaba atacada y muerta de sed.

Abrió la nevera para coger los botellines. Nuria entró tras ella con el rostro compungido y sujetando una taza llena de té que todavía humeaba.

—¿Lo ha conseguido?

—Parece que está cerca.

Se volvió con dos cervezas en la mano.

—¿Vais a beber? —Nuria frunció el ceño—. Si necesitas cualquier cosa, estaré en mi cuarto. Es bastante tarde.

Miró el reloj que tenían colgado en la pared. Era cerca de la una. Asintió y sonrió, forzada, intentando quitarle hierro al asunto. No le gustaba que la vieran inquieta. Nuria le devolvió el gesto y se marchó.

En el dormitorio, su compañero seguía enfrascado en la difícil tarea que le había echado encima. Ella le abrió la lata y se la tendió con cuidado: solo faltaba que se derramara el líquido en el ordenador y terminaran de arreglarlo.

Se acomodó de nuevo en la cama, justo detrás del escritorio, de forma que seguía sin verle la cara a su colega. Sin embargo, sí que podía observar sus hombros tensos, sus brazos fuertes marcando los músculos bajo una camisa fina de verano. Sintió una gota de sudor desplazarse por su frente. Hacía calor. Estaba siendo un septiembre demasiado cálido. Otro punto para el cambio climático. Tampoco ayudaba mucho que la espalda de Enrique le pareciera una visión tan placentera. Se cruzó de piernas con el fin de retener la excitación que había nacido en ese preciso instante.

Enrique le sacaba diez años, una cifra que no le importaba. Los hombres de treinta y tantos no estaban mal en general. Y él no era una excepción. Al revés, era muy atractivo. Risueño, moreno de piel y pelo, con esa barba de apariencia descuidada que tan de moda estaba. Ah, y sus ojos marrones de mirada profunda. Preciosos. Tomó un trago de su bebida y se recostó, tratando de serenarse un poco.

* * *

Tras media hora de sufrimiento y otra cerveza, el milagro se produjo.

—¡Las tengo! —exclamó él, y levantó ambas manos del teclado para llevárselas a la nuca.

Ada dio un respingo y, entusiasmada, saltó para asomarse a la pantalla. Enrique tiró de ella, la sentó sobre sus muslos, algo ladeada, y le mostró los archivos que había rescatado.

—Tienes que comprarte otra SD —concluyó, y la miró, satisfecho.

La barbilla de Enrique rozaba su hombro. Le hacía cosquillas con la barba y ella sintió de nuevo ese ardor que no se había manifestado en año y medio y ahora no la abandonaba. Estaba excitada y el cansancio le impedía pensar con claridad. La verdad, tampoco necesitaba muchas más excusas: con los hombres solía dejarse llevar, de manera que se giró para acariciar el rostro de su compañero.

—Guarda las fotos, anda —le sugirió él. Ada enarcó las cejas: ¿Acababa de rechazarla?—. Si me permites, me voy a coger otra. —

Agitó la lata y se levantó, haciendo que ella se incorporara también.

Mientras estaba fuera, Ada metió las fotos en un *pendrive* y se juró a sí misma que nada más salir de trabajar iría a por otra tarjetita.

—¿Está todo correcto?

La voz de Enrique la sobresaltó. No se había percatado de su regreso. El periodista se aproximó al escritorio y se inclinó para asegurarse de que habían salvado el reportaje.

Estaban demasiado cerca. No era necesario que su hombro rozara el de ella. Y lo rozaba. Joder, Enrique olía muy bien. Era como un puto bote repleto de masculinidad. Solo podía pensar en abrirlo.

—Perfecto —contestó y tragó saliva. ¿Y si no había sido un rechazo…? A la mierda, lo intentaría de nuevo.

Se levantó y él se irguió. Ada abrazó su cintura y subió sus manos descubriendo esa espalda torneada que tanto la había encendido minutos atrás. Tal vez no hacía tanto calor, tal vez lo que elevaba la temperatura era la presencia del periodista. Él se pegó a ella con la excusa de poner la bebida recién empezada sobre la mesa, y aprovechó para rodearla con sus brazos y buscar con la boca su cuello. La fue besando hasta pasar a la mandíbula y alcanzar sus labios. Ella gimió y se abandonó al alivio que ese contacto le producía. Besaba muy bien.

Mejor no pensar en la pésima idea que era acostarse con él. Lo analizaría con la luz del sol. En ese preciso instante, necesitaba un buen orgasmo para soltar la tensión que había acumulado y Enrique estaba dispuesto a dárselo.

No tardaron mucho en yacer desnudos en la cama, ella encima de él, intentando no hacer ruido para no desvelar a su compañera de piso.

NURIA

Con la cabeza enterrada bajo la almohada, luchaba por amortiguar los jadeos que venían de la habitación contigua. Y eso que se notaba

que se estaban conteniendo; en otras ocasiones, Ada no había sido tan comedida. Aun así, le resultaba incómodo escucharlos. Además, que fuera con él… Enrique era la peor de las elecciones. ¿En qué narices pensaba su amiga?

Bufó y se dio la vuelta. Se había desvelado, antes incluso de que empezara esa escena tan tórrida que procuraba no dibujar en su cabeza. Le preocupaba que Ada pudiera perder su empleo por lo sucedido con las fotos. Era su amiga y no quería que sufriera. Sin embargo, estaba claro que ella había pasado página. Muy claro.

Para su alivio, los ruidos cesaron. Habían acabado. Solo esperaba que no les diera por repetir.

II. VIERNES, 7

ADA

Cuando despertó por la mañana pensó en todas las reglas autoimpuestas que había roto:

1. *Ningún hombre dormiría en su casa.* Casi destapado, Enrique respiraba tranquilo junto a ella.
2. *No mezclar trabajo y placer.* A su lado estaba la persona con la que más había colaborado desde su llegada a la revista.
3. *Y no acostarse con un hombre casado.* Miraba hipnotizada la alianza de Enrique. Brillaba, refulgía, y la acusaba. Esa norma era importante. Ya no porque fuera un acto feo, que también; sino porque podía buscarse grandes problemas.

Menuda cagada. Ese hombre tenía familia y lo había metido en su cama como si nada. Ahora que lo pensaba: ¿Y él por qué seguía allí? Si se hubiera marchado como un buen casado arrepentido, ella habría seguido cumpliendo su primera norma. Aunque eso era lo de menos…

El sonido del despertador la sobresaltó. Él se desperezó mientras Ada alcanzaba su móvil, temblorosa por el susto y los

remordimientos, y paraba la alarma. El periodista se sentó en la cama y la miró. Ni un beso, ni una caricia. «Bien. Nada de sentimientos, eso facilitará las cosas», pensó, entre agradecida y extrañada.

—¿Puedo ducharme? —preguntó él.

—Claro. —¿Iba a ducharse? ¿Y luego, qué? ¿Un desayuno continental? En fin, no entendía nada—. Yo voy a la cocina.

Su compañero se puso en pie y desapareció, dejándola pensativa, autoconvenciéndose de que la actitud despreocupada de Enrique era la mejor, dada su situación.

NURIA

Mojaba una tostada en un vaso de café solo. Odiaba el café solo, era demasiado amargo. Con todo, se negaba a echarle azúcar porque, según todos los estudios del universo, no era sano. Hizo un gesto de asco y se la llevó a la boca. Todo fuera por mantener la línea.

Ada entró en la cocina y le dio los buenos días. Sacó el tetrabrik de leche y se llenó una taza hasta rebosar. La metió en el microondas, y buscó el cacao y las galletas. Lo dejó todo sobre la mesa y se sentó a su lado.

Nuria la miró, fascinada. Ojalá ella pudiera comer tantas galletas con impunidad para sus caderas. Su amiga nunca engordaba, una chica con suerte. Sacudió la cabeza y se centró en lo relevante:

—¿Con él? —le reprochó. La otra se encogió de hombros—. ¿No está casado?

—No lo pudimos evitar —se limitó a decir como si le diera lo mismo.

—Siempre se puede evitar. Piensa en su mujer. La está engañando. ¿Y qué me dices de su hija?

El microondas avisó de que había finalizado el tiempo y la fotógrafa se levantó, ignorando su reprimenda, lo que la irritó hasta niveles extremos.

—Soy tu amiga. Tengo que hacerte ver tus errores —continuó.

—Son sus putos errores —susurró. Parecía que algo le importaba, pues no quería que su improvisado huésped la escuchara.

—Y los tuyos. ¿Sabe él que…?

Calló cuando Enrique se asomó a la cocina. Llevaba el pelo y la barba todavía húmedos. Saludó, y los tres quedaron sumidos en un silencio tenso.

—Me voy —anunció tras un carraspeo.

—¿Quieres comer algo? —le ofreció Nuria, tratando de ser amable.

—No, gracias —sonrió. Parecía encantador, pero a ella no la engañaba: era un adúltero—. Nos vemos en la redacción, Ada.

—Hasta luego.

Se quedaron calladas hasta que escucharon la puerta de entrada cerrándose. Entonces, quiso volver a la carga; pero su amiga, mientras se sentaba de nuevo, hizo una seña con la mano que la detuvo.

—No me sermonees más. Soy consciente de la cagada. No se va a repetir. Olvídalo.

—Sé que no se va a repetir. Nunca repites.

—Pues eso.

Ada no llevaba a un mismo ligue a casa dos veces, eso era cierto. Sin embargo, con Enrique era diferente: era su compañero. Y tenía familia. Por eso necesitaba que recapacitara, que supiera que lo que había pasado estaba mal. Fatal.

—El daño ya está hecho.

La fotógrafa negó con la cabeza y no contestó. Nuria le dio otro trago a su café. El sabor no había mejorado, desde luego. Era de esperar. Igual que también era de esperar que su amiga no mostrara más arrepentimiento. Decidió cambiar de tema:

—Acuérdate de que esta tarde vuelve David.

—¡Sí! Por fin estaremos toda la cuadrilla. Por la noche lo petamos.

Levantó la palma y Nuria se la chocó. Ambas rieron, volviendo a ser las adolescentes inseparables de unos años atrás.

—Bueno, me voy al trabajo. Las cosas se están poniendo raras en el hotel. La directora quiere hablar conmigo —le contó,

preocupada, al tiempo que se estiraba uno de los rizos de su indomable cabellera castaña.

Aunque había estudiado Psicología, no había tenido oportunidad de ejercer. Un par de años atrás, había comenzado a trabajar de recepcionista en un hotel del centro de Madrid para ganar un dinero que le permitiera pagar el alquiler. Un lugar exclusivo en el que valoraban su saber estar y su destreza con los idiomas. Por desgracia, su jefa era bastante maniática y, a veces, agobiante. Era como tener la espada de Damocles encima, cualquiera podía irse a la calle por una tontería.

—Seguro que no es nada —la animó Ada.

Sonrió sin ganas y la dejó sola en la cocina, deseando que tuviera razón: necesitaba su sueldo.

* * *

Nuria llegó a su hora al hotel. Siempre lo hacía. De hecho, nunca llegaba tarde a ningún sitio. Era responsable y perfeccionista, lo que le habían inculcado sus padres, que siempre exigían y exigían. Cero defectos de cara a la galería. No obstante, por dentro tenía la mente resquebrajada. Ella lo sabía; al fin y al cabo, era psicóloga. Una psicóloga que trabajaba de recepcionista, pero los estudios ahí estaban.

Cada día se levantaba e intentaba domarse el pelo rizado y encrespado que le amargaba la existencia. Había probado todos los tipos de champús que existían, todos los acondicionadores, cepillos, peluquerías… Y nada. Además, estaba esa barriguilla, esa celulitis, las estrías… No se veía bien. Odiaba ir a la piscina. No podía disfrutar: se dedicaba a mirar los cuerpos de las demás y a echar de menos esa piel tersa que ella misma había lucido (y no había apreciado) con catorce o quince años. ¿Qué le había pasado? Todo empeoraba si se comparaba con Ada, que conservaba esa delgadez que el mundo consideraba idónea y a la que ella no daba importancia. Y ese pelo liso, brillante y moldeable. Cada vez que Nuria sacaba el tema para quejarse, su amiga se reía y la llamaba

«exagerada». Le insistía en que era mucho más lista que ella, que valorara eso. Sin embargo, no era capaz porque, fuera o no más lista, la fotógrafa trabajaba en lo que le gustaba, tenía un cuerpazo sin hacer dieta alguna y todos la adoraban, incluida su familia. Nuria no podía afirmar nada de eso.

Se puso el uniforme del hotel y salió a la recepción. Le esperaba un día duro. En cualquier momento, su jefa la llamaría.

* * *

El momento llegó un par de horas después: «Nuria, sube a mi despacho». No había posibilidad de esconderse. ¿Qué querría esa mujer? Se le hizo un nudo en la garganta. Durante el trayecto en el ascensor, trató de tranquilizarse mediante técnicas de respiración. Fue en vano: ese sexto sentido suyo le anunciaba que algo iba mal.

Ya frente a la puerta, llamó con suavidad. Dos veces. La voz de su jefa la invitó a pasar.

—Siéntate. —No había levantado la cabeza del papel en el que estaba escribiendo, cosa que la puso todavía más nerviosa. No la miró hasta que ella estuvo en la silla de enfrente, con las manos sobre las rodillas porque no sabía dónde ponerlas. Solo entonces, alzó la vista, se quitó las gafas para ver de cerca y la observó con una mueca indescifrable en el rostro, que afeó todavía más esa máscara de maquillaje que tanto desagradaba a Nuria—. ¿Estás contenta en el hotel?

—Sí.

—Tengo entendido que eres psicóloga.

—Sí —repitió, intentando adivinar hacia dónde se dirigía esa conversación.

—¿Y no querrías trabajar de lo tuyo?

«Hombre, claro. Pero, mira, me fastidio y aquí estoy, hay que comer», pensó. En cambio, dijo:

—Bueno, estoy contenta, practico idiomas, me relaciono con gente. La verdad es que ser psicólogo es duro y no sé si estoy preparada para escuchar los problemas de los demás.

—Poca ambición la tuya, ¿no? —Ahí ya no supo qué contestar. Era bastante conformista, sí, ¿y qué? Mientras respondiera bien en el trabajo, eso carecía de importancia—. En esta empresa buscamos a gente con sueños, con ganas de ascender. Y tú no vives, sobrevives; no atacas, te defiendes. ¿Me entiendes? —Hizo una breve pausa y la miró fijamente. Nuria, estupefacta y con el corazón golpeándole el pecho de forma dolorosa, seguía preguntándose qué narices estaba pasando—. Estamos reduciendo el personal. Ya sabes, la crisis. Siendo honesta, creo que te hago un favor. Necesitas buscarte un objetivo propio, tuyo, e ir a por él. Te estoy dando una lección. Toma, tu carta de despido.

Le tendió un papel. El mismo que garabateaba unos minutos antes. Ella lo cogió sin ocultar su asombro. Su vida, su estabilidad, se había roto en mil pedazos.

Dos minutos después, estaba fuera del despacho.

Veinte minutos después, estaba fuera del hotel.

Se secó una lágrima que le caía por la mejilla, una solitaria lágrima. Y se marchó a casa. No dijo nada a nadie. No tenía fuerzas. Ese despido era un fracaso, y Nuria no sabía afrontar el fracaso, según el estudio psicológico que se había hecho a sí misma.

ADA

Terminó de retocar las fotos del reportaje del día anterior justo cuando el director de la revista, Fernando, los llamó para una reunión: parecía que iba a haber cambios en la planificación de las piezas. Estaban convocados dos periodistas (Enrique y Lidia) y dos fotógrafos (Toni y ella). Esa noche había un concierto y un estreno. Según lo acordado en el reparto de temas del lunes, le tocaba ir con Enrique al concierto.

—Buenos días —saludó el jefe—. Voy a ser breve, tengo un poco de prisa hoy.

Fernando no tenía buen aspecto. Sudaba, a pesar del aire acondicionado. Las gotas le resbalaban por la cabeza entre el escaso

cabello. El director era uno de esos hombres que estaban destinados a quedarse calvos, sin embargo, no había terminado de ocurrir. Sin necesidad de injertos, una parte de su pelo había resistido en su sitio. Eso sí, blanco por completo.

—Al concierto iréis Lidia y Ada. Los chicos, al estreno. Me he dado cuenta de que en los últimos tiempos siempre os mando en parejas mixtas, vamos a cambiar un poco. ¿Os parece?

—Es una buena idea —corroboró Enrique, y Ada no pudo evitar girarse hacia él, sorprendida. Trabajaban bien juntos, ¿le daba la razón a Fernando por lo que había pasado entre ellos? Tendría que aclarar las cosas con su compañero para recuperar la normalidad.

Por desgracia, le fue imposible. Fernando retuvo a los periodistas en su despacho para acordar el enfoque de las piezas. Cuando por fin salieron, Enrique pasó de largo y se enfrascó en sus tareas. Y, para colmo, Lidia la pilló por banda con el fin de explicarle cómo iban a plantear su trabajo.

Unas horas más tarde, tuvo que ir al local del concierto para estudiar los mejores encuadres. Así que no pudo conversar con él en toda la mañana.

Después, no regresó a la redacción y se fue a comer a casa de sus padres.

* * *

Llamó al telefonillo. Seguía teniendo llaves, no obstante, nunca las usaba. Ni siquiera las llevaba encima. Le abrieron sin preguntar, la estaban esperando. Nada más entrar en el piso se dio cuenta de que habían discutido. El ambiente estaba enrarecido, tenso. Ada maldijo para sí, ¿en serio tenían que elegir el día de su visita para enfadarse? Decidió ignorar ese fastidioso malestar y fue directa a la cocina.

—¿Qué hay de comer? —preguntó tras saludar a su padre con un sonoro beso en la mejilla y levantar la tapa de la olla—. ¿Lentejas? —Su cara de disgusto la delató, no le apetecían en absoluto.

—¿Hace cuánto que no pruebas unas buenas lentejas? —preguntó él con una sonrisa divertida en los labios.

Se encogió de hombros. Igual hacía un mes. Apenas sabía cocinar, Nuria era la que se preocupaba de hacer las comidas. Y su amiga comía mucha verdura y pollo, aunque poca legumbre. Ella tampoco protestaba por la poca variedad del menú, ¿cómo iba a hacerlo? Aun encima que le cocinaban…

—Hola, cielo —la saludó su madre antes de besarla—. Juanjo, ¿cómo va la comida? Hoy entro pronto al hospital.

—Tranquila, Greta. Esto casi está.

—Pensaba que tenías turno de noches —comentó Ada. Su madre era enfermera y siempre se hacía un lío con sus horarios. Y más desde que no vivía en casa.

—No. Y menos mal. Últimamente, las urgencias de noche son una locura.

—Imagino.

—Venga, lentejas listas. ¡A comer!

Ada gritó el nombre de sus dos hermanos mientras abandonaba la cocina. Marco, el pequeño, ya aguardaba en el salón. Gorka, el mediano, salió de su cuarto con cara de pocos amigos. Llevaba una camiseta de tirantes y Ada aprovechó para fijarse en la maraña de tatuajes que le cubría el brazo derecho y tratar de adivinar si llevaba alguno nuevo. Parecía que no. A ella le encantaban; tal vez fuera cosa de familia, pues su padre era tatuador. Sin embargo, no era de los que no tenían un centímetro de piel sin tinta. Solo lucía un tigre en la espalda y los nombres de sus hijos en el antebrazo. Decía que veía tantos tatuajes al día que, si los llevara él, se volvería loco. Prefería plasmar su arte en el cuerpo de los demás.

Ella se había hecho una flor de loto en la espalda, justo debajo de la nuca. Se lo había regalado Juanjo al cumplir los dieciocho. No se había querido hacer ninguno más, al menos, por el momento. Un tatuaje era para siempre. Y ella llevaba muy mal eso de la eternidad. A su madre no le había hecho ninguna gracia. Decía que ese no era un lugar seguro: si tuvieran que pincharle en la columna, tendría un problema. Cosas de sanitarios.

Ada se sentó a la mesa junto a Gorka y frente a su padre. Su madre presidía; al lado de su padre, estaba Marco. Una vez que todos estuvieron con sus platos llenos, de nuevo notó la tensión. Juanjo era el único que se esforzaba por mantener una conversación y aparentar normalidad, algo que ella agradeció.

—¿Alguna novedad en la revista?

—Poca cosa. Hoy me toca cubrir un concierto.

—¿De quién? —se interesó Gorka.

—Leiva. Si quieres, intento conseguirte entradas —le ofreció. A su hermano le encantaba la música.

—No, hoy tengo planes.

—¿Sí?

—Hay una fiesta en la residencia y nos han invitado.

—No me hace ninguna gracia que vayas —se quejó su madre mientras depositaba con un nervio medido la cuchara dentro del plato de lentejas. Ada dedujo que ese era el problema: una fiesta en la residencia de estudiantes—. La última vez, volviste en un estado lamentable.

Era cierto. La había llamado de madrugada y ella había tenido que acompañarlo a casa borracho, tambaleándose. Ada incluso había sospechado que quizás estuviera colocado. Sabía que su hermano a veces consumía marihuana. Tal vez, ese día, Gorka había decidido probar algo más fuerte. Él mantenía que le había sentado mal la cena, pero su relato no se sostenía por ninguna parte.

—Greta, hemos quedado en que le vamos a dar otra oportunidad —intentó conciliar su padre, pasándose la mano por la despoblada cabeza. Como tenía poco pelo, hacía años que había decidido raparse, y le sentaba bien.

—Es que, Juanjo, aquella noche…

Ada se tragó la risa junto con la cucharada que se acababa de meter en la boca; si obviaba la dificultad de arrastrarlo hasta el piso de sus padres, ella tenía un recuerdo muy divertido. Gorka no paraba de decir estupideces y de intentar dar un concierto de madrugada. Sacó la guitarra de su cuarto y Juanjo tuvo que ponerse muy serio para que no la enchufara al amplificador. Sus padres no sabían ni cómo llevarlo a la cama. De hecho, su madre incluso

propuso llevarlo al hospital. Marco y ella fueron testigos de la escena, agazapados tras la puerta del salón. Había sido de las pocas veces que había sentido complicidad con su hermano pequeño. El espectáculo había sido entre decadente y humorístico. Al final, cuando el mediano empezó a vomitar, dejó de hacerles gracia y se fueron; Marco, a la cama y ella, a su piso; dejando a sus padres con todo el lío.

—Confío en que haya aprendido la lección. Y, si se repite, ya no saldrá en todo lo que queda de curso. Ni a la residencia ni a ninguna parte —amenazó con los ojos clavados en su hijo, que enterró la mirada en las lentejas.

—Uh, hermano. Te juegas mucho —se burló Ada para intentar relajar la tensión.

—¡Joder! Soy mayor de edad —se defendió Gorka—, me tratáis todavía como a un crío.

—Demuestra que puedes comportarte como un adulto —zanjó su padre.

Gorka puso los ojos en blanco y bufó. Seguido, continuó comiendo de mala gana. Tras el postre, se encerró en su cuarto, aún cabreado. Ada comprendía el enfado de su hermano, seguro que a sus padres les había sucedido en alguna ocasión algo parecido, también habían sido jóvenes. Sin embargo, a la vez entendía la preocupación de Juanjo y Greta. Querían lo mejor para ellos.

* * *

En cuanto su madre se fue a trabajar y su padre se puso a fregar los platos, entró en el dormitorio de su hermano sin llamar. Quería ver qué tal estaba y, de paso, charlar con él. Siempre habían estado muy unidos. Mucho más que con el silencioso Marco.

—¿Por qué tanto interés en esa fiesta? —Cerró la puerta—. Déjame que adivine: ¿Una chica?

—Quiero salir y ya está. Es lo normal, lo que hacemos todos. —Cogió su guitarra y le arrancó unos acordes.

—¿Seguro?

Se encogió de hombros e intentó reprimir una sonrisa. Ada conocía ese gesto: había algo más.

—No me lo cuentes si no quieres —dijo, aunque se moría de ganas de saber.

—No hay nada que contar por ahora —explicó, rascándose la cabeza y despeinándose la melena ondulada y oscura que ya precisaba de un corte—. Tranquila, serás la primera en enterarte.

Ada odiaba que se pusieran pesados cuando quería reservarse algo para sí, así que no insistió.

—¿Tocas algo para mí?

—¿Alguna petición de mi mayor fan?

—Me fío de tu criterio.

Gorka cerró sus ojos color caramelo para concentrarse y versionó *La vereda de la puerta de atrás* de Extremoduro con su voz rasgada. Ada pensó que, cuando tocaba, su hermano parecía irreal, una especie de sueño. Le rodeaba un aura preciosa, brillante aunque relajada. Nada que ver con la inseguridad que mostraba en otras ocasiones. Era hermoso. Al acabar la canción, él curvó hacia arriba sus labios finos y la miró, expectante, tal vez buscando su aprobación. Ella lo abrazó, entusiasmada.

NURIA

Por la tarde, quedó con Víctor y Pau en el bar en el que trabajaba este último. Por fin había reunido fuerzas para confiarles lo ocurrido. Necesitaba desahogarse con alguien. Su vida se había derrumbado y todavía no comprendía el motivo.

Víctor y ella se sentaron a una mesa cercana a la ventana, el mejor sitio del bar. No estaba el jefe de Pau (la tónica habitual, no se involucraba mucho en su negocio); así que, si no había mucho jaleo, el camarero podría unirse a ellos un rato. Pidieron dos cervezas. Nuria notaba la mirada escrutadora de Víctor, sus ojos azules clavados como dagas en ella. Sabía que pronto perdería la paciencia y preguntaría.

—¿Y bien? —Nuria no pudo evitar reírse, su amigo era muy predecible—. ¿Qué? Siendo que nos vamos a ver por la noche para celebrar la vuelta de David, ¿para qué nos llamas ahora? Algo pasa.

—Algo pasa —repitió y se giró hacia el ventanal.

El bar estaba rodeado de cristaleras y se vislumbraba una parte de la Gran Vía madrileña. Le encantaba observar a la gente pasar mientras ella se resguardaba entre las cuatro paredes del bar. A salvo. Quieta. Ojalá vivir fuera eso.

—¿Lo cuentas o no? —insistió Víctor, recordándole que no, que la vida no era estática, era lo que sucedía más allá del ventanal.

—Espera a que venga Pau, ¿o qué?

—¡Pablo! —lo llamó—. Siéntate con nosotros, anda.

El camarero resopló antes de arrastrar su más de metro noventa de estatura hasta ellos y sentarse a un lado de la mesa.

—No me grites mientras trabajo, queda fatal —amonestó a su colega. Este movió la mano con condescendencia—. Va, aprovechad que están todos servidos: como venga uno nuevo, me vuelvo a la barra.

—Me han echado. —Decidió copiar el estilo de Víctor en esa ocasión, mejor ser directa—. Que no tengo sueños, dice la jefa. ¿Qué sabrá ella de mis sueños?

—¿En serio te ha echado por eso? —se extrañó Víctor.

—Por eso y por los recortes.

—Joder. Ya lo siento —murmuró Pau—. ¡Qué asquerosa! Si necesitas algo, ya sabes que yo no tengo mucho, pero comparto lo que haga falta.

Nuria sonrió, reconfortada, al notar la mano del camarero tomando la suya. Era un amor, siempre ayudaba por mucho que su situación fuera la más desfavorecida.

—¿Y cuáles son? —preguntó Víctor y ella se soltó de Pau.

—¿Qué?

Inquieta, evitó la mirada afilada de su amigo. Aunque era en vano, no iba a escapar. Nadie se libraba cuando se proponía ponerles la realidad frente a los ojos. A veces, pensaba que el que tenía alma de psicólogo era él.

—Tus sueños, ¿cuáles son? —Dio un sorbo a su cerveza con una mueca malévola. Ella se echó hacia atrás, rendida. Ahí estaba, Don Verdades hincando el dedo en la herida. Escuchó a Pau carraspear, como si intentara que su amigo se echara atrás. Ella sabía que no lo haría: Víctor siempre decía lo que pensaba y empujaba a los demás a ello—. Coincido en que tu jefa es lo peor y bla, bla, bla. Ahora, dejemos las lamentaciones. ¿Qué quieres lograr en tu vida, Nuria? Por ejemplo, yo quiero acabar la puta carrera y ser actor. Por ello me presento a todos los *castings* que puedo. ¿Y tú? —Ella mordisqueó la uña de su dedo meñique. Buena pregunta. Mucho criticar a su jefa, pero ¿y sus metas? ¿Cuáles eran?—. Cierra los ojos y piensa. ¿Qué quieres hacer?

Entonces, sonó el teléfono de Nuria. Salvada por la campana. Le extrañó que fuera David. Llegaba a Madrid sobre esa hora y Ada tenía que recogerlo, en eso habían quedado. Antes de descolgar, ya imaginaba lo que había sucedido.

—Dime… No ha ido… Será por el trabajo, estará liada. Escucha, voy yo… ¿Seguro? No, que voy, en serio. Cojo el coche, tienes que ir muy cargado. Hasta ahora. —Pulsó el icono rojo que cortaba la conversación y miró a sus amigos con aire cansado—. Continuaremos el experimento más tarde. Ada ha dejado plantado a David. Voy a buscarlo.

—¡Qué tía! —exclamó Pau.

—Piensa en lo tuyo —la instó Víctor mientras ella se levantaba con la cerveza intacta.

Tras esbozar una sonrisa nerviosa a modo de despedida, salió por la puerta. Huía. No de su amigo, sino de la verdad que acababan de ponerle delante.

DAVID

Llevaba dos horas esperando en el aeropuerto y estaba que se subía por las paredes. Ada no había aparecido. Y para colmo, no le cogía el teléfono. Y le molestaba. Claro que le molestaba. Sobre todo,

teniendo en cuenta la razón por la que había decidido abandonar París y volver a España.

David había pasado dos años fuera del país: el último año de carrera lo cursó de Erasmus, y el siguiente se quedó en la Ciudad de la Luz con una beca para trabajar en un bufete de abogados a la vez que hacía un máster. No le había ido mal, estaban dispuestos a renovarlo; sin embargo, él necesitaba volver. Una idea o, más bien, un sentimiento, se le había introducido en la cabeza; o en el corazón, según los románticos. Y no le dejaba llevar una vida normal. Estaba enamorado. Pese a que había huido a la capital francesa para olvidar, refugiándose en otros cuerpos, no le había servido de nada. No podía pasar página. Era incapaz de sentir nada por nadie. Ni por hombres ni por mujeres, y eso que lo había intentado con ambos.

Permanecía sentado en uno de esos fríos asientos de los aeropuertos, rodeado de sus maletas. Con sus ojos azules clavados en un punto indeterminado, esperaba paciente a que Nuria llegara. Rotó la cabeza a un lado y a otro, le dolía la espalda. Era bastante alto y viajar en avión le resultaba muy incómodo. Para más fastidio, había volado con traje. Había sido su último día de trabajo y había ido directo del despacho al aeropuerto Charles de Gaulle. Todo el día con las bolsas a cuestas, con la obsesión de abandonar París, esa ciudad que le había dado tanto en el plano laboral y tan poco en el personal.

Aguardó alrededor de media hora más hasta que su amiga apareció frente a él. Se levantó y la abrazó efusivo, incluso la levantó del suelo. Tenía ganas de verla. Se había convertido en un gran apoyo, su confidente, la persona a la que recurrió en su soledad y a la única a la que le había contado la verdad.

—¿Pero la has llamado? —le preguntó. Él asintió—. ¿No lo coge?

—No. No habrá visto las llamadas. Yo qué sé.

—No he sabido nada de ella desde esta mañana. Hoy comía con sus padres. —Hizo una pausa—. Oye, ¡estás muy delgaducho!

Era cierto, había bajado de peso durante esos dos años. El ritmo de vida le impedía comer bien, y no tenía muchas ganas de cocinar.

Tampoco hacía deporte, estaba muy bajo de ánimo como para plantearse hacer un esfuerzo físico.

—Ahora regreso con los papis, seguro que recupero. —Rio desganado. Si tuviera que vivir de lo que su madre cocinaba, moriría de hambre—. Aunque este finde no están. Tienen no sé qué en Londres —añadió.

Sus padres ni siquiera se habían quedado para darle la bienvenida, y eso que hacía meses que no se veían. No debería extrañarse, siempre había sido así. Con todo, estaba decepcionado.

Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón para constatar que Ada seguía sin dar señales de vida.

—Ya sabes cómo es Ada, no te fustigues —lo consoló Nuria.

—Lo sé. Y eso es lo que me jode. Que sé cómo es. Y aquí estoy. Dejando todo, empezando de cero cuando allí tenía un trabajo. Un buen trabajo, de hecho.

—No eras feliz. Me llamabas cada día para decírmelo. Cada conversación de WhatsApp, cada Skype. Cada borrachera, cada madrugada, cada mañana… Me repetías lo mal que estabas.

Él afirmó. Lo recordaba. Recordaba cada día que había pasado lejos de casa. Pese a ello, se preguntó por enésima vez si no se habría equivocado. ¿Qué era mejor? ¿Sufrir allí, en la distancia, o aquí? Tal vez, en España, todo se hacía más difícil. La vería a menudo, la tendría cerca y no podría hacer nada. El nudo de su pecho aún se hizo más prieto, más asfixiante. Se giró hacia su amiga.

—Entonces, ¿tú crees que he hecho bien?

—Aquí todos estaremos contigo. Y tendrás una oportunidad con ella. Allí no. Allí era imposible.

—¿Tengo alguna oportunidad? La conocemos bien tú y yo.

Nuria miró al suelo y él supo que estaba complicado. Por un momento, deseó que lo engañara: una mentira piadosa, algo que le hiciera albergar esperanza y le cortara de raíz las ganas de salir corriendo a comprar un vuelo de vuelta. Y de paso emborracharse en el trayecto.

—Sé que no es lo que quieres oír, pero sigue igual. Le gusta divertirse y escapa en cuanto algo se pone serio.

Llegaron al coche. David introdujo las maletas y se sentó en el asiento del copiloto del Seat Ibiza. No era la panacea, pero al menos podía estirar un poco más las piernas que en el avión. Nuria arrancó mientras él apoyaba la cabeza.

—Tengo miedo —admitió, al fin—. ¿Y si he hecho todo esto para nada? ¿Si Ada no es capaz de fijarse en mí?

—Pues te olvidas de ella y buscas a una o a uno que te merezca. Tú al menos tienes el doble de posibilidades.

Dejó escapar una carcajada. Por mucho que fuera bisexual, eso de tener el doble de posibilidades no era del todo cierto. No era una ecuación matemática tan exacta. Sin contar que él quería a Ada, no quería a otro o a otra, eso no lo saciaba.

Nunca había ocultado su orientación sexual. Ni siquiera con su familia, y eso que sus padres estaban chapados a la antigua. La época más complicada le había llegado en el instituto, cuando se empezó a dar cuenta de que alguno de sus compañeros también le atraía. No supo cómo gestionarlo. Lo bueno fue atravesar esos años junto a Víctor. Su amigo salió pronto del armario, si acaso alguna vez estuvo metido; y David, cuando empezó a tener dudas, habló con él. Una conversación muy surrealista que acabó con un beso, solo por comprobar. Un beso que no le disgustó, aunque tampoco lo llenó mucho. Al fin y al cabo, Víctor era su colega, nada más.

Sonó su móvil. Al leer en la pantalla «Adita» le dio un vuelco el corazón. No quería descolgar. O sí. Quería escuchar su voz, lo que no deseaba era enfrentarse a la excusa que fuera a ponerle. No podía enfadarse, y tampoco disculparla. Estaba hecho un lío.

—Joder —murmuró al tiempo que se pasaba las manos por su melena castaña clara, despeinándosela—. Es ella.

—Cógelo.

—¿Para qué?

—Cógelo —ordenó.

Él hizo un gesto de resignación y, nada convencido, descolgó:

—Hola, Ada… Sí, te he estado esperando… No pasa nada… Ya… Lo entiendo… Que sí, que te perdono… Luego nos vemos y me invitas a algo… Ha venido Nuria… Adiós, boba.

Colgó y agachó la cabeza. Deseaba desaparecer. ¿Cómo podía rebajarse tanto? ¿Desde cuándo era tan fácil de someter?

—¿Y bien?

—La han mandado a cubrir un concierto y se le ha olvidado avisarme de que no le daba tiempo. Que lo siente, lo siente, lo siente. Y que lo compensará.

—Y tú la has perdonado.

—¡Qué iba a hacer si no! —exclamó exasperado—. La quiero. Mierda. La quiero.

David se quedó callado. Era un auténtico idiota. Lo había dejado todo por una chica que no tenía ni idea de que estaba enamorado de ella. Daría cualquier cosa por tener una oportunidad. Lo estaba dando, en realidad. Y lo gracioso de la historia era que, durante un tiempo, habían sido inseparables. Tal vez podrían haber sido algo más que amigos, y él lo había echado a perder al confesarle su otro gran secreto. Ese que lo avergonzaba, que aumentaba todavía más la inseguridad que sentía frente a ella.

¿Había hecho bien en volver a España? ¿Y si estaba firmando su sentencia de muerte? En fin, pronto lo averiguaría.

ADA

Sentía la cámara como una prolongación de sí misma, un complemento de sus ojos, la mejor forma de expresar sus emociones y entender las de los demás. Con ella, todo era mejor. Fluía, se relajaba. Dejaba de pensar.

En realidad, su pasión siempre había sido la fotografía artística; sin embargo, no había tenido oportunidad de dedicarse a ello. Hacer fotos para una revista no era una mala opción, excepto cuando los modelos se creían dioses y la trataban como si fuera basura. A veces (pocas, por fortuna), los famosos daban asco. Sea como fuere, no dejaba de ser curioso conocer a esa gente, con sus manías o sus no-manías. Algunos eran demasiado normales, tanto, que decepcionaban. Sus conocidos solían preguntarle cómo era tratar

con ellos. Ada poco podía decir, solo tomaba las instantáneas y se iba. Era el periodista el que hablaba, el coprotagonista de la función. Los fotógrafos solo estaban para incordiar: ponte así, ahora asá, no sonrías, sonríe… Excepto en ese momento, en pleno concierto. Eso era otra historia.

Disfrutaba con los directos mucho más que con una sesión en estudio. Le vibraba la carne con la música, sentía su corazón latir al ritmo del sonido que le devolvían los altavoces. Daba gusto trabajar en ese ambiente, con público y músicos tan entregados, tan espontáneos, tan reales. Se le pasaba el rato volando. Y esa velada la estaba disfrutando de lo lindo. Leiva le gustaba desde Pereza, le encantaba verlo actuar. El encargo de esa noche era un lujo.

Cuando se quiso dar cuenta, ya estaban en los bises. Poco más tarde, recogía su equipo para salir a tomar algo con Lidia y un par de compañeros periodistas con los que habían coincidido. Uno era de la misma promoción que Lidia, que parecía entusiasmada con el reencuentro. Para Ada, quedarse era un fastidio. Tenía una cita con sus amigos y quería dejar la cámara en casa antes de salir. Si se la robaban… No podía permitirse el gasto que supondría reponerla. Sin embargo, se había visto obligada, Lidia se lo había pedido. «Solo un ratito», le había insistido, poniendo cara de perrito pachón.

Pidieron todos combinados, excepto ella, que se decantó por una cerveza. No podía empezar tan fuerte la noche, conocía demasiado bien a su grupo de amistades y la incitarían a celebrar con alcohol el regreso del hijo pródigo: David.

Había olvidado avisarle de que no llegaba a recogerlo al aeropuerto. Se había sentido fatal, sobre todo, al ver sus llamadas perdidas y sus *wasaps*. Él la había perdonado. Tal vez en honor a la amistad que había tenido años atrás. Habían sido uña y carne, pero su decisión de marcharse a París les había hecho mella. No obstante, más que la distancia, había sido la actitud de él, que parecía haberse olvidado de ella nada más poner un pie en Francia. Dejó de llamarla, le contestaba a los mensajes días después, y siempre tenía excusas para evitar que ella viajara allí para verlo. Al final, lo había dado por perdido. No le gustaba arrastrarse. Ni siquiera por David.

Lidia y su antiguo colega no paraban de coquetear, así que ella y el otro chico estaban condenados a charlar. En cualquier otra situación, no le hubiera importado. Le gustaba conversar, reírse, tontear si era preciso. Por desgracia, en ese instante, solo podía pensar en que se tenía que marchar, en que se estaba haciendo tarde y no podía volver a fallar a David. Se reprochaba el haber accedido a esa maldita copa.

Su compañera sonreía con cara de admiración absoluta, la que se le pone a uno cuando desea caer en el enredo del otro. La misma que exhibía su objetivo. ¿Cómo había dicho que se llamaba? ¿Ernesto, Juan?

—¿Cuánto tiempo llevas en la revista? —preguntó el otro sujetavelas.

—Año y medio.

—Voy al baño un momento —comentó Lidia.

Ada se quedó sola con los dos y decidió precipitar los acontecimientos. Tenía que irse ya. Se dirigió al sin duda próximo ligue de su amiga:

—Perdona, ¿tu nombre?

—Gonzalo —contestó, extrañado.

—Ah, sí, Gonzalo. Lidia no sabe muy bien cómo rematar la faena, pero está claro que le molas. Tal vez podrías acompañarla al servicio y aclarar la situación —sugirió con una sonrisa.

Era mentira, si algo no le faltaba a su colega eran recursos para ligar. No obstante, tenía prisa y Lidia se enfadaría si desaparecía y la dejaba con los dos. Si estaba entretenida, no la echaría en falta.

—Yo…

—Tú lo estás deseando, lo veo. Hay tensión sexual no resuelta.

Él se levantó, incómodo. Se frotó las manos en las perneras del pantalón para secarse el sudor y se fue hacia los servicios en silencio y con las orejas rojas. Ada respiró aliviada. Ya podía abandonar el barco.

—Vaya, sí que eres directa —señaló el otro periodista, cuyo nombre también había olvidado—. ¿Para todo eres así?

Se giró con un gesto brusco, sorprendida: ¿Se le estaba insinuando? Su mirada penetrante le confirmó que sí, lo estaba

haciendo. Si casi se le caía la baba. Negó con la cabeza. No era su tipo, si acaso tenía un tipo. Lo que sí tenía que hacer era fugarse de ahí.

—Sí. Para todo. Tengo que marcharme, he quedado con mi amante número cinco, el cuatro me ha dejado insatisfecha.

Se incorporó y se puso la mochila de la cámara mientras aguantaba la carcajada.

Una vez fuera, empezó a reírse. La cara que se le había quedado al chico era para enmarcarla.

Esperaba que Lidia le perdonara la bomba de humo, ya le había advertido de que tenía un compromiso. Sacó el móvil para avisarla de que se había marchado y vio varias llamadas perdidas. Supuso que serían de Nuria, apremiándola. Se equivocaba. Sí había una de Nuria, pero las otras seis eran de Jaime. ¡Qué raro! Sabía que tenía planes esa noche. Si algo le gustaba de él era que no era controlador. De hecho, por eso había aceptado comenzar una relación con ese chico. Una relación abierta. Ada odiaba la exclusividad. Le gustaba saber que estaban juntos, aunque no deseaba atarse. No podía hacerlo, su cuerpo se lo impedía. Lo que le había ocurrido con Enrique la noche anterior era bastante habitual: no evitaba caer en la tentación.

Llamó a Jaime, quizás era algo relacionado con el trabajo, al fin y al cabo, era el hijo de su jefe. Un tono, dos…

—¡Hola! Estaba en el concierto… ¿Qué?… No me jodas… Ya mismo voy. Ahora nos vemos, tranquilo.

Colgó y buscó el número de Nuria.

Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Cuatro tonos…

—Nuria… No te oigo con el ruido del bar. Espero… —Mientras aguardaba, paró un taxi. Metió la mochila y después se acomodó en el asiento de atrás—. Buenas noches, al Gregorio Marañón —le indicó al conductor. Nuria reapareció al aparato—. Te ha costado, ¿eh? Oye, que no puedo acercarme… Calla y escucha: le ha dado un infarto al padre de Jaime, tengo que estar con él. Dile a David que lo siento. Mañana le echo un toque y, si puedo, quedamos… Bien… Adiós. Dales besos a todos.

Se recostó, se llevó las manos a la frente y las arrastró hasta la barbilla. Qué pocas ganas tenía de hospitales, les tenía fobia. Sin embargo, tenía que ir, no podía dejar a Jaime solo. Suspiró, preocupada. Seguro que no era nada, solo un susto. Fernando era incombustible. Y la odiaba.

NURIA

Colgó y se quedó en la calle, intentando digerir lo que Ada le había contado. No conocía a Fernando, pero sí a Jaime. Su corazón se detuvo un segundo al pensar que ese chico estaba sufriendo.

Jaime. Se lo había presentado Ada cuando comenzaron a salir. Se había pillado al minuto de conocerlo, nada más que él sonrió y se le marcaron esos entrañables hoyuelos. Nada más que su mirada verde se posó en ella. Se había enamorado justo del hombre con el que su amiga había empezado un extraño noviazgo. Extraño, porque Ada era incapaz de serle fiel. Y eso la irritaba muchísimo, pues estaba segura de que él estaba muy enamorado. Le había rogado a su compañera de piso miles de veces que aclarara el tipo de relación que tenía con su pareja, y ella aducía que ambos estaban al tanto. Cuando insistía, la fotógrafa aparcaba el tema con un «no es asunto tuyo». Y ahí se acababa la conversación. Pobre Jaime.

Nuria se sentía atrapada: ¿Debía guardarle las espaldas a Ada si consideraba que se estaba portando mal con él? ¿Cuándo acababa la lealtad en la amistad? Además, si Jaime rompía con ella, jamás volvería a verlo. Ese sentimiento tan egoísta la avergonzaba. Prefería a un Jaime engañado que la ausencia de él.

Una mano se posó en su hombro y la sobresaltó. Víctor. Había salido con la excusa de fumar, aunque ella se imaginó que pretendía continuar con la charla que habían iniciado por la tarde. Él se encendió el cigarrillo y la miró, inquisitivo.

—Ada. No viene —le contó, levantando el teléfono—. Está en el hospital, le ha dado un infarto al padre de Jaime.

—Vaya. Qué papelón, con lo mal que se llevan y tiene que perderse la fiesta por su culpa.

—Víctor, por Dios, que está grave el hombre —lo regañó, en ocasiones se pasaba tres pueblos. Él puso los ojos en blanco.

—Vale, vale, tienes razón: ha estado mal. —Levantó ambas manos en señal de rendición mientras sostenía el cigarro con los labios. Después, se lo quitó de la boca para seguir hablando—: ¿Y tú, has pensado en lo que te he dicho esta tarde?

Negó con la cabeza. En realidad, sí que lo había hecho. Constantemente. Su amigo había conseguido lo que se proponía: que se planteara su vida por completo. Había pensado tanto que se había cuestionado hasta si había elegido bien la carrera.

—Estoy seguro de que sí lo has hecho —la picó y le dio un codazo cariñoso.

Su insistencia le sacó un amago de sonrisa. Víctor se preocupaba por ella. Más bien, por todos. No en balde era el paño de lágrimas del grupo.

—Hay algo que sí me gustaría —reconoció—. Era mi sueño cuando comencé a estudiar la carrera, y todavía siento que me llenaría.

Calló un segundo, atorada por la vergüenza que le daba expresar la idea tan descabellada que le había venido a la mente esa tarde, tras dejar a David en su casa.

—¿Y bien? —la animó.

—Me gustaría tener una consulta privada.

—¡Pues ábrela! —exclamó con entusiasmo. Ella negó con la cabeza.

—Se necesitan permisos, dinero y tener cierto nombre para que alguien venga. Es imposible.

—Mira, Nuria, para abrir una consulta solo necesitas los estudios adecuados, que los tienes; un sitio, que lo tienes, os sobra una habitación; y gente que necesite un psicólogo; y, en pleno siglo veintiuno, estamos todos para que nos encierren. Así que, abre tu consulta, tira los precios y muévete por el boca a boca. Cuando hagas sangre, lo haces legal.

—¿Empezar de manera ilegal? Estás fatal de lo tuyo —refunfuñó.

Eso era demasiado arriesgado. Sin embargo, la ilusión se estaba abriendo paso en su pecho como un rayo de sol colándose entre las nubes un día de lluvia. Cálido, brillante. Llamativo.

—¿Cuánta gente pide papeles cuando va al dentista, a esos que están en pisos? Te podría sacar la muela un basurero, ni te enterarías. Pues con los psicólogos, igual.

—Creo que te darías cuenta si un basurero te hurgara en la boca —le hizo ver ella, divertida.

—Lo reconozco, no he estado fino con el ejemplo. Aun así, lo has entendido.

—Lo que dices es una locura.

—Ya es hora de que cometas alguna. Yo, esta noche, hago una fijo.

—¿Cuál?

—Voy a hacer una pintada en la pared de tu exhotel.

—¿Qué dices? Ni de coña. Creía que me ibas a decir que te ibas a ligar a algún tipo hetero del bar —rio. Observó a su amigo, estaba demasiado serio. La risa se le cortó de súbito—. Es una broma, ¿no?

—Pau y yo hemos comprado el espray. Se nos ha ocurrido cuando te has marchado esta tarde a buscar a David. Él no creo que se una, es muy *señor abogado* para esto —se burló.

—Que no, que te lo prohíbo. ¿Cómo vas a ir a un hotel de cuatro estrellas a pintar nada? ¡Que hay cámaras, Víctor!

Nuria se indignó, no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Era lo propio de un adolescente, no de un adulto hecho y derecho como él, que se jactaba de ser maduro. Aunque todos sabían que no era así: Víctor era el más fiestero de sus amigos, el que se negaba mantener una rutina, el que daba los mejores consejos y, al mismo tiempo, era incapaz de hacer nada por él mismo. El eterno soñador.

—Mira, os lo agradezco. No obstante, no es necesario. Olvídalo.

—Hace unas horas, tu jefa era una hija de puta. Se lo merece.

—¡No digo que no! —se quejó, casi gritando. Dos personas se volvieron y bajó el tono para no llamar la atención—. Es una hija de puta y se lo merece, sí. —Víctor asintió, agitando esos rizos rubios que Nuria no entendía cómo era capaz de peinar—. Aun así, no

vamos a hacer eso. No vais a hacer eso. Como me entere, no os dirigiré la palabra nunca más.

—No puedes vivir sin nosotros.

—Cállate, imbécil —contestó, revolviéndole el pelo. Era verdad. Sus amigos eran su verdadera familia. Con sus padres (en especial, con su padre) la relación era complicada—. Vamos dentro, es la noche de David.

Mientras regresaban al bar, a Nuria se le encogió el estómago. ¿Cómo iba a decirle a su amigo que Ada, la persona por la que había renunciado a todo, estaba en el hospital porque habían ingresado al padre de su novio y no iba a venir? No había manera de que sonara bien en su cabeza, así que supuso que, cuando lo expresara en voz alta, sería igual de desagradable. Se armó de valor, aunque la coraza le duró justo hasta que vio a David apoyado en la barra, charlando con Pau. Se había deshecho del traje y llevaba unos vaqueros azules y una camiseta morada que le sentaba muy pero que muy bien. Parecía mucho más relajado que esa tarde. Y ella iba a arruinar su tranquilidad, le tocaba ser la portadora de las malas noticias.

DAVID

—¿Quién era? —preguntó David, a pesar de que ya intuía la respuesta. Nada más ver la cara desencajada de Nuria, supo que algo iba mal.

—Ada. —Genial, lo que se temía—. No va a venir. —Él cogió su copa y le dio un buen trago, como si así pudiera tragar la mala leche que estaba haciendo—. Le ha dado un infarto a su jefe, al padre de Jaime. Su…

—Su novio —completó con desdén. Ella afirmó.

Cabreado, llamó la atención del camarero para volver a pedir bebida. Necesitaba emborracharse con urgencia.

—Hablar de novios, refiriéndonos a Ada, es mucho decir —apuntó Pau. Ese comentario lo hirió aún más. Él quería ser el novio de Ada. Y todo estaba en su contra—. Venga, a esta ronda invito yo.

—No hace falta.

David lo detuvo sujetándole el brazo. No quería que gastara más dinero por su afán de pillar un buen pedo, era consciente de que la familia de Pau tenía problemas económicos (y no económicos).

—Puedo permitírmelo —aseguró él, zafándose, retándolo con la mirada. Él dudó unos segundos y, al final, lo soltó, rendido. Mejor no discutir en su primer día en España.

Tomó aire para cargarse de energía y disipar la rabia. No podía permitir que lo que sentía le arruinara la vida de esa manera. Si no podía tener a la mujer que amaba, se lo pasaría bien. Era joven, era atractivo, podía permitirse los amantes que deseara. Siempre le había gustado flirtear, necesitaba sentirse deseado. Esa necesidad aumentó al enamorarse de su amiga. Sus noches locas se incrementaron exponencialmente. En esa espiral de sexo y destrucción había vivido el Erasmus y, en menor medida, su año de prácticas en París. Para David, el sexo y el alcohol se habían convertido en la escapatoria al dolor. Por unos minutos (con suerte, horas), lograba olvidar la desazón que le oprimía el pecho hasta el punto de no poder respirar. Y todo porque jamás tendría a Ada entre sus brazos.

—Bueno, creo que me voy de caza, ese de allí no me quita los ojos de encima —dijo, apurando su bebida y cogiendo el nuevo cubata.

—Es a mí —señaló Víctor.

—¡Qué dices, si acabas de entrar! Me lleva mirando a mí todo el rato que has estado fumando.

—Ya, era por probar —se resignó el rubio.

David se separó del resto, dispuesto a hacerse con su trofeo. Tan solo había dado dos pasos, cuando notó que alguien lo retenía sujetándole del codo. Se giró, airado. Era Nuria, cómo no.

—David, ¿te parece buena idea lo que vas a hacer?

Ya estaba Mamá Gallina, siempre protegiéndolos de todo. Como si pudiera evitarles algo. Como si pudiera arrancarle la pena que lo estaba matando.

—¿Por qué no iba a parecérmela? Estoy soltero, acabo de volver de un país extranjero y me apetece probar de nuevo el producto

local. Tranquila, me protegeré, tengo condones —zanjó, a sabiendas de que había sido muy borde con ella.

Después, David se marchó consciente de que al día siguiente se levantaría con el arrepentimiento mucho más grande que la resaca que, por lo que ya había bebido, iba a ser de las que hacían historia.

GORKA

Para Gorka, la residencia de estudiantes había perdido su esencia al volverse tan restrictiva. Él no había vivido aquellos tiempos de libertad, de desenfreno, y le daba pena haber llegado tarde.

El director había escarmentado. Antes, entraba quien lo deseara sin necesidad de un permiso, y cada sábado el recinto quedaba hecho un asco; incluso habían tenido que lidiar con algún escándalo. Ahora, para acceder se necesitaba un pase que solo podía proporcionar un huésped del lugar, y además tenían que dar sus datos.

Afortunadamente, Gorka e Ismail tenían uno cada uno. Karen, la novia de Ismail, se los había facilitado. Y gracias a eso, Gorka por fin se reencontraría con Blanca, su talón de Aquiles (y la mejor amiga de Karen). Esa zaragozana que podía echar por tierra su propósito de no mantener relaciones estables.

Se había quedado fascinado nada más verla su primer día de universidad. Con su pelo liso y rubio, sus preciosos ojos azules de diosa nórdica, sus labios carnosos, su cara ovalada… Siempre estaba perfecta. No como esas pijas que parecía que iban de boda cada día, ella sabía elegir la ropa adecuada para cada ocasión, el maquillaje justo, los accesorios apropiados.

Aunque le gustaba desde el inicio de carrera, hasta final del primer curso no habían tratado mucho. La joven tenía sus amigos, distintos a los suyos. En realidad, él solo tenía a Ismail. Juntos habían superado el instituto, la prueba de acceso a la universidad y ese año estaban en tercero de Periodismo. Cuando empezaron a relacionarse con el grupo de su compañera, Gorka dio por hecho que

ella se fijaría en su imponente compañero. Ismail era alto y fuerte, iba al gimnasio a menudo, y se llevaba a las chicas de calle. No obstante, la maña mostró más afinidad con él. Se habían hecho amigos, a veces tonteaban, y ese verano había pensado mucho en ella. Demasiado. Y, por mucho que había querido apartarla de su cabeza, había sido imposible. Por ese motivo estaba tan ansioso esa noche. Por fin sabría si Blanca se había acordado de él de la misma manera y con la misma frecuencia.

Eran cerca de las tres de la mañana cuando Ismail y Karen desaparecieron para irse al cuarto de las chicas y celebrar su fiesta privada. Llevaban dos meses sin verse y era obvio que lo estaban deseando. Él se quedó a solas con Blanca y los nervios empezaron a comerlo. Era como estar en un examen sin tener idea de ninguna respuesta. Cuando eso le pasaba, solo había una cosa que lo relajaba: fumar.

—¿Salimos a la terraza? Voy a echarme un piti —le sugirió Gorka a su compañera de clase, que accedió.

La residencia tenía una amplia azotea. En muchas ocasiones, la juerga se trasladaba allí arriba. Por el momento, la gente continuaba en la sala común o desperdigada por los dormitorios, los pasillos o la biblioteca (cuando había celebración, la biblioteca era un espacio más para confraternizar).

Durante el trayecto en el ascensor, él no habló. Se concentró en relajarse, en respirar el olor de la colonia de Blanca, que aún resistía. O tal vez era su olor real, el que cada uno tenemos impreso en la piel. No lo sabía, aunque tenía claro que deseaba averiguarlo.

Ya en el exterior, con el aire aliviando el calor que había pasado abajo, comenzó a prepararse el cigarro.

—¿Vas a meterle algo más u hoy no te toca? —se mofó la chica.

Él se encogió de hombros y sacó la cartera. Dentro llevaba una china. Blanca había demostrado más de una vez estar en contra de las drogas y no pudo evitar sentirse juzgado. No era que estuviera enganchado, pero le gustaba la sensación que le provocaba colocarse un poco, lo justo. Nunca se había metido nada diferente al hachís.

—Si quieres, lo aliño —la provocó, y entornó los ojos.

—Sabes que no fumo nada.

—Bueno, siempre hay una primera vez. Mira, ahora me han entrado ganas —contestó él, travieso. Le divertía picarla, ver cómo se enfurruñaba.

—Te quedarás tonto. Más aún.

—¿Acaso importa? —Le salió así, sin filtrarlo.

Procuraba guardar ese sentimiento de inferioridad para él, pero era demasiado fuerte como para mantenerlo siempre oculto. De los tres hermanos, él era el peor para sus padres, eso lo tenía claro. A Ada la endiosaban, y Marco nunca daba problemas. En cuanto a amistades, exceptuando a Ismail, no creía que el resto lo echara de menos. A veces sentía que su desaparición no sería un acontecimiento reseñable en la vida de nadie.

—Eres un buen guitarrista. Me daría pena que perdieras agilidad en esos dedos.

—Tranquila, esto los ejercita —dijo, y lo demostró al cerrar el canuto con destreza—. ¿En serio piensas que soy bueno con la guitarra?

La chica miró al suelo y se sonrojó. Él no pudo evitar sonreír. En esa piel tan blanca, cualquier cambio de tono era imposible de enmascarar. Deseó besar esos coloretes que habían aparecido y seguir por sus labios, su cuello… Si esa no era su noche, no sería ninguna, lo tenía clarísimo.

—Me gusta como tocas.

—Te puedo componer alguna canción. —Se acercó a ella y le retiró el pelo de la cara para colocárselo tras la oreja—. Podría hablar de lo poco morena que te has puesto este verano.

Ella se rio. Y no se apartó. Él supuso que eso era una invitación a seguir flirteando.

—Chico, no me coge el sol.

—Da igual. Me encanta, me inspira. Eres como las mujeres a las que se escribía durante el Renacimiento.

—¿El Renacimiento?

Lamentó haber dicho esa estupidez, había sonado muy pedante, pero ya no había marcha atrás.

—Sí, los poetas componían para mujeres idealizadas. Rubias, pálidas, ojos azules, esbeltas… A ti no hay que idealizarte, eres así.

Entonces, fue ella la que dio un paso adelante. Apretó su cuerpo contra el de él y rodeó su cintura con los brazos. Gorka notó su calor a través de la tela que los separaba. Bajó el cigarro para no quemarla y se fijó en sus ojos. No quería escapar de ellos, podría mirarlos toda la maldita vida. Azules, con motitas doradas, salpicándolos. Su determinación de no pillarse por nadie se esfumó cuando ella se mordió el labio inferior: una corriente eléctrica le sacudió el cuerpo y su mente se llenó de canciones de amor. De pronto, todas tenían sentido.

—¿Por qué no tiras esa mierda y me besas? —lo incitó ella.

Obediente, arrojó el porro y la besó. Había estado con más chicas, pero ninguna lo había besado como Blanca. O quizás era que nunca había sentido por ninguna algo parecido a lo que sentía por ella, su musa renacentista. Recorrió con las manos ese vestido blanco ibicenco, respiró de su cuello, acarició su rostro y su pelo. Se deleitó con cada centímetro de la piel de la joven al que tuvo acceso.

Y maldijo a Ismail y a Karen por haber ocupado el dormitorio de ambas y haberle privado de la posibilidad de desnudarla y saborearla entera. Por mucho que ellos hubieran acabado, no le parecía de recibo entrar seguido. No quería acostarse con ella en una especie de picadero. La deseaba, aunque tenía que ser de otra forma.

La chica parecía opinar como él, porque no le ofreció bajar. Se quedaron allí, en la azotea; a ratos, hablando; a ratos, besándose. Cogidos de la mano como dos enamorados.

* * *

A las siete de la mañana, decidió que era hora de volver a casa. Acompañó a Blanca a su habitación y se despidió de ella con besos y caricias. Por un momento, temió no ser capaz de separarse de esos labios.

Ya en la calle, pensó que tenía que echar el freno. Deseaba experimentar, conocer a otras chicas. Y Blanca le gustaba

demasiado. Caminó con las manos en los bolsillos, meditando sobre ello, hasta que decidió liarse otro cigarrillo. Esta vez solo de tabaco, no podía llegar a casa muy perjudicado y que lo castigaran por siempre jamás, no estaba el horno para bollos.

Además, quería estar en plenas facultades. No le daba miedo pasear solo por Madrid. No obstante, prefería estar atento. Se oían muchas cosas por ahí.

Ismail se había quedado en la residencia. Se imaginó la escena: Karen e Ismail en una cama y la pobre Blanca en la otra. Se le escapó una carcajada.

Sacó el humo por la nariz y se quedó en la boca de metro. Dentro no se podía fumar. Un chico le pidió fuego y él le prestó el mechero. Seguía dándole vueltas a cómo no pillarse. Había pasado unas horas maravillosas y una parte de él solo ansiaba dejarse llevar. Soltó un improperio. El otro chico lo miró intrigado.

—¿Una noche dura? —le preguntó mientras le devolvía el encendedor.

—Un fin de noche raro —aclaró y se lo recogió en el bolsillo.

—La rareza es divertida.

—Sí, si no te produce un quebradero de cabeza.

—Hermano, te dejo con tus rayadas. Yo voy a pillar el bus.

—Que vaya bien.

El desconocido levantó la mano a modo de despedida. Gorka apuró el pitillo y se internó en el paisaje subterráneo de Madrid. La ciudad estaba ya despierta y la gente que iba a trabajar ese sábado iba y venía con prisas. Los que volvían de fiesta llevaban otro ritmo: algunos, adormecidos; otros, todavía con el subidón; otros, con el bajón. Cuando volvía sereno, le encantaba coger el transporte público y escuchar las conversaciones tan dispares que se daban. Era como una radio improvisada, o una novela en la que cualquier cosa podía suceder.

Tiempo atrás, yendo hacia Malasaña, una chica que iba algo tocada se arrancó a cantar un bolero mientras sus amigas la escuchaban. Todo el vagón se quedó fascinado con esa voz, aniñada pero firme. Cuando acabó, los viajantes aplaudieron. De repente, ella pareció darse cuenta de que acababa de cantar en un sitio

público y se tapó la cara con la bufanda por la vergüenza. Él sintió unas ganas tremendas de conocerla; sin embargo, no se atrevió a hablarle. Se estuvo arrepintiendo durante meses. Esa chica morena con los ojos verdes enmarcados por un rímel algo corrido había sido un atípico primer amor platónico. Soñaba con ella, con su voz, con su sonrisa; al salir de fiesta, la buscaba. Jamás la volvió a ver. Hubiera sido muy romántico, pero eso era Madrid, una ciudad enorme.

La aparición de Blanca había acabado con esa obsesión. Le asustaba la idea de que, esta vez (y si no la cagaba), el amor estuviera al alcance de su mano. No. No era el momento. ¿Por qué su compañera no había llegado unos años más tarde?

ADA

Llegó sudorosa y con el corazón desbocado. Le había costado encontrar la sala de espera, había tenido que preguntar varias veces al personal hasta dar con ella.

Jaime permanecía de pie, ligeramente inclinado hacia delante, como si llevara una mochila demasiado pesada. Se tapaba la boca con la mano derecha, mientras la otra la mantenía sobre su cadera. Ada casi pudo sentir su agobio. Imaginó el susto al recibir la llamada de su madre contándole lo sucedido. Se le cortó la respiración.

Lo alcanzó y le rozó el brazo para llamar su atención. Sin mediar palabra, él la abrazó. Se notaba que necesitaba un contacto humano más allá del de su desesperada progenitora, Adriana, que estaba sentada en una de esas incómodas sillas de plástico, con la mirada perdida y la preocupación grabada en el rostro.

—¿Sabéis algo? —preguntó aún con el cuerpo apresado por los brazos de Jaime. Él se separó de ella; pero, como si temiera que se esfumara al soltarla, la cogió de las manos.

—Todavía no. Perdona por haberte hecho venir.

—No, para nada. Aquí es donde tengo que estar, contigo —murmuró Ada, tratando de vencer el miedo irracional que le daban

los hospitales. Y eso que su madre era sanitaria.

Se separó de él y caminó hasta Adriana para saludarla con dos besos que ella casi no respondió. No parecía estar allí. Al menos, su mente.

—Creo que está en *shock* —le explicó él.

—Adriana, ¿te traigo un café? —se ofreció Ada. No contestó—. ¿Té, tila? ¿Algo de comer?

—Déjala —le pidió Jaime, al tiempo que su madre negaba con la cabeza, sin conseguir fijar los ojos en nada—. Como mi padre no lo supere, no sé qué hará. Estar con él es su vida.

—No digas eso. Seguro que Fernando sale de esta —afirmó Ada.

«Mala hierba nunca muere», pensó con cierto remordimiento.

Su trato con el enfermo no era sencillo. En el trabajo, era capaz de tener una relación cordial con su jefe. No obstante, en todo lo tocante a Jaime, Fernando se ponía de uñas y le hacía saber lo poco que le gustaba que se relacionara con su hijo.

El joven siempre mediaba, calmaba los ánimos y conseguía que las aguas volvieran a su cauce. Al menos, no tenía que verse mucho con su suegro fuera de la revista. No habían llegado al punto de tener comidas familiares, por fortuna.

—¿Y tú, quieres algo? —le preguntó a Jaime.

—No. —Él sonrió, cansado, marcando esos hoyuelos que le dulcificaban el gesto—. Gracias.

—Ojalá pudiera hacer más.

—Me ayudas solo con estar aquí.

* * *

Pasaron horas casi en silencio, tan solo roto por alguna conversación trivial y los sollozos de Adriana. Ada sujetaba la mano de Jaime y aguardaba, sin saber muy bien cómo actuar. No podía dejar de darle vueltas a que tal vez Fernando tenía tan mal aspecto esa mañana porque algo estaba fallando en el interior de su pecho; algo que había reventado por la noche, poniendo patas arriba la vida de todos.

Las noticias tardaron en llegar. Parecía que era lo normal en una situación así, cuando un paciente entraba prácticamente en parada, tal y como le había explicado Jaime.

—Familia de Fernando Guillén.

Un médico los llamó con voz grave y tono seco, como un profesor malhumorado pasando lista a un grupo de jóvenes rebeldes.

Adriana se levantó rápido y, sin esperar a Jaime, se abalanzó sobre el doctor, farfullando toda clase de preguntas. Su hijo logró sacársela de encima al facultativo sujetándola por los hombros, apaciguando su inquietud. Ada, en un segundo plano, admiró su saber estar. Si a su padre le pasara algo así…

—Díganos —le solicitó Jaime.

—Su padre está estable. No obstante, se quedará en la uci.

A continuación, explicó lo ocurrido con miles de términos incomprensibles para la mayoría de los mortales, aunque los aclaraba para tranquilizar a Jaime; porque la madre, desde que había oído que estaba estable, no había hecho otra cosa más que llorar en el hombro de su paciente hijo.

—¿Podemos entrar a verlo? —rogó Adriana en cuanto el médico calló.

—Está sedado. Pero pasen.

Jaime se volvió hacia Ada, que seguía manteniendo una distancia prudencial.

—Yo me quedo aquí —susurró ella.

Ni de coña entraría a la uci. Lo mejor que podía pasar sería que se desmayara. Y lo peor, que tuvieran que ingresarla a ella con una especie de síncope. Era hipocondriaca y no soportaría un paseo entre enfermos. No. Apreciaba a Jaime y por eso estaba allí, pero a Fernando solo lo toleraba, y más por su relación profesional que por la personal. El chico asintió y sin insistir, desapareció.

Ada aprovechó la soledad para sacar su móvil. Tenía varios mensajes. Los abrió.

NURIA
Sabes algo ya?

No contestó, prefería llamarla más adelante y explicárselo bien.
Los siguientes eran de Víctor:

VÍCTOR
Lo que te estás perdiendo, David se ha llevado a su casa a un Dios del Olimpo, está cañón. Vaya regreso…

Qué tal el suegro?

La primera información le provocó una sonrisa. Se imaginó que sus amigos lo estaban pasando bien, y en parte los envidiaba. Sin embargo, no podía abandonar a Jaime en esa situación, y menos, para irse de copas.

Pau, discreto como siempre, le había mandado un emoticono del brazo sacando bíceps para darle fuerza.

Había también un par de Lidia, explicándole que estaba siendo una gran noche, seguidos de varias berenjenas. En fin, sin remedio.

David había mantenido el silencio. Y eso no le gustaba. Supuso que estaba dolido por lo que había pasado en el aeropuerto. Tendría que hablar con él y solucionarlo. A ver si el destino dejaba de ponerle zancadillas.

La sangre se le agolpó en las sienes al ver el último *wasap*. Era el más normal de todos y, aun así, fue el que más la descolocó.

ENRIQUE
¿Qué tal?

Valoró qué contestar: ¿Debía contarle dónde estaba?, ¿con quién estaba?, ¿por qué estaba allí? El periodista sabía que Jaime y ella se habían liado tiempo atrás. Había sido en una cena de empresa. Pero no estaba al tanto de que habían seguido con esa relación, eso había preferido guardarlo para sí. ¿Qué sucedería si se lo confiaba? ¿Cambiaría su amistad por lo de la noche anterior? Lo de Fernando la había distraído de lo ocurrido, pero esto, de nuevo, le trajo a la mente el error monumental que había cometido al acostarse con él. Y, sin embargo, al recordarlo, al rememorar los labios de su

compañero acariciando su cuerpo, se encendió. «Bravo, Ada, esto es maravilloso» se reprochó.

Pulsó en el recuadro para responder, y sus dedos se quedaron paralizados un par de segundos.

ADA
Bien

Lo borró.

ADA
En el hospital

Lo borró.

ADA
Luego te llamo

Lo borró otra vez.

—Mierda —murmuró, y alzó los ojos.

Se dio un golpe con la mano en la frente, volvió a mirar la pantalla y se sentó. Contempló el reloj: las siete. Sábado. Enrique dormiría, aunque el mensaje era de las tres y media.

¿Por qué le escribía a esas horas? ¿Qué hacía un hombre casado pensando en ella de madrugada? Esto se tenía que acabar.

ADA
Bien

Ser aséptica era lo mejor hasta que pudieran aclararlo.

Metió el móvil en su mochila y aguardó a que Jaime y su madre salieran. Después se fue al apartamento con él, no quería dejarlo solo.

Se tumbó abrazada a su espalda, sosegando su respiración agitada. No durmieron. El joven aguantó sin llorar, aunque ella sabía que necesitaba hacerlo. Cualquiera tendría ganas de llorar si su padre estuviera en la uci. Ada conocía a Fernando y era consciente de que le había enseñado bien que un hombre no debe mostrarse

débil, y no lo iba a hacer. La educación que había recibido le impedía exhibir una pizca de su dolor, ni ante su novia ni ante nadie.

VÍCTOR

—Lo borrarán enseguida —advirtió Pau.

A Víctor le daba igual. Estaba muy seguro de que eso era lo que había que hacer. Terminó de cerrar la última «a» con el espray negro y se alejó para observar su obra. Era la primera vez que pintaba en una pared como acto vandálico y no estaba mal, había quedado bastante legible.

—Perfecto —murmuró.

—Me encanta que tengas tan alta la autoestima —se burló su amigo mientras recogía su bote—. Es una chapucería.

—Puede ser que, como arte, tenga poco valor; pero nosotros somos justicieros, no pintores.

—Y seremos justicieros en el calabozo si no nos damos prisa. Recoge, anda.

Sonrió y agradeció en silencio que Pau, el responsable Pau, estuviera haciendo esa locura por él. Y por Nuria. Ella lo merecía. Su amiga era vulnerable y habían vapuleado su confianza. La vida se aprovechaba de los débiles y él no toleraba la injusticia. No podía vengar a todos, aunque sí a Nuria.

Se fueron corriendo y, dos calles más abajo, se quitaron las capuchas, se miraron y se echaron a reír, nerviosos. Víctor sabía que la adrenalina le duraría poco más, pero en ese instante se sentía capaz de todo.

—Te invito a la última —propuso. Pau asintió y buscaron algún bar que todavía quedara abierto.

III. SÁBADO, 8

DAVID

Abrió los ojos y la poca luz que entraba por los agujeros de la persiana hizo que un rayo de dolor recorriera su cabeza. Menuda resaca. ¿Cuánto había bebido? Menos mal que sus padres estaban de viaje.

Quiso incorporarse, pero notó un peso sobre su espalda. Hizo fuerza para quitárselo de encima y algo se movió a su lado. Joder, el tío ese se había quedado a dormir. De nuevo, agradeció que sus progenitores se hubieran marchado: ni de coña se tomarían bien que se trajera amantes a casa.

Se levantó. Todo le daba vueltas y se tuvo que apoyar en la pared. Se dio cuenta de que seguía desnudo, así que hizo el esfuerzo de buscar un pantalón de pijama y ponérselo. Casi se cayó por el mareo. El día iba a ser duro, estaba claro. Decidió dejar a su huésped durmiendo y ducharse. Quizás así consiguiera despejarse y, con suerte, cuando saliera del baño, el chico ya no estaría. Ni siquiera se acordaba de su nombre.

Asearse le sentó bien, ya no perdía el equilibrio cada dos pasos y no le daba la impresión de tener el cuerpo pegajoso. Debieron de sudar mucho la noche anterior. ¿Quién sabía lo que habían hecho? No recordaba una mierda. Tal vez se habían untado en mantequilla. No le extrañaría nada: puesto a la faena, David era bastante

imaginativo. Un momento, ¿habría usado protección? Volvió a su cuarto corriendo y el alivio lo invadió al ver dos condones usados en la mesilla. Menos mal que, aun yendo muy pero que muy perjudicado, era precavido. El joven, que se acababa de despertar, sonrió al tiempo que se desperezaba. Se esforzó por devolverle el gesto mientras se vestía.

El otro se levantó y lo abrazó. Su barba de hípster le hizo unas molestas cosquillas en el hombro. Tras unos interminables cinco segundos, suspiró, hastiado. Deseaba que se largara, nada más. Necesitaba estar solo y padecer el dolor de cabeza y de cuerpo que se le apoderaba. Se libró del abrazo sin importarle lo que su lío de una noche pudiera sentir.

—Voy a hacerme un café. ¿Por qué no te pones algo de ropa? —le sugirió.

—¿Dónde está el baño?

Al oír su voz grave, le vino el recuerdo de escucharlo gemir. Tragó saliva. Parecía que lo habían pasado bien.

David le indicó dónde estaba, con tal de que desapareciera le daba igual que se metiera en su aseo y no saliera nunca.

No recordaba nada de ese hombre. Solo que habían hablado mientras él tomaba copa tras copa, y que habían acabado en su cama (y, al parecer, se lo había tirado dos veces). Lo cierto era que el tío estaba bastante bueno. Sin embargo, le daba lo mismo, podía ser un Adonis y ser escandalosamente simpático. No estaba para eso.

Quería lamerse las heridas.

Quería hablar con Ada.

Se preparó el café en silencio mientras escuchaba el agua del baño correr. Dejaría que se duchase y, a continuación, lo echaría de casa. Era cruel, pero era lo mejor: cortar de raíz.

Su ligue apareció en la cocina cuando ya llevaba bebida media taza de la amarga bebida, sin azúcar, para espabilarse bien. Incluso se planteó echarle sal. Los ojos verdes del joven bailaban a un lado y a otro, evidenciando su nerviosismo. David agradeció que se hubiera dado cuenta de que no era bien recibido.

—Bueno… —susurró el chico.

—Oye… ¿Era Julen?

David había desarrollado esta habilidad para comportarse como un borde durante su estancia en París.

Al principio, le costaba bastante actuar de esa forma, sus padres le habían enseñado a ser correcto. Había recibido una educación esmerada, propia de la clase social a la que ellos pertenecían. Su padre era diplomático. No en vano podían permitirse un piso enorme en pleno centro de Madrid.

—Yeray.

—Eso, Yeray. Puedes tomar café. Y algo de comer, no me importa. Luego, márchate.

Su interlocutor bajó los ojos. Cuando alzó el mentón, David vio el enfado en su rostro. Se preparó para cualquier reproche.

—Eres un cabrón.

—¿Qué? —disimuló, porque era consciente de que lo estaba siendo.

—Mira, está bien que no quieras nada conmigo, pero no es necesario ser… así.

David se levantó, había acabado su desayuno. Dejó la taza en la fregadera y se volvió hacia el otro con aire despreocupado. Quizás era buen actor o ya estaba empezando a convertirse en un desalmado, no lo tenía muy claro, pero apenas le afectaba lo que le estaban diciendo.

—¿Prefieres que te diga que te voy a llamar y que nunca lo haga? ¿Eso es más adecuado? Es lo que marcan las normas de cortesía. A mí me la pelan. Prefiero decir la verdad. ¿Lo pasaste bien ayer? —preguntó. Yeray no respondió. Solo lo contemplaba, atónito —. Contesta, ¿no?

El joven asintió. Había retrocedido hasta el umbral de la puerta, como si temiera volver a entrar. David sintió algo de lástima, aunque ya no podía parar. La rabia que lo comía por el desplante de Ada, la ausencia de sus padres, su incapacidad de amar se estaba volcando en la dirección equivocada: la del pobre Yeray,

—Pues ya está. Eso era lo que pretendíamos los dos. No voy a llamarte, no quiero nada contigo. Ahora, vete. Me revienta la puta cabeza y hasta mi voz me molesta.

—Que te jodan —soltó el otro al tiempo que desaparecía por el pasillo como alma que lleva el diablo.

—Que te jodan a ti también —susurró David.

Cuando oyó el portazo, pegó un golpe a la encimera con el puño. Enseguida lo lamentó, acababa de añadir un dolor más a su cuerpo. Se lo merecía por haber sido un desagradable y, aun encima, no sentirse mal por ello. ¿En qué tipo de persona se estaba transformando?

Daba igual. Lo importante era que ya estaba solo para autocompadecerse. Fue al salón y encendió la televisión. No pretendía hacerle caso, solo quería algo de sonido; bajito, eso sí. Se tumbó en el sofá. Los pensamientos intrusivos que le decían que se había equivocado al volver a España le sobrevinieron. ¿Qué hacía allí? Ni siquiera había visto a Ada: ¿Cómo iba a decirle que la quería?, ¿cómo iba a conseguir que lo correspondiera? Qué locura. Qué estupidez.

Miró el móvil para ver la hora. Eran las doce. Tenía mucha jornada por delante para fustigarse, no pensaba hacer nada más.

ADA

Necesitaba darse una ducha por encima de todas las cosas. Jaime le había ofrecido el baño de su casa, pero ella había preferido irse a la suya y quitarse, además del sudor y el cansancio, la pena que Jaime llevaba encima. No se le daba bien consolar a la gente, se sentía torpe. Como si cualquier cosa que dijera solo empeorara la situación. No se le ocurrían palabras de aliento.

Abrió la puerta y dejó la cámara en el salón. Estaba exhausta. Apenas había dormido. Le pesaban los párpados y le dolía un poco la cabeza, justo sobre las cejas.

Iba directa al ansiado baño, cuando Nuria la interceptó por el corto pasillo. Ada dio un respingo al encontrársela de frente.

—¿Cómo está? No me has contestado al mensaje.

—Lo siento, se me olvidó —respondió, frotándose los ojos—. Está estable. Me voy a…

—¿Y Jaime?

—Preocupado. Oye, hablamos luego, necesito asearme, cambiarme de ropa…

La psicóloga asintió y se apartó para que pudiera entrar al servicio.

Ada se desnudó con rapidez. Tenía la sensación de que la ropa le quemaba, le parecía que olía a hospital; aunque sabía que era una chorrada, tampoco había estado tanto rato allí y no había pasado de la sala de espera. Abrió el grifo del agua caliente, odiaba el agua fría. Cuando alcanzó la temperatura deseada (casi ardiendo), se metió dentro y dejó que el líquido cayera sobre ella. Solo entonces consiguió relajarse.

Con toda probabilidad, estuvo más tiempo del estrictamente necesario allí metida, agradeciendo el poder sanador de una buena ducha. A continuación, fue a su cuarto y se puso un vestido corto y suelto de color azul cielo. Hacía calor ese sábado. Por un momento, dudó si salir y enfrentarse al interrogatorio de Nuria o quedarse recluida en su habitación, esperando a que el sueño se apoderara de ella.

Al final, decidió que era mejor hacer tiempo hasta la hora de comer. Tenía hambre, había cenado poco y mal, y el desayuno había consistido en un triste café.

Su compañera de piso la esperaba en el salón, sentada en el sofá con las piernas cruzadas y un libro entre las manos.

Ella leía más bien poco, le costaba concentrarse. Gorka siempre se lo reprochaba. Su hermano navegaba entre libros y canciones, llenándose la cabeza de historias imposibles. Ada era más práctica, o eso intentaba. La vida no tenía nada que ver con una canción o una novela de amor, los sentimientos no eran tan intensos como en ellas se reflejaban. De eso estaba segura.

—¿Vas a volver al hospital? —volvió a la carga su amiga. Ada se acomodó a su lado—. Jaime te necesitará más que nunca.

—Luego iré, por la tarde. Su madre ha dormido allí y él iba ahora. No hay manera de despegarla de Fernando. Menos mal que

Jaime ha tomado las riendas de la situación, porque ella no se entera de nada. Está como ida.

—Ha tenido que ser un buen susto.

—Sí.

—Has estado con él en todo momento, ¿no?

Se giró hacia ella, algo ofendida ante tanta desconfianza. Nuria no comprendía su forma de entender las relaciones y, en alguna ocasión, habían discutido por ello. Por eso solía dejar pasar sus críticas.

—Oye, ¡cuánta inquietud por Jaime! Que sí, he dormido abrazada a él y lo he consolado todo lo bien que he podido. Seré una novia nefasta, pero no soy una zorra.

—¿Te das cuenta de lo raro que suena eso?

Las dos rieron, rompiendo la tensión que se había creado. Ada era consciente de que su compañera apreciaba a su pareja, y por eso siempre se ponía de su lado cuando ella tenía un desliz. Más de una vez se había ganado una reprimenda, aunque intentaba que eso no interfiriera en su amistad. Además, sabía lo que tenía con su chico, no había necesidad de dar explicaciones cada dos por tres. Decidió cambiar de tema:

—¿Y ayer, qué tal lo pasasteis?

—Muy bien. David tiene ganas de verte.

—Y yo a él. Lo he echado de menos —reconoció.

Esbozó una sonrisa al recordar aquellos años en los que habían sido inseparables. De hecho, cuando se conocieron en el instituto, le había gustado durante un par de cursos. Podría decir que había estado enamorada de él; sin embargo, no habían llegado a nada. David pasó de ser su objetivo inalcanzable a ser un compañero. Estaba convencida de que había ganado con el cambio, un amigo es un tesoro; y, si se hubiera liado con él, podría haberlo estropeado todo y perderlo para siempre. Aunque, con lo distanciados que estaban ahora, tampoco sabía si había mucha diferencia.

—Y él a ti.

—¿Está bien?

—Creo que está algo perdido. Quizás puedas… podamos —se autocorrigió— ayudar a que se encuentre.

—Todos estamos un poco perdidos —murmuró. Así se sentía ella también desde hacía dos noches.

Guardaron silencio. Ada percibía que Nuria estaba nerviosa. Cambiaba de postura constantemente y se mordía las uñas, algo que solo hacía cuando estaba agobiada. En ese momento fingía leer, aunque sus ojos no corrían tras las letras, estaban quietos. Pronto diría aquello que tenía que decir. Ella solo aguardó, recostada en el sofá, adormilada; manteniendo ese horrible equilibrio entre el sueño, que se empeña en vencer, y la vigilia, que quiere ser más fuerte.

—Ada. —La voz de Nuria la sacó de su lucha contra Morfeo.

—Dime.

—Ayer hablé con mi jefa y…

Su móvil comenzó a sonar. Ada se levantó y fue hacia la mochila. Su amiga calló. Al fin, encontró el aparato y descolgó.

—Enrique… —La psicóloga frunció el ceño y cerró el libro con energía. Ada la miró sin entender por qué había hecho eso. La otra se marchó, enfadada. Supuso que el problema era que no tragaba a su compañero—. Todo bien. Bueno, después del concierto no tan bien… Tuve que ir al hospital. El jefe, le ha dado un infarto… ¿Que por qué fui? Pues, me llamó Jaime… Estamos saliendo, ¿no lo sabías? —Silencio. Era evidente que él no estaba al corriente. Se retiró el flequillo aún mojado de la frente a la espera de una reacción que tardaba en llegar. La había fastidiado. Había puesto en un compromiso al periodista que, sin saberlo, se había tirado a la novia del hijo del jefe. No se le ocurría la forma de enmendarlo, aunque lo intentó—: Oye, no tienes por qué… ¿Qué?… Sí, voy a volver por la tarde… ¿Conmigo? ¿Para qué?… Vale, vale. Pues pásame a buscar a las seis y vamos juntos… Adiós.

¿Qué acababa de pasar? En serio, su vida empezaba a parecerse a una película de esas que no tienes claro si son comedia o tragedia. ¿Para qué narices quería Enrique ir con ella a ver a Fernando? ¿Qué pintaba él allí? No entendía nada. Solo esperaba poder hablar con él antes de traspasar las puertas del hospital y dejar lo acontecido la madrugada del jueves atrás. Tenía que aclararle que lo suyo con Jaime era una relación abierta y no había habido infidelidad por su

parte. Y también que ellos jamás volverían a acostarse: ella no se metía en medio de matrimonios. Había sido un error.

Un error en el que él caía con asiduidad. En más de una ocasión, tras acabar el reportaje que les habían asignado, lo había dejado con alguna mujer bonita. Si no fuera porque Enrique se lo había contado, y por la alianza, jamás hubiera adivinado que estaba casado.

Al periodista le encantaba seducir, era su juego favorito. No obstante, nunca lo había empleado con ella. Aquella noche había sido Ada la que había sentido el impulso, y él solo la había seguido, sin oponer ninguna resistencia, eso sí. Pero no había empezado él.

La cuestión era que Ada intuía que Enrique no tenía la fidelidad como uno de los pilares de su moral. Y, aunque le picaba la curiosidad, era mejor no indagar el motivo. Lo que sucedía en cada casa que se quedara ahí, saber de más solo le traería problemas.

Se asomó al pasillo. Nuria se había encerrado en su dormitorio. Ada necesitaba a su chef; sin embargo, la llamada del periodista había alterado a su amiga demasiado.

Se fue a la cocina y abrió la nevera. Había huevos. Sabía hacer tortilla. Una comida sencilla.

PAU

Tras ocho horas de servir cafés, regresó a casa agotado. Había ido al trabajo casi sin dormir, algo resacoso, y eso que era el que menos bebía de todos sus amigos (bueno, tal vez Nuria estaba a su nivel); no obstante, la noche anterior se había pasado un poco.

Víctor era un gran embaucador y los había arrastrado a Nuria y a él a la fiesta en cuanto David hubo decidido que irse con un desconocido era la mejor opción. Justo el día que habían quedado por él, para recibirlo. De otra forma, ni de coña hubiera salido hasta tan tarde cuando al día siguiente le tocaba ir de mañanas. Le había fastidiado un poco, la verdad; aunque, nada más reencontrarse con su amigo, se había percatado de que algo se había roto en él. Así

que prefirió no juzgar: cada uno le ponía los parches a la vida que consideraba mejores. Los suyos tampoco eran los ideales.

Extenuado o no, en cuanto pusiera un pie en su hogar, tendría que hacer la comida. Con suerte, solo eso. Suspiró mientras se fijaba en la cancha de baloncesto que estaba enfrente de su edificio. Sí, allí estaba Sergio.

Su hermano iba a ser menos alto que él, pero también era un apasionado de ese deporte. Entró en el terreno de juego justo cuando el chico tiraba y encestaba. Aplaudió, avergonzándolo delante de un par de amigos. Sergio enrojeció.

—En veinte minutos, sube a comer —le ordenó.

—¡Pau! Échate unos tiros —le sugirió uno de los colegas de Sergio.

Miró a su hermano, pidiéndole permiso. No le gustaba incomodarlo y ya se había pasado un poco aplaudiendo. Él se encogió de hombros y le lanzó la pelota. La agarró con sus enormes manos y, mientras botaba, se acercó con estilo a la canasta. Hizo una bandeja y la metió.

—¿Quieres quedarte un rato? —le ofreció el mismo chaval.

—No, tengo cosas que hacer —zanjó y le devolvió el balón—. Veinte minutos.

—¡Que síííííí!

No contestó. Su hermano se adentraba en esa etapa en la que cualquier cosa que dijera la figura de autoridad era un castigo, de forma que mejor no guerrear en una batalla perdida.

Pau no había pasado por eso. Su madre nunca se había ocupado de él y, en cuanto nació Sergio, había hecho de padre y hermano al mismo tiempo. Con dieciséis años, ya trabajaba para mantener a la familia. Se había sacado la carrera curso a curso, mientras encadenaba empleos de camarero, dependiente, repartidor… Y, ahora, cuando por fin la había acabado y podía aspirar a algo mejor, no encontraba nada.

Abrió el portal y subió andando los tres pisos. El edificio era antiguo y no tenía ascensor. La comunidad lo proponía cada año, pero nunca salía adelante. Él se alegraba, no podían hacer frente a una derrama muy elevada.

Se detuvo frente a su puerta. ¿Qué horrores tendría que ver ese día? Cogió aire al tiempo que introducía la llave y la giraba.

El hedor era insufrible. Vómito, alcohol, ¿orina? Maldijo. Buscó a su madre entre el amasijo de botellines vacíos, vasos tirados, ropa esparcida por el suelo y bilis que presidía el salón. Estaba entre el sofá y el suelo, desmayada, con el pelo sucio pegado a la frente; el pijama levantado, dejando que se le viera la tripa. Anduvo por encima del desastre y fue a su cuarto para dejar la mochila con la ropa del trabajo. Después volvió junto a ella e intentó despertarla. Podría haberle dicho a Sergio que se quedara una hora más, la iba a necesitar para arreglar ese maldito desaguisado.

Su madre no reaccionaba. Las primeras veces que eso había ocurrido se había asustado. Ya no. Fue a la cocina y llenó una cacerola de agua. Se la tiró a su progenitora por encima, sin piedad. Estaba harto. Ella no tenía ninguna consideración con él.

Nati despertó haciendo aspavientos, golpeando el aire con las palmas de las manos. Se medio incorporó y tosió.

—¿Cuándo has empezado a beber? —preguntó Pau, y llevó de nuevo la olla a la cocina. Después, retornó al salón con una bolsa de basura y se puso a recoger.

—¿Tu hermano?

—Por eso te pregunto. ¿Mi hermano se ha marchado y has empezado, o se ha largado porque estabas pedo?

—¡Qué más da! —gritó.

—Importa. Sergio no debería verte empinar el codo. Bueno, tú no deberías hacerlo, pero eso ya lo dejo por imposible. Me conformo con que no lo hagas delante de él —explicó con tranquilidad mientras cerraba la bolsa e iba al baño a por el cubo de la fregona.

Lo cargó hasta arriba y le echó lejía. Regresó al salón y fregó el vómito. De adolescente le daban arcadas; sin embargo, se había acostumbrado. Qué fácil se hacía uno a todo, a lo bueno y a lo malo.

Él sabía que su vida no había sido fácil, que un crío no tendría que atravesar lo que él había pasado. Y con todo, no imaginaba otra cosa. Solo deseaba que su hermano tuviera una infancia lo más normal posible.

—¿Dónde está?

—Abajo, en la cancha. ¿Me respondes?

Su madre gruñó y se levantó a duras penas para coger un vaso de agua de la cocina. Se la bebió de un trago.

—¿Y el ibuprofeno?

—Te lo daré cuando tú me digas a mí lo que quiero saber.

—¡No lo recuerdo! ¿Satisfecho? —chilló ella, a la defensiva.

Pau se detuvo y la contempló. En estos momentos, la odiaba. Era fuerte decir eso de una madre, pero el sentimiento era el que era. Pensó que podría haberle dado una bofetada y haberla callado allí mismo. Pero era su madre, no podía hacerlo, tenía que respetarla. A pesar de que no se lo mereciera.

—No, no estoy satisfecho, mamá. No me hace ninguna gracia llegar de trabajar y verte borracha. O inconsciente, como hoy. Cualquier día nos darás un disgusto de verdad. Entonces, ¿querrás que Sergio te encuentre así? ¿En coma, o muerta?

—Eso sería un alivio para ti, ¿no?

Ya estaba. Cuando se encontraba acorralada comenzaba a hacerse la víctima y a intentar herirlo. Y lo peor era que lo conseguía. Una vez había leído que los hijos de los maltratadores y de los violadores seguían queriendo a sus padres, y eso le pasaba a él. Se cabreó consigo mismo: ¿De qué se culpaba? Hacía todo lo que estaba en su mano, no podía más. Respiró despacio para relajarse antes de seguir con esa conversación.

—No. No quiero que te ocurra nada. ¿Y si vamos al médico? Seguro que hay programas de rehabilitación. Podrías ser tú misma, no una adicta…

—¡No quiero rehabilitarme! ¡No quiero vivir! Desde que tu padre se marchó con todo, no merece la pena. Nada merece la pena. Y tú… ¡Tú solo me recuerdas a él! —lo culpó.

Pau miró al suelo. Esa era la acusación final. Su parecido con su progenitor desconocido. El gran ausente. Ese hombre que había puesto la semilla y se había pirado, dejando a su madre deshecha, con un bombo, y sin nada; porque también se llevó todos los ahorros, que no eran muchos. Nati cayó en una depresión y dejó de trabajar. No lo hizo ni siquiera cuando Pau era pequeño.

Sus abuelos los habían ayudado al principio. Más adelante, cuando su madre comenzó a beber en exceso y a mezclarse con gente inadecuada, también los habían abandonado. Él no conocía a su padre, y eso le dolía. Sin embargo, la gran espina que llevaba en el pecho era la de sus abuelos. Ellos lo habían dejado allí, con una madre alcohólica, y lo habían condenado. Notó la mano agarrotada: sujetaba la fregona con tanta fuerza que se estaba haciendo daño.

—Mamá, ve a ducharte, te has meado —le hizo ver con un tono aséptico. Aunque estaba a punto de llorar—. Voy a hacer la comida, Sergio está a punto de subir.

Su madre se miró el pantalón y vio la mancha alrededor de su pubis que bajaba por la pierna. Pau notó la vergüenza ascender por el cuerpo de Nati hasta que algo de color acudió a su demacrada cara. A esa faz surcada de venas rotas por el alcohol. A esa nariz roja de borracha. Sintió lástima al ver cómo esa mujer que le había dado la vida se tambaleaba por el pasillo hacia el baño.

A continuación, puso a cocer unos macarrones y le preparó un ibuprofeno mientras se repetía que era imposible hacer más.

ADA

Sobre las seis y dos minutos, recibió un mensaje de Enrique que la avisaba de que estaba frente a su portal con el coche mal aparcado. Había sido precavida y se había arreglado con tiempo, no quería hacerle esperar. Presentía que el horno no estaba para bollos.

Se sentó en el asiento del copiloto y se giró para mirar a su compañero. Estaba concentrado en sacar el vehículo del atolladero que se había formado en la calle, así que no le prestó atención y ella no pudo evaluar su estado de ánimo.

—¿Qué tal fue ayer en el estreno? —dijo para romper el hielo.

—Bien —respondió con un tono tan seco que Ada tuvo que tragar saliva.

Las cosas habían cambiado entre ellos, era un hecho.

Eso la cabreó. ¿Por qué el periodista se comportaba de esa forma? Había sido una maldita noche. Se dejaron llevar por la euforia de haber solucionado el gran problema que se les había presentado y la habían liado parda, sí. ¿Y qué, no podían dejarlo atrás? Lo intentó de nuevo. Tal vez, si ella actuaba con normalidad, a Enrique se le pasaría la tontería:

—No sabía que te llevabas tan bien con Fernando como para ir al hospital a verlo. Tan pronto, quiero decir. Está fastidiado todavía.

—Lo conozco desde hace mucho, nuestra relación va más allá de lo profesional.

—No me lo habías contado.

Enrique rio, sarcástico, y se fijó en ella por primera vez. Esa mirada la intimidó, incluso le dio la impresión de que su corazón se paraba por un segundo. Pese a que estaba acostumbrada a que esos ojos oscuros la escrutaran, esta vez estaban cargados de un reproche que no había visto antes.

—¿Quieres hablar de contar u ocultar datos? ¿Desde cuándo estás con Jaime?

Ada percibió como la ira le subía del estómago a la boca. No soportaba que se inmiscuyeran en su vida ni, sobre todo, que opinaran sobre ella. A Nuria se lo permitía, era su Pepito Grillo personal. Sin embargo, *¿él*? ¿Qué tenía que decir él? Estaba casado. CA-SA-DO. Y se acostaba con otras mujeres como si nada. Mujeres como ella.

—¡Bueno, bueno, esto es el colmo! —explotó—. ¡Pero si tú llevas una alianza en el dedo! Si alguien tiene que dar explicaciones eres tú. Aunque a mí no, a tu mujer. Dime, ¿hasta dónde le llegan los cuernos?

—¡Eso a ti no te incumbe! —bramó. Ella no se amilanó.

—No, tienes razón. Me daba igual hasta que tú has metido a Jaime —afirmó. Sin embargo, no era cierto. Se sentía culpable. La esposa de Enrique le daba pena: ¿Sabría lo que tenía en casa?—. Es más, ni siquiera es lo mismo. Nosotros tenemos una relación abierta. No es exclusiva, no hago nada malo si me acuesto con otras personas. En cambio, tú… No te quiero juzgar…

—¡Pues no me juzgues! Porque no tienes ni puta idea —le soltó, alzando la voz.

Eso no se lo iba a permitir. Nadie tenía derecho a tratarla así. ¿Quién se creía que era?

—¡Que no me chilles! ¿Me oyes? —gritó ahora ella—. ¡Que me importa una mierda tu matrimonio, tu mujer, tu hija y qué haces con tu polla! ¡En mi vida me he arrepentido de nada y ahora me arrepiento de haber follado contigo!—. ¿En serio estaban discutiendo por un polvo? No podía creérselo. No se reconocía y tampoco reconocía a su compañero. Tomó aire para sosegarse. Si quería que las aguas volvieran a su cauce, tenía que regresar sobre sus pasos, calmar los ánimos. Los dos estaban nerviosos, los dos se estaban equivocando—. Joder, Enrique. Éramos amigos. Lo somos. ¿Por qué te pones así? ¿Qué sentido tiene? Si es por lo mío con Jaime, no hay problema.

—¿No? Seguro que no le vas a contar lo que ha pasado.

—Una cosa es que tengamos permiso para hacer lo que nos dé la gana y otra, que nos vayamos contando batallitas. No me parece de buen gusto.

—Entonces, deberías revisar los términos de tu noviazgo porque parece que algo hace aguas.

—No me jodas —protestó. Ahora resultaba que Don Casado se sentía con la potestad de darle lecciones sobre cómo llevar su relación—. De todas formas, a ti te tiene que dar igual, es mi problema.

—Cierto. La cuestión es que es el hijo de Fernando —contestó, algo más tranquilo.

—¿Y?

¿Tanto importaba que fuera el hijo de su jefe? Cierto que era una situación incómoda, pero no era para tanto.

—No es bueno cabrear a Fernando —sentenció él.

Ada dudó sobre si indagar a qué venía esa respuesta o dejarlo pasar. Decidió que no merecía la pena enredarse más en esa conversación que no los llevaba a ningún sitio.

—Nadie se va a enterar —afirmó ella con la esperanza de zanjar el tema.

—Eso no lo sabemos —murmuró, e hizo un gesto con la mano para que no respondiera—. Lo siento, de verdad. No te mereces cómo me he puesto. Yo no… La he cagado yo, no tú. Prometamos que no va a volver a pasar y olvidémoslo.

Justo entonces, Enrique paró el coche. Había estacionado en el aparcamiento del hospital. Ambos salieron. Se había levantado aire y Ada lo agradeció, el calor la estaba consumiendo. Entre la elevada temperatura del coche y la discusión que habían tenido, empezaba a sudar.

—Tranquilo, no tengo ningún interés en repetirlo —aseguró con una sonrisa ladeada.

Aunque, por desgracia, no dejaba de pensar en que esa noche, la del incidente, Enrique le había regalado el mejor sexo de su vida. Y eso era difícil de obviar, cuando lo tenía tan cerca.

Se encaminaron hacia la uci y esta vez tardaron menos en llegar. Recordaba el camino.

Jaime estaba en la sala de espera, apoyado en la pared. Tenía las ojeras muy marcadas, cosa que no le restaba atractivo. Incluso lo hacía parecer más interesante. Fue hacia ella, rodeó su cadera con el brazo, y la besó. Después le estrechó la mano a Enrique. En cualquier otra situación, no se hubiera sentido incómoda; pero, tras la conversación de antes, deseaba desaparecer. El periodista, sin embargo, aparentaba una tranquilidad que contrastaba con lo que había mostrado dentro del vehículo. Menudo camaleón estaba hecho. Ada empezaba a entender cómo lograba sostener su matrimonio: se había construido un castillo de mentiras.

—¿Cómo está tu padre?

Estaba segura de que Jaime estaría harto de escuchar esa pregunta; aun así, contestó con educación. Pocas veces tenía un mal gesto. Debía de ser muy duro vivir encorsetando los sentimientos.

—El doctor dice que se está recuperando bien. Con todo, tardará en salir del hospital. Tenía una arteria obstruida. —Hizo una pausa—. Podéis pasar a verlo, se alegrará de que estés aquí —le dijo a Enrique, que asintió—. Voy a sacar a mi madre, las visitas van de dos en dos. Os tendréis que poner los trajes de protección. —Señaló una especie de chubasqueros que había colgados a la entrada.

—Pues vamos los dos, ¿no? —propuso Enrique, mirándola.

Accedió con un tímido asentimiento. Cómo habían cambiado las cosas, parecía que volvían a ser amigos.

En cuanto su pareja desapareció, Ada habló:

—Yo no te entiendo, tanta preocupación antes y ahora quieres que vayamos juntitos.

—Es lo más normal, hemos llegado al mismo tiempo. Entramos, saludamos, yo me voy, y tú te puedes quedar un rato con tu novio.

—No es exactamente mi novio —puntualizó mientras enredaba un mechón de pelo en su dedo.

—No creo que vayas a ver a los padres recién infartados de todos tus amigos con derecho a roce —se burló.

—Gracias a Dios, los demás tienen la salud de hierro —le siguió la chanza y alzó el mentón, provocándolo. Enrique sonrió y ella agradeció recuperar esa complicidad. Le encantaba.

Jaime regresó rodeando los hombros de su madre con el brazo. Adriana lloriqueaba y se limpiaba las lágrimas con un clínex arrugado sin perder la elegancia. Tenía aspecto de no haber dormido nada en absoluto. Él les anunció que se iban a tomar algo mientras ellos dos pasaban.

Tras ponerse el traje obligatorio, Ada y Enrique caminaron uno detrás de otro junto a las camas de los ingresados, todos separados por unas cortinas. Gente que había perdido su intimidad.

Su temor a los hospitales se intensificó hasta el punto de impedirle respirar con normalidad. Nunca había tenido que estar mucho tiempo en uno, y lo agradecía. Odiaba el olor a desinfectante, a medicamento; los sonidos de las máquinas, la decadencia que se respiraba. Prefería estar muerta antes que enferma. La vida así, entre cables, no tenía sentido.

Por fin dieron con Fernando. Estaba pálido y parecía muy débil.

—¿Cómo va, Fernando? —preguntó Enrique, y agarró la barra de la camilla destinada a que el paciente no se cayera. Ada se quedó un paso atrás, repitiéndose que no iba a pasar nada.

—Me han pinchado por todas partes. Parece que no me voy a morir todavía.

—Por supuesto que no —afirmó el periodista.

—Ada, puedes acercarte, no muerdo —comentó Fernando con falsa amabilidad—. Ya sé que no te hace mucha gracia venir a verme; sin embargo, si vas a aprovecharte de mi hijo, por lo menos aguanta el tipo.

—Yo no me aprovecho de Jaime —cortó ella con toda la dulzura de la que hizo acopio. Había tenido que morderse la lengua para no soltarle una burrada delante de Enrique—. Me alegro de que todo haya quedado en un susto. Pronto volverás a mandarnos reportajes imposibles en la revista.

Lo mejor era desviar la conversación hacia lo profesional: en ese terreno se entendían, era más neutral. Además, era lo que tenían en común Enrique, Fernando y ella. Le parecía lo más lógico.

—Uf, creo que tardaré. Oye, ¿por qué no vas con Jaime? Seguro que le gustará tu compañía, por desgracia. Yo he de hablar con Enrique un momento —le pidió Fernando.

Su compañero se giró hacia ella. Ada esperaba atisbar sorpresa en su rostro, pero no, solo halló resignación. Le indicó con un gesto que hiciera caso al director de la revista y ella se marchó. Tampoco le apetecía permanecer allí, por mucho que le picara la curiosidad por saber de qué narices iban a hablar jefe y empleado.

Se quitó el chubasquero y fue a la cafetería, no sin antes desinfectarse las manos con ese gel con alcohol que tan fuerte olía, el sustitutivo de un buen lavado con agua y jabón.

* * *

Jaime le daba vueltas al café. Su madre tenía los ojos fijos en el suyo, aunque Ada dudaba de que realmente lo viera. ¿Sería capaz esa mujer de concentrarse en algo en el estado de nervios en el que se hallaba? Pidió un refresco y se sentó junto a su chico. Él le sonrió y le rozó con cariño la mejilla con el pulgar.

—¿Y Enrique? —preguntó.

Se encogió de hombros. ¿Qué tipo de relación unía a Enrique y Fernando para necesitar hablar a solas en esa situación? El

empresario casi acababa de regresar del mundo de los muertos y demandaba hablar con él. Era extraño. Mucho.

—Tu padre ha querido quedarse con él. Parece que se llevan muy bien, ¿no? —le sonsacó.

—Sí. Enrique lleva en la revista desde que mi padre la abrió. Es su asalariado más querido. Incluso ha cenado en casa con su mujer y la niña.

—Son encantadoras —intervino su madre, medio ausente—. Paola es guapísima. Una belleza.

Sintió cierta vergüenza. Paola sería la mujer más hermosa del mundo; sin embargo, estaba claro que su esposo necesitaba algo diferente y lo buscaba con desesperación fuera de la rutina familiar. Enrique, ese hombre despreocupado y divertido que ella creía conocer. Nada más lejos de la realidad. Algo le decía que no era tan sencillo, que el periodista no era un tipo infiel por naturaleza; había algo detrás. Su compañero estaba empezando a revelarse como una caja de misterios sin resolver. Desafortunadamente, ella comenzaba a sentir la necesidad de descubrirlos, de abrir esa caja. Aunque fuese la caja de Pandora.

VÍCTOR

Sábado por la tarde y no tenía plan, algo que le ponía entre triste y nervioso. No estaba acostumbrado a tanta calma el día estrella del fin de semana. Había escrito en el grupo de WhatsApp de sus amigos y las respuestas habían sido diferentes, pero se podían traducir en un «no» bastante rotundo.

Nuria lo había llamado justo después para pedirle que no se fuera de la lengua: aún no le había contado a Ada que la habían despedido y no quería que se enterara por terceras personas.

Él había aprovechado para insistirle en quedar para tomar algo y la psicóloga se había mantenido en sus trece, quería descansar y darle vueltas a la idea de la clínica. Así que, en un intento desesperado de no pasar aburrido la velada, se había ofrecido a ir a

su piso y ayudarla; incluso le había propuesto ir a comprar un diván o cosas por el estilo que pudiera necesitar para esa nueva etapa. Ella había aducido que quería estar sola.

Pau, por su parte, se iba a quedar a vigilar a su madre. Se la había encontrado borrachísima cuando había vuelto de trabajar.

Víctor no podía evitar odiar a Nati. Sabía lo que esa mujer le había hecho padecer a su mejor amigo, que se había refugiado miles de veces en su casa, al abrigo de unos padres más responsables, más protectores. Dos rasgos de sus progenitores que comenzaban a hartar a Víctor (no le gustaba dar explicaciones y escuchar consejos sobre eso de sentar la cabeza). Para colmo, Pau tenía que hacer de padre de su hermano. Demasiadas responsabilidades, una infancia y una adolescencia perdida, y una adultez que no podía despegar porque cargaba con mucho lastre.

David ni había contestado ni en el grupo ni por privado. Se le ocurrían dos explicaciones para ese mutismo: o estaba durmiendo la mona o el chico de la noche anterior le había gustado más de la cuenta. Aunque esta última no parecía probable. Creía conocer a su amigo, pese a que dos años casi sin verse quizás hubieran hecho estragos en la relación, y lo que buscaba durante su fiesta de bienvenida era olvidar. Víctor no sabía qué o a quién, pero era evidente que anhelaba apartarlo de su mente. Podría tratarse de algún parisino, o alguna parisina. O quizás eran películas que se había montado en la cabeza; al fin y al cabo, él tenía alma de creador, de artista.

Por último, Ada iba a pasar la tarde en el hospital. Había dejado abierta la posibilidad de verse con un «igual por la noche podemos quedar». No obstante, él sospechaba que acabaría en el apartamento de su novio.

Jaime… Un chico encantador, guapo, simpático. Perfecto. Él firmaría por un hombre así en su vida. Sin embargo, su amiga no estaba en ese momento vital, la estabilidad no la llamaba lo más mínimo.

En contraposición, Víctor ansiaba encontrar a alguien que lo quisiera, alguien con quien compartir sus experiencias, sus inquietudes. El problema radicaba en que no tenía mucho éxito con

sus noviazgos: le duraban entre poco y nada, por lo que encadenaba un rollo tras otro. No era de piedra.

Sacó los apuntes de la universidad. Le quedaban cuatro asignaturas para obtener el título. Mucha gente le hacía sentir estúpido por no haber acabado la carrera, todo el mundo opinaba que Comunicación Audiovisual se aprobaba sin hacer nada.

Víctor no lo veía así. Había que trabajar, más que en otras carreras en las que se trataba solo de empollar. Además, él había primado el coger experiencia. Había estado en varios proyectos como ayudante de producción, y allí disfrutaba más que en clase escuchando lecciones magistrales. Así estaba más cerca de su gran objetivo: dar el salto al otro lado de la cámara. Deseaba ser actor.

Por ese motivo, dejó de lado esos folios sin haber leído ni una línea y encendió el ordenador a la caza de algún *casting*. Podía pasarse horas buscando en internet. Ya se había presentado a varios y no había habido suerte. Sin embargo, tenía la sensación de que pronto esto cambiaría, que conseguiría su oportunidad. Lo había meditado en verano: si ese curso no conseguía un papel, aunque fuese en un anuncio, lo dejaría. Se conformaría con cualquiera de las otras facetas de la Comunicación Audiovisual. Iba a ser su prueba de fuego, o valía o no valía, y esperaba que fuera lo primero.

JAIME

Agradecía en el alma que Ada estuviera allí. Era consciente de que su novia estaba haciendo un gran esfuerzo: odiaba los hospitales, no se llevaba bien con su padre y evitaba pasar mucho rato con su familia, pues le parecía que era como dar un paso adelante en la relación. Y ella no quería avanzar ni un milímetro.

Por eso, cuando Enrique salió y la fotógrafa rechazó marcharse con él por permanecer a su lado, se le hinchó el pecho y sonrió de verdad por primera vez desde que le habían dado la noticia de lo que había sucedido. Con todo, era consciente de que era una ilusión, su compañía en esos momentos tan amargos no significaba que algo

hubiera cambiado entre ellos. Ella seguiría empeñada en poner distancia. Si bien al principio a él no le importaba, ahora necesitaba más. Más compromiso. Y estaba dispuesto a pelear por ello.

La dejó en la sala de espera y entró a despedirse de su padre. La enfermera les advirtió de que se acababa el horario de visitas, que tenían que ser rápidos. Además, Fernando estaba agotado.

El empresario agarró a su mujer de las manos y procuró poner buena cara para infundirle ánimos. Jaime se lo agradeció, su madre estaba derrotada.

—Cariño, ve con Ada, si es que aún está. Tengo que arreglar unas cosas de trabajo con tu hijo —le pidió a su mujer.

Adriana asintió. No se atrevería a decirle que no a su marido. Eso nunca. Jaime admiraba esa devoción que sentía por su esposo, aunque sabía que rayaba lo enfermizo. Su madre vivía bajo la sombra de su padre y era feliz así. Él jamás le haría eso a Ada. La quería libre. Tal vez por eso aceptaba esos estúpidos términos de relación abierta que ella le imponía.

Jaime besó en la mejilla a su madre y aguardó a que se marchara. Después se fijó en su padre.

—¿Qué querías tratar con Enrique? —preguntó.

Le había llamado la atención que se quedaran a solas tanto rato. Sabía que se llevaban bien, pero estando convaleciente… No le parecía algo muy normal.

—Cosas de la revista. Y de algo similar voy a hablar contigo.

—¿Conmigo?

—¡De qué te extrañas, hijo! Necesito que alguien se haga cargo de mis negocios durante mi ausencia. ¿Y quién mejor que tú? Estarás al frente de *On* mientras esté convaleciente. Los otros se manejan desde la gestoría, solo tendrás que echarles un ojo de vez en cuando. La publicación, sin embargo, necesita un director. El lunes hay que abrir, no pueden trabajar desde casa siempre.

Jaime había dado esa orden por la mañana, sin consultárselo. Tenía que tomar una decisión y le había parecido la más acertada. Por desgracia, a Fernando no le había sentado del todo bien. Le gustaba que todos estuvieran en sus puestos. Él, por el contrario, veía beneficios en el teletrabajo. Diferencia generacional, supuso.

—Papá, yo tengo mi trabajo —se quejó, apartándose de la cama como si le hubiera dado un calambre.

No quería heredar nada de su padre. Siempre había intentado ser independiente, no un hijo de papá como lo eran muchos de sus amigos, y más en ese punto de su vida. Ansiaba demostrarle a Ada que era mejor que su progenitor.

—Allí no ven lo que vales. Aprovecha esta oportunidad. Hazlo por mí. Solo confío en ti.

Jaime puso los brazos en jarra y agachó la cabeza. El corazón le gritaba que debía ayudarlo. La razón le avisaba de que estaba cayendo en una trampa mortal si accedía. Observó a Fernando, tan desvalido en esa cama de hospital, lleno de cables, goteros… Suspiró. No quería, en serio que no. Y tampoco podía dejar a su padre tirado, había estado a punto de morir. En fin, ya saldría del atolladero cuando todo mejorara.

—Está bien, solo hasta que te recuperes. Pediré una excedencia. Después volveré a mi trabajo; y tú, a tu revista.

—No sé por qué eres así.

—Lo hemos hablado en otras ocasiones. Y no creo que sea buen momento para discutir. Tienes que descansar. He aceptado, haré lo que me pides durante el tiempo que me necesites. Y ya está. Nada más —zanjó, firme. No pensaba ceder, lo tenía muy claro.

Fernando asintió, aunque Jaime no atisbó felicidad en su rostro. Sabía que le hacía sufrir al desvincularse de aquello que él había levantado con sus propias manos. Al fin y al cabo, su padre le había dado todo lo que podría necesitar. Le había pagado una educación esmerada en los mejores colegios, una buena universidad, todos los cursos de inglés, francés y alemán en España y fuera de ella, una academia de piano… Y él se alejaba, en vez de agradecerlo.

—Tal vez disfrutes y cambies de opinión, hijo. Es un negocio peculiar. Pídele a Enrique lo que precises, él te ayudará. Es el que mejor conoce todo.

—Ada también puede…

—Esa chiquilla no sabe nada. Es una vividora —soltó—. La conservo en la revista porque tiene un don para la fotografía, capta instantáneas que nadie más puede conseguir. Si no fuera por eso…

—Suficiente, papá. —Había dejado de fijarse en su padre, esquivaba sus ojos. Estaba harto de que tratara de esa manera a su novia, no entendía esa animadversión hacia ella.

Odiaba que pensara que tenía derecho a manejar su vida solo porque tenía dinero, a decidir dónde trabajaba, qué amigos tenía y con quién salía. No. No podía prolongar esa conversación o acabarían gritando. No era la primera vez que tenían esa discusión. Y estaban en un hospital, no era el mejor lugar para montar una escena.

—Me voy. Mañana nos vemos.

Se fue sin esperar respuesta y sin mirar atrás. Fuera, Ada y su madre aguardaban calladas. No tenían mucho tema de conversación, eran muy diferentes.

Llevó a Adriana a su casa y le insinuó a su pareja que se quedara con él: tras esa despedida tan amarga de Fernando, no quería estar solo en su apartamento. En realidad, era de sus padres, aunque desde hacía años lo ocupaba él. Algo más que deberles.

Ada le dijo que necesitaba dormir. Le dolió esa respuesta, era la constatación de que nada había cambiado entre ellos. Con todo, no insistió, no quería forzarla ni mostrar necesidad. Ella perdería el interés si se rebajaba. Así que la acercó a su barrio. La chica salió del coche y le dijo adiós con la mano. Después, desapareció a paso ligero. Jaime suspiró y arrancó.

NURIA

Se estaba dejando las uñas tan cortas de mordérselas que pronto tendría muñones. No podía parar, estaba atacada. Tenía que contarle a Ada que había perdido su fuente de ingresos, lo que suponía un problema para pagar el alquiler. Ah, y que tenía el ridículo plan de montar una clínica privada. No sabía muy bien por qué le preocupaba tanto cómo se lo tomara su amiga, pero le importaba. Tal vez le asustaba su reacción, que le echara en cara su ineptitud.

A Ada siempre le iba bien. Nunca le había faltado el trabajo, no conocía la sensación de vértigo que provocaba tener problemas para llegar a fin de mes. Por eso enseguida le había propuesto a Nuria irse a vivir juntas a un piso de solteras; un lugar para confesiones, diversión, fiestas sin vigilancia, poder llevar chicos a casa… Se lo vendió tan bien que no pudo decir que no. Además, deseaba alejarse de sus padres. Siempre habían sido muy exigentes; pero, desde que se habían divorciado, la situación era insostenible.

Esa decisión la había obligado a precipitarse en el mercado laboral en busca de trabajos que le permitieran cubrir los gastos. No era culpa de su compañera, había sido ella la que había accedido.

El ruido de las llaves la arrancó de su mundo interior. Ada se detuvo en la entrada del salón, apoyada en el marco de la puerta. Ella no se atrevió ni a moverse, se había quedado bloqueada.

—¿Qué pasa? ¡Menudo jeto llevas! —observó la fotógrafa.

—Pienso.

—¿En qué?

—Siéntate, quiero hablar contigo —le pidió mientras daba unas palmaditas en el asiento.

—Uf, a esa frase nunca le sigue nada bueno. Escucha, si es sobre lo de Enrique, déjalo. Lo hemos aclarado, no va a volver a ocurrir. No puedo jurarte que no lo volveré a ver, es absurdo, trabajamos juntos…

—No, no es por Enrique.

A Ada le cambió la expresión del tedio a la sorpresa y se encogió de hombros. A continuación, avanzó y se sentó junto a ella, mirándola inquisitiva con esos enormes ojos castaños.

—¿Te acuerdas de que ayer la jefa quería verme?

—¡Hostia, sí! —exclamó y se llevó la mano a la frente—. Con todo esto de Fernando se me había pasado preguntarte, perdona. También tengo que llamar a David. Mierda. Bueno, ¿y?

A Nuria la sobrepasaba el desordenado discurrir de la mente de su amiga. La agotaba su falta de concentración. Ella podía centrarse en algo durante horas, para Ada eso era imposible. No entendía cómo podía sobrevivir navegando en ese caos.

—Me ha despedido. —Le estaba empezando a coger el tranquillo a soltar las cosas como quien quita una tirita. Era más sencillo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque dice que no tengo aspiraciones.

La fotógrafa alzó las cejas. Estaba claro que nadie entendía que se despidiera a una persona por conformista. De todas formas, lo de callarse que estaban recortando personal y ella había sido seleccionada para la criba no ayudaba.

—¿Y cómo vas a pagar el alquiler?

Nuria torció el gesto: a veces Ada era muy egoísta. Nada de interesarse por cómo estaba o qué iba a hacer. No. Cómo iba a pagar el alquiler. Esos eran sus desvelos. Maldita ella. Ojalá fracasara en algo, simplemente para que besara el suelo una vez en su vida. Parecía contradictorio, cuando su amiga acababa de volver del hospital, pero estaba segura de que le importaba bien poco lo que a Fernando le sucediera. Qué más daba, mientras pudiera seguir tirándose a su hijo. Se frenó. El enfado se apoderaba de ella. Era su agobio el que hablaba (o, más bien, pensaba). Su compañera no era tan insensible. Al fin y al cabo, había hecho una pregunta lógica. Desacertada, aunque lógica.

—Voy a emprender.

Ada abrió mucho los ojos, incluso desplegó los labios formando una tímida «o».

—¿Que vas a hacer qué?

—Voy a abrir una consulta privada. Aquí.

—Aquí —repitió, incrédula.

—Aquí. Nos sobra una habitación. La acondicionaré y pasaré allí consulta. Hay mucha gente que necesita ayuda, pondré precios bajos. Víctor dice…

—¿No hace falta hacer trámites legales para eso?

—Bueno, si va bien, pronto podré pagar todo.

Su amiga se quedó muda y a ella le entraron los mil males. Si la alocada del grupo veía su idea descabellada, tal vez lo fuera. ¿Quién le mandaba ella escuchar a Víctor? Iba a fracasar. Otra vez. Y se quedaría sin nada. Peor, con menos de nada porque tendría que invertir lo poco que tenía en su proyecto.

Tras unos segundos interminables, Ada habló:

—Piénsalo bien. Decidas lo que decidas, yo no me voy a oponer. Aunque vamos a perder intimidad…

—Te prometo que no te molestaré.

—Me preocupa molestarte yo a ti —aclaró. Nuria enrojeció y se arrepintió de todo lo que había pensado antes de su compañera—. Y, en cuanto al alquiler, tengo dinero ahorrado; puedo cubrirlo un par de meses. Tal vez tres. No te apures.

Estaba segura de que Ada se lo había ofrecido de forma natural, no porque se sintiera obligada. Y eso la desmontó. Perdonó sus egoísmos, sus infidelidades a Jaime y sus desplantes a David. Tendría sus defectos, pero siempre hacía las cosas de corazón.

Rompió a llorar, la ansiedad le oprimía la garganta y necesitaba liberarse.

—Tía, no llores —susurró la fotógrafa.

Nuria se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Ya, perdona. Es duro.

—Buah, si tú puedes con todo. Eres lista y sensible. Serás una psicóloga genial —la animó, y ella sonrió, poco convencida—. Oye, me marcho a mi cuarto, ¿vale? Voy a descansar, estoy que me caigo. Si quieres luego nos tomamos algo con Víctor, ha escrito antes…

—No tengo muchas ganas. Ayer ya salí.

—Cierto. Yo veré qué hago.

Y la dejó ahí, sentada en el sofá, planteándose si su sueño de la clínica terminaría por arruinar la poca ilusión que le quedaba si salía mal.

ADA

Camino a su habitación, sacó su móvil y escribió un *wasap* a David:

ADA
Nos vemos?

Estaba en línea. Doble *check*. Azul. Escribiendo… En línea… Escribiendo… En línea… Escribiendo.

—Joder, David, pareces mi madre —murmuró, ya en su dormitorio. Por fin, llegó el mensaje.

DAVID
Mañana. Un vermú. Tú y yo solos. Como en los viejos tiempos

Sonrió. Miró la foto de perfil de David. Estaba más delgado, pero seguía siendo igual de guapo. El más guapo del instituto, de hecho. Su mejor amigo. Tal vez podían recuperar lo que habían perdido. Esa idea la esperanzó.

ADA
Ok. Donde siempre a las 12.00

David envió el símbolo del pulgar hacia arriba. Iba a dejar el móvil para desvestirse cuando vio que tenía un mensaje más:

ENRIQUE
Perdona. Me he pasado tres pueblos

Dudó un momento. ¿Qué debía decir? Se había pasado, pero ya lo había perdonado. Suspiró y contestó:

ADA
Todo bien, no te preocupes. El lunes te veo

Se tumbó en la cama. No dejaba de pensar en Enrique. En que no quería perder su amistad y en que le resultaba muy complicado relacionarse con él ahora que… Era una putada lo mirara por donde lo mirara.

Y, aun encima, lo de Nuria. Joder. Una clínica privada y sin papeles. Si la pillaban…

* * *

Media hora después, agobiada, llamó a Víctor. Si a él le apetecía, necesitaba despejarse un rato. Su amigo, cómo no, estaba disponible. Quedaron después de cenar.

En su adolescencia salían cada sábado, incluso cuando sus amigos estaban estudiando porque había seis exámenes la semana siguiente. A ellos ese factor no los achantaba. «¿Vais a estudiar a las tres de la mañana?», les preguntaban. Y el resto respondía que querían estar bien despiertos al día siguiente para rendir. Ellos no tenían ese problema. Ella no había tenido una resaca en su vida, y Víctor había empezado a tenerlas al entrar en la veintena. De forma que muchos fines de semana se iban de fiesta ellos dos solos. No necesitaban a nadie más.

* * *

Ese sábado no fue menos. Llegaron a casa cerca de las siete de la mañana, renovados tras una noche de risas. Y Ada olvidó ponerse el despertador.

IV. DOMINGO, 9

ADA

Le costó abrir los ojos, le pesaban los párpados. No había bajado del todo la persiana y los pequeños huecos dejaban pasar unos tenues rayos de luz que le parecieron cegadores. Se giró hacia la pared, intentando conciliar el sueño de nuevo y, de repente, un escalofrío hizo que se sentara en el colchón. La certeza de que tenía algo pendiente se hizo dueña de su cerebro. No tardó ni cinco segundos en relacionar esa sensación con su causa: David. Buscó el móvil, lo había dejado en la mesilla. Las doce menos cinco. No llegaba ni de coña. Saltó de la cama y comenzó a desvestirse. Tenía que ducharse, olía a ese sudor alcoholizado que exudas tras una noche de fiesta.

Le mandó un mensaje a David:

ADA
12.30, me he dormido

Dejó el *smartphone* en su cuarto y corrió al baño. Se sentía tan culpable por fallar de nuevo a su amigo que casi ni esperó a que el agua se calentara. Entró y juró en mil idiomas mientras el líquido templado resbalaba por su tembloroso cuerpo. Prescindió de lavarse el pelo por mucho que lo necesitara, pues lo llevaba apelmazado tras

las horas de baile y risas que había pasado con Víctor la noche anterior. Ya se lo recogería en una coleta para disimularlo.

Volvió con la carne de gallina a su cuarto y buscó en su armario unos vaqueros limpios y una camiseta básica. Encontró una azul con un dibujo de Daenerys, la de *Juego de Tronos*. No era lo que quería; aun así, se la puso, no había tiempo para ponerse exquisita con el atuendo. Cogió de entre sus desordenadas pertenencias la tarjeta de transporte, el móvil, el monedero y las llaves, y lo cambió del bolso que había llevado la noche anterior a una mochila de tela. Se peinó la cola a caballo sin mirarse mucho en el espejo, y salió disparada.

Mientras esperaba al metro, consultó el teléfono. David todavía no había contestado, no obstante, sí lo había leído. Eso era muy mal síntoma. Valoró el llamarlo para volver a excusarse. De hecho, estaba a punto de hacerlo cuando llegó el tren. El vagón estaba bastante lleno, así que guardó el aparato y se colocó la mochila por delante para vigilar que nadie le robara. Se apoyó en una barra y empujó mentalmente al tren para que acelerara. Siempre había sido un poco desastre con la puntualidad, pero lo de hoy era de traca. Pese a que eran pocas paradas hasta La Latina, se le hicieron eternas.

Al bajar, se abrió paso a empujones entre la gente: «Perdón», «disculpe», «lo siento», repetía como una melodía incansable. Era como nadar contra la marea. Brincó por las escaleras mecánicas hasta alcanzar la calle y se apresuró hasta el bar.

Llegó en menos de cinco minutos. Se quedó analizando a David a través del cristal, tratando de adivinar hasta qué punto estaba enfadado. Él contemplaba, aburrido, su cerveza: no parecía excesivamente cabreado. Aunque no tenía muy buena cara, daba la impresión de estar cansado; incluso se atisbaba cierta palidez en su rostro. Y el jodido seguía siendo demasiado guapo para su propio bien.

Un pinchazo le atravesó el costado al recordar lo que su amigo había significado para ella. Ahí estaba el hombre que le había roto el corazón tantos años atrás. Claro que entonces no era un hombre, era un adolescente que ni siquiera se había dado cuenta de lo enamorada que estaba de él. David le hizo entender con su

indiferencia que el amor era una fuente de dolor y, por ello, Ada se alejaba de ella. Era lo más seguro.

Miró el reloj: la una menos diez. Bueno, tampoco estaba tan mal, dadas las circunstancias.

Respiró un par de veces con el fin de prepararse para lo que quiera que fuera a venir. A continuación, entró. Se colocó frente a él y extendió los brazos, esperando un abrazo. Él la contempló, escéptico, distante. Ada mantuvo la sonrisa, ignorando los signos de enfado que se evidenciaban en el rostro de su amigo. Mejor hacerse la tonta, era una técnica que le funcionaba a menudo con los tíos.

—Va, David, que hace un montón que no nos vemos.

El chico se levantó a regañadientes y la estrechó entre sus brazos. Qué alto era, se le antojó que esos brazos podrían rodearla dos veces. Se acomodó en su pecho unos instantes, lo sintió subir y bajar. Lo recordaba más fuerte, menos huesudo. Tampoco era que en los últimos tiempos lo hubiera palpado mucho. Con todo, seguía oliendo a su amigo. Y, pese a que estaban distanciados, se sintió segura, acogida.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó él cuando se separaron.

—Un zumo de naranja natural, porfa. —Ada se sentó mientras David se iba a la barra y pedía. Cuando de nuevo lo tuvo frente a ella, habló—: Perdóname. Ayer salí con Víctor y se me ha ido el santo al cielo.

—No pasa nada —contestó él, mirando su bebida.

—Estás cabreado, y lo entiendo. Pero créeme si te digo que me moría por verte —le explicó, y le pareció que una chispa se encendía en esos ojos azules tan bonitos—. Sin embargo, todo se ha complicado. ¿Te contó Nuria que…?

—Lo del padre de tu novio.

—De Jaime, sí. Y, bueno, ayer tú…

—No me encontraba bien. Quería descansar.

—Ya me imagino que, entre el viaje y la fiesta de bienvenida, estarías rendido. Me contó Víctor que conociste a un chico.

Sonrió con picardía y esperó a que el abogado le diera más detalles. Sin embargo, él negó con la cabeza.

—Nada que importe. No quiero hablar de ello.

—¿Tan mal fue?

—Fue normal —zanjó, seco. Incluso frío.

Ada se echó hacia atrás en el asiento. No se lo estaba poniendo nada fácil. Y a ella no le gustaba insistir, de forma que se rindió. La conversación iría por los derroteros que él decidiera, se acabó llevar la iniciativa.

—Vale. No pregunto más.

El camarero les llevó su tapa de paella. Ella, ávida por comer algo, enseguida picó. Estaba muerta de hambre, era lo primero que se llevaba a la boca desde la cena del día anterior.

—Te queda bien el pelo recogido —observó David, más calmado. Ada supuso que estaba intentando redimirse de la actitud que había tenido antes. Genial, borrón y cuenta nueva. Menos mal.

—Gracias. Tú estás delgado. Y tienes ojeras.

—No comía muy bien allí. Ahora engordaré.

—No será por lo que cocina tu madre… —apuntó ella.

La madre de su amigo no era una excelente cocinera y casi siempre era él quien se encargaba de la comida. El joven dejó escapar el aire en una tímida carcajada que relajó el ambiente. Parecía que se estaba ablandando. David cogió el tenedor y comió algo de arroz. Después, se terminó la cerveza y le hizo un gesto al camarero para que le llevara otra.

—Ada, yo quería hablar contigo —comentó, muy serio.

Levantó la vista. Quizás quería explicarle por qué se había alejado de ella de esa forma tan injusta. Tal vez era el momento de reconciliarse. La esperanza se abrió paso en su pecho, su corazón comenzó a latir con fuerza.

—¿De qué? —dijo con los carrillos llenos de comida.

—De… ¿Te acuerdas de eso que te conté antes de marcharme?

La conversación maldita. Ada la había bautizado así. Él le confesó que nunca se había acostado con una mujer, que no podía. Literalmente le dijo que no se le levantaba. Ella no reaccionó mal. En serio que no. No se rio, no lo juzgó. Nunca lo habría hecho, era su mejor amigo. Sin embargo, eso fue un punto de inflexión en lo que había entre ellos: David desapareció. No físicamente, porque aún tardó en irse de Erasmus; pero ya no tomaban vermú ni compartían

confesiones a solas, apartados en la barra, mientras sus amigos bailaban. Algo se rompió. Le había estado dando vueltas al asunto durante todo ese tiempo, y creía, por fin, entender lo que había ocurrido. Aunque la reacción del abogado le seguía pareciendo una sandez, una niñería.

—Me acuerdo. Si es por eso, puede que intuya lo que me vas a decir. Y me duele que hayas tardado tanto en confiar en mí.

—Ah, ¿sí? —David sujetó su recién traído botellín con la mano derecha—. ¿Qué te voy a decir?

—Que no eres bisexual. No te atraen las mujeres, solo te gustan los hombres —sentenció, muy segura—. Lo que no llego a comprender es por qué te agobia tanto desprenderte de eso. Quiero decir, ya ves que no pasa nada, que Víctor no ha tenido nunca ningún problema con nosotros. ¿Son tus padres? ¿Ellos creen que terminarás por encontrar a una buena chica y que formarás una familia tradicional? ¿Es por eso por lo que te aferras a la bisexualidad? No sé, siempre me han parecido majos. Bueno, son ricos, y tal vez entre su círculo de amistades no esté tan bien visto que…

—Ada, déjalo.

David dio un trago y desvió los ojos. Estaba aún más demacrado que antes, como si estuviera a punto del desmayo.

Perfecto, lo había estropeado todavía más. Seguro que se había precipitado, que había dicho algo fuera de lugar. Había sido un error meter a su familia. Era una bocazas. Tiempo atrás, cuando eran tan amigos, no hubiera sucedido nada, tenían total confianza para decirse cualquier cosa, doliera o no. Sin embargo, ahora, todo era diferente.

—¿Qué, no es eso? —probó.

Él asintió con lentitud, como si le costara hacerlo. ¿Tan duro le resultaba admitirlo en voz alta?

—Es eso. Soy gay. —El color volvió a sus mejillas poco a poco y ella respiró un poco más tranquila.

—Menos mal, pensaba que había dicho una burrada. Igual lo de tus padres… Lo siento, debería haberme callado.

—Es cierto que no se lo van a tomar muy bien. Quieren nietos —murmuró David.

—Podrás adoptar si es lo que deseas. ¿Se lo has contado a los demás?

—Lo haré. Claro. Dame un tiempo, todavía lo estoy asimilando.

La chica ladeó la cabeza: había algo que no terminaba de cuadrarle. Era como si David estuviera improvisando. Quizás le había sorprendido que ella ya lo hubiera adivinado. Sería eso, sí. Extendió los brazos y sujetó una de las manos de su amigo para transmitirle su apoyo, no le gustaba verlo tan afligido y menos por una tontería. No se debía condenar a nadie por algo así.

—Cuando tú estés preparado. Te agradezco que por fin hayas acudido a mí —confesó, emocionada—. Ojalá no nos hubiéramos distanciado tanto. Me encantaría volver a lo que éramos antes. ¿Crees que podremos?

Él alejó la mano; soltándose, algo brusco, de ella. Después se la pasó por el pelo, chafándoselo, aunque enseguida recuperó su forma. Ella se quedó quieta, sin entender a qué venía esa reacción.

—¿Sabes? Aún estoy cansado. ¿Nos acabamos esto y nos vamos?

Ada apretó los labios, triste, confundida. No, no iban a recuperar esa conexión que tenían. Algo ocurría, algo irreparable se había desgarrado y ella no sabía qué era ni qué hacer para solucionarlo.

—¿Tan pronto?

David afirmó con la cabeza, parecía indispuesto. Ella no objetó, aunque no comprendía nada en absoluto de lo que estaba pasando. Primero parecía que quería sincerarse, luego actuaba como si lo hubiera herido y ahora huía. En fin. Su amigo siempre había sido demasiado complejo y ella ya tenía bastantes líos con su relación con Jaime, el infarto de Fernando, el despido de Nuria y su desliz con Enrique. Se ocuparía de él un poco más adelante.

No hablaron mucho más, a los dos se les habían quitado las ganas. Apuraron sus bebidas, el abogado la invitó, y después se marcharon.

Se despidieron con un beso en la mejilla y cada uno cogió su línea de metro.

* * *

Pese a que había decidido apartar lo sucedido de su mente por el momento, la tristeza se apoderó de ella durante toda la tarde.

Prefirió no contárselo a nadie y guardarse para sí su malestar: ¿Cómo explicarlo sin traicionar la promesa de silencio que acababa de hacer a su amigo? Nuria había intentado arrancarle de qué habían hablado y ella no había entrado en detalles: «De su estancia en París, de sus planes en España»; dos temas que hubieran tocado si la conversación hubiera sido más normal. Sin embargo, parecía que la ley de Murphy había tomado el control de su vida: si algo puede salir mal…, saldrá mal.

V. LUNES, 10

ADA

Al contrario que la mayoría de los mortales, Ada no odiaba los lunes. Incluso podía afirmar que le gustaban. Eran días tranquilos en la redacción; solían emplearlos en arreglar los reportajes que habían quedado pendientes de la semana anterior, maquetar y, sobre todo, repartir el trabajo de las jornadas que se avecinaban.

Ese iba a ser diferente. Tras lo sucedido a Fernando, empezaba una nueva era en *On.* Una etapa en la que Ada tendría que trabajar codo con codo con su pareja, pues Jaime había sido el encargado de asumir la dirección de la revista. Y, teniendo en cuenta que esa incómoda atracción que sentía por Enrique no había desaparecido, no le hacía ninguna gracia convivir tantas horas con ambos.

Desde luego que no sería un lunes cualquiera.

Cuando llegó, el despacho del director estaba cerrado y se distinguía dentro la silueta de su chico. Valoró entrar y mostrarle su apoyo, suponía que estaba nervioso. Al final decidió que no sería apropiado. No debían mezclar lo personal con lo profesional. Así que se colocó en su mesa y encendió el ordenador. Mientras escuchaba el sonido de las entrañas del aparato despertarse, enterró la cara en sus manos y repasó los acontecimientos que habían tenido lugar desde el jueves pasado. Parecía que hacía milenios…

—Hemos ganado con el nuevo jefe. —La voz de Lidia le obligó a levantar la cabeza.

—Eso parece.

La periodista se sentó en la silla de al lado y la miró muy seria:

—Me abandonaste el viernes.

—Vamos, no te dejé mal acompañada. Y sabías que tenía prisa, te lo advertí —protestó. Después se echó hacia delante y sonrió con picardía—. ¿Qué ocurrió? —Su interlocutora se mordió el labio inferior y, seguido, sonrió—. ¿Ves? Te hice un favor. Te evité cargar conmigo y con ese muermo de amigo que tenía.

—Puede que sí. Creo que volveremos a quedar pronto. ¿Debería llamarlo yo?

—Si quieres verlo sí, ¿no? ¡No me digas que tienes que esperar a que el chico dé el primer paso! ¡Eso es muy antiguo! —se burló al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Lo que no quiero es que piense que estoy desesperada.

—Puedes dejar correr unos días. Luego finges que es una llamada casual, como si no tuvieras mucho interés —le sugirió—. Por cierto, este viernes es mi cumpleaños. Estás invitada.

—¡Anda! Genial. Podría unirse él a la fiesta, ¿verdad? —Ada asintió. Cuanta más gente, más se divertirían—. ¿Y tú? Si no me equivoco, me dejaste tirada porque volvía un amigo tuyo de París.

—Ese era el plan. Sin embargo, se torció. Una llamadita de tu nuevo jefe me hizo pasar la noche en el hospital.

—¿En el hospital? Un momento, ¿y por qué Jaime te iba a llamar a ti? —se extrañó.

Tenía los ojos tan abiertos que daba la impresión de que se iban a salir de sus órbitas, y eso que Lidia los tenía grandes ya de por sí. Al igual que la boca. Dos rasgos prominentes en ella, aunque no la afeaban: la hacían exótica, distinta.

—Porque son algo más que amigos —desveló Enrique, que acababa de aparecer tras ellas.

Se acomodó en otra silla y cruzó los brazos, mientras la observaba con una expresión burlona cuya causa no logró descifrar. Tal vez le hacía gracia ponerla nerviosa, porque era exactamente lo que había conseguido.

—¡No me digas! —exclamó Lidia—. Eso no lo habías contado.

—No, era un secreto bien guardado —murmuró él con aparente apatía. No obstante, ella captó un ligero reproche en su tono que la enervó. ¿Todavía seguían con esas? Se suponía que el tema estaba zanjado.

—Tampoco es tan relevante, ¿no? —insistió Ada.

La puerta de la dirección se abrió y la salvó de un interrogatorio más que seguro por parte de Lidia.

Jaime, con un elegante traje azul y su pelo rebelde bien domado con gomina, salió sonriente, confiado, pese a los nervios que seguro que sentía. La capacidad de su pareja para ocultar sus emociones en público era digna de admirar. O de tratar en un psicólogo.

Ada buscó en ese hombre que tenía delante al chico risueño con el que salía, y no lo encontró. La metamorfosis había sido increíble: frente a ella tenía a un auténtico empresario. Por primera vez desde que se conocieron, se percató de que Jaime sí se parecía a su padre, cosa que no le gustó nada. Nada en absoluto.

—Buenos días, compañeros y compañeras. Muchos ya me conocéis, soy Jaime Guillén, hijo del director de *On*. —Hizo una pausa y los fue observando uno a uno, dándoles tiempo para que lo ubicaran—. Como muchos sabéis, mi padre sufrió un infarto el viernes. Está recuperándose. Yo me haré cargo de la revista durante su ausencia. A pesar de que estoy intentando ponerme al día lo más rápido posible, os ruego que tengáis un poco de paciencia conmigo. Sé que los lunes hacéis el reparto de temas por la mañana, ahora me pongo con ello. Mi padre me ha asegurado que sois un buen equipo y que no me vais a decepcionar. No lo dudo —aseguró. Ada supuso que era una estrategia para ganarse su favor y pensó que estaba bien jugado—. Gracias por escucharme. Ahora, ¡a trabajar!

Lidia inició unos aplausos que pronto fueron seguidos por el resto de los presentes. Jaime se ruborizó un poco. A ella le dio mucha ternura, volvía a ser él.

Después el nuevo director se acercó:

—¿Qué tal lo he hecho?

—Muy bien, dire —contestó Enrique, y le dio una palmada en el hombro.

—Enrique, ¿puedes entrar conmigo un momento? Me iría bien saber tu opinión acerca de cómo he distribuido los temas.

—Por supuesto.

—Gracias. —Se giró hacia Ada—. ¿Qué tal? ¿Qué hiciste ayer? —se interesó. Aunque más bien parecía una amonestación.

Ella se dio cuenta en ese preciso instante de que el día anterior no le había mandado ni un triste mensaje.

Nuria tenía razón, era una pésima novia.

—¿Ayer? Ayer vi a David. Ya sabes, mi amigo que vino de París. Y luego, por la tarde, estuve con Nuria. Tiene algún problemilla, ya te contaré.

No había mentido, pero tampoco era la versión completa de lo sucedido. Hubiera encajado mejor con la realidad un «no me acordé de llamarte porque todavía estoy digiriendo que me he acostado con este tío que tienes al lado, en el que tanto confías y del que me intriga demasiado su vida. Ah, y que mi ex mejor amigo está enfadado conmigo y no conozco el motivo. Por no hablar de que a mi compañera de piso la han echado del curro y está valorando abrir una consulta privada e ilegal en el piso que compartimos».

—¿Comemos juntos? —le propuso.

—Claro.

Ada aguantó sin mudar la expresión. Por un lado, agradecía que Jaime no estuviera muy enfadado con su desplante; pero, por otro, no le hacía mucha gracia que la invitara en la redacción, no quería que todo el mundo se enterara de lo suyo. Que lo supiera Lidia le daba igual, casi la consideraba una amiga; lo mismo que a Toni, el otro fotógrafo de *On*, que en esos momentos los observaba de reojo desde su mesa. No obstante, a los demás no les tenía que importar lo que ella hiciera con su vida fuera de la revista, y menos saber que estaba liada con su nuevo jefe, hijo del anterior.

No quería que la gente pusiera en duda sus méritos profesionales. Había entrado a la revista sin conocer a Jaime, eso había sido posterior y no tenía nada que ver con su trabajo.

En cuanto Enrique y Jaime se marcharon al despacho, Toni se aproximó a ellas exhibiendo un nerviosismo poco propio de él, por lo que Ada dedujo que algo no le cuadraba.

—Había traído las invitaciones de boda, y una es para el jefe. Ahora no sé si entregársela —les confesó.

Se casaba en diciembre. Llevaba con su chica toda una vida, o al menos eso se le antojaba a Ada. Su novia, Elena, era un encanto, como él, y todo el mundo afirmaba que eran la pareja perfecta. Ada no creía en eso de la perfección en el amor; no obstante, tenía que reconocer que ellos eran maravillosos juntos. Incluso, en secreto, había llegado a envidiar ese nivel de compenetración.

—¿Por qué no ibas a hacerlo? —se extrañó Lidia.

—Porque va dirigida a Fernando.

—Dásela a Jaime, él se la hará llegar —comentó Ada, abriendo el editor de fotografía. No entendía el drama.

—Ya me imagino que con eso no habrá problema. Lo que me preocupa es que no tengo una para Jaime.

Lidia rio y ella, en ese momento, anticipó lo que iba a responder. No tuvo tiempo de frenarla. No era tan grave, pero se dio cuenta de que el rumor se iba a extender demasiado rápido y que no podría impedirlo. Otro quebradero de cabeza más. ¿Podía rebobinar hasta el jueves por la tarde, por favor?

—Por eso no te angusties, el nuevo director ya tiene invitación. Será el acompañante de tu compañera de oficio —la delató Lidia, y Toni la observó, sorprendido—. No lo sabías, ¿eh? Cómo mola ser la dueña de la información, por eso me hice periodista.

—*Ja, ja*. Creo que se te daría bien la prensa rosa —ironizó Ada, y su amiga puso cara de asco.

—Espera, ¿estás con él? —ató cabos el otro, desubicado—. No, la pregunta es: ¿Tú tienes pareja estable? Si siempre despotricas de todo ese rollo.

—Y despotrico. Nuestra relación no es exclusiva.

Le dio la impresión de que en los últimos días lo había explicado demasiadas veces. Con lo que ella odiaba dar parte de su vida. Y, de paso, también acababa de desvelar datos privados de su jefe. ¿Qué derecho tenía? Podía ser que Jaime no quisiera que eso se supiera. Estaba en racha con las meteduras de pata.

—¿Y eso te impediría llevarlo de acompañante?

—¿En serio me lo estás pidiendo? —Se había hecho a la idea de ir a la celebración sola. En su cabeza iba a ser una noche de fiesta con sus compañeros de trabajo y no le gustaba la idea de ir con su pareja, la cohibiría. Estuvo a punto de negarse, pero la cara suplicante de Toni hizo que se lo planteara. Además, a Jaime seguro que le hacía ilusión ir con ella. Los remordimientos por lo ocurrido con Enrique la llevaron a claudicar—: Vaaaaale, lo llevaré a tu boda si eso te evita el mal trago de hoy.

—¿Tanto piensas durar con él? —se burló Lidia.

—Joder. Llevamos ya diez meses. Tres más aguantamos, aunque solo sea por Toni —le espetó.

—Es guapo y parece majo. Si no sigues con él y lo mío con Gonzalo no cuaja, me lo quedo para la boda. Tranquilo, Toni, que no habrá problema —aseguró Lidia.

—¿Quién es Gonzalo? —quiso saber él.

—Nadie, por ahora. Pero podría llegar a serlo —contestó, pícara.

—¿Me dejáis trabajar ya? —se quejó Ada.

—¿Entonces añado «y Jaime» a tu invitación?

—Añade. Si lo dejo con Jaime ya me buscaré a otro que se llame igual. No te apures —ironizó.

—Hombre, eso no es…

—Que es broma. ¡Hala, venga, que quiero acabar esto!

Sus compañeros se levantaron y se fueron a sus sitios, dejándola sola con sus fotos y su mal humor. Para su gusto, se estaban añadiendo demasiados ítems a su lista de problemas.

PAU

Tenía turno de tardes. No era algo que le entusiasmara, pues la jornada se le hacía demasiado corta cuando libraba por la mañana. Sin embargo, ese día le había venido bien para acompañar a Nuria a comprar los muebles necesarios para la locura que pensaba acometer: la clínica privada.

También habían llamado a David para que fuera con ellos y, a pesar de que al principio había dicho que sí, diez minutos antes de la hora acordada había mandado un mensaje informándoles de que no iba. Al menos, había avisado, todo un detalle teniendo en cuenta la forma tan extraña en la que se comportaba.

—¿Y por qué ha vuelto? —preguntó Pau mientras miraba, fingiendo interés, una alfombra.

Sabía que David ocultaba algo y sospechaba que Nuria conocía ese secreto, se les veía muy unidos.

—No era feliz en París. Cree que aquí sí podrá serlo.

—Está muy raro. No te voy a pedir que me desveles lo que le sucede, pero sí que me digas cómo le puedo ayudar.

—No sé siquiera si le podemos ayudar. Tal vez con que no le tengamos en cuenta los pequeños desplantes que nos haga… Seguro que solo es al principio, se está haciendo a su regreso a España, tiene que readaptarse. Luego ya volverá a ser él.

Pau no lo tenía tan claro. Desde que se había ido de Erasmus, había cambiado mucho, y no a mejor. Estaba huraño, desapegado. Y esa transformación parecía haber arraigado en su carácter.

—Si tú lo dices… —murmuró—. Oye, ¿tú estás segura de esto de la clínica?

No dejaba de preguntarse por qué una chica tan cabal y responsable como Nuria se había dejado llevar por las descabelladas ideas de Víctor. No le pegaba nada.

—Pensaba que te parecía bien.

—Ni bien ni mal. Lo veo arriesgado.

—Víctor dice que nadie tiene por qué enterarse.

Él se encogió de hombros. A pesar de que era complicado que alguien se pusiera a investigar, no era imposible. Y las consecuencias para Nuria seguro que serían muy chungas. Se giró hacia su amiga, que lo observaba, angustiada. No fue capaz de avisarle de ese peligro, la psicóloga se había aferrado a ese sueño con todas sus fuerzas, y él no podía quitarle la ilusión. Sabía lo que se sentía al vivir siempre arrastrado por la marea, y ahora ella había cogido el timón. Solo esperaba que la tormenta fuera mansa.

—Lo que importa es que tú lo tengas claro —claudicó.

—No lo tengo claro. Sin embargo, es lo único que se me ocurre para dar un paso adelante. Estoy cansada de empleos de mierda, quiero hacer algo por mí. —Nuria se llevó las manos a la boca—. Perdona. Ya sé que tú estás como yo. Somos los dos pringados del grupo.

Pau resopló. No le había ofendido el comentario, la comprendía. Esa sensación de fracaso tan pegajosa lo acompañaba a todas partes.

—No te disculpes, te entiendo. Puedes probar. Los empleos de mierda siempre estarán allí. —Hizo una pausa y sonrió—. ¿Qué necesitamos? ¿Un diván?

—¿Un diván? Eso es como muy americano, ¿no?

—Molaría mucho.

—Bien, un diván. Me vendrá bien para las sesiones de relajación. También una mesa, una silla ergonómica, otra normal, archivadores… No sé si tengo tanto dinero en la cuenta.

—Yo pongo lo que te falte.

—Ni de coña.

Pau fue a protestar; sin embargo, calló a tiempo: No podía, ni debía, afrontar más gastos de los que ya tenía. Su madre era un pozo sin fondo. En cuanto se daba la vuelta, conseguía robarle dinero para comprar alcohol; o, si no, se bajaba al bar y dejaba una cuenta a deber que él, religiosamente, pagaba después. Estaba hasta las narices de que le fiaran, ya se lo había hecho saber al dueño; pero, mientras ellos ganaran pasta…

—De acuerdo. Empecemos escogiendo el diván —decidió Pau, y los dos se encaminaron hacia la sección correspondiente.

VÍCTOR

Observó a sus compañeros escribir en sus portátiles, con las cabezas hundidas en las brillantes pantallas. Él usaba cuadernos, se había acostumbrado a hacerlo a mano. En el fondo, era un romántico. El profesor terminó de hablar cinco minutos antes de lo previsto, y él lo

agradeció. Cada vez le costaba más prestar atención a un estímulo mucho tiempo seguido. La culpa era de los móviles, o eso decían. El futuro los volvía estúpidos, la involución mental de la especie.

Esa mañana se había sentado apartado, en la última fila. Así, si se despistaba y dejaba de tomar apuntes, no encontraría miradas reprobatorias de los empollones de la clase. Era un estudiante disperso; siempre había sido así, desde el instituto. Los apuntes de David, Nuria y Pau los habían salvado a Ada y a él de muchos suspensos. También su generosidad, inclinando un poco el folio en los exámenes, chivando una respuesta; y, ¿por qué no?, alguna chuleta que la fotógrafa y él preparaban la tarde de antes. Pequeñas tretas de adolescente que de nada le iban a servir en la vida adulta. No se podía mentir en un *casting,* allí estabas desnudo.

Salió del aula solo. No conservaba muchos amigos en la facultad, todos se habían licenciado, mientras que a él le quedaban cuatro asignaturas. Estaba harto, de ese año no pasaba: acabaría la maldita carrera.

Como cada día, leyó los anuncios del corcho. Había uno nuevo, uno que le hizo sonreír: una oportunidad. Una prueba, ese mismo viernes por la tarde. Le daba tiempo a presentarse y después acudir al cumpleaños de Ada. Si todo iba bien, lo celebrarían. Si iba mal, habría alcohol para olvidar.

Anotó los datos que necesitaba y se giró, dispuesto a irse a casa. Sin embargo, se topó con Gorka y supo que tardaría más en regresar. Estudiaban en el mismo edificio, aunque el hermano de su amiga cursaba Periodismo.

—¡Ey, Víctor! —lo saludó, separándose de Ismail, el modelo de ébano que le hacía babear cada vez que lo veía, y de un par de chicas—. El viernes fiesta, ¿no?

—Eso dicen. ¿Seguro que tu amigo no es gay? —preguntó Víctor. Conocía la respuesta, era una broma que siempre le gastaba a Gorka, incluso cuando Ismail estaba delante. Le encantaba ver enrojecer el rostro de ese tío tan fornido.

—Que no. Oye, ¿sales a fumar?

Asintió. Gorka y él tenían gustos musicales y cinematográficos afines, y además el tabaco los unía en las puertas de los edificios.

Todo ello les había hecho estrechar lazos.

Ya en la calle, Víctor sacó la cajetilla y el mechero.

—Deja eso, anda —le dijo Gorka mientras le enseñaba la china—. Te invito.

Recogió el cigarrillo antes de llevárselo a la boca. No solía tomar hachís entre semana. Sí lo hacía alguna vez cuando salía de fiesta, aunque pocas, y siempre con la gente de la universidad. Sus amigos no consumían.

De adolescentes, David y él habían tonteado con los porros, pero Ada, Nuria y Pau estaban en contra. Y eso cortaba mucho el rollo.

—Gracias, generoso —se mofó y le revolvió el pelo con cariño. Gorka lo encendió—. ¿Fumas mucho de esto?

—No. Me sobró del sábado. Y como te he visto y sé que a veces… Si no, solo hubiera fumado tabaco, te lo prometo.

—Tranquilo, no soy tu padre —rio Víctor.

—Eres amigo de mi hermana. Y a veces Ada se pone muy pesadita con estos temas. ¿Nunca ha fumado ella?

—No —reconoció mientras recogía el canuto que le pasaba—. No conmigo.

—Joder con Doña Perfecta. Entre ella y Marco me dejan a la altura del betún frente a mis padres.

—Tú me caes mejor —bromeó Víctor.

—Eso es mentira, adoras a mi hermana.

—Sí, tienes razón. Y no es perfecta. La perfección es un coñazo y tu hermana no es aburrida. —Expulsó el humo despacio mientras hacía una pausa, antes de cambiar de tema—. Me voy a presentar a otro *casting*.

—¡Hombre! ¡Mucha mierda!

—Gracias. ¿Tú cómo llevas el guitarreo?

—Busco grupo. Ensayar solo me cansa, y es más difícil hacer bolos. Pero bueno, no me agobio.

—No sabía que estabas interesado en entrar en ese mundo, pensaba que era un *hobby*. Una prima mía es cantante, puedo preguntarle. —Se giró y vio el rostro cargado de ilusión de Gorka—. Lo haré. Igual necesitan a alguien o sabe quién te podría ayudar. Eso sí, está como una puta cabra…

—De tu familia, me lo espero.

Los dos rieron. Estuvieron un rato más charlando. Después, Víctor se marchó a casa, algo mareado. Fumar sin comer no le había sentado bien. De camino, paró en una tienda y se compró una napolitana para asentarse el estómago mientras pensaba, con cierto pesar, que estaba ya un poco mayor para andar fumando porros por la mañana.

DAVID

Estaba a punto de agotar el catálogo de Netflix y las cervezas de la nevera de su casa. Llevaba en pijama todo el día y no tenía ninguna intención de vestirse.

Por la mañana había quedado con Nuria para ir a comprar muebles. Al principio, le pareció una buena idea para despejarse y no regodearse en su miseria. Sin embargo, conforme se acercaba la hora, se desvanecieron las ganas de comportarse como una persona dispuesta a superar sus problemas. Así que suspendió el plan, escogió otra serie y se abrió otra lata. Y así llevaba todo el día. Ni siquiera había comido.

Había empezado a dudar de si merecía la pena siquiera intentar hacer algo productivo con su vida. Sus metas eran confesarle a Ada lo que sentía y encontrar trabajo en Madrid. Pues bien, lo primero había sido un fracaso absoluto. Su amor platónico creía que era gay. Al recordarlo le entró la risa floja, facilitada por el alcohol que corría por sus venas. Se hundió un poco más en el sofá. Joder, él estaba enamorado de una mujer, en concreto, de ella; y le decía que era homosexual.

Era verdad que el que jamás hubiera podido acostarse con una chica daba que pensar. Él tampoco lo entendía y le asustaba. Se imaginaba a solas con Ada por fin y que no se le levantara. Eso le atacaba los nervios. No obstante, era bisexual. Eso lo tenía claro. Le gustaban los hombres, sí. Y las mujeres. No tenía preferencias, le daba lo mismo. Su problemilla con el sexo opuesto en la cama era

algo que no sabía de dónde le venía, aunque tenía sus sospechas. Era como una fase que no se había desbloqueado aún, aunque confiaba en poder hacerlo, pues era frustrante tener tantos gatillazos.

El punto dos, la búsqueda de empleo, estaba aparcado por el momento. No tenía ánimos para bucear en Internet y mirar las deprimentes ofertas de trabajo que su querida España le ofrecía; por mucho que su experiencia en Francia lo posicionara por delante de muchos otros candidatos. Los sueldos estaban muy por debajo de lo que había cobrado en París, así como las condiciones. Le dieron ganas de abofetearse. Vaya decisión de mierda, volver a Madrid. Le sonó el móvil y lo buscó entre los pliegues de la tela que recubría el sofá. Era un *wasap*.

NURIA
Todo bien?

Lo desbloqueó con torpeza, y constató que estaba bastante achispado. Maldijo en un murmullo ininteligible y contestó:

DAVID
Creo que he bebido un poco. Pero bien

La llamada no tardó en llegar:

—Que no pasa nada… Pues eso, que me he pasado con la cerveza… Que estoy bien. Sí… Te prometo que mañana saldré un rato… No hace falta que vengas… Bien… *Au revoir*…

Colgó y trató de incorporarse. No tenía voluntad suficiente. Ni alicientes.

El reloj del móvil marcaba las seis de la tarde. ¿En serio estaba borracho a esa hora? Qué deprimente. Se tapó la cara con ambas manos, lamentándose, sin saber si reír o llorar porque tenía ganas de las dos cosas.

Entonces, mientras decidía si su vida era una comedia o una tragedia, el sonido de las llaves girando en la cerradura hizo que se despejara de golpe. Sus padres estaban allí.

Se sentó e intentó recoger las siete latas de cerveza que quedaban sobre la mesa. Se le escurrieron, y una todavía tenía algo de líquido. Cuando sus progenitores alcanzaron el salón, lo encontraron agachado en el suelo, empapando la bebida con una servilleta.

—Hola —saludó, poniéndose de pie—. Pensaba que llegabais más tarde —mintió.

Sabía cuándo aterrizaba su vuelo, solo que se le había olvidado. Su madre, Ester, se adelantó y le dio un beso. Su padre, Manuel, se quedó en la puerta. Era obvio que estaba decepcionado.

—Había asumido que vivir en París te habría hecho madurar. Ya veo que no —sentenció, y se marchó por el pasillo, dejando a su hijo con su mujer.

—Mamá, perdona. Lo recojo todo ahora mismo.

—Y dúchate, cariño —le aconsejó, dándose ligeros toques en la nariz con el dedo índice—. ¿Estás bien?

—Sí —volvió a mentir.

Su madre asintió, se conformaba con esa respuesta, y desapareció por el pasillo.

David comenzó a limpiar, sin mucha prisa pero sin pausa. La humillación le pesaba sobre los hombros. Lo habían pillado en su decadencia. De cualquier forma, era de esperar. No había hecho otra cosa más que compadecerse de sí mismo. No obstante, ¿qué más daba? Llevaban sin verlo meses y su padre ni se había acercado. Su madre sí que mostraba interés, aunque volvía la cabeza cuando las cosas se ponían feas, dejándole que se las ingeniara solo para salir de cada problema en el que se metía. Así eran. Lo dejaban vivir en paz, siempre y cuando no los avergonzara. Intentaba verlo como una ventaja: podía hacer lo que le diera la gana sin dar explicaciones (algunas cosas a escondidas), cosa que sus amigos siempre habían envidiado. Aunque eso tenía un precio: el precio de la soledad.

VI. VIERNES, 14

NURIA

Cambió los muebles de sitio por enésima vez. Había dedicado los últimos días a acondicionar el cuarto que tenían vacío (ese que tiempo atrás fue un intento frustrado de gimnasio) para convertirlo en su consulta privada. Por fin lo tenía todo. El lunes comenzaría a mover el boca a boca y, con suerte, los clientes llegarían.

Víctor la animaba a cada paso que daba y eso la reconfortaba. No estaba mal tener un amigo tan entusiasta. Ella, por el contrario, estaba aterrorizada. Si salía mal, no sabría qué hacer. En realidad, sí: volver a buscar algún trabajo mal pagado que le permitiera hacer frente al alquiler. El problema era que no quería regresar a eso.

Todavía no les había dicho a sus padres que la habían echado del hotel. Visualizaba la reacción de su madre. Frunciría el ceño y después la consolaría: «No pasa nada, ahí no te valoraban». Aunque lo de la clínica privada no lo aceptaría, la tacharía de loca. Con su padre no sabría nunca lo que ocurriría, ya que no hablaba con él. En su último cumpleaños había recibido un *wasap* de felicitación, eso era todo. Y ella quiso mostrarse orgullosa y no responder; sin embargo, los deseos de tener un padre se habían alzado sobre su pose de digna, y había contestado un escueto «gracias, papá».

No entendía muy bien cómo habían llegado a esa situación. Puede que tuviera que ver con que ella siempre se había puesto del

lado de su madre en los asuntos de la separación. Incluso alguna vez se había negado a cumplir lo impuesto por el juez, aduciendo excusas tontas o planes inventados, con el fin de no estar con su progenitor y su nueva pareja. Nueva, porque el divorcio no había sido consecuencia de que se hubieran engañado. Se les había acabado el amor. Al menos, a él. Nuria jamás había perdonado que su padre rehiciera su vida, que fuera feliz mientras su madre intentaba reinventarse sin mucho éxito. Por eso, padre e hija se habían alejado hasta que él se había convertido en esa figura de autoridad que solo estaba ahí para exigir más y más, sin estar nunca contento con lo que ella conseguía.

Echó un último vistazo a su nuevo despacho y no pudo evitar sonreír. Era bonito, moderno, con mensajes positivos en las paredes, mandalas, una estantería llena de libros que había usado en la carrera… Le gustaba.

Cerró la puerta y fue a la cocina. Estaba sola. Ada había dormido con su novio esa noche. Ahora que Jaime dirigía la revista, tal vez su amiga tuviera más dificultades para ponerle los cuernos. Con ese asunto, su corazón se dividía: no quería que Ada hiriera a su pareja, y a la vez deseaba que lo dejara y cayera en los brazos de David. Y ya, si Jaime se enamoraba de ella, sería el final perfecto para ese maravilloso cuento que se había montado en la cabeza. Suspiró: ¡Qué ilusa! Ese chico no se fijaría en Nuria. Si su prototipo era su compañera de piso, ella estaba en las antípodas.

Abrió la nevera en busca de una pieza de fruta. Después, iría a por la tarta de cumpleaños de la fotógrafa. Todo estaba preparado para esa noche. Primero cenarían en casa, y luego se moverían al bar a beber y bailar. Lo de todos los años, al fin y al cabo.

* * *

Salió un par de horas más tarde. Aguardó en la cola de la pastelería mientras la boca se le hacía agua con todos los dulces que allí había. Incluso comenzó a sudar, presa de una especie de ataque de ansiedad. No podía permitirse un exceso, sus caderas no se lo iban a

perdonar. Le llegó el turno mientras se reprendía por el instinto animal que le provocaba la comida. Se daba asco.

—Tengo encargada una tarta a nombre de Ada.

La dependienta se metió a la trastienda, donde tenían el horno. Tardó poco en salir, aunque a Nuria se le hizo eterno delante de tanta tentación. Si en ese momento le hubieran preguntado qué era lo que más deseaba en el mundo, no hubiera contestado que un buen empleo o a Jaime, hubiera asegurado que comerse esa napolitana de chocolate que tenía delante. O el dónut, o las brevas.

—Veinticinco euros —dijo la chica, sonriente.

Nuria sacó un billete de diez y uno de veinte de su cartera, y se los dio. Se mordió las uñas. ¡Qué hambre tenía! Y qué rico parecía todo. ¿Hacía cuánto no se permitía un capricho?

—Pon también el dónut, por favor.

—Que tengas un buen día, guapa —le dijo la trabajadora mientras le daba los cambios.

—Gracias. Igualmente —le deseó con una sonrisa forzada.

Escapó a la calle con el pastel entre los brazos; el dónut, envuelto en un papel, en una mano; y un extraño malestar alojado en su pecho. Se sentó en un banco y depositó el paquete en sus piernas. Desenvolvió el delicioso manjar y lo miró un rato. No debía hacerlo. No era conveniente, pero tenía tan buena pinta con el azúcar por encima… Se merecía el homenaje: había sufrido mucho con el despido, los nervios de la clínica…

Lo mordió y sintió una mezcla de placer y repugnancia. Repugnancia hacia sí misma, por ser incapaz de ser firme en sus propósitos. Al principio, le pudo la gula y dio dos o tres bocados más. Hasta que comenzó a transpirar, a notar la respiración agitada. Se levantó, agarró la tarta y arrojó el dónut a la primera papelera que encontró.

Llegó al piso con sobrealiento. Dejó el pastel en la nevera y apoyó las manos en la encimera, tenía el estómago revuelto. Pensó en que podría vomitar esos tres mordiscos de dónut y olvidar lo ocurrido, su pequeño tropezón. Nadie se enteraría y ella se sentiría menos culpable.

Optó por no hacerlo, conocía los riesgos de provocarse el vómito. Se hacía una vez y luego… En lugar de eso, se puso el chándal y salió a correr.

DAVID

Sus padres habían durado en Madrid cuatro días y se habían marchado de nuevo. Durante esas cuatro jornadas, actuó como una persona medio normal. Se vestía cada mañana, salía a comprar el pan. En un par de ocasiones, fue a ver a Pau al trabajo y quedó con Víctor y Nuria. Fingió buscar empleo e interesarse por las noticias que aparecían en los periódicos y en la televisión.

Y ese viernes, cuando ya estaba dispuesto para otro día de puro teatro, sus progenitores habían desaparecido de casa con un escueto: «Nos vamos a Luxemburgo, ¿no te lo habíamos dicho?». Él no contestó, solo se despidió. Y ya que estaba arreglado y era el cumpleaños de Ada, fue a comprarle un regalo.

Había entrado a una joyería y miraba colgantes, pulseras, relojes, pendientes…, sin saber muy bien qué era lo más acertado. Era su amiga, pero él estaba enamorado, ¿qué podía comprarle que fuera especial y no delatara sus sentimientos? Era complejo, y no podía contarle al hombre que le atendía lo que ocurría: «Me gusta, aunque piensa que soy gay, no creo que tenga muchas posibilidades». Fliparía y pensaría que estaba para encerrar.

El señor le enseñó otra remesa de pendientes. Estos eran de oro blanco, más caros que los anteriores. El dinero no era problema, tenía ahorrado bastante de su estancia en París y acceso a la cuenta de su padre. Los examinó uno a uno y, entonces, vio lo que buscaba.

—Me gustan estos, los de la silueta de la flor de loto.

Ada llevaba una tatuada en la espalda. La flor de loto era un símbolo de la resiliencia, de la capacidad de florecer ante la adversidad. Él mismo se lo había explicado y ella lo había hecho suyo grabándoselo bajo la nuca. Tras hacerse el tatuaje, había

corrido a enseñárselo a David, entusiasmada. Todavía tenía la zona irritada cuando se lo mostró, pero el diseño era precioso. Su padre tenía muy buena mano. Él había recorrido las líneas con el dedo índice, provocándole a Ada un escalofrío. «Me haces cosquillas», se había quejado al tiempo que se giraba y sonreía. Y él, en ese preciso instante, con la piel erizada de Ada bajo las yemas de sus dedos y perdido en sus ojos castaños, tuvo la certeza de que su amiga estaba dejando de serlo para convertirse en otra cosa. En su fuero interno, le gustaba pensar que, por mucho que su amor no fuera correspondido, la joven llevaría una parte de él con ella, ya que ese tatuaje era fruto de sus palabras. Era un poco tonto aferrarse a algo así y, con todo, lo consolaba.

—Son bonitos, muy finos —declaró el hombre mientras los extraía del expositor—. ¿Para regalo?

—Sí, por favor. Pagaré con tarjeta.

Esperó a que el dueño de la tienda preparara el paquetito y lo envolviera en un papel azul celeste. A continuación, le mostró el surtido de pegatinas.

—«Felicidades». «Espero que te guste». «Te quiero»… —le leyó, como si creyera que él no era capaz de hacerlo solo.

Se quedó perplejo, nunca había visto la de «te quiero». Le pareció una especie de burla del destino. Era la que más se acercaba al mensaje que buscaba transmitir. U ocultar. Ya no sabía lo que deseaba.

—«Felicidades» está bien —resolvió.

Cuando abandonó la joyería con los pendientes en la mano, se sintió estúpido. Se había gastado una pasta y estaba seguro de que nada iba a cambiar con Ada. Bufó y se fue a casa preguntándose si alguna vez se cansaría de hacer el ridículo.

ADA

Había comido con sus padres. Era viernes y además su cumpleaños, tocaba celebrarlo con la familia. Su padre había hecho *coulant* de

chocolate para el postre, su favorito. Los había sacado con unas velas y Marco, Gorka y su madre habían cantado *Cumpleaños feliz* mientras el mediano de los hermanos los había acompañado con un ukelele que le habían regalado años atrás.

Después había regresado a la redacción para terminar un par de cosillas del trabajo. Si se daba prisa, podría volver pronto a casa para preparar la cena de celebración. Lo estaba deseando. Necesitaba despejarse.

Estaba a punto de entrar en la revista cuando le sonó el móvil, un *wasap* de Víctor avisándola de que igual llegaba un poco tarde porque tenía una prueba para un anuncio. Como iba con los ojos fijos en la pantalla, se chocó con alguien.

—¡Uy! Perdón.

Levantó la vista: era Enrique. Para su bochorno, se sonrojó. Ahora resultaba que le daba vergüenza rozar a su compañero de trabajo. Pero, al toparse con su pecho, al inspirar su olor, le habían vuelto a la cabeza sensaciones y… Sacudió la cabeza y volvió a la realidad, que era mucho más segura que su mente calenturienta.

—No te preocupes. —Se quedaron en silencio, observándose. Él carraspeó antes de hablar de nuevo—. Me voy con Toni a una entrevista.

—Luego vienes a mi cumple, ¿no? —soltó.

Por un momento, quiso retractarse; aunque ¿por qué? ¿No se suponía que las aguas debían volver a su cauce? Pues eso, si iban Lidia y Toni, él no podía faltar. Eran amigos. Y ella quería que fuera, eso era una certeza.

—No sé, igual no es buena idea. Estará Jaime… Y Nuria. Igual se le escapa algo. Además…

—Venga, Enrique: normalidad —le recordó con una mueca de súplica.

Las dudas de su compañero le habían sentado como un doloroso arañazo. Rápido e imprevisible. Estaba decepcionada y no estaba muy segura de por qué. No tenía sentido. Decidió achacarlo a que le caía bien y le fastidiaba que faltara en la celebración. Sin embargo, en el fondo, sabía que había algo más. Algo que daba miedo.

—Lo pensaré —contestó él, esbozando una sonrisa tímida que hizo que ella se derritiera un poco. Solo un poco. Lo justo como para reflejar ese gesto en su rostro.

—Normalidad —repitió.

Enrique asintió y justo entonces apareció Toni con la cámara al hombro.

—¿Nos vamos? —preguntó al tiempo que los contemplaba, extrañado.

Ada miró al suelo: ¿Acaso se notaba lo que sucedía? Ella, desde luego, sentía la tensión entre ellos, la electricidad. Ojalá Toni no se hubiera percatado.

—Sí —afirmó el periodista.

—¡Luego os espero!

Toni alzó el pulgar para confirmar la cita. Enrique no dijo nada.

VÍCTOR

Las siete y media de la tarde y todavía no era su turno. Ya no tenía muy claro poder llegar al cumpleaños de Ada a una hora decente. Quería pasar por su piso y ducharse pues, entre el calor que hacía y los nervios, comenzaba a notar la incomodidad del sudor acumulándose en la camiseta blanca que había escogido.

Cuando había llegado, tenía a cuatro personas delante. Solo quedaba él. El resto había ido abandonando la sala misteriosa: dos de ellos, con buena cara; otro, con un rictus extraño en el rostro. Él sabía de sobras que no se podía fiar; al fin y al cabo, eran actores, podían fingir.

Les habían dado unas frases que tendrían que repetir durante la prueba. No conocía muy bien el contexto, solo que era un anuncio de cereales de una marca nueva. No se había informado. Un error, a los peces gordos de las empresas les encantaba que les doraran la píldora. Por desgracia, hacer la pelota no era lo suyo.

La puerta se abrió y salió el último aspirante. Sonreía con confianza.

Víctor no hizo caso, podría tratar de desestabilizarlo.

A continuación, la chica que los había nombrado a todos, lo llamó a él.

—Víctor Martínez.

Se levantó y siguió a la mujer. Llevaba la carpeta con el escueto guion en la mano izquierda. El corazón le palpitaba a un ritmo frenético, lo notaba también en las sienes. Y el sudor aumentó de manera considerable.

La sala a la que lo condujo estaba casi a oscuras. Se situó en el centro, donde le indicó su guía, frente a una mesa a la que estaban sentados tres hombres y tras la que quedaba una silla vacía, que sería la de la chica. En efecto, la ocupó. Delante de él había una cámara que grabaría las intervenciones de todos los aspirantes para que, en caso de duda, pudieran visionarlas más adelante. O eso supuso él.

—Por favor, devuélvenos la carpeta para que estés más cómodo —pidió uno de los hombres.

Víctor se acercó y la depositó sobre la mesa. De vuelta al centro, giró la cabeza para relajar el cuello y, seguido, rotó los hombros. Consiguió sosegarse un poco, aunque no lo suficiente. Sentía que eso era un examen. Y un examen muy importante, dado que se había marcado ese curso como el último para perseguir sus sueños. Si no lo conseguía, tendría que aceptar que debía dedicarse a otra cosa. Era la primera de sus últimas oportunidades. Pensar en ello le heló la sangre.

—¿Todo bien, chico? —preguntó el que estaba a la derecha del todo, un hombre con el pelo oscuro y gafas de pasta. Sospechó que se había quedado pálido y lo habían notado.

—Sí —contestó él, y se forzó a sobreponerse.

—Bien. Entonces, comencemos. Soy Javier Ezpeleta —se presentó el que parecía ser el jefe—. Estoy a cargo de este *casting*. Aquí a mi derecha tienes a Luis Pujalte, productor; y María Cabañas, asistenta de producción. El de mi izquierda es José Luis Laínez, el dueño de la empresa. —Hizo una pausa para que Víctor asimilara la información. A él le daban igual sus nombres, solo quería empezar —. Mi compañera, María, te dará la réplica. Cuando estés listo,

avísanos. —Lo miró con detenimiento. Víctor aguantó el análisis sin cambiar el gesto, tal vez estaban evaluando su físico—. ¡Grabando!

Cogió aire y lo expulsó despacio. Trataba de concentrarse en su respiración y no en lo que se jugaba. Cerró los ojos unos segundos, y al abrirlos, asintió.

—Estoy listo.

María se puso de pie y se aproximó a él con lentitud, como si no quisiera asustarlo. Ella carraspeó y comenzó a recitar el texto con ese típico tono de los anuncios de teletienda:

—¿Harto de no tener tiempo para desayunar algo sano cada mañana? ¿Cansado de consumir azúcar porque no encuentras otra opción que se ajuste a tus tiempos?

—Las prisas me impiden llevar una dieta sana y equilibrada —respondió con la voz algo engolada.

—¡Eso se va a acabar! Cerealhealth te da la solución. Unos cereales ricos en avena, fruta deshidratada y sin nada de azúcar.

—¡Justo lo que estaba buscando!

—Y a un precio muy asequible.

—Ahora sí que no tengo excusa, con Cerealhealth la salud se adapta a mi ritmo de vida.

—¡Corten! —gritó Javier.

Se relajó, ya habían acabado. No estaba muy contento, pero el texto tampoco le daba para demostrar sus dotes como actor, era un anuncio bastante absurdo. Eso se lo callaría por el momento.

—Has terminado. Puedes marcharte.

—Gracias —respondió dubitativo. Hizo un leve gesto de despedida a María con la cabeza y se encaminó a la puerta. Sin embargo, en el último instante, decidió añadir algo más—. Si no doy el perfil para esto, tienen mi teléfono para cualquier otra cosa. —Los tres hombres levantaron la vista de sus hojas de papel. Parecían asombrados. La había cagado, ahora pensarían que estaba desesperado. Deseó tener el superpoder de desaparecer—. Hasta luego.

Salió, cabizbajo. ¿Por qué no podía mantener la boca cerrada? Esa manía suya de soltar todo lo que le venía a la cabeza sería su perdición.

En la sala de espera no había ningún otro candidato a quien engañar o confundir, él era el último. Masculló un par de juramentos mientras se encaminaba a la calle. Miró el reloj, eran las ocho. Le daba tiempo a ir a casa, ducharse, arreglarse y prepararse para un fiestón, lo iba a necesitar.

Fuera, se paró para encenderse un cigarro y aliviar la tensión. No había dado ni dos caladas, cuando escuchó la puerta abrirse. Como estaba en medio, se apartó para dejar pasar. Su sorpresa fue ver a Luis Pujalte tras él, sonriente.

—Víctor, ¿no? —preguntó como una manera de iniciar la conversación, pues era imposible que hubiera olvidado su nombre en los escasos cinco minutos que habían transcurrido desde que había abandonado el lugar. Él asintió—. Si te soy sincero, no vamos a cogerte. El chico de antes nos encaja más.

—Vaya. Gracias por avisar, así no me muerdo las uñas esperando la llamada —comentó, procurando mostrarse despreocupado. Al menos de cara a la galería, pues la desazón acababa de instalársele en la garganta en forma de náusea—. Me voy, tengo algo de prisa.

—Toma mi tarjeta. —Luis se la cedió. Víctor la cogió con cierta reticencia, ¿de qué iba ese tío?—. Estamos con una serie de televisión. No necesito actores, aunque sí a alguien en producción. He visto que estudias Comunicación Audiovisual y tienes cierta experiencia. Puedes trabajar con nosotros y, quién sabe, tal vez así logres meter la cabeza en el mundo de la interpretación si es lo que te gusta.

El chico examinó la cartulina y se dio con ella un par de golpes en la mano mientras sostenía el cigarrillo en la boca. Guardó el papel en la cartera y miró a su interlocutor. Si bien era una oportunidad, no podía dejar de desconfiar, nadie las daba de forma gratuita.

—No me malinterprete, no quiero ser desagradecido; pero ¿por qué?, ¿por qué ha salido detrás de mí para ofrecerme este trabajo?

—Mira, chico, tengo un sexto sentido para la gente y veo en ti algo que falta mucho en esta profesión y que es muy necesario: honestidad. Lo dejo en tus manos, puedes ir de *casting* en *casting* o aceptar esto. No te arrepentirás. Es un modo de conocer gente, y esa gente te puede ayudar, igual que he hecho yo.

Víctor buscó algún agujero en su discurso, una nota que desafinara y que evidenciara dónde estaba la trampa. No lo hallaba. ¿Y si por fin tenía suerte? ¿Por qué no arriesgarse? Se encogió de hombros, tiró el cigarrillo al suelo, lo apagó de un pisotón y le tendió la mano a su futuro empleador, que se la estrechó con firmeza.

—Muchas gracias. Cuente conmigo, lo llamaré el lunes.

—El domingo. El lunes te quiero en el set.

—El domingo.

Se inclinó un poco haciendo una especie de reverencia, antes de darse la vuelta con una sonrisa naciendo en su boca. En cuanto tuvo la seguridad de que Luis no lo escuchaba ni lo veía, saltó con todas sus fuerzas mientras gritaba un estruendoso «sí». La gente de Madrid, acostumbrada a las excentricidades, ni se giró para mirarlo. Víctor sonrió, le encantaba esa sensación de libertad. Corrió hacia el metro. Necesitaba una fiesta, sí, aunque de celebración.

ADA

Al final había salido más tarde de lo previsto de la revista, y Nuria y ella se habían dado una buena paliza para tenerlo todo listo. Tenían la cena casi preparada, y toda la bebida, comprada y en la nevera. Ada sonrió mientras colocaba las servilletas de papel sobre la mesa: el esfuerzo merecería la pena, lo pasarían bien. Le encantaba celebrar su cumpleaños, tener una buena excusa para pasar una gran noche con sus amigos.

El primero en aparecer fue Pau, el más puntual. La abrazó y le dio su regalo. Ada le hizo pasar al salón mientras tiraba del celo que sujetaba el papel de envolver.

Nuria estaba repartiendo los platos para la cena. Los habían comprado de papel. La psicóloga se había puesto muy pesada con que los de plástico no eran nada ecológicos, y ella había cedido. Todo fuera por preservar el planeta, aunque fuera a costa de pagar más por algo que iba a durar lo mismo fuera de plástico o de papel: menos de una noche.

—Enséñale tu despacho mientras yo le saco una cerveza —le propuso a su amiga.

Nuria agarró a Pau del brazo para mostrarle su nuevo rincón de la casa. A Ada le gustaba verla tan entusiasmada. No había alcanzado la cocina, cuando de nuevo llamaron a la puerta, esta vez al interfono. Eran Gorka y Marco.

Fue a la nevera y abrió tres botellines. Recibió a sus hermanos con dos de ellos en la mano, que recogieron gustosos, y después le llevó el tercero a Pau, que seguía en el despacho.

—¿Qué te parece? —le preguntó. Él analizaba lo que había montado Nuria con una expresión neutra.

—Genial, muy acogedor.

—La gente desnudará sus sentimientos aquí. Vamos a meter chiflados en casa —se burló Ada, haciendo un gesto giratorio con el dedo índice al lado de la cabeza.

—La gente que va al psicólogo no está loca —protestó la dueña de la consulta.

—No todos. Algunos, sí.

—¿Y has pensado en tratar a mi hermana? —bromeó Gorka, que los contemplaba apoyado en la pared.

—Oye, enano, a ver si te echo.

Él se encogió de hombros ante la amenaza y Ada le sacó la lengua.

Se sentaron los cinco a la mesa y esperaron a los demás comensales. Lidia llegó después, seguida de Jaime. Más tarde apareció David y, por último, Toni, quien les informó de que Enrique vendría un poco más tarde, ya que tenía que pasar por su piso. Víctor también había avisado de que iba a retrasarse, así que Ada sacó la primera *pizza* y la devoraron entre risas.

Justo cuando acabaron, Víctor hizo acto de presencia.

—¿Queda algo de comer? Estoy desfallecido —anunció a modo de saludo y, luego, la achuchó.

—¿Qué tal el *casting*? —preguntó ella tras darle un beso en la mejilla.

—Mal. No obstante, cuando una puerta se cierra, se abre una ventana.

—Y Víctor, que es un kamikaze, se tira por la ventana —aventuró Pau. El aludido asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Exacto. Un productor me ha ofrecido trabajo, el lunes empiezo. En producción, eso sí.

—Bueno, algo es algo, ¿no? —dijo Nuria.

—Sí —corroboró él—. ¿Te ayudo con la cena, Ada?

Ella iba a aceptar su propuesta. Le apetecía que le ampliara lo que acababa de contar y estar codo con codo en la cocina era una buena oportunidad. Víctor era su alma gemela. Se entendían con solo mirarse, y lo más importante, se comprendían y apoyaban.

—Siéntate, que voy yo —le pidió la psicóloga, sesgando las esperanzas de Ada de saber más de lo sucedido esa tarde. En fin, tendría que esperar un poco para enterarse.

Las dos se encaminaron a la cocina. Ada se agachó para asomarse al horno, le quedaba un poco a la segunda *pizza*. Se incorporó y se encontró con la mirada recriminatoria de su compañera. Resopló antes de escuchar lo que le tenía que decir. Seguro que iba a abroncarla.

—¿Has invitado a Enrique?

Ahí estaba. Menuda ojeriza le había cogido al pobre.

—Es mi amigo.

—Te recuerdo que Jaime está aquí.

—Es mi pareja —contestó, haciéndose la tonta. Entendía a la perfección adónde quería llegar su amiga y, pese a que tenía razón, no iba a entrar al trapo. No tenía ganas de discutir.

—Te has acostado con tu amigo, ¿cómo se te ocurre juntarlos? —Ada tomó aire y, de paso, conciencia de la gravedad de la situación. Tal y como lo acababa de plantear Nuria, sonaba fatal. No era que no lo hubiera pensado, claro que sí. Simplemente había preferido obviarlo porque quería que ambos estuvieran en su cumpleaños. ¿Por qué renunciar a uno de ellos (a Enrique, vaya)? Nadie tenía por qué enterarse de lo que había pasado…—. Queda la esperanza de que tal vez él sea más cabal que tú y no venga.

—Tampoco es tan horrible. Mi relación con Jaime es…

—Abierta, lo sé.

—Y ahora me vas a preguntar si él lo sabe —continuó. Ya habían tenido esta conversación miles de veces—, y yo te respondo que sí.

—Lo que haces está mal —insistió.

Ada se cruzó de brazos, molesta. Era sabedora de su metedura de pata, pero no había marcha atrás. Jaime y Enrique estarían juntos esa noche, como cada mañana en la redacción. Seguro que podían superarlo. El mundo no iba a dejar de girar.

—Por favor, es mi cumpleaños. ¿Y si lo dejamos?

Nuria ensanchó los orificios nasales. Era obvio que no quería dejarlo. Y también lo era que ella no le iba a pedir a Enrique que no se presentara. Estaban en tablas.

—Ya está la *pizza* —se rindió la psicóloga.

Ada, aliviada al saber que habían zanjado el asunto, la extrajo y la depositó con cuidado sobre un plato.

David entró en la cocina al tiempo que resonaban las risas del resto en el salón.

—¿Puedo ayudar? —se ofreció.

—Saca esto, así nosotras servimos los nachos —le mandó, y le señaló la comida recién salida del horno.

—Ya me ocupo yo de la *pizza* y vosotros de la parte mexicana de la cena —propuso su compañera.

Ada asintió y se quedó mirando a David mientras Nuria se marchaba. Seguía raro con ella. Y con todo el mundo. Por mucho que tratara de comportarse con normalidad, se notaba que hacía un esfuerzo por integrarse en las conversaciones, como si, en verdad, estuviera a kilómetros de allí.

—¿Está todo bien? —preguntó mientras se enrollaba un mechón de pelo en el dedo—. El día que quedamos me dio la impresión de que huías.

—Olvídalo. Me encontraba mal —se justificó—. Te he traído un detalle. —Sacó de su bolsillo un paquetito y se lo tendió.

Ella lo cogió y una sonrisa afloró en sus labios. Le hacía ilusión que se hubiera tomado la molestia de comprarle un regalo, pese a que había algo que no iba bien entre ellos. Una vez que se deshizo del papel, abrió la caja y le dio un vuelco el corazón: unos pendientes con forma de flor de loto. Eran preciosos.

—Me encantan —aseguró.

—Sé que te gustan las flores de loto desde que te conté lo que significaban.

—¡Es verdad! ¡Fuiste tú! Tú eres el culpable del tatuaje.

—Eso parece —rio y, por primera vez en la noche, su risa sonó relajada y sincera. Ada lo agradeció.

—Me los voy a poner ahora mismo.

—No hace falta.

—Me apetece mucho, son chulísimos. Y parecen buenos. Tío, ¿cuánto te has gastado? —preguntó al percatarse de que eran de oro blanco.

—Eso da igual.

—A ti te dará igual, que nadas en billetes.

Solo pretendía bromear. Sin embargo, él torció el gesto y apartó los ojos. Ada percibió su malestar. ¿Por qué era todo tan difícil con David?

—Joder, Ada, ¿por qué eres así?

—Lo siento —murmuró, bajando la mirada mientras se apretaba la rosca en la oreja izquierda—. Tienes razón, no es educado preguntar el precio.

—No es eso, es… No importa. Dame los nachos —ordenó, de mal aire.

Ada lo sujetó del brazo. Tenía que evitar que escapara de ella de nuevo.

—¿Qué es? —quiso saber. Necesitaba entender qué le sucedía, por qué estaba a años luz desde que se había marchado a París.

—Nada. Dame los putos nachos y vamos a cenar —exigió él, zafándose con poca delicadeza.

Retrocedió, asombrada por su brusquedad. Sintió ganas de llorar por la impotencia de no conectar con el que había sido tan importante para ella. Sin embargo, ante la mirada dura de él, el malhumor la invadió. No se merecía ese trato. Ni ella, ni nadie.

—Como quieras.

Abrió el armario y le tiró dos bolsas de nachos. David las cazó a duras penas. Ella cogió las salsas y salió delante de él. No le iba a

amargar el cumpleaños un gilipollas; si no se aguantaba a sí mismo, que fuese a fastidiar a otro.

* * *

Ada sabía quién era el que llamaba al timbre y, con todo, nada más escuchar su sonido, los nervios habían anidado en su estómago, haciéndolo pequeño, contrayéndolo de una forma casi dolorosa.

Enrique apareció ante ella con una sonrisa ladeada que le cortó la respiración. Se hizo a un lado para dejarle paso y el olor de su perfume le acarició las fosas nasales. Era simplemente delicioso. Todo él. Joder, estaba salivando. Parecía una gata en celo. Carraspeó y se obligó a centrarse.

—¿Has cenado? —quiso saber en cuanto él entró en el recibidor.

—Sí, no te preocupes, he pasado por mi casa.

—Genial, porque estos se han zampado todo. —Enrique rio.

—Está claro que no contabas conmigo.

—Antes no me has dejado claro si ibas a venir —le dijo, y, sin ella pretenderlo, sonó a reproche.

—Ada…

—Pasa al salón —le cortó. No quería escuchar más excusas, o advertencias, o lo que fuera. Era su cumpleaños y deseaba pasarlo bien.

Ada fue a la cocina y cogió una cerveza de la nevera, no le hacía falta preguntar para saber lo que Enrique bebería. Antes de reunirse con el grupo, se apoyó en la encimera y respiró una, dos, tres veces. Todo iba a salir bien. Caminó, decidida, con los labios vestidos con una sonrisa, y le llevó la bebida a su compañero, que se había acomodado entre Lidia y Toni.

—Gracias —le dijo y la cogió. Sus manos se rozaron y su tacto le produjo una sensación placentera en el bajo vientre. Sacudió la cabeza, confusa.

—Qué guay —murmuró Jaime. Ada se sentó a su lado.

—¿Qué guay, qué? —se interesó Víctor.

—Eso, tener familia. Enrique nos acaba de contar que ha ido a ver a su mujer y su hija antes de pasar por aquí —le explicó, poniéndola al corriente.

—Uf, pues con esta lo llevas claro —azuzó Víctor y la señaló.

Jaime le pasó un brazo por encima del hombro y la atrajo hacia sí. Ada se tensó. No tenía ninguna intención de tener hijos. Ni de casarse. Acababa de hacer veinticuatro años, por Dios.

—Eso es que no se ha dado cuenta de lo maravillosos que serían nuestros niños, seguro que podemos formar una familia igual de bonita que la de Enrique.

Ella, que estaba bebiendo, se atragantó al pensar en la pobre mujer del periodista. Qué engañada estaba.

—Perdón —se disculpó y se levantó—. Voy al baño un segundito.

Víctor soltó una carcajada y Ada lo fulminó con la mirada. La situación ya era lo suficiente incómoda como para hacer leña del árbol caído.

—Venga, que era broma —aclaró Jaime mientras Ada salía por la puerta.

—Ya lo sé —aseguró desde el pasillo.

Aunque no lo sabía. No le había sonado a broma. Y ella no pensaba en formar una familia con nadie por el momento. Además, Jaime no era el hombre de su vida, lo suyo no iba a ser un para siempre ¿no? ¿Y si sí lo era? Era bueno, y delicado y…

—¿Y si jugamos al «Yo nunca»? —escuchó que sugería Lidia, antes de encerrarse en el servicio.

Se lavó la cara. Vaya cumpleaños: su pareja insinuándole que quería tener hijos, su compañero poniéndola a tono con un puto roce, su ex mejor amigo de mala hostia, y Nuria sermoneándola cada dos por tres. Como no se enderezara la noche, lo llevaba claro.

Alguien aporreó la puerta. Ada abrió dispuesta a reunirse con todos, pues supuso que venían a buscarla. No pudo. Lidia la empujó dentro con pocos miramientos y echó el pestillo. Ella la observó, atónita.

—Pero ¡qué calladito tenías lo de tu amigo David!

—¿El qué? —preguntó y cruzó los brazos, exasperada.

—Es guapísimo. Y me sonríe mucho.

—Ya. Él es así, educado —puntualizó para que no se hiciera ilusiones—. Espera, ¿y Gonzalo? ¿No viene?

—El muy cerdo ni me contesta a los mensajes. Esta noche voy a por tu amigo francés.

—Uno: no es francés; y dos: no creo que seas su tipo. —Lo que le faltaba. ¿Cómo disuadirla sin desvelarle que David era gay? Había prometido guardarle el secreto y, aunque estaba enfadada con él, mantendría esa promesa.

—Mira, guapa, yo soy el tipo de cualquiera —contestó, y se dio una vuelta de 360 grados con mucho estilo—. Venga, que vamos a echar un «Yo nunca».

Asió a Ada del brazo y la arrastró hasta la mesa.

No le apetecía participar en el juego. Tal y como iba el rumbo de la velada (y de su vida), seguro que acababa mal y todo cristo se enteraba de que había echado un polvo con Enrique. Por desgracia, no se le ocurría una buena excusa para no jugar sin levantar sospechas. Ella siempre se animaba a esas tonterías.

Se sentó y disimuló, tratando de no hacer patente su preocupación. Mentiría como una bellaca si fuera preciso.

—¿Quién empieza? —preguntó Víctor—. ¿La cumpleañera?

Todos estuvieron de acuerdo y comenzaron a corear su nombre como si fuesen unos *hooligans*. Todos, excepto Nuria, que la miraba con pavor.

—Vale, vale, vale —los calmó Ada y pensó algo poco comprometido que proponer—. Yo nunca… he besado a alguien de mi mismo sexo.

Obviamente, David y Víctor bebieron. La sorpresa fue que Toni también bebió.

—¿Toni? —gritó Lidia.

—A ver, fue una vez haciendo el imbécil con los amigos.

—¿Seguro que quieres casarte? —preguntó Víctor y le guiñó el ojo.

—Muy seguro.

—Eso es porque no me besaste a mí —continuó el otro con la broma.

—Bueno, quitadle a Víctor el tequila que se nos va de las manos —pidió Pau mientras intentaba apartar el vaso de su amigo. El otro lo sujetó como si le fuera la vida en ello.

—Me toca —resolvió Gorka—. Yo nunca me he sentido atraído por alguien de esta mesa.

Todos, menos Marco y Toni, bebieron. Era de esperar, sentirse atraído por alguien era fácil, otra cosa era que esa atracción llegara a más.

—¡Toni! Me estás decepcionando. —Víctor volvió a la carga. Toni rio. Ada agradeció que se tomara bien la insistencia del rubio. Cuando se ponía, podía llegar a ser muy pesado.

—Enrique, dime que soy yo —pidió Lidia.

—Claro que sí —contestó él con una sonrisa irónica en los labios.

Nuria le dio una patada a Ada por debajo de la mesa. Ella se la devolvió. Su compañera de piso estaba histérica y de rebote se lo estaba contagiando a ella. Como si no estuviera suficientemente nerviosa.

Respiró con profundidad y se repitió que no tenía por qué pasar nada. Ahí no había un detector de mentiras.

—Yo nunca he sido infiel —dijo David de repente, y fue el primero en beber. También lo hicieron Víctor y Lidia. Enrique fue el último en reconocerlo.

—Vaya, tal vez no debamos imitar a esa familia —le susurró Jaime al oído. Ella no contestó ni bebió. Si su relación era abierta, técnicamente, no había habido cuernos.

—Yo nunca me he acostado con alguien de esta mesa —lanzó Lidia, y se quedó contemplándolos.

Ada notó a Nuria revolverse a su lado. Se había desatado el pánico, esa prueba podría desencadenar su ruina. Jaime y ella bebieron. Enrique la miró de reojo. Ada tembló, no se atrevería a… Los segundos pasaron lentos, al contrario que los latidos de su corazón.

«Por favor, que no beba», rogó en silencio.

No lo hizo. Mantuvo su vaso alejado de los labios. No era idiota, no le convenía descubrir lo ocurrido ante Jaime, su nuevo jefe; y el

hijo de su temido Fernando, aunque Ada no comprendiera a qué venía ese miedo.

—Vaya mierda de confesión —protestó Lidia ajena al alivio de las anfitrionas.

—Oye, ¿y si nos vamos ya? Que los hermanísimos se aburren —propuso Nuria, señalando a Gorka y Marco, que asintieron.

—Sí, venga. Dejadlo todo, mañana recogemos nosotras. ¡Vámonos al Ultra! —los animó Ada. Y todos estuvieron de acuerdo.

DAVID

Se sintió raro al entrar al Ultrasonidos después de tanto tiempo. Ese bar había sido el refugio de su grupo de amigos desde adolescentes. En ese lugar habían construido grandes anécdotas, habían bailado hasta el amanecer, habían llorado, habían reído. Allí había abrazado a Ada tantas veces… Todo seguía igual: la pequeña barra frente a la puerta; en el centro, la pista de baile; a los lados, los mostradores para apoyar las copas. Incluso el segurata y el dueño eran los mismos. Todo, menos él que, de repente, se vio ajeno a ese sitio que había sido como su casa. Se animó pensando que pronto recuperaría esa familiaridad, todo era cuestión de tiempo. En algún momento tendría que sanar.

Aunque ese no era el día: había bebido bastante en la cena y había empezado a sentir la acuciante necesidad de hablar con el hombre que le había arrebatado al objeto de su deseo. Sin pensarlo dos veces, fue a por Jaime. Definitivamente, le encantaba torturarse.

—Te invito a algo —le propuso—. Y a ti, Pau, también —completó al ver que su amigo estaba junto a ellos con cara de circunstancias. Se volvió de nuevo hacia su objetivo—. ¿Qué tomas?

—Una cerveza.

—¿Una cerveza? —repitió con cierto retintín—. ¿Solo?

Jaime asintió, serio, y él atrajo la atención del camarero. Pidió las copas y la cerveza y, cuando se las sirvieron, pagó y las repartió.

—Por fin conozco al novio de Ada.

—Ada odia esa palabra: novio.

—Pero lo eres. —Quería oírselo decir, quería que se clavara en su pecho esa dolorosa verdad para ver si así sangraba todo lo que tenía que sangrar y empezaba a cicatrizar. O tal vez solo quería martirizarse, no estaba muy seguro de lo que pretendía. Su interlocutor movió la cabeza en sentido afirmativo—. Es guapo, el cabrón —observó, volviéndose hacia Pau, como si el susodicho no pudiera oírlo. Su amigo suspiró y le hizo un gesto a Jaime como rogándole que lo perdonara. Lo ignoró; al fin y al cabo, era verdad: estaba borracho y se estaba excediendo. Pau se marchó con las chicas a la pista de baile, dejándolos solos—. Eres muy guapo —se reafirmó—. Y pareces simpático.

—¿Me estás dando tu aprobación? No sabía que la necesitara para salir con ella —observó con una sonrisa socarrona. David rio.

—Me caes bien —admitió—. La has liado un poco al decir eso de la familia…

—Ya, ya me he dado cuenta —respondió, rascándose el pelo, avergonzado.

—Cuídala mucho. Antes era mi mejor amiga. —La nostalgia llenó cada parte de su cuerpo, como si fuera sangre que bombeara con cada latido.

—¿Ya no?

Él negó con la cabeza y sonrió con una tristeza densa, acumulada durante años. No estaba siendo buena idea mantener esa conversación. Se le agolparon las lágrimas en los ojos y trató de retenerlas. No iba a llorar, eso era deprimente. Mierda, no debería haber bebido tanto. Temió que Jaime percibiera su turbación. Tenía que ser muy raro que alguien a quien acababas de conocer se te echara a llorar de repente.

—Creo que voy fuera un rato, a que me dé el aire —anunció para huir de esa embarazosa situación antes de que fuera tarde.

—Te acompaño —se ofreció, y le puso una mano sobre su hombro.

¿Pretendía darle ánimos? Genial, ahora resultaba que también era buena gente. Ada lo había escogido de puta madre: ¡No podía odiarlo!

—No. Quédate con tu chica. Es su cumpleaños.

Se separó de él y anduvo hasta la puerta del bar, deseando olvidar el ridículo que acababa de protagonizar.

ADA

Vio a David salir a toda prisa y a Lidia correr tras él. Le desesperó que la periodista insistiera, se había llevado una desilusión con Gonzalo hacía nada y ahora su amigo era el candidato idóneo para que tuviera otra.

Reprimió las ganas de ir tras ella y detenerla. Ya era mayorcita.

—Qué pesadita está Lidia con David. Que se lo quiere ligar, dice —le comentó a Nuria.

—Como si fuera tan raro que David levante pasiones —resolvió la psicóloga.

Ada soltó el aire de golpe. Nuria no tenía ni idea de lo que decía. No sabía lo de Gonzalo, ni tampoco el secreto de David. Sacudió la cabeza antes de cambiar de tema:

—¿Quién le habrá molado a Pau? —preguntó. La otra la miró sin comprender—. Antes, en casa, ha bebido cuando había que confesar si te gustaba alguien. ¿Por quién sería?

—No sé. ¿Por Lidia? Es muy resultona.

—O por ti.

—O por ti, no te fastidia —se quejó.

—Haríais buena pareja —la provocó. Siempre lo había pensado. Eran los dos tan buenos, tan responsables… Tal para cual.

—Sí, con mucho futuro. Deja, deja. Menudo par de desgraciados.

—¿Cómo eres tan pava? No eres una desgraciada.

Estaba harta de que su amiga no se valorara.

Justo cuando iba a darle miles de motivos por los que debería quererse más, Jaime le rodeó la cintura, pegándose a su espalda, y hundió la nariz en su pelo. Ella se giró y lo besó. Los remordimientos mordisquearon cada parte de su ser al sentir su cariño. Era tan fácil

estar con él… Y, sin embargo, no era suficiente. Enrique no había sido el primero con el que se había acostado estando con Jaime.

Lo abrazó y permaneció a su lado, separados del resto, como si regalarle esos momentos pudieran compensar todas sus meteduras de pata.

DAVID

Se apoyó en la fachada. Gorka y Víctor estaban en la calle, frente a la puerta del bar, fumando algo que no olía a tabaco. David decidió que colocarse era una opción viable. Esa noche todo valía con tal de dejar de sentir.

—¿Me dais?

Víctor se encogió de hombros y le hizo un gesto al otro para que se lo pasara.

—¡Hostia! —exclamó el rubio y se dirigió a Gorka—. Tengo que hablar con mi prima, te lo prometí.

—No te preocupes…

Mientras David le daba una calada profunda, Víctor sacó el móvil y tecleó con rapidez. Pensó que hacía mucho que no fumaba hachís, no recordaba ese sabor dulzón. Tal vez gracias a ese espacio de tiempo sin consumir le subiría más rápido. Ojalá. Se recreó expulsando el humo, era el primer rato de paz que encontraba en horas. O días.

—Dice que le pase tu contacto, ¿te parece? —le preguntó Víctor al hermano de Ada.

—Claro.

David le devolvió el cigarro a Gorka, que tenía los ojos fijos en el otro, expectante.

—Te llamará.

—Muchas gracias, tronco.

Iba a preguntar de qué iba eso cuando una voz a sus espaldas hizo que desistiera.

—¡Cuánto chico guapo! —exclamó Lidia.

Le hizo gracia ese tono chillón que había empleado la periodista, así que no pudo evitar reírse, cosa que ella pareció interpretar como algo positivo. La miró de arriba abajo. Ya se había fijado en ella, Lidia llamaba la atención, y era evidente que llevaba toda la noche echándole indirectas y miraditas muy insinuantes.

Tomó otra decisión: finalizaría la noche con esa mujer. El vino, la cerveza, el tequila y la copa lo empujaban a seguir por ese absurdo camino que iba directo al precipicio.

Si hubiera sido un depredador, hubiera enseñado sus colmillos. Sin embargo, esbozó una sonrisa encantadora, de esas que sabía que desmontaban a mujeres y hombres, y contestó:

—Puedes unirte al club: belleza tienes de sobras.

Se le daba bien el juego de la seducción. Era consciente de sus dotes y las usaba a su antojo. Pocas veces recibía una negativa. Lidia se mordió el labio inferior, deseosa.

—Oye, Víctor, ¿entramos? —propuso Gorka.

David agradeció que se hubiera dado cuenta de que esa fiesta se había convertido en algo privado. En cuestión de segundos se quedó con la periodista a solas.

ADA

Eran cerca de las dos de la mañana cuando Jaime le anunció que se marchaba. Toni llevaba coche y se había ofrecido a acercarlo a casa.

—Mañana quiero revisar unos asuntos de la revista, madrugaré.

—Venga, Jaime, es mi cumple —ronroneó ella, no quería pasar la noche sola.

—Quédate, si no te digo que vengas conmigo.

Ada le mordió el lóbulo de la oreja, juguetona, en un intento desesperado de que cambiara de opinión. Pero Jaime se despegó como pudo y ella asumió su derrota.

—¿En serio que te vas?

Hizo un mohín de pena y se colgó de su cuello. No estaba enfadada y, desde luego, no iba a montarle un numerito, no era su

rollo. Además, si él tragaba con tener una relación abierta, ella no podía echarle en cara que se fuera. Respetarlo era lo justo. Con todo, le hubiera gustado seguir tonteando con él y acabar celebrando su cumpleaños en la cama, con él entre las piernas.

—Escucha, no te he dado mi regalo.

—No pasa nada.

—Te lo daré mañana. Solos tú y yo. Ven a mi apartamento por la tarde. Te prometo que te compenso por este desplante. —Le dio un beso en la frente—. Ahora, pásatelo bien con tus amigos, ¿vale?

—Será un buen regalo, porque si no… —le susurró, y no se refería a nada material.

—El mejor, te lo prometo.

La besó por última vez y se marchó con Toni, que ya esperaba en la entrada del bar. Ada levantó la mano para despedirse y se dirigió a la barra. Allí estaba el resto del grupo, excepto Lidia, David y Marco. Su hermano había desaparecido con unos amigos suyos hacía ya rato. Como siempre, el pequeño iba a su bola.

—¿Y Lidia y David? —preguntó nada más reunirse con ellos.

—Intimando, supongo —respondió Víctor—. David me empieza a dar asco; siempre que sale, cae uno o una —bromeó.

—Con esta no creo que llegue muy lejos —comentó ella.

—¿Por qué? Es muy graciosa. Y bien mona —aportó Gorka.

Ada prefirió no contestar, no tenía una explicación coherente que darles. Entonces, se percató de la canción que empezaba y se le iluminó el rostro.

—¡Víctor! —gritó y lo agarró del brazo—. ¡*Flying free*!

Lo arrastró a la pista de baile. Era su canción, la que siempre bailaban juntos haciendo el imbécil, corriendo, fingiendo ser unos amantes de la música tecno, cuando en el fondo la odiaban los dos. Era su ritual de las noches de fiesta, cuando todo se desmadraba. Ada y Víctor tenían que escuchar el *Flying free* para marcharse satisfechos a dormir.

DAVID

Fue directo a la barra. Por el camino, miró de reojo al motivo de todos sus desvelos saltar como una loca con el que ahora era su mejor amigo. Su sustituto. ¿Estaba celoso de Víctor? Joder, pues sí.

—¿Qué tal? —preguntó Pau. Y le hizo un gesto con la cabeza hacia los aseos, donde se acababa de meter Lidia.

—Quiere ir a casa.

—¿Y tú? —se interesó Nuria.

—Me quedo.

—¿Y eso? —se sorprendió Pau.

—Es el cumpleaños de Ada.

Mentira. La verdad era que estaba aterrado. Toda la determinación que había sentido unos minutos atrás se había ido al garete cuando su conquista había intentado tocar su miembro a través de los pantalones y este había seguido igual de flácido. Como si estuviera viendo un partido de fútbol en vez de liándose con un bellezón. No, peor; porque a veces, mirando a algún jugador, se le ponía dura. Tuvo la certeza de que no iba a funcionar, no se le iba a levantar.

Si no iba a volver a ver a la chica en cuestión no le importaba probar, conservaba la esperanza de librarse de su maldición en alguno de sus intentos. Pero Lidia trabajaba con Ada, no soportaría que comentara con ella la jugada.

—Pues, a juzgar por la cara que tenía cuando habéis entrado, no se lo ha tomado muy bien —murmuró Enrique.

David se encogió de hombros y Nuria se lo llevó aparte tirando de su codo. Eso hizo que se tambaleara.

—David… ¡Estás borracho otra vez!

—Oye, Nuria, no eres mi madre. Déjame vivir. Quiero beber, bebo; quiero follar, follo; quiero tirarme por un puente, me tiro.

—No, eso último no, si yo puedo impedirlo. —Lo miró muy seria —. Por favor, deja este camino, no es bueno.

—Es el único que encuentro.

Él se dio media vuelta y volvió con los demás, abandonando a su amiga demasiado cerca de la zona de baile. Tanto, que pronto fue absorbida por Ada y Víctor, que la incitaron a saltar y bailar con ellos.

ADA

Vio salir a Lidia del baño a paso rápido. Su rostro era un poema. Parecía sofocada, enfadada. Con la escasa iluminación no podía diferenciarlo muy bien. Decidió seguirla: tal vez David le había dicho algo inapropiado, estaba muy gilipollas esa noche; y ella se sentía responsable, era la cumpleañera y el nexo entre los dos. Por no decir que podría haberlo evitado disuadiendo con más vehemencia a su amiga de que intentara algo con él.

Ambas alcanzaron la calle. Lidia se quedó quieta, parecía haber notado su presencia, y se giró para enfrentarla.

—¡¿Qué coño le pasa a tu amigo?! —chilló. Ella se quedó paralizada, asumiendo la rabia con la que le estaban hablando—. Estábamos bien, todo iba guay y, de repente, se ha comenzado a comportar como un imbécil.

Ada puso los ojos en blanco. Lo que ella decía: gilipollas perdido. Avanzó para acariciarle el brazo y consolarla (con lo que odiaba consolar a la gente…). Lidia desvió la mirada. Menos mal que no lloraba. Eso hubiera sido demasiado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nos hemos enrollado aquí, en la calle. Y cuando le he dicho de ir a mi casa para tener más intimidad, le ha cambiado la cara.

—¿Os habéis enrollado?

La miró asombrada. ¿Él no era gay? Sí que estaba confundido. Y de paso la confundía a ella.

—Sí, ¿tanto te extraña?

Su compañera puso los brazos en jarra, ofendida.

—A ver, ya te he explicado que no creía que fueras su tipo. No sé, se habrá agobiado. Desde que ha vuelto de París está raro. No se lo tengas en cuenta —lo excusó.

—Ha sido borde. Me ha dicho que soy muy mayor. Tampoco os saco tantos años. ¿Cuántos? ¿Cinco?

Ada no sabía si reír o llorar. Vaya pretexto de mierda se había sacado David de la manga. En fin.

—En serio, olvídalo. Está borracho.

No se le ocurría qué decir. La situación se le antojaba absurda, se estaban comportando como adolescentes.

—¿Y? Eso no le da permiso para llamarme vieja. Me ha amargado la noche. Me voy.

—Venga, va. No seas tan radical —le pidió, y esbozó un puchero para convencerla.

—No quiero estar en el mismo sitio que él, y no se va a marchar. Lo siento, pero me largo. —Lidia se acercó para darle un beso—. No te lo tomes a mal, hasta ahora me lo he pasado genial.

—Me alegro —se rindió.

—Todos lo hemos pasado genial. —Enrique había salido del bar y ella supo que los problemas de verdad iban a empezar en ese preciso instante—. ¿Te vas, Lidia?

—Sí. ¿Te vienes? —le ofreció.

Él negó con la cabeza y le dio dos besos para despedirse. La periodista se dio la vuelta haciendo ondear su larga y rubia melena, y corrió para detener un taxi que circulaba por la calzada.

Ada sintió que su compañero se situaba a su lado. No quiso volverse hacia él.

Su presencia le resultaba demasiado agradable.

Qué bien.

Procuró tranquilizarse. Eran amigos. No iba a suceder nada que no quisiera que pasara. Igual era ese el problema: el calor que sentía en cierta parte de su anatomía le indicaba que ansiaba algo que no debía desear. ¿Le estaría pasando lo mismo a él?

—Parece que no se ha apañado bien con tu amigo —comentó el periodista para romper el silencio.

—David no está en su mejor momento y lo ha pagado con ella.

—Estoy seguro de que él no se acordará mañana. Ha bebido mucho.

—Ya. Antes no era tan capullo. —Ada, por fin, lo miró.

—La gente cambia —dijo y, acto seguido, una sonrisa pilla afloró en sus labios—. ¿Y Jaime? ¿Te ha dejado sola el día de tu cumpleaños?

Enrique deslizó su brazo alrededor de la cintura de Ada. Ella se sobresaltó, aunque no se apartó. Le gustaba el contacto. Se giró

para quedar frente a él y se encontró con sus ojos oscuros. Dos pozos profundos, cálidos, enigmáticos.

—Quiere trabajar mañana. —Jugueteó con el cuello de la camisa de su compañero, fingiendo que se lo ponía bien cuando solo buscaba tocarlo—. Me alegra que hayas venido.

—No podía faltar. Es el cumpleaños de mi compañera favorita.

Buf. Se estaba complicando demasiado la situación. Ardía, y no lo entendía: nunca había sentido eso con él hasta aquella noche, y ahora le parecía imposible controlarlo. De hecho, en este instante se estaba volviendo líquida. «Ada, céntrate», se exigió.

—¿Y tu mujer? —se obligó a preguntar. En realidad, no quería pensar en ella. Ojalá ni existiera.

Enrique se retiró un poco para no quedar tan pegados; sin embargo, no quitó la mano de la cadera de Ada.

—¿Qué pasa con ella?

—Eso digo yo. ¿Qué pasa con ella? Y estamos demasiado cerca, ¿no?

—¿Eso crees? A mí me parece que puedo acercarme más… —Hizo ademán de recuperar el espacio que había perdido por su propia voluntad.

—Enrique —le llamó la atención y, con un esfuerzo sobrehumano, puso una mano sobre su pecho para detenerlo.

Él suspiró y se lamió el labio inferior en un movimiento que a ella le pareció *sexy* hasta límites extremos. Retuvo las ganas de pasar su lengua por el mismo sitio.

—Lo nuestro no difiere mucho de lo que tú tienes con Jaime.

—¿Tengo que creérmelo? —Alzó las cejas.

—Eso es cosa tuya.

Le sonaba demasiado raro. ¿Para qué se casaba si no estaba enamorado? Tenía una hija. ¿A qué narices estaba jugando? Y lo peor: ¿Le importaba a ella? Tenía muy claro lo que necesitaba en ese momento y era dejar de usar la boca para hablar.

Ada acarició su barba, que le hizo cosquillas en la palma. Él deslizó la mano y le rozó la pierna, levantando un poco su corto vestido. Era evidente que iban a sucumbir, por mucho que se hubieran prometido que no iba a volver a suceder. En esta ocasión,

él lo había buscado de manera consciente. Había esperado hasta que Jaime se había ido, hasta que todos los compañeros de la revista habían desaparecido, hasta que había intuido que se iba a quedar sola; y, entonces, simplemente había rozado con los dedos la piel de su muslo, despertando todos sus sentidos. No era amor, no aparecían esas mariposas en el estómago, era algo totalmente físico y, por ello, se le antojaba tan peligroso. Se inclinó hasta que sus narices casi se rozaron.

—¿Qué hacemos? —susurró ella. Enrique echó un poco la cabeza hacia atrás y sonrió. Le encantaba ese gesto, la forma en la que se le achinaban los ojos.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó él.

—Tal y como yo lo veo, hay dos opciones —comenzó. El periodista asintió, aunque ella sabía que le importaban muy poco las alternativas que le iba a dar, lo tenía decidido—: La primera es que nos mantengamos firmes a nuestra promesa y nos separemos, acabemos la fiesta y nos demos una buena ducha de agua fría al llegar a casa. —Rio muy bajito—. La segunda es mandarlo todo a la mierda y que te vengas conmigo.

Enrique ya no parecía escucharla. Ada tuvo la certeza de que se había perdido en algún lugar de sí mismo. Estaban tan juntos que podía sentir los latidos de su corazón. Él fue recorriendo con su mano derecha el brazo de Ada, que todavía colgaba a lo largo de su cuerpo. Subió hasta su cuello y le colocó los dedos tras la nuca, empujándola hacia delante para besarla. Había escogido la segunda opción, y ella lo agradeció, le hormigueaba la piel por el deseo.

En ese instante todo se redujo a los labios del otro.

DAVID

Había salido para despejarse y se encontró de bruces con una escena que para nada se imaginaba. Dio un paso atrás, mudo, sin querer interrumpir, sin poder asimilar. Lo poco que quedaba entero de su corazón reventó.

No se partió, no se rompió. No.

Reventó.

Explotó.

Y joder si dolía. Ni siquiera podía respirar. Si hubiera podido elegir dejar de hacerlo, lo hubiera hecho.

Hubiera dado todo lo que tenía por estar en el lugar de ese hombre que besaba a Ada, que lamía sus labios, que acariciaba su cuerpo, que levantaba su falda con total impunidad. Todo, por sentir lo mismo que Enrique estaba sintiendo. Pero era imposible. Ada estaba cada vez más fuera de su alcance, ahora había un tercer miembro en la ecuación.

Como un fantasma, regresó al bar. Notó como el alcohol se deslizaba por sus venas, su descubrimiento le había hecho serenarse. Buscó a sus amigos y se apoyó en la barra, mareado por la impresión, preguntándose si lo que había visto era real.

—Oye, David, ¿te encuentras bien? Estás pálido —preguntó Nuria.

Él asintió.

—¿Seguro? —intervino Pau.

Sopesó qué podía ocurrir si contaba lo que acababa de ver. ¿Sería traicionar a su amiga? No lo tenía muy claro: se estaban besando allí, en medio de la calle, no lo ocultaban. Decidió salirse un poco por la tangente:

—¿Ada es feliz con Jaime?

—¿Por qué dices eso? —se interesó Gorka.

—Me cuesta imaginarla con una relación estable. Nunca ha buscado eso.

Nadie supo contestarle. El mundo siguió girando, excepto para él, que se había detenido sin poder sacar de su retina la imagen de Ada abrazada a Enrique.

Entonces, se fijó en Nuria. Y se dio cuenta de que ella ya lo sabía.

NURIA

Pilló enseguida la indirecta y empezó a mirar hacia los lados. Enrique no estaba, ¿cuándo había desaparecido? Tampoco encontraba a Ada.

Contempló a David, tratando de adivinar lo que habían visto esos preciosos ojos azules que lo había descolocado tanto. Negó con la cabeza, intentando comunicarse con su amigo por señas, y pareció funcionar, porque él asintió. «Mierda», pensó.

* * *

Unos diez minutos después, Ada y Enrique entraron al bar. Deseó que se hubieran conformado con lo que quiera que hubiera ocurrido en la calle; sin embargo, no fue así. Se iban. Juntos. No lo dijeron de forma abierta, pero todos lo sobreentendieron. Las caras de sus amigos no podían ocultar el desconcierto.

En cuanto la parejita se dio la vuelta, Víctor no fue capaz de controlar una carcajada:

—¿A eso te referías, David?

David movió la cabeza arriba y abajo.

—Los he visto antes, besándose. —Se giró hacia Nuria—. Y tú, ¿lo sabías?

—La semana pasada… Ella aseguró que no se iba a repetir. Vaya asco.

—¿Por qué? —se extrañó Víctor—. Déjala que disfrute. No la culpo, este está muy bueno. Es un poco mayor; pero ya se sabe, la experiencia es un grado.

—¿Y Jaime? Lo está engañando —apuntó ella.

—Si Jaime no ve cómo es Ada, es que es idiota —intervino Pau.

—¿Y cómo es? Es libre, Jaime y ella no tienen una relación exclusiva —la defendió Víctor.

Nuria negó con la cabeza, él siempre la protegería. Era su favorita. Ada era la favorita de todos, al parecer.

—Mirad, es su vida. Que haga lo que quiera —zanjó Gorka—. Nosotros vamos a acabar todo lo bien que podamos este cumpleaños, que, por cierto, se acaba de quedar sin cumpleañera.

A Nuria no le hacía ninguna gracia y, a la vez, la esperanza de que su amiga dejara a Jaime afloró en su pecho: ¿Sería Enrique el que dinamitaría la relación de Ada con el hombre que la había enamorado a ella?

ENRIQUE

Observaba a Ada, que se había quedado adormecida. Había decidido no abrazarla, no mantener más contacto con ella. Solo era sexo, nada más. Como todas las demás. No obstante, era consciente de que se estaba engañando a sí mismo.

Con otras mujeres, cuando terminaban, se levantaba y no sentía la necesidad de volverlas a ver. Con ella era distinto. Quizás era porque la conocía, porque sí había un sentimiento por medio, aunque fuese de amistad. Suspiró. Se moría por rodearla con sus brazos. Por besar su clavícula. Por volver a entrar en ella y escucharla pedir más y más.

Se sentó en la cama y respiró varias veces para controlar la erección que se estaba despertando. Se puso en pie y buscó la ropa interior, tirada en el suelo. Mientras se subía el bóxer, pensó que hacía ya rato que debería haberse marchado. Habían sobrado todos los juegos, las caricias y las risas de después.

—No hace falta que te vayas —escuchó que le ofrecía Ada, que se había despertado y lo miraba.

Se sintió tan tentado de volver a tumbarse que se asustó. Sí, tuvo miedo. Hacía tanto tiempo que nadie le atraía como esa chica que el vértigo se apoderó de todo su ser. Debería haber cortado esto. ¿Por qué había salido del bar? ¿Por qué la había provocado? ¿Por qué se había pasado la noche muerto de celos al verla con Jaime?

Ni siquiera podía echarle la culpa al alcohol, no había bebido demasiado, y había sido consciente de cada movimiento que hacía. La respuesta a sus preguntas era sencilla: desde que se habían acostado aquel jueves, no podía sacársela de la cabeza. Lo malo de

tener buen sexo era que el cuerpo quería repetir. Y con Ada había sido espectacular en su primer encuentro, y más todavía en el segundo. Estaba bien jodido. En ambos sentidos de la palabra.

—Creo que sí —contestó y sonrió cansado.

—Está todo bien, ¿no? —Ada frunció el ceño.

Estaba preciosa. Un momento: ¿Acababa de pensar que estaba preciosa? Sí, tenía que cortar eso ya.

—Me voy a dormir a casa. No tendría que haberme quedado la otra vez. No hemos de confundirnos.

Escucharon las llaves girar. Nuria entraba al piso. Enrique se estaba abrochando los pantalones, dispuesto a huir e intentar aclararse de camino a casa. Ada se puso de rodillas y le cogió del brazo para tirar de él hacia la cama. Se sentó.

—Espera a que mi cuidadora se acueste, si no, te dará la tabarra —le dijo, tan cerca de su piel que consiguió que se le erizara toda. Después, lo besó en el cuello y él se apartó un poco. Esa mujer se lo estaba poniendo muy muy difícil.

—Me tengo que ir —repitió, nada convencido.

—Solo es para hacer tiempo, luego te vas, te lo prometo —susurró, acariciándole la espalda.

Cerró los ojos con fuerza mientras sentía la lengua de la joven deslizarse por su piel, dibujando el camino del placer. No le costaría nada claudicar. De hecho, su cuerpo ya estaba dispuesto a ello. Ada era adictiva.

El ruido de una puerta cerrarse lo arrancó de la tentación de su compañera.

—Ya está, no hay peligro. Me voy.

—Vaaaale.

Ella se tumbó mientras Enrique se abrochaba la camisa. La contempló. Solo llevaba puestas las braguitas. Irse de allí era un auténtico ejercicio de autocontrol. Desvió los ojos y, tras despedirse, salió sin hacer ruido del dormitorio.

Nada más llegar a su piso, tendría que darse una buena ducha para quitarse el olor a mujer y el calentón porque, por mucho que frotara, la confusión que todo eso le creaba no se iría.

VII. SÁBADO, 15

ADA

Desde que Enrique se había marchado, no había pegado ojo. Pese a ello, había remoloneado en la cama hasta mediodía. La había vuelto a liar al acostarse con su compañero, y seguro que Nuria tenía mucho que decir al respecto, por lo que había preferido quedarse escondida en su habitación, mirando el móvil o viendo fotos de su cámara. Al final, el hambre había podido con ella.

La primera parada la hizo en el baño para ducharse y dejar que el agua arrastrara todos los recuerdos de la noche anterior. No sabía que existían tantos puntos de placer en el cuerpo: Enrique le había abierto un mundo nuevo y ella quería seguir descubriéndolo.

Se llevó las manos a la cara. No. No debía querer nada con él. Asunto zanjado.

Después se encaminó a la cocina, dispuesta a aguantar el rapapolvo de su amiga. La encontró preparando algo de comer. Ada hinchó los pulmones y decidió actuar como si no hubiera sucedido nada:

—¿Qué cocinas?

—Verduras, para hacer puré. Tienes que recoger todo, es cosa tuya. Tu cumpleaños.

—De acuerdo —murmuró.

Así que esa era su penitencia: la limpieza. Le parecía justo.

Cogió una bolsa y se fue al salón. Todo estaba tal y como lo habían dejado la noche anterior. Comenzó a meter lo que no se podía reciclar. Calculó que su amiga aparecería allí en pocos minutos, no iba a perder la oportunidad de regañarla.

Ocurrió antes de lo que esperaba. Nuria apareció roja de la rabia, con los puños apretados y los ojos llorosos. Vaya, la bronca iba a ser fuerte.

—¿En qué piensas, Ada? —Casi le chilló.

—Está claro que en nada… —suspiró sin cesar en las labores de recolección de basura.

—Jaime te quiere. ¿No lo ves? Enrique solo se aprovecha de ti.

—No se aprovecha de mí, ¿de dónde has sacado eso?

—Es evidente: un hombre casado al que se le pone a tiro una chica más joven que él. Es un caradura. ¡Me da asco! —exclamó, crispada.

—Te estás pasando —le advirtió, no iba a permitir que hablara así de él.

—No me estoy pasando. Puede que no te des cuenta, pero no quiere nada contigo, solo quiere disfrutar de un buen rato y luego, si te he visto no me acuerdo. ¡Es un cabrón! ¡Tiene mujer!

—¡Basta ya! —pidió, y dejó caer los brazos de golpe a lo largo de su cuerpo, haciendo que lo que había metido en las bolsas sonara al golpearse contra el suelo—. Me dijo que no tenía una relación convencional con su mujer.

Nuria soltó una carcajada, exasperada.

—¿Y tú te lo crees?

—No lo sé. No sé qué creer —admitió—. Ayer preferí creerlo, sí. Mira, a mí no me está engañando, sé a la perfección lo que hay, y me gusta así. Yo tampoco quiero más que eso: pasar un buen rato.

—¿Te estás oyendo? ¿Te da igual que haga sufrir a su esposa? —le recriminó.

—No, no me da igual. No puedo controlar lo que él hace.

—Pero sí lo que tú haces.

—Vale, sí. Tienes razón. Soy una mierda de persona. —Ada resopló. No encontraba justificación alguna a sus actos. Se había acostado con Enrique porque lo disfrutaba y no había querido pensar

en las consecuencias. Sin embargo, por mucho que su compañera estuviera en lo cierto, le daba la impresión de que se lo estaba tomando demasiado en serio—. ¿Por qué te molesta tanto a ti? Parece que te afecta de una manera muy personal.

—Me fastidia que le hagas daño a Jaime.

—Jaime es un adulto y ha aceptado que lo nuestro no sea exclusivo —se defendió. Estaba harta de ese tema.

—No ha aceptado lo que haces con Enrique. Con él es diferente, has repetido.

Otro dardo en la diana. Una cosa era que tuvieran derecho a conocer a más gente y otra que ella mantuviera una especie de relación paralela con otra persona. Y, aun encima, alguien como Enrique, un compañero de trabajo, un empleado de su pareja.

—Vamos a dejarlo ya. He quedado esta tarde con Jaime, hablaremos.

—¿Y qué le vas a decir? —Nuria puso los brazos en jarras.

—Tengo que pensarlo.

—Si no estás enamorada, ¿por qué no rompes con él?

—Porque me hace sentir bien —susurró y agachó la cabeza, avergonzada de admitir su egoísta realidad.

Nuria emitió una especie de gruñido y regresó a la cocina.

Ada sintió la decepción de su amiga como un cubo de agua fría cayendo por su espalda. Terminó de limpiar en silencio, pensando que ojalá fuera igual de sencillo limpiar su conciencia.

GORKA

DESCONOCIDO

Soy Jess, la prima de Víctor. Tenemos un grupo y el guitarrista se ha pirado.

Quieres una prueba?

Gorka, algo resacoso, sonrió. Parecía que el mensaje de Víctor había surtido su efecto. Se apresuró a guardar el contacto y responder:

GORKA
Claro

Se fue a asear y, al volver a su cuarto, Jess había contestado:

JESS
Cuánto tiempo llevas tocando?

GORKA
Buff, no lo recuerdo. Diez años?

JESS
Compones?

GORKA
Sí

JESS
Genial, el viernes a partir de las 18.00 te vienes y te hacemos la prueba

Te mando la ubicación

GORKA
Allí estaré!

Dejó el móvil sobre la cama y salió de su dormitorio. Marco leía un cómic en el salón.

—¿Los papás? —preguntó a su hermano pequeño.

—Dirás mamá; papá hoy curra.

—Cierto, es sábado.

—Ha salido a comprar el pan —le informó y volvió a hundir la nariz en el libro.

—¿Dónde estuviste anoche? No se te vio el pelo desde que entramos al Ultrasonidos.

—Con mis amigos. Los de Ada son simpáticos, aunque un poco viejos —contestó.

—Ya, tronco, pero si te invitan a un cumpleaños…

—¿Qué? Estuve en la cena.

Gorka se encogió de hombros, no lograba entender a Marco. ¿Cómo podía ser que todo le resbalara? Bien que todavía era adolescente, aunque no le parecía que esa actitud estuviera relacionada con la madurez. Era su carácter. Tenían tan poco que ver… Lo miró, continuaba enfrascado en la lectura de Dios sabía qué cómic. Echó de menos que su madre no estuviera allí con ellos, había agotado todos los temas de conversación que se le ocurrían. Qué pena tener un hermano y no poder compartir nada con él más que charlas triviales. Desde que Ada se había marchado, era como ser hijo único con el hándicap de tener que compartir baño.

—Voy a tocar la guitarra un rato —anunció. Marco asintió sin dejar de leer.

Se encerró en su habitación. En el *smartphone* ya tenía la dirección del local. Cotilleó la foto de perfil de Jess. No se le veía muy bien la cara, pero se le distinguía el pelo corto, peinado hacia arriba y teñido de rubio. Parecía delgada. Estaba en un concierto, inclinada hacia delante, con el micro frente a la boca. Se notaba que estaba concentrada al cantar. Las luces creaban un ambiente de gran evento, aunque seguramente sería un bolo en algún bar pequeñito.

Dejó el aparato y sacó la guitarra. Tendría que ensayar, y mucho. No podía fallar ahora que por fin tenía su sueño al alcance de sus manos.

ADA

—Está muy rico —reconoció, y bebió un poco del vino que Jaime había comprado para la ocasión. Después comió un trozo de la lubina al horno.

Su chico se había esmerado en cocinar una buena cena y no se le había dado nada mal. También había decorado la mesa con velas y había escogido música para acompañar durante la velada.

Ella se sentía mal, incómoda. Sabía que tenía que aclarar las cosas con él, otra vez. Y todo estaba preparado con tanto cariño que le asustaba romper el encanto.

—Gracias.

—Lo has puesto muy bonito. No hacía falta que te molestaras tanto.

Jaime alargó la mano y tomó la suya.

—Me apetecía hacerlo, ya que ayer me marché pronto.

Movió el brazo para librarse del contacto con Jaime y volvió a beber. Sí, se había ido pronto y ella no había perdido el tiempo.

El joven se levantó y recogió la vajilla. Ella no se movió: antes había intentado ayudar y él se lo había prohibido aduciendo que era su noche. Cuando regresó, traía el postre y un sobre dorado. Sonriente, se agachó para ofrecérselo.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Dentro había un papel: un vale por una noche en un hotel de Cádiz, con *spa* incluido. No tenía fecha. Un regalo tan perfecto como él. Ahora sí que no se atrevía a decir nada que estropeara el momento.

—Oh, gracias. —Se inclinó para darle un beso.

—Creo que nos vendrá bien pasar un fin de semana los dos solos. Lo que ocurre es que con todo esto de mi padre no me he atrevido a fijar el día. ¿Qué te parecería el mes que viene? En octubre todavía se estará bien por allí.

—Me parece genial, de verdad. —Ada lo abrazó. Parecía que su mente, de manera unilateral, había determinado que lo mejor para tapar sus remordimientos era dar excesivas muestras de cariño—. ¿Nos tomamos el postre?

Jaime se levantó y se acomodó en su silla. Los dos comenzaron a comer.

—Este verano te prometo que nos haremos un buen viaje fuera de España. ¿Tailandia? ¿Japón? ¿Qué te gusta? Nunca hemos hablado de esto —propuso él.

—Es que no he viajado mucho. No me puedo permitir viajes tan… exóticos.

—Te lo regalo yo.

—Ni hablar. No, no, no. Ahorro y me lo pago yo.

No consentiría que Jaime corriera con ese gasto, no pretendía aprovecharse de él y darle así la razón a Fernando. Y menos tras lo que había sucedido con Enrique. Por primera vez en su vida, se sentía sucia. Lo estaba haciendo fatal con él. Y lo peor era que no tenía narices de cortar la relación porque Jaime era maravilloso. Cero taras. El problema era ella.

—Como quieras. No obstante, estoy dispuesto a poner lo que te falte. Me encantaría largarme contigo de aquí unos días. Viajar une.

—O separa —comentó.

—También. —Jaime se quedó escuchando la canción que sonaba en el hilo musical—. Una bachata. ¿Sabes bailarla?

—Eeeh, no. ¿Y tú?

Jaime asintió, se puso en pie y le tendió la mano. Ella dudó: una cosa era dar brincos o seguir una coreografía como *La Macarena*, y otra era bailar en pareja. No sabía.

—Yo te llevo, no te preocupes.

Se le marcaron los hoyuelos con su sonrisa y apareció la cara de niño travieso. No pudo negarse. Esa noche no se negaría a nada. Le había preparado una noche perfecta y ella no lo arruinaría. Por eso se tragó el discurso que había ideado para recordarle el tipo de relación que tenían y aceptó su invitación a bailar. El joven la atrajo hacia él, moviéndose con la música, contando los pasos y marcándole el ritmo en un susurro muy sensual que acariciaba su oído.

Cuando acabó la pieza, Ada se acomodó en el sofá y su chico llevó las dos copas que habían dejado a medias.

—No sabía que bailaras tan bien.

—No he tenido muchas oportunidades de demostrártelo —contestó mientras se sentaba—. No salimos mucho juntos. De bares, quiero decir. Como no me quieres llevar con tus amigos…

—Eso no es así —protestó, aunque tenía razón en parte. Sí había impuesto una barrera entre su grupo de amistades y él, como si de esa forma quedara más claro que lo suyo no iba en serio—. Además, tú tampoco me llevas con los tuyos.

—Te aburrirías. Conociendo a Víctor y compañía, los míos te parecerían unos sosos.

—Exagerado. —Hizo una pausa—. ¿Dónde aprendiste?

—¿Bachata? Una ex se empeñó en que nos apuntáramos a un curso de bailes latinos. No me llamaba mucho, pero lo que no se haga por amor…

—¿Una ex? ¿Amor? ¿Qué fue de esa chica? —se interesó Ada, curiosa.

Jaime se encogió de hombros. No se fijaba en ella; miraba al frente, nostálgico, y Ada supo que esa mujer lo había herido. Él se pasó la mano por el cabello y se aproximó el vino a los labios. Habló antes de beber:

—Se separaron nuestros caminos.

—¿Todavía la quieres?

—No. —Se giró hacia Ada—. Te mentiría si te dijera que no me pregunto qué habría sido de ella; sin embargo, sé que lo nuestro jamás hubiera funcionado. Es pasado —zanjó—. ¿Y tú? ¿Qué hay de tus ex?

—Buf, yo no tengo de eso. Eres la persona con la que más tiempo he estado.

—Brindo por mí —dijo y alzó la bebida. Ada la chocó y ambos tomaron un sorbo—. Eso es bueno, ¿no?

—Claro. Eso es que me gusta estar contigo. Me das… seguridad.

De alguna retorcida manera, le satisfacía lo que tenía con él. El problema radicaba en que no quería más compromiso.

—¿Seguridad? ¿Así que soy un valor seguro?

—¿Cuántas relaciones serias has tenido?

—Dos.

—¿Ves? Eres un chico estable. Yo soy un maldito desastre.

—No será para tanto.

Jaime la besó. Ella le quitó la copa y dejó las dos sobre la mesita de café. A continuación, se sentó sobre él, colocando las piernas a ambos lados de las suyas y quedando frente a frente. Se deshizo de la camiseta con un movimiento ágil. Él le acarició la espalda y la acercó a él buscando sus labios. Más tarde, la aupó y la llevó en brazos hasta el dormitorio.

Cuando hacían el amor, Jaime siempre tenía cuidado; ponía tanto cariño en todo que las primeras veces Ada se había asustado. Ahora que ya lo conocía mejor, había asumido que ese era su carácter. No le disgustaba.

Sin embargo, era muy distinto a lo que le sucedía con Enrique. Con él… Enrique conseguía incendiarla con un solo roce.

Tomó aire y se concentró en el presente, pensar en otro mientras su pareja entraba en ella sería demasiado turbio. Por fortuna, su mente no la traicionó y en esos minutos fue solo de Jaime.

* * *

Apoyó la cabeza en el hombro de su pareja y acarició su pecho y su abdomen, todavía al descubierto. Le encantaba seguir la línea que bajaba por el esternón hasta el ombligo. Se le marcaba bastante gracias a que tenía los músculos definidos fruto del trabajo duro en el gimnasio. Él le besó el pelo y suspiró al tiempo que la abrazaba.

—Ada —la llamó.

—¿Qué?

—Me gustaría que tú me hicieras un regalo a mí.

Se apoyó en el codo para verle la cara. No adivinaba por dónde iban los tiros, de forma que había despertado su curiosidad.

—¿El qué?

—Quiero ponerle una etiqueta a esto. Sé que no te gusta, que valoras tu libertad por encima de todo. Y lo respeto. Lo he respetado. No te voy a preguntar si en estos diez meses ha habido otros. No deseo saberlo. Sin embargo, necesito que a partir de ahora seamos tú y yo. Que cuando me presentes a alguien digas que soy tu novio, no un amigo cualquiera.

Había dejado de mirarlo a los ojos, avergonzada. Llevaba meses temiendo que esa conversación llegara. Sabía lo que Jaime quería y había estado en la cuerda floja durante todo ese tiempo, haciendo malabares para mantener las apariencias. Pero Nuria tenía razón: su pareja y ella no buscaban lo mismo.

Si hubiera sido Víctor, el sincero y directo Víctor, se hubiera levantado de la cama con un: «Lo siento, pero no». Por desgracia, era ella la que estaba ahí, sintiendo el calor de Jaime, con sus brazos rodeándola, con su sabor impregnando su piel. Estaban bien. En realidad, no había nada malo en él y no quería perder lo que tenían. No quería que acabaran los besos llenos de cariño que le daba, adoraba que le dijera lo bien que le olía el pelo y que la abrazara hasta que se quedaba dormida. No se imaginaba la vida solo con Jaime, pero tampoco sin él. Y, para conservarlo, no tenía más opciones:

—De acuerdo —murmuró, sin ninguna convicción.

—¿Sí?

Ada asintió y Jaime la abrazó todavía más fuerte, tanto que casi la ahogó. Poco después, se quedó dormido.

Ella, por el contrario, pasó la noche en vela. Su plan era reafirmarse en su decisión de que su relación era abierta y había acabado aceptando todo lo contrario. Se concentró en las sombras que se dibujaban en el techo e imaginó, sin éxito, cómo iba a ser su vida tras esa promesa.

VIII. LUNES, 17

VICTOR

Llegó al edificio que albergaba el plató a las once menos cuarto, quince minutos antes de lo previsto. Estaba hecho un manojo de nervios. No había podido dormir apenas y había abierto los ojos sin necesidad de que la alarma sonara. Le había venido bien, pues había tardado más de media hora en elegir el atuendo. No quería vestir ni muy formal ni tampoco de *sport*. Al final, le había pedido opinión a su hermana y se había decidido por unos vaqueros negros y una camiseta verde menta.

Cuando Pujalte le contó por teléfono de qué serie se trataba, se alegró muchísimo, pues era una conocida producción que se emitía cada sobremesa y de allí habían salido grandes actores. Si conseguía meter la cabeza, quizás le fuera bien. Y, por esa esperanza, estaba tan alterado.

Nada más cruzar la puerta, el de seguridad lo detuvo.

—Disculpe, ¿dónde va?

—He quedado con Luis Pujalte. Es mi primer día. Soy Víctor Martínez.

—Espere un momento.

El segurata fue tras una mesa que estaba colocada un poco más lejos, cerca de una puerta que casi seguro que daría acceso al plató, y descolgó el teléfono. Víctor supuso que estarían avisando a Luis.

Esperó cerca de diez minutos, resignado, acumulando nervios en su estómago. No se atrevió a sacar el móvil por no parecer maleducado, de manera que mantuvo los brazos a lo largo de su cuerpo, sin cruzarlos ni introducir las manos en los bolsillos (eso daba muy mala imagen, lección número uno de lenguaje corporal).

Al rato, apareció su futuro jefe (¿o ya lo era? Aún no había firmado nada) con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola, Víctor! ¡Qué pronto has llegado!

—Buenos días. —Le tendió la mano y el otro lo saludó con energía—. Estaba ansioso —confesó.

—Ven, pasa, te voy a presentar a tus compañeros.

Dentro bullía la actividad: gente corriendo de un lado para otro, dando órdenes, retocando a los actores que revisaban sus líneas, ajenos al ajetreo que realización y producción llevaban para que todo saliera perfecto. Le encantaba estar entre bambalinas. Era divertido ver cómo se cocía todo, cómo esos papeles llenos de letras cobraban vida. Sin embargo, el otro lado todavía le llamaba más la atención. Luis lo condujo hasta tres chicos algo mayores que él.

—Alberto, Leticia y Claudia —los presentó—. Él es Víctor. Ellos te ayudarán hoy en todo. Yo tengo trabajo. Pásate por el despacho al final del día a firmar el contrato.

Se despidió con una presteza que lo descolocó, no imaginaba que lo iba a abandonar a su suerte tan pronto.

Sus compañeros se interesaron por dónde estudiaba y en qué otras producciones había trabajado. Seguido, lo guiaron por el lugar y le fueron mostrando los entresijos del plató, así como las tareas que tendría que realizar. Se quedó prendado con los decorados, estaban muy bien logrados, y también el atrezo. Tenía entendido que esa serie no tenía mucho presupuesto y tal vez estaba equivocado.

Tras el *tour*, Claudia, que dentro del grupo parecía la que más responsabilidad tenía, le pidió que fuera a por agua: los actores la iban a necesitar.

Víctor se encaminó hacia donde le habían dicho que guardaban la comida y la bebida. Le iba a explotar la cabeza, demasiada

información en tan poco tiempo. Tenía la sensación de que no había retenido ni la mitad. Suspiró, tendría que espabilar.

Abrió la nevera y sacó varios botellines. Cuando estaba llegando al plató, uno se cayó al suelo. Maldijo su torpeza; no obstante, se alegró de que no hubiera nadie cerca para verlo. Se agachó, pero una mano masculina llegó al objeto antes que la suya y se lo tendió. No estaba tan solo como creía.

—Menos mal que no es de cristal —señaló el dueño de la mano.

Víctor dio un respingo al reconocer a Samuel Vela, el protagonista. Era aún más atractivo en persona que en la tele, esos inmensos ojos azules brillaban más al natural. Por sacarle un defecto, podría decir que le pareció menos alto. Con todo, lo superaba por varios centímetros. De todas formas, eso no era tan difícil, él no era precisamente un gigante, estaba un poco por debajo de la media española. Solo un poco.

—Gracias —contestó y tomó la botella.

—¿Eres nuevo? —preguntó el actor y él asintió—. Soy…

—Samuel Vela, ya lo sé —completó. El joven rio y Víctor pensó que tenía una risa preciosa.

—No sabes lo horrible que es no poder presentarte a nadie que trabaje aquí —le explicó mientras se rascaba la cabeza.

—Ni a mucha gente de fuera.

—La verdad es que, una vez que empiezas a ganar fama, no tratas con mucha gente ajena al mundo de la farándula. —Samuel calló un momento—. ¿Y tú? ¿No me vas a decir cómo te llamas?

—Víctor Martínez. Estaré en producción, para lo que necesites.

—Genial, nos veremos por aquí, entonces.

Samuel entró al plató y saludó a un par de cámaras antes de situarse en el centro del decorado. Víctor se percató de que se había comportado como un idiota con él; debería haber dejado que se presentara, tan solo por educación. ¿Cuándo aprendería a morderse la lengua?

Claudia lo alcanzó y lo ayudó con la carga.

—Veo que acabas de conocer a la estrella —comentó con una sonrisa que dejaba ver sus dientes, algo torcidos. Él pensó que ese pequeño defecto le daba personalidad. Aunque no parecía que de

eso anduviera corta: en el poco rato que había estado con ella, esa joven castaña le había demostrado que rebosaba energía.

—Sí. Parece agradable.

—No te fíes. Es bastante creído. Le encanta tontear con las chicas y luego…

No respondió y observó a Samuel con disimulo. Podía permitirse tontear lo que quisiera: era guapo, se notaba que hacía deporte y era famoso, le resultaría fácil hacerlo. En ese instante, sonreía a una compañera, era probable que estuvieran bromeando antes de que el director les pidiera comenzar. Qué pena que al protagonista solo le interesara seducir a mujeres, él gustoso caería en esos brazos.

NURIA

Le daba vueltas al café. Había ido hasta el bar donde trabajaba Pau para desayunar con él y con David, pero este último llegaba tarde, como siempre. Empezaba a molestarle su desidia: una cosa era que comprendiera que estaba pasándolo mal y otra, que aguantara que hiciera lo que le diera la gana constantemente.

Al fin, con media hora de retraso, David aterrizó en el lugar. Cada vez tenía las ojeras más pronunciadas y esta vez ni se había peinado. Con lo coqueto que era, tenía que estar fatal para ir con esas pintas por el centro de Madrid. Por lo menos, no iba en chándal.

—Pau, anda, ponme un café solo. Bien cargado.

Se dejó caer frente a ella y sonrió, como si así se arreglara todo. Y, bueno, casi. La sonrisa de David alegraba el alma, era hermosa. Como todo él.

Nuria pensó que era un perfecto envoltorio para algo que se estaba pudriendo poco a poco.

—Llegas tarde.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Mala noche? —indagó.

—No he dormido bien.

Pau le llevó la taza humeante y se sentó a su lado.

—Es mi descanso. Puedo estar con vosotros quince minutos y no más, el jefe está dentro. Ha elegido justo hoy para venir a dar una vuelta —anunció. Después, se fijó en su amigo—. Vaya careto llevas.

David negó con la cabeza y le dio un sorbo a la bebida, pero quemaba demasiado y la alejó haciendo aspavientos.

—¿Qué hiciste anoche? ¿Te emborrachaste? —le interrogó ella—. Ya sabes qué ocurre si sigues así, fíjate en su madre —lo alertó, señalando con la cabeza a Pau, que la contempló con los ojos desorbitados y una mueca de reproche.

Nuria sabía que no era correcto hablar de su madre en esos términos; aunque, sin duda, Nati era la definición real y gráfica de «estar en la mierda». Y necesitaba que David reaccionara.

—No bebí. Solo que no he dormido —explicó con aparente calma.

—¿Y ya está?

—Joder, que sí.

David dio un golpe en la mesa con el puño y las tazas y cucharillas tintinearon. Algunos de los clientes se giraron entre curiosos y alarmados. Pau hizo un gesto con las palmas de las manos para que se tranquilizara.

—Tío, contrólate.

—Perdón —susurró—. En fin, ¿no habíamos quedado para ayudarte a distribuir papelitos de tu clínica?

Nuria asintió con pena. No sabía cómo sacarlo del hoyo y, además, que sus padres no estuvieran en casa no ayudaba mucho, nadie lo vigilaba. Seguro que la noche anterior se había empapado en alcohol hasta caer rendido y por eso se había levantado así.

—Ada me ha ayudado a diseñar estas tarjetas. Se ha quedado unas pocas para la revista y para el estudio de su padre, pero no creo que allí tengan mucho éxito. ¿Podría dejar unas pocas aquí, Pau? En este sitio entran muchas personas. También llevaré al Ultrasonidos.

—Dame para el bar de debajo de mi casa —ofreció David.

—Y para los comercios de mi zona —aportó el camarero—. Seguro que alguno pica. Ya verás como todo va bien. Pronto tendrás a locos por tu casa —dijo, recordándole las palabras de Ada. Nuria

negó con la cabeza, aunque con una sonrisa divertida en los labios. Estaba claro que seguirían con la broma un tiempecito—. Chicos, me voy a mi puesto, que los cafés no se sirven solos —les anunció.

Ella lo siguió con la mirada hasta que notó la mano de David sobre la suya. Le sorprendió lo agradable que le resultaba ese contacto.

—Nuria, sé que te preocupas por mí. Y tienes razón. No estoy nada bien. —El abogado cogió aire—: Ver a Ada con Enrique el viernes fue un mazazo.

—Debería habértelo contado.

—Es igual. Es que… Sentí que Jaime era buena persona, ¿sabes? Me dio buen rollo y me dije: «Si no está conmigo, con él está bien». Yo ya saldré adelante. Y Enrique…

—Un cabrón.

—No me pareció un cabrón.

—Está casado y tiene una hija. ¿Ya te lo parece? —soltó ella con retintín.

—No conocemos sus circunstancias —la apaciguó. Ella lo contempló sorprendida, como si para destrozar tu propia familia pudiera haber una buena razón—. Es que le va a hacer daño.

—No creas, pronto se olvidarán uno del otro.

—No sé. ¿Y si no es cosa de un par de polvos? ¿Y si termina por haber algo más? —Se quedó pensativo—. Ojalá tengas razón —terminó por decir y se volvió hacia la calle, melancólico.

A Nuria se le encogió el corazón.

—Venga, te acompaño a casa.

—¿Y si subes y te quedas un rato?

No pudo negarse, había desesperación en las palabras de su amigo.

Pasó con él el resto de la mañana viendo series de televisión y comiendo patatas fritas, procurando hacerle reír. Y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió útil.

IX. VIERNES, 21

GORKA

—No me estás escuchando.

La voz de Blanca sonó lejos. Como si él estuviera en una pompa de jabón y ella fuera. En ese instante, fue consciente de que su amiga estaba hablando. ¡Plof!, pompa explotada.

Esa tarde era la prueba con el grupo y solo podía pensar en eso, lo que suponía un problema, pues habían quedado en el comedor de la residencia para organizar un trabajo que iban a presentar en conjunto y estaba quedando como un irresponsable. Nunca había trabajado con Blanca, siempre se agrupaba con Ismail, pero en esta ocasión su amigo había preferido a Karen.

No habían vuelto a estar juntos y a solas desde aquella vez en la fiesta de la residencia y tampoco habían hablado del tema. Gorka no quería abordarlo, le acobardaba que ella quisiera algo serio y también tenía miedo de que se alejara de él. Era contradictorio, y era lo que sentía. En ese momento, Blanca, con su melena rubia recogida en un moño y los ojos entornados, lo observaba con el enfado asomando en sus ojos.

—Lo siento, tienes razón —admitió—. Estoy desconcentrado. Esta tarde tengo una prueba para un grupo de música.

La cara de su amiga cambió por completo: ya no estaba enojada, estaba entusiasmada; y él no pudo evitar sonreír, aliviado. No quería

discutir.

—¡Es genial! ¿A qué hora? ¿Dónde?

—Tengo que ir a su local de ensayo, iré sobre las seis.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—No sé. Me daba vergüenza —reconoció.

—¿Vergüenza?

—¿Y si no me cogen? Voy a quedar como un inepto y no quiero quedar así ante… ti.

Enseguida se arrepintió de haber dicho eso. Ahora Blanca sabía que le importaba lo que pensaba sobre él.

La chica se mordió el labio inferior y se levantó para sentarse en la silla que estaba al lado de Gorka.

—A mí no me tienes que demostrar nada. Me encanta cómo tocas.

Tenía a Blanca muy cerca y deseó besarla. Se contuvo. Se retiró un poco y tomó aire. Ella miró hacia el suelo, quizás decepcionada. No lo supo porque la joven no dijo nada.

—Bueno, vamos a preparar el maldito trabajo este —murmuró él.

—¿Y si te acompaño? —se ofreció.

—¿Dónde?

—A la prueba. Puedo ser tu talismán.

—No, no. Mejor que no —zanjó. Quería que estuviera al margen del grupo. Si lo mezclaba todo, se agobiaría. Leyó el disgusto en la faz de Blanca y trató de rectificar, de edulcorar la verdad—. Me pondré más nervioso si estás. ¿Por qué no quedamos después? Yo creo que a las siete y media podré estar en el Ultrasonidos. Nos tomamos algo y celebramos; o no celebramos, lo que sea.

—Eso estaría bien.

—Se lo puedo decir a Ismail y a Karen.

—¿Y si vamos los dos solos? —propuso ella.

De nuevo la contradicción se apoderaba de él. Se moría de ganas por estar a solas con ella y, a la vez, si quería mantener sus sentimientos a raya, lo mejor era negarse. En esa ocasión, dejó que el corazón ganara la batalla, de forma que aceptó.

ADA

Llamó al despacho de Jaime, debía marcharse a hacer fotos a un actor que iba a entrevistar Enrique. Antes, necesitaba ver el rostro de su novio (joder, ahora era eso: su novio). Cumpliría su promesa de serle fiel o lo dejaría. Si no, estaría cayendo muy bajo. No era una mentirosa.

Mierda, sí lo era.

—Adelante —dijo su jefe. Entró y cerró tras de sí. Jaime levantó la vista—. ¿Ocurre algo?

—No, no. Es que me voy y quería despedirme.

—Ah. ¿Estás bien? Quiero decir: todos los días, o casi todos, sales a cubrir piezas y no entras a decirme adiós.

—Ya. Hoy sí.

El motivo era tan simple como que era la primera vez que le tocaba trabajar con Enrique, la tentación máxima, desde que se había comprometido a una relación exclusiva con él. Pero eso no podía decírselo.

—Vale —susurró él. Evidentemente, estaba desconcertado.

Ada avanzó hasta colocarse a su lado. Él se levantó para estar a su altura.

—¿Puedo darte un beso? —preguntó ella.

—No sé si es muy adecuado, es nuestro lugar de trabajo.

Dio un paso atrás, decepcionada, no esperaba que le contestara eso. Había dado por hecho que, aunque estuvieran en la redacción, con la puerta cerrada podría darle un casto beso, nadie los vería. Cuando se estaba girando para salir, él la frenó agarrándola del brazo.

—Serás pava. Claro que puedes, era una broma. —La atrajo hacia sí y juntó sus labios con los de ella. Cuando se separaron, habló con su boca muy cerca de la suya—: ¿Ves? No pasa nada.

—Me voy ya. ¿Quieres que te llame cuando acabe?

—Sí, por supuesto. Podemos cenar juntos. Conozco un sitio que te va a encantar.

—Yo había pensado que te podrías venir con mis amigos. Como dices que nunca te llevo. Así, si suena una bachata, me puedes enseñar algún paso.

—Perfecto —accedió y sonrió.

Ada se acercó a la puerta y, antes de abrir, volvió a mirarlo. Jaime era estupendo, no necesitaba nada más.

¿Por qué estaba, entonces, tan aterrorizada?

GORKA

Analizó el local de ensayo. No era muy grande, sin embargo, para los cuatro era suficiente. Seguido, y con la guitarra colgada al hombro todavía, se fijó en los que esperaba que pronto fueran sus compañeros. Le había abierto la pesada puerta de entrada un chico moreno, un poco más alto que él, que se había presentado como Lewis. Luego estaba la prima de Víctor, que, tal y como se adivinaba en su foto de perfil de WhatsApp, no era muy alta y sí, muy menuda. Sus múltiples tatuajes y su melena teñida de un rubio casi blanco, con el pelo rapado a los lados y por la parte del centro largo y cardado, le recordaron al estilo de Pink. El otro chico, Damián, no se había levantado de la banqueta, escudado tras la batería. Sus ojos verdes claro le dedicaron una mirada perturbadora.

La chica se acercó y lo saludó con dos besos.

—Víctor dice que eres bueno, espero no tener que echarle la bronca.

—Yo también lo espero. —Esa respuesta provocó que la joven sonriera, y ese gesto lo calmó.

—¿Te llamabas? —preguntó Damián, con el rostro inexpresivo.

—Gorka.

—¿Eres vasco o algo?

—No, a mis padres les van los nombres originales —contestó él, sin dejarse intimidar por la mala leche que parecía tener el chico.

—Bueno, Gorka, conecta la guitarra a este ampli —le ofreció Lewis—. Si te cogemos, podrás traer el tuyo y dejarlo aquí.

Asintió y comenzó a organizarlo todo, dándose prisa pero con cuidado. No podía equivocarse, eso evidenciaría una falta de preparación. No miró al resto, aunque se sentía observado por esos seis ojos. Lewis y Jess parecían simpáticos. Por el contrario, era obvio que Damián no se lo iba a poner fácil.

—¿De qué conoces a Víctor? —quiso saber Jess al tiempo que Gorka se colocaba el instrumento.

—Es amigo de mi hermana. —Hizo una pausa—. ¿Empiezo?

—Claro, toca algo que te mole —lo animó la cantante.

Probó que la guitarra sonara bien y después tocó *The final countdown* para asegurarse ese solo que podría dejar alucinados a sus jueces. Exigía mucha concentración; no obstante, lo había ensayado cada día esa semana. Varias veces.

Cuando acabó, Lewis aplaudió y silbó, y Jess soltó un grito de aprobación, levantando los brazos.

—Joder, es muy bueno —comentó—. Ahora canta algo, me tendrás que hacer los coros. Algo distinto: pop, por ejemplo.

—Tengo algo mejor.

Interpretó una versión del *Despacito* de Luis Fonsi, más intimista que el *hit* que había hecho bailar a todo el mundo. No le fascinaba la canción; sin embargo, no podía negar que era muy pegadiza.

—Me encanta —murmuró Jess—. ¿Qué opinas, Lewis?

—Está guay.

—¿Damián?

El batería se encogió de hombros y bufó.

—Estará un tiempo a prueba. Eso que ha tocado lo tendrá muy trilladito, habrá de demostrar que vale para todo —avisó.

—Toquemos algo todos juntos —propuso Gorka, mucho más tranquilo. Parecía que estaba dentro—, así veis si puedo encajar con vosotros. Y, de paso, también os escucho. Tengo que saber dónde me meto, ¿no?

Jess sonrió y se abalanzó sobre el micrófono. Le dio la impresión de que era muy impulsiva. Lewis se acercó al bajo con más tranquilidad.

—¿Qué tocamos? —preguntó el bajista.

—*The Look*, de Roxette —sugirió Jess.

La conocía, podía tocarla e improvisar alguna cosilla.

—Muy bien —comentó Damián con tono neutro. Chocó las baquetas para dar la entrada.

Jess cantaba de fábula. Tenía una voz que se podía adaptar a cualquier estilo, pero se inclinaba hacia el *rock*. Además, demostró que sabía llevar un directo, moviéndose constantemente sin fatigarse. Lewis era un bajista discreto y muy bueno, no falló ni una vez. Damián era agresivo, hablando y tocando. Rebosaba energía, una muy negativa.

Cuando acabaron la canción, Jess aplaudió y Gorka también. Lewis se unió. Damián, por su parte, no manifestó nada. Los observó con un rictus de desagrado que casi ponía los pelos de punta. Gorka asumió que sería su gran escollo.

—Ha sonado genial —exclamó ella—. Me da igual lo que digas, Dami, nos lo quedamos. Te quedas —aseguró, volviéndose hacia Gorka—. De hecho, te quedas ya. Vamos a estar aquí un rato tocando, así te vas haciendo a nosotros.

—Bien, me encantaría —dijo.

El entusiasmo de Jess se contagiaba, tanto que olvidó que Blanca lo estaba esperando en el Ultrasonidos.

ADA

Tras la entrevista, Enrique le propuso tomar un tentempié en un bar.

Ada se planteó seriamente negarse, sin embargo, determinó que no podía comportarse como una colegiala. Era fundamental demostrarse a sí misma que dominaba lo que fuera que el periodista le provocaba.

—¿Qué te ha parecido? —Enrique se refería al actor.

—No ha puesto pegas para hacer las fotos, cosa que agradezco mucho —rio ella.

—Espero que lo hayas sacado guapo, tenía pintas de presuntuoso.

—¿«Presuntuoso»?

—Creído.

—¿Desde cuándo usas esa palabra?

—Mi vocabulario es muy extenso —bromeó.

—Oh, usted perdone a esta inculta.

Enrique negó con la cabeza y una sonrisa asomó en su rostro. Ada sintió que se derretía con ese gesto. ¿Por qué le resultaba tan encantador? Sacudió la cabeza para obligarse a centrar su atención en otra cosa y así parar de contemplar embobada a su compañero.

—¿Qué tienes que hacer hoy? —quiso saber él.

Se encogió de hombros. Por alguna extraña razón le costaba admitir que había quedado con Jaime, como si le debiera algo a Enrique, cuando era todo lo contrario.

—Pues…

—Si no tienes planes, podemos hacer algo juntos.

Enrique se inclinó un poco hacia delante, acercándose peligrosamente a ella, y acarició su muslo por encima de la tela de su pantalón.

Ada se giró hacia él, presa del asombro. ¿De veras estaba proponiendo que…? Joder. Y lo peor era que a ella (más bien, a su cuerpo) le apetecía. ¿Qué narices estaba sucediendo?

El periodista debió de percibir su turbación porque retiró la mano.

—Tengo algo que hacer. Sí —reconoció ella—. Enrique, oye… Como dijiste tú, no debemos confundirnos.

—Tienes razón, perdona. Yo solo… —Se pinzó el puente de la nariz, y después, recompuesto, la miró a los ojos—. Podemos dejar las cosas así. Está bien. Estamos bien.

—Jaime y yo hemos hablado de intentar… Bueno, ser solo nosotros dos. Y de verdad pienso que podría funcionar.

—¿Sí? —Enrique pareció mofarse y eso la irritó.

—¿No me crees capaz? —se enfadó.

—Sí te creo capaz. Aunque no con él.

—¿Qué tiene de malo Jaime? Es amable, simpático, guapo. Es más guapo que tú —se defendió.

El aludido alzó las cejas, descolocado, y ella enrojeció al darse cuenta de lo estúpido que era lo que acababa de soltar. Vaya argumento más pueril.

—Tranquila. Tu novio no tiene nada malo. De hecho, tiene muchas cosas buenas. Tiene tantas cosas buenas que, si hubiera una versión en mujer de Jaime, la querría para mí.

—¿Entonces? ¿El problema soy yo? ¿Eso insinúas? —Se cruzó de brazos. ¿Estaba tarada? ¿Qué imagen proyectaba para los demás?

—El problema es que tú no quieres lo mismo que Jaime. Tú, enamorada o no, quieres una relación abierta. Y él no —zanjó, y ella sintió ganas de echarse a llorar—. No tienes que dejarte llevar por lo que te pida, tú…

—No —lo detuvo. No podía escuchar más, le empezaba a doler la cabeza porque, en su fuero interno, sabía que él tenía razón—. Enrique, yo voy a procurar hacer las cosas bien con mi pareja. Y tal vez tú deberías hacerlo con tu mujer.

—No hay nada que hacer con ella —murmuró.

—¿Por qué?

—No importa. —Ada supo que su posición era inamovible, no le iba a explicar nada más—. Me parece muy loable lo que pretendes, ojalá te salga bien. Jaime es un gran chico. Y tú… Tú eres distinta.

—Bien. Me alegro de haber aclarado todo —acertó a decir al tiempo que se preguntaba a qué ser refería con que era «distinta». Iba a pedir que se lo explicara, pero él se le adelantó.

—Sí —dijo y apuró la cerveza—. Te invito yo. Se ha hecho tarde y tu novio te estará esperando.

Pareció que la palabra «novio» le había quemado el paladar. Enrique se levantó y Ada no pudo quejarse, la decisión de abandonar el bar estaba tomada. Acabó la bebida y salió con él a la puerta. Allí se despidieron con toda la normalidad que la conversación anterior les permitió.

* * *

Ada y Jaime entraron en el restaurante cinco minutos más tarde de la hora a la que habían quedado. Ella sonrió al escuchar a Nuria, Víctor, Pau y David discutir sobre qué *pizzas* pedir. Elegir los ingredientes era una ardua deliberación, pese a que ya habían

probado casi todo lo que allí ofertaban. Iban a menudo al Piano, Piano, un italiano que les gustaba a los cinco y no era caro en exceso; cosa que, excepto a David, al que le era indiferente, les venía bien.

Ninguno de sus amigos pudo disimular su asombro al ver que traía acompañante y eso la ruborizó: al final iba a ser verdad que se prodigaba poco con su novio. De hecho, solo quedaba una silla desocupada.

—Ey, hola —saludó Víctor—. Ada, no te esperábamos, tendrás que buscarte una banquetita o comer de pie —se mofó. Ella puso los ojos en blanco y cogió un asiento de una mesa cercana.

—Apretaos más, que no quepo —se quejó, y se hizo un hueco.

—¡Qué bien que hayas venido tú también! —dijo Nuria dirigiéndose a Jaime.

—Gracias —contestó él.

El camarero se acercó, dispuesto a tomarles nota. Parecía que ya llevaban demasiado tiempo allí sin consumir nada.

—¿Te fías de nuestro gusto? —le preguntó Víctor a Jaime, que asintió—. No deberías, a este loco le mola la piña en la *pizza*, ¡puaj! —comentó y señaló a Pau. Todos rieron.

—Queremos una carbonara, una cuatro quesos, una romana, una barbacoa y… —Nuria dudó un momento—. ¿La hawaiana?

—¡Coge esta de queso, está riquísima! —propuso Ada, y le marcó con el dedo una en la carta.

—Pues esa y la hawaiana. A mí también me gusta la piña. ¿Y de beber?

—Lambrusco —afirmó David—. Saca dos botellas.

El camarero se marchó y los dejó solos. Se quedaron en silencio. Ada empezó a arrepentirse de haber llevado a su pareja, sus amigos estaban incómodos. Supuso que era por lo sucedido con Enrique. Y lo entendía, los había puesto en una posición complicada.

—¿Qué tal tu padre? —preguntó Pau, rompiendo el hielo.

—Bien. Mucho mejor. Ya está en casa y mi madre lo cuida como a un rey.

—Tu madre siempre lo cuida así —apuntó Ada.

—Ahora todavía más, créeme.

—Fue un sustazo —comentó Nuria.

—La verdad es que sí. —El chico calló. Ada le acarició la nuca para consolarlo. Sabía que a Jaime no le gustaba recordar lo sucedido, lo ponía triste. Él terminó por esbozar su encantadora sonrisa y miró al resto—. Dejemos el tema. ¿Qué tal la clínica, Nuria? Ada me ha puesto al corriente de tus planes de emprendimiento.

—¿Se lo has contado? —se extrañó. Ella asintió con timidez, no había caído en que eso pudiera molestar a su amiga—. Estoy dejando tarjetas, por ahora no he recibido llamadas.

—Los inicios siempre son duros —comentó Jaime.

—¿Y tú, David? ¿Encuentras trabajo? —indagó Ada. Su amigo no había abierto la boca excepto para pedir vino.

—No. Aún no.

David se cruzó de brazos, poniéndose a la defensiva. Ella decidió callar, harta de que siempre terminaran enfadados. No entendía por qué estaba tan crispado, por qué no podían mantener una conversación sin discutir.

—¿Pero buscas? —se interesó Víctor, exteriorizando la misma pregunta que se hacía ella.

—Claro que busco, ¿por qué no iba a buscar? —se quejó él, ofendido.

—No sé... Me extraña que, con las referencias que traes de París, no te contrate nadie —insistió el rubio.

—¿De qué buscas trabajo? —quiso saber Jaime.

—Soy abogado.

—Si me entero de algo te lo paso. Mi padre tiene contactos en…

—Mi padre también tiene contactos. No quiero enchufes —zanjó, muy serio.

Jaime asintió y Ada suspiró. David había sido un borde.

El camarero los salvó del tenso silencio que se había creado trayendo las primeras *pizzas* y las botellas de lambrusco. La bebida y la comida hicieron que olvidaran el pequeño encontronazo y comenzaran a reír entre mordisco, trago y mordisco.

ENRIQUE

Llegó alterado al edificio donde residía. La conversación con Ada lo había cabreado.

Lo que le ocurría con esa chica era nuevo por completo. Le dolía que hubiera cortado de una manera tan abrupta lo que había entre ellos. Y todo por Jaime. Cómo no. La familia Guillén, siempre dispuesta a fastidiarle la vida. Resopló y, seguido, no pudo evitar sonreír al acordarse de Ada intentando justificar que Jaime se merecía su fidelidad ya que era más guapo que él. Si algo le había enseñado la vida era que la belleza facilitaba el acceso a todo, pero no el conservarlo. Si no, que se lo dijeran a Paola.

Abrió la puerta y allí estaba ella, su esposa, con el delantal puesto, sudorosa y con el pelo negro y espeso recogido en una coleta. A pesar de no estar arreglada, seguía siendo atractiva. Paola era una mujer escandalosamente bella y voluptuosa. De melena salvaje, ojos almendrados, marrones y brillantes, labios gruesos y casi siempre entreabiertos como esperando un beso, de piel bronceada, con pecas repartidas por su anatomía, y generosa de senos y caderas.

Cualquier hombre hubiera pagado por ocupar la posición de Enrique. Y él se dedicaba a repudiar ese lugar como marido de la mujer perfecta. ¿El motivo? Era complicado. Las cosas entre ellos se habían roto tiempo atrás, si acaso alguna vez habían marchado bien, porque lo que empieza con una mentira… Paola se había resignado a esa tensa convivencia, y él tenía que tragar si quería conservar lo único que le importaba en esa casa: su hija.

Estrella corrió hasta él y se lanzó a sus brazos. La pequeña tenía seis años. Enrique la aupó para darle un beso en la frente. Le dio vueltas para fingir que volaba y ella rio, contenta. Fue hasta la cocina, donde se había metido su mujer sin ni siquiera saludar. Ya ni delante de la niña guardaban las formas.

—Hoy regresas pronto —comentó ella, con el ceño fruncido.

—He venido en cuanto he acabado.

—¿En viernes? ¿O es que te vas a volver a ir como hiciste la semana pasada? —le soltó. Se refería al día del cumpleaños de Ada.

—Me quedo —murmuró, y dejó a Estrella en el suelo—. Cariño, vamos a poner la mesa, mamá ya casi tiene lista la cena.

Comieron casi en silencio, la única que hacía comentarios era Estrella, todavía muy joven para advertir el malestar de sus padres. No obstante, algo comenzaba a intuir, por desgracia. Enrique hubiera preferido que siguiera ajena a lo que ocurría.

—Papi, en el cole me han preguntado que cuál es tu *pofesión*.

—Profesión —corrigió.

—Profesión. Y he dicho que eres un periodista muy importante.

—¿Muy importante? —rio, sorprendido.

—Sí. Eso dice mamá. Que por eso muchas noches vienes tarde, porque te necesitan en la revista.

Observó con lástima a Paola, que no levantó la vista del plato. Apenas había comido. Enrique soltó un poco de aire. ¿Qué podía contestar a eso? Nunca se había planteado las historias que ella tendría que inventar para contestar a las inevitables preguntas de la niña.

Por mucho que ya hiciera tiempo que había renunciado a ser un marido ejemplar, se sintió mal.

—Sí, eso es. Es lo que dice mamá —musitó.

—¿Hoy no tienes trabajo?

—No.

Tras terminar la cena y recoger los platos, jugó con su hija un rato y la acostó. Le leyó un cuento y regresó a la cocina. Paola fregaba la vajilla con la mirada perdida.

Él se frotó los ojos. En días como este, deseaba tener un matrimonio normal. Alguien con quien hablar, con quien conectar a nivel mental y físico.

—Oye, Paola. —Se acercó y le retiró el pelo que le caía por el pecho, colocándoselo tras la espalda. Ella se envaró y eso hizo que él cesara el contacto—. Siento que tengas que inventar…

—¿De qué vas, Enrique? —le increpó—. No vengas fingiendo que te importa. No puedes salir por ahí de caza, follarte a cualquiera, y luego venir aquí y simular que te duele que nuestra hija crezca con ese modelo de padre ausente.

—No digas eso. Siempre estoy para Estrella, y lo sabes.

—Siempre, no. Solo cuando te apetece tener la polla dentro de los pantalones.

Enrique abrió la boca y, después la cerró. Se había quedado sin palabras. Pero ella no tenía razón. No era mal padre. Y, si alguna vez hacía las cosas mal, era para huir de su mujer, no para evitar sus responsabilidades.

—No seas injusta —le reprochó—: Tú no me lo pones fácil.

—¿Qué no te lo pongo fácil? —se ofendió. Cerró el grifo y se giró, con los ojos incendiados por la rabia—. Te lo pondré muy fácil ahora: empecemos desde cero, seamos una pareja normal. Deja de buscar amantes. Yo estoy aquí, y eso es suficiente.

Su esposa se acercó a él y apoyó la mano en su pecho, en su corazón. Enrique respiró una, dos veces; tres. Era tentador. Olvidar lo que sucedió, centrarse en su hija. Y en Paola. Joder, su mujer era preciosa. Sin embargo…, no podía. No podía dejar atrás el engaño, el dolor que había sentido. Le había destrozado la vida. Y, lo peor, no estaba enamorado, no le interesaba lo más mínimo construir nada con ella. Dio un paso atrás, aterrorizado.

—No. Lo nuestro está muerto.

—Entonces, ¿qué quieres?

Otra pregunta sin respuesta. Negó con la cabeza y abandonó la cocina, cabreado consigo mismo. En el salón encendió su móvil (lo había apagado para la entrevista), abrió WhatsApp y buscó con cierta ansia la conversación con Ada. De repente, su cerebro se vació. ¿Qué iba a decirle? Estaría con Jaime pasando un buen rato. Un mensaje suyo le arruinaría la noche.

No debía hacerle eso, no era justo cargarla con sus problemas, por mucho que ella lo estuviera poniendo en un aprieto a él al hacerle sentir algo indeterminado que le asustaba y le gustaba al mismo tiempo.

Dejó el móvil sobre la mesa. Juró en voz baja y se encaminó al dormitorio para cambiarse. Notó que su esposa lo perseguía por el pasillo.

—Por cierto, te ha llamado Fernando, dice que tienes el móvil apagado. Devuélvele la llamada —le anunció—. Y hoy duermes en el sofá.

Asintió. Lo mandaba al sofá unos cuatro días a la semana, ya tenía el cuerpo hecho a ese pequeño sufrimiento. Compartir cama

(nada más) era un privilegio, y Paola le había prohibido comprar un colchón para el cuarto que les sobraba. Conociéndola, si la desafiaba y lo hacía, ella lo quemaría.

Llamó por teléfono a Fernando, el otro responsable de la cárcel en la que se había convertido su vida. Quería lo de siempre y como siempre.

Esa noche, Enrique no durmió.

VÍCTOR

Le divertía observar a Jaime intentando enseñar a Ada a bailar, aunque ella estaba más interesada en reírse y tontear que en aprender un mísero paso. Era curioso ver a su amiga intentar contentar a su novio, aunque él sabía que no lo lograría: Jaime no era para Ada.

—Yo no podría —dijo Nuria—. Ahora parecen la pareja del año, siendo que hace una semana se acostó con Enrique.

—Nuria, déjalo ya —le recomendó Víctor—. Cada persona es un mundo. Y Ada tiene un mundo algo distinto al tuyo.

—¿No os da pena? —insistió ella.

—¿Jaime? —preguntó Pau—. Apenas lo conocemos. Parece buen chico, pero…

—Lo que te sucede es que te pone el novio de Ada —sentenció Víctor, y la psicóloga lo fulminó con los ojos. Vaya, parecía que no andaba muy desencaminado, y eso que lo había tirado por picarla, no porque lo pensara.

—No.

—No pasa nada, es entendible. Es muy atractivo, y entrañable. No sé, de los que no ha roto un plato en su vida —continuó, tirando del hilo.

—Esos son los peores —comentó David con una sonrisilla pícara.

—Tú qué sabrás, si los usas una noche y se acabó —le espetó. Y eso sí lo pensaba.

—¿Algún problema? —le preguntó el abogado, a punto de cabrearse. Él negó con la cabeza.

—Oye, Pau, llévate a esta a bailar un rato, que para mí que tiene envidieta de los tortolitos —le sugirió. Quería quedarse a solas con David.

Pau accedió a regañadientes. Cogió a Nuria del brazo y la acompañó al lado de Jaime y Ada para pedirle al chico que también les enseñara a ellos.

—David —empezó Víctor.

—Dime —respondió con tono aburrido.

—Antes, en la pizzería, he visto que… —Dudó antes de seguir—. He visto que usabas *esa* aplicación.

—¿Qué aplicación? —Se hacía el tonto, justo lo que Víctor había imaginado que haría.

—La que te dice cuántos tíos tienes en los alrededores dispuestos a follar —soltó mientras lo miraba fijamente, escrutando su reacción.

El abogado puso los ojos en blanco.

—¿Tú qué eres, Nuria versión 2.0? Ya tengo bastante con Mamá Gallina, gracias.

—Que no, escucha… Solo quiero que tengas cuidado. No soy tonto, algo te ocurre. Y me parece bien que lo superes como a ti te parezca. Si es así, pues así; simplemente, sé cuidadoso, corre mucha mierda por ahí —le aconsejó muy serio. David lo contempló sin comprender—. Hostia, tío: ¿Has oído hablar del VIH?

—Obvio.

—Pues eso.

—Tranquilo. Sé lo que tengo que hacer —contestó. Víctor levantó una ceja, no estaba para nada seguro de que David valorara los riesgos—. ¿Quieres que te enseñe el preservativo que llevo en la cartera?

—No. No quiero hacerte sentir incómodo. Es que…

—Ya está. Lo pillo. —David rodeó su hombro con el brazo, lo atrajo hacia sí para besarle los rizos rubios, y sonrió—. Y esto es lo máximo que vas a conseguir de mí hoy, guapo —bromeó.

—Que te jodan —rio, y se apartó de él con un empujón cariñoso. Era incorregible. Y lo adoraba.

DAVID

Se reprendió por haber mirado la aplicación en el bar. Se la había descargado unas semanas atrás con la intención de «conocer gente». No era la panacea y no lo iba a curar de su desconsuelo; sin embargo, necesitaba sentirse deseado y no podía salir de fiesta cada día, debía evitar el alcohol. Tener el caso de Nati tan cerca era un buen cortafuegos.

Agradecía la preocupación de Víctor; no obstante, conocía los riesgos que conllevaba acostarse con desconocidos, y por el momento estaba dispuesto a correrlos. Era lo único que lo salvaba de caer en ese pozo sin fondo al que se asomaba diario. Un traspiés y…

Nuria y Pau se acercaron de nuevo a ellos, ella con cara de satisfacción y él, harto.

—Oye, David, he estado pensando una cosa. Creo que a todos nos vendrá bien. Sobre todo, a ti —comenzó la psicóloga.

—Sorpréndeme —contestó con muy poco entusiasmo.

En los últimos días solo recibía reprimendas de sus amigos, así que se preparó para la siguiente. Puso su mejor cara de póker y aguardó.

—El finde que viene, ¿por qué no nos vamos a tu casa de la playa? Los cinco, como en los viejos tiempos. Aún hará calor, podemos…

—Eso estaría genial —la interrumpió Víctor— ¿eh, Pau?

—Yo curro el sábado por la mañana, pero el domingo, no. Me aseguraré de que mi hermano se queda en casa de su mejor amigo ese día.

Ada y Jaime se unieron al grupo, paseando esa extraña complicidad que había nacido en ellos. David quiso vomitar, aunque no sabía si era por el vino, las copas, o el amor que la que debería ser su chica le profesaba a ese joven tan adorable. La fotógrafa pidió un par de bebidas y se giró hacia los demás:

—¿De qué habláis?

Los cuatro se miraron, y David supo que todos se hacían la misma pregunta: ¿Debían proponérselo ahí, delante de Jaime? ¿Y si se acoplaba? Víctor, por seguir con la tónica habitual, fue el que habló:

—David nos invita a pasar el finde que viene en su casa en la playa.

Él soltó una carcajada. ¿Que les había invitado? ¡Si se habían autoinvitado ellos! En fin, eran los mejores amigos que podía desear, aunque a veces tenían una cara muy dura…

—¿Sí? Estaría muy bien. ¿Te vienes, Jaime? —ofreció Ada.

Mira, pues ya no hacía falta que se acoplara, tenía invitación. Increíble. ¿Se creían que su casa era un hotel?

—No sé. —El chico vaciló—. Igual preferís estar solos los cinco, en plan pandilla, ¿no?

—No digas tontadas, estamos hartos de ir los cinco solitos a todas partes, ¿no? —continuó la fotógrafa.

—Claro, vente —le animó David.

¿Qué más daba añadir otra dificultad al tema? No se creía capaz de convivir cuarenta y ocho horas con sus amigos, menos aún con el novio de la chica a la que quería, así que decidió realizar un acto kamikaze. Tendría que esforzarse mucho por parecer una persona normal que no se compadecía de sí mismo cada treinta segundos ni buscaba tíos para follar cada vez que la vida le pesaba demasiado. Buen reto.

—¿Ves? —dijo Ada satisfecha.

—No quiero que te sientas obligado, David —insistió Jaime.

—No, hombre, no. Los amigos de Ada son mis amigos —expresó, aunque en realidad pensaba: «¿Obligado? ¿Por qué? ¿Porque no ha sido idea mía sino de Nuria? ¿Porque probablemente voy a escuchar cómo te tiras a la tía que me gusta en la habitación de al lado mientras yo no pego ojo? No, no me siento obligado, es maravilloso».

—No es mi amigo, es mi novio —puntualizó ella, asestándole el golpe de gracia a su resquebrajada autoestima.

Nuria tosió.

David se limitó a acabarse su cubata de un trago.

—Tu novio, claro. Tu novio —repitió.

Sonó su móvil, alguien interesado en él estaba cerca. Con disimulo, miró la foto de perfil: no estaba mal, suficiente para olvidar esa horrible situación en la que se encontraba.

Se separó del grupo, excusándose en que había quedado con alguien. Por la mirada que le lanzó Víctor, supo que había pillado su mentira. No le importó. Por desgracia, muchas cosas le empezaban a dar igual.

X. MIÉRCOLES, 26

GORKA

Le había pedido mil veces disculpas a Blanca por haber olvidado su cita en el Ultrasonidos. Ella las había aceptado, sin embargo, continuaba enfadaba. Lo evitaba. Y a él, por mucho que se repitiera que no había nada entre ellos, le fastidiaba haber perdido la complicidad que tenían. Por eso quería arreglarlo.

El problema estaba en que no era de los que cogían el toro por los cuernos. Más bien era de los que dejaban pasar el tiempo hasta que las cosas se solucionaban solas… o no. Si podía, Gorka siempre evitaba el conflicto. ¿Para qué discutir? Era una pérdida de tiempo y siempre dejaba mal cuerpo.

De modo que allí estaba, en la universidad, sentado con Ismail fuera del aula, preguntándose cuándo Blanca lo perdonaría de verdad mientras esperaban al siguiente profesor.

—¿Qué tal con el grupo? —quiso saber su amigo.

—Todavía no hemos ensayado muchos días, aunque me siento a gusto. Excepto por el batería… Es un tío un poco raro. No sé, no me da buen rollo.

—Ten cuidado, no te clave una baqueta en el ojo —bromeó. Él rio.

—Con la cantante y con el bajo me llevo muy bien. Me están poniendo las cosas muy fáciles.

—Eso está genial.

Gorka agradeció que su amigo se interesara por sus progresos como guitarrista. Pese a que eran muy diferentes, mantenían su amistad desde la infancia y siempre se apoyaban. No obstante, la irrupción de Karen en la vida de Ismail los había distanciado.

Blanca salió del aula y se plantó delante de ellos, alisándose el pelo con los dedos y sin mirarlos a los ojos. Parecía nerviosa, como si hubiera tomado una decisión que no la convencía del todo. Levantó los brazos un poco y los dejó caer, golpeándose los muslos. Los chicos la observaron extrañados.

—Ismail, ¿te importa dejarnos solos?

Obediente, Ismail se levantó. Después se giró hacia él con cara de lástima. Le pareció leer en el movimiento de sus labios la palabra «suerte». Le había contado lo sucedido y su amigo lo animaba, sin mucho éxito, a que hablara con la maña.

Cuando el tercero en discordia se metió en el aula, la chica ocupó su sitio. Al notar el contacto del brazo de Blanca con el suyo, el corazón se le aceleró.

—¿No te molesta? —dijo ella.

—¿El qué?

Esta pregunta no era la que esperaba. Aunque no tenía muy claro qué esperar de esa conversación, solo sabía que todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión.

—Estar así.

Gorka agachó la cabeza como si en el suelo fueran a dibujarse las palabras que buscaba. El rumbo que la situación estaba tomando se escapaba a su comprensión. ¿Se supone que Blanca quería arreglar lo suyo? Pues, hacía escasos minutos, no parecía muy interesada en ello.

—Sí. Pero yo ya te he pedido perdón. Y no quieres ni que nos veamos para hacer el trabajo.

—Es que me sentó fatal. Habíamos quedado los dos, y tú no te presentaste. No sé. Yo pensaba que te gustaba estar conmigo, ¿no? —Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Qué hacemos?

—A ver… —No sabía cómo seguir. ¿«A ver», qué? Menudo cacao llevaba en la cabeza.

—¿Quieres o no quieres estar conmigo?

Él cogió aire. ¿Quería o no quería? No tenía ni idea. De lo que estaba seguro era de que le asustaba que Blanca desapareciera para siempre de su vida. Su corazón encabritado se lo estaba gritando. ¿Qué podía decir?

—Quiero estar contigo, aunque no me apetece tener una relación estable ahora mismo. No estoy en ese punto.

Ella se levantó y él sintió un cosquilleo en la parte de piel que antes rozaba la de la zaragozana. Cuando se encontró con sus ojos, supo que la respuesta no había cumplido con sus expectativas, estaba muy cabreada.

Por un momento quiso recular, pedirle que se sentara y volviera a hacerle la misma pregunta, que se esforzaría en complacerla esta vez, aunque fuera mediante una mentira. Sin embargo, no habría segunda oportunidad.

—Bien, vale. Es evidente que yo estaba confundida. Todo aclarado. Ha entrado el profesor, vamos —lo apremió. Él asintió con tristeza, su diosa nórdica le había dado la posibilidad de arreglar las cosas y lo había estropeado todo de nuevo. Se estaba poniendo en pie cuando ella habló por última vez antes de introducirse en clase —: Por cierto, estoy pensando en irme de Erasmus al año que viene.

Casi se cayó de culo. ¿Erasmus? La idea de no verla un año entero le removió todas las vísceras: eso significaría perderla para siempre, no creía en las relaciones a distancia. Pero, un momento: ¿No acababan de acordar que no existía tal relación? Gorka sacudió la cabeza, no se ponía de acuerdo consigo mismo.

ENRIQUE

Anochecía cuando golpeó la puerta del garaje de una casa de un barrio residencial a las afueras de Madrid. Pese a que hubiera encontrado sitio justo enfrente y al riesgo que suponía que lo descubrieran con lo que cargaba en esas dos bolsas que pesaban como muertos, había aparcado lejos de allí. Necesitaba caminar,

sosegar ese corazón que aumentaba su ritmo conforme se acercaba a su destino.

Tardaron unos minutos en abrir. Él sabía que estaban dentro; sin embargo, siempre hacían lo mismo, como si por hacerle esperar demostraran algo. Levantaron la puerta mecánica y pasó agachándose para no golpearse la cabeza. Se acercó a la mesa metálica que estaba en el centro de la mal iluminada estancia y depositó las bolsas sobre ella. No había mucho más mobiliario allí. Un par de sillas y estanterías. El resto solo eran trastos y más trastos.

—Buenas noches, Enrique —saludó el que estaba al mando mientras mordisqueaba un palillo con una maestría que solo daban los años de manejo en esa noble arte que a él le daba tanto asco.

Tan solo era el jefe de los subordinados. El jefe de verdad no daba la cara, igual que tampoco lo hacía el suyo.

—Hola, Mario —contestó.

—¿Qué tal está el Fernando? Me han dicho que le dio un arrechucho.

—Está mejor. Ya ves, preparado para volver a la faena. Le transmitiré tu interés.

—Claro que sí. —Esbozó una sonrisa retorcida—. ¡Vosotros! *Inspeccionar* que esté todo correcto.

Los otros dos cogieron la mercancía y comprobaron que estuviera en buenas condiciones.

El periodista no se fijó en ellos, prefería mantener las pupilas clavadas en Mario para probarle que su parche de pirata (era tuerto), su nariz torcida, su cabeza rapada y su tórax musculado no le daban miedo; aunque sí se lo daban. Esa gente no era de fiar, y él tenía que tratar con ellos gracias a Fernando. Frente al rictus amenazante de Mario, mantuvo una sonrisa burlona y los brazos cruzados. Lo que estaba haciendo lo había hecho en innumerables ocasiones; esta vez solo era una más, y se había acostumbrado a fingir indiferencia.

—Está todo —confirmó uno.

Enrique no los conocía, esos no eran siempre los mismos. Le podían sonar sus caras, pero no sabía sus nombres.

—Muy bien, traedle el dinero —pidió y se dirigió de nuevo a él—: Y tu familia, ¿qué tal?

Se estremeció, no le hacía ninguna gracia que le nombraran a su familia. De todas formas, era absurdo pensar que no lo habían investigado. Si algo iba mal, las primeras que correrían peligro serían Paola y Estrella. Era lo que sucedía si tratabas con mafias.

Bajó los ojos, rendido ante la evidencia de que lo tenían justo donde querían, pillado y sin escapatoria, tanto ellos como Fernando.

—Están estupendas, gracias.

Le tendieron un paquete con billetes que se metió bajo el jersey, enganchado en la cinturilla del pantalón, y se dispuso a irse.

—Un placer hacer negocios contigo. Dale recuerdos a la Paola.

Deseó propinarle un puñetazo, a ver si le ponía el otro ojo a juego con el del parche, pero tenía todas las de perder. Así que respiró un par de veces para calmarse y se giró. Levantó la mano a modo de despedida, aguardó a que le abrieran la puerta y salió sin mirar atrás.

El aire le acarició el rostro y sintió, por unos segundos, alivio. Al dejar las bolsas no solo se había quitado un peso físico de encima, era mucho más. Y de más se libraría cuando se deshiciera de esos billetes que le quemaban en la piel.

Caminó con celeridad hasta el coche. No le gustaba ir con tanto dinero encima.

Una vez dentro, más seguro, buscó el móvil y llamó a Fernando.

Su jefe no tardó mucho en contestar, esperaba la confirmación de que no había habido problemas.

—Todo bien… A cenar, el viernes… De acuerdo, la niña no irá, la dejaremos con los padres de Paola… Allí estaremos. Hasta luego, Fernando.

Colgó y se recostó en el asiento. Sudaba. Cuando sintió que su respiración se ralentizaba, sacó el dinero y lo metió en la guantera, la cerró con rabia y golpeó el volante. Estaba harto de ser la marioneta de todo el mundo. Quería sentirse libre de una vez. Arrancó el coche, furioso, y tal vez pisó más de la cuenta el acelerador de vuelta a casa.

XI. VIERNES, 28

DAVID

Habían llegado a su casa de la playa en dos coches: el de Nuria y Ada (compartían uno para no afrontar tantos gastos), y el de Jaime, que le había dejado las llaves de la redacción a Enrique para unirse a la escapada. Pau llegaría al día siguiente en autobús; así que, para regresar el domingo, precisaban de los dos vehículos.

La vivienda estaba a las afueras de Alcossebre.

La primera vez que David llevó a sus amigos, de adolescentes, por el camino empezaron a quejarse de que estuviera tan lejos de la playa y de los bares; pero, al quedar frente a ella, enmudecieron. Y no era para menos. Sus padres poseían un impresionante chalet de tres plantas más la bodega y el garaje de abajo, con jardín y una estupenda piscina en la azotea. Si bien David nunca había ocultado su dinero, ese día se dio cuenta de que los demás no habían sido conscientes de la magnitud de su fortuna. De la de sus padres, más bien.

Distribuyó las habitaciones: Víctor dormiría en una doble que compartiría con Pau el sábado, a Nuria le prestó la suya, a Ada y a Jaime los mandó a la de sus padres, y él se quedaría en la buhardilla, en el sofá cama.

Todavía restaba una libre; no obstante, él necesitaba estar solo, aislado de ellos. Estas explicaciones no las dio, y tampoco se las

pidieron.

Dejaron la comida que habían traído en la cocina, que estaba en la planta calle, al igual que el enorme salón y un baño. David se puso a recoger la compra con Víctor y Nuria, mientras Ada le enseñaba a Jaime todas las estancias. Un nudo se apretó en su estómago al escuchar las risas de la pareja. Puta envidia.

Cuando acabaron, guardaron las maletas en los cuartos asignados y se reunieron en el comedor. Eran las siete de la tarde. Para ir a la playa había que coger el coche o caminar casi media hora, cosa que a ninguno le apetecía mucho, por lo que decidieron posponerlo para el día siguiente y darse un chapuzón en la piscina, el agua todavía estaría tibia, le había dado el sol durante horas.

* * *

David fue el primero en acudir a la cocina para hacer la cena, y poco después apareció Jaime. No le apetecía estar a solas con el novio de Ada, aunque lo calló y disimuló. No era mal tipo, de hecho, le caía bien. Hubiera preferido odiarlo, pero no lo conseguía.

—¿Te ayudo? —preguntó Jaime.

—Sí, claro. Ve pelando estas patatas, voy a hacer tortilla.

El chico cogió el cuchillo y los tubérculos y se puso a trabajar, concentrado en hacerlo bien.

—Oye —dijo—, siento lo del otro día, haberte ofrecido un enchufe. Entiendo a la perfección que no los quieras.

Él se giró para observarlo. Sospechó que había bajado pronto para encontrarlo solo y ofrecerle esa disculpa: ¿Era sincera o solo quería llevarse bien con los amigos de Ada para ganar puntos? No parecía una pose. David solía calar rápido a la gente, era parte de su olfato de abogado, así que optó por darle una oportunidad a la conversación:

—No pasa nada. Solo querías echarme una mano.

—Tenías motivos para sentirte insultado —suspiró—. Mi padre siempre quiere que me meta en sus negocios, y yo intento distanciarme, abrirme mi camino. Y, al final…

—Al final estás al frente de su revista —completó. Su interlocutor sonrió con lástima y asintió.

—Le dije que, en cuanto se recuperara, me iría. En la empresa en la que estaba he pedido una excedencia. Sin embargo, me siento atrapado. —David lo escuchaba atento, le interesaba lo que le estaba contando. Se sentía incluso un poco identificado, y eso le daba rabia. Ese tío se tiraba a Ada, no podía caerle bien—. No sé qué hago contándote esto.

—Creo que es porque sabes que te comprendo.

—Eso será... Mira, no quiero que te molestes otra vez, pero si no te doy esto, reviento. Un amigo mío trabaja en un bufete de abogados. Se ha ido un compañero y necesitan a alguien. No les digas que vas de mi parte ni que me conoces, gánate el puesto. —Se sacó una tarjeta del bolsillo y se la tendió. Él la cogió—. Llama si quieres; si no, no lo hagas. Sabiendo que ellos precisan de un abogado y que tú buscas un empleo, me parecería injusto no dártela.

—Está bien. Gracias, supongo.

Joder, le caía bien, era definitivo. El novio de Ada era buena gente, quería echarle una mano y apenas se conocían. Pocas personas actuaban de un modo tan desinteresado. O, al menos, él se había topado con pocas.

—Ahora dejemos nuestras penas de lado —sugirió Jaime.

—Vamos a montar una buena fiesta —dijo y se giró hacia la nevera para sacar una botella de vino blanco y agitarla delante de Jaime, que rio.

ENRIQUE

Adriana rellenó las copas de todos menos la de Fernando que, tras el accidente cardiovascular, no debía beber alcohol. Había cocinado un delicioso asado que ya casi estaban acabando. El empresario tenía mucho mejor aspecto que en el hospital, aunque todavía se le

notaba cansado y débil. Enrique se dio cuenta enseguida, lo conocía bien.

Ir a cenar con su jefe no tenía nada de placentero, no era más que otra parte del acuerdo que tenían. Además, durante esas veladas su mujer y él debían fingir ser una pareja feliz, incluso alguna vez Paola cogía a su marido de la mano y le sonreía. Una mierda, vaya.

—¿Cómo van las cosas por la revista? —preguntó Fernando.

—¿No te cuenta Jaime?

—Ay, Jaime... Desde que he salido del hospital no me quiere, ¿cómo dice?: «Agobiar con temas de trabajo». Viene de visita, está un rato y se marcha con su novia.

«Su novia». Enrique sintió una punzada en el pecho. Supuso que era algo cercano a los celos, aunque lo negaría hasta la muerte.

Era evidente que Fernando no tragaba a Ada, no se fiaba de ella. Quizás ese hombre podía ver lo que su hijo era incapaz: que no estaba enamorada. La clarividencia de su jefe para ciertos aspectos asustaba tanto a Enrique que jamás había osado mentirle.

Hasta sabía que las cosas entre Paola y él marchaban mal. Si disimulaban era por Adriana, una mujer chapada a la antigua, que no vería aceptable un fracaso matrimonial tan estrepitoso como el suyo. Solo esperaba que no intuyera lo de sus dos deslices con la novia de su hijo.

—Va todo bien. Jaime es muy responsable y enseguida se ha adaptado—explicó.

Era verdad. El heredero era inteligente y tenía una visión más innovadora que su padre para la publicación. Tal vez que hubiera hecho el doble grado de Económicas y Periodismo ayudaba, entendía mejor el funcionamiento del medio.

—No lo dudaba. Siempre quise que se ocupara de alguno de mis negocios. La revista me parecía una buena idea. Aunque es lo que menos beneficios me reporta, es lo que más puede llamar su atención si nos fijamos en sus estudios. Dime, ¿lo ves cómodo en la redacción?

¿Cómodo? Hombre, Jaime nunca tenía un mal gesto. Si se refería a eso, parecía estar a gusto. Sin embargo, conocer lo que pensaba

en realidad le era imposible de saber.

Tampoco había procurado acercarse a él demasiado, y el motivo era claro: Ada. Así que se limitó a asentir.

—¡Qué bueno estaba el asado, Adriana! —apreció Paola, haciendo virar la conversación.

La mujer sonrió, agradecida.

Terminaron de cenar sin retomar el tema del trabajo, y después Adriana y Paola recogieron la mesa. Enrique alguna vez había intentado ayudar y Adriana se había ofendido, lo había dejado por imposible.

Los hombres se quedaron solos y Fernando le hizo salir al porche. Aprovechó ese rato de intimidad para entregarle el dinero que le habían dado el miércoles a cambio de la mercancía.

El empresario contó los billetes, sacó un fajo y le devolvió el resto. Enrique lo miró sin entender, ¿eran para él? No quería ese dinero sucio. Negó con la cabeza.

—¿Crees que es para ti? —Emitió una carcajada—. A ti ya te he pagado suficiente por esto que haces, ¿lo has olvidado ya?

—No. Tampoco tú me dejas —ironizó. Fernando era un puto maltratador, y él era su víctima.

—De eso se trata, de que no lo olvides. Guárdalo. Mañana te enviaré una dirección. Debes llevarlo allí.

—Esto es nuevo.

—Digamos que hay bocas que necesitan ser calladas. Con esto las taparé.

—¿No lo vas a invertir en la compra de más mercancía?

—Puedo obtener el dinero de la revista, lo he hecho otras veces. La gestoría es… flexible con el manejo del capital de la publicación.

—¿Y Jaime no lo notará?

Fernando se encogió de hombros.

—Tú ocúpate de esto. Ya recibirás más órdenes cuando sea preciso.

Escondió de nuevo el dinero y resopló. Tenía que hacer esos trabajillos una vez al mes, como mucho dos, pero eran unos días horribles, cargados de tensión. Después conseguía olvidar todo y vivir más o menos tranquilo. En muchas ocasiones se preguntaba

cómo sería su vida si no le debiera nada a Fernando. ¿Estaría casado con Paola? ¿Sería capaz de ser feliz? ¿Cuál era el problema: él o sus circunstancias?

Las mujeres se unieron a ellos, y Fernando y Enrique se comportaron como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo común. Ninguna de las dos estaba al tanto de los extraños tejemanejes que se llevaban sus maridos, asumían que se apreciaban y por ese motivo Fernando organizaba esas cenas. Una amistad forjada en la revista, cada vez más afianzada.

Nada más lejos de la realidad.

XII. SÁBADO, 29

DAVID

Apenas había pegado ojo la noche anterior. Y eso que no se había acostado muy tarde, entre todos habían decidido reservar energías para cuando llegara Pau y organizar la verdadera fiesta el sábado.

Sin embargo, él había estado concentrado en los sonidos nocturnos, con un morboso interés por descubrir qué era lo que sucedía en el cuarto de Ada y Jaime. No escuchó nada, lo cual fue un verdadero alivio. No creía que pudiera soportarlo.

Las primeras luces de la mañana lo habían despertado de su ligero sueño y decidió darse un baño solitario en la piscina. Le activaba sentir el agua helada, le hacía sentir vivo. Justo lo que necesitaba, porque se sentía aletargado, decaído.

Al poco rato, Ada apareció. David la observó, sorprendido. No esperaba su compañía.

—Buenos días —saludó ella con una sonrisa—. He oído ruido aquí arriba y me aburría de dar vueltas en la cama con Jaime sopa.

—Despiértalo. Un despertar feliz, ya sabes —insinuó, y al instante se arrepintió: ¿Por qué hablarle de sexo precisamente a ella? ¿Acaso estaba enfermo? ¿Le gustaba sufrir?

Ada negó y se sentó en el borde de la piscina con las piernas cruzadas a lo indio, sin rozar el agua.

—No es muy de mañanas —comentó, y se mordió el labio inferior con picardía. David agradeció estar metido en la piscina, bien fresquito, porque ese gesto elevaba su temperatura corporal varios grados—. ¿Tú?

La miró con los ojos todo lo abiertos que el sol le permitía. ¿Qué le estaba preguntando? ¿Que si él…? La culpa era suya, él se había metido en ese lío. Así que ahora tenía que apechugar y contestar:

—A mí me da igual, siempre me viene bien.

—Uf, ¡qué máquina, listo a todas horas! —se burló y le echó agua con la mano.

—¿Por qué no te metes y me salpicas en serio? —rio, sacudiendo la cabeza para quitarse el leve escozor de ojos que su amiga le había provocado—. ¡Ah, sí! La señorita odia el agua fría.

—Y tú la adoras —observó ella. David tragó saliva. Sabían mucho el uno del otro. Casi todo, excepto lo que él sentía—. ¿Qué pasó en París?, ¿dejaste a alguien importante allí? No sé, ¿algún francesito?

—¿Por qué asumes que dejé a alguien allí? —preguntó, a la defensiva.

Ya estaban otra vez hincando el dedo en la llaga. Solo era preocupación, no cotilleo, pero no lo dejaban en paz ni un segundo.

—Porque a veces estás muy susceptible. Tú no eras así.

—¡Qué va! —protestó.

—Y luego, me confiesas que eres gay y te lías con Lidia. Coño, no lo veo yo muy… No sé. ¿En qué pensabas?

—Solo quería divertirme —se excusó, intentando sonar lo más indiferente posible.

—Ya, pero si no te gustan las tías, no tiene sentido. Además, la llamaste «vieja».

—¿Yo hice eso? —No se acordaba; aunque no le extrañaba, hubiera dicho cualquier cosa por evitar que esa chica lo llevara a la cama y comprobara que no podía acostarse con ella—. Entonces, fui un capullo.

—A eso me refería: ¿Desde cuándo eres tan capullo? —David se encogió de hombros, la respuesta era sencilla: desde que estaba amargado porque se había enamorado de ella. La joven miró a su alrededor, rendida; se había dado cuenta de que él no iba a

contestar—. Me encanta esta casa. Si llevara la cámara, haría una panorámica preciosa de las vistas.

—Podemos venir siempre que quieras —ofreció.

—¿Los dos solos? —Ada clavó los ojos en los suyos y él tragó saliva. Se sintió tan expuesto, tan a su merced, que le dio vértigo.

Justo en ese momento, Víctor apareció por detrás de ella, pidiéndole a David con un gesto que callara: iba a darle un susto. La agarró por los hombros y fingió que la empujaba para tirarla a la piscina.

Ni siquiera rozó el agua más que con las puntas de los dedos de los pies, pero la joven emitió un alarido de terror que provocó que ellos comenzaran a reír. Tanto, que Víctor se tuvo que sentar en el césped artificial porque no se sostenía.

—¡Me cago en tu vida, tío! —le gritó ella, con la cara aún desencajada.

—Perdona, no lo he podido evitar. —Respiró para tratar de serenarse y, cuando lo consiguió, volvió a hablar—: ¿Levantamos a estos y nos bajamos a la playita?

—Planazo —dijo Ada.

David salió de la piscina y cogió una toalla para secarse. Víctor y Ada, mientras tanto, fueron a ejercer su papel de despertadores.

ENRIQUE

Llamó al interfono de un bloque del barrio de Salamanca. Iba a ciegas, no tenía ni idea de lo que se iba a encontrar. Su vida con Fernando era una auténtica aventura. De terror.

Una voz respondió.

—Soy Enrique. Vengo de parte de Fernando.

Abrieron la puerta y caminó hasta el ascensor; un aparato de los antiguos, de los que hacían ruido y subían muy despacio. Una auténtica reliquia. Se apoyó en la pared. Con esa entrega finalizaría los trabajos para su jefe ese mes.

Se había tenido que escaquear de la redacción para ir donde le había indicado y tendría que volver a tiempo para echar el cierre, Jaime había delegado en él. Sin embargo, no podía dejar de hacer lo que su verdadero empleador le ordenaba. Además, su alma de periodista necesitaba resolver el misterio que se encerraba en ese edificio: ¿Para quién era ese dinero? Tenía sus sospechas y quería confirmarlas.

Entregar los beneficios que el empresario había obtenido era un error a largo plazo, Enrique lo sabía; pero Fernando no lo iba a escuchar, jamás repercutiría en él semejante fallo. Si las cosas se ponían feas, la cara visible era la suya. Él recogía los artículos, los entregaba a Mario y sus secuaces, y le devolvía el dinero ganado. Él y solo él.

Llamó a una enorme puerta blanca, anacrónica, igual que todo el edificio. Sonó un timbre apagado, tan viejo como su entorno. Escuchó unos pasos, y por fin una mujer rubia de unos cuarenta años abrió un poco la puerta y lo examinó a través de la rendija. No se fiaba de sus visitas, eso era evidente.

—Buenos días —saludó él.

—Adelante, pasa.

Entró, algo dubitativo. Su plan era darle el dinero y largarse; una vez comprobado que el receptor era una mujer, la suposición de la amante despechada que buscaba sacar tajada del hombre acaudalado se confirmaba.

La señora lo condujo al salón y le hizo un gesto para que se sentara. Él, como poseído por un embrujo que le impedía desobedecer, hizo caso. Toda la decoración parecía sacada de otro siglo: el sofá, los cuadros, los muebles… Lo único que desentonaba era el televisor: en ese ambiente pegaba más uno culón, no una *Smart TV*.

—¿Eres Julia Sandoval?

—¿Quieres un café?

—No, no me quedaré, solo tengo que entregarte…

—El dinero, ya lo sé, aunque puedo ser amable contigo. Todo lo que ya no pienso ser con Fernando.

Él no contestó, esa explicación lo había dejado mudo. La mujer desapareció y, al poco rato, volvió con una bandeja, dos tazas, una cafetera, un azucarero y una lechera. Tenía el café hecho. Al parecer, lo esperaba.

—¿Cómo lo tomas?

—Un cortado, ¿es descafeinado?

—No. ¿Te parece mal?

Si estaba nervioso, como era el caso, era mejor no tomar cafeína, no le sentaría muy bien. Con todo, prefirió no protestar:

—Ningún problema.

—¿Azúcar? —La mujer abrió el azucarero y se lo ofreció. Enrique se echó una cucharada medio llena y lo removió. Después le dio un pequeño trago a la bebida mientras ella se servía la suya—. Así que tú eres el chico de los recados.

—Se podría decir así —murmuró. No le gustaba el título, pero no iba muy desencaminada.

—Pareces encantador. Fernando también lo parecía cuando lo conocí hace años, ahora ya no. Será que ya no soy tan despampanante como entonces. ¿Tú qué opinas?

La miró y evaluó qué quería escuchar su anfitriona. Julia no era fea, para nada. Tal vez algo mayor para él. De todas formas, no se conservaba mal. Tenía los ojos claros, la media melena rubia cortada justo a la altura de la mandíbula y un flequillo recto que le enmarcaba el rostro. Los labios finos, bien pintados de un rojo intenso. Vestía como si siguieran en los años sesenta, pero mantenía una buena figura.

—Eres atractiva —concedió.

—¿Verdad? No creas que me rechaza, tan solo ha perdido un poco el interés. Y si no consigo los favores de una manera, tendré que hacerlo por las malas.

Le resultaba rarísimo que le confiara tantos secretos. Claro que ella tenía poco que perder, estaba soltera (o eso parecía), el adúltero era Fernando. Manchar su imagen contando lo que había entre ellos no iba en contra de su plan de obtener ganancias.

—Toma. —Le tendió el fajo. Ella lo cogió y lo dejó encima de la mesa. Enrique entendió que no le terminaba de convencer lo que

estaba haciendo. Y eso le gustó, quizás pronto se cansara de exprimir a su amante. Sus problemas se reducirían—. ¿Lo quieres?

—¿A Fernando? —Enrique asintió. Ella desvió los ojos—. Hubo un tiempo en que sí; en estos momentos, no estoy tan segura. Lo que sé es que no pienso renunciar a lo único positivo que me queda con él. Me he resignado a no casarme, a no formar una familia… Todo, por estar a su lado. De forma que, ya que tampoco me va a dejar herencia, que me pague ahora. No vaya a ser que me muera sin beneficiarme de esta vida tan vacía que él me ha hecho llevar.

La comprendía. Su jefe no le daba pena. No lo juzgaba por ser infiel, él no podía juzgar eso; sin embargo, había otras facetas de su carácter que lo hacían un ser deleznable. Que lo extorsionaran parecía una buena jugada del karma. No obstante, era un arma de doble filo, pues si el superior de Mario no recibía lo acordado en el futuro, Enrique sufriría su ira.

—El amor es algo más que dinero —comentó por intentar disuadirla de seguir incordiando al empresario.

—Y tú qué sabrás —zanjó ella, y lo miró a los ojos con una expresión gélida que casi dolía.

Enrique tragó saliva como quien come clavos y se terminó el café rápido. Había poco que rascar allí, volvería a intentarlo en otra ocasión.

—Tengo que marcharme, he de volver al trabajo.

—Pronto nos veremos, *recadero*.

No le gustó el tono de superioridad, pero calló, era especialista en saber cuándo no debía discutir.

Julia lo acompañó a la puerta y se la abrió. Antes de que se marchara, le acarició la cara con una uña larguísima, haciendo un ruido suave al contacto con su barba. Él se estremeció. Después se dio la vuelta y se dirigió, todo lo rápido que pudo, a la redacción.

DAVID

Lo estaba pasando bien el fin de semana. Estar con sus amigos le ayudaba a olvidar el hueco que tenía dentro, ese que se ensanchaba sin piedad y amenazaba con convertirlo en un adicto al sexo y al alcohol, un desecho humano. Incluso cada vez estaba más a gusto en compañía del novio de Ada. En cualquier otra situación, podrían haber trabado una gran amistad.

—¿Os acordáis de la primera vez que vinimos? —preguntó Pau, una vez instalado, mientras daban cuenta de la cena—. Aquella noche que Ada se cabreó porque no queríamos bajar a las discotecas de fiesta.

—¡Hostia, sí! —rio Víctor, y se aclaró la garganta para imitar la voz de su amiga—: «¡Joder! Es que nos vamos a la playa a desfasar y no salimos. ¡Nuria! Ponte guapa que nos vamos. Esto nos pasa por venir con un maricón, uno que medio medio, y un monje. ¡Aquí no hay quien ligue!».

Todos rieron recordando ese momento. El enfado no le había durado mucho a la fotógrafa, aunque sí que había arrastrado a Nuria al pueblo, la pobre no se había atrevido a llevarle la contraria.

—¿Te llamé «maricón»? —se extrañó Ada y frunció el ceño.

—Sí. Me dolió —contestó el agraviado, fingiendo estar compungido.

—¿Y no te pedí perdón? —Él negó con la cabeza. La chica se puso en pie y fue hasta su amigo para abrazarlo—. ¡Lo siento! No sé por qué lo dije.

—Porque es maricón —se burló David, y les tiró una servilleta arrugada. Era evidente que a Víctor le importaba poco que Ada lo llamara así. Hubiera sido distinto si la palabra viniera de un desconocido con un tono de insulto. Ahí él mismo repartiría un par de hostias.

—Y tú, también; y, además, gilipollas —continuó el susodicho con la broma, y le devolvió la servilleta.

Ada se soltó de Víctor y regresó al lado de su novio, que le acarició el pelo con cariño.

David se removió en el asiento. Una cosa era que Jaime le cayera bien y otra que no lo envidiara. Quería estar en su sitio, con el permiso de poder tocar a Ada cada vez que lo deseara.

—¿Y ligasteis? Quiero conocer el final de la historia —se interesó Jaime.

—Nuria sí —afirmó la fotógrafa con picardía.

—Por Dios, no lo cuentes —pidió la psicóloga mientras se sonrojaba.

—¿Por qué no? —se giró hacia Jaime y susurró, como si así nadie pudiera oírla—: Esa noche casi pierde la virginidad.

—La dignidad, perdí. —Nuria enterró la cara en sus manos.

—¿Qué pasó? —insistió él, intrigado. Víctor tomó la palabra.

—Se trajo un tío a casa. A todos nos extrañó, Nuria nunca se lleva a nadie la primera noche. Y menos entonces, que aún no había… —Hizo un gesto obsceno con las manos que provocó la risa de David—. Bueno, la cosa es que lo trajo y se lo metió al cuarto. Ya nos ves a los cuatro pegados a la puerta para ver qué se oía. Y…

—¡Le vomitó en la cara! —soltó Ada. Todos rieron; menos Nuria, avergonzada al rememorar aquella bochornosa escena.

—Estaba borracha…

—El pobre salió escandalizado —añadió David—. Le tuve que dejar ropa para cambiarse y se fue casi sin decir adiós. Nunca recuperé las prendas.

La risa se fue extinguiendo poco a poco.

Recogieron la cena y David sacó unas cervezas. Víctor quería algo más fuerte y, directamente, se fue a hurgar en el minibar. No lo detuvo, que cogiera lo que quisiera, sus padres no lo iban a echar de menos. Volvió con una botella de tequila:

—Esta nos la acabamos.

—Me dais envidia —comentó Jaime, recostado en el sofá.

—¿Por? —quiso saber Ada.

—Porque estáis muy unidos, sois como hermanos.

—Qué va. Hermanos, no —se quejó la joven.

—Un poco sí —la contradijo Víctor.

—Para nada —zanjó David. Ver a una hermana como él veía a Ada tenía un nombre: incesto.

—Me refiero a la confianza que tenéis.

—No nos conoces lo suficiente —señaló él, con la mirada fija en el suelo.

No, definitivamente, no era así. David guardaba sus secretos y estaba seguro de que los demás también. Todos tenían monstruos en el armario.

—¿Nos bajamos a la playa? —propuso Víctor, rompiendo el denso silencio—. Y luego a los bares.

—A la playa, no —se negó Ada, seguramente pensando en lo fría que debía de estar el agua.

—No seas sosa, ¿dónde está la Ada que se bañó desnuda ese verano? —la provocó el rubio.

—Murió junto con la dignidad de Nuria, me temo —contestó ella, sarcástica.

Víctor sonrió.

David recordó, nostálgico, cuando esa complicidad que veía entre su amigo y Ada era posesión suya. Eran Ada y él los que se gastaban bromas, los que se entendían sin necesidad de palabras. Luego, el amor había hecho saltar por los aires todo.

A Víctor no le iba a suceder, conservarían siempre esa unión anclada en fiestas del pasado, en recuerdos difusos que los dos atesoraban. Eran los que más se habían atrevido siempre; Pau, Nuria y él siempre habían ido un paso por detrás, arrastrados por las frenéticas ganas de vivir de los otros dos. Y les debían muchas buenas anécdotas, había que reconocerlo.

XIII. DOMINGO, 30

VÍCTOR

Se despertó el primero. Todavía estaba algo mareado cuando bajó a la cocina y se llenó un vaso con agua. Se la bebió despacio, tratando de no maltratar a su estómago. A continuación, se sentó en el sofá a la espera de que alguno de sus compañeros de fiesta amaneciera.

La noche anterior había sido divertida; quizá no tan memorable como otras, aunque tenía que admitir que Jaime aportaba frescura al grupo. Se preguntó cuánto duraría con Ada: ahora parecían los más felices del mundo, y una semana atrás ella se había largado con otro.

Ojalá él encontrara un Jaime y no tantas Adas en su camino.

Cerró los ojos y, en ese momento, escuchó una musiquilla. Se levantó, a la caza de la maldita melodía repetitiva: ¿Quién cojones dejaba el móvil con sonido por la noche? Buscó entre la marea de vasos, platos y botellas que habían quedado de la noche anterior y, por fin, vio el aparato. Era el de Nuria.

Dudó si subírselo al cuarto, podría estar dormida. Se arriesgaría. Escaleras arriba tropezó un par de veces hasta alcanzar la habitación que David había cedido a su amiga. Entró y la despertó; sin embargo, el móvil ya había callado.

—¿Qué quieres? —murmuró ella mientras remoloneaba y se hacía un ovillo en la cama.

—Te estaban llamando. Podría ser importante.

—Qué va.

—Que sí, Nuria. Mira, es un número que no tienes grabado, igual es algún cliente.

Ella se sentó, como si se hubiera despejado de repente.

El chico le tendió el teléfono, ella lo desbloqueó y volvió a marcar.

—Hola, soy Nuria Lledó, tengo una llamada perdida de este número… Sí, sí, tengo hueco, sin problema… Cuénteme un poco lo que le sucede… —Nuria miró a Víctor con los ojos desorbitados y le hizo una señal con el pulgar hacia arriba, indicando que era precisamente lo que él había vaticinado. Él aplaudió sin llegar a chocar las manos para no hacer ruido—. De acuerdo. El martes me va bien, a las diez… Dígame su nombre completo… Perfecto. ¿La tarifa? Pues… —Le hizo un gesto, necesitaba ayuda. Él se encogió de hombros, no tenía ni idea de lo que costaba una sesión con un psicólogo; por fortuna, jamás lo había necesitado. Comenzó a abrir y cerrar los dedos indicando decenas. Una, dos, tres veces—: Treinta euros la hora… Muchas gracias, nos vemos.

Colgó y soltó el aire que le quedaba en los pulmones de golpe. Víctor estaba callado, esperaba la reacción de su amiga, que tardó poco en llegar. Gritó de alegría, se abalanzó sobre él y lo rodeó con los brazos. Le costó mantener el equilibrio. Ese gesto sí que lo descuadró: Nuria no era muy efusiva, tenía que estar en éxtasis para perder así los papeles. Se alegró por ella.

Los ruidos despertaron a Pau, David, Ada y Jaime, que se acercaron al dormitorio, somnolientos, frotándose los ojos, y algo molestos por el escándalo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pau.

—¡Un cliente! —anunció Víctor.

—Mi primer paciente, no cliente —corrigió Nuria.

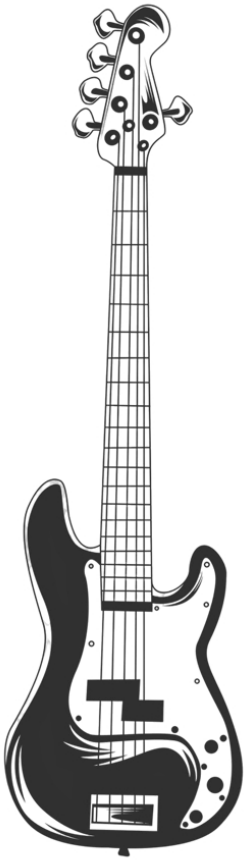
—¡Enhorabuena! —exclamó el camarero.

—Sí, ¡enhorabuena! —repitió Ada y se acercó para achuchar a su amiga.

Pau también fue con ellos y después, David. Jaime se quedó en el umbral y la felicitó desde allí. Era obvio que todavía no se sentía

con la confianza para repartir abrazos. No obstante, Víctor sospechó que a Nuria le hubiera encantado que se hubiera animado a ello.

OCTUBRE, 2018



I. MARTES, 2

NURIA

Su primer paciente era un hombre de unos cuarenta años que padecía una tremenda crisis porque consideraba que no había alcanzado ninguno de sus objetivos vitales.

Nuria escuchó, aconsejó y dio pautas. Todo ello, con un nudo en la garganta, temblando ante la perspectiva de que ese señor fuera un policía disfrazado y viniera a denunciarla por la ilegalidad de su clínica. Algo que no ocurrió.

Cuando acabó el tiempo reglamentario (más diez minutos que le regaló, argumentando que ese día no tenía más citas porque tenía que ir al médico: no podía revelar que era su único paciente), lo acompañó a la salida y se quedó quieta frente a la puerta cerrada. Le palpitaba el corazón en las sienes y en el cuello. Le retumbaba el pecho, le pitaban los oídos. Un ataque de ansiedad de libro. Se plegó sobre sí misma y respiró una y otra vez. Despacio, controlando, como ella había estudiado.

Cuando logró superar la peor parte de ese proceso (lo conocía bien, no era la primera vez que lo atravesaba), se incorporó y se recriminó ser tan débil: era psicóloga, no podía sufrir esas crisis. Pero se había identificado con ese hombre: ella tampoco había logrado ninguno de sus sueños.

Un intenso dolor de estómago le recordó que no había desayunado. Aún temblorosa, fue a la cocina y volcó el contenido de la cafetera en un vaso. Estaba vacía. Pese a que el ritual de hacer café tal vez la hubiera ayudado a relajarse, lo descartó por la urgencia que los ruidos de su tripa le demandaban. Abrió la nevera y buscó algo sano para comer. Fruta. Cogió una manzana y la lavó. Se la comió con mordiscos furiosos, ansiaba calmar a su organismo, que clamaba por ser saciado.

Pero la manzana no fue suficiente, y la ansiedad amenazaba con volverse a adueñar de su cuerpo. Olvidó su dieta y buscó las galletas de Ada. Tomó una detrás de otra hasta acabar con el paquete.

Cuando fue consciente de lo que acababa de hacer, se sintió tan mal que quiso golpearse la cara y arañarse los brazos. No lo hizo. En su lugar, se puso el chándal y salió a correr.

JAIME

Le daba vueltas a las cuentas de la revista de forma obsesiva. Se llevaba los libros de contabilidad a su casa, los examinaba de arriba abajo, y después, desquiciado, acababa apartándolos de él. Al día siguiente los regresaba a la redacción y vuelta a empezar. Por más que repasaba los números de ese año, había entradas y salidas de dinero que no le cuadraban. Algo fallaba. Con razón el gestor se había mostrado reticente a dejárselos cuando los había solicitado, nada más empezar a trabajar en *On*.

Se había marcado como reto mejorar la rentabilidad y la calidad de la revista. De hecho, una de las metas que tenía era abrir una página web. Al final, por mucho que doliera, el papel se estaba quedando obsoleto. Sin embargo, ante las irregularidades que estaba detectando, no se atrevía a hacer ninguna inversión. No, hasta que esclareciera todo.

Era cabezota, si se empeñaba lo averiguaría, pero ¿quería realmente saberlo? A veces era mejor vivir en la ignorancia.

Se recostó en la silla ergonómica de su despacho y cerró los ojos. Lo dejaría por hoy, le iba a explotar la cabeza, y además casi era la hora de comer. Guardó los documentos en un cajón y lo bloqueó con una llave. Se levantó y se puso la americana para salir.

Entonces, llamaron a la puerta.

—Adelante —permitió, al tiempo que se arreglaba el cuello de la prenda. Enrique entró con cartas en la mano y cerró tras de sí.

—Han llegado hoy. La secretaria me ha pedido que te las traiga.

—Vaya, si haces tú su trabajo, no sé para qué la queremos —comentó mientras revisaba el correo.

—La mujer necesitaba ir al baño, y yo tenía que hablar contigo.

—Es broma, no voy a despedir a nadie. A no ser que me dé motivos. —Jaime sonrió y se fijó en el periodista justo antes de abrir un sobre y sentarse para leer el contenido, le había llamado la atención—. Oye, esto puede estar bien. Un festival en noviembre, en Italia. Nos regalan dos pases para un fin de semana con gastos pagados, ¿qué te parece?

—Interesante. Tu padre siempre aprovecha esas oportunidades.

—Sí, yo creo que sí. Lo pensaré. —Se rascó el mentón. Después alzó los ojos hacia su empleado—. ¿Qué me querías decir?

—Mañana tengo que llevar a la niña a la pediatra. Mi mujer… Bueno, que me toca a mí.

—Por supuesto, no hay problema. ¿Tenías concertada alguna entrevista o reportaje en el rato que te vas a ausentar?

—No, fui previsor y amontoné el trabajo para la tarde.

—Entonces, todo solucionado. Me marcho a comer, ¿quieres venir? Voy al bar de abajo a picar algo.

—¿No vas con Ada? —se extrañó.

Jaime negó con la cabeza, decepcionado. Por mucho que ahora tuvieran una relación exclusiva, ella seguía poniendo espacio entre los dos. Él ya no sabía que hacer, era frustrante.

—Hemos pasado todo el fin de semana juntos, creo que está saturada de novio. Demasiadas horas conmigo le producen un extraño cortocircuito mental.

—Ya... —Enrique elevó las comisuras de los labios y Jaime imitó el gesto, aunque, en realidad, le hacía poca gracia la actitud de su

chica—. Bien, como contigo. Voy a recoger un par de cosas y bajamos.

GORKA

Gorka, Karen e Ismail tomaban algo en la cafetería de la universidad cuando Blanca entró. Gorka sintió que su corazón daba un saltito cuando la joven se acercó a ellos con una sonrisa amplia en el rostro.

Desde esa conversación en la que él le había asegurado que no buscaba nada serio con ella, estaba algo decaída, incluso de mal humor. Procuraba comportarse con naturalidad con el fin de no romper la pandilla de cuatro que habían formado; sin embargo, era evidente que le costaba un poco. Bastante, en realidad.

—¿Y esa felicidad? —preguntó Karen, también sorprendida.

—Traigo un planazo. —Puso ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante—. Cualquier cosa que tengáis que hacer el puente del doce de octubre, anuladla.

—Fácil, no tengo nada pensado —declaró Ismail.

—Yo me iba a marchar a mi casa —protestó Karen, que no era de Madrid.

—Ya irás otro día. Os vais a venir a las mejores fiestas de toda España… ¡Las fiestas del Pilar!

—¿Nos invitas? ¿A los tres? —Gorka se asombró de estar entre los seleccionados.

—Sí. Mis padres no estarán, así que cabemos en mi casa. Tú dormirás en el cuarto de mi hermano, y vosotros dos en el cuarto de matrimonio. ¿Qué os parece?

—Por mí, genial —aseguró Ismail—. Karen, anula el billete y vamos, suena bien.

Su novia asintió, aunque todavía parecía algo reticente. Entonces, todas las miradas se dirigieron hacia Gorka, que permanecía callado. Le apetecía bastante ir con sus amigos de

fiestas, pero le asustaba convivir con Blanca. ¿Y si sus sentimientos se avivaban? Decidió ignorar sus miedos, ya se las apañaría.

—Sí, avisaré al grupo de que ese viernes faltaré al ensayo. Supongo que no pasará nada.

Los otros tres aplaudieron, emocionados, y Blanca comenzó a desgranar el plan que había trazado para esos días. Había organizado todo con sumo detalle y no iban a tener mucho tiempo para aburrirse.

II. VIERNES, 5

GORKA

Frunció el ceño mientras escuchaba a Damián gritarle. Había montado en cólera en cuanto les había explicado que se iba unos días a Zaragoza. Aunque eso no era algo nuevo: al batería le hervía la sangre cada vez que decía o hacía algo; y, si se equivocaba en una nota, se ponía como un loco. Al principio, había intentado capear el temporal y ser cordial, pero ya se limitaba a hacer oídos sordos a sus críticas.

Como en ese instante, que oía la ristra de reproches que el otro le hacía sin mover ni un músculo.

—No lleva ni un mes y ya está faltando, ¿os parece bien, en serio? —volvió a quejarse.

—Podemos recuperar las horas en cualquier otro momento. Me da igual venir otro día o quedarme más hoy, pero discutiendo no hacemos más que perder el tiempo —ofreció, cansado ya de disculparse.

—Tu vida debe de ser muy ociosa. Puede que nosotros tengamos el tiempo más tasado.

—Sobre todo tú, ¿no?, que no haces nada —le recriminó Jess. Se giró hacia Gorka—. No hagas caso, el *zumbao* este quiere amargarnos la existencia a todos. —Se dirigió de nuevo a Damián—: ¿Me oyes? ¡Eres un puto amargado!

Lewis negó con la cabeza y se quitó el instrumento de encima. Gorka interpretó que la riña iba para largo, por lo que lo imitó. Mientras Jess y Damián discutían, se retiraron a una esquina para beber agua.

—¿Esto es normal? —quiso saber. Las palabras que se dedicaban sus compañeros eran de todo menos amables.

—Más de lo que debería.

Entonces, por fin se atrevió a formular una pregunta que hacía tiempo que le rondaba por la cabeza. De hecho, sospechaba que el único que le contestaría sería Lewis, así que aprovechó la intimidad de la que gozaban ahora que los otros dos no paraban de gritarse:

—¿Qué ocurrió con el guitarrista anterior?

El bajista rio con sarcasmo, como si Gorka hubiera descubierto, por fin, el secreto que el resto se encargaba de ocultar, el gran tema tabú. Nadie le había explicado por qué había desaparecido su antecesor.

—¿Qué crees tú?

—Supongo que si Damián era con él como es conmigo…

—Damián es así con todos.

—Contigo, no.

—Yo llevo muchos años aquí, y no soy una amenaza para él. Es un gallito de corral: si no destaca, no es feliz. El otro guitarrista vio cosas que no le molaron y se piró. Espero que tú aguantes.

—Como estén siempre así… —intentó bromear.

—No, en serio —Lewis se giró hacia él—. Esto es lo de menos. Cuando empecemos los conciertos, ya sabrás a qué me refiero.

Gorka asintió, el bajista ya le había dado toda la información que iba a ser capaz de extraer. Cerró el botellín de agua y fue de nuevo hasta donde estaban sus compañeros, dispuesto a poner orden. Le importaba poco quién fuera el líder; que se pelearan así delante de Lewis y de él, comportándose como si no estuvieran, era vergonzoso.

—¡Joder! —bramó—. ¡Vale ya! O ensayamos o me voy. Yo paso de estar aquí viendo vuestra tragicomedia, solucionad vuestros asuntos fuera.

Y dicho esto, comenzó a tocar una canción.

Lewis lo siguió. Jess y Damián se miraron, estupefactos, y después acompañaron a sus dos compañeros. Ahí cesaron las disputas. La prueba fehaciente de que la música amansaba a las fieras.

DAVID

Imaginaba que sus amigos habían quedado en el Ultrasonidos, por ese motivo no fue allí. De hecho, fue lo más lejos que se le ocurrió. En la playa había estado cómodo y su dolor había remitido, pero volver a la ciudad lo había derrotado de nuevo. Había sido como un efecto rebote, y ahora se encontraba peor que antes.

Sus padres habían estado esa semana con él y de nuevo había fingido encontrarse bien. Sin embargo, esa tarde se habían marchado a otro de sus viajes, y él no pudo esperar más. Era consciente de que no hacía otra cosa más que infligirse daño a sí mismo, reventar la poca autoestima que le quedaba por unos minutos en los que de alguna manera se sentía necesitado, aunque fuese por un desconocido.

Se empezaba a plantear quién era más desconocido, si ellos o él. No se reconocía. Nunca había sido así. ¿Cómo sentir amor podía causar tanto perjuicio? Y no era solo Ada, era el fracaso al que se enfrentaba. Sabía que algo no funcionaba bien en su cabeza, y prefería anestesiarse con alcohol y orgasmos que dedicar más tiempo del necesario a buscar el problema.

Irse de fiesta solo no era algo nuevo para él, lo había hecho alguna vez en París.

Esta noche no había querido usar la aplicación; había optado por cazar a la presa, le apetecía emplearse, le gustaba tontear. Y no se le había dado mal.

El chico era bastante guapo y estaba deseoso de marcharse con él. Podrían haberlo hecho allí, en el baño del bar, y olvidarse el uno del otro, no tener que vivir otro despertar bochornoso; sin embargo, todo se había liado: nada más saber que David era bisexual, el

chaval le había contado que tenía una amiga bastante interesada en hacer un trío. Al principio, a él le había sonado a película de ciencia ficción. Después no lo vio tan mal, ni siquiera le molestó que dieran por hecho que, por ser bisexual, se prestaría a su fantasía. Solo pensó que quizás así conseguiría, por fin, mantener una relación íntima con una chica, por mucho que fuese a costa de estar con un tío también.

Como hacer un trío en un sitio público era bastante complicado, decidió llevarlos a su piso, aprovechando la ausencia de sus progenitores.

La chica era alta y pelirroja, con mucho pecho y poca cadera. No era su tipo. No obstante, le daba igual, a esas alturas y con los cubatas que llevaba encima, no estaba para exquisiteces. Mientras subían en el ascensor, ella repartía besos a uno y otro, era bastante sobona. Abrió la puerta y entraron los tres, hechos una maraña de brazos y labios que se encontraban. El chico le quitó la camiseta y ella comenzó a desabrocharle los pantalones. Si seguían a ese ritmo, estarían desnudos antes de alcanzar el salón.

Entonces, escuchó un ruido que lo desencajó: había alguien más allí. Se quedó paralizado, helado, con la camiseta hecha un rebullo a sus pies; la chica, colgada de su cintura hurgando dentro de sus calzoncillos y el chico, abrazándolo por la espalda con la boca pegada a su cuello.

Su madre encendió la luz del pasillo y él pensó que iba a desmayarse, que le iba a explotar el corazón de lo fuerte que le latía. David agarró a la mujer y la puso de pie. Le clavó los dedos por culpa de la tensión y ella emitió un quejido. Notó un calor que le quemaba hasta lo más profundo de su cerebro y hacía arder sus orejas.

Su madre no dijo nada, solo los contempló, incrédula.

—¿No estabas solo? —murmuró el chico.

—Mamá… —acertó a decir él, ignorando al otro.

—David, ¿qué es esto?

—¡Ester! ¿Qué sucede? —gritó su padre, y los pasos amenazantes del patriarca sonaron cada vez más cercanos por el pasillo.

David cerró los ojos, estaba perdido.

—Vestíos —les pidió a sus acompañantes.

—Sí, mejor nos vamos —concluyó la chica mientras se recolocaba el vestido.

El padre llegó justo en el momento en el que abrían la puerta para escapar, con un tímido «adiós» como despedida. Se quedaron allí los tres miembros de la familia, mirándose sin saber muy bien qué hacer.

Él se abrochó los pantalones y se puso la camiseta en silencio. Deseaba despertar y que todo fuera una pesadilla. Sentía una terrible vergüenza.

—¿Qué te has creído? —dijo su progenitor con una tranquilidad dolorosa. David hubiera preferido gritos, incluso una bofetada. Por raro que pareciera, le hubiera resultado más asumible.

—Lo siento, pensé que no estabais. ¿No os ibais a…?

—Nos han cancelado el vuelo. Nos vamos mañana —aclaró su madre, que no había conseguido dar un paso, anclada al suelo como si temiera desplomarse si lo hacía.

—¿A esto te dedicas cuando no estamos? ¿A montar orgías? —continuó su padre.

—No era ninguna orgía, yo…

¿Qué podía replicar? Pues sí, se dedicaba a eso; no a orgías, aunque sí a satisfacer sus necesidades sexuales. Por mucho que les reconociera lo vacío y triste que se sentía, no comprenderían por qué hacía lo que hacía.

—¿En vez de buscar trabajo, lo que haces es fornicar aquí con cualquiera? ¿En nuestra casa? Dime, ¿para esto te hemos educado? Hemos tragado años con esa estupidez tuya de que eres bisexual, y ya se acabó. ¡Qué coño, bisexual! Lo que te pasa a ti es que no tienes ni puta idea de la vida. —Su padre se acercó a él y su rostro quedó a unos escasos centímetros del suyo. Era mayor y los años le habían restado fuerza, pero aún imponía—. Vale ya de moderneces y de tontadas. Búscate una buena mujer, un buen trabajo y deja de humillarnos.

—Manu, él no lo hace por… —intentó defenderlo su madre.

Manuel se giró hacia ella, fuera de sí

—Ester, cállate. Ahora está muy de moda la libertad sexual, que si homosexuales, transexuales, bisexuales... No obstante, si tus amigas se enteraran de lo depravado que es tu hijo, si hubieran visto lo que acabamos de presenciar, se te acabarían los cafés y las fiestecitas. Nadie querría saber de ti. Y sabes que es así —dijo, y después se volvió hacia él de nuevo—. Tienes una semana para encontrar un empleo. Si no, te irás de mi casa y dejarás de tener acceso a mi dinero. Yo no te voy a pagar los vicios.

El patriarca giró sobre sus talones y se marchó con paso decidido al dormitorio.

David se quedó con los ojos fijos en el suelo, angustiado. Avanzó para irse a su cuarto, sin atreverse a mirar a su madre. Sin embargo, ella lo agarró del brazo y lo detuvo.

—Tu padre tiene razón. Échate una novia y olvida eso de ser bisexual, o una cosa o la otra. Ya eres mayor para andar dando tumbos. A ti te gustan las mujeres, ¿a que sí?

Se quedó muy quieto. Nunca se había sentido juzgado ni presionado por su familia, y acababa de descubrir que todo era una pose, que repudiaban lo que él era. No aceptaban su orientación sexual. Todo ese tiempo habían asumido que era una etapa transitoria, que estaba confundido.

La cuestión era que no lo estaba: era bisexual. ¿Cómo hacérselo ver a su madre? Prefirió callar, la rabia le ascendía por el estómago; estaba enfadado, con ellos y consigo mismo.

Se soltó de su progenitora y se encerró en su habitación dando un portazo. Se acurrucó en su cama en posición fetal y lloró. Lloró por la mentira que había sido su vida y por el rechazo que acababa de sufrir, el más doloroso de todos, el de sus padres. Lloró sin consuelo hasta que cayó rendido por el cansancio.

ADA

—Se fueron juntos a comer —le contó a Víctor.

Habían quedado los dos solos y estaban bebiendo cervezas en la terraza de un bar, obviando que eran cerca de las cuatro de la mañana y al encargado empezaba a cabrearle su presencia.

—¿Enrique y Jaime?

—Sí. Me preocupa que…

—Que Enrique le cuente algo a Jaime. No es tan estúpido, él está casado.

—Eso me repito yo —murmuró ella.

—¿Qué te pasa con ese chico, Ada?

—¿Con Jaime?

—Con Enrique.

Ada se echó hacia atrás y agarró el botellín para darle un trago. Suspiró. No tenía ni idea de lo que le ocurría, solo que Jaime no era suficiente. Enrique era lo prohibido, y eso le gustaba.

—Supongo que me… pone mucho.

—¿Hablamos de amor? ¿Sexo?

—De lo segundo —afirmó, convencida.

—¿Y Jaime no?, ¿te deja a medias o algo?, ¿es impotente? —La sonrisa pícara de su amigo se le contagió.

—No, joder. Jaime es tan perfecto que me agobio. Es tan dulce, delicado, bueno… Yo no. Yo no soy así, Víctor. Soy como tú.

—No, no. No eres como yo. Antes sí, ahora no.

—Si no has tenido un novio en tu vida. Igual que yo, hasta que llegó Jaime.

—¿Y por qué empezaste con él si no te llena?

Debería de haber previsto que, si hablaban de sus líos amorosos, Víctor no iba a parar hasta dar con la clave de su problema y además le soltaría lo que no quería escuchar. Así que no le quedaba otra más que apechugar y responder, ella había sacado el tema.

—Porque ¿cómo no empezar con él? Si es todo lo que alguien puede desear. Me dio miedo dejarlo escapar. Y mientras tenía permiso para hacer lo que me diera la gana, todo iba genial. Sin embargo, ahora tengo que ser fiel, se lo he prometido; y eso no se me da muy bien. Cuando estamos juntos, no hay problema. Pero en cuanto nos separamos…

—Me parece que hay algo en lo que te mientes. Tu relación no empezó a torcerse desde que le hiciste esa promesa de exclusividad, se jodió cuando metiste a Enrique en tu cama.

«Joder con el rubio…», pensó mientras se encogía de hombros.

Víctor tenía razón, su desliz con su compañero había sido lo que la había hecho despertar y darse cuenta de que no quería lo que tenía. Para más fastidio, lo que quería de verdad, Enrique, le estaba vetado. Cada vez le parecía más difícil trabajar con él, reír con él, y no poder rozarlo siquiera. Lo peor era que no tenía dudas de que al periodista le ocurría lo mismo.

—Tengo que decidir qué hago.

—No harás nada, te conozco. Y la cagarás. La cagarás y luego no habrá marcha atrás.

—¡Cuánta confianza! —De cualquier otra persona le hubiera molestado el comentario, pero no de él. Víctor era su mejor amigo y no pretendía herirla, solo abrirle los ojos—. Y tú, ¿por qué dices que ya no somos iguales?

—Porque, si a mí se me pusiera delante un Jaime, ya podían venir todos los Enriques del mundo a ponerme a cien que yo me quedaba con el chico perfecto. Necesito un novio, Ada. Estoy harto de ir de flor en flor. Quiero que me quieran tanto como Jaime te quiere a ti.

—Hostia, tío. Me haces sentir mal. Te cambio el sitio.

—Con los ojos cerrados.

Los dos sonrieron y brindaron con los botellines.

Al final, el camarero les pidió que se fueran, que tenían que cerrar. Y, agarrados como dos novios, se marcharon entre risas a casa.

III. LUNES, 8

DAVID

Llamó a la puerta, insistente. Eran las diez de la mañana, Nuria estaría despierta.

Tras tres o cuatro timbrazos, su amiga abrió, despeinada y con cara de sueño. Era raro que no se hubiera levantado a esas horas, pero no preguntó, en este instante no le interesaba. Tenía que seguir adelante con su propósito o corría el riesgo de echarse atrás, y eso sí que no.

—¿David? —fue el saludo de ella.

Entró sin pedir permiso. Llegó al salón y se quedó allí, mirando en derredor, se sentía perdido y vulnerable. No sabía cómo romper el hielo.

—¿Qué pasa? —inquirió Nuria, que lo había seguido con su pijama mal colocado. Era evidente que la había sacado de la cama.

—Quiero terapia. Voy a ser tu paciente. Ponte ropa de calle.

—No, no. Esto no funciona así. Tienes que pedir cita, yo te doy hora y…

—Perdona, Doña Ocupada, se nota que tenías ahora a cuatro o cinco esperando. Por eso vas tan arregladita —le soltó mientras se estrujaba las manos, nervioso.

—No te pongas borde —le advirtió y se rascó la melena enredada —. Solo me ha llamado el señor del otro día y viene cada dos

semanas, así que…

—Te voy a pagar. Incluso más de lo que pides.

—No es cuestión de dinero. Mira, estoy de acuerdo en que necesitas ayuda, pero yo soy tu amiga. No es conveniente que te trate.

—Nadie mejor que tú. Me conoces. —Fue al sofá y se sentó. Se mareaba, demasiada tensión—. Me ha costado mucho dar este paso. Vamos a intentarlo, por favor. Si vemos que no funciona, me voy.

—Y te buscas a otro profesional —añadió ella y David hizo una mueca de desagrado. No quería otra psicóloga—. Son mis condiciones.

—Joder. Está bien —cedió.

—Cógete algo de la nevera si quieres. Voy a cambiarme y a lavarme la cara, y pasamos a la consulta.

Él asintió. En cuanto Nuria desapareció, se puso en pie y dio vueltas por el salón. Tenía miedo de lo que su amiga pudiera destapar, pero era lo mejor. Había tocado fondo.

Se fijó en un *collage* con fotos del grupo que tenían en una pared. Iban desde el instituto hasta el presente. En las más recientes, él no salía. Se recreó en una en la que aparecía con Ada. Allí aún no estaba enamorado de ella. Le rodeaba los hombros con el brazo, despreocupado. Llevaba una horrible cresta, que entonces estaba de moda, y le hacía una peineta a la cámara. Ella lo contemplaba a él, contenta. El pelo le volaba alrededor de la cabeza, agitado por el aire. Sonrió. Qué feliz era entonces. ¿Por qué se había estropeado todo? ¿Por qué se tenía que haber enamorado de Ada?

Nuria lo llamó y se giró, sobresaltado. Lo guio hasta el cuarto de invitados y él, por inercia, se tumbó en el diván. Era lo que se veía en las películas.

—Puedes sentarte en la silla —le dijo la chica mientras sacaba un cuaderno y lo abría por una hoja en blanco.

Él, obediente, se levantó y ocupó el sitio que estaba enfrente de ella, al otro lado de la mesa.

Nuria escribió «David» y la fecha en la parte superior del folio, y lo observó.

—¿No pones mi apellido ni nada? Ya sabes, para no confundirte. Seguro que tienes cientos de David como pacientes, es un nombre muy común —bromeó él.

—Esto es serio.

Calló. La que tenía delante ya no era su amiga, se había transformado en su psicóloga.

—De acuerdo. Perdona.

—Bien, dime. ¿Qué te sucede?

—Sabes lo que me sucede —se quejó.

—Quiero que me lo cuentes —insistió. David chasqueó la lengua contra el paladar, algo irritado, y comenzó a hablar. Al fin y al cabo, eso se supone que se hacía en la consulta: hablar y hablar.

—Me fui de aquí porque no entendía mis sentimientos hacia una chica.

—Puedes llamarla por su nombre.

—¿En qué quedamos? ¿Marcamos distancias o no? —protestó. Apoyó la espalda en el respaldo y se cruzó de brazos.

—Si no me conocieras, hubieras dicho su nombre sin pensártelo. Actúa normal.

David cogió aire, a punto de arrepentirse de su decisión, y probó otra vez:

—Me enamoré de mi mejor amiga, de Ada. Y en vez de decírselo, me alejé. Supuse que era una tontería, que estaba encaprichado y que la olvidaría. No sucedió. Me fui del país. Sin embargo, cuanto más tiempo estaba fuera, más me acordaba de ella. Comencé a salir mucho, a conocer gente, a… a follarme a esa gente.

—¿De cuántos hablamos?

—¿Eso importa? —se cabreó. ¿Estaba cotilleando? Además, no llevaba la cuenta—, porque no lo sé. Muchos. «Muchos» en masculino. Porque no puedo con una tía. Creo que he batido récord de gatillazos. Ya lo he dado por perdido.

—¿Qué?

Nuria lo observaba con el rostro desencajado, como si estuviera delante de un fantasma. David comprendió por qué. Genial. Había cogido carrerilla y le había soltado su gran secreto.

—Joder…

—¿No puedes con…?

—No. No se me levanta. O, si se me levanta, se me baja a mitad y…

—Vale, vale, vale —lo detuvo, alzando los brazos. Parecía incómoda—. Hablaremos de sexo otro día. Sigue con lo otro.

—No, no. De sexo no quiero hablar —se negó él. Se sentiría raro enumerando la maraña de líos que habían sido los tres últimos años de su vida.

—Sigue, David.

Nuria omitió su objeción y David prefirió dejar atrás su despiste. Ahora ya eran dos personas de su círculo de amigos las que sabían que, con una mujer delante, era impotente. Maravilloso.

—Bueno, cuando estoy con alguien me siento mejor, querido. Y luego… Luego es como caer de un precipicio. Y ese precipicio cada vez es más alto, duele más.

—¿Crees que nadie te quiere, David? Yo te quiero. Tus amigos te quieren. Ada te quiere. Tus padres te quieren.

—Mis padres. —Dejó escapar una carcajada agria al recordar lo que había pasado con ellos—. ¿Sabes? No parece que me hayáis echado mucho de menos en este tiempo, tampoco me llamabais tanto. Vale, tú sí —se corrigió al ver el enfado asomar en los ojos de su interlocutora—. Y Pau me mandaba *wasaps*. Pero ¿Ada y Víctor? Prácticamente, me olvidaron.

—¿Y tú hacías algo por ponerte en contacto con ellos?

—No. —De hecho, la verdad era que se había empleado a fondo en alejar a Ada para protegerse.

—Las relaciones son recíprocas. No dudes de que te queremos. ¿Y tus padres?

—Mis padres, ¿qué?

—Cuando te los he nombrado parece que no estabas muy de acuerdo. ¿No piensas que te quieran?

—Mis padres nunca están en casa. Ahora mismo no están. Me siento solo —admitió.

—Siempre te han apoyado —continuó Nuria.

—Una puta farsa es lo que hacían —volvió a perder los nervios—. Una comedia. El viernes… Joder. —Le avergonzaba contárselo; sin

embargo, entendió que era necesario si quería que Nuria-psicóloga lo ayudara—. El viernes no deberían haber estado en el piso, de forma que subí con compañía. —Titubeó, ¿hasta qué punto tenía que ser sincero? Decidió que hasta el final—. Con dos compañías —puntualizó.

—Un trío —aclaró ella sin demostrar si eso la turbaba, y él asintió.

—Y estaban. Nos pillaron. Solo nos estábamos besando, nada escandaloso. —Él no pudo evitar sonrojarse al recordar la escena. Agitó la cabeza para alejar la imagen de su cerebro—. Tendrías que haber visto sus caras. Parecían tan decepcionados, tan cabreados. Mi padre me habló tan frío que ni gritaba. Me dijo que me buscara un trabajo y una mujer, que eso de ser bisexual era una moda. Y que era un depravado. Que si seguía así me echaba de casa y me quitaba el dinero. Bueno, el dinero es suyo, está en su derecho. Mi madre no me defendió. Dice que no puedo ser bisexual, que una cosa o la otra. ¿Qué te parece? He estado engañado toda la maldita vida.

Había soltado esa parrafada sin mirar a Nuria y, cuando alzó la vista, ella estaba pálida, incluso llorosa. David sonrió, fingiendo una serenidad que no existía. Tampoco quería asustarla. Se dio cuenta de que le temblaban un poco las manos y las quitó de la mesa para esconderlas.

—Lo siento, de verdad. No sabía que eso había ocurrido.

—Ahora estás haciendo de mi amiga.

—Sí. Y voy a darte un abrazo. —Nuria se levantó.

Él la detuvo con un gesto.

—No, por favor. Acabemos esta sesión. Luego, abrázame, invítame a almorzar y lloramos juntos si quieres. En este instante necesito terapia, no consuelo.

—Está bien —se conformó y escribió en su cuaderno.

—No he terminado. —Ya no quería parar, le estaba sentando bien desahogarse—: Volví de París para confesarle a Ada lo que sentía, y ella me dio plantón dos veces y media, porque la tercera vez que quedamos llegó tarde. Y, cuando nos vimos, me dijo que ya intuía lo que pretendía contarle: que era gay. Que por eso no podía

acostarme con mujeres. Sí, antes de que preguntes, ella estaba al tanto de mi problema. Se lo confesé cuando éramos tan amigos. No sé por qué, fue un error porque luego me avergonzaba hasta mirarla a la cara. —Hizo una pausa y prosiguió. Nuria seguía anotando sus traumas a una velocidad vertiginosa—. En París al menos tenía trabajo y no estaba con ella. Ahora dispongo de demasiado tiempo libre, de pocas ganas de buscar empleo y veo a Ada con su perfecto novio muy a menudo. Porque ¿sabes qué?: que el cabrón de Jaime me cae bien. Me cae jodidamente bien. Quiero ser su amigo —admitió con rabia.

—¿Te gusta?

—No me gustan todos los tíos del mundo —se ofendió.

—¿Y este te gusta?

—No, joder. No.

—Menos mal, ya era demasiado difícil todo.

—Creo que ya he acabado.

Nuria alzó las cejas y terminó de escribir. Por un momento, solo se oyó el ruido del bolígrafo arrastrándose por el papel. David se sintió vacío, pero menos solo. Al final, la psicóloga se cruzó de brazos y lo observó con un gesto a caballo entre la severidad y la ternura.

—Hay que trabajar bastante. La autoestima, sobre todo. Tendrás que hacerme unos test de personalidad…

—¿Test de personalidad?

—Sí, ahora te los daré y los completarás. Después nos iremos a tomar algo juntos. Aunque antes vamos a marcar unas pautas. Pensarás que esta sesión no ha sido productiva, pero hemos conseguido que te liberes y, si haces caso a mis instrucciones, verás como en quince días, cuando vuelvas, estás mucho mejor. Toma un folio y apunta. —La chica arrancó una hoja de su cuaderno, se la dio y le acercó un bolígrafo.

—Tú dirás.

—Piensa, ¿qué te ayudaría? Vamos a hacer una lista de cosas que sabes que debes hacer y no haces. La primera te la digo yo, y con esta ya has empezado: ir al psicólogo.

—La pongo.

—Ponla. ¿Qué más?

David se dio unos golpecitos con el Bic en los labios mientras pensaba.

—Tengo que dejar de beber tanto cuando salgo.

—Eso es.

—Y hablar con Ada. Eso me va a costar.

—No hables con ella todavía. No es necesario por el momento, y no estás preparado. Sin embargo, hay algo que sí has de hacer; de inmediato, de hecho. ¿No se te ocurre?

—¿Arreglar las cosas con mis padres?

—Eso también. Dialogarás con ellos de igual a igual, tienen que respetarte. Prepararemos esa conversación. Y precisamente para que te respeten demostrarás que eres digno. Como Thor y su martillo.

Él no pudo evitar curvar sus labios hacia arriba con la referencia, le gustaban las películas de superhéroes y ella era consciente.

—He de encontrar trabajo —supuso. Sin el permiso de Nuria, lo anotó.

—Fundamental. Si ocupas tu tiempo, te encontrarás mejor.

—Jaime me dio una tarjeta, llamaré luego. Puede que me cojan. Si todavía necesitan a alguien, claro.

—Genial. Y, si no, buscarás otra cosa.

—Sí. —David no estaba muy seguro de tener fuerzas, aunque el hecho de escribirlo en un papel era como una especie de contrato consigo mismo. «Bien jugado, Nuria», le reconoció. Entonces, le vino a la mente algo que le empezaba a preocupar—. ¿Y lo del sexo? ¿Acaso soy adicto?

—Lo hablaremos en otro momento. Al igual que lo que te pasa con las chicas.

—Eso me tiene hecho polvo…

—Me lo imagino, pero seguro que tiene una explicación y una solución —lo tranquilizó—. Cada día añadiremos ítems a esta lista y haremos otras. Y tú las leerás antes de dormir, ¿entendido? —se cercioró. David asintió. Ella abrió un cajón y le dio unos papeles—. Los cuestionarios. Hazlos, yo me voy a desayunar y a hacer la cama. —Se levantó para dejarle intimidad.

—Una cosa. —La frenó cuando ya estaba agarrando el pomo de la puerta—: Ese cuaderno, ¿no estará al alcance de Ada?

—Ada no lo cotillearía. Para estas cosas es muy respetuosa.

—Imagínate que se entera de que vengo a verte. Podría sentir curiosidad.

—Bien, compraremos un candado juntos luego.

—Gracias. No por el candado, sino por todo. Creo que te estoy ¿saturando?

—Es mi trabajo. Y por cierto, guapo, son treinta euros. Me saturarás después, cuando tenga que consolarte.

—Me parece bien —respondió con una sonrisa encantadora.

NURIA

De camino a la cocina, caviló sobre lo complicado que debía de ser para David el lidiar con tantos frentes, lo confundido que se encontraba, la soledad a la que se enfrentaba día tras día. Y en lo poco que se quería. Y se percató de que, al fin y al cabo, no eran tan distintos, solo que ella no tenía un terapeuta con quién hablar.

IV. VIERNES, 12

GORKA

Tenía el sueño ligero, y más cuando dormía en una casa ajena. Por eso el murmullo de las voces que provenía del salón de la casa de Blanca lo despertó. Al principio, molesto, se giró para intentar descansar un poco más. Aunque la noche anterior se habían ido a dormir pronto, tenía sueño. Por desgracia, le fue imposible. Así que, rendido ante la evidencia de que no iba a pegar ojo, se puso en pie.

La escena que encontró en el salón le pareció curiosa, por llamarlo de alguna manera: Blanca, junto con los que supuso que eran su hermano y su cuñada, estaban en plena faena de cambiarse de ropa. En realidad, su compañera solo llevaba puesta una camiseta de tirantes y una enagua blanca sobre unas medias. Los otros dos casi habían acabado de vestirse de baturros, el traje tradicional de Aragón. La maña les había contado que iba a salir en la Ofrenda y que tenía que madrugar, por eso lo de no salir hasta tarde. Y ahí estaban, preparándose.

—Gorka, no hacía falta que te levantaras —le dijo ella. Él se encogió de hombros; no iba a explicarle que lo habían desvelado, le parecía poco educado—. Toño, María: él es Gorka —lo presentó.

Se acercaron para saludarlo y treinta segundos después, sin saber cómo, estaba ayudando a Toño a ponerse la faja al tiempo que Blanca acababa de arreglarse con María.

Les costó cerca de una hora estar listos. Lo último que se pusieron las mujeres fue el mantón. Gorka se quedó fascinado con esa prenda, llena de flores de colores bordadas en una tela negra. Le pareció preciosa.

—Nos vamos. Vuelve a la cama —le sugirió Blanca mientras cogía un ramo de flores del lavabo.

—Voy contigo, quiero verlo. Además ya no me voy a dormir, estoy muy despejado.

—A ver si te vas a perder por ahí.

—Oye, que soy de Madrid, como me pierda aquí…

—Perdón, que el señor es de la capital —se burló ella en voz alta para que lo oyeran su hermano y su cuñada.

Los tres rieron y él se contagió.

—Si me desoriento, te llamo. Aunque, no creo. No pienso dejar de mirarte —le susurró al oído.

Le ardían las orejas. ¿En qué estaba pensando al decirle algo así? No debía jugar con Blanca, ella quería una relación seria, y él, solo divertirse. Pero le era tan difícil resistirse… Le gustaba demasiado. Ella carraspeó, parecía sorprendida. No le extrañaba, estaba actuando como un idiota: ahora sí, ahora no.

—Bien. Pues en marcha —lo apremió tras recomponerse.

Fueron caminando hasta el punto de encuentro, Blanca no vivía muy lejos del centro. Una vez que ellos se metieron en la Ofrenda, él tuvo que retirarse y seguirlos a través de las vallas, no podía acceder sin un traje regional. Alguna vez se entretenía escuchando a algún jotero cantar o viendo cómo otros bailaban dando brincos y tocando las castañuelas. Tenía que admitir que las letras de las jotas eran bonitas, pese a que el folclore no era para nada su rollo. Nunca había visto nada similar y le resultó interesante.

Tardaron un par de horas en llegar a la plaza. Era un recorrido que de normal se hacía en veinte minutos; pero ese día se iban deteniendo, dejando paso a grupos, esperando a que los voluntarios colocaran los ramos a los pies de la Virgen… Y tal vez esa demora era parte del encanto, ninguno de los participantes daba muestras de estar pasando un mal rato.

Se reunió con sus anfitriones en la ribera del Ebro y volvieron al barrio de la familia para almorzar con Ismail y Karen, que ya se habían levantado y los aguardaban hambrientos y con ganas de más fiesta.

ADA

Víctor, Pau, Nuria y ella se habían sentado en una terraza para tomar un aperitivo. Había que aprovechar el caluroso octubre que estaban teniendo. Pidieron una ronda de bebidas y unas patatas bravas para picar, y esperaron a David que, como siempre, llegaba tarde.

Cuando apareció, ya casi no quedaban patatas.

—*Bonjour!* —saludó, y se sentó.

—Te hemos elegido una sidra —le comunicó Pau.

—No me gusta la sidra.

—Pues haber llegado a tiempo —repuso él, y el abogado lo miró, estupefacto.

—Tío, es que lo tuyo ya es un problema, ¿te compramos un reloj? —le insinuó Víctor.

—Joder, me he entretenido. Pero lo del reloj me parece bien —bromeó.

—Como si te hiciera falta que te compráramos nada —apuntó el rubio.

—Dejadlo en paz —lo defendió Nuria— Esa es tu Coca-Cola.

—Antes también había hielos —continuó picando Víctor—. Ahora está aguada, igual te da diarreas.

—Pues me pido otra, me sobra el dinero —soltó, irónico.

—¡Me encanta tener fiesta un viernes! —dijo Ada para frenar la discusión. A ella también le fastidiaba que David pasara de todo, pero no merecía la pena que pelearan.

—¿Qué tal tu hermano por Zaragoza? —quiso saber Víctor.

—No sé nada de él. Será que se lo está pasando bien.

—Seguro, se ha ido con la chica esa que le gusta.

—¿Qué chica?

A Ada se le desencajó la cara: ¿Desde cuándo Víctor sabía más de Gorka que ella?

—A ver, que lo he supuesto yo, en la facultad los he visto juntos y se hacen ojitos. Igual solo tontean. —Le restó importancia con un ademán de la mano.

—Uhm… Lo averiguaré. —Se fue a llevar la bebida a la boca, pero David la detuvo.

—Un momento. Tenemos que brindar.

—¿Sí? —preguntó Nuria, entusiasmada.

Parecía que la psicóloga sabía de qué iba el tema, últimamente Nuria y David estaban muy unidos, y eso le fastidiaba. ¿Por qué David con ella estaba tan distante y con su amiga era uña y carne? ¿Qué narices le había hecho para que la tratara así?

—Fui a una entrevista de trabajo el martes y ayer me llamaron —hizo una pausa dramática, se notaba que disfrutaba de las caras de ansia de sus amigos—. ¡Me han cogido! El lunes empiezo.

—¡Qué bien! —exclamó Nuria y todos le dieron la enhorabuena.

Brindaron, como él había propuesto.

—¿Y Jaime? —preguntó David sin mirar a Ada.

—No sé, no somos siameses —contestó, airada.

—Era por darle las gracias, me dio él el contacto.

—Pensaba que no querías enchufes —comentó y, de mal humor, esbozó una sonrisa tensa.

—Ha hecho una entrevista, no es un enchufe —salió en su defensa Nuria (¿cómo no?).

—Ni siquiera les he dicho que conozco a tu novio. Me contó que buscaban a alguien y me proporcionó el teléfono. ¿Qué ocurre? ¿Te parece mal?

—No, para nada. Me alegra que te lleves bien con él. Que todos lo queráis tanto, ¿no? Es genial que se esté integrando, facilita las cosas.

Bebió y se cruzó de brazos. Estaba irritada. Ahora que aceptaba tener una relación exclusiva con Jaime, resultaba que su querido novio decidía ser distante con ella y comportarse de un modo muy muy extraño. No entendía nada. Se pasaba horas encerrado en el

despacho y muchas noches rechazaba que ella durmiera en el apartamento, justificándose con que tenía que revisar papeles.

Sentía que él ya no cuidaba tanto su relación y empezaba a pensar que el motivo era que había logrado lo que quería de ella y se había relajado.

—Si no estás bien con él… —comenzó Víctor, y ella lo frenó. No tenía el cuerpo para monsergas.

—Estoy bien con él. —Suspiró antes de confesar lo que ocurría—: Es que está raro, no sé.

—Seguro que es por lo de la revista, se ha encontrado con mucho trabajo de golpe y… —imaginó Nuria.

—Ya, yo pienso igual. Vamos a dejarlo, no quiero obsesionarme —zanjó Ada y, acto seguido, sonrió.

No podía solucionar nada quejándose, ya hablaría con Jaime cuando se le presentara la ocasión. Y presentía que sería pronto.

GORKA

Flipaba. Blanca los había metido en el tranvía a presión, pues estaba abarrotado, y parecía que estaban en la ciudad sin ley. La gente bebía ahí dentro, saltaba, cantaba… No se imaginaba qué panorama se iban a encontrar en las carpas a las que la maña los iba a llevar. Interpeñas, les había dicho que se llamaba. Parecía que era el centro neurálgico de la fiesta. Y, por el ambiente que se cocinaba en el transporte público, tenía toda la pinta de que iba a ser una noche memorable.

Nada más llegar a su destino, se reunieron con los amigos de Blanca, que iban vestidos todos de blanco con un pañuelo al cuello. La joven les dijo que era porque pertenecían a una peña y, seguido, les explicó qué eran los peñistas, que se podía resumir en que eran grupos de personas (que no tenían por qué conocerse) que vestían una ropa identificativa y se juntaban para ir de fiesta, sobre todo, en Pilares. Como unos clanes, vaya.

Ya dentro de las carpas, comenzó el descenso a los infiernos del alcohol. Los colegas de su anfitriona no paraban de sacar litros de *kalimotxo* y cerveza. Mordían la parte inferior del vaso para hacerle un pequeño agujero («los pinchaban»), y los pasaban de uno a otro mientras bebían el líquido que caía por allí. ¿Que se terminaba? Pues siempre había alguien que derramaba su litro encima o directamente pinchaban otro vaso.

Gorka, Karen e Ismail no podían negarse a beber, directamente les ponían los cachis encima y no les quedaba otra más que abrir la boca. Ismail fue el más perjudicado, pues de normal no tomaba alcohol. Hacer una excepción en esas fiestas le iba a destrozar.

Y así fue, terminó vomitando. Karen y él se retiraron seguidos de un par de *preocupados* y divertidos compañeros de fiesta que se ofrecieron a ayudar.

Blanca, que sí había escapado a la locura alcohólica, anunció que iba al baño y Gorka la acompañó. No quería quedarse solo con gente que acababa de conocer por muy bien que le cayeran.

—¿Encontraremos luego a los demás? —preguntó él nada más situarse en la fila de la cabina de un baño portátil.

—Claro —rio ella, como si fuera obvio. A él no se lo parecía tanto, eso era enorme y estaba lleno de gente—. ¿Te diviertes?

—Mucho. Aunque me parece que voy un poco pedo.

—Ya me doy cuenta.

Gorka, que ya no discernía lo que era apropiado de lo que no, le pasó el brazo por encima del hombro a Blanca y trató de sonreír, pero solo pudo esbozar una mueca. Sentía que los músculos tenían su propia vida y que iban a cámara lenta.

—Oye, yo… fui un borde.

—Mira, ya puedo entrar. —Se soltó de su abrazo y se metió al baño, dejándolo con la palabra en la boca.

Se le hizo eterna la espera, ahí solo, rodeado de personas que gritaban para oírse. Además, sentía unas imperiosas ganas de sentarse y no veía dónde: a pesar de estar borracho, era capaz de distinguir que ese suelo estaba lleno de mierda.

Cuando su diosa nórdica salió, lo cogió del codo para obligarlo a caminar rápido y llevarlo de vuelta con sus amigos. Supuso que esa

prisa repentina era por evitar el tema que él había sacado antes. Sin embargo, necesitaba disculparse, y ese era el momento. Como bebiera un poco más iba a acabar igual que Ismail.

—Blanca, por favor, perdóname —pidió, y se quedó anclado en el sitio.

—Que te he perdonado hace días, no seas pesado.

—¿De verdad?

—De verdad. —Tiró de él, pero no se movió.

—¿De verdad de la buena?

—¡Gorka! —protestó.

Él se puso frente a ella, haciendo pucheros, consciente de que era patético, muy patético. No obstante, fue la única manera que se le ocurrió de conseguir una reconciliación. Al final, logró que ella se riera. Siguiendo un impulso, le acarició la mejilla y sintió que la joven se estremecía. Le gustaba. Sin pensárselo dos veces, la besó.

Ella no se apartó, incluso profundizó en el beso, como si lo estuviera esperando.

—¿Y si recogemos a estos y nos vamos a casa? —sugirió él.

—Si nos vamos a casa, será para dormir.

No pudo esconder su decepción: sus padres no estaban, pensaba que podrían…

—¿Dormir juntos? —probó.

—Tú en tu cama y yo en la mía. Estás borracho —zanjó, y se introdujo entre la marabunta de gente.

Gorka, pese a sentirse muy turbado, corrió tras ella, no quería perderse.

V. SÁBADO, 13

GORKA

Jamás había oído hablar de Los Gandules, pero le estaba encantando el concierto. Versionaban canciones famosas con su estilo y sus letras (cargadas de humor). Los bises acabaron y él, con el «litro» levantado, silbó para ovacionarlos.

—Ya sabía yo que te iban a gustar —comentó Blanca. Él sonrió—. Oye, ¿y estos?

Ismail y Karen habían desaparecido hacía un rato. Gorka se encogió de hombros, se imaginaba qué estaban haciendo. Los envidiaba. Tanto rato junto a Blanca y con los otros en plan caliente cerca de ellos le estaba haciendo mella.

—Ya sabes, necesitan darse amor —se burló.

—Ya llamarán cuando quieran volver a casa —se resignó ella.

—¿Y ahora qué?

—Ahora hay discomóvil. ¿Nos quedamos?

Gorka estaba agotado, no tenía excesivas ganas de marcha. El día anterior habían acabado la fiesta en las vaquillas con un chocolate en una mano y un par de churros en la otra. Después habían caído rendidos en la cama, pero esas horas de sueño no habían sido suficientes. Además, para rematar la faena, por la tarde Blanca los había llevado a dar una vuelta por el centro, donde vieron

tenderetes con productos artesanales y comida, y se acercaron a visitar a la Virgen cubierta de flores.

—Vámonos nosotros también—propuso él.

—No podemos hacer eso. Está mal.

—Tu piso está a cinco minutos de aquí, no se van a perder. De hecho, me extraña que no te hayan pedido las llaves para estar más cómodos —ironizó.

—Ya.

Se quedaron mirándose con intensidad, muy cerca el uno del otro. Tras el acercamiento en Interpeñas, no se habían vuelto a besar y él lo ansiaba. Le encantaba sentir los labios de Blanca jugando con los suyos. Deseaba más. Para eso no estaba tan cansado.

—Quiero estar contigo. Hoy no estoy borracho —sentenció él. Más claro no podía ser, la pelota estaba en el tejado de la chica, a ella le tocaba recogerla. O devolvérsela.

—No se trata solamente de eso. —Se puso seria. Él se asustó, ya había metido la pata otra vez—. No pienso hacerlo si no vamos a tener una relación de verdad. Yo no soy de esas.

«¿De esas? ¿De cuáles?», pensó. Pero prefirió no decir nada. No era el momento de enzarzarse en una discusión sobre cómo vivía cada uno el amor. O el sexo. Ahora le interesaba otro asunto. Y pasaba por tener a su compañera contenta.

—Blanca… —susurró.

—Tú me gustas, y dar ese salto me resultaría humillante si después vas a pasar de mí. Entiéndelo.

—No voy a pasar de ti —contestó.

No pensaba hacerlo, no era un capullo. Aunque, en ese momento, hubiera dicho cualquier cosa por conseguir su objetivo. Hablaba con una parte de su cuerpo que no tenía neuronas.

—Entonces, ¿vamos a estar juntos?

—Sí —afirmó, contundente.

—No lo hagas por mí, tienes que querer tú —insistió ella, que no terminaba de confiar en su cambio de actitud.

—Que sí quiero —aseguró él. La rodeó con sus brazos y la besó en los labios—. Tú también me gustas. Tenía miedo, por eso

reaccioné mal la otra vez. Vamos a intentarlo, puede salir bien.

Ella lo besó con intensidad. Gorka se excitó todavía más. Pensó que, si al final la respuesta era negativa, tendría que darse una buena ducha nada más llegar al piso. No podía con tanta tensión metida dentro de sus pantalones.

—Vámonos —cedió la maña, cogiéndole la mano para conducirlo fuera de la muchedumbre.

VI. MIÉRCOLES, 17

PAU

Había días en los que mandaría a los clientes de la cafetería a tomar viento. Era un chico paciente, tenía que serlo con la familia que le había tocado en suerte; no obstante, en el mundo había gente muy pesada. Que si «no me has puesto suficiente leche», que si «quiero más espuma», que si «cómo puede ser tan caro un café tan malo», que «no me des ese *muffin*, dame ese otro que tiene una pepita más de chocolate»… «Joder, que hay pepitas por dentro, ¿esas las cuentas?», deseaba contestar. Pero no. Se callaba, sonreía y les servía lo que pedían. No se le daba mal lidiar con los consumidores, aunque era agotador. Sobre todo, cuando le contaban sus supuestas desgracias y a él le entraba la risa. A muchos les cambiaría la vida.

Aquel miércoles era una de esas jornadas en las que notaba a cada persona arañarle la piel con su insufrible voz. Cuando por fin acabó su turno, se despidió de su embarazadísima compañera, que pronto cogería la baja, y se marchó a casa rezando (a pesar de que no era creyente) para que su madre no se la hubiera liado.

El metro estaba abarrotado, así que tampoco pudo descansar. Hizo todo el viaje de pie, aguantando empujones, roces innecesarios, toses en la cara… Ah, y vigilando que nadie le robara el poco dinero que llevaba encima. La suerte no estaba de su lado, mejor no relajarse.

Subió las escaleras extenuado, lento, intentando retrasar el momento de enfrentarse a su realidad. Al fin y al cabo, todo lo anterior eran minucias si lo comparaba con lo que albergaba su *dulce* hogar.

Giró la llave y al instante supo que algo iba mal. Muy mal. Una voz de hombre destacaba por encima de la de su madre, que sonaba extrañamente serena. Avanzó por el escaso pasillo hasta el salón, demasiado recogido para un día normal. Y allí, sentado en su sofá, frente a Nati y al lado de su hermano, estaba el padre de Sergio: José.

El visitante se levantó cuando lo vio y le tendió la mano para saludar.

—Tienes mejor aspecto que la última vez —reconoció él, y se la estrechó con educación, pese al asco que le provocaba siquiera rozarlo.

Estaba bastante más fornido que cuando salía con su madre, si a eso se le puede llamar salir. José esbozó una sonrisa ladeada, lo que hizo que su nariz rota se torciera más aún de lo que ya estaba.

Llevaba unos siete años desaparecido. Pau sabía que había ingresado en prisión por robo, o por tráfico de drogas, no disponía de todos los detalles. Gracias a Dios, ese señor nunca había convivido con ellos. Era un delincuente, no muy peligroso, aunque prefería tenerlo alejado. Cuando se esfumó de sus vidas, lo agradeció sin hacer preguntas. Además, lo culpaba del abandono que había sufrido por parte de sus abuelos.

—¿Cómo te va, Pablo? —le preguntó mientras se volvía a sentar.

José siempre lo llamaba así, Pablo. Era de las pocas personas que lo hacía. Desde que Víctor y David lo habían rebautizado como Pau, en honor a Pau Gasol (por su afición al baloncesto), tan solo su madre empleaba su verdadero nombre. Y no siempre.

Observó que ya había vaciado una cerveza, parecía que Nati, cuando quería, sabía agasajar a sus invitados. Él no le hubiera ofrecido ninguna.

—No me quejo, ¿y tú? ¿Hace cuánto que estás fuera de la cárcel? —Había ido directo al grano, con ese tipo de gente era lo mejor.

—Un par de años.

—Has tardado en venir.

—No quería venir de vacío.

Él miró alrededor con una mueca burlona, como buscando algo.

—¿Y qué has traído? —dijo, y elevó sus manos con las palmas hacia arriba, en señal de incomprensión. José se inclinó hacia delante.

—Una oferta.

Le acercó unos folios. Pau los cogió y se sentó junto a su madre. Los examinó despacio: era una petición de custodia. La depositó sobre la mesa de café. Ese cabrón quería llevarse a su hermano después de haber estado ausente tanto tiempo.

—Lárgate por donde has venido —dijo sin levantar la voz.

—Joder, escúchame al menos.

—Sergio, vete a tu cuarto.

No quería que su hermano lo viera perder los papeles, y estaba a punto de hacerlo. Había criado a su hermano, había cuidado de su madre, y ahora venía ese desgraciado a arruinarle la vida. Ya le había robado el amor de sus abuelos, no haría lo mismo con el de su hermano. Sergio se puso en pie.

—Chaval, anda, dame un beso —demandó su padre.

El chico, obediente, se agachó y se lo dio. Pau desvió la mirada, no deseaba ser testigo de muestras de afecto. Ni siquiera entendía por qué Sergio pasaba por el aro.

En cuanto se oyó cerrarse la puerta de la habitación de su hermano, Pau se giró hacia su madre.

—¿Y tú? ¿Cómo le dejas estar aquí, tan tranquilo? ¡Que se quiere llevar a tu hijo! —le reprochó. Nati iba a hablar, pero José se adelantó.

—Pablo, la trena me ha cambiado. Estoy limpio, mi asistente social te lo puede decir. Nada de robos, nada de trapicheos. He conseguido un curro. Uno legal, en una fábrica. Gano pasta, tengo alquilado un piso. Puedo cuidar de mi hijo.

—Te piraste cuando te dio la gana, has estado en la cárcel, saliste hace dos años y vienes ahora. ¿Para qué? Está claro que no es por amor a mi hermano, si no, hubiéramos sabido de ti antes. O no te hubieras marchado.

—Me fui para que no os salpicara mi mierda.

—Oh, muchas gracias, san José. Es curioso, porque creo que eres todo lo contrario a san José, ese no puso el esperma y se hizo cargo del crío. Tú, sin embargo… Ya ves, qué irónico.

—Pau —lo detuvo su madre.

—¿No te irrita? Mamá, es que no tienes sangre para nada, solo para llenarla de alcohol.

—¡Eso es! —continuó José—. Tu madre no puede hacerse cargo de Sergio, y tú no tienes por qué. ¡Vive, que eres joven! Yo puedo llevarme al crío.

Pau se dio cuenta de que su pierna había comenzado a moverse de manera involuntaria en un frenético subir y bajar. Iba a reventar, quería pegarle un puñetazo a la horrible napia de ese señor, a ver si se la enderezaba.

—Vete de aquí y no vuelvas. Yo he cuidado de Sergio, lo he educado, le he pagado el material escolar, la comida, las pelotas de baloncesto. Todo. He recogido los putos vómitos de esta señora cada día, incluso cuando tú rondabas por aquí para aprovecharte de nosotros. Ahora no vengas con tus buenas intenciones, porque son pura men-ti-ra. Desaparece. Ya sabes dónde está la salida.

José se levantó. Recogió los papeles de la custodia y se dirigió hacia la puerta. En el umbral se volvió para hacer una última intervención.

—Volverás a saber de mí, chaval —amenazó—. Si no me das lo que quiero por las buenas, será por las malas. Y pueden ser muy malas. José nunca pierde.

Pau ni se inmutó pese a que tenía miedo de José y de lo que pudiera hacerles, pero, sobre todo, de que se llevara a su hermano. Aguantó estoicamente hasta que José dio un portazo como despedida.

Después, se puso en pie y se dirigió a su madre, con los brazos en jarra, esperando una reacción a lo que acababa de suceder. A Nati le cayó una lágrima por la mejilla que secó con la manga.

—¿Y bien? —la apremió para que hablara.

—¿Y si es lo mejor? Yo…

—¿De veras crees que ese… delincuente es mejor que yo?

—Es mejor que yo.

Pau negó con la cabeza y se fue a la cocina. Una vez allí, presa de la rabia, dio una patada a un armario y rompió la puerta. Quería llorar, no obstante, ni eso podía permitírselo.

VÍCTOR

Se sacó un café de la máquina. Llevaba todo el día trabajando y estaba agotado. Claudia y Leticia se le unieron. Estaban haciendo jornadas maratonianas, la semana siguiente presentaban la nueva temporada de la serie y el viernes veintiséis era el preestreno del primer capítulo en un cine.

El chico se arrimó el café a la boca, pero quemaba demasiado, por lo que lo apartó.

—¿Y Alberto? —preguntó Leticia por el cuarto miembro del equipo.

—En Vestuario, no sé qué necesitaban de él —contestó Claudia —. Bueno, Víctor: ¿Preparado para el preestreno?

—Con muchas ganas, la verdad —afirmó.

Habían organizado una fiesta en una discoteca para cuando acabara la proyección, y nada le gustaba más que la juerga. Además, estaría llena de actores famosos y sus representantes, era una gran oportunidad para conseguir contactos.

—Yo tengo pocas —reconoció Leticia.

—¿Por qué? —cotilleó él. Ella negó con la cabeza antes de contestar.

—No quiero ver al señorito Vela revoloteando de flor en flor. Me pone mala.

—Ay, chica, no te amargues —le pidió Claudia.

Él la miró sin comprender mientras daba, por fin, el primer sorbo al café. ¿A quién le importaba lo que hiciera Samuel Vela en la fiesta? Quedaba patente que a Leticia sí, porque se marchó de mal humor. Claudia se acercó a él con una sonrisa pícara.

—¿No lo sabes? —se sorprendió ella—. Samuel Vela tonteó con nuestra amiguita. Ella no quiere confesar si llegaron a mayores o si fueron cuatro besos, cosa por la que yo me inclino; porque, conociéndola, hubiera fardado de haber conseguido más. La cuestión es que él pasó de ella. Ya ves cómo es Samuel: un picaflor. Le encanta coquetear con todas. Y Leticia, que está pilladísima, no de él, sino de la idea de haberse ligado a un famoso, no soporta verlo con otras.

—Joder, vaya novela. Podemos proponerlo como trama, ¿no? —bromeó e hizo reír a su interlocutora.

Justo en ese momento, Luis Pujalte se dirigió hacia la máquina. Hablaba por el móvil, ostensiblemente airado. Echó unas monedas y pulsó la tecla que seleccionaba el café solo.

—¿Y me avisas ahora?... Ya te vale… Bien, de acuerdo… Ya me buscaré la vida… Adiós…

Cogió el vasito y se fijó en Claudia y Víctor, que lo observaban, atónitos ante el mal genio que había demostrado por teléfono.

—¿Qué sucede, jefe? —quiso saber Claudia.

—El fotógrafo que se iba a ocupar de todo: de las fotos a los actores, del reportaje del preestreno, de todo, vaya, que le ha salido un trabajo en no sé dónde y que no puede. Y lo peor, que no me manda sustituto. ¡Qué poca formalidad!

—Yo conozco una fotógrafa que te haría un reportaje espectacular —se atrevió a ofrecer Víctor.

—Ah, ¿sí? Mira que no me vale cualquier principiante, Víctor, esto es serio.

—De principiante nada. Mi amiga trabaja en la revista *On.* Y es muy buena, te lo prometo.

—¿Eres amigo de Ada Robles? Porque, que yo sepa, ahí solo hay dos fotógrafos y el otro es chico. —Él asintió, temeroso de haberse tomado demasiadas confianzas—. Conozco su trabajo. Y no te falta razón, tiene talento. Está bien. Habla con ella, que nos la cedan la semana que viene casi por completo.

—Lo haré —contestó orgulloso de haber ayudado a solucionar un problema.

Luis se llevó su bebida y no dijo nada más. Ni siquiera le dio las gracias, aunque el chico era consciente de que simplemente le estaba devolviendo un favor. Su jefe le había dado la oportunidad de trabajar allí y ahora él le salvaba la papeleta. En paz.

VII. VIERNES, 19

ADA

El silencio le molestaba. Sabía que no era la intención de Jaime, sin embargo, le parecía un castigo que él condujera sin abrir la boca. Como fuera así todo el viaje hasta Cádiz (el destino que habían elegido para su regalo de cumpleaños), iban apañados. Podrían haber cogido el tren, pero a su novio se le había antojado conducir, decía que lo relajaba. Y ella lo había aceptado; al fin y al cabo, él había pagado todo, no tenía mucho derecho a quejarse.

Se giró hacia la ventanilla. Ese fin de semana se había propuesto descubrir por qué Jaime estaba tan raro, y no iba a fallar.

—He estado dándole vueltas a lo que me dijiste de la serie donde trabaja Víctor, eso de que buscan una fotógrafa. Y creo que nos puede favorecer que vayas, aunque pongo mis condiciones —habló Jaime, por fin.

Ada se volvió hacia él y suspiró, resignada. Parecía que en su fin de semana romántico también iban a hablar de trabajo. Qué bien. A veces, Jaime, le recordaba a Fernando: los negocios por encima de todo.

Víctor la había llamado el miércoles por la noche para ofrecerle hacer el reportaje de la presentación de la nueva temporada y de la proyección en el cine. A ella le apetecía, así salía del ambiente de la

revista. Se lo había consultado a Jaime y él le había contestado que lo sopesaría. Y parecía que ya había tomado la decisión.

—¿Cuáles?

—Que puedas hacer fotos para nosotros también. Y el viernes va uno de nuestros periodistas contigo.

—Lo llamaré el domingo, aprovechando que es su cumple, y si les parece correcto, asunto arreglado.

—Díselo ya, querrán una respuesta cuanto antes. Además, seguro que no hay problema. Saben que eres buena y las peticiones que les hago son muy sencillas. No les estoy demandando una exclusiva —bromeó.

—*On* no es el *Pronto.*

—Y menos mal. No soportaría trabajar ahí.

—Ni yo —rio Ada. Jaime sonrió y le apoyó la mano sobre la pierna, más relajado.

—Qué ganas de llegar y meterme en una piscina.

—Sí…

—Y de estar contigo todo el finde, claro —continuó él y de nuevo se sumió en el mutismo.

Ada asintió. Definitivamente, estaba raro. Y cada vez le intrigaba y le preocupaba más el motivo.

GORKA

Celebró que Damián se marchara corriendo en cuanto acabaron el ensayo. Estaba harto de soportarlo. Era un gilipollas, no tenía otro adjetivo que dedicarle. Por eso, cuando dijo que se iba a cenar a casa de su abuela y que no podía faltar, le extrañó que ese psicópata tuviera sentimientos. Parecía que su abuela le ablandaba el corazón.

Mientras recogía el local con Jess y Lewis, se dio cuenta de que por primera vez estaba relajado en ese sitio, sin la fría mirada del batería agujereándole el cogote.

Al acabar, se colgó la guitarra al hombro, dispuesto a marcharse.

—¿Y si nos vamos de fiesta? —propuso Jess con entusiasmo.

—Como se entere Damián de que salimos sin él… —dijo Lewis.

—¡Que se joda!, es un pesado. Todo el día refunfuñando, no sé cómo lo soportamos.

—Pues tú… —comenzó el bajista, pero pareció pensárselo mejor y calló antes de abrir la caja de mierda—. Muy bien, vamos a tomar algo juntos. Vienes, ¿no, Gorka?

No tenía planes: ya había quedado con Blanca antes, había cumplido como novio. Así que, asintió, le apetecía conocer más a sus compañeros. Ahí dentro solo hablaban de arreglos, entradas, fallos, el tempo...

—¡Perfecto! Dejad las armas aquí —dijo ella, refiriéndose a los instrumentos. Lewis y Gorka rieron ante la metáfora.

DAVID

Llegó puntual. Desde que había empezado a trabajar y había cogido una rutina, estaba dejando de lado esa manía de llegar tarde. Había quedado con Pau, que le había llamado hacía unos días. Insistía en que tenía que hablar con él con urgencia; sin embargo, por culpa de los horribles turnos del camarero, no habían podido coincidir hasta el viernes.

En cuanto apareció Pau, se sentaron a la mesa del bar y pidieron dos cervezas. Le dio un trago a la suya y miró a su amigo, expectante. No era tonto, intuía que algo le ocurría: había captado la preocupación en su voz por teléfono, y tenía que ser grave, pues nunca pedía ayuda. Y menos a él, Víctor era su paño de lágrimas.

—¿Qué tal en el trabajo? —preguntó Pau.

—Estoy contento, me tratan bien. Todavía me estoy adaptando, aunque pronto llevaré mis casos. —Hizo una pausa antes de preguntar—. ¿Ha pasado algo?

—No. Bueno, en realidad, sí. —Se frotó el entrecejo con saña y siguió—: Te necesito. No como amigo, necesito un abogado.

David se recostó en el asiento. Era justo lo que sospechaba y no le gustaba la perspectiva. Tragó saliva y se cruzó de brazos. Hizo un

gesto con la cabeza invitándolo a continuar.

—Ha aparecido el padre de Sergio y quiere la custodia. No puedo permitírselo. Yo he cuidado de ese niño.

—Alto, alto. ¿Ese tío no estaba en la cárcel?

—Salió hace dos años. Y ahora viene…

—Si es un delincuente, por muy chunga que esté tu madre, no le van a dar la custodia —trató de calmarlo.

—Asegura que se ha reinsertado. Trabaja en una fábrica. Creo que sí puede lograrlo. —Se pasó la mano por la cara, muy agobiado —. Míranos: una madre borracha y un hermano que apenas puede llegar a fin de mes. ¿Qué puedo ofrecerle yo a Sergio? —La voz se le quebró.

David se inclinó sobre la mesa, nervioso. No sabía qué hacer ni qué decir. No estaba preparado emocionalmente para llevar ese caso, no podía fallarle a Pau y estaba implicado de manera personal. Demasiada responsabilidad. Notó fuego en el esófago, ganas de vomitar. La horrible ansiedad.

—Oye, Pau. Te recomendaré a algún compañero. Yo no puedo hacerme cargo de esto.

—¿Por qué?

—No es mi especialidad. Y, joder, no estoy al cien por cien. Querrás a alguien que os defienda con uñas y dientes, ¿no? Lo necesitas si piensas que él puede ganar el caso.

—Hay otro problema —murmuró y cogió aire antes de confesar lo que le avergonzaba—: No puedo pagar a nadie. Te estoy pidiendo un favor.

A David se le puso el estómago del revés. No podía negarse, sería arruinar la única posibilidad que tenía Pau de defenderse. Sin embargo, tampoco podía decir que sí. No estaba listo. Fallaría. El dolor de su amigo era evidente en su cara, en su postura; estaba como encogido, como si no supiera lidiar con esas circunstancias. La vida de su colega había sido un horror, siempre luchando, siempre peleando, y nunca protestaba, nunca exigía nada.

David supo que estaba siendo un miserable cuando volvió a hablar:

—Lo pensaré.

Leyó la decepción en el rostro de Pau, que no presagiaba esa respuesta. Precisaba de un «sí», no de un «quizás». Acababa de matar sus esperanzas.

Sin embargo, el camarero hizo lo que siempre hacía, asumió la situación y no se quejó.

ADA

Tenían un *jacuzzi* dentro de la habitación. No era bastante con las piscinas y las salas de masaje, no. Había un maldito *jacuzzi* en la *suite* que Jaime había pagado. Se estaban dando un baño de burbujas, tras haber dado cuenta de la cena que les habían subido a la habitación, con dos copas de champán de la botella que se enfriaba a su lado. Ada sonrió, le hacía gracia que la gente pudiera permitirse esos lujos tan innecesarios.

—¿De qué te ríes? —preguntó él.

—De nada.

—De algo te ríes —insistió y se impulsó para colocarse junto a ella.

—De que jamás me había planteado poder estar en un hotel así. Cómo os las gastáis los ricos. ¿Me quieres comprar con dinero? ¿Qué soy, *Pretty Woman*? —bromeó.

—Tú vales más de lo que tengo.

Hasta para los piropos era delicado. Jaime le dio un beso en la mejilla, después descendió por su cuello mientras con los dedos le desabrochaba el nudo que ataba a la nuca el bikini. Notó cómo le resbalaba la tira por la piel. Su chico buscó el de la espalda y lo deshizo también. A continuación, retiró la tela.

Ada cerró los ojos y notó la respiración de él bajar poco a poco, dejando un camino de besos, hasta detenerse en su seno para lamerlo y succionarlo.

Lo detuvo, tenían una conversación pendiente. Había llegado el momento. Sabía que la única manera de sonsacarle a Jaime lo que le sucedía era que él tuviera la urgencia por continuar lo que había

empezado. Y, en ese instante, se le había creado una necesidad física muy evidente, la notaba contra su cadera.

Lo apartó con el codo. Él la miró, extrañado. Tras comprender que no iban a seguir, se alejó y apoyó la espalda, resignado.

—¿No te apetece?

Ella ignoró la pregunta. Le apetecía, por supuesto. Pero iba a usar el comodín de la urgencia sexual por resolver, aunque fuera una jugada muy ruin.

—Jaime, ¿estás bien?

—¿A qué viene eso ahora? —se sorprendió—. Claro que estoy bien.

—Me refiero a si estás bien conmigo.

—¿Qué? ¿Acaso lo dudas?

La cara de Jaime lo decía todo, no entendía adónde quería llegar. Tendría que ser más precisa.

—No sé, siempre has sido muy cariñoso conmigo, y últimamente... No quieres que me quede en tu casa, siempre andas ocupado… —Exageraba, pero pretendía llevar a su novio al límite para que confesara.

—Compréndeme, tengo que encargarme de un negocio que no conozco —se excusó él.

—Venga, Jaime, ya te has hecho con él, lo llevas mejor que tu padre. —Se levantó y abandonó el *jacuzzi.* Se tapó con el albornoz. La parte de arriba del bikini se quedó flotando. Extendió la mano para que Jaime se la diera. Él, obediente, lo hizo—. Sucede algo. Conmigo o con otra cosa, y no me lo quieres contar. ¿No se supone que somos pareja para confiar el uno en el otro? ¿O solo lo somos para follar?

JAIME

Se quedó boquiabierto; no sabía qué responder. Hasta hacía bien poco, él era el que sospechaba que Ada lo quería solo para eso. Salió del agua y la observó, perplejo. ¿Qué podía decir? Al fin y al

cabo, él había propuesto tener una relación de verdad; y ella tenía razón al quejarse, porque sí le estaba ocultando algo. Había asuntos que lo desvelaban cada noche y no era capaz de confesárselos porque, en parte, lo avergonzaban.

Se secó deprisa y, en silencio, se quitó el bañador para ponerse el pantalón del pijama, dejando su torso desnudo. Percibía los ojos de Ada escrutando sus movimientos, ofendida, cansada de esa mentira. Y a él le daba pavor perderla, por lo que tuvo que sincerarse:

—Está bien. Hay algo.

—Lo sabía.

—No tiene que ver contigo. —Hizo una pausa para armarse de valor y continuó—. He revisado las cuentas de la revista. Quería mejorar ciertos aspectos y para eso necesitaba conocer el dinero del que se disponía, optimizar los recursos... Y he encontrado ciertas… irregularidades.

Ada abrió mucho los ojos. Era evidente que no imaginaba que los tiros irían por ahí.

—¿Qué tipo de irregularidades?

—Entradas y salidas de dinero sin justificar.

—¿Y qué piensas que es?

—Nada bueno —murmuró—. O nos roban, o algo más turbio. Estoy preocupado.

Notó que su corazón se aceleraba, presa del desasosiego que le producía pensar que cualquier respuesta a las preguntas que se hacía sería insatisfactoria. Se obligó a serenarse: no podía mostrarse débil, no era propio de un hombre hecho y derecho.

—Lo siento —se disculpó ella.

—¿Por qué?

Ada se acercó a él y se sentó a su lado, después le acarició la espalda para consolarlo y le dio un beso cariñoso en el hombro.

—Porque te he presionado.

—No pasa nada.

—¿Por qué no lo hablas con tu padre? Quizás no sea nada y te estés agobiando por una chorrada.

—Me da miedo descubrir la verdad.

—El miedo no te va a llevar a ningún sitio, Jaime.

Él negó con la cabeza, no iba a enfrentarse a sus problemas en ese momento. Estaban ahí para disfrutar, para distraerse de todo lo que había pasado en el último mes. Y eso iban a hacer.

—Ahora mismo no quiero moverme de aquí —susurró él, y la besó mientras la empujaba con mimo para tumbarla en la cama.

Abrió el albornoz que Ada se había puesto y besó su cadera para descender hasta el centro de su placer. Ella dejó escapar un suspiro que lo excitó muchísimo. Iba a continuar lo que había empezado en el *jacuzzi,* lo necesitaba. Y su novia parecía más que dispuesta. Así que dio por zanjada la conversación.

GORKA

Acabaron en Malasaña, como era de esperar, pues era la zona que más frecuentaban los tres.

Gorka se sorprendió con la verdadera cara de sus compañeros de grupo. Sobre todo, con Lewis, que resultó no ser tan tímido como aparentaba. Había conseguido sacar tres rondas de chupitos gratis a una camarera y enseguida hablaba con cualquiera, desaparecía y aparecía con gente que conocía o que acababa de conocer. Aunque siempre volvía con ellos dos, aseguraba que era de mala educación abandonar a las personas con las que se empezaba la noche. «Ante todo, lealtad», afirmó. A Gorka esa teoría le hizo mucha gracia. Ya le podría dar a Ismail lecciones sobre eso, siempre lo dejaba colgado.

Eran cerca de las cuatro de la mañana y estaban jugando al futbolín. Reían, bebían, bromeaban. Ninguno parecía echar de menos al malhumorado Damián. Él, el que menos.

Cuando se acabaron los balones de la enésima partida, Lewis aprovechó para ir al servicio y Gorka anunció que salía a fumar. Jess lo acompañó. Había refrescado y no llevaban chaqueta, así que se refugiaron en un portal que había al lado del bar para protegerse del aire.

—Pobres los que vivan aquí. Menuda ruidera —comentó mientras encendía un cigarrillo.

—Serán sordos o estarán de fiesta también. ¿Me das uno? —preguntó ella.

Gorka sacó otro y se lo tendió. Solía fumar tabaco de liar, pero se le había terminado y había tenido que recurrir a una máquina expendedora.

—No deberías, es malo para la voz.

—Te aseguro que la ansiedad me ha costado más afonías que el tabaco. Mejor relajarme echando humo.

—Eres un manojo de nervios. Me da a mí que esto no te hace nada.

Ella rio y se aproximó a él. Se quedaron demasiado pegados. Podía sentir la respiración agitada de la cantante en el rostro, intuía su pecho subir y bajar. El movimiento de sus densas pestañas al acompañar sus párpados era hipnótico.

Un carraspeo de Jess lo sacó de su ensimismamiento. La chica se puso el cigarrillo en la boca y lo movió con los labios de arriba abajo, demandando fuego. Él acercó el mechero y lo encendió para que se lo prendiera.

Mientras expulsaba el humo de la primera calada, la observó con detenimiento. No era guapa; más bien era diferente, con ese pelo rubio en un cardado imposible, como sacada de un videoclip de Mecano. Delgadísima, tanto que parecía hasta tener la cabeza demasiado grande para ese cuerpecillo. La joven sonrió, como satisfecha por toda la atención que había acaparado, y él desvió la mirada.

—¿Qué te parece el grupo? —preguntó ella.

—Sois buenos. Creo que podemos hacer cosas chulas.

—Podemos. Eso ya lo sé. El mes que viene empiezan los bolos. ¿Aguantarás al Dami?

Se encogió de hombros y la cantante volvió a arrimarse a él. Gorka quiso achacarlo a que tenía frío y necesitaba calor humano. Aunque, en el fondo, intuía que no era ese el motivo. Jess le sujetó la barbilla y le giró la cara para que la mirara. Sus ojos eran como dos pistolas cargadas a punto de disparar. Sintió el peligro que esa

chica significaba. Y, por desgracia, le gustó. Sabía lo que iba a suceder, estaba a tiempo de detenerlo, y no lo hizo. Jess se puso de puntillas y lo besó. No un beso inocente, su lengua hurgó para encontrar la suya.

Gorka saboreó los labios de la cantante solo un instante, solo hasta que la imagen de Blanca inundó su mente como un cartel luminoso.

—Para. Estoy con una persona.

Ella soltó una carcajada y lo volvió a intentar. Él se retiró antes de que alcanzara su boca.

—Está bien, hay que serle fiel a algo, ¿no? —se conformó ella, y él asintió sin mirarla—. Sin embargo, te equivocas al regalar tu fidelidad a una chica. —Gorka se giró, extrañado, ¿a qué venía eso? —. Tener pareja es una putada. Somos jóvenes, tenemos que ser libres. Libres.

Se puso de puntillas de nuevo y extendió los brazos. Los agitó arriba y abajo y giró despacio, con gracia, como si imitara el vuelo de un pájaro. Después, entonó una canción de Lenny Kravitz. Primero, bajito, aunque después subió el volumen y todos pudieron oírla.

Gorka no podía apartar los ojos de ella, parecía una artista de musical. O una loca, según se mirara. Cuando finalizó, alguien aplaudió. Era Lewis que los contemplaba con la cabeza ladeada, probablemente adivinando lo que había ocurrido. Gorka se unió al aplauso, y unos cuantos transeúntes más. Ella lo agradeció con una reverencia muy teatral. Ni una pizca de vergüenza, nada que ver con la chica del metro, ese amor platónico que se había diluido en el olvido.

A Gorka le había quedado claro que Jess adoraba ser alabada, sabía lo que quería y lo tomaba. Y ahora se había encaprichado de él. Un escalofrío recorrió su espalda: ¿Podría evitar dejarse arrastrar por ese huracán, o terminaría por ser engullido? ¿Y si tenía razón: por qué serle fiel a una chica?

VIII. MARTES, 23

NURIA

—¿Has hecho lo que te dije? Leer la lista todas las noches —preguntó.

—Sí —contestó David y, seguido, miró al suelo, como avergonzado—. Nuria, tengo un problema.

«¿Otro?» pensó ella; sin embargo, se lo calló. Seriedad. Sobre todo, con él. No debería haber aceptado tratarlo, sus impulsos como amiga iban a tener que pelearse con sus obligaciones como psicóloga.

—¿Qué pasa?

—No sé si debería contártelo. Quiero decir, a ti como amiga. A ti como psicóloga, sí.

Esa era la cuestión, el constante dilema de esa relación profesional. El abogado también era consciente de que se hallaban en una encrucijada, no era idiota.

—Cuéntamelo, sabré como manejar la información —mintió.

Se estaba acostumbrando a engañar y cada vez se le daba mejor.

Él pareció meditarlo, como si no estuviera muy convencido de que hablar fuera conveniente. No obstante, enseguida se lanzó.

—Es Pau. El padre de Sergio quiere la custodia y me ha pedido que sea su abogado.

Se le erizó el vello. Pau era muy fuerte, demasiado, pero esa situación era horrible. ¿Podría soportarlo? Quiso salir corriendo y llamarlo, intentar brindarle consuelo. Pau y ella siempre habían estado conectados de un modo especial, se sentían los menos afortunados del grupo. Sin embargo, él ganaba en el infortunio.

Reprimió sus ganas de rescatar a su otro amigo y se centró en el que tenía delante. No podía ser psicóloga de todos, y el único que había demandado sus servicios era David.

—¿Qué le has dicho?

—Que lo pensaría. —El chico tomó aire y se frotó los ojos antes de exponer su sarta de excusas—: Es que no me siento preparado. Es mucha responsabilidad y estoy hecho polvo. Estoy destrozado por todas partes. No consigo mirarme al espejo y reconocerme. Solo veo una mierda, unos pedazos…

—David —lo llamó al orden. Él salió de su bucle y escuchó—. Te voy a aconsejar primero como psicóloga y luego como amiga. Como psicóloga te diré que estás en lo cierto con que no es buena idea mezclar lo personal y lo profesional. No obstante, creo que te vendría bien aceptar esa responsabilidad, es tu amigo. —Hizo una pausa y se quitó la máscara de su profesión para desatar su enfado —. Como amiga te digo que no seas egoísta y lo ayudes. No tiene a nadie más aparte de nosotros, somos su familia. Así que, trágate tus problemas y haz algo por los demás.

Su paciente se levantó y dio un par de vueltas por la estancia.

Nuria agradeció ver que eso le importaba de verdad, había llegado a pensar que su amigo se hallaba en un bloqueo inmenso en el que solo podía compadecerse de sí mismo.

David se pasó la mano por el pelo que, desde que trabajaba, había vuelto a peinarse. Después se acomodó en la silla y la miró a los ojos.

Ella se estremeció. Ese hombre tenía los ojos más bonitos que había visto jamás. Con esas pestañas espesas, ese azul… De adolescente andaba loca por él, como todo el instituto, en realidad. Cuando rebajó el nivel de hormonas, se acabó esa estúpida atracción, ¿no? Ahora que lo observaba con detenimiento… Bueno, estaba claro que físicamente siempre la iba a atraer.

—¿Y si fracaso? No me lo perdonaré. —David la hizo volver a la realidad.

—¿Y si fracaso yo contigo?

Nuria alargó la mano y él se la cogió, como si así pudiera tomar las fuerzas que necesitaba. Ojalá fuera tan sencillo. Transcurridos unos segundos que a ella se le hicieron cortos, la soltó.

—Tienes razón —concedió—. Dejar de ser un capullo es el primer paso para empezar a reconocerme. Lo haré. Gracias. —Sonrió, y a Nuria se le cortó la respiración. ¿Qué le pasaba hoy? ¿Por qué le parecía tan sumamente atractivo? ¡Era el mismo de siempre!—. ¿Hemos acabado?

Sacudió la cabeza para centrarse. No podía permitirse esos pensamientos.

—Saca tu lista, vamos a añadir más cosas. Además, tenemos que repasar juntos tus test de personalidad. Quiero comentarte un par de cosillas.

—¿Y cuándo me vas a mostrar los cartelitos esos con manchas para comprobar si veo un perrito o un hacha? —ironizó mucho más relajado.

—Ja, ja y ja. ¿Ves, David? Ahí estás tú, en ese humor. Yo sí te reconozco. Estás, y pronto vas a salir.

—Claro que sí —afirmó él con cierta confianza, y, acto seguido, le enseñó las anotaciones que habían empezado la sesión anterior.

IX. VIERNES, 26

ADA

Se vistió con una falda fucsia plisada que le tapaba hasta justo encima de los tobillos y un top blanco de manga larga con encaje. Completó el conjunto con un moño alto y unos zapatos sin mucho tacón. Le habían pedido que fuera elegante.

No era la primera vez que iba a un preestreno, aunque sí era nuevo para ella ser la fotógrafa oficial. Durante esa semana había trabajado codo con codo con los actores, había tenido que hacerles fotos a todos para un reportaje que colgarían en la web de la cadena. Había estado genial. Además, Víctor merodeaba por allí y aprovechaban los descansos para charlar. Currar con su mejor amigo había sido una maravilla.

Esa noche, cuando acabara el visionado del primer capítulo, también podía quedarse a la celebración con el equipo, los actores y algunos periodistas, entre los que se encontraba Enrique, que cubriría la pieza para la revista.

Lo vio en la alfombra roja. Lo saludó con la mano desde lejos, y él le dedicó una de esas sonrisas que la desarmaban. Estaba… perfecto. Llevaba un traje negro y una camisa blanca, sin corbata. Hacía preguntas a los intérpretes de la serie y a las celebridades invitadas, bromeaba con ellos y tomaba notas. Su compañero caía bien a la gente, y eso era un punto a favor para su profesión.

En el cine, antes de la proyección, los actores y el productor hablaron para el regocijo de los fans, que gritaban y aplaudían; sobre todo, a la estrella naciente: Samuel Vela. Era innegable el atractivo de ese chico, capaz de derretir a todas las mujeres y hombres del cine con esa sonrisa canalla y su mirada desafiante. Un seductor nato.

El capítulo duró una hora. Tras los títulos de crédito, ovacionaron el resultado durante varios minutos en los que ella aprovechó para capturar las reacciones de los protagonistas. Después abandonaron el cine para encaminarse a la discoteca. Los actores firmaron autógrafos, se hicieron *selfies*, y a continuación, escoltados por los encargados de producción (entre los que estaba Víctor) y los de seguridad, se metieron en los coches.

La sala había cerrado para ellos. A Ada le espantaba la idea de estar en compañía de tanto famoso, se sentía fuera de lugar. No obstante, se quedaría, al menos un ratillo. Si no lograba divertirse, se marcharía.

Dejó la cámara en el guardarropa, rezando por que no la perdieran, y se dirigió a la barra a por una copa. Ya había acabado su jornada laboral, le estaba permitido beber alcohol. Pidió un *gin-tonic* y, con él en la mano, apoyó la espalda en la barra para contemplar el ambiente.

Enrique apareció junto a ella pocos minutos más tarde y se decantó por una cerveza.

—¿Intentas esquivarme? No te he visto apenas —bromeó él.

—Para nada. De hecho, te estaba esperando. —Acto seguido, se arrepintió. Pese a que no tenía que coquetear con él, no lo podía evitar.

—Pues aquí me tienes —le susurró él al oído.

Todo su cuerpo respondió al sonido de su voz. Estaba bien jodida. Eso le pasaba por provocarlo. Decidió virar la conversación hacia un terreno más seguro:

—¿Qué tal ha ido?

—Bien. ¿A ti? ¿Te has apañado bien esta semana?

—Ha sido una maldita locura, pero ya está. Fin. ¿Te ha gustado el episodio?

—Bueno, no es lo que suelo ver, aunque ha sido entretenido.

—¿Y tú qué ves, documentales de La Dos? —se burló ella. Enrique miró al suelo y negó con la cabeza en un gesto entre divertido y adorable.

—Tengo una niña pequeña. En este momento de mi vida no puedes sacarme de *Peppa Pig.*

Ada movió la cabeza para arrancarlo de su campo visual. De algún modo que no podía explicar, le incomodaba que nombrara a su hija o a su mujer en su presencia. No tenía sentido; al fin y al cabo, lo que quisiera que hubiera sucedido entre ellos, se había acabado. Aun así no podía evitarlo, era una emoción que estaba, que le ardía bajo la piel.

—Te he echado de menos estos días —le confesó Enrique.

Ella alzó la mirada para encontrarse con sus ojos, todavía más oscuros por el deseo. Se mordió el labio inferior mientras hacía verdaderos esfuerzos por no confesarle que ella también le había echado en falta.

Justo entonces, cuando ambos percibían la tensión del momento, un hombre se acercó al periodista y lo saludó.

Ada aprovechó para escabullirse y encontrarse con Víctor, que andaba ocupado atendiendo los antojos de una de las actrices. Cuando finalizó, reparó en la presencia de su amiga y la abrazó.

—¿Te lo pasas bien? —preguntó él.

—No conozco a mucha gente, solo de vista…

—Puedes quedarte conmigo. ¿No está Enrique?

—No sé si quiero estar con él —reconoció, todavía turbada por lo que acababa de suceder.

Él asintió. La conocía tan bien que no precisaba de más explicaciones.

—Te voy a llevar con mis compañeros, así, si tengo que hacer algo, no te dejo vagando sola por aquí.

Al darse la vuelta casi se chocó con Samuel Vela, que había surgido como de la nada delante de ellos. Destilaba un halo de perfecto galán de cine mezclado con tintes de chico rebelde que lo hacía irresistible. Ada pensó que era la versión castaña y española de James Dean.

—Parece que tú y yo estamos destinados a chocar —le comentó a Víctor el actor.

Ada no entendió a qué se refería, supuso que sería un asunto entre ellos.

—Lo siento, Samuel.

—Tu nombre era… Ada, ¿no? La fotógrafa —dijo él con indiferencia.

Ella hizo una mueca. Estaba segura de que se acordaba de cómo se llamaba, tan solo pretendía hacerse el interesante.

—Sí, pasé media tarde contigo, retratándote. ¿En serio te aprendes los guiones con esa memoria? —le soltó.

Víctor la contempló estupefacto, parecía descolocado ante ese atrevimiento. A Ada le importaba bien poco que ese tío fuera una promesa del cine, era imbécil. Cuando Víctor encajó lo que acababa de suceder, no pudo reprimir una carcajada. Samuel, al contrario de lo que ella imaginaba, también rio.

—Me soplan las líneas —contestó él, inclinándose para hablarle al oído, como si le estuviera contando un gran secreto. Después se marchó sin añadir nada más, y sin dar muestras de haberse ofendido.

—Este tío es muy raro —señaló ella cuando el actor estaba lo suficiente lejos como para escucharlos.

—Las chicas dicen que es un ligón. Míralos, ahí están.

La guio hacia donde permanecían Leticia, Claudia y Alberto, y le recordó sus nombres, con ellos había coincidido poco durante sus días en el plató.

* * *

En cuanto Víctor tuvo que desaparecer de nuevo para atender a otra actriz, Ada se ahogó en una conversación en la que nada tenía que aportar. Consultó el reloj. Eran las cuatro y media. Tal vez podría irse a casa.

Anduvo con paso rápido hacia el guardarropa, pero una mano la sujetó del codo antes de que pudiera alcanzar su destino. Enrique,

cómo no.

—¡Ey! ¿Te vas? —dijo él. Su decepción era evidente.

—Creo que sí.

—Te invito a la última.

—Está todo pagado. —Su proposición no tenía mucho sentido, cuando la bebida era gratis.

—Te invito a que te la tomes conmigo, ¿mejor así?

Ella sonrió y lo siguió hasta la barra. En ese momento fue muy consciente de que había bebido bastante: las luces empezaban a marearla. Lo que hacía el aburrimiento: ¿Cuántos cubatas se había metido en el cuerpo mientras escuchaba a Leticia quejarse de su sueldo? Suspiró.

El periodista le pidió otra copa. Él llevaba en la mano una cerveza. «Buena elección, menos alcohol» reconoció en silencio.

—¿Te gusta bailar? —preguntó ella y, por segunda vez en esa noche, se arrepintió de haber abierto la boca.

Su compañero, sin contestar, le quitó la copa y dejó las bebidas en la barra. La llevó hacia el centro del local y rodeó su cadera con los brazos. Ada colocó las manos tras su nuca y se dejó llevar. No se le daba mal, aunque sin duda, no era su mejor destreza. Había otras cosas que hacía mejor… «Ada, frena», se impuso.

Enrique le hizo dar una vuelta de una forma un poco torpe y ella rio.

—¿Tan mal lo hago que te ríes de mí? —dijo él con sorna. No parecía importarle.

—Nunca había bailado contigo —contestó, evitando darle una respuesta.

—Pocas cosas nos quedan por hacer, entonces —observó él.

Y de nuevo esa mirada que prometía algo salvaje. Divertido. Jodidamente placentero. La anticipación hizo que sintiera una descarga en su bajo vientre.

El periodista le acarició la mejilla, y ese gesto tan simple, tan poco cargado de sensualidad si hubiera venido de otra persona, derribó todas las barreras que había alzado frente a él. Incluso se le escapó un gemido débil. ¿Qué tenía Enrique? No podía controlarlo.

Se abrazó a él y elevó la barbilla para darle un beso. Como imaginaba, su compañero no se apartó. Él también lo ansiaba. La había buscado toda la maldita noche y lo había conseguido sin despeinarse siquiera. Qué fácil caía ella en sus brazos.

Enrique entrelazó los dedos con los suyos y la llevó hacia un lugar de la discoteca apartado, oscuro y tranquilo.

—Aquí no nos ven —murmuró, y volvió a besarla.

En ese instante, la parte del cerebro de Ada que no se había rendido al deseo gritó para advertirle. ¿Se estaba escondiendo? ¿Desde cuándo se ocultaba? Ah, sí, desde que le había prometido a su novio que le sería fiel y desde que se acostaba reiteradamente con un hombre casado. Se retiró dando un pequeño paso atrás.

—No puedo. Esto no está bien —susurró.

Enrique, lejos de enfadarse, la abrazó. Dejó que apoyara la cabeza en su hombro y le acarició el pelo. Ella lo agradeció. Necesitaba consolarse, que alguien la convenciera de que no la había cagado otra vez, de que se había frenado a tiempo. Aunque no fuera cierto: se habían besado.

—No pasa nada.

—¿Cómo puedes hacerlo? Te acuestas con una mujer, y luego vuelves a casa con la tuya y…

—No me hagas esa pregunta, por favor. Tú, no —rogó.

No entendió ese «tú, no». No quiso indagar, estaba demasiado confusa.

—Me voy a casa —anunció cuando sintió que ese abrazo se estaba extendiendo demasiado en el tiempo.

—Puedo acompañarte —se ofreció.

Ada estaba segura de que solo era un gesto caballeroso. Aun con todo, no quiso aceptar. Notaba su piel arder de nuevo; los labios, hormigueando porque buscaban contacto con los de él. No podía tentar a la suerte.

—No. Prefiero…

Enrique asintió sin dejar que finalizara la frase.

Se despegó de él, poco a poco, como si le costara un mundo despedirse de ese cuerpo.

Y se marchó.

VÍCTOR

Había salido a fumar. No a la puerta principal, sino a otra trasera menos transitada, libre de los seguidores que hacían guardia. Ninguno por él, eso era así. La cuestión era que prefería fumar en soledad y pensar. Acababa de ver a Ada besar a Enrique. Otra vez. No iba a juzgarla, nunca lo haría, era su amiga. Bastante tenía ella con el lío que llevaba en la cabeza.

Calculó que le quedaban un par de caladas. Empezó a armarse de valor para volver dentro y averiguar hasta dónde la había cagado la fotógrafa, cuando Samuel Vela apareció.

No sabía muy bien qué hablar con él. Aparte del trabajo, no tenía mucho en común con el actor principal de la serie. No tenían mucho trato, pues Vela siempre se rodeaba de mujeres.

—¿Buscas a mi amiga? —preguntó Víctor, fue lo primero que se le vino a la mente. Samuel elevó las cejas, sorprendido.

—No. ¿Por qué?

—Me ha parecido que te interesaba. Quiero decir, con la bordería que te ha soltado y tú…

—Me ha hecho gracia. Poca gente me habla así —admitió él—. Tu amiga es mona, no lo voy a negar. Aunque no es mi tipo.

—Me alegra, porque solo le faltaba un pretendiente más —dijo consciente de que al actor le importaban bien poco los problemas de Ada.

—¿No quieres saber cuál es mi tipo?

Víctor dio la última calada y tiró el cigarro. Se encogió de hombros, no comprendía a qué venía eso. ¿Pretendía mantener una conversación de machito ibérico con él? ¿Hablar sobre cuál estaba más buena de todo el rodaje? Pues no había elegido al interlocutor adecuado. En cualquier otra situación, hubiera sido aplastantemente sincero, sin embargo, decidió jugar al juego de Samuel solo para ver qué sucedía. Si se excedía y hacía algún comentario fuera de lugar podría darle un buen corte que lo pusiera en su sitio. No le gustaban los chulitos.

—¿Cuál es tu tipo? —preguntó, alzando los ojos.

Se encontró con una mirada de Samuel que lo puso en alerta. Una mirada que parecía querer atravesarlo o, mejor dicho, comérselo. Se le borró la sonrisa burlona. Se le secó la boca. Tembló.

—Me gustan con el pelo rizado, rubio —el actor dio un paso hacia él. A Víctor se le aceleró el corazón—, ojos azules, poca barba, labios finos. —Recorrió los labios de Víctor con el dedo índice, y después lo deslizó por su cuello hasta colocar la palma en su nuca. Estaba muy próximo a él—. No me gusta que sean más altos que yo, ni tampoco que se maten en el gimnasio, sé lo duro que es y la mala leche que te pone —comentó, y rio suave, ronco. Muy sensual.

Él no tuvo valor ni para acompañarlo en su risa. No le hacía gracia, le estaba provocando otra sensación bien diferente. Todavía tenía la mano de su interlocutor en la nuca, la notaba fría, pero no le molestaba. Le gustaba ese roce. Un momento: ¿En serio le molaba ese tío? Era un creído. De hecho: ¿desde cuándo Samuel era gay?

No pudo contestarse, el actor lo besó. Un beso endemoniadamente lento que lo excitó muchísimo.

Víctor se dejó llevar unos segundos, perdido en el ritmo del beso, disfrutándolo. Después lo empujó sin brusquedad, con toda la elegancia que encontró.

—¿Qué haces? —se atrevió a decir. Al fin y al cabo, aunque le hubiera resultado muy agradable, el actor lo había hecho sin su permiso.

—Ser yo —contestó Samuel—. Siento si… Si te has sentido mal.

—No, no. Solo que no lo esperaba. Creía que…

—¿Que era hetero? —adivinó. Él asintió—. Mi mánager insiste en que no es buen momento para salir del armario.

—¿Sabe que estamos en el siglo XXI?

—Eso me pregunto yo.

Los dos rieron con timidez. El actor se apartó un poco y el silencio los envolvió como un manto oscuro.

Víctor se sintió incómodo. ¿Qué podían hacer? ¿Entrar los dos juntos como si nada? ¿Seguir besándose? ¿Y si alguien los veía? Tampoco parecía que su compañero tuviera mucho interés en continuar lo que habían empezado, lo que lo descolocaba aún más.

Dejó pasar unos minutos, aguardando a que el otro tomara la iniciativa; pero se había quedado callado, con los ojos clavados en el suelo.

—Creo que voy a volver a la fiesta —informó él, al fin.

—Yo voy a tomar un poco más el aire, me vendrá bien —murmuró en respuesta.

Víctor se escabulló de esa situación tan extraña y buscó a Ada. Le importaba bien poco que tuviera la lengua de Enrique metida en la garganta, necesitaba hablar con ella. Dio un par de vueltas hasta que encontró al periodista. Solo. Supuso que sabría dónde estaba ella, de forma que lo abordó:

—¿Y Ada?

—Se ha marchado —contestó con pena.

—¿Sin ti?

Enrique exhibió su mejor cara de póker, como si fuera una cosa incongruente que se hubieran ido juntos.

—No te molestes en fingir —continuó Víctor—, os he visto antes. Y sé que os habéis acostado… alguna vez.

—Ada siempre dice que eres muy directo.

—Y lo soy —reconoció—. ¿Te gusta? ¿La quieres?

Sintió la necesidad de proteger a su mejor amiga. No quería que Enrique jugara con ella. No quería que Ada sufriera. Parecía que lo ocurrido con Samuel le había hecho reaccionar como si fuera un justiciero en busca de la verdad.

El periodista le sostuvo la mirada, incrédulo ante su atrevimiento.

—No creo que tenga que hablarlo contigo.

—¿Y contigo mismo, lo has hablado?

El compañero de Ada negó con la cabeza, giró sobre sus talones y desapareció entre el gentío.

«Lo de estos dos no va a acabar bien», pensó Víctor al ver cómo se alejaba, cabizbajo, dispuesto a beberse todo lo que quedara en la barra.

X. SÁBADO, 27

DAVID

Cualquier cosa que significara mantener la cabeza ocupada le parecía un buen plan. Por eso, que Víctor los invitara a hacer un *escape room* para su cumpleaños (con unos cuantos días de retraso) era perfecto. Después cenarían juntos y saldrían un rato con sus colegas de la universidad.

No era la primera vez que hacían un juego de escape, sin embargo, este se les estaba atragantando. Llevaban atascados unos veinte minutos y ya dudaban de poder salir a tiempo.

Pau estaba apartado, dándole vueltas a una caja. David pensó que era el momento idóneo para anunciarle la decisión que había tomado con respecto a lo de su hermano. Aunque se distrajeran cinco minutos, el equipo no perdería mucho.

—Pau —lo llamó. Él no se giró, supuso que estaba enfadado, y con razón—. Lo he pensado, como te dije. Voy a hacerlo. He hablado con mi jefe y no hay problema; puedo trabajar gratis, me dejan los recursos del bufete y…

Lo que acababa de decir no era del todo verdad. David había colado el caso en el despacho de abogados, omitiendo que su cliente no podía pagar. Él correría con todos los gastos. Eso no se lo iba a confesar a su amigo, porque era capaz de negarse y no lo podía permitir.

—¿En serio? —Pau trasladó su atención de la caja a él—. Menos mal, no se me ocurría a quién recurrir.

—Haré todo lo que pueda para que ese cabrón no te quite a tu hermano.

Su amigo no pudo reprimirse y lo abrazó.

Sobre David cayó a plomo una evidencia: lo abrazaban muy poco. Había seguido con sus aventuras sexuales a pesar de la terapia; no obstante, conseguía escaso cariño sincero.

Víctor los vio y silbó para reprenderles:

—¡Oye! Al lío, dejad los mimitos para luego.

David negó con la cabeza y le hizo una peineta.

VÍCTOR

Tras devolverle el obsceno gesto a David, se marchó a un lado de la habitación y le pidió a Ada que fuera con él, tenían una conversación pendiente.

La fotógrafa lo siguió y se centró en el candado que tenían delante.

—Te advertí de que la cagarías —le susurró.

Ella levantó la cabeza, con los ojos muy abiertos. No entendía por dónde iban los tiros.

—Te pillé con Enrique ayer.

—No sucedió nada —aclaró deprisa.

—Ay, Ada. Eso no te lo crees ni tú.

—Dos besos, fueron dos malditos besos. Y me fui.

—Continúa la frase: te fuiste porque si te quedabas…

—… la iba a cagar —completó, y se enrolló un mechón de pelo en el dedo mientras soltaba un bufido de hastío—. No se lo digas a Nuria, por favor, no quiero que me monte otro numerito. No necesito más reproches que los que yo misma me hago.

—No se lo voy a decir a nadie —aseguró. Solo pretendía que recapacitara—. ¿Qué vas a hacer?

—Tomar bromuro cada vez que me toque trabajar con él —contestó con amargura, y se apartó, dando por zanjada la conversación.

Víctor se quedó con las ganas de compartir con ella su escenita con Samuel. Otra vez sería.

XI. LUNES, 29

ADA

Jaime la llamó a su despacho a primera hora. Su sorpresa llegó cuando, al entrar, vio que Enrique también estaba allí. Resopló. Se sentía tan culpable por lo sucedido el día del preestreno que desintegrarse en ese momento no le parecía una alternativa desagradable. Se colocó frente a su novio, separándose todo lo que pudo de Enrique.

—Tengo buenas noticias para vosotros —anunció el jefe—. ¿Te acuerdas, Enrique, de la invitación que recibimos para ese festival de música en Roma? —El periodista asintió—. Vais a ir los dos. Un fin de semana en Italia a gastos pagados. ¿Qué os parece?

«Una puta locura. No me hagas esto, Jaime. Mejor, no te lo hagas a ti mismo», pensó ella mientras un calor inhumano ascendía hasta sus orejas.

—¿Nosotros? —se cercioró, señalándose a sí misma y a su compañero de forma intermitente.

Enrique se mantuvo en silencio y eso la irritó: ¿No se daba cuenta de lo que eso significaba? Convivir tantas horas juntos era una trampa mortal. ¡Si en quince minutos a solas en una discoteca llena de gente, estuvieron a punto de liarla!

—Sois los mejores —argumentó Jaime.

—Tampoco es para tanto —musitó ella. Seguido, decidió atacar por la vía sentimental sin importarle que Enrique estuviera delante —: Pensaba que querías pasar más tiempo conmigo.

Jaime frunció el ceño. Era evidente que no esperaba que le saliera con esas, no era propio de ella.

—Ada, es una magnífica oportunidad, te irá bien para el currículum, créeme.

—Está bien —aceptó ella. No iba a discutir, no se le ocurrían motivos convincentes que dar, e insistir solo levantaría sospechas—. Voy a currar, tengo unas fotos del preestreno aún sin editar.

Se giró para huir. No podía seguir sosteniéndole la mirada a Jaime sin echarse a llorar. No se encontraba bien. Tenía la respiración agitada y el pulso le iba a mil. O a dos mil. Si antes deseaba desintegrase, ahora lo necesitaba. Con urgencia.

Enrique salió tras ella y Ada puso los ojos en blanco mientras su corazón decidía aumentar más el ritmo. Tres mil. La alcanzó enseguida y caminó a su lado hasta la máquina de café, fuera del campo de visión que su jefe tenía desde el despacho. De nuevo, escondiéndose.

—¿Qué narices te pasa? —le recriminó él en voz baja.

—¿Cómo que qué me pasa? No puedo estar contigo un fin de semana. No puedo —dijo, muy tensa.

Ada intentó respirar, concentrarse en el presente y no adelantar lo que (seguro) pasaría si terminaba yéndose con la tentación en persona a Roma.

—No somos animales, podemos controlarnos.

—¡Ja! ¿Igual que en el preestreno?

Su compañero sacó unas monedas y pulsó para servirse un café descafeinado con leche.

—¿Quieres algo? —le preguntó a ella.

—No. ¿Qué coño vamos a hacer? —Enterró la cara entre las manos.

—Lo siento de verdad.

—¿Qué sientes? —se extrañó ella y lo miró a los ojos. Parecía abatido. Triste.

—Causarte tantos quebraderos de cabeza. No es mi intención que sufras, Ada —reconoció—. Escucha, me inventaré una excusa, que tengo que quedarme con mi hija. Cualquier cosa. Tranquila.

Recogió su café y se marchó, dejándola con la boca abierta, intentando asimilar esas inesperadas disculpas.

VÍCTOR

Entró en el set de rodaje algo adormilado, no había descansado mucho. Nada más llegar notó que sus compañeros se fijaban demasiado en él. Al principio no le dio importancia, pero transcurrían los minutos y el panorama no cambiaba, así que comenzó a preguntarse qué ocurría. Al final, se acercó a Claudia con el fin de buscar alguna explicación a eso de ser el centro de atención.

—Qué calladito te lo tenías, ¿no? —le soltó ella antes de que abriera la boca.

No sabía a qué se refería, pero al menos estaba claro que iba a encontrar la respuesta que perseguía.

—¿Qué dices?

Claudia le tendió una revista.

—Página doce.

La abrió despacio, sin mucho entusiasmo. Era una revista del corazón, le interesaba entre poco y nada su contenido. Alcanzó la página doce y sus ojos se abrieron como platos. Todo el sueño que arrastraba se evaporó de golpe.

Primera foto: Samuel Vela le acariciaba el pelo frente a la puerta trasera de la discoteca.

Segunda foto: Samuel Vela le rozaba los labios.

Tercera foto, enorme, ocupando tres cuartos de folio: Samuel Vela lo besaba.

Titular: «¿Ha salido Samuel Vela del armario?».

Subtítulo: «¿Quién es el misterioso chico que ha robado el corazón de nuestro actor favorito?».

Se golpeó con la revista en la frente.

—Hostia —murmuró.

—¿Y bien? —indagó Claudia.

—No pasó nada. —Y recordó a Ada recitando la misma frase. Al final sí que se parecían ellos dos.

—¿Sabías que era gay?

—Pues no, me besó y me quedé flipando —admitió.

Se estremeció cuando Luis Pujalte pasó por su lado y lo llamó a su despacho. Supuso que lo iba a despedir por su indiscreción. Aunque, ¿por qué? Él cumplía con su trabajo y no había hecho nada malo. De hecho, aunque se hubiera tirado cada día a Samuel Vela no afectaría ni un ápice a su profesionalidad. Pese a ello, nunca había estado tan asustado.

—Siéntate, Víctor —le pidió Luis una vez que cerró la puerta. Hizo caso—. ¿Ya has visto la revista?

—Sí.

—El mánager de Vela está hecho una furia. Quiere que rescinda tu contrato. Lleva intentando encubrir su orientación sexual desde que saltó a la fama y ahora…

—Esto es alucinante —susurró. No se lo podía creer. El enfado creció a una velocidad vertiginosa, como una llamarada.

—Tranquilo. He frenado a los leones. No te vamos a echar. A cambio, tú te alejarás de Samuel y de la prensa.

Se encogió de hombros, indiferente. Le daba igual la prensa y Samuel no le gustaba. A ver, solo le parecía mono, no estaba enamorado. No le costaría *alejarse* de él, pues tampoco había nada entre ellos.

—Sin problema. Gracias, Luis.

—Hay algo más. —El productor se inclinó hacia delante—: Estas fotos… ¿no las tomaría tu amiga? Hay quien sospecha que buscáis sacar tajada de un famoso.

—Por Dios, mi amiga no haría eso. Es una tía seria —se ofendió. Confiaría a Ada su vida.

—Yo te creo —le dijo, y eso lo relajó. Al menos, tenía un aliado ahí dentro. Y uno poderoso. Empezaba a ver las garras a ese mundo del famoseo, su falsedad, sus ángulos afilados, capaces de destrozar las mentes más fuertes; y esa parte no le gustaba—. Por eso te doy

otra oportunidad. Sin embargo, como se demuestre lo contrario… —Hizo una mueca—. Anda, ve a trabajar.

Víctor abandonó, abatido, el despacho de Luis. Jamás se hubiera imaginado que pudieran acusar a Ada de algo tan feo. Sabía perfectamente que no había sido ella, no necesitaba comprobarlo. No obstante, le mandó un *wasap* para quedar, quería contarle lo que había pasado. Ella contestó enseguida:

> **ADA**
> No sé quién coño ha hecho esas fotos, pero yo no, si es lo que te preocupa

Salió a la calle mientras buscaba en el bolsillo su paquete de tabaco. No le gustaba fumar tan temprano, pero estaba muy alterado. Reparó en que alguien lo había seguido y adivinó quién era antes de encenderse el pitillo.

—¿De qué coño vas? —Samuel Vela parecía muy enfadado. Y, aun así, no tenía ni un pelo fuera de su lugar. Su crispación era tan atractiva como su calma—. ¿Quieres enriquecerte a mi costa? ¿Hacerte famoso? ¿Y tu amiga? ¡Menuda aprovechada!

Víctor decidió que era el momento adecuado para empezar a soltar verdades.

Lo primero que hizo fue echarle el humo en la cara a ese engreído. Después, habló con tranquilidad, clavando sus pupilas en las del actor. ¿No le gustaban sus ojos azules? Averiguaría si era capaz de aguantarle la mirada. No lo fue. Ni dos segundos duró.

—Punto número uno: ¿Cómo voy a organizar todo eso si ni sabía que me ibas a besar, imbécil? Punto número dos: pongo la mano en el fuego por mi amiga. No, espera: pongo las dos manos en el fuego y la puta frente y sé que no me quemo ni un centímetro de piel. A ver si tú puedes decir eso de alguien, que solo te quieren por lo que eres, no por quién eres, capullo. Y punto número tres: yo no tengo la culpa de que tu mánager mande sobre lo que haces con tu vida privada. ¿O qué pasa? ¿Que no manda tanto y eres tú el que está acojonado y no eres capaz de aceptar tu homosexualidad? ¿Te da miedo, cobarde? Te crees muy hombre, ligándote a todas esas

mujeres para después dejarlas tiradas, y la realidad es que eres un mierda que no se respeta.

Le dio otra calada al cigarro y lo tiró prácticamente entero. Se dispuso a entrar de nuevo al plató. No pudo, Samuel lo agarró del brazo y le habló entre dientes:

—Como me entere de que tu amiga ha sido la que…

—¿Ahora quieres amenazar? No me das miedo. Que te jodan.

Se libró de él y se metió al set, ya le habían arruinado el día.

PAU

La cafetería estaba medio vacía. Limpiaba la barra con un trapo que olía a lejía y miraba por esas cristaleras tan características del local que la gente adoraba. Él, por el contrario, las aborrecía.

Todo era cuestión de perspectiva. Pau era un asalariado explotado más; pero sus clientes no lo sabían, o preferían ignorarlo si lo imaginaban, e iban contentos a consumir a ese moderno local del centro de la capital.

Ese día llegaba la sustituta de su compañera, que por fin se había cogido la baja; con esa tripa cada vez le era más difícil moverse tras la barra, se le hinchaban los pies y la pobre estaba agotada. Tanto, que él hacía casi todo el trabajo porque le daba pena verla así.

Pau presuponía que llegara quien llegara, aunque tuviera experiencia, tendría que explicarle cómo funcionaba la cafetería. No le apetecía mucho. Con todo lo que tenía encima, hacer de profesor era una responsabilidad que no quería y que tampoco estaba muy seguro de que le correspondiera. No obstante, era lo que le tocaba, su jefe no iba a aparecer más de la cuenta por ahí.

La chica llegó unos diez minutos antes de la hora acordada. Se llamaba Ágata, tenía veintiún años, el cabello pelirrojo, y unos impresionantes y enormes ojos azules. Era lista y aprendía rápido, tenía mano con los clientes y tema de conversación para largo.

Le contó que era italiana y que llevaba desde los cinco años en España. En esos momentos vivía sola, su madre y su hermana se habían vuelto con su abuela a Milán. Ella había preferido quedarse, le gustaba Madrid.

Pau escuchó como quien oye la radio, no conseguía prestarle mucha atención a nada, su cabeza estaba siempre en otra parte.

Cuando acabaron el turno, la joven lo acompañó hasta la boca del metro, ella iba a coger un autobús.

—Muchas gracias por todo, Pablo. Me has enseñado muy bien y con mucha paciencia —reconoció.

—Para nada, gracias a ti. Siento si no te he hecho mucho caso, es que tengo ciertos asuntos pendientes… —se disculpó al reparar en que tal vez había sido grosero.

—No te preocupes —dijo y curvó sus labios gruesos y rosados.

Una sonrisa que iluminó ese rostro níveo, perfecto. Con una armonía que provocó que él se planteara si era real.

Pau se hizo cruces de cómo le había pasado desapercibida esa belleza durante toda la tarde. Ágata era preciosa.

—Nos vemos mañana. Y no me llames Pablo, nadie me llama así. Mejor, Pau.

—Hasta mañana, Pau —se despidió, y se marchó con paso rápido y ágil. Le recordó a una bailarina de *ballet*.

La observó mezclarse con la gente y, cuando la perdió de vista, descendió hasta las profundidades del metro y a las de su mente. Le aliviaba saber que David se haría cargo del caso: un problema menos. No obstante, era consciente de que su amigo no estaba, para nada, en su mejor momento. Confiaba en que, ahora que tenía un empleo, se centrara y fuera el abogado tan prometedor que parecía ser.

Subió a su casa dándole vueltas a la cabeza y encontró a su madre dormida en el sofá. Le movió el hombro para despertarla.

Su madre gruñó y abrió los ojos.

—¿Y Sergio? —quiso saber mientras abría unas cartas que había cogido del buzón: todo facturas.

—Con José.

Se le heló la sangre. Soltó lo que tenía en la mano y agarró a su madre del brazo con demasiada fuerza.

—¿Has dejado que José se lleve a Sergio? —bramó, fuera de sí.

—Es su padre.

—¡Es un delincuente! No tiene ningún derecho sobre él. ¿Y si no lo trae de vuelta?

—Ha dicho que lo devolvería antes de comer.

Pau agradeció que su madre estuviera lo bastante sobria como para recordar las palabras de José, pero no confiaba en ellas. ¿Y si les mentía? Podría haber raptado a su hermano.

Se levantó con una presión en el pecho que jamás había sentido. A lo largo de su vida había atravesado etapas difíciles; aun así, esta empezaba a superarle. Si José no engañaba y se había reformado, le arrebatarían a su hermano. ¿Qué sentido tendría entonces quedarse ahí, con su madre y sin Sergio? La poca felicidad que le aportaba su familia desaparecería.

—Es la hora de comer, ¿ves a Sergio? —dijo él, controlando su mal humor a duras penas.

De inmediato, bajó a la calle, dispuesto a buscarlo.

No tardó mucho, justo entonces José y Sergio salían de la boca del metro. El niño llevaba una pelota de baloncesto nueva y la botaba satisfecho.

Pau tuvo que respirar hondo para no darle un puñetazo a ese hombre. Abrazó a su hermano y contempló a José con toda la dureza de la que fue capaz.

—Sergio, sube a casa con mamá —le pidió.

—No te enfades con mi padre, solo me ha llevado a dar una vuelta por un centro comercial.

—Sube a casa —insistió mientras asimilaba que había dicho «mi padre» con mucha (e hiriente) naturalidad.

Lo siguió con la mirada hasta que entró en el portal. Seguido, se volvió hacia José, que sonreía burlón. Se había salido con la suya, había amenazado su tranquilidad, le había demostrado que podía quitarle a Sergio.

Esa confianza en sí mismo que exhibía el delincuente le hizo perder los nervios. Apoyó su antebrazo en el pecho de José y lo

empujó hasta una pared. Después le habló con la cara muy cerca de la suya:

—Mira, cabronazo, como vuelvas a llevártelo sin permiso, te denuncio a la policía, ¿me oyes? Esto ha sido un secuestro.

La gente los observaba, le daba igual. José ya no sonreía. Era corpulento, pero Pau era más alto, las fuerzas estaban equilibradas. Al ver que el otro no se defendía, se relajó un poco, y José se zafó de él.

—Es mi hijo, chaval. Y voy a pelear.

—¡No puedes venir a reclamar nada! —gritó, enfadado—. Nunca has hecho nada por él. ¿Qué quieres ahora?

—Te dije que si no era por las buenas, sería por las malas. Ya sabes lo que toca.

José se dio la vuelta y Pau se quedó solo, observándolo, impotente. Se apoyó en la fachada del edificio y procuró calmarse. No podía subir así al piso. No era adecuado para su hermano.

Antes de regresar, llamó a David y le narró lo ocurrido. «No puedes ir amedrentando a la gente, Pau, eso nos hace perder puntos», le reprochó su amigo; y él, consciente de que se había equivocado, colgó hecho polvo.

VÍCTOR

Encontró a Ada en la terraza de la cafetería con un café con hielo delante y la mirada perdida. Víctor se sentó frente a ella y sonrió sin ganas. No hizo falta saludarse, los dos estaban abrumados por lo ocurrido el fin de semana. Ella, por Enrique; él, por Samuel.

—No he sido yo. El mánager del guapito ese me ha llamado esta mañana, exigiendo el carrete. Será mamón. Hace años que no se usa carrete. —Se rio—. Quiere mi tarjeta de memoria.

—¿Se la vas a dar?

—No. No he hecho esas fotos. No os vi juntos. Ni siquiera sabía que había sucedido eso. No me lo habías contado.

—No he tenido oportunidad —se excusó.

—¿Qué pasó? —preguntó ella.

—Que me besó. Y ya está, nada más. En el fondo me da pena, está asustado. Como si ser gay fuese una maldición.

—¿Viene del medievo? ¿Rollo *Outlander*, pero del revés? —bromeó, y a él se le escapó una carcajada—. Bueno, Víctor, esto no va a quedar así. A mí no me mola que me acusen de nada, así que voy a investigar quién hizo esas fotografías y te lo voy a contar. Y tú, con esa información, haces lo que te dé la gana. Se la puedes meter a Vela por el culo.

—Mala idea, creo que eso le gustaría.

Entonces sí que rieron los dos.

XII. MIÉRCOLES, 31

PAU

Nada más atravesar la puerta de la casa de Víctor, se le calentó el pecho. Allí siempre sería bien recibido, tanto por su amigo como por los padres de este y Virginia, la hermana. Buena parte de la ansiedad con la que lidiaba se desvaneció, aunque todavía le quedaba. Librarse de la carga que José había añadido a su vida era misión imposible.

Habían quedado para disfrazarse juntos, iban a una fiesta de Halloween organizada por la revista de Ada. De vez en cuando preparaban eventos para que sus empleados confraternizaran. No obstante, como no estaba prohibido llevar amigos, terminaban llenos de gente que no se conocía ni tenía nada que ver con la empresa. Pau no tenía muchas ganas de salir y había aducido que ya eran mayores para esas tontaditas de disfraces. Sin embargo, lo habían convencido. En el fondo, era consciente de que le vendría bien despejarse. Había dejado a Sergio con un amigo esa noche, había pensado que José no se atrevería a ir a buscarlo a una casa ajena. Y si se lo llevaba, lo denunciarían.

Víctor se estaba pintando la cara de blanco. Pau lo observaba sentado en la cama, en silencio. No le había confiado nada de lo sucedido, y era su mejor amigo. Quizás fuese el momento. Sin embargo, el rubio se adelantó:

—Supongo que te has enterado, ¿no?

—¿De qué? Ando muy desconectado del mundo —reconoció.

—He salido en una revista. Página doce.

Sacó una publicación del cajón y se la lanzó. Él la abrió. Vaya, su amigo salía besándose con un tipo que debía de ser famoso. Cerró la revista y miró al reflejo de Víctor en el pequeño espejo que, casi seguro, sería de su madre. Por cómo se lo había contado y lo nervioso que parecía, algo iba mal.

—¿Estás con él?

—No.

—¿Te gusta?

—No…

—Has dudado. Te gusta —afirmó Pau. Víctor nunca le mentía, a él no.

Su amigo dejó el maquillaje y se giró hacia él.

—Es un gilipollas. Pero me gustó ese beso. Y me molesta que no le permitan salir del armario, tendría que ser libre. En fin, todo eso da igual. Me han dicho que, si me acerco a él, me despiden.

—Tío, no te compliques la vida. Ya vienen los problemas solos. Búscate otro esta noche y olvídate de él —lo animó. Sabía que su amigo también se lo había planteado, no sería la primera vez que entonaba eso de un clavo saca otro clavo.

—¿Y tú? ¿Hace cuánto que no estás con una chica? —Volvió a mirarse en el espejo y retomó su tarea.

Pau contempló la revista como si en ella se hallara la respuesta. Bufó, ni se acordaba. Hacía tanto que no tenía nada con nadie (nada de nada, ni un tonteo, ni un beso, y menos una noche loca) que dudaba de que su aparato reproductor todavía funcionara. En realidad, para ser honesto, sabía que lo hacía, al menos, en soledad.

—No tengo tiempo para eso.

—Eso es una excusa.

—No, hablo en serio. No. —Tomó aire. Era el momento de confesarse—: El padre de Sergio ha aparecido, quiere quitarle la custodia a mi madre. Me quiere arrebatar a mi hermano. —Decirlo en voz alta era doloroso y a la vez reconfortante, era como compartir ese peso asfixiante.

—¿Qué coño estás diciendo?

A Víctor se le desencajó la cara, abandonó la brocha que estaba usando y se sentó junto a él. Pau enterró la cara entre sus manos. Esas manos enormes de jugador de baloncesto que, alguna vez, lo habían acomplejado. Notó que su amigo le acariciaba la espalda y, ante ese gesto cargado de cariño, rompió a llorar. Menos mal que lo tenía a él: era su punto de apoyo, su salvavidas. Víctor lo abrazó, conteniendo los espasmos que le provocaba el llanto.

—¿Por qué no me lo habías contado, Pau? ¿Hace cuánto que ocurrió?

Cuando se repuso lo suficiente para poder contestar, se irguió.

—No sé, me daba vergüenza.

—¡Qué tontería! Vergüenza, el cabrón ese. No se lo vamos a permitir.

—David me va a ayudar, va a ser mi abogado. —Su amigo hizo una mueca—. ¿Qué?

—David no está en su mejor momento, no sé qué le pasa, pero…

—Se va a dejar la piel, me lo ha prometido. Y no puedo pagar otra cosa.

—Está bien. Yo te voy a apoyar en todo, no te voy a dejar en la estacada. ¿Necesitas dinero? —Pau negó, aunque no era del todo cierto—. Y no vuelvas a ocultarme una cosa así, ¿me oyes? Yo, aburriéndote con mis mierdas con el chulo ese de Vela y tú, con un problema de verdad. ¿No sabes callarme la boca?

Él se rio con pocas ganas y se secó las lágrimas con la manga. Le gustaba escuchar los líos de sus amigos, le hacían rozar con las puntas de los dedos esa ansiada normalidad que nunca alcanzaba.

—Vamos a disfrazarnos, no quiero amargarte la noche.

—Hoy ligamos —sentenció Víctor, y Pau negó con la cabeza, dándolo por imposible.

ADA

Se había disfrazado de novia cadáver y Jaime iba del chico de la peli. No recordaba su nombre: ¿Víctor? ¿Jack? No, ese era el de *Pesadilla antes de Navidad*. Le había gustado la idea porque le había parecido que tenía bastante que ver con su situación: pronto estaría muerta si iba al festival con Enrique.

A Jaime le quedaba perfecto el disfraz, como todo lo que se ponía. Claro, la buena percha... Antes de entrar a la discoteca, se arregló la peluca azul, se le movía todo el rato y picaba un poco.

Había quedado con sus amigos en la barra. A Jaime le parecía estupendo que vinieran, parecía que le caían bien. A Ada le escocía bastante esa buena relación, era como un ancla más a él. Y no quería más nexos, más obligaciones para con su novio. Joder, qué mal sonaba y qué cabrona le hacía sentir.

—Mira, ahí están Víctor y Pau —señaló su pareja. Víctor iba de zombi a secas y Pau, de Jack Sparrow zombi. Para no querer disfrazarse, le había quedado bastante bien. Caminaron hasta ellos.

—Qué guapos, vais conjuntados —observó Víctor.

Ada sonrió de medio lado. Su amigo era el único que conocía su último error con Enrique, que casi seguro también estaría en la fiesta. Esperaba no encontrárselo, aunque era bastante difícil no cruzarse con él.

Lidia se aproximó vestida de bruja; monísima, ella. Iba sola, así que Ada dedujo que la tendrían pegada toda la noche. La apreciaba, pero estaba segura de que, en cuanto se tomara dos copas, iría a por David otra vez. Y tenía ganas nulas de que montaran otra escenita.

—¿Y Toni? —preguntó Ada.

—Estaba con Enrique por allá. —La periodista indicó con la mano hacia las escaleras que conducían al segundo piso de la discoteca. A ella le dio un vuelco el corazón. No quería ubicar a su compañero. No, porque si cedía a sus instintos…

Mientras domaba sus ganas de buscar al periodista, Gorka llegó con una chica.

Lo había invitado un poco de casualidad. Notaba a su hermano algo agobiado y había pensado que le ayudaría salir un rato con personas ajenas a su círculo de amistades. También se habían

disfrazado en pareja: ella era Harley Quinn y él, el Joker. El músico la saludó y sonrió, acentuando todavía más esas rajas en la cara hechas con maquillaje.

Ada solo tenía ojos para la guapísima rubia que lo acompañaba. ¿De dónde había salido? Tenía las piernas larguísimas, el pelo precioso, las pestañas maravillosas. Su hermano tenía muy buen gusto.

—Es Blanca, mi chica —anunció al darse cuenta de que su acompañante había acaparado toda la atención.

—Ah. Hola, Blanca. Soy Ada, la hermana de este cafre —correspondió ella, y esbozó una sonrisa educada antes de darle dos besos. Después, presentó a sus amigos y a Jaime.

Al rato aparecieron David y Nuria: ella, disfrazada de Katrina y él, de vampiro. Un Edward Cullen algo españolizado, David era moreno de piel y no se había blanqueado el rostro. A Ada no se le escapó la miradita lujuriosa de Lidia. Efectivamente, por mucho que ya le hubiera dado calabazas, lo intentaría de nuevo. ¿No se cansaba nunca? La respuesta enseguida se hizo evidente.

* * *

Supuso que Blanca era la chica que había invitado a Gorka a Zaragoza, como Víctor había insinuado un par de semanas atrás. Sin saber cómo, había acabado con ella tomando chupitos en la barra.

La inesperada novia de Gorka le contó que habían empezado a salir allí, aunque su hermano le gustaba desde antes del verano. La joven era simpática, había que reconocérselo. Hablaba mucho, animada por los nervios y el alcohol. Le podría haber sacado hasta su número de cuenta, se notaba que no estaba acostumbrada a beber tanto y que trataba por todos los medios de agradarla.

—Gorka siempre dice que no te apetece tener pareja. Y, sin embargo, la tienes —comentó Blanca, y le lanzó una ojeada a Jaime.

Ada se encogió de hombros antes de meterse en la boca el último chupito que habían pedido.

—Bueno… —¿Qué podía contestar a eso? Nada coherente—. Con Jaime estoy bien.

Su novio hablaba con sus amigos unos metros a la derecha. Se volvió y sus miradas se cruzaron. Le hubiera encantado sentir un hormigueo, la necesidad de reunirse con él. Y no: lo que de verdad ansiaba era que la casualidad le pusiera a Enrique delante.

—Me daba miedo que tu hermano tampoco quisiera tener algo serio. Se fija mucho en ti, ¿sabes?

—Somos como la noche y el día —aseguró, sorprendida.

¿Que Gorka se fijaba en ella? No tenían nada que ver. Su hermano era un romántico, siempre en la luna con sus canciones, sus libros… Ella era mucho más práctica. Llevaba años burlando el amor. Más o menos desde que el amor se había burlado de ella. Y su plan era seguir así.

—Eres el ejemplo que sigue.

Eso la dejó aún más atónita, tanto que pidió otra ronda para asumir la revelación. Estaba empezando a achisparse. O, más bien, a emborracharse.

—Un día podríamos quedar en plan parejas, ¿no? Jaime y tú con nosotros —propuso Blanca.

—Sí, estaría genial —mintió Ada. No quería planes de enamorados. Mierda, no quería que Jaime estuviera enamorado de ella. Solo quería volver atrás, a su relación abierta, a su vida sin complicaciones. A que hubiera un resquicio en su contrato que le permitiera volver a los brazos de Enrique. Le acercó el vasito a su compañera de juerga y elevó el suyo para invitarla a brindar—. Por nosotras.

JAIME

Necesitaba hablar con David antes de que este bebiera demasiado. En cuanto Lidia lo tuvo acorralado y separado del resto, se acercó e hizo gala de su poder como jefe (algo que odiaba hacer; sin embargo, se trataba de una emergencia) para sugerirle a su

empleada que se fuera un momento con Ada. Le puso como excusa que la fotógrafa necesitaba comentarle algo de trabajo. Evidentemente era mentira, pero ya lo descubriría por sí misma.

Lidia obedeció.

—Gracias, no sabía cómo quitármela de encima —murmuró David. Pero no parecía muy agobiado.

—Es incansable.

—¿También lo ha intentado contigo?

—No, no. Creo que le impone ligarse al director de la revista.

—Además de que estás con su amiga, ¿no?

—Supongo que eso también la ahuyenta. —Hizo una pausa antes de introducir el tema que le preocupaba—. Oye, sé que no es el mejor momento aquí, de fiesta, pero necesito que…

Se quedó callado. Siempre le había costado pedir ayuda. Su padre le había enseñado que tenía que ser capaz de resolver todo solo. De cualquier otra manera solo mostraría ineptitud, debilidad. Y los Guillén no eran débiles.

—¿Qué? ¿Pasa algo con Ada? —se extrañó David.

—Con Ada no. —Carraspeó—. Tú eres abogado, ¿me asesorarías con temas legales de la revista?

—Joder, últimamente estoy bastante solicitado —musitó, y le dio un sorbo a la copa. Jaime no entendió el comentario. Se planteó si seguir adelante, tal vez era mala idea, no se conocían tanto y puede que lo estuviera molestando. Sin embargo, estaba desesperado—. ¿Qué temas?

—Digamos que he visto ciertas irregularidades en las cuentas.

David elevó las cejas. Jaime casi pudo ver sus sentimientos transformarse del desconcierto a la incredulidad, después al rechazo, y, por último, a la curiosidad.

—Está bien, las repasaré contigo. ¿Cuándo quedamos?

—Podemos ir ahora, la redacción está a dos calles de aquí. Echas un vistazo y volvemos. Lo justo para que Lidia se busque otro objetivo.

Jaime advirtió que dudaba. El abogado querría divertirse, no trabajar. Decidió recular.

—Te estoy jodiendo la noche, lo miramos el jueves.

—No, no. Vamos ahora —accedió.

Y se marcharon juntos hacia la revista.

NURIA

—¿Qué te parece esa morenita de allí, la Miércoles Addams? —preguntó Víctor a Pau.

Ella negó con la cabeza, harta de que su amigo ofreciese a las mujeres como trozos de carne. No era propio de él.

—No le apetece, eres un pesado —protestó.

—Oye, guapa, que lleva sin pillar mucho tiempo... ¡Anda! ¡Cómo tú! —señaló, con mala leche—. ¿A ti cuál te gusta de la fiesta? Puedes intentarlo con Enrique, tal vez así Ada deje de verlo tan irresistible…

—¿Qué insinúas? ¿Que, si se fija en mí, ya no es apetecible? Eso es insultante.

La había ofendido. Víctor tenía que aprender a medir las palabras. Eran amigos y ella, tarde o temprano, le perdonaba todo, pero en la vida real, el *sincericidio* y las bromas de dudoso gusto se pagaban.

—No quería decir eso, perdona.

Ella giró la cara, disgustada, y vio salir a David con Jaime del local.

—¿Por qué David y Jaime se van juntos?

—Ni idea —contestó Pau—. Oye, Gorka, ¿desde cuándo sales con esa chica?

—Desde que fui a Zaragoza.

—Ya te veía yo mucho en la uni con ella —comentó el rubio.

—Pero si nunca vas a la universidad.

—Está ocupado ligándose a estrellas —se la devolvió Nuria. Él puso los ojos en blanco.

—Si te soy honesto, daba por hecho que terminarías teniendo algo con mi prima —apuntó Víctor.

—¿Jess? No. Jess no es para mí. —A Nuria le pareció que titubeaba al responder, pero el guitarrista cambió de tema y nadie tuvo la oportunidad de preguntar más—. ¿Sabes, Pau? Yo lo intentaría con Lidia. Es guapa y está enfadada porque David la ignora. Cae fijo, tronco.

—Eso sería feo —contestó el aludido.

—Yo creo que a David no le importa —insistió Gorka, y miró a Víctor en busca de apoyo.

—Sí. Me da que nuestro amigo abogado está pasando una etapa muy gay, no le apetecen las mujeres.

—«Muy gay» —repitió ella, y alzó los ojos hacia el techo. Si ellos supieran…—. Me voy un rato con las chicas, aquí hay demasiada testosterona.

No hizo más que darse la vuelta, cuando Lidia, Toni y Blanca aparecieron para unirse a ellos. Hizo recuento y empalideció. Se volvió hacia Víctor, que enseguida pareció comprender lo mismo que ella: faltaba Ada. Lo agarró del brazo y lo arrancó del grupo con urgencia.

—Hay que encontrarlos antes de que… O antes de que Jaime regrese —exigió.

—Nuria, no. Me niego. Lo que tenga que ocurrir que ocurra. No pienso hacer de mamá de Ada y luego ver cómo David se va con el tío más guapo del bar; exceptuándolo a él mismo, claro. Quiero divertirme yo.

—Tranquilo, los padres de David están en Madrid.

—¿Y? El maromo en cuestión puede vivir solo. Además, tú sabes que se puede follar en sitios que no son un colchón ¿no?

Decidió ignorarlo. Sus amigos siempre la estaban tachando de mojigata. Y aceptaba que era más comedida que ellos, pero tampoco era estúpida.

—Cállate y ayúdame. Y deja de beber, te pones muy agrio.

DAVID

¿Por qué todos le pedían ayuda a él? ¿Tenía cara de bueno? ¿De tonto? No era una maldita hermanita de la caridad. Resopló. Había accedido a irse con Jaime porque Nuria, en la siguiente sesión, iba a obligarlo a aceptar el trabajo; no porque le apeteciera. Así que: ¿Por qué posponer lo inevitable?

Así que, ahí estaba, escudriñando los papeles que le había proporcionado. El director lo había dejado solo en el despacho para no molestar y se había ido a tomar un café a la máquina. Esperaba que lo hubiera elegido descafeinado porque estaba bastante alterado. Regresó justo cuando acababa de echar un vistazo rápido: Jaime ya había marcado los desfases de las cuentas.

—No tiene muy buena pinta, no —sentenció.

—Sobre todo, la última salida de dinero, hace unos días. Ya estaba yo al mando. Es bastante pasta.

—Ha tenido que ser alguien autorizado. Averigua quién tiene acceso a las cuentas.

—Mi padre.

—¿Alguien más? —insistió.

Jaime lo contempló sin respuesta. David supuso que barajaba la posibilidad de que les robaran, era lo más factible. Sin embargo, le parecía inverosímil, ¿qué sentido tenía? Era una empresa pequeña, sin apenas beneficios, cualquier desfalco se notaba. El director se frotó los ojos, ansioso, y se quitó algo del maquillaje.

—¿Me vas a ayudar? —le pidió. O, más bien, rogó.

David contempló el rostro desencajado del novio de Ada, el hombre que le estaba privando de todas las posibilidades de estar con la persona que quería. Sintió lástima. Al final, iba a resultar que sí era una hermanita de la caridad. Una ONG.

—Sí.

—Gracias, gracias de verdad. Sé que es un marrón lo que te pido. No sabía a quién acudir. Y tú me das confianza.

—Me encanta que te pongas tierno —dijo, meloso.

Jaime lo miró con los ojos desorbitados. Era evidente que no había pillado la broma y se estaba cuestionando si se le estaba insinuando. David estalló en carcajadas.

—¿Te estás mofando de mí? —comentó Jaime, ya más relajado.

—Tendrías que haberte visto la cara. ¡Por Dios! Que sí, que tú también me caes bien. Y ahora que nos hemos dicho cosas bonitas y nos hemos jurado amistad eterna, vamos a pillarnos una buena melopea, lo necesitamos. Además, tu chica tiene que estar muy inquieta, te has ido conmigo de la fiesta, y todo el mundo sabe que soy un seductor. Donde pongo el ojo…

—Uf, qué miedo —se burló.

David se levantó y le quitó el café a su interlocutor, se lo puso a la altura de los ojos y lo miró con asco.

—He dicho que vamos a emborracharnos. Esto… ¿Esto qué mierda es?

Jaime rio, y David con él. Después regresaron juntos a la fiesta.

ADA

Decir que no lo había buscado hubiera sido mentir. Por fin tenía a Enrique delante y estaba más tocada de lo aconsejable. Iba disfrazado de la Muerte y a ella le hizo mucha gracia. Novia cadáver, novio, la Muerte… Joder.

No pudo evitar soltar una sonora carcajada al encontrarse con él. Le quitó la guadaña de plástico. Enrique sonrió. Adorable. «Céntrate», se exigió. Parecía su nuevo mantra, pero no funcionaba.

—¿Te traerás esto al festival? Nos va a hacer falta. —Él le arrebató el accesorio, malhumorado—. Tranquilo, solo quería verte.

—Has bebido mucho.

—Últimamente es lo que hago. Bebo y la lío.

—Deberías parar.

Ada dio un paso hacia delante y se colocó muy próxima a él, aunque le hubiera gustado dar un paso más y pegar su cuerpo al de su compañero. Enrique le dedicó una mirada dura, de amonestación. Esa noche no iba a conseguir nada de él, era evidente. Por desgracia.

—¿Y si quiero hacerlo? —ronroneó ella, sugerente, sin apartar sus pupilas de los fríos ojos de él.

El periodista la apartó con suavidad. Y ella echó en falta su calor, su aroma. Deseó volver a dar el paso para ganar la distancia que él le había robado. Quería besarlo y no quería querer eso. Sus sentimientos eran un trabalenguas.

—Hoy no lo hagas. Has venido con un novio, ¿no? La novia cadáver siempre va con un novio.

—Somos una puta metáfora, ¿eh? El novio, la Muerte y la novia cadáver —escupió ella, perdiendo los nervios—. Es que ni Lorca lo escenificó tan bien.

—¿Lees a Lorca? —se extrañó él.

—He visto *La novia*. —Era lo único que conocía de ese autor, la adaptación al cine de *Bodas de Sangre*.

En ese instante, se dio cuenta de que Nuria y Víctor estaban detrás de Enrique y supo que la conversación había finalizado.

Víctor le pasó el brazo por encima del hombro a su compañero en un gesto demasiado amigable para lo poco que se conocían, y Nuria la arrastró lejos de él.

—Ada, por favor… —le suplicó su amiga—. Jaime ha preguntado por ti.

—Sí… *el novio* —murmuró ella, y percibió que, en breves, tendría que vomitar.

VÍCTOR

Giró a Enrique para que dejara de mirar, anhelante, a Ada y lo colocó frente a él. Lo contempló, escrutó su rostro demudado, y fue consciente de que le dolía ver a su compañera en ese estado casi tanto como a él.

—Ha venido ella —se excusó el periodista.

—Esto no le está haciendo bien a Ada.

—¿Crees que no me doy cuenta? —dijo, exasperado—. Y no es solo lo que ha pasado entre nosotros. No es feliz con Jaime. Y tú también lo sabes, ¿no?

Él agachó la cabeza y asintió con lentitud, como si no quisiera reconocer esa obviedad. Era inexplicable, porque Jaime era encantador; pero la fotógrafa no podía seguir con él, no estaba enamorada. Y Jaime sí lo estaba. No era una relación justa, y Ada terminaría haciendo mucho daño a su pareja.

—Ya que te jactas de ser tan sincero, házselo ver —sugirió Enrique.

—Lo he intentado. Y afirma que Jaime le hace sentir bien.

—Eso es una estupidez.

—Bien, Enrique, ¿y qué hacemos? —le soltó. Tampoco le parecía que él debiera meterse en la vida de Ada—. Lo deja con Jaime y sale volando hacia tus perfectos y *casados* brazos que soportan cargas familiares, ¿es eso?

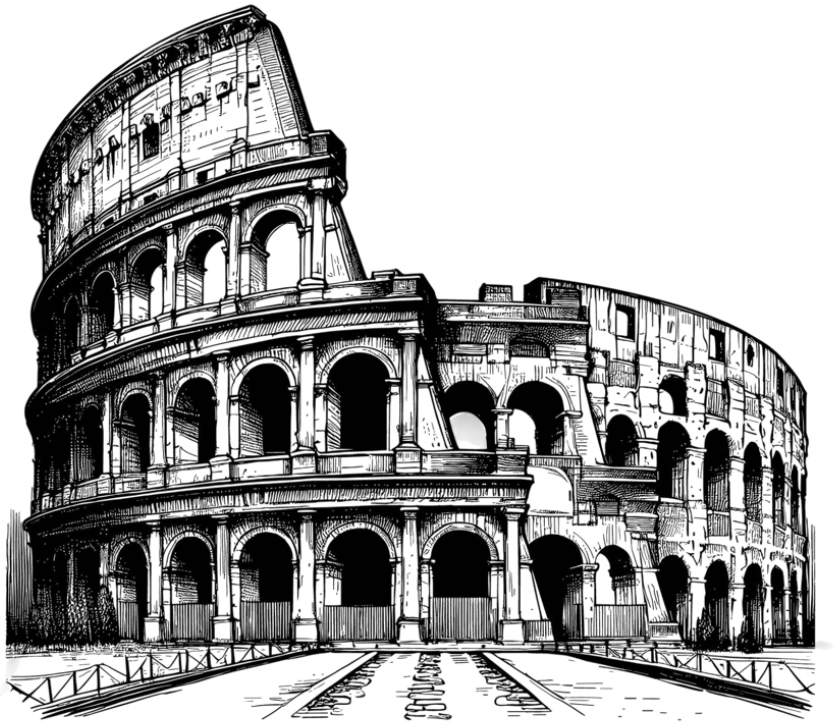
—Yo no… Vamos a dejarlo. —Apartó los ojos de los suyos, dolido. Víctor lo comprendió todo: le gustaba Ada. Le gustaba de verdad. Mucho. Y ese hecho complicaba las cosas hasta el infinito—. Me voy de la fiesta, será lo mejor.

—No jodas, no hace falta que te marches.

—No me apetece estar aquí.

Enrique huyó, dejándolo con los brazos en jarra, sintiéndose culpable por haber menospreciado lo que había entre ese hombre y su amiga. Resopló. Se había puesto de mal humor. Estaba claro que esa noche tampoco iba a ligar.

NOVIEMBRE, 2018



I. JUEVES, 1

ADA

Su primera resaca. Le dolía la cabeza tanto que no podía ni abrir los ojos. ¿Cuánto había vomitado? ¿Y dónde estaba? Despegó sus párpados con un esfuerzo sobrehumano. Parecía la casa de Jaime. Intentó recordar. Sí, su pareja se la había llevado de la fiesta casi en brazos, sin reprocharle el estado en el que se encontraba. Lamentable. Probó a rebobinar más la película de la noche anterior y el bochorno la invadió cuando recordó la escena con Enrique. ¿En qué pensaba en ese momento? Metió la cabeza bajo la almohada unos minutos, como si así pudiera disipar la vergüenza que sentía.

¿Desde cuándo se comportaba así? Ella nunca se había colgado de ningún tío. Bueno, solo de David, lo admitía. Y, tras sufrir su indiferencia, se había prometido que jamás se rendiría ante nadie.

Hasta entonces lo había cumplido, por eso no entendía esa necesidad horrible de buscar a su compañero. Si ni siquiera estaba enamorada, solo… Solo la calentaba mucho. Era eso, algo hormonal. Se giró, colocándose bocarriba y ahuyentando la imagen del horrible espectáculo que había dado.

Escuchó ruidos que provenían de la cocina. Jaime debía de estar preparando algo de desayunar. O de comer porque, ¿qué hora era? Alcanzó el móvil: las doce. Podía ser cualquiera de las dos opciones. Se incorporó. Llevaba tan solo una camiseta de su novio y las

braguitas, también conservaba el sujetador. Nunca dormía con sujetador, de forma que supuso que su chico la había desnudado y vestido de nuevo, y no había caído en el detalle de liberar sus pechos de la presión de la ropa interior. Se soltó el broche de detrás y se lo quitó. Suspiró de puro gusto.

Volvió a mirar la pantalla del móvil. Tenía varios mensajes:

NURIA
Estás bien?

VÍCTOR
Me has vomitado en el disfraz…

En serio, tenemos que hablar

PAU
Cómo estás?

GORKA
Se lo voy a contar a los papás y te prohibirán salir… jajajaja

Y, joder, el último era de…

ENRIQUE
He hablado con Jaime. Irás con Lidia a Roma

¿Había hablado con Jaime? ¿Y qué le había dicho?: «Oye, Jaime: si voy a Italia con tu novia, es más que probable que termine en la cama con ella gimiéndome al oído. Así que mejor búscale otro acompañante». Ada se rascó la melena. No contestó a ninguno de los *wasaps*.

Se levantó y fue hacia la cocina. Su novio había hecho café y tostadas.

—¿Qué tal, mapache? —le preguntó. Intentaba sonar gracioso, pero su gesto denotaba preocupación.

—Llevo rímel por toda la cara, ¿no? —dilucidó ella, y se pasó la mano por el rostro.

—Si tenemos en cuenta que anoche la llevabas blanca por el maquillaje, y la parte de alrededor de los ojos totalmente negra, no tienes mal aspecto. ¿Cómo estás?

—Me va a reventar la cabeza. Por lo demás, bien.

—A eso, amiga mía, se le llama «resaca». Come algo.

—No, creo que lo potaré. —Solo de pensar en meter algo en su cuerpo, le volvían las arcadas.

—Al menos dejarás de devolver esa sustancia verdosa que echabas anoche —rio, de mala gana.

Seguro que no había sido agradable. La tenía que querer mucho para haber aguantado eso.

Se sentó frente a él y se sirvió algo de café. Tal vez eso le fuera bien, podría despejarla. Después, echó azúcar y removió despacio; tal y como se encontraba de mareada, seguro que tiraba el líquido fuera.

—Lo siento, Jaime —susurró.

Esa disculpa iba mucho más allá de que él hubiera tenido que atenderla en su borrachera. Le pedía perdón por el beso con Enrique en el preestreno, por sentirse tan atraída por un hombre que no era él. Claro que el destinatario no entendió la intención total del mensaje.

—No te preocupes. Quizás algún día te toque a ti desvestirme y meterme en la cama casi inconsciente.

—Con lo que pesas, espero que no.

—¿No puedes conmigo? —se burló él.

Ella sonrió y bebió algo de café. Sintió una náusea, pero se obligó a terminarlo.

—¿Por qué no te quedas hoy aquí? Esta tarde te llevo a casa. Aunque Nuria estaba preocupada, llámala.

—Necesito una buena ducha, desmaquillarme…, y un ibuprofeno. Debería marcharme.

—Puedes hacer todo eso en mi casa. Tengo ibuprofeno.

—¿Tienes ropa interior de chica para que me cambie? Me inquietaría un poco —dijo, sarcástica.

—Tengo un bikini de cuando fuimos a Cádiz. —Ada alzó una ceja, ni siquiera lo había echado en falta. Era un desastre—. Apareció en

mi bolsa, no me mires así. ¿Te sirve? Además, te vomitaste encima, no puedes ir por la calle con eso.

Parecía que Jaime se moría de ganas de cuidarla en su día de resaca, le apetecía ser un caballero andante y ella se lo estaba poniendo difícil. Caviló unos segundos. ¿Qué le costaba ceder y darle el capricho? Bastante mal se estaba portando con él.

—Bien, puede valer. Dame ese bikini. Y el ibuprofeno.

PAU

Había quedado con Víctor y David en la cafetería donde trabajaba media hora antes de que empezara su turno. Habían sopesado llamar a Nuria; sin embargo, Víctor había sido tajante: no le apetecía escuchar monsergas sobre cómo Ada manejaba su vida. Parecía que empezaba a estar harto de esa manía de Nuria de querer dirigirlos a todos por el buen camino.

Él había aceptado sin protestar, pues pese a que le daba pena porque realmente apreciaba a su amiga, necesitaba hablar con David y Pau a solas.

—Vaya nochecita, la de ayer —comentó Víctor mientras bebía un Aquarius.

—Oye, ¿qué fuiste a hacer con Jaime? —le preguntó Pau a David. Este sonrió, pícaro.

—Me lo follé —dijo como quien habla del tiempo. Pau se atragantó. Le parecía muy improbable, pero se trataba de David. El abogado rompió a reír: solo bromeaba. Menos mal—. ¡Que no! Joder, sois lo peor. Me libró de Lidia, que está muy pesadita. Y para compensarle, yo le hice un favor.

—No es que lo hayas arreglado mucho. ¿Qué favor? —siguió tirando del hilo Víctor.

—Consulta legal. Me lo demanda mucha gente desde que volví.

—Pues no te encariñes mucho con él. Ada le dará la patada más pronto que tarde. O al revés, dependerá de lo que suceda antes: que nuestra amiga se arme de valor para asumir lo que siente, o que

Jaime la pille en plan íntimo con otro de sus empleados —siguió el rubio.

—¿Se han vuelto a liar? —se extrañó Pau.

—A Ada ese tío le tira más que a un niño un caramelo. Así que, tenemos Enrique para un tiempecito.

—Pues Jaime me cae bien —sentenció David.

—A lo que íbamos: ¿Qué pasa, Pau? —quiso saber Víctor.

—No, no. Ahora nos lo dice, que seguro que lo suyo va para largo. ¿Y ese actor al que besabas? ¿Por qué no te lo trajiste a la fiesta? —le intentó picar el abogado.

—Mira, no me hables de él. Menudo imbécil.

—¿Estás con él o no? ¿O no me lo quieres presentar? ¿Tienes miedo de que me prefiera, Víctor?

Pau se echó a reír. Le hacía mucha gracia cuando sus dos amigos iniciaban competiciones absurdas sobre cuál de los dos era más atractivo. Siendo objetivo, David era el ganador. Víctor se negaba a aceptarlo.

—No tengo nada con él. Ni quiero. Y, si lo tuviera, te lo presentaría muy tranquilo. No tienes nada que hacer.

David hizo una mueca divertida y bebió un largo trago de cerveza sin apartar los ojos de Víctor, que le sostuvo la mirada con mucho aplomo.

Justo entonces, Ágata llegó al bar y, camino a la trastienda, saludó a Pau. A este no se le escapó que David y Víctor la analizaron de arriba abajo con poco disimulo.

—Es una belleza —declaró David en cuanto Ágata no pudo oírlos.

—Es mi nueva compañera —les explicó. Desde luego que era una belleza, pero no importaba. No tenía tiempo para eso.

—Ella puede sacarte de la sequía —lo animó Víctor.

—Estáis un poco salidos, ¿no? —les recriminó, intentando meterlos en vereda. Sus amigos se miraron incrédulos, como si hubiera dicho una barbaridad—. A lo que iba. Quiero pediros un favor.

—Muy bien, ¿cuál? —preguntó el aspirante a actor.

—Tenemos que descubrir a qué se dedica José de verdad.

—No somos detectives privados. Ni vamos a contratar a ninguno por ahora —advirtió David—. Deja que yo me encargue de todo.

—Yo soy partidario de darle un par de hostias —propuso Víctor. Pau no supo si hablaba en serio o no; desde lo de la pintada en el hotel, se creía cualquier cosa.

—Bien, ahora queremos ser matones. Que no. Por lo que Pau me ha dado a entender, ese tío es un delincuente. No os metáis en líos, por favor. Dejadlo en paz. Vamos a ganar por la vía legal. Ni perseguirlo, ni amedrentarlo.

—No voy a amedrentarlo —aseguró él.

—El otro día, lo hiciste —le hizo ver su abogado.

—Es cuatro veces más fuerte que yo.

—Como David, el gnomo —bromeó Víctor, y los otros dos se giraron hacia él, desconcertados. No pillaban la referencia—. «Soy cuatro veces más fuerte que tú, muy veloz» —canturreó.

—Era «siete», «siete veces más fuerte» —corrigió David, y luego se dirigió a Pau, dejando atrás la niñería de Víctor—. Que me da igual quién es más fuerte. No puedes ir pegando a nadie o perderás toda la credibilidad. A partir de ahora eres el hombre perfecto. Y vas a pedir la custodia de tu hermano.

—¿Yo? Mi madre tiene la custodia.

—En una competición entre tu madre y José, puede que gane José. Tú ya eres otra cosa. No tienes antecedentes, te deslomas por tu familia, no fumas, no bebes…

—No follas —apostilló Víctor y David lo contempló con reprobación. No era momento para chistes, Pau estaba de acuerdo.

—¿En serio? No estoy preparado para eso —protestó.

—Yo haré lo que tú me digas, eres el cliente. Piénsatelo —le pidió —. Por cierto, he exagerado, puedes beber con moderación. Y follar, eso te vendría muy bien.

—¿Veis como estáis salidos? Empieza mi turno —anunció Pau para cortar esa conversación.

Se fue hacia la barra, donde ya estaba Ágata. La chica se había adaptado muy bien y él lo agradecía, una preocupación menos poder compartir con alguien el trabajo de la cafetería.

—¿Son tus amigos? —quiso saber ella en cuanto Pau se colocó a su lado.

—Sí. Menudo par.

—Parecen majos.

—Te los presento otro día, hoy están especialmente imbéciles.

Ágata soltó una carcajada y a Pau le pareció que se mordía el labio, coqueta. Imaginaciones suyas, seguro. Una mujer así nunca lo miraría. Ni para pedirle la hora.

II. SÁBADO, 3

GORKA

Se mordió la uña del pulgar y, enseguida, se reprendió por el gesto. No debía hacer eso, era guitarrista. Pero estaba muy nervioso. Había llegado la prueba de fuego: el primer concierto. Sabía que, si no estaba perfecto, Damián se lo haría pagar; tal vez incluso con la expulsión del grupo. Argumentaría que no llegaba al nivel en un directo, y ni Jess ni Lewis podrían salvarlo. Con el batería no había segundas oportunidades.

Llevaban media tarde montando, probando, ensayando… Y no había conseguido disipar esa inquietud ni cinco minutos. En cuanto se cruzaba con la mirada amenazante de Damián, deseaba salir corriendo. O darle un puñetazo. O las dos cosas.

Para no elevar su nivel de estrés, le había pedido a Blanca que no apareciera por allí. Ella no se lo había tomado muy bien. Le había dicho que su presencia no tenía por qué alterarlo, que era alguien en quien apoyarse. Gorka había contestado que siempre lo ponía nervioso, después le había dado un beso en los labios y ella se había quedado más conforme. Con todo, le había tenido que jurar que iba a ser el único concierto que se iba a perder. Ismail tampoco iba a acudir, precisamente para que se quedara con Blanca y Karen, y se asegurara de que nadie se pasaba por el lugar.

A los que no había podido disuadir eran a Ada y sus amigos. Víctor sabía cuándo y dónde era su estreno; al fin y al cabo, era el primo de Jess.

Quedaba media hora. Gorka entró en la habitación que les habían dejado como camerino, que no era más que el almacén. Era un bar pequeñito, con un escenario enano. Mejor así, poca gente para su primera vez.

Lewis estaba sentado sobre unas cajas de cerveza escuchando música con unos auriculares. Jess y Damián se habían apartado.

—Creo que me voy a salir a fumarme el último, para relajarme —les comentó.

—¿Relajarte? —Jess rio y le hizo un gesto para que se acercara a ellos. Lewis negó con la cabeza.

—No vayas —le advirtió entre dientes, pero él ya estaba de camino.

Jess lo cogió del hombro y se lo acarició. Le temblaba un poco el brazo, estaba rara. Y Damián también.

—No tienes que relajarte, al revés.

Le enseñó una bolsita llena de un polvo blanco. Gorka no entendió al principio, luego comprendió que eso que le mostraba era cocaína. Dio un paso atrás, asustado, como si la droga se pudiera meter en su organismo solo por mirarla. Así que de eso hablaba Lewis con lo del inicio de los bolos: las drogas. Él, que más allá de su afición a los porros nunca había tomado nada, negó con la cabeza.

—Mira, es otro *cagao* como tú, Lewis —rio Damián. Lewis, sin inmutarse, le hizo una peineta nada amistosa que el batería ignoró —. Si no eres capaz de dar la talla hoy, te marcharás.

—Esa mierda no me va a hacer dar la talla. Me voy a fumar. Lewis, ¿te vienes?

No era una pregunta, era una exigencia: necesitaba hablar con él. Su compañero se quitó los auriculares y se levantó sin muchas ganas.

Salieron del bar. Él, con paso firme y rápido; Lewis, más calmado, siguiendo a su compañero. Gorka se encendió un cigarrillo y lo observó. Esperaba una explicación.

—¿Cocaína? —preguntó al ver que Lewis no se decidía.

—No consumas si no quieres.

—¿Tú lo haces?

—Obviamente, no.

—¿Cuánta?

Estaba muy enfadado. Consideraba que debería habérselo dicho, no le gustaban ese tipo de sorpresas.

—Cuánta, ¿qué?

—¿Cuánta se meten?

Lewis levantó los ojos hacia el cielo y Gorka lo imitó. Estaba algo nublado, era noviembre y el mal tiempo se acercaba. Sintió la mano de su compañero en la espalda, supuso que quería serenarlo, cosa que no consiguió.

—Hoy, poca, es un concierto pequeño. Se la meterán de fiesta.

—¿Y si viniera más gente?

—Se colocarían más. Pero siempre tocan bien, nunca los he visto perder el control durante la actuación.

—No me mola —se quejó.

—Al otro guitarrista, tampoco. Es lo que hay, o lo tomas o lo dejas. Además, yo te he visto fumar porros, no vayas de la patrulla antidroga, amigo.

—No es lo mismo, tronco. —Gorka hizo una pausa para meditar si era lo mismo o no. Decidió que no lo era. Él fumaba hachís en ocasiones, y no mucho. La coca era otra cosa, otro nivel—. ¿Hay algo más que deba saber, Lewis? ¿O quieres que lo descubra poco a poco como en una novela de misterio?

Lewis se cruzó de brazos y miró al suelo con un rictus muy serio. Gorka llegó a plantearse que iba a confesar un crimen.

—Eran pareja. Damián y Jess. Por eso no te soporta, eres una amenaza para él. A veces, recaen. Se lían una noche, luego discuten, dan un par de ensayos insoportables, y fin. Esto solo pasa cuando tenemos gira. Cuando no, están normal. Más o menos normal, ya me entiendes.

Gorka suspiró. De manera que habían estado juntos. No podía negar que no lo había imaginado: había tensión entre ellos, tensión de esa que preludia un polvo. Por otro lado, Jess había intentado

besarlo a él aquella noche en Malasaña. Qué cariz más feo estaba tomando todo. Se acabó el cigarro en tres caladas mientras Lewis, paciente, permanecía frente a él.

—Jess trató de besarme —reconoció.

—Y querrá hacerlo más veces. Ten cuidado, anda. Son inestables y te arrastran a su mierda. Yo no sé cómo sigo cuerdo.

—Creo que no me voy a separar de ti.

Lewis rio y Gorka hizo una mueca que trataba de ser una sonrisa. No le gustaba nada lo que acababa de descubrir; sin embargo, no se iba a dejar amedrentar. Estar en un grupo era su sueño, y Jess y Damián no se lo iban a fastidiar.

* * *

Consiguió que no le temblaran las manos cuando agarró la guitarra. Los focos le impedían ver bien al público, pero le había parecido distinguir a su hermana y a sus amigos al lado de la barra, pidiendo bebida y aplaudiendo cuando ellos salieron al escenario. Esperaba que se comportaran como personas normales y no como *groupies*. Vamos, que no lo avergonzaran.

Tenía calor. Más bien, hacía calor. Y eso que había elegido una camiseta bastante fresca, de tirantes, que le facilitaba el movimiento. Tal vez lo peor fuera soportar los vaqueros largos que se pegaban a sus piernas, tensas y doloridas por la espera.

Jess salió con los brazos en alto y Damián dio un salto antes de sentarse a la batería. Lewis y él, más serenos, se limitaron a saludar. La cantante agarró el micro y gritó:

—¿Cómo estamos? —un aullido unánime de los asistentes contestó que bien—. ¡Y mejor que vamos a estar! ¡Arriba!

El batería dio la entrada y, en cuanto Gorka rasgó las cuerdas con el primer acorde, los nervios se fueron. No pasaba nada, sabía lo que hacía.

Jess brincaba, se acercaba al público, cantaba como los ángeles, sin desafinar una maldita nota. Y Damián era un torbellino. Entendió lo que Lewis decía: nunca lo hacían mal, por muy colocados que

fueran. Al final, Gorka se vio contagiado por esa energía, y también se movió con desparpajo, animando al público, marcándose algún solo improvisado. Lo estaba disfrutando.

El tiempo transcurrió con celeridad. Jess anunció la última canción: su versión de *The show must go on*. Le ponía los pelos de punta verla entonar esa melodía. Al principio se ponía muy seria, concentrada, con los ojos cerrados, gesticulando poco aunque demostrando mucho sentimiento. Estaba guapa. Con el estribillo, se volvía a venir arriba, llevándose a la audiencia con ella, que gritaba, alzaba manos, mecheros, móviles. Lo daban todo. Gorka estaba en éxtasis cuando la última nota sonó y todos reventaron a aplaudir.

Eran buenos, joder.

Muy buenos.

ADA

—¡Qué grande tu prima! —le comentó David a Víctor—. ¡Cómo canta!

—Y cómo toca mi hermanito, ¿eh? —dijo Ada colgándose del brazo del abogado.

Sin embargo, él se apartó. Sus desplantes le dolían, por mucho que disfrazara ese sentimiento de indiferencia. ¿Qué narices le pasaba? No había manera de tener una relación ni remotamente parecida a lo que habían tenido años atrás.

—Pareja perfecta, chicos —celebró Víctor.

—Eh, eh, que Gorka tiene novia —le hizo ver Jaime.

—Pareja artística —puntualizó Víctor.

—Por ahí viene el niño prodigio —anunció David.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó Gorka, entusiasmado, en cuanto los alcanzó.

—¡Una pasada! —Ada abrazó a su hermano, que recibió felicitaciones de todos ellos—. ¿Y Blanca? —le preguntó mientras buscaba con la mirada.

—No quería que viniera. Ya sabes, más presión…

Pues no, Ada no tenía ni idea de a qué se refería, ¿por qué Blanca iba a sumarle presión?

No pudo preguntar. Jess llegó en ese momento y saltó sobre Víctor. Era tan menuda que él la agarró con un solo brazo, y eso que tampoco era ni muy alto ni muy fuerte. Gorka la presentó. Jess besó a todos y se tomó una ronda de chupitos con ellos; después se disculpó y se fue con Damián y Lewis, que celebraban el éxito juntos, cerveza en mano. Gorka se quedó un poco más y a continuación se unió a sus compañeros de banda.

* * *

—Tu hermano y mi prima acabarán mal —le soltó Víctor a Ada bien entrada la madrugada.

Se habían quedado en el garito. Había buen ambiente, y tampoco les apetecía moverse a otro sitio.

—¿Mal? —se extrañó—. Parece que se llevan bien.

—A Jess le mola. Y, cuando se le mete algo en la cabeza, no hay nada que hacer. El día de la prueba, Jess me escribió entusiasmada: «Me has mandado al puto *Slash*!!», me puso. Y eso para ella es una declaración de intenciones: quiere a *Slash* en su cama.

—Vaya. Blanca parece buena chica, no me gustaría que le hiciera daño.

—Como Jaime —se burló él y a Ada le dieron ganas de darle un capón—. Deberías aplicar el mismo baremo para todos, ¿no?

—No te pases. —Lo estaba intentando, de veras que se esforzaba por hacer las cosas bien con su novio. Pero era tan complicado…

—Vaaale.

Justo entonces, Jaime volvió a su lado y besó su sien con cariño. Víctor le sonrió con condescendencia y ella, por enésima vez, quiso desaparecer.

GORKA

Contabilizó unas seis escapadas de Damián y Jess juntos. Tras alguna de estas, volvieron con restos de polvo blanco en las fosas nasales. Cada vez que eso sucedía, tenía ganas de gritarles. Aunque calló, calló y calló. Y terminó por envidiar la energía que derrochaban y por agradecer lo tremendamente simpático que Damián estaba esa noche. Si hasta lo había abrazado. Parecía que, al final, sí había dado la talla.

III. LUNES, 5

ADA

Descolgó el auricular del teléfono de la redacción, pero Jaime se plantó frente a ella y tuvo que desistir de hacer la llamada. Las órdenes del jefe primaban sobre cualquier otro asunto.

Él se agachó, con esa cara de niño travieso que le marcaba tanto sus perfectos hoyuelos.

—¿Sabes que este mes hacemos un año juntos? —preguntó en un susurro para que nadie lo oyera. Ella asintió. Parecía que no iban a hablar de trabajo—. El veinticuatro, y lo sé porque…

—Porque tu cumpleaños es el día siguiente. Nos liamos un día antes, en una cena de empresa a la que viniste por no sé qué motivo. No pintabas nada —lo picó con una sonrisa en los labios.

—Me lo pidió mi padre —aclaró él—. Nos liamos… Qué feo suena. —Hizo una mueca de disgusto.

—¿Cómo quieres que lo llame? —Ladeó un poco la cabeza. Al fin y al cabo, eso hicieron aquella noche: en cuanto Fernando desapareció, fueron al grano.

—Habrá que celebrarlo, ¿no? El veinticuatro cae en sábado. ¿Quieres hacer algo en especial?

Jaime deslizó su mano por debajo de la mesa y acarició su muslo. Ada se quedó atónita ante ese despliegue de cariño delante de sus compañeros. El calor se apoderó de ella, pero no un calor

que tuviera que ver con algo sexual; más bien, estaba agobiada. Se tiró un poco del cuello del fino jersey por si así podía salir algo de temperatura de su cuerpo. Jaime lo notó y cesó el contacto. Seguido, se aclaró la garganta, atorado.

—Podemos cenar en algún sitio chulo, ¿no? —sugirió ella.

—Y luego vienes a casa, ¿no? —propuso, imitando el tono que había empleado Ada.

—Consultaré mi agenda —bromeó. Jaime repitió la mueca de disgusto—. Que sí, que me quedo contigo toooooda la noche.

—Y la mañana. —Se incorporó y se ajustó la americana. Ya no era su novio, volvía a ser su jefe. Lo vio en su postura, en su forma de mirarla, desprovista del cariño de antes—. Por cierto, a Italia vas con Lidia, Enrique me ha dicho que prefiere quedarse en casa con su hija y su mujer. Me cabrea un poco, prefería que fueras con él, tiene más experiencia.

«Te voy a decir yo dónde tiene experiencia. No la líes y mándame con Lidia», pensó Ada. Sin embargo, se limitó a asentir y Jaime regresó a su despacho.

Por fin pudo descolgar el teléfono. Llamó a la revista que había publicado las fotos de Víctor con Samuel. Había prometido llegar al fondo del asunto y lo haría. Nadie la culpaba de algo que no había hecho y se iba de rositas.

Dos pitidos, y le cogieron la llamada:

—Buenos días. Soy Ada Robles, me gustaría contactar con el fotógrafo que fue de vuestra parte al preestreno de *El pecado.* —Vaya nombrecito tenía la serie, de telenovela mala. Aun así, tenía mucho éxito—. ¿Nadie fue?... Ya… ¿y esas fotos de Samuel Vela?... Os las mandaron de manera anónima… *Okey*… gracias… Adiós.

Colgó y bufó. Primera intentona fallida.

Toni, desde su sitio, la miraba con una sonrisa divertida. Arrastró su silla hasta estar frente a ella, apoyó los codos sobre la mesa y la cara sobre sus manos, contemplándola con candor.

—¿Quieres saber quién ha fastidiado a tu amigo?

—Sí —admitió.

—Yo puedo ayudarte si tú me dices qué narices sucede con Enrique.

—¡Sssssshhh! —Ada hizo un gesto histriónico, agitando las manos para que bajara la voz.

—Eso es que sucede algo, confirmado. Vamos al bar de abajo.

No volvieron a hablar hasta estar sentados a una mesa con dos cafés.

Ada confiaba en Toni. Nunca haría nada que la perjudicara, y, con todo, no estaba dispuesta a confesar toda la verdad. En especial, esa parte en la que admitía que estaba muy pillada por su compañero.

—Haré mis averiguaciones con lo de ese fotógrafo misterioso —se comprometió él, y luego fue a lo que le interesaba—. Conozco a Enrique, hago muchos reportajes con él, y te conozco a ti. Y estáis muy raros.

—No estamos raros. —¿En serio se notaba tanto? Vaya vergüenza.

—Vi el numerito de la fiesta de Halloween. Y tras hablar contigo, Enrique se piró de mal aire. —La miró a los ojos y siguió—: Ten cuidado. Es un depredador. Lo he visto, le encanta seducir y no le importa nada, ni siquiera que ellas lleven anillo de casadas.

—Él lo lleva. Tranquilo, está todo solucionado, yo estoy con Jaime. Y *quiero* estar con él.

—Bien. Ojalá sea así. Aunque, si de verdad quieres conservar a Jaime, ten cuidado —repitió él.

Ada suspiró. Ojalá fuera tan fácil…

NURIA

David la había invitado a su piso para ver una película. Habían hecho palomitas, habían sacado un par de cervezas y habían dado cuenta de ambas cosas. El abogado había impuesto que fuera una comedia, no quería dramones: «¿Te parece que tengo poco con mi propia vida?», le había soltado. Y Nuria no había tenido argumentos para rebatir.

En cuanto acabó la reproducción, el chico se levantó para quitar el *pendrive* del ordenador. Nuria lo observó, vestía un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca de tirantes. Nunca algo tan hortera le había quedado tan bien a nadie. Continuaba estando delgado, y aun así… Se mordió el labio inferior. Desde que David se desnudaba emocionalmente en su consulta, había empezado a verlo muy atractivo. Era algo retorcido, pues las partes de sí mismo que le mostraba eran las más oscuras. Aun así, le gustaba ese David roto, vulnerable. Era hermoso. Y peligroso.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó él, sonriente.

—¿El qué?

Tan absorta estaba, deleitándose con el torso que se le marcaba bajo la ropa, que no entendía a qué se refería. David puso los ojos en blanco.

—¿Qué va a ser? La peli.

—Un asco.

—Te reías.

—Porque es de risa, pero admite que es mala de narices.

Él se encogió de hombros.

Se escuchó a alguien abrir la puerta de la entrada.

—Serán mis padres —comentó el chico con desgana.

Nuria, en un impulso, se colocó bien la camiseta, se le había arrugado al estar acurrucada en el sofá, y se puso en pie. Los padres de David le imponían, eran gente importante. O tal vez solo fuera por su dinero, la gente rica le parecía de otra categoría superior a la suya.

El abogado le había contado a Nuria que desde que tenía trabajo el trato había mejorado, aunque todavía era tirante.

—¡Nuria! No te esperábamos aquí —se alegró el padre.

—Hemos improvisado una sesión de cine casero —explicó ella.

—Ay, hijo, qué buena pareja hacéis —dijo la madre. David arqueó las cejas, asombrado. Nuria se puso roja—. ¡Qué ganas tenía de que nos trajeses una chica! Una chica formal, a ver si te dejas de tantas tonterías. Bonita, ¿te quedas a cenar?

—Claro que se queda, mamá —soltó él sin consultárselo, y le pasó el brazo por encima del hombro. Ella se puso más roja todavía.

A su lado, un tomate tenía mal color.

—A ver, que yo me entere: ¿Estáis saliendo? —preguntó el padre de David, tan estupefacto como Nuria.

—Estamos empezando —zanjó el abogado.

Aprovechó que ella estaba vuelta hacia él, intentando averiguar qué estaba sucediendo, para plantarle un beso en los labios. Nuria perdió la capacidad de hablar, y de pensar y, por un momento, también de respirar. Miró a David, miró a los padres de él y seguidamente al suelo, el lugar más seguro.

—¡Qué ilusión! —exclamó la madre y, con una sonrisa que no le cabía en la cara, desapareció por el pasillo.

Lo mismo hizo el padre, que no parecía muy convencido de que fuera cierto lo que acababan de anunciarle. David soltó a Nuria de inmediato y ella se sintió desprotegida. Se obligó a enfadarse, era lo propio tras lo que había hecho su amigo. Sin embargo, ese sentimiento no hacía acto de presencia.

—¿¡De qué vas!?

—Les he dado felicidad. Y, mientras, yo seguiré haciendo lo que me dé la gana con mi vida.

—No has contado conmigo.

—Se me ha ocurrido sobre la marcha. ¿Te molesta?

No. No le importaba fingir que era su novia, era lo más cerca que podía estar de tener una relación en esos momentos. Incluso le hacía una malsana ilusión. Le había gustado ese estúpido beso apresurado, torpe y sin emoción alguna. En fin, de perdidos, al río.

—Está bien —cedió—. No obstante, es mentir. Hablaremos de esto en la consulta. Mañana.

—Claro, cariño —bromeó.

David sonrió y eso provocó que ella también lo hiciera, de una manera muy tonta y muy preocupante. En menudo jardín se acababa de meter: amiga, psicóloga y novia de pega del mismo hombre.

Del hombre más guapo que había en la faz de la Tierra. Después de Jaime, claro.

¿Por qué siempre le atraían los hombres que se enamoraban de Ada?

IV. JUEVES, 8

ADA

Se levantó bastante cansada. Había dormido poco. Le solía pasar antes de los viajes, y esa tarde partían hacia Roma para cubrir el festival de música.

Lidia estaba muy emocionada: el día anterior le había mandado fotos de sitios a los que ir y monumentos que ver, además de fotos de italianos sin camiseta que quería conocer de a saber qué manera. Ada, contenta por ir con ella y no con Enrique, le había contestado con entusiasmo.

Encontró a Nuria en la cocina, contemplando su maleta, que permanecía en el pasillo. Le dio lástima, su amiga anhelaba viajar.

De súbito, recordó que tenía algo que contarle. Y debía hacerlo con tacto, adivinaba que la iba a afectar más de la cuenta.

—Nuri…

—Ay, «Nuri». Eso suena mal.

Se conocían muy bien, ya la había pillado.

—Ayer por la tarde me telefoneó tu madre. A mí. Que hace un par de meses que no sabe nada de ti, que la llames.

A Nuria se le cambió la cara. Se levantó, tiró el café por la fregadera, se colmó la taza de leche, se echó cacao y arrambló con las galletas que ella acababa de sacar del armario. No, no se lo había tomado pero que nada bien.

Ada bajó los ojos hacia el suelo. La madre de su amiga parecía preocupada y, aunque sabía que las relaciones familiares de Nuria eran complejas e intentaba no meterse, no le parecía bien ocultárselo.

—No puedes esconderte —continuó. Esas palabras le sonaron extrañas en su boca, no solía interpretar la parte madura de la conversación—. ¿Le has dicho lo del hotel? ¿Lo de la clínica?

Su compañera se pasó la mano por el pelo enmarañado. Ada se sentó frente a ella, esperando una respuesta.

—No le va a gustar —dijo, al fin.

—Lo respetará. Es madre, las madres siempre…

—¡Mi madre, no! —bramó con la boca llena. Comía con mucha ansia, Ada nunca la había visto así—. Quiere que destaque, que haga el PIR, que trabaje… ¡Tú no lo entenderías ni en cien años! Tus padres te adoran.

—A ver, tú tampoco dejas que tu madre se acerque a ti. En serio, llámala. Quedas con ella, le explicas todo lo que te ha ocurrido en las últimas semanas. Por favor, estaba agobiada con tu *desaparición*. Asegura que ha intentado contactar contigo miles de veces.

—De acuerdo. La llamaré.

—Hoy.

—O mañana. O cuando me salga de las narices. No sabes lo que me estresa esto —se quejó.

—Está bien —cedió, levantando ambas manos—. Me voy al curro. Me espera un finde movidito con Lidia, no veas la de planes que tiene. No la lieis mucho por aquí sin mí, ¿eh? —bromeó para distender el ambiente.

Nuria hizo una mueca mientras engullía más y más galletas.

NURIA

En cuanto se cerró la puerta, miró con horror su taza casi vacía. ¿Qué había hecho?

Se levantó, temblorosa, arrepentida como si hubiera cometido el peor de los delitos. Se apretó la tripa con ambas manos, sintió las lorzas colarse entre los dedos. Le sobrevino una arcada. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia el baño, se arrodilló frente al inodoro y vomitó.

Se vació por completo. No solo el cuerpo, también los remordimientos.

Después se quedó sentada en el suelo, asustada por lo que acababa de hacer. No se sentía bien. Otra sensación de culpa diferente anidó en su pecho, y rompió a llorar.

ADA

Buscó a Lidia al entrar en la redacción para ultimar ciertos detalles del viaje. Le resultó extraño no encontrarla. Quizás había pedido el día libre para preparar la maleta. Ella prefería no gastar vacaciones por un viaje. Se sentó a su mesa para terminar sus tareas pendientes y, cuando las finalizó, entró al despacho de Jaime para despedirse.

Revisaba papeles, como siempre. Sonrió al verla. Ella echó el pestillo y avanzó hacia él, que la seguía con la mirada. Si le dejaba, se despedirían a lo grande. Ada se sentó sobre sus piernas y lo besó en los labios, profundizando en el beso, tentándolo con suaves caricias de su lengua. Jaime gimió y ella, invitada por ese sonido, arrastró las manos hacia abajo, hasta el pantalón de su novio, dispuesta a desabrocharlo y disfrutar de él al completo.

—Ey, quieta —le susurró—. Aquí no.

Ada se puso de pie, muy digna y algo decepcionada. A veces los modales refinados de su novio la ponían muy nerviosa. Así que, si no quería un adiós por todo lo alto, allá él.

—No te enfades. Es que hay gente fuera: pueden llamar, u oírnos. No eres precisamente muy silenciosa cuando… No sé —se excusó, azorado.

—Venga, Jaime. Puedo hacerlo en silencio, créeme.

—Soy el jefe, no puedo…

—Ya. Lo entiendo —zanjó.

¿Por qué tenía que ser siempre tan correcto? Se le antojaba muy excitante montárselo en su despacho, la verdad. Todos los problemas que él le había puesto le parecían de lo más estimulantes.

Jaime se levantó y la besó, juntando mucho su cuerpo al de ella. Ada suspiró, no quería irse enfadada. Además, sabía que él la quería. Por eso se odiaba, porque no conseguía quererlo como se merecía. Allí donde debía de haber una explosión, solo había una tímida excitación. Y cariño, no amor. Él la abrazó y juntó la nariz con la suya en una caricia tierna que la hundió más aún. Era lo peor. Lo putopeor, para ser exacta.

—Cuando vuelvas el domingo, vente directa a mi casa. No me gustan las despedidas; sin embargo, adoro las bienvenidas —le dijo.

Ella asintió, convencida de que era la mejor de las ideas.

—Te llamaré.

—Eso espero.

Ada se despegó de él y, cuando estaba quitando el pestillo, Jaime habló, distraído, como si lo que decía no tuviera importancia:

—Por cierto, Lidia ha llamado esta mañana, está con una gastroenteritis horrible. Vas con Enrique a Roma.

Notó como si tiraran de su corazón y se lo sacaran del pecho.

—De acuerdo —contestó casi sin aire.

Aunque no lo estaba, para nada. Estaba de todo, menos de acuerdo. Apoyó la cabeza en la puerta un milisegundo antes de abrirla y salir, rendida.

DAVID

Jugueteaba con el bolígrafo que Nuria le había prestado para completar su lista. La psicóloga lo observaba; sin embargo, él sabía que estaba pensando en otra cosa. Pasaba tantas horas con ella que conocía sus gestos de memoria. Llevaba unos cinco minutos en

silencio, como ida, mordisqueándose las uñas. Así que decidió arrancarla de ese ensimismamiento que empezaba a hastiarle:

—Oye, que no te pago para que me mires.

—Perdona. —Nuria abrió mucho los ojos y se pasó la mano por la cara, agobiada—. Lo sé. Hoy no estoy muy… Lo siento.

—Bien, pues cámbiame el sitio: yo haré de psicólogo.

Nuria se apoyó en el respaldo.

David entendió que no consentiría levantarse de ahí, eran sus dominios y no iba a cedérselos. Él se puso en pie y se acercó, decidido. La agarró de los brazos y tiró sin mucha delicadeza. Ella se aferró a la silla con fuerza. Tras un leve forcejeo, consiguió su objetivo y ocupó el asiento de la psicóloga.

—Es mucho más cómoda que la mía. Ya verás, siéntate ahí —comentó con sorna, girando la silla a un lado y a otro, mientras ella lo contemplaba con los brazos en jarra—. Siéntate —repitió, con una expresión pícara en el rostro.

Nuria, vacilante, obedeció y se dejó caer en el lugar del paciente.

—¿Qué ha pasado, señorita?

—¿Señorita? Compórtate normal, imbécil.

—Eso es una falta de respeto a su médico. —David ensanchó su sonrisa, era divertido provocarla.

—Los psicólogos no estudiamos Medicina. ¿Quieres que te lo cuente o no?

—Quiero. Para una vez que tú estás más jodida que yo…

Ella tamborileó con los dedos en la mesa un par de veces, como si estuviera pensando cómo empezar, y al fin habló:

—Mi madre ha telefoneado a Ada porque yo no le devolvía las llamadas. Y ahora tengo que hacerlo. Ya sabes cómo es mi relación con ella. Es tan… exigente.

—Nuria, tu madre es un amor. —A él se lo parecía, era una mujer muy agradable.

—¡Qué va!

—Llámala, anda. Estará preocupada.

—No sabe lo de mi despido, ni esta locura de la clínica. No sabe nada de mi vida. Solo la decepcionaría.

—A ver, decepcionante soy yo, que soy un gilipollas. Pero ¿tú? Eres responsable, simpática, madura… No, ningún padre puede sentirse mal por ti. Llámala ahora. Quiero escucharte, asegurarme de que no procrastinas.

—No eres gilipollas. Y no voy a llamarla delante de ti, me da corte.

—¡Qué tontada! Además, ahora somos novios, no puede haber secretos entre nosotros —argumentó David.

Nuria abrió la boca para contestar, aunque la cerró sin decir nada. Después, obediente, alargó la mano y cogió el móvil, que estaba encima de la mesa. Desbloqueó la pantalla, buscó en la agenda y, por fin, marcó.

David no podía creerse que hubiera sido tan fácil.

—Mamá… Perdona… Ya, se me ha ido la pinza… Es que ha habido cambios en mi vida… ¿Cuáles? Pues… ¿Que si quedamos y te los cuento en persona?… ¿Para comer?… ¿Este finde?… Vale, pues el que viene, mándame la dirección de donde quieras ir… Reserva para tres, voy a presentarte a mi chico… Sí, mamá, mi chico… Ya lo verás, no seas ansias… Adiós… Y yo a ti.

Colgó y alzó la vista hacia David, que la analizaba, esperando una explicación a eso de «su chico», pues suponía que se refería a él. No estaba molesto, él había empezado esa mentira y era justo que ella se aprovechara. Simplemente, le sorprendía. La joven volvió a depositar el *smartphone* donde estaba antes y se sonrojó.

—¿Qué? Una mala noticia por una buena. Si le llevo a mi madre un hombre como tú, le dará igual que me hayan despedido.

—Un hombre como yo —rio. No sabía qué podía tener él de bueno—. Nuria, ¿te das cuenta de que no puedes reprenderme por engañar a mis padres cuando tú acabas de hacer lo mismo?

—Nuria-amiga no puede. Nuria-psicóloga puede, y debe. Así que, guapito, cámbiame el sitio; que a la Nuria-psicóloga le dan igual tus caritas de niño bueno y tus sarcasmos. Venga, hoy toca hablar de esas mentirijillas que cuentas a los papis.

David volvió a su sitio, conforme. Él había decidido ir a terapia. No le apetecía abrirse en canal; aunque, si hablaban de sus

progenitores, podría soportarlo. Pero no de Ada, no estaba preparado. Le dolía verla con Jaime, le dolía saber que no era feliz.

No obstante, lo que más le dolía era pensar que con quien quería estar ella era con otro hombre que no era él.

ADA

Esperaba frente a la puerta de embarque mirando el móvil. No había hablado con Enrique, no había querido enviarle ni un triste mensaje. Tampoco él lo había hecho, de forma que estaban en paz.

A quien sí le mandó un *wasap* fue a Víctor:

ADA
Adivina quién es mi nuevo compañero de viaje…

Un segundo más tarde, demostrando su adicción al móvil, su amigo contestó:

VÍCTOR
No ibas con Lidia?

ADA
Se ha puesto mala…

VÍCTOR
Enrique

Silencio en el aparato hasta que Víctor lo rompió:

VÍCTOR
Quieres hablar?

ADA
No, voy a embarcar en breves

Tenía miedo de que Enrique la pillara quejándose de que iba con él a Roma. Entonces, el Víctor más canalla salió a relucir en un

último pitido de la aplicación:

> **VÍCTOR**
> Mira, podría decirte que te apartaras de él, que te controlaras… pero, sabes qué? Que le den a tu novio, si no estás bien con él, tus motivos tendrás. Ada, disfruta, coño, que la vida son dos días. Besos

—Si yo estoy bien con él —suspiró ella, autoconvenciéndose. Algo, o mejor dicho, alguien le hizo sombra en la pantalla. Levantó los ojos: era la causa de todos sus desvelos. Cerró la conversación, asustada ante la posibilidad de que él hubiera leído sus palabras—. Hola.

—Hola. —Se sentó junto a ella y colocó su maleta azul oscuro entre sus piernas. Después, habló sin mirarla—: Ada, Jaime me lo ha pedido como un favor, no he podido negarme. Te prometo que no me acercaré a ti. No quiero ponerte en un compromiso.

—Oh, ¡cállate! ¿Crees que eres irresistible? Puedo estar contigo sin lanzarme a tu cuello —le hizo ver, algo crispada. Sin embargo, no estaba muy convencida de ser capaz de cumplir lo que aseguraba.

—Bien, tal vez he sido algo «presuntuoso» —dijo él, evocando aquella vez en la que Ada había manifestado lo extraña que le había parecido esa palabra. Ambos sonrieron al recordarlo—. Te pusiste tan nerviosa cuando te enteraste de que íbamos a cubrir esto juntos…

—No pasará nada. No pasará nada —zanjó ella, como si, al decirlo dos veces, consiguiera un hechizo de protección.

Se miraron, y él le dedicó una media sonrisa, una de esas que le achinaba los ojos. Una corriente eléctrica le subió por toda la columna.

En ese preciso instante supo que, si no quería liarla, tendría que poner todo de su parte, porque el calor le hormigueaba entre las piernas.

* * *

Durante el viaje, repasaron los conciertos que se iban a celebrar, lo que harían, a quién entrevistaría Enrique y las fotos que tomaría Ada. Hablar de trabajo se les daba bien, incluso pudieron reírse, como si nada fuera de lo normal ocurriera entre ellos, como las dos personas que eran antes de ese fatídico día de septiembre. Y, siendo honesta, se sintió muy cómoda.

—¿Y a qué vas a dedicar el tiempo libre? —cambió él de tema.

—Lidia me había preparado un *planning* enorme con actividades. Incluso con bares a los que ir a ligar, ya sabes cómo es. Haré turismo, nunca he estado en Roma.

—Yo sí. Puedo acompañarte si quieres —le ofreció mientras se metía un chicle a la boca.

—Creo que iré sola.

—Como prefieras. —Se encendió la luz avisando de que debían ponerse los cinturones—. Vamos a aterrizar.

—¿Tú has viajado mucho? —preguntó al tiempo que se abrochaba.

—Menos de lo que me gustaría. ¿Tú?

—Muy poco. Me independicé, y lo de ahorrar…

—Bueno, Jaime te llevará por todo el mundo si se lo pides.

—No quiero que me lleve nadie. Quiero ir yo —comentó muy seria.

Enrique, en un gesto inocente, le acarició el brazo, un leve roce. Ella cerró los ojos un segundo, disfrutando del contacto. Después, se apartó, mejor no tentar a la suerte. Él retiró la mano.

—Por supuesto, lo harás.

* * *

Cogieron un taxi para ir al hotel. Iban a gastos pagados, un lujo. Les tocaron dos habitaciones contiguas. Al menos no tendrían que compartir, eso hubiera sido el culmen de su desgracia. Tras subir en el ascensor, quedaron para cenar juntos. Tenían que ser adultos: estaban solos allí, por lo menos se harían compañía hasta que

coincidieran con otros periodistas y fotógrafos, y tuvieran una excusa para perderse de vista.

Ada se duchó y se cambió. Se puso unos vaqueros y una sudadera roja, para comer algo rápido tampoco había que ir de punta en blanco. Se desenredó el pelo y se arregló un poco el escaso maquillaje que llevaba. Salió del cuarto y dudó si tocar a la puerta de su compañero. Decidió no hacerlo.

Cuando bajó al *hall* se lo encontró hablando con una chica igual de joven que ella, con una melena rubia larguísima y lisísima; delgada, pero con unos pechos que se le salían del pronunciado escote del vestido corto y ajustado que llevaba. Enseguida adivinó que esa sería la conquista de Enrique de esa noche. El muy cabrón… Agitó la cabeza, alejando ese sentimiento. No tenía ningún motivo para enojarse.

Se examinó a sí misma, con sus vaqueros y su sudadera ancha, y le entró la risa. La comparación era odiosa. Se acercó a ellos y saludó.

—Mira, ella es Ada —la presentó el periodista—. Adela es española también. Se viene con nosotros.

Adela. Joder, se había buscado una con un nombre parecido al suyo. Así sería más fácil disimular si se confundía cuando la razón lo abandonara, ¿no?

La chica le plantó dos besos, mientras ella se reprochaba estar tan enfurecida. Metió las manos en los bolsillos y sopesó si de verdad deseaba ir a cenar con ellos y ver cómo Enrique desplegaba todas sus dotes de seducción con una desconocida. Y no le apetecía. Para nada.

—Enrique, me duele un poco la cabeza, por el viaje y eso. Creo que me voy a dormir. Mañana será un día largo —mintió.

Él se dio cuenta de que no era cierto, tonto no era.

—¡Mujer, la noche es joven! —exclamó Adela.

Ada le dedicó una mueca que se parecía a una sonrisa, sin molestarse en ocultar lo falso que era ese gesto.

—Otro rato será, Roma no se va a mover —dijo, y miró a su compañero. Tal vez si le insistiera…

—Como quieras —repuso él.

Genial. Estaba todo claro: sobraba. Se dio la vuelta tras un escueto «adiós». Pilló algo de picar en una máquina del hotel, y se subió con su sándwich y su botella de agua a su dormitorio. Hojeó unas revistas, llamó a Jaime, coqueteó con él, le dijo que lo echaba de menos, le contó que Enrique la había abandonado, vio la televisión y, por fin, se echó a dormir.

Cayó rendida enseguida, estaba cansada de verdad.

* * *

A las cuatro de la mañana se despertó, sobresaltada. Había soñado con Enrique y Adela, que se reían de ella, que se marchaban juntos a la cama.

Se quedó inmóvil, sin hacer ruido, intentando escuchar si algo sucedía en la habitación contigua. Silencio. Pero ¿y si habían ido al cuarto de ella? Mierda. Se tumbó sobre el costado y cerró los ojos, reprimiendo las ganas de llorar.

V. VIERNES, 9

ADA

Cuando bajó al buffet, Enrique ya estaba allí. Y solo, cosa que le alegró la mañana, al menos no tendría que desayunar con la rubia.

Barajó ignorarlo y buscar un sitio más alejado, no le apetecía hablar con él. Al final, se armó de valor y fue hasta su compañero con una bandeja llena de bollería. Necesitaba azúcar para pasar el mal trago. Dejó caer la bandeja con su desayuno sobre la mesa y algo de café se derramó. Un desperdicio, seguro que lo necesitaba más adelante.

Él tragó el trozo de tostada que se había metido en la boca:

—Buenos días —saludó el periodista.

—¿Qué tal has dormido?

—Bastante bien.

Lo observó e intentó dilucidar si lo había hecho solo o en compañía. Pero Enrique era un misterio, ilegible. Un puto castillo amurallado. ¿Dónde había aprendido a poner esa cara de póker? Ella necesitaba saber qué había ocurrido la noche anterior. Y lo sabría.

—¿Qué tal con la chica esa? —se lanzó.

—¿Qué me estás preguntando, Ada? —le dijo con una sonrisa retorcida en el rostro. ¿Disfrutaba de su desasosiego?—. No te debo explicaciones.

—No, si puedes hacer lo que te dé la gana. Solo quiero saber si voy a tener a esa tipa pegada todo el festival gracias a ti. O por tu culpa. Me pareció una pija —sentenció con la boca llena. Él comenzó a reír y ella bufó—: Eres un imbécil, tío.

—¿Y si recogemos las acreditaciones y nos damos una vuelta por Roma? Hasta la tarde no hay nada programado. Aunque haya estado ya aquí, no me importa volver a ver la ciudad contigo.

—¿Sin Adela?

—Solos tú y yo —susurró, lo que le provocó un microinfarto.

Sonaba demasiado bien, Ada no podía negarse a esa propuesta.

* * *

Enrique casi consiguió que se arrepintiera, pues logró destrozarle las piernas en una mañana de tanto andar. La llevó de un lado para otro, entusiasmado, y le mostró los lugares que conocía. Ella se hizo fotos con todos los monumentos con su cámara réflex y con el móvil (esas se las envió a Jaime), se tomaron algún *selfie*, bromearon y se rieron juntos.

A mediodía comieron *pizza* en un bar y regresaron al hotel para ducharse antes de acudir al festival.

Cuando por fin se quedó sola, tenía una extraña sensación en el pecho. Le fastidiaba reconocerlo, pero ese día con su compañero había sido prácticamente perfecto.

JAIME

Esa noche cenaba en casa de sus padres. Su madre había cocinado una sopa de pescado. No le entusiasmaba; sin embargo, se la tomó sin rechistar, no tenía ganas de hablar. Le había sentado fatal que hubieran aprovechado para invitarlo justo cuando Ada no estaba. Fernando no perdía oportunidad para demostrar la antipatía que tenía hacia su novia.

Adriana sirvió el postre y este sí lo devoró. Su padre lo contemplaba con una sonrisa ladina desde hacía rato, así que no pudo evitar preguntar el motivo, pese a que intuía que no estaba preparado para la respuesta:

—¿Qué ocurre, papá?

—¿Dónde dices que está esa novia tuya?

—En Roma. Ha ido a cubrir un festival.

—Deberías haber mandado a Toni —observó, frotándose el mentón con las puntas de los dedos.

Toni y Ada eran los únicos fotógrafos que tenían en nómina, el resto de las imágenes las compraban a agencias o a *freelance*. Para un evento así prefería mandar a uno de sus empleados.

Jaime negó con la cabeza, ya había comenzado la guerra. Por lo menos, había esperado a acabar la cena.

—Sabes que su trabajo es superior al de Toni. Y más, si hablamos de directos. Capta la vida mejor que nadie.

—También sé que es ligerita de cascos, y la has enviado sola bien lejos. Jaime, que no espabilas.

—Fernando, por favor —intentó frenarlo Adriana.

—Mamá, déjalo. —Se pasó la mano por el flequillo y se alborotó el pelo—. No tengo motivos para desconfiar, va a trabajar. Ella también podría pensar que yo estoy haciendo algo malo.

—Y aquí estás, con tus padres —le hizo ver su progenitor.

Sí, allí estaba, por desgracia.

—Puede que luego salga un rato con mis amigos —mintió. Se estaba agobiando al pensar que Ada podría traicionarlo—. Y si no, no pasa nada, papá, ¡menuda tontería! Yo confío en Ada. Me quiere, y yo la quiero a ella.

—¡Qué inocente eres! —continuó Fernando—. Primero esa novia tuya rara que te dejó sin motivo, otra casquivana. Y esta… Te las buscas todas cortadas por el mismo patrón.

—¡Basta ya! Deja de hablar así de ella. No es como tú crees. ¡Joder! —Jaime tiró la servilleta sobre la mesa y se levantó, malhumorado—. Me marcho.

—Hijo, no… —Adriana se puso en pie y lo sujetó del brazo para evitar que se fuera.

—¿Y con quién ha ido? —siguió picando su padre, que no se rendía.

—Con tu adorado Enrique —contestó con desdén.

El empresario soltó una carcajada irónica y negó con la cabeza.

Él no aguantó más y fue a la percha a coger la cazadora de cuero y el casco. No solía ir mucho en moto; sin embargo, había tenido la ligera sospecha de que le vendría bien que le diera el aire cuando terminara su reunión familiar. No se había equivocado. Siempre que estaba con sus padres, retornaba amargado a casa.

—Cuánto tienes que aprender —murmuró su padre mientras él salía del salón.

Su madre lo persiguió, pero no sirvió de nada, estaba más que decidido a largarse.

Se ajustó el casco y arrancó el vehículo. Quizás corrió un poco más de la cuenta, porque llegó enseguida a su apartamento. Dejó la moto en el garaje y subió en el ascensor. Arrojó el casco al sofá nada más llegar y sacó el móvil. Un mensaje:

DAVID
Te vienes mañana con nosotros a tomar algo?

Jaime respondió con el emoticono del pulgar hacia arriba. Le iría bien despejarse, aunque fuese con los amigos de Ada. No sabía si llamarla o no, ese día no había tenido apenas noticias de ella, excepto alguna foto que le había mandado. El festival finalizaría tarde, de forma que le mandó un *wasap*:

JAIME
Te echo de menos.

Llámame mañana, me voy a dormir

Aguardó un poco (diez minutos, media hora, no lo calculó), por si Ada lo leía y daba señales de vida.

No ocurrió.

Procuró autoconvencerse de que su padre era demasiado desconfiado. Él era consciente de que su pareja era muy

independiente. No obstante, se había comprometido a estar con él, con nadie más. Lo había logrado tras diez meses de incertidumbre, de plantearse cada noche que se separaban si ella le era fiel. Ahora que tenía su palabra, no iba a empezar a dudar; si no, la relación se tornaría insostenible.

ADA

Menos mal que se había llevado las cómodas Converse. No sentía nada de cintura para abajo. Menudo día llevaba: turismo y festival, estaba viva de milagro.

Volvió al hotel con Adela y con Enrique, soportando sus tonteos y viendo cómo la periodista, cada dos por tres, se le colgaba del cuello e intentaba besuquearlo. Ella de vez en cuando les hacía la burla sin mucho disimulo. Eran insoportables.

A mitad de camino, consultó el móvil. Tenía un mensaje de Jaime de hacía dos horas. Contestó:

ADA
Estamos volviendo al hotel, estoy reventadísima.

Mañana hablamos.

Beso casto y puro, que estoy trabajando

Al llegar al hotel, a la parejita feliz se le antojó tomar una copa en un bar cercano que habían descubierto la noche anterior. Ada se planteó largarse a dormir, pero al final decidió que le vendría bien ingerir algo de alcohol.

En ese local se encontraron con varios de los profesionales que habían acudido al festival. Ella aprovechó para hacer bomba de humo y dejar a su compañero con la pesada, pidiendo bebida en la barra. No obstante, los espiaba, no lo podía evitar. Le hervía la sangre cuando él dejaba que Adela le acariciara el rostro, lo agarrara por la cintura, entrelazara sus dedos con los de él… ¿Celos? Esperaba que no.

Se tomó tres combinados con la intención de olvidar esa emoción que no debía sentir. Por desgracia, el remedio tuvo el efecto contrario. En realidad, tuvo dos efectos. El primero: el enfado multiplicado por dos mil. El segundo: el calentón. Y el segundo avivaba el primero.

Hecha una furia, pensó que, por lo menos, podía paliar el cabreo si le dejaba las cosas claras a su compañero. Envalentonada, se encaminó hacia él.

—Oye, ¿por qué no vas un momento… por ahí? —Le señaló a Adela un lugar indeterminado del *pub*—. Quiero hablar de trabajo con mi colega.

La mujer miró a su ligue como si necesitara su permiso. Él asintió y la periodista se marchó, de mal aire. Ada ocupó la banqueta que antes sujetaba el perfecto culo de la otra y buscó los ojos de Enrique. Él le sostuvo la mirada. Sintió que la desafiaba, lo que la enfureció todavía más.

—¿Por qué haces esto? Adela no te interesa. Estás con ella porque no puedes estar conmigo.

«¿En serio he dicho eso? ¿Qué cojones me pasa? Estoy más borracha de lo que pensaba», se recriminó.

—¿No crees que eso es…?

—Presuntuoso, sí. ¡La puta verdad es! —rugió y, al darse cuenta de que había hablado un poco alto, bajó la voz—. Te mueres de ganas de estar conmigo. ¿Te la tiraste anoche?

Ya no había quién la parara. Las palabras brotaban de su garganta sin filtro alguno y solo respondían a las tres emociones que le cabían en el cuerpo en ese instante: celos, enojo y excitación. Y todas provocadas por ese hombre que tenía delante. Ese que la estaba volviendo loca.

—Déjame tranquilo —respondió él con calma.

—No fastidies, admítelo. Quieres estar conmigo —insistió ella.

—No voy a admitir nada. Porque no es cierto. No sé qué películas te has montado en la cabeza. Fueron dos polvos, Ada. Ya está. Lo pasamos bien y fin. Olvídalo.

Ada se levantó con ganas de darle una torta por haberle hecho quedar en evidencia, por no reconocer lo obvio. Sin embargo,

contuvo sus ansias de violencia gratuita, se dio la vuelta y se fue al hotel.

En el ascensor, se percató de que apretaba los puños con demasiada fuerza, con el único fin de no soltar ni una lágrima por él.

* * *

Eran cerca de las cinco y media y Ada no había conseguido dormir ni un segundo. Se había duchado, se había puesto una camiseta como pijama y miraba la televisión italiana e Instagram, las dos cosas a la vez.

Entonces, unos golpes en la puerta la sobresaltaron. No quiso levantarse, quien tocara a esas horas no tenía consideración. Volvieron a sonar, y pensó que dos llamadas eran más difíciles de ignorar.

Se incorporó, dubitativa, y caminó de puntillas hacia la puerta. No había mirilla, así que abrió un poquito y vio a Enrique rascándose la nuca y después mesándose la barba negra y espesa. Él se dio cuenta de que había una rendija y puso una mano para que no cerrara de golpe (muy acertado, porque su instinto la guiaba a hacerlo).

—Ada, tenemos que aclarar esto.

—Ya has dicho todo lo que tenías que decir —susurró.

Trató de empujar para dar un portazo, sin plantearse que los dedos de su compañero estaban en medio y podía romperle alguno.

Él lo evitó haciendo fuerza en dirección contraria. Como era de esperar, dada su superioridad física, el periodista ganó el pulso y la echó hacia atrás.

—¿Puedo entrar? Prometo no tocarte.

—Sé que no lo harás. Supongo que ya tienes la cama caliente.

Él negó con la cabeza e hizo un gesto con el brazo, demandando pasar. Ada asintió y se hizo a un lado.

Enrique caminó hasta el interior y se acomodó en una especie de puf que había frente la cama. Ella se sentó en el colchón con las piernas cruzadas para que no se le viera la ropa interior. La camiseta

era muy corta y su intención era estar sola toda la noche, de forma que no se había puesto nada más encima.

Su compañero enterró el rostro en las manos y, tras unos segundos, se enderezó para comenzar su discurso.

—Lo siento. No he sido sincero contigo. Evidentemente, no fueron dos polvos. Algo sucede entre nosotros, nos atraemos; si no, no estaríamos así. Y sí, es verdad que Adela es un parche para soportar estos días contigo, tan cerca y… tan inalcanzable.

—No es buena idea que hablemos de esto ahora mismo —susurró.

Se estaba mareando. Escucharlo admitir que sentía algo por ella la había desconcertado, pues le gustaba y la asustaba a partes iguales. Poner las cartas bocarriba no iba a aliviar la tensión que había entre ellos; al revés, la iba a incrementar.

—Solo quería decirte la verdad. No pretendo que pase nada, sé que estás con Jaime. Ya me voy —se levantó y se encaminó hacia la salida. En el último momento, se detuvo—. No me he acostado con ella. Ni ayer, ni hoy. Después de lo que ha pasado abajo, ni me lo planteo. No me gusta hacer daño a la gente y creo que te lo estoy haciendo.

Sí. Se lo estaba haciendo. Sin embargo, en ese instante, le daba igual. De esas tres emociones que se le habían despertado en el bar, solo quedaba una, la peor: excitación.

—¿Quieres quedarte? —murmuró ella.

—Te arrepentirías —dijo él, y parecía dolido. Ada iba a protestar, pero no le dio tiempo—. Mañana, si todavía quieres, terminamos de ver la ciudad juntos.

A continuación, abandonó la habitación sin esperar respuesta.

Ada se quedó allí, sintiéndose estúpida y sin entender nada. Maldijo y se metió entre las sábanas, planteándose si solucionar sus problemas de calentamiento interno sola.

VI. SÁBADO, 10

ENRIQUE

Como si hubieran firmado un pacto, ninguno de los dos habló de lo sucedido la noche anterior. Mejor pasear por Roma como si nada pasara entre ellos, como si fueran dos amigos, sin más. O, tal vez, algo más.

Porque a él le estaba costando fijarse en los monumentos que visitaban, teniéndola a ella al lado.

Estaban en la Fontana di Trevi. Apenas se podía ver nada, la plaza estaba atestada. Era lo malo de esos lugares tan populares. Sin embargo, a Ada parecía darle igual, pues desenfundó la cámara, dispuesta a luchar para conseguir una buena foto.

Él sonrió, admiraba su entusiasmo. Además, le encantaba verla en acción con la réflex. Se quedaba embobado, viendo cómo fruncía el ceño, cómo ajustaba el plano, cómo decidía. Cuando encontraba el encuadre que buscaba, se retiraba el pelo, apretaba los labios y pegaba la cámara a su cara, aplastando su nariz y tensando los brazos. Y ¡zas! Foto. Era capaz de esperar (y hacerle esperar a él) un buen rato para que la luz fuera más favorable. Ada sentía pasión por la fotografía y esa pasión, a él, le fascinaba.

En ese momento, peleaba con los turistas para lograr avanzar y repetía «disculpe, *sorry*», con una sonrisa encantadora. Al llegar

donde quería, tomó varias instantáneas. Después se giró hacia él y le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Quieres una foto? —le ofreció ella.

—No, ponte tú, yo ya tengo una.

—Vale, voy allí. —Señaló una zona algo más libre de gente—. Te he dejado todo preparado en la cámara, y el autofocus. No la pifies.

No se molestó en recordarle, por enésima vez en ese viaje, que algo de fotografía sabía, que en la universidad los periodistas estudiaban cómo obtener una imagen más o menos decente. Para ella era importante que quedara perfecta. Ada se dirigió, con un paso rápido y decidido, hasta el sitio indicado.

Él capturó su sonrisa un par de veces. Deseó que ese gesto fuera dirigido a él.

—¿Qué tal ha quedado? —preguntó al volver.

—Genial.

Le quitó la réflex. Estaban muy cerca, y él contuvo el aliento y las ganas de besar ese pelo oscuro.

Joder, había sido un estúpido al tontear con Adela. Había estado a punto de echarlo todo a perder. Y más todavía al intentar alejarla mintiéndole, diciéndole que lo suyo solo habían sido dos polvos. Al ver su rostro descompuesto, se había dado cuenta de que le estaba haciendo daño. Por eso había decidido ser sincero. Jugársela, y que ella decidiera. Se sentía totalmente a su merced.

La joven, ajena a sus pensamientos, revisó las fotos y les dio el visto bueno. Guardó la cámara y se fijó un poco más en las esculturas de la fuente. A continuación, lo miró.

—¿Nos da tiempo a ver algo más o vamos a comer?

—Tienes que lanzar la moneda.

—¿Qué moneda? —Ella alzó las cejas.

—Si echas una moneda a la fuente, vuelves a Roma. Dos, conocerás a un italiano y tendrás un romance con él. Tres, y te casarás con él. ¿Cuántas quieres?

—Una. Déjate de romances…

Enrique no pudo evitar soltar una carcajada. Sacó una moneda de cincuenta céntimos de la cartera y se la dio.

—De espaldas, con la mano derecha y por encima del hombro izquierdo. Creo que era así, tampoco me hagas mucho caso.

—¡Cuánta parafernalia!

—¿Quieres volver o no? —preguntó él entre risas.

—¿Tú no la tiras?

—Yo ya lo hice la otra vez —respondió con pena.

Aquella vez, visitar Roma había sido un castigo y, cuando tiró la moneda, solo quería evaporarse de ahí. Lo que no imaginaba era que regresaría, sí, pero con una persona bien diferente. Siguió la parábola que dibujó el metal, concentrado en esos recuerdos agridulces que le traía la ciudad.

—¿Viniste con tu mujer?

—Sí —admitió—, al año de casarnos. No pudimos tener luna de miel y… Paola se empeñó en que teníamos que hacer un viaje juntos y solos, en compensación. La niña se quedó con sus padres y vinimos.

—¿No lo pasaste bien? Parece que…

—Fue una mierda. No paramos de discutir.

Nervioso, buscó una manera de cambiar de tema. No quería relatarle a Ada su infierno personal. No soportaría que lo mirara con lástima. Prefería sus miradas cómplices, esas que le erizaban la piel.

—¿Has visto *La dolce vita*? —preguntó, al fin.

—¿Una peli?

—Ya veo que no. Hay una escena aquí muy chula. ¿En serio no la has visto? Es un clásico.

—No me va mucho el cine antiguo, Enrique, siento decepcionarte.

—Un día iré a tu casa con unos cuantos DVD y te instruyo. Y si quieres te leo a Lorca, que parece que te gusta —bromeó.

Ada le sacó la lengua y él rio con ganas. La chica se dio la vuelta y se dirigió hacia una callejuela, fingiendo un enfado que él estaba seguro de que no sentía. Corrió tras ella y le pasó el brazo por encima del hombro, atrayéndola hacia él.

—No seas boba, no me decepcionas. Nunca lo harías —le susurró al oído.

Ada enrojeció y él temió que lo apartara. Para su sorpresa, la fotógrafa le rodeó la cintura. Le parecía peligrosamente natural andar con ella así, medio abrazados. ¿Qué esperaba de Ada? Ella parecía más que dispuesta a serle fiel a su novio. Y, sin embargo, él no tenía intención alguna de soltarla.

JAIME

Entró en el bar algo alterado. Estar con los amigos de Ada, sin Ada, le resultaba raro. Se preguntaba por qué había aceptado la invitación de David. O por qué David se lo había propuesto. Tal vez solo quería ser amable. Era la única explicación.

Su chica no había dado señales de vida en todo el día, solo le había enviado un mensaje por la mañana en el que le informaba que se iba a hacer turismo. Quería restarle importancia, aunque las palabras de su padre empezaban a calarle. Desde la noche anterior, no podía dejar de pensar en Ada coqueteando con cualquier italiano fornido y sobón.

Se quitó esa imagen de la cabeza y buscó al grupo. Estaban al fondo todos: Pau, Víctor, Nuria y David. Se reían mientras Víctor contaba algo y gesticulaba de forma exagerada.

Se acercó.

—¿Qué tal, Jaime? —lo saludó Víctor—. ¿Qué tomarás?

—¿Cerveza? —aventuró David.

Jaime asintió, y Víctor se giró hacia el camarero para pedir.

—¿Cómo está Ada? —quiso saber Nuria.

—Bien, supongo. Hoy no he sabido mucho de ella.

—Seguro que se ha dejado el móvil en el hotel, conociéndola —dijo el aspirante a actor, y le tendió el botellín a Jaime.

—Ya, ayer sí que me escribió y me mandó fotos, pero hoy…

—¿Podemos ver las fotos? —preguntó la chica.

—Igual son privadas —se mofó David de su inocente amiga, que hizo un gesto de incomprensión.

—No, tranquilos, son para todos los públicos —rio el aludido, y desbloqueó su móvil para mostrárselas.

Les enseñó la imagen de una despreocupada Ada en el Coliseo, con un perfecto cielo enmarcando su silueta. Riendo, feliz y libre. Esa era ella en su máxima expresión. Y estaba preciosa.

—¿Y Enrique? —indagó Víctor. Jaime se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Él no tiene por qué escribirme, a no ser que suceda algo relacionado con el trabajo que tenga que saber.

Suspiró. Estaba decaído, y todo por culpa de su padre y su animadversión hacia Ada.

David debió de percibirlo, porque le colocó una mano sobre el hombro para darle ánimos.

—Ya adivinaba yo que te tenía que sacar de casa. Menudo careto que llevas de perrito apaleado… ¡Que mañana vuelve tu chica, no te apures! Diviértete un poco.

—Seguro que Ada lo hace —apostilló Víctor con una sonrisa divertida en el rostro que parecía insinuar algo que Jaime no logró descifrar.

—Vamos a echar un futbolín —propuso David.

—Sí, por favor —rogó Pau.

Se encaminaron a la mesa, que estaba apartada en un rincón del bar. Eran impares, tendrían que rotar.

Jaime hizo pareja con David y se obligó a concentrarse en el juego.

Necesitaba dejar de imaginar a su novia traicionándolo.

Necesitaba volver a confiar.

ENRIQUE

Había visto las actuaciones desde una esquina del reservado para la prensa. Había tomado notas y había disfrutado de la música con Adela pegada a él, intentando obtener algo que no iba a conseguir ya.

Se había equivocado al buscar en ella lo que sabía que no iba a darle. Desde hacía un tiempo, solo había una mujer que lo llenaba. Jamás hubiera imaginado que una chica de veinticuatro años recién cumplidos pudiera desmontarlo de esa forma. No era amor, era… No lo sabía, simplemente sentía que su cuerpo se electrificaba al estar con Ada.

Llevaba un rato sin verla. Se planteaba ir a buscarla cuando apareció, sonriente mientras miraba la pantalla de la cámara.

El festival estaba a punto de finalizar, quedaría una canción, calculó él. El último grupo decía adiós. La fotógrafa, ya a su lado, enfocó al escenario y disparó. Entonces, una explosión de humo de colores y confeti lo invadió todo. La traca final.

La chica abrió la boca y rio, entusiasmada:

—¡Qué pasada! Esto tengo que sacarlo bien. No te muevas, que vuelvo enseguida —le pidió, y desapareció.

Él estaba seguro de que no sería «enseguida».

* * *

Enrique esperó mientras varios colegas se retiraban, cansados después de tres días de festival. En el hotel habían preparado una cena y una despedida. Adela insistió en que se marchara con ella. Con educación, declinó su oferta y apartó sus manos, que tanteaban su pecho. Al final, logró que pillara la indirecta.

Cuando Ada regresó lo hizo con un chico rubio, joven, con un bigotillo fino. Él sintió que se le encogía el estómago, aunque lo disimuló.

—Mira, Enrique, es Jimmy. Es fotógrafo. Se va a quedar un rato en la fiesta con unos amigos. ¿Nos apuntamos? Vamos a vivirlo un poco, ¿no?, que los estirados de tu profesión no molan.

No le apetecía en exceso; no obstante, no iba a abandonarla con un desconocido. Por muy resuelta que fuera Ada, el peligro existía… Además, ella estaba tan feliz en ese ambiente que no podía negárselo.

—Lo que tú veas.

—Jimmy, *we stay, with you.*

Enrique se rio del macarrónico inglés de su amiga y ella le dio un puñetazo suave en el hombro a modo de reprimenda.

Su compañera estaba en éxtasis. Nunca la había visto así, tan liberada, y eso que era bastante efusiva. Lo contagió de su energía y bailó con ella, la recogió en sus saltos amortiguando las caídas; y sí, le susurró al oído, le acarició el pelo, la cogió de la cintura… Dejó de evitar el contacto, porque ansiaba tenerlo. Y a ella parecía no importarle demasiado, de hecho, lo buscaba.

Entre canción y canción, la joven sacó la réflex de la mochila y se la cedió a Jimmy.

—*Can you…?* —Hizo un gesto que imitaba apretar un botón. Jimmy asintió y tomó la cámara de Ada, que se volvió hacia Enrique muy seria—. Si sale corriendo con «mi tesoro», ve tras él y mátalo.

Él se partió de risa. Y esa fue la primera foto. Después posaron sonrientes, y también haciendo el tonto.

Ada se subió a hombros de Enrique y levantó los brazos, pletórica. Cuando bajó, de un brinco, el periodista la sujetó para que no se hiciera daño y la acercó a él. Ella le rozó el rostro con los dedos y él, harto de contenerse, la besó. Solo un roce, tal vez algo más largo de lo que se podría haber considerado como *accidental*. Sintieron el *flash* de la cámara y ella se apartó. La sonrisa que se dibujó en su rostro al mirarlo era lo más bonito que había visto en años. Ada fue hacia Jimmy y miró las fotos.

—*Your boyfriend?* —preguntó Jimmy.

—No, no —respondió ella. Ada volvió junto a él y le mostró la instantánea—. ¿Qué te parece? ¿Hacemos buena pareja?

—Joder, Ada —refunfuñó. Parecía que le gustaba arruinar un momento bonito—. Creo que la vas a tener que borrar antes de llegar a España. Para no tener problemas.

—Vale, luego la borro.

—¿Cuándo? —insistió.

—Luego. Tú, tranquilo. En realidad me da pena, me gusta —reconoció. A continuación, lo miró con una intensidad que él empezaba a conocer bien. Esos ojos marrones estaban cargados de

promesas. Cogió a su compañero del brazo y se aupó para hablarle al oído.

—¿Nos vamos?

Él asintió, no había nada que deseara más que marcharse con ella a cualquier parte.

DAVID

El futbolín se había saldado con un equipo ganador: Pau-David, los invencibles. El resto de las combinaciones habían fracasado en numerosas ocasiones, sobre todo, el binomio Nuria-Víctor, que más que jugar, se estorbaban y se picaban el uno al otro.

La competición acabó cuando Pau tuvo que salir del bar para atender una llamada. David y Jaime se acercaron a la barra a por otra ronda y él aprovechó para interesarse por las averiguaciones de su nuevo amigo.

—¿Has descubierto ya quién tiene acceso a las cuentas?

—No. Me da miedo investigar.

—Solo hay dos opciones: saber la verdad o no saberla, tú eliges. Y créeme, la verdad siempre jode más que vivir engañado. Pero, por desgracia, vivir engañado no es la solución a nada.

David tuvo tentaciones de contarle que su novia también lo traicionaba, para predicar con el ejemplo. Sin embargo, calló. Sospechaba que Jaime ya se olía algo, apenas podía enmascarar su inquietud, y eso no era por la empresa. Pidió un chupito y lo invitó a brindar con el fin de animarlo.

Pau regresó con el rostro demudado, tembloroso, con la mirada perdida. David enseguida percibió que algo grave ocurría y fue hacia él. Nuria, Víctor y Jaime lo siguieron.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Era Sergio. Estaba durmiendo y ha escuchado un ruido. Ha ido al salón y se la ha encontrado en el suelo. —Se refería a Nati, obviamente—. Se habrá desmayado, no es la primera vez, con tan

mala suerte que se ha dado un golpe en la cabeza. Tengo que ir a casa.

—Te acompaño —dijo Víctor.

—Yo voy a por el coche y os acerco al hospital, dime dónde vives —se ofreció Jaime.

—Has bebido —le hizo ver Nuria.

—Una cerveza y un chupito, no es para tanto —se defendió—. Mándame la ubicación.

—Voy contigo y te indico —resolvió David— Nuria, tú ve con ellos.

Y así, su noche se fue a la mierda.

ADA

No quería pensar. No quería porque, si lo hacía, tendría que dar marcha atrás. Y no podía. Deseaba tanto estar con él que incluso le dolía.

Esos días con Enrique en Roma habían sido increíbles. Era feliz cuando le pasaba el brazo por encima de los hombros, cuando le sonreía, cuando bromeaba con ella. Luego, se quedaba esperando a que la besara. Ansiaba ese beso desde que la noche anterior su compañero se había colado en su cuarto para confirmarle lo que ella ya intuía: lo suyo no era solo atracción, había mucho más.

Por fin, el beso había llegado en el festival. Se había tenido que contener para no seguir pegada sus labios.

Mientras subía con Enrique en el ascensor del hotel, temblaba y ardía. Y no, no tenía fiebre. Era la anticipación de lo que suponía que iba a suceder.

Llegaron a su piso y anduvieron escasos metros hasta alcanzar la puerta de la habitación de Ada.

—¿Quieres que hoy…? —preguntó él sin atreverse a acabar la frase.

Ada tragó saliva, notaba su corazón palpitar desenfrenado en el pecho. Claro que quería, solo pensaba en ello. Sin embargo, también

quería sentir que tenía las riendas de la situación. Por eso tomó una decisión: iría al cuarto de su compañero. Siempre era él el que se metía en su cama. Esta vez sería al revés, ella tendría el poder de decidir cuándo marcharse, si quedarse o dormir en soledad. Sabía que iba a ser la única oportunidad que encontraría de conocer su espacio.

—¿Y si voy yo a tu…?

Señaló su puerta. Enrique alzó las cejas y asintió, había comprendido el porqué de esa petición. Fue a su dormitorio, abrió, la dejó pasar y él entró detrás.

Estaba más ordenado de lo que esperaba. Había dado por hecho que Enrique era un caos, y no. La ropa estaba recogida y plegada; la maleta, en un rincón. Sobre la mesilla descansaban un libro que seguramente no habría tocado esos días y unas gafas. Nunca las llevaba en la redacción.

Él cerró la puerta, se quitó la chaqueta y la depositó en el puf. A continuación, se sentó en la cama, mirándola de una manera que a ella le encantaba, como si no hubiera en el mundo nada que deseara más. Como si fuera la única. Se preguntó si a todas las mujeres las haría sentir especiales y después… Se obligó a apartar esas ideas. Él mismo le había confesado que con ella era diferente.

Caminó hasta él, que la recibió con una sonrisa. Su maldita e irresistible sonrisa. Colocó las rodillas en la cama, una a cada lado de las piernas de Enrique.

—Quieres esto, ¿verdad, Ada? No me gustaría que luego…

—No hay «luego» —le susurró y besó su mejilla—. No hay Madrid. —Mordió el lóbulo de su oreja—. No hay nada más que tú y yo. En Roma. Ahora. Esto es lo que más deseo en el mundo.

—Eso es perfecto —le respondió él mientras ella descendía los labios por su cuello.

Enrique la separó un poco para poder alcanzar su boca y ella se apartó.

—Ayer prometiste no tocarme —le recordó, dispuesta a jugar.

Él rio y le mordió en la barbilla de una forma deliciosa. La agarró de las caderas y la alzó para tumbarla en la cama y ponerse encima.

—Esa promesa ya no vale —dijo en su oído, y el calor de su aliento la excitó aún más.

—¿Las promesas caducan?

—Esa sí.

Entonces, fue ella la que trató de besarlo y Enrique se retiró en venganza. Ada sonrió, divertida. Le gustaba la manera en la que la provocaba para llevarla al límite.

Él le arremangó la falda hasta alcanzar el inicio de las medias. Fue tirando de la tela que cubría una pierna, mientras besaba poco a poco la piel que quedaba al descubierto. Hizo lo mismo con la otra. Después se inclinó de nuevo sobre ella y le quitó el pichi.

Ada agarró la camiseta del periodista y, con su ayuda, se deshizo de ella. Le acarició el pecho y enredó sus dedos en el escaso vello que lo poblaba. Por fin, permitió que la besara los labios. Gimió cuando sus lenguas encontraron. Fue un beso largo, húmedo. Un beso que llevaba guardado demasiado tiempo, esperando a ser regalado.

Mientras sus bocas seguían unidas, Enrique dibujó la silueta de sus curvas con las manos. Desesperada, alzó la cadera en busca de un contacto que la calmara.

—Vamos a hacerlo ya —le rogó. Él soltó una carcajada que pareció salir del fondo de su pecho.

—Acabamos de empezar. —Fue su respuesta—. No pienso darme ninguna prisa.

Poco a poco, el periodista la fue despojando de la ropa que le quedaba. Besó, mordió y lamió su piel; se perdió en su cuello, en sus senos, en su vientre. Acarició sus pliegues hasta hacerla enloquecer. Ella también reconoció su cuerpo con calma, deleitándose en cada resquicio de piel.

Tras largos minutos de besos y caricias, Ada le suplicó de nuevo que entrara en ella. Él se colocó un preservativo y se introdujo en su intimidad con delicadeza. Se movió lento, disfrutando del contacto. Ada se removió, y él sonrió.

—¿Qué quieres? —le preguntó en un jadeo.

—Ya lo sabes. —Apenas podía hablar, notaba el éxtasis a punto de llegar, solo necesitaba un poco más.

—Pídemelo, Ada.

Quiso matarlo. Tomó aire y habló con los labios de Enrique a escasos milímetros de los suyos.

—Más, quiero más. Más rápido, más fuerte. Más, joder.

Obedeció. Mientras aceleraba el ritmo y penetraba hondo en ella, la besó con una necesidad que hizo que ella terminara antes de lo previsto. Él se fue poco después. Al acabar, Enrique se tumbó unos segundos, lo justo para recobrar el aliento. Después se marchó al baño.

Ada se quedó sola, satisfecha, con la piel erizada por el placer que acababa de atravesarla.

Cuando él regresó, se tendió a su lado, con una mueca traviesa. La besó en la mejilla y ella le acarició el rostro, rozando la barba con las puntas de los dedos.

—Te has puesto *chinito* —dijo.

—¿*Chinito*?

—Sí. Cuando sonríes, se te quedan los ojos pequeñitos, estás muy mono —confesó, arrastrando con suavidad un dedo por sus cejas y deslizándolo por el puente de su nariz. Después paseó los ojos por su torso y se mordió el labio. No le importaría un segundo asalto.

—¿No te gusta lo que ves? —preguntó él. Se había percatado del escrutinio al que había sido sometido—. Hace unos minutos no parecías muy descontenta.

—Daba por hecho que a tu edad ya no se estaba así… de bien.

—¿A mi edad? ¡Joder, me acabas de hacer sentir muy mayor! —bromeó él.

Ella se sonrojó, igual se había excedido. Se llevaban diez años; sin embargo, tampoco se notaba tanto. Él no aparentaba los treinta y cuatro que tenía. ¿Cómo decían? Los treinta eran los nuevos veinte. No debería haber hecho ese comentario, pero después del subidón se le había soltado la lengua.

—Perdona.

—Tranquila —contestó y le acarició el vientre con el dedo índice —. Que sepas que a mi edad es cuando mejor estamos los hombres. A la tuya son todos subnormales. Yo era subnormal —puntualizó.

—¿Y ahora?

—Creo que algo menos. —Le rodeó con la mano la cadera y la atrajo hacia su cuerpo—. Aunque algo estúpido sí soy, ¿sabes? Me he comportado fatal este fin de semana contigo. Me moría por…

—¿Por qué?

—Por esto —reconoció él.

Ada no podía dejar de mirar sus ojos oscuros, tan fijos en ella que sintió que podía verla por dentro, que podía entenderla. Le gustó la sensación, la confianza que su compañero le daba.

—Quiero que me beses, Enrique —murmuró.

Él sonrió y cumplió sus deseos. Ada se colocó sobre él y profundizó en el beso, dejándole claro que ella también se moría por lo que había sucedido y que quería repetirlo. Recorrió todo el cuerpo de él con la boca, con las manos. Lo hicieron otra vez, de nuevo lento, con una calma tan dulce que era escandalosamente placentera.

Al terminar, Enrique besó su frente con un cariño que ella no esperaba.

—¿Dormimos un poco? Puedes volver a llamarme viejo, pero estoy cansadísimo.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó.

—Quiero que te quedes. Por favor, quédate —musitó él.

La apretó un poco contra sí, gesto que la convenció para hacerle caso. Aunque, en realidad, ella ya se moría de ganas.

PAU

Tardó en conseguir que su madre reaccionara. La había encontrado con la cara cubierta de sangre. Le costó mantenerse tranquilo, pero no podía perder los nervios delante de su hermano.

Cuando Nati despertó, balbuceaba palabras sin sentido, lo que asustó a todos. Por fortuna, David llamó al interfono para que bajaran, Jaime y él ya estaban esperando. Nuria y Víctor se

quedaron con Sergio, que estaba muy asustado. Jaime llevó al resto al hospital y, a continuación, se fue a su casa.

David y Pau permanecieron sentados en la sala de espera, uno al lado del otro, incómodos porque ambos eran muy altos para esas minúsculas sillas. Pau movía una pierna arriba y abajo sin control, desquiciado. Una pregunta ocupaba su mente, solo una: «¿Por qué? ¿Por qué?». Y no había respuesta.

—Esto no puede ser —habló David—. Como Sergio le cuente lo ocurrido a José, estamos jodidos. Y, además: ¿De veras crees que tu madre puede hacerse cargo de…?

—¡Basta! —clamó él. Era consciente de lo que suponía lo que había acontecido, no hacía falta que su amigo se lo hiciera ver—. Hablaré con Sergio, no te preocupes.

—Y con tu madre.

—Y con mi madre.

David tenía razón, pero no era el momento de abordar ese tema.

* * *

Una hora después, el médico les informó de que era una contusión, que no había ningún daño interno (más allá de los estragos que el consumo habitual de alcohol en grandes cantidades había dejado en su organismo), aunque se quedaría en observación.

David se fue y él entró en el box que les habían asignado. No pegó ojo, cavilaba sobre las posibilidades que tenían de ganar ese caso contra José.

Esa noche restaba unas cuantas.

VII. DOMINGO, 11

ADA

Abrió los ojos y se los frotó, tratando de ubicarse. ¿Había pasado lo que recordaba? Se giró y sí, efectivamente, Enrique dormía a su lado. Se le elevaba y se le bajaba el pecho despacio, estaba tranquilo. Ella se quedó bocarriba y analizó lo que sentía. ¿Culpabilidad? Sí, pero no por haberse acostado con él, sino por lo que le estaba haciendo a Jaime. Era difícil de explicar. No era valiente, no estaba siendo clara con su pareja. No debería haberse comprometido en una relación con él si no estaba convencida de ello. Ojalá fuese la mitad de sincera de lo que era Víctor, su vida sería más fácil. En cuanto a lo que sentía por Enrique… En eso no podía pensar con él tan cerca, se le nublaba la mente.

Así que se dio la vuelta y se dejó llevar. Le dio un beso en el cuello, otro en la mejilla, y otro, y otro.

Enrique fue despertando con una sonrisa en la boca. Ella se tumbó sobre él con la barbilla apoyada en su pecho.

—Buenos días —lo saludó.

—Pensaba que habrías huido, presa del arrepentimiento —comentó mientras le acariciaba la espalda, haciéndole cosquillas.

—¿Lo hubieras preferido? Todavía estoy a tiempo: cierra los ojos y me piro.

—Qué va. Me encanta que me despiertes así, mucho mejor que la alarma del móvil.

Le dio un beso en los labios y ella sonrió como una boba.

—Siento comunicarte que, por mucho que no haya hecho el numerito de escapismo, he de irme —dijo contra su boca, y volvió a besarlo antes de continuar—: Me quiero duchar, recoger el cuarto, preparar la maleta… Y es tarde.

—Tal vez podríamos ahorrar agua si nos duchamos juntos.

Él alzó las cejas un par de veces y Ada se echó a reír. Desde luego que le apetecía. Sin embargo, ella no era tan ordenadita como él y su habitación estaba hecha una porquería. Además, era casi la hora de cierre del restaurante del hotel, y un buen desayuno no lo perdonaba, estaba muerta de hambre.

—No, en serio, me voy.

Se levantó, todavía desnuda, en busca de su ropa interior. Enrique se incorporó y la observó vestirse. Cuando ella se giró para despedirse, la excitación de su compañero era más que evidente.

—Creo que deberías darte un bañito de agua fría —le dijo, divertida.

—Eres tan cruel… —protestó, y se dejó caer en el colchón.

Se fue del cuarto antes de que él volviera a pedirle que se quedara. No estaba muy segura de poder negarse de nuevo.

* * *

Cuando bajó a la cafetería, Enrique la esperaba mirando por la ventana del hotel. Ella llenó bien su bandeja y fue hacia él con una sonrisa en el rostro tan boba como todas las que le había dedicado esa mañana. De repente, le parecía el hombre perfecto. Y no lo era, estaba casado, era padre. Tenía que desengañarse ya o… No, joder, ella no se enamoraba, y esa no iba a ser una excepción.

—¿Cuándo sale el avión? —preguntó en cuanto se sentó.

—No me acuerdo, pero llegamos a Madrid sobre las ocho. Podemos darnos una última vuelta por la ciudad.

—Sí, porque ¿a qué hora nos tenemos que ir de la habitación? —dijo, y le guiñó un ojo, pícara. Que tuviera que poner freno a sus sentimientos no significaba que no pudieran aprovechar las últimas horas que les quedaban.

—Tenemos que irnos a las doce y son las once pasadas. Haber aprovechado mi oferta de la ducha.

—Mi cuarto estaba hecho un asco y, lo más importante, ¡tenía hambre! Y tú no alimentas.

—Mastica o te vas a atragantar —le pidió con sorna mientras ella se metía media rosquilla de golpe en la boca y tragaba a duras penas.

—Te lo juro, me he levantado con un agujero en el estómago que me moría. Será del ejercicio.

—¿Estás desentrenada, Ada?

—Perdona, guapo, yo estoy muy en forma —se defendió.

—Otro día me lo demuestras.

—¿Otro día?

Enrique sonrió y, con la excusa de quitarle una miga de la cara, le acarició el rostro.

Ada era consciente de que lo más posible era que no hubiera *otros días*. Aunque ¿por qué no fantasear con ello en esa ciudad, donde nadie los conocía, donde nadie los iba a juzgar? Suspiró. Su tiempo se acababa y no podía hacer nada. Estaba atrapada en esa relación tan idílica como falsa con Jaime, y no tenía el valor suficiente para salir.

Por otro lado, dudaba de que Enrique, una vez pisara Madrid, la tratara como allí. Si en Roma, en ese último día, se había comportado de esa manera tan especial, era porque no sentía el peso de su familia a las espaldas. En Madrid volvería a ser el hombre que se fugaba porque no podía darle más. Tampoco podía reprochárselo. Así de triste era su realidad.

VÍCTOR

Odiaba los domingos, era el día más aburrido de la semana. El resto, o trabajaba o salía. Sin embargo, un domingo…

Este era especialmente horrible. Había llegado a casa por la mañana, y no por la fiesta, sino por culpa de la madre de Pau. Al final todo había quedado en un susto, aunque vaya tela.

Se planteó cómo podía entretenerse, no había nada que hacer. Bueno, sí: estudiar. No obstante, estudiar en noviembre no era de recibo. Mejor en enero, como buen universitario español: todo para última hora.

Le mandó un *wasap* a Ada; corto y escueto, no necesitaba más:

VÍCTOR
Y??

ADA
Ya estamos en el aeropuerto de Roma.

Y sí, la he cagado, pero me he quedado muy a gusto, oye.

Hablamos mañana

No pudo evitar reírse. Genio y figura, su amiga. Él, durante un tiempo, también había sido de esa forma, solo quería divertirse. Ahora necesitaba otra cosa.

Se tumbó sobre la cama y escribió en el grupo de amigos:

VÍCTOR
Me aburro, algún plan?

PAU
Entro a currar en 3… 2… fuck.

DAVID
Nuria y yo vamos al cine, te vienes??

Te da tiempo, la peli empieza en 45 minutos, puedo coger entradas para todos.

Contesta ya

Abrió mucho los ojos. ¿Esos dos, yendo solos al cine? ¿Se estaba perdiendo algo? No creía que David estuviera interesado en Nuria, para nada era su tipo. Nuria era sinónimo de tranquilidad, y a David le iba la marcha. Si fuese por Ada, aún. Aunque tampoco, los dos eran como dinamita a punto de explotar en el terreno sentimental: inestables y con una tendencia horrible a la infidelidad y a las no-relaciones difíciles (muchas veces por su propia culpa).

Se decidió rápidamente. Si ocurría algo, tenía que averiguarlo:

VÍCTOR
Sácame una entrada.

Por Dios, espero que sea de superhéroes en mallas

DAVID
Jajajaja

Se levantó de la cama y se cambió todo lo rápido que pudo. Salió corriendo de casa sin despedirse de su familia y subió al metro.

Una vez allí, miró el teléfono de nuevo. Otro mensaje. Pensó que sería de David, diciendo alguna sandez, así que lo abrió ya con media sonrisa en los labios. A pesar de que consideraba a Pau su mejor amigo, tenía que reconocer que David era mucho más gracioso. Bueno, recién llegado de París estaba para darle un par de bofetadas. Menos mal que estaba volviendo a ser él, le había sentado bien trabajar (¿o quizás era Nuria la que le sentaba bien?).

Ni en mil años hubiera adivinado lo que apareció en su teléfono:

SAMUEL
Me gustaría hablar contigo. No fui justo.

Cerró la conversación con un nudo en el estómago. Mierda, eso sí era complicarse la vida.

ENRIQUE

Había paseado por Roma abrazado a Ada. Habían caminado sin rumbo y, alguna vez, se habían besado. Más de alguna, muchas. No podía frenarlo: deseaba a esa mujer con todas sus fuerzas y las horas se le escurrían de entre los dedos. No quería marcharse, no quería separarse de ella.

Cuando no pudieron demorarlo más, recogieron las maletas de la consigna del hotel y pararon un taxi para ir al aeropuerto. Conforme se acercaba el momento de volver a Madrid, Ada empezó a mostrarse incómoda. Supuso que la sombra de Jaime comenzaba a ser muy visible. Su contrato de «solo ellos» expiraba.

* * *

En el avión, Enrique sacó su miniportátil, se puso las gafas y comenzó a trabajar en las piezas del festival. Así adelantaba trabajo y, de paso, evitaba hablar con su compañera, con lo rara que estaba, seguro que acababan discutiendo.

Ella, mientras tanto, sacó la cámara de fotos para repasar las que había hecho.

—¿Seguro que quieres que la borre? —preguntó Ada, e inclinó la cámara para mostrarle lo que había en la pantalla.

Era la instantánea en la que se besaban.

—Lo que yo quiera da igual.

Ada extrajo la tarjeta SD. Buscó la ranura en su ordenador y la introdujo sin permiso.

—Guárdatela —le pidió ella.

—¿Por qué? —No entendía nada. ¿A qué se debía este arrebato?

—Quiero saber… —no terminó la frase.

Él abrió la carpeta y observó las fotos. Eran muy buenas, incluso las que acabarían por ser un descarte. La fotógrafa era una profesional fantástica. Tenía un don.

Llegó al final y contempló ese beso. Se mesó la barba despacio, meditando cómo tenía que actuar. A esas alturas, no podía obviar que esa chica le importaba demasiado y no quería hacerle daño.

—¿Qué quieres saber? —preguntó al fin, aunque se lo imaginaba.

—Si la quieres. La foto.

—No podemos jugar a esto. Cuando pisemos el suelo de Madrid tú volverás a tener novio, y yo, una familia. No se puede ignorar.

—Eso es lo que me temía —murmuró, enfadada—. Entonces, ¿por qué? Quiero decir, si solo hubiera sido sexo… Pero esta vez…

Enrique se encogió de hombros. No podía presionarla para que dejara a Jaime porque él no dejaría jamás a Paola. Él estaba conforme con una relación así, pero Ada se sentía mal cada vez que engañaba a su novio. No era justo que sufriera. Se pinzó el puente de la nariz.

—Me vas a volver a decir que lo olvidemos —resolvió ella.

—¿Y tú qué quieres, Ada? ¿Lo olvidamos o no? —dijo, exasperado. Quería, pero no podía darle más opciones.

—Lo olvidamos —zanjó. La señora de al lado los miraba y apretaba mucho los labios, escandalizada. Ada se inclinó hacia Enrique y susurró—: Lo que debe de pensar esta gente de nosotros.

—Pues la verdad, que somos un par de adúlteros, no te fastidia. —Enrique sacó la tarjeta de memoria y se la devolvió a Ada—. Bórrala.

Pero vio como ella apagaba la cámara sin hacer caso.

PAU

En cuanto los vio entrar, torció el gesto: no le apetecía ocuparse de sus clientes favoritos, sabía que lo obligarían a sentarse con ellos y descuidar la barra. Y había demasiado jaleo como para dejar a Ágata sola.

Los miró de reojo mientras escogían una mesa. Después, Víctor y Nuria lo saludaron con la mano y David se acercó a pedir. Fue su compañera quien lo atendió. El abogado sonrió, encantador. Pau se preguntó qué le parecería a Ágata su amigo, el superatractivo David.

—Dos Coca-Colas y un botellín de agua. —Hizo una pausa y aprovechó que la joven se había dado la vuelta con el fin de servirle para hablar con él—: ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy acostumbrado a esos espectáculos —reconoció, y después desvió el tema: no quería hablar de su familia—. ¿Hoy vais de sanos?

—Sí. Es domingo, hay que desengrasar el cuerpo. ¿Te vienes un ratito? Seguro que esta chica tan guapa se encarga de todo, ¿verdad?

Ágata dejó la bebida delante de David y lo miró con una calma angelical antes de hablar:

—A él le pagan por lo mismo que a mí, por currar, no por pasar el rato con los amigos. ¿Por qué no venís a buscarlo cuando acabe el turno?

—Joder, qué genio —observó el abogado, y acto seguido se volvió hacia él—. ¡Me gusta! —De nuevo, se dirigió a Ágata—: Oye, ¿te quieres sentar tú con nosotros y que trabaje Pau? Igual es más divertido.

—Cállate, David. Ahora voy —refunfuñó.

David agarró las bebidas que le cabían en las manos, dejó el agua y se las llevó. Seguido, regresó a por el botellín y aprovechó para guiñarle un ojo a su compañera. Sin remedio.

—Perdónalo —le pidió Pau a Ágata.

—Tranquilo, siéntate con ellos. Se lo he dicho para fastidiarle, puedo con todo.

—Gracias.

Caminó hasta la mesa y se acomodó en una silla. Observó a David muy serio para demostrar su enfado. Este levantó las manos, como si no entendiera a qué venía el reproche.

—Tío, eres un capullo —le hizo ver Pau.

—Me lo dicen mucho últimamente. —Era obvio que no le molestaba demasiado—. Bueno, Víctor, ¿qué ha pasado? Has llegado al cine descompuesto.

Pau lo miró intrigado. Víctor no era de los que se achantaba fácilmente, algo grave había tenido que ocurrir para que llevara esa cara porque aún parecía consternado. Se volvió hacia Nuria, que negó con la cabeza. Tampoco estaba al tanto.

—¿Qué? —insistió David.

—Me ha escrito Samuel Vela.

—¿Para qué? ¿Otra vez se ha puesto pesadito con lo de Ada? —aventuró Pau.

—No, que quiere hablar. Dice que no fue justo conmigo. ¿Qué hago?

Pau agachó la cabeza. Si eso afectaba a su amigo era porque ese tal Samuel, que parecía un engreído y un imbécil, le gustaba. Era la confirmación. Pobre Víctor, tenía muy mala suerte con los hombres, siempre se fijaba en los que lo hacían sufrir.

—¿Quieres mi consejo? —preguntó.

—El de todos.

—Habla con él y nada más. Víctor: nada más. Podrías perder el empleo y ese tío no lo merece.

—Yo estoy con Pau —murmuró Nuria—. Tienes que pensar en tu futuro profesional.

—Dais por sentado que persigue algo diferente —protestó Víctor.

—Hombre, te comió la boca —apuntó el abogado—. Veamos: yo creo que no debes contestar; que se acerque él. Y ya, si eso, si va él detrás de ti, muy detrás de ti, que te resulte pesado y molesto, hablas con él. Y si te va bien, tíratelo.

—¡David! —lo amonestó Nuria.

—¡Cero implicación emocional! Y oye, eso que se lleva por delante. El chico es muy mono, ¿no tenéis ojos en la cara? —argumentó David. Y Víctor rio.

—Creo que haré un *mix* de las dos propuestas.

—Espero que, de la de David, elimines lo último. Te juegas el despido —le avisó la chica.

—Que nadie tiene por qué enterarse, no tienen que hacerlo en el plató con las cámaras grabando y subirlo a YouTube —aclaró David, muy seguro de que su recomendación era la más acertada.

—Eres de lo que no hay. Casi te prefería medio muerto, tal y como llegaste de Francia —comentó Pau y se puso en pie—. Voy a levantar el país, pandilla de vagos.

VÍCTOR

Aguardaron a que Pau regresara a la barra y, entonces, Nuria expuso lo que Víctor ya pensaba:

—Muy tranquilo está, ¿no?

—Con su madre estas cosas deben de ser el pan nuestro de cada día —evidenció David.

Se hizo un denso silencio. Todos sufrían por Pau y, sobre todo, por la impotencia de no poder ayudarlo más.

—¿Y vosotros dos desde cuándo vais juntitos al cine? —inquirió Víctor, rompiendo la tensión—. Hacéis planes a mis espaldas y eso no me mola. ¿O también hay aquí…? —Se echó hacia delante.

—No, descuida —lo frenó Nuria.

—En realidad, de cara a mis padres y su madre, somos pareja —desveló David.

A Víctor se le descolgó la mandíbula.

Nuria le dedicó una mirada asesina a su falso novio.

—Eres un bocazas, David.

—No hay que esconderse, no pasa nada. Es por el bien común. Su madre está orgullosa de que se haya ligado a un chico tan simpático y tan… rico como yo. Y mis padres están contentos con que haya dejado de lado mis paranoias bisexuales.

—Si a tus padres les da igual eso —dijo Víctor, sin entender nada.

—Eso era antes de que me vieran llegar a casa con un tío y una tía de cuyos nombres no quiero ni puedo, acordarme. Ese día sacaron su vena carca y me dieron un ultimátum: que ya valía de *tontaditas*, que yo no era bisexual, que me buscara una buena mujer. *Voilà*, aquí la tienen.

—¿Me lo dices en serio? Eso es muy fuerte —se preocupó Víctor, que su familia no lo aceptara tenía que ser muy duro.

—Ya está superado, no te apures —aseguró el abogado con una sonrisa forzada.

Víctor le colocó la mano en el hombro y apretó. No podía decirle nada más, simplemente mostrarle su apoyo. Y sabía de sobras que eso no era suficiente.

PAU

Agradecía que Ágata fuera tan desenvuelta. No había tenido ningún problema al quedarse sola. Había aprendido muy rápido. Además, le hacía los turnos más agradables con su conversación.

En ese preciso momento, la joven observaba a sus amigos con curiosidad mientras recogía los vasos recién salidos del lavavajillas. De repente, se giró hacia él con las cejas alzadas:

—¿Y ella? ¿Es la novia del de los ojos azules? —le preguntó.

—Los dos tienen los ojos azules.

—Del que ha pedido la bebida —especificó.

—No —rio Pau—. Los dos están solteros. ¿Te interesa David?

—Es muy atractivo, eso es innegable. Pero parece un poco… capullo.

—Se lo dicen mucho —parafraseó a su amigo.

—De los que aparecen una noche y luego ya…

—Lo has calado bien.

—¿Y a ti te gusta la chica?

Pau notó los preciosos ojos de Ágata clavados en su perfil. Se volvió hacia ella, asombrado. No esperaba ese interés por su vida privada.

—¿Nuria? No, qué va. Es mi amiga.

—¿Estás saliendo con alguien, Pau?

—No, ¿por? —Se sonrojó. Menudo interrogatorio.

—Tal vez podríamos tomar algo un día, ¿no?

Se puso tan nervioso que casi se le caen los dónuts que estaba reponiendo. ¿Debía aceptar? Ágata era demasiado para él. Era más del nivel de David, ese que rozaba la perfección. Además, estaba tan abrumado con todo lo de su hermano y su madre… Aunque quizás quedar con ella, conocer a alguien diferente le hiciera bien. Conseguiría alejarse de todo lo que le recordaba lo desgraciado que era.

—Claro —accedió sin mucha convicción.

—¡Genial! La semana que viene lo apañamos sin falta.

La chica abandonó la barra para recoger las bebidas de un grupo de adolescentes que se acababan de marchar y habían dejado la mesa hecha un asco.

Pau la siguió con la mirada. Era tan bella, se movía con tanta elegancia… Era como una bailarina, ¿qué hacía pidiéndole una cita a él? Mejor no montarse películas, no era una cita, no había de qué preocuparse.

ADA

El avión aterrizó puntual. Como estaba en el asiento de al lado del pasillo, se levantó la primera para coger la maleta. Finalmente, necesitó la ayuda de Enrique, era más alto.

Con el equipaje en el suelo, se quedaron frente a frente, mirándose, obstruyendo el paso del resto de pasajeros. Ada rozó la marca que le habían dibujado las gafas en el puente de la nariz, no pudo evitarlo. Era como un imán, deseaba sentir su piel constantemente.

Al escuchar las protestas de la gente, se pusieron en movimiento. Atravesaron con desgana los túneles que los conectarían con el mundo real. Entonces, sin que ella se lo imaginara después de la conversación que habían tenido, Enrique tiró de su brazo y la obligó a girarse hacia él.

La besó. Un beso lento, íntimo, cargado de promesas que no podrían cumplir. Se separaron, y ella pestañeó un par de veces, aturdida.

—El último —murmuró él como única explicación.

Caminó delante de ella, que lo siguió, callada. Pensaba en todas las incongruencias en las que los dos estaban cayendo. Porque era culpa de los dos, no solo de Enrique. Para muestra, el numerito de la foto. ¿Qué pretendía, que Enrique se hubiera guardado la foto en su portátil, que se la hubiera puesto de fondo de pantalla? No sabía lo que quería con él, pero estaba claro que quería algo.

Llegó a la terminal con la cabeza agachada, inmiscuida en sus pensamientos. Notó que el periodista se detenía en seco y miraba al frente, atónito. Después se fijó en ella.

Ada buscó el lugar al que antes él dirigía los ojos. Allí estaba plantado Jaime con un ramo de rosas. Se le cortó la respiración. Era lo último que deseaba ver. Se obligó a sonreír, a comportarse como la novia perfecta, y a avanzar hacia su pareja, que la abrazó. Recogió las flores, se las agradeció, y lo besó para convencerse de que esos labios eran los correctos. Aunque su corazón le gritara otra cosa de un modo cada vez más ensordecedor.

Cuando cesaron las muestras de cariño, Enrique le tendió la mano a Jaime con cortesía.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó el jefe.

—Bien —contestó el periodista—. Me voy a casa, me estarán esperando.

De nuevo, Ada no podía respirar. ¿Lo recibiría su mujer con caricias? Por lo que sabía, no lo creía. Aun así, imaginarlo le dolía.

—Te acerco, he venido con el coche —ofreció Jaime.

—No, de verdad. Cojo el metro, no quiero molestar.

Se rascó la barba y dejó ver cierta incomodidad, aunque se recuperó rápido. Y eso todavía hirió más a Ada. ¿Tan poco le importaba que ella se marchara con otro hombre? ¿Qué había significado lo que había pasado en Roma? ¿Iban a olvidarlo? Las preguntas se le quedaron atravesadas en la garganta, porque su compañero se marchó. Ada lo vio mezclarse entre la gente, desaparecer, y sintió el vacío expandirse en el pecho.

PAU

Cuando llegó a casa, Nati estaba tumbada en el sofá. Sergio, todavía impresionado por lo sucedido la noche anterior, miraba la tele sin enterarse de nada de lo que ocurría en el programa de turno. Pau le pidió que fuera preparando algo de cenar, quería hablar con su madre. Su hermano, obediente, se encaminó a la cocina.

—Mamá, esto no puede volver a ocurrir —dijo con todo el aplomo del que había hecho acopio, mientras se sentaba frente a ella—. Así no vamos a poder con José.

—Pau… —Nati se incorporó e hizo una mueca de dolor. Estaba serena; medicada, pero sobria—. No podemos con José. No puedo con él. Estoy acabada, ¿no lo ves? No soy capaz de cuidaros, nunca lo he sido.

—Por favor, no puedes rendirte, necesito a mi hermano —suplicó. Se pondría de rodillas si fuera necesario. No concebía perder a Sergio.

—¿Y él? ¿Nos necesita? —susurró y alargó la mano para tomar la suya.

Era la primera muestra de cariño en años. Pau estuvo tentado de apartarse. Se debatía entre el deseo de amor maternal y el rechazo que su madre le provocaba. Aguantó.

—Sí, claro que sí. Somos su familia, tú y yo. —Hizo una pausa—. Nunca te he pedido nada. He cuidado de ti y de Sergio, y he trabajado como una mula para pagar las facturas. Ahora sí te voy a rogar algo: no dejes que se lo lleve. Hazlo por mí.

Nati dejó escapar una lágrima y se la enjugó con los dedos que antes rozaban a su hijo mayor. Asintió, no muy convencida. Con eso era suficiente.

ADA

Jaime la llevó hasta su apartamento. Pusieron las flores en agua y él preparó unos fideos japoneses para cenar. Ada le narró lo sucedido en Roma, todo lo que podía desvelar. Le contó que la ciudad era preciosa y que el festival había estado muy bien organizado. Su pareja la escuchó con una sonrisa en los labios, feliz de tenerla consigo de nuevo.

Recogieron la cocina y Ada se fue a duchar, llevaba todo el día por ahí y estaba sudada y agotada. Cuando salió, Jaime la esperaba en la cama. Un sudor frío le cubrió la frente. No deseaba sentir los labios de Jaime rodando por su piel, no quería que la tocara, no quería acostarse con él. ¿Cómo podía decírselo? Cuando se había

marchado se habían prometido una noche de pasión a su vuelta, y ahora…

Se tumbó a su lado, y Jaime comenzó a besarla. Ella se dijo que tenía que ceder, era su novio. Sin embargo, sus labios la quemaban. Permitió que besara su vientre, que le quitara la ropa interior. Cuando se colocó sobre ella y notó su erección, Ada lo paró. No podía. Solo era capaz de pensar en Enrique, no se lo sacaba de la cabeza ni con agua hirviendo.

—Espera, Jaime.

—¿Qué pasa? —La besó en la nariz, tierno.

—Estoy rendida, perdóname —mintió.

—¿Sí? —Jaime alzó una ceja.

—De verdad. ¿No podemos dormir y ya, otro día…?

Se hizo la remolona, y Jaime se dejó caer de espaldas en el colchón. Ada intuyó que le había fastidiado bastante. Sin embargo, era mejor así. Para los dos. No debía hacerlo con Jaime cuando aún sentía las manos de Enrique despertando su piel, no estaba bien. Seguro que en un par de días se le pasaba la tontería, solo era que su encuentro con el periodista estaba muy reciente.

Se apoyó sobre el costado derecho y cerró los ojos. Aunque mucho no durmió.

VIII. LUNES, 12

ADA

El despertador de Jaime perturbó su frágil descanso. Él lo paró enseguida y se levantó sin pereza alguna. Ella se arrebujó bajo las sábanas mientras su novio se vestía. Después de lo ocurrido la noche anterior, no quería dar la cara.

En cuanto Jaime salió de la habitación, alcanzó su móvil, que había dejado en la mesilla, y miró la hora: las seis de la mañana. ¿Qué horas eran esas? Decidió hacer caso omiso a la locura de su pareja y procurar dormir algo ahora que Morfeo estaba de su parte, la noche anterior había conciliado el sueño tarde. Sin embargo, ya no lo consiguió.

Cuando Jaime volvió, ella fingió que se despertaba.

—Me voy al gimnasio —anunció él, sentado en el colchón.

—¿Tan temprano?

—Sí, lo suelo hacer cuando no te quedas a pasar la noche.

Ada se incorporó apoyándose en los codos y lo observó. Seguía molesto, su gesto serio lo delataba. Con toda probabilidad, el desplante de hacía unas horas todavía le dolía, y largarse era su castigo. Ada alargó el brazo y enredó los dedos en su cabello en un gesto cariñoso. Jaime se retiró y ella se tumbó, no harían las paces esa mañana.

Él se puso en pie, cogió la bolsa de deporte y se dirigió a la puerta de la habitación. Antes de salir, se volvió.

—Te he dejado café hecho y las llaves de casa para que cierres cuando te vayas. Nos vemos en la revista.

—Anoche estaba agotada, en serio.

Mentira. Pero no le gustaba que se fuera así, tan enfadado.

—Está bien.

Y desapareció.

DAVID

Había decidido salir a correr todos los días antes de ir a trabajar. Quería volver a estar en forma, y para eso tendría que comenzar a comer mejor y a hacer deporte (ah, y a beber menos). Se enfundó unos pantalones cortos; una camiseta de manga larga, comenzaba a refrescar; y unas zapatillas que no eran de *running*, ya se haría con unas más adelante.

Salió de casa y fue al parque más cercano. Estiró apoyado en un árbol y empezó a trotar. Siempre se le había dado bien el ejercicio y estaba seguro de que pronto correría distancias considerables sin cansarse en exceso, tan solo con esa liberadora sensación de vaciarse de la energía sobrante. Ese día se había propuesto un par de kilómetros. Su sorpresa llegó cuando alguien apareció a su lado: Nuria. También llevaba chándal y se había recogido el pelo en una coleta alta.

—¡Ey! —saludó él.

—Buenos días.

—¿Has venido hasta aquí para echarme una carrera? —bromeó.

No era normal. No vivían muy cerca. Muchas veces, para ir a casa de sus amigas David cogía el metro pese a que le gustaba caminar.

—Dijiste que querías empezar a correr y creí que no te importaría que me uniera. Lo apuntaste en la lista el martes, en terapia.

—Joder, pero si, con venir hasta aquí andando, ya haces ejercicio, Nuria.

—Ya. Es que me aburre hacerlo sola.

Él esbozó una media sonrisa y puso los brazos en jarra. Su amiga últimamente se le pegaba mucho. Supuso que sería por tenerlo vigilado, no se fiaría de que cumpliera con los objetivos. Se equivocaba, a David le iban los retos, y mejorar era uno enorme. Por eso se estaba esforzando. La relación con sus padres, aunque tirante, se había tornado cordial; quedaba con sus amigos y nunca bebía solo en casa. Eso sí, dejar de lado verse con desconocidos para tirárselos ya era otro cantar.

Tampoco habían abordado ese tema en sus sesiones, de forma que ella no se había puesto pesada con el asunto. Intuía que pronto llegaría esa sesión maldita en la que tendría que confesar sus desfases y sus vicios, y solo pensarlo le hacía sentir bastante incómodo.

—¿Puedo quedarme o no? —preguntó ella con cara de pena.

—Si me sigues el ritmo, no hay problema. En el instituto, la Educación Física no se te daba nada bien —rio, y echó a correr sin esperarla.

—No me subestimes —respondió, y salió tras él.

ADA

Cuando llegó, Jaime se había encerrado en su despacho, de forma que ni se planteó entrar. Le devolvería las llaves más tarde y aprovecharía para disculparse en condiciones si él le dejaba. O tal vez debería romper con él. Sería lo más honesto.

La mayoría de sus compañeros ya estaban allí, incluida Lidia, que estaba charlando con Enrique. Se acercó a ella, parecía totalmente recuperada. Qué diferente sería todo en ese momento si la periodista no hubiera pillado esa gastroenteritis. No sabía si peor o mejor, pero sí diferente.

—¿Qué tal esas tripas? —se interesó.

—Un virus de veinticuatro horas, chica —le contó—. El viernes por la tarde ya estaba perfecta. De hecho, el sábado salí, ¿y a que no sabes a quién vi?

—No me lo digas —murmuró—. ¿Gonzalo?

—Gonzalo. Y esta vez parece que la cosa va mejor, me ha mandado un mensaje esta mañana: me echa de menos.

—Enhorabuena —ironizó. Gonzalo le daba mala espina.

Lidia se puso de pie y giró sobre sí misma para que la vieran en 4D o algo así.

—¿He adelgazado? Es lo único bueno de estos virus —quiso saber la periodista.

—Estás estupenda, como siempre—le reconoció Enrique. Después miró a Ada y esbozó una sonrisa cómplice. Lidia tenía esas cosas de niña presumida que les hacían pasar ratos muy entretenidos.

Toni, que acababa de llegar, se unió a ellos también. Ya estaban todos.

—¿Qué tal por Roma? —preguntó el fotógrafo.

Ada suspiró. A ver cómo salían airosos sin que se notara lo bien que lo había pasado con Enrique a solas.

—Muy bien. El festival estuvo genial; el hotel, también; la ciudad es maravillosa… La compañía, mejorable —bromeó Enrique con los ojos clavados en ella.

Ada se quedó muda. ¿En serio? ¿Cómo podía estar tan tranquilo?

—Perdona, Ada es la mejor compañía posible —la defendió Lidia —. Siento haberte dejado con este muermo, conmigo te lo hubieras pasado mucho mejor.

—Desde luego —afirmó él, sarcástico.

Ada puso los ojos en blanco.

—¡Ay! Pero seguro que llevas las fotos, ¿no? —Lidia le tiró de la mochila y se la descolgó—. Enséñalas, porfa.

Resignada, sacó la tarjeta de la rendija para meterla en el ordenador de Enrique.

En ese instante, la puerta del despacho se abrió y apareció Jaime, con aire cansado, para vigilar la redacción. La típica ojeada de reconocimiento que solían echar los jefes con el fin de comprobar

que todos estaban en sus puestos a la hora indicada. Lidia le hizo un gesto para que se acercara y él obedeció.

—Igual tú ya has visto el reportaje. Ada nos lo va a enseñar a nosotros.

—No lo he visto —admitió Jaime—. ¿Puedo quedarme?

Observó a Ada con frialdad. Ella se removió, incómoda, no entendía la pregunta. ¿Se olía algo raro? Al final, asintió y abrió el primer archivo.

Pasó las instantáneas una a una mientras explicaba lo que habían visto. Por su trabajo, estaba acostumbrada a ello, aunque siempre sentía que las palabras se quedaban cortas al lado de las imágenes. Las fotografías tenían una forma de hablar propia y universal. Y también, particular. Cada uno interpretaba lo que veía según el velo bajo el que lo miraba, y eso le parecía fascinante.

Todo transcurrió con normalidad hasta que llegaron a las del último día del festival. Enrique clavó los ojos en ella, alarmado, y con una pregunta clara en mente: «¿Has borrado *esa* foto?». La respuesta era negativa. En la primera salían riendo y Lidia comentó que estaban monísimos; en la siguiente, Ada, a hombros de Enrique, hacía el imbécil con los brazos en alto… De súbito, cerró el explorador de imágenes.

—Y hasta aquí —sentenció.

—Quedaba una —le informó Lidia. Quiso matarla.

—Es una del avión, no tiene interés —mintió.

—¿Seguro? —se extrañó Jaime.

—Claro, es mi cámara, sabré yo las fotos que he hecho —aseguró, cruzándose de brazos, mientras el corazón le cabalgaba en el pecho.

—Oye, Toni, ¿no tenías que enseñarle algo al jefe? —soltó Enrique, y así impidió que Jaime replicara.

Toni alzó las cejas sin comprender; no obstante, solo fueron unos segundos, enseguida reaccionó.

—Ay, sí, ¿vienes un segundillo? —le pidió, y Jaime asintió, desganado.

La sospecha de que su novio ya no confiaba tan ciegamente en ella como antes se cernió sobre Ada mientras lo miraba marcharse

con Toni.

Lidia también se fue a su sitio, aduciendo que tenía que preparar una entrevista.

Ada extrajo la tarjeta de memoria del ordenador. Enrique le sujetó la mano y ella se estremeció. Que la tocara era como arrancar un coche. Uno muy potente. Y más tras lo ocurrido en Roma.

—Te dije que la eliminaras —susurró.

—Ya lo sé, joder.

La soltó y ella pudo introducir la tarjeta en su cámara de nuevo.

—Tienes mala cara —señaló él.

—He dormido mal.

—Yo también. El sábado dormí mejor.

Y sonrió, achinando los ojos en ese gesto tan suyo. Su corazón aceleró de nuevo. No encontró respuesta, así que se alejó de él para comenzar a trabajar. Estaba desubicada, no podía entender a qué estaban jugando.

Sacó el móvil y le mandó un mensaje a Víctor. Al final, de sus amigos, era el único que no la juzgaba:

ADA
Necesito hablar contigo

La respuesta no tardó en llegar:

VÍCTOR
Yo también. Esta tarde

VÍCTOR

Guardó el móvil y le dio la última calada a su cigarrillo. Estos líos o no-líos con Samuel le estaban haciendo fumar mucho y muy temprano. Caminó hacia plató, directo a la máquina de café, no había desayunado en casa. Se sacó un cortado y se sentó en una banqueta a remover la espuma. Le apetecía otro cigarrillo, pero se lo prohibió.

Samuel le pasó por delante y el corazón le dio un pequeño (y traidor) brinco. Cogió aire. ¿A quién hacer caso?: ¿A David, que le aconsejaba que esperara a que Samuel se acercara?, ¿o a Pau y Nuria, que lo animaban a olvidarlo?

Claro, David estaba muy acostumbrado a que le fueran detrás, ventajas de parecer un modelo de ropa interior con unos increíbles ojos azules. Víctor no estaba mal, sin embargo, el actor no iba a perder el culo por él: era famoso, demasiado ego. Así que lo haría *a lo Víctor*: iría él y, si era necesario, se pondría borde.

Salió detrás de su objetivo, café en mano, y lo siguió hasta el camerino que tenía asignado. Se topó con la puerta cerrada. Víctor contó hasta tres antes de llamar. No quiso parecer insistente, un par de toques y ya.

El actor abrió y observó a Víctor, que permanecía plantado allí con el vasito de plástico.

—Eres tú —murmuró, apático.

—¿Decepcionado? —preguntó Víctor con sorna.

—Sorprendido. Como no me contestaste al mensaje…

—Yo no me escondo. Si quieres decirme algo, dímelo a la cara. Ahora.

Samuel agachó la cabeza y le hizo un gesto para que entrara. Él dudó: ¿Y si los veían? Alguien podría interpretar lo que no era. Se jugaba mucho más que el trabajo, su futuro laboral entero se podía ir al traste. Al final, dio un paso adelante y, por parecer más tranquilo de lo que estaba, se sentó en una silla.

—Tú dirás —le animó dándole un sorbo al café.

El actor se quedó de pie, con los brazos cruzados. Parecía descolocado. Víctor supuso que no tenía prevista esa *incómoda* visita tan pronto por la mañana. Tal vez solo buscaba un mensaje de «disculpas aceptadas, olvídalo». No lo conocía ni lo más mínimo.

—No debí decirte eso. Nada de lo que te dije, lo siento. Fui estúpido, un chulo y… Bueno, me gano la fama que tengo entre las mujeres a pulso.

—Te la ganas, sí.

El intérprete se mesó el cabello y rio. A continuación, se acuclilló frente a él y fijó las pupilas en las suyas.

Su cuerpo entero se tensó. Y más se turbó cuando Samuel se mordió el labio.

—Yo no soy así, Víctor. No quiero que tú me veas de ese modo.

—¿Qué más da lo que yo vea? —replicó—. No dejes que manejen tu vida. Serás más feliz.

—Ojalá fuera más fácil —se quejó—. Me encantaría quedar contigo algún día, invitarte a una cerveza y hacer las paces; sin embargo, me siento atado de pies y manos. Como nos vuelvan a pillar juntos…, mi agente me mata. Y a ti…

—Ya. —Le palpitaba el corazón más rápido de lo normal. Hacía mucho que no tenía esa sensación: ¿Hasta qué punto le gustaba ese hombre? Vaya manera de complicarse la existencia. Dejó escapar todo el aire que le quedaba dentro. Entonces, su incapacidad de no ser fiel a sí mismo escapó a borbotones por su boca—: ¿Y si te vienes algún día con mis amigos? Dentro de un grupo no llamarás tanto la atención, no te agobiarás tanto.

Samuel se levantó y apoyó una de sus manos en la mesa que tenía a la derecha. Lo estaba sopesando. Víctor esperaba una negativa instantánea, ¿por qué iba a querer una estrella mezclarse con la plebe?

—Podría estar bien. Salir con gente… normal. No te ofendas —añadió, apresurado.

—Para nada. Cuando nos conozcas, te darás cuenta de que de normales tenemos muy poquito.

Se dispuso a abandonar el camerino, anduvo hasta la puerta y agarró el pomo, pero antes se volvió a girar.

—Te escribo esta semana.

—Gracias por darme otra oportunidad.

Hizo un gesto con la mano, restándole importancia, y se marchó. Fue a darle un sorbo al café que todavía llevaba en la mano y, estupefacto, se dio cuenta que le temblaba el pulso. Sí, vaya manera de complicarse la vida.

ADA

—¿Cuántas veces la cagaste? —la saludó Víctor, con dos botellines en la mano, al tiempo que esbozaba una malévola mueca.

Luego se colocó junto a ella. Habían quedado en la terraza que casi siempre escogían cuando se veían los dos solos. Cosa que, en los últimos días, sucedía mucho.

—Cómo te va la sangre —protestó ella.

—Fuera de coña, ¿cómo estás?

—Rara. Es que… No sé cómo explicarlo.

—Volvamos al inicio de los tiempos: ¿Qué ha ocurrido este fin de semana?

—Que Enrique se comportó como un gilipollas al principio. Y después decidió ser… ¿perfecto? No «perfecto» en plan Jaime, que todo el mundo coincide en que es guapo, simpático, encantador; que tiene un cuerpo de diez, es rico, besa bien…

—Conozco a tu novio, gracias por restregarme sus bondades por la cara.

—«Perfecto» en plan Enrique —continuó Ada, obviando el comentario de Víctor—. Es que cuando estoy con él, no necesito nada más, no me acuerdo de Jaime. Y cuando estoy con Jaime…

—Te acuerdas de Enrique —completó.

—Tal cual.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Bromuro —bromeó ella.

—Creo que esto ya no es una cuestión de bromuro —murmuró y se encendió un cigarrillo—. Te está empezando a gustar para algo más que para acostarte con él.

—Que no, Víctor, que no —negó.

—¿Qué tal el reencuentro con tu chico?

Ada lo contempló con odio: ¿Por qué la conocía tanto? Era asqueroso hablar con él… Ese don de Víctor de dar siempre en la tecla que desafinaba

Resopló y a continuación bebió de su botellín de cerveza. El aire le agitó el pelo, noviembre ya no era tan buen mes para las terrazas.

—No te apetecía mucho estar con él, ¿eh? —insistió su amigo con una sonrisa torcida.

—No pude.

—Ada, deja a Jaime.

—Vale, dejo a Jaime. ¿y? Enrique está casado. No es una opción.

—Cierto. Tal vez la opción sea quedarte sola una temporada, ¿no?

—Lo que yo necesito es volver a mi relación abierta.

—A lo fácil. ¿Sabes?: pensaba que ese era tu rollo, relaciones abiertas, y me acabo de dar cuenta de que no. Tú quieres una relación cerradita, pero con la persona equivocada.

—Joder, cómo te odio —murmuró ella—. Dejaré a Jaime.

—¿Y Enrique?

Ada negó con la cabeza. No podía asegurar que se iba a olvidar de él. Cada vez que lo veía en la redacción, cada vez que le sonreía, que la rozaba. Fuego. Puro fuego.

—¿No tenías algo que contarme? —desvió el tema.

—Bien, lo pillo, estás en tu derecho de follártelo —rio. Ada puso los ojos en blanco—. Me toca: Samuel Vela quiere hacer las paces conmigo.

—Aléjate de ese tío, me da mal rollo.

—Escucha. Lo he invitado a salir un día con nosotros, así que te metes el mal rollo que te da por donde quieras y eres amable.

—¡Víctor! Que es imbécil, ¿no te das cuenta? —se quejó.

—Mira, no siempre me gustan los tíos que te ligas. Algunos son… Dejémoslo en que no todos son Jaime. Ni siquiera son Enrique, que casado o no, no parece mala gente. ¿Alguna vez me he comportado de forma inadecuada con ellos? —preguntó, inclinándose hacia delante. Ella negó con la cabeza—. Haz tú lo mismo.

—Espera, ¿te gusta ese actorucho?

—¿Lo has visto bien? ¡Claro que me gusta! Aunque no se lo digas a Nuria —rio él.

Ada suspiró y observó a Víctor muy seria.

—Somos un par de gilipollas.

IX. VIERNES, 16

NURIA

—¿En serio se va a traer a Samuel? —preguntó, incrédula—. ¿Qué no entendió de nuestro consejo?

—El mío le pareció mejor —comentó David, divertido.

—Puedo imaginar lo que le aconsejaron estos dos. ¿Tú que le recomendaste? —quiso saber Ada.

—Que, si se terciaba, se lo tirara.

—Muy tú, sí —afirmó Ada sin poder contener una carcajada.

—¿Pedimos las *pizzas*? Ya tienen que estar a punto de llegar —propuso Pau.

—¿Y si es alérgico a algo y lo envenenamos sin querer? —dijo Nuria, poniendo las palmas de sus manos hacia arriba.

—Tienes razón, mejor que vengan y lo envenenamos queriendo —bromeó Ada.

Pau y David rieron.

—No tiene gracia —protestó.

—Eres una petarda, cuando no hacemos lo que tú consideras correcto, te pones de morros. No te quejes si nos metemos contigo —le avisó su amiga—. Hala, Pau, escoge lo que quieras.

Nuria miró a David en busca de apoyo, pero este observaba embobado a la fotógrafa. Bufó, harta de que el abogado solo tuviera ojos para ella. Esta noche estaba especialmente atractivo, con un

jersey azul que le resaltaba el color de sus iris. Además de la felicidad que irradiaba siempre que Ada acudía sin pareja. ¿No se daba cuenta de que no había nada que hacer?

—¿Y Jaime? —preguntó con malicia.

—En su casa, supongo. O con sus amigos, o con su amante.

Antes de que pudiera replicar y evidenciarle a su compañera que su novio jamás le pondría los cuernos, Víctor entró a la pizzería, seguido de Samuel.

—Es más guapo en persona —susurró David.

—Las manos quietas que este es de Víctor —lo amenazó Ada.

Él sonrió y levantó los brazos como si se lo ordenara la policía.

Víctor presentó a todos, excepto a Ada, pues ya se conocían. Luego ambos se sentaron, separados por Nuria, a la mesa.

—Samuel, ¿eres alérgico a algo? Nuria tenía mucho interés —preguntó la fotógrafa.

Nuria se atragantó con una de las olivas que les habían puesto de picar mientras esperaban. ¿De qué iba? ¿Por qué siempre tenía que hacerle quedar mal?

—No, qué va. Al menos, que yo sepa. Aunque no me gusta la pizza con piña.

Samuel, rodeado de desconocidos, ya no parecía una celebridad. Su actitud le podría hacer pasar por tímido y encantador: estaba algo cohibido y sin saber muy bien a quién atender.

—Ay, amigo, tendrás que aguantarte, siempre piden la hawaiana —murmuró David—. ¿Lambrusco?

—Por supuesto —corroboró Ada, y llamaron al camarero.

GORKA

El concierto de esa noche había sido mejor que el anterior. Más gente, más ambiente y, sobre todo, más tranquilidad para Gorka, que ya no se jugaba que lo echaran.

Blanca, Ismail y Karen habían obtenido su permiso para acudir al espectáculo. Habían insistido mucho y él no había sabido decir que

no. Por un lado, le apetecía que Blanca lo viera tocar, quería impresionarla; por otro, mezclar sus dos mundos, mezclar a Blanca con Jess… No le convencía mucho. Hubiera estado más cómodo si hubiera podido mantenerlas ajenas la una a la otra para siempre.

Para su desgracia, después de la actuación todo se había liado. Sus compañeros de grupo habían propuesto salir por Malasaña y, pese a que Ismail y Karen habían preferido irse juntos (cómo no), Blanca se había unido. Así que, al final, las dos chicas iban a convivir más horas de las que él hubiera querido.

Tanto era así que, cerca de las cuatro de la mañana, todavía andaban por ahí, en uno de los pocos bares que quedaban abiertos.

Gorka había salido a fumar, y Blanca con él. La maña no terminaba de encajar con los demás, y eso que Lewis se esforzaba por hacerle sentir bien. Gorka se había imaginado que pasaría algo así. Blanca era bien diferente a sus nuevos amigos. Era mezclar agua con aceite.

Se encendió el cigarro, algo aliñado con hachís, y aspiró la primera calada con fuerza. Su novia hizo una mueca de disgusto y él prefirió ignorarla. No lo iba a dejar por ella ni por nadie. Para un vicio que tenía…

—¿Qué te parecen? —le preguntó, agarrándola por la cintura y atrayéndola hacia él para disipar la tensión que se había creado.

—Pues Lewis es majo. Los otros dos… ¿van algo drogados?

—Sí, eso me temo. —Jess y Damián tampoco se habían privado esa vez.

—¿Y tú?

—Ya sabes que yo no tomo drogas.

—Estás fumando droga —le hizo ver.

—¿Esto? Anda, tira —rio. Los porros no se podían considerar droga, no había que ser tan radical. Se giró hacia la derecha y soltó a Blanca, algo había llamado su atención—. Espera un momento.

Se dirigió hacia un chico un poco más alto que él y, al alcanzarlo, lo sujetó del hombro. El joven se volvió y Gorka comprobó que sí, que era su hermano.

Marco acababa de despedirse de un hombre mayor, grande como un armario y con un aspecto fiero; de esos que, al verlos, cualquier

persona medianamente cabal se cruzaría de acera. Su hermano lo contempló con los ojos desorbitados.

—¡Marco! ¿Qué haces aquí tan tarde? Y solo —añadió mientras buscaba a su alrededor a los posibles compañeros de juerga de su hermano.

—De fiesta, como tú.

—¿Y tus amigos?

—Los he perdido.

—Ese tipo con el que hablabas no tenía muy buena pinta —le advirtió mientras señalaba al que antes conversaba con él y en ese momento se alejaba calle abajo.

—Me ha preguntado la hora.

—Ah. —No le había parecido una conversación de esas, de hecho, hubiera jurado que se conocían. Pero tampoco tenía por qué desconfiar.

—Yo ya me iba, Gorka. ¿Te vas a quedar?

Notó como Marco miraba por encima de su hombro y se dio la vuelta. Blanca estaba detrás de él, con una sonrisa tímida.

—Es Blanca, mi chica. Él es Marco, mi hermano. —Este le dio dos besos.

—Encantada —dijo—. Estoy algo cansada ya, ¿y si nos marchamos?

Gorka no se quería ir; sin embargo, abandonar a Blanca no estaba bien. ¿Cómo podía salirse con la suya sin quedar mal con ella? Enseguida encontró una solución intermedia:

—Yo me voy a quedar un poco más con estos. Te acompaño a un taxi, va.

—Ya la acompaño yo —se ofreció Marco—, si a ella no le importa.

Gorka alzó las cejas, sorprendido. Marco no solía mostrarse dispuesto para nada, al revés, siempre iba a su bola. Quizás le había cautivado la belleza de Blanca, quién sabía; pero no le preocupaba, era una buena opción para que él pudiera permanecer con los demás y ella no tuviera que caminar sola por la noche madrileña.

—¿Te fías de mi hermanito? —se aseguró Gorka.

—¿Por qué no?

Se despidieron rápido, sin mucha ceremonia, ya que estaba Marco delante. Además, Blanca parecía molesta. Imaginó que no le hacía gracia que la hubiera endosado con su hermano. Ya lo arreglaría. Por lo pronto, disfrutaría de unas horas más de fiesta.

DAVID

Después de cenar en el italiano, decidieron pasarse por el Ultrasonidos a tomar algo de tranquis. Eso se habían prometido.

David, sin embargo, tenía sus propios planes. En cuanto pudiera, pensaba escaquearse con alguien que estuviera libre según su aplicación de ligues. No soportaba estar tanto rato con Ada y… Y nada, ese era el problema. La nada que ella le regalaba.

En el bar, pidieron unas bebidas y se retiraron a un rincón en el que pudieron dejar las cazadoras sin tener que preocuparse de que se las robaran.

Samuel no había estado muy elocuente durante la cena, se había limitado a observarlos, reír sus gracias y hacer algún comentario.

—Vaya, Samuel, cuando te hice el reportaje parecías más hablador. ¿Imponemos o te aburrimos? —le soltó Ada.

—Ninguna de las dos cosas —contestó.

—Quizás esté haciendo un estudio de campo. Está fijándose en la manera en la que actuamos y así interpretará mejor sus personajes, más realistas —sugirió David.

—¡Qué paranoia es esa! —exclamó Víctor y le dio un codazo—. ¿De dónde lo has sacado?

—¿Cómo es ser actor? —quiso saber Pau.

—Es un trabajo, como cualquier otro.

—Más glamuroso, ¿no? Estrenos, entrevistas, siempre de punta en blanco… —aportó Nuria.

—Eso es lo que se ve desde fuera. Yo me pego horas estudiando, preparándome, informándome, yendo al gimnasio… Y cuando estoy de cara al público, he de controlar todo lo que hago y digo.

—Una farsa, vamos —murmuró Ada, que parecía estar de uñas con el artista.

—¿Y tu amigo? ¿El que estaba contigo el día del preestreno? —se interesó Samuel.

A Ada casi se le salió la cerveza por la nariz.

David intuyó que preguntaba por Enrique, aunque no entendía la incomodidad de Ada, que miraba a Víctor como si quisiera matarlo.

—Es un compañero de trabajo.

—Desde luego.

Samuel sonrió ladino. La fotógrafa agachó la cabeza y David decidió ignorar que tal vez los encuentros entre su amiga y el periodista se habían extendido en el tiempo. Si no veía, no existía. Aun así, la urgencia de marcharse con otro que pudiera satisfacer su necesidad de sentirse deseado se hizo todavía más acuciante.

—¿Bailamos? —cambió de tema Ada.

Nuria asintió y se retiraron al centro del bar. David le hizo un gesto a Pau, ellos también sobraban, Víctor seguro que querría un poco de intimidad con Samuel.

—¿Cómo estás? ¿Más relajado? —le preguntó David a Pau mientras se alejaban de la parejita.

—Para nada —musitó Pau—. Me da miedo que ese cabrón secuestre a Sergio.

—Eso no va a suceder. Si quiere la custodia, es lo peor que puede hacer. —Calló unos segundos, no le convencía tratar esos temas con una bebida alcohólica en la mano, pero tenía que decírselo ya—: Yo tenía que contarte que, casi seguro, tu hermano tendrá que ir a hablar con un psicólogo forense. José lo exigirá para desacreditar a tu madre. No le instruyas, aunque tal vez tendrías que… No sé, ser amable con él, hacerle ver que en casa es donde mejor está. No lo predispongas en contra de José, eso puede ser perjudicial para tus intereses. —Lo observó, asegurándose de que lo había entendido—. Tienes que ser inteligente: cabeza fría.

—Claro.

Pau se metió las manos en los bolsillos y bajó los ojos, se le notaba angustiado.

David sonrió para sosegarlo y decidió que era suficiente. Tocaba desconectar, estaban en un bar.

—Tranquilo. Vamos a divertirnos un rato.

GORKA

Jess salía del pub justo cuando él iba a entrar, y se chocaron. A ella le dio un ataque de risa y él se contagió. Después apoyó la mano en el pecho de Gorka, ya más serena.

—¿Y tu novia? —Miró en derredor, buscándola.

—Se ha marchado, estaba cansada. ¿Y Lewis y Damián?

—Dentro, con unas chicas muy monas, diciéndoles que son estrellas del *rock* o yo qué sé.

—¿No te molesta? Que Damián…

A ella se le cambió la cara, primero a la estupefacción y luego al enfado. Lo empujó, en sus ojos se leía la ira contenida. Demasiada droga encima, él intuyó que eso era lo que le estaba haciendo ponerse violenta.

—No sé qué te ha contado Lewis, pero Damián y yo… ¡No hay «Damián y yo»! ¡Coño! Menudo gilipollas, siempre malmetiendo. —Volvió a intentar empujarle, pero él le sujetó las manos a tiempo.

—Cálmate, a mí me da igual.

—¡Claro que te da igual! Con esa niña tan mona que te has traído. Pijita, ¿no? —se burló ella—. ¿Cuánto lleváis juntos?

—Pronto haremos un mes. —La soltó, estaba más tranquila.

—Eso no es nada. No te pega, ¿sabes? Parece de las de «mírame y ya, que soy de exposición». Y tú… Te he visto en concierto, eres de los míos: sangre caliente.

Gorka se echó a reír. «Sangre caliente», repitió para sí mismo. Jess también soltó una carcajada y después se acercó a él. Mucho. Demasiado. Y él no quiso apartarse. ¿Y si Jess tenía razón? ¿Y si Blanca era demasiado perfecta para él? Si ni siquiera deseaba una relación, se la había encontrado por el camino. Una imposición de Blanca a la que él había cedido.

La cantante palpó su torso y lo besó en el cuello, suave, solo un roce. Él extendió las manos hacia la espalda de ella y la abrazó. Estaba cómodo, no tenía que esforzarse por ser mejor de lo que era, no se sentía mal por consumir hachís, ella no lo juzgaba. Jess levantó la cara y se impulsó para juntar sus labios con los suyos. Un beso nada inocente, pero solo uno. Después la chica se alejó, se metió en el bar y lo dejó bastante aturdido. Si cada vez que salían acababan besándose, tenían un problema.

VÍCTOR

Samuel y él abandonaron el barco antes que el resto. Samuel no quería trasnochar demasiado, y a Víctor le pareció mal dejarlo ir solo. Al fin y al cabo, él lo había arrastrado a esa cena y posterior fiesta con sus amigos.

Nada más salir a la calle, el actor se subió la cremallera de la cazadora hasta arriba y hundió la barbilla dentro, de manera que solo se le veía de nariz hacia arriba. Le explicó que tenía miedo de que les hicieran una foto. Él se echó a reír, ¿acaso había *paparazzis* en cada esquina? Era una situación muy surrealista.

—¿Vives atemorizado? No estás haciendo nada malo. Paseas conmigo, ya está. ¿No puede un heterosexual tener colegas?

—Supongo que sí —contestó y sacó la boca de su escondite—. ¿Tu amigo David…?

—¿Qué? —preguntó a la defensiva. Si le había gustado, volvería al Ultrasonidos para matar a David y se quedaría muy ancho.

—¿Es gay?

—A tiempo parcial, supongo.

Samuel se encogió de hombros sin entender.

—¿A tiempo parcial?

—Es bisexual.

—¿Y tú y él…?

Víctor rio de nuevo. Recordó el día que su amigo recurrió a él con sus dudas sobre su orientación sexual y se dieron un beso para que

él confirmara que no le repugnaba besar a un hombre. Ese era todo el acercamiento que habían tenido en su vida. Una lástima, David era un trofeo del que presumir. Sin embargo, ninguno del grupo lo tenía colgado en la pared de su cuarto. Bueno, Pau tampoco tenía interés en ello.

—No, nunca. Es mi amigo.

—Es muy guapo.

—Ya, me he dado cuenta. Lo veo bastante a menudo y lo conozco desde hace años.

—¿Te molesta que te pregunte por él? —Samuel se detuvo de repente.

—No. —Trató de tragarse la verdad, aunque esta empujó cual vómito para salir de su garganta—: En realidad, sí. Me besaste y… ¿David? Es un capullo. Mira, tal vez os entendierais.

Samuel sonrió, divertido. Volvió a caminar, bastante despacio, como meditando una buena respuesta a lo que él acababa de decir.

—No debí besarte. No así, sin motivo alguno —dijo, al fin.

—He dado muchos besos sin motivo, no te apures —contestó, tratando de parecer indiferente.

—¿Vives muy lejos? —Samuel se giró. La mirada tan arrolladora que le dedicó lo intimidó y lo excitó a partes iguales. Negó con la cabeza—. ¿Puedo subir a tu piso?

—Sí, y saluda a mis padres y a mi hermana —ironizó.

—Vives con tus padres.

—Claro, con lo que me pagan, no me llega para mucho.

—¿Quieres venir tú a mi apartamento? Podemos coger un taxi y…

—No creo que sea una buena idea —le cortó.

—Perdona. No sé cómo hacer esto. Me gustas, pero no es fácil después de haber metido la pata hasta el fondo el otro día.

Víctor tragó saliva y se reprochó haber dicho que no. En realidad, estaba deseando irse con él.

De súbito, recordó las amenazas: si tenía algo con el actor, perdía el trabajo. Bajó la vista, harto de tanta tontería. Primero Samuel y su incapacidad de aceptar su orientación sexual, y después su mánager estúpido. Resopló.

Cuando volvió a elevar los ojos, Samuel estaba bastante más cerca que antes, la punta de su nariz casi le rozaba.

—¿Podremos volver a vernos fuera del plató? Con todas las carabinas que quieras, no me importa —susurró el actor, apartándole un rizo que le caía sobre la frente.

Víctor iba a negarse por su futuro profesional, su cabeza gritaba que no. Sin embargo…:

—Sí.

Rotundo y categórico «sí». Samuel le acarició la cara y se aproximó un poco más. Su presencia apagaba todo lo que había alrededor. Samuel era como una luz. Una intensa, brillante, hipnótica.

Víctor sabía que él tenía que dar el último paso: un impulso, y sus labios se juntarían. Le apetecía mucho, y con cualquier otro lo hubiera hecho. No obstante, se retiró. Esa luz terminaría por apagarlo.

El otro alzó las pupilas hacia el cielo, algo desilusionado, y se acercó a la calzada.

—Me marcho.

Samuel levantó la mano y paró un taxi.

Él pensó que hasta algo tan mundano como coger un taxi lo hacía como si estuviera en una escena de una película de Hollywood, impregnado de ese aire de actor famoso, de hombre inalcanzable. Suspiró y se dio la vuelta para irse a casa. Entonces, notó que algo vibraba en su bolsillo: el móvil.

SAMUEL

Esta vez te lo perdono, me lo merecía, pero no volverás a negarme un beso

Víctor sonrió.

X. SÁBADO, 17

ADA

No esperaban a nadie, que ella supiera; sin embargo, por la forma tan insistente de llamar al timbre, tenía que ser alguien de confianza. O eso o se estaba quemando el edificio.

Por favor, que no fuera eso, no le apetecía correr escaleras abajo. Y antes tendría que coger su cámara, no iba a abandonar a su niña bonita.

Abrió la puerta y allí apareció David, con ojeras de mal dormir. Supuso que su aspecto sería muy parecido. Al final, se había liado la noche: habían bailado, cambiado de bar… y habían amanecido en casa por la mañana.

—¿Qué haces aquí?

—Hola, Ada. Yo también me alegro de verte.

—Te vi ayer, pánfilo, que no hace falta que nos demos besos cada vez que coincidamos.

David resopló y con un gesto de la mano demandó el paso. Ada se apartó y caminó delante de él hasta el salón. Se sentaron en el sofá y se quedaron en silencio unos instantes, hasta que ella volvió a preguntar:

—Oye, ¿a qué has venido?

—¿Nuria no te ha dicho nada?

—¿De qué? —Ada alzó las cejas y se inclinó hacia delante.

—Que te lo cuente ella.

—Claro. Ahora mismo.

Se puso en pie y comenzó a llamar a su amiga a gritos. Su compañera de piso salió de su cuarto con cara de aborrecimiento. Ada la arrastró hasta el salón y la colocó frente a David, que sonreía divertido.

—¿Qué me tienes que confesar? —preguntó Ada, y se cruzó de brazos.

Nuria suspiró y miró al chico, buscando apoyo. Él se limitó a colocar las palmas de las manos hacia arriba.

—David y yo… —titubeó.

Ada se dejó caer en el sofá junto a David. Sus piernas se tocaban y él enseguida retiró la suya, como si le hubiera molestado el ligero roce. A veces le daba la impresión de que le daba alergia, y le jodía. Mucho.

—David y tú, ¿qué? —insistió.

—Hoy voy a comer con mi madre.

—¡Aleluya! —clamó y extendió los brazos hacia el cielo, como si esperara que le cayera maná.

David soltó una risita y Nuria lo miró mal. Muy mal. Se llevaban un rollito muy raro.

—Y como le voy a soltar todo ese rollo de que me han despedido y que he montado una clínica a la que solamente acuden tres clientes por ahora…

—¿Tres? ¿No eran dos? —se extrañó.

Ada estaba al tanto de su primer cliente y de uno más que había empezado la semana anterior, un tipo que tenía una extraña fobia a los pies descalzos. El tercero era un desconocido.

David carraspeó. Nuria enrojeció. Sí, esos dos estaban muy raros.

—La semana que viene, empieza un chico nuevo —le informó la psicóloga.

—Solo vienen tíos por aquí, los vecinos van a pensar que es un prostíbulo —comentó con sorna.

—Será por ti.

—¡Ey, frena! —protestó, molesta. No subía a un hombre a casa desde su cumpleaños, así que no podía haber quejas. De repente,

cayó en la cuenta de que, desde que se había acostado con Enrique, ni siquiera miraba a otros. El mundo se le cayó encima. Víctor tenía razón: quería una relación cerrada con su compañero. Maldito Enrique. Se obligó a centrarse en la conversación que estaba manteniendo—. Salgamos de este terreno porque no tienes razón, yo no traigo aquí a nadie. —Se rascó la cabeza y preguntó su duda —: ¿Qué pinta David en todo esto?

—Como todo son malas noticias se me ocurrió llevar un novio. Y lo he escogido a él.

Ella abrió los ojos, apoyó las manos sobre sus piernas, agachó la cabeza y finalmente explotó en una carcajada inmensa.

—¿Vosotros dos? Eso no se lo cree nadie.

David se giró, atónito.

—¡¿Por qué?! ¡¿Porque él está bueno y yo no?! —gritó Nuria, dolida.

Ada sacudió la cabeza, no había querido decir eso ni de lejos. Su compañera era preciosa, podría estar con quien quisiera. Pero David era… David.

—¡Qué va! ¿Qué idiotez es esa? Tú estás muy bien, no sé en qué espejo te miras. Al menos tienes tetas, cosa que yo… En fin —murmuró y el abogado bajó las pupilas hasta sus senos—. No seas cerdo —le reprochó, y Nuria puso los ojos en blanco—. Lo digo porque él es un vivalavirgen y tu madre lo sabe. Y tú… A ti te falta el hábito para meterte a monja.

—¡Joder, Ada! A veces eres muy hiriente —le recriminó David. Ada se mordió el labio: al intentar arreglarlo, lo había estropeado más—. Nuria no es ninguna monja.

David se levantó y fue hacia su amiga.

Ada los observó, arrepentida. No había medido sus palabras, Nuria era muy sensible con todo lo que tenía que ver con su físico y la imagen que proyectaba para los demás. Ella era una roca en ese aspecto, le importaba muy poco lo que pensara la gente. Hacía años que pasaba de justificarse y, a quien no le gustara su vida, que se apartara.

—Perdonad —musitó.

Desaparecieron casi sin despedirse. Ada se quedó en el salón, sintiendo el peso de la soledad. Era una bocazas. Se echó hacia atrás y se llevó ambas manos a la frente. Puede que sí le importara lo que pensaran de ella. Al menos, sus amigos. No era una insensible. No era tan… Joder.

Abochornada, miró el móvil. Dos mensajes:

VÍCTOR
Ayer Samuel quiso besarme. Y no le dejé

Ada sonrió.

ADA
Ya veo que no soy la única experta en meterme en líos

El otro mensaje era de su novio:

JAIME
Te echo de menos

Ese echar de menos no era por no haberse visto, el día anterior habían estado en la redacción juntos. Se refería a que Ada llevaba sin pisar su apartamento desde aquel fatídico domingo.

Esa noche tenían la cena de «parejitas» que Blanca se había empeñado en organizar, y ya no tendría escapatoria.

NURIA

Su madre era relativamente joven. Se mantenía delgada, siempre vestía a la última moda, se peinaba con indudable estilo y se pintaba con mimo. Era una de esas mujeres que, tras el divorcio, había decidido sacarse todo el partido que no había podido mostrar antes, bien por dejadez o por falta de tiempo.

La encontraron sentada a una mesa del restaurante, leyendo la carta; ataviada con un vestido negro de manga larga ceñido al cuerpo, el pelo suelto y unos labios rojo pasión. Nuria se examinó a

sí misma, con sus vaqueros oscuros, algo anchos para disimular las caderas, su camisa blanca y su gabardina negra. Ah, y sin apenas maquillaje.

Se volvió hacia David con resignación y él le puso la mano sobre el hombro, había captado su inseguridad.

—Estás muy guapa.

Y esas palabras fueron gloria para sus oídos. Nuria comenzaba a navegar en un peligroso mar de sentimientos encontrados que un día le recordaban lo perfecto que era Jaime y otro, lo atractivo que era David. Suspiró: ¿Por qué ella? ¿Por qué le tenían que gustar dos hombres inalcanzables y que, para más complicación, bebían los vientos por su mejor amiga?

Su madre se levantó nada más verla. Le estampó dos besos y después le quitó con los pulgares la marca escarlata que le había quedado en la mejilla. El abogado se quedó discretamente en un segundo plano, pero enseguida reparó en él.

—¡David!

—¿Qué tal, Mercedes?

—Ay, Mercedes. Merche, que hay confianza.

—Merche.

David le dio dos besos mientras Nuria pensaba en lo que odiaba que llamaran así a su madre, la identificaba con la matriarca de los Alcántara. A él también le borró el carmín residual.

—¿Estáis juntos? —dedujo Merche.

—Pues sí —dijo Nuria, y sonrió nerviosa. David la atrajo hacia él y la besó en el pelo. Ella se ruborizó.

—¡Ay, hija! Nunca pensé que David y tú… ¡Sois tan diferentes! ¿Y tú no eras gay?

—Ese es Víctor, mamá —corrigió ella.

—Ya, lo de Víctor lo sé.

David se sentó y las mujeres lo imitaron. Con los codos sobre la mesa, entrecruzó los dedos bajo su barbilla e hizo una mueca de resignación. Nuria supuso que estaba harto de aclarar lo que le gustaba o no meter en su cama.

—Soy bisexual.

—Ah. —Y sonó algo recelosa, como si no lo creyera. «¿Qué le ocurre a la gente con la bisexualidad? ¿Tan horrible les parece? Tolerantes de boquilla, eso son», se dijo Nuria—. ¿Y cuánto lleváis juntos?

La supuesta pareja cruzó una mirada intranquila. No habían preparado detalles. Un fallo: en las películas, los protagonistas siempre acordaban una especie de guion. Había ciertas cosas sobre las que Merche seguro que los iba a interrogar.

David, algo más calmado, tomó de nuevo las riendas, y ella lo agradeció infinito.

—Poco, nos estamos conociendo… Como pareja, quiero decir. Como amigos nos conocemos de sobras.

—Por eso. Mi hija siempre ha dicho de ti que no buscabas una relación estable.

—Me ha convencido de lo contrario —inventó él.

Cogió la carta y la contempló con un fingido interés, no parecía muy cómodo en esos momentos. A ella le sucedía lo mismo. Menos mal que llegó el camarero, y pidieron vino tinto y los platos. Nuria escogió algo ligero, tenía el estómago revuelto. Había vomitado por la mañana por culpa de los nervios y porque se sentía mal tras haberse comido una rosquilla grasienta.

—David, a ver si consigues que mi hija me llame más a menudo, que está desaparecida —volvió a la carga Merche.

—Es que, mamá, he tenido ciertos cambios en mi vida.

David la observó, impaciente. Sin embargo, Nuria no pensaba soltar prenda hasta los postres; cuanto más tarde, mejor, menos tiempo para reproches.

La comida adquirió una dinámica muy repetitiva: su madre pretendía indagar en su vida y ella cortaba por lo sano. Al final, cuando acabaron el segundo, Merche hizo la pregunta definitiva:

—Y en el hotel, ¿qué tal?

Nuria se limpió los labios con la servilleta y bajó los ojos hacia el suelo.

—Me fui del hotel.

Más embustes. O medias verdades.

David dejó escapar un suspiro y bebió algo más de vino. Ella sintió una vergüenza horrible: mucho echarle la bronca a él en la consulta por lo que ocultaba y luego ella…

—¿Te has ido del hotel? —El rostro de Merche se ensombreció.

—He montado una clínica privada en mi piso. Me va bien, aunque estoy empezando.

Otro engaño. Bien bien, no le iba. La madre de Nuria se fijó primero en ella, después en David, y luego otra vez en Nuria, con la cara desencajada.

—Pero ¿estás segura?

—Claro, es mi sueño.

Entonces Merche bajó la voz para que nadie la oyera.

—No puedes ejercer así, ¿tienes los papeles en regla?

—No te preocupes, mamá.

—¡Cómo no me voy a preocupar! —Esta vez habló más alto y dejó los cubiertos con fuerza en el plato, haciendo un ruido molesto. Nuria se sobresaltó—. ¡David, dile algo!

Él se encogió de hombros.

—David, cállate —susurró Nuria. Luego se dirigió a su madre—: No me tiene que decir nada, yo he elegido esto sola. Si tú hubieras tomado tus decisiones, igual papá no te hubiera dejado.

¡Zas!

David se echó hacia atrás. Nuria pensó que parecía estar disfrutando de la telenovela. Ella, por su parte, estaba sufriendo lo indecible.

—Bueno, ¡lo que me faltaba ya! ¡¿Qué sabrás tú de tu padre y de mí?! Si quieres ser mejor que yo, empieza por sacarte el PIR y trabajar en un hospital o en un centro de salud. Que lo de la clínica privada, ¡menuda locura! Seguro que no puedes ni hacerte cargo del alquiler. ¡Pobre Ada! Estará corriendo con todos los gastos.

Nuria se puso roja, de vergüenza y de ira, porque era cierto que empezaba a no tener dinero para pagar lo que le venía en diciembre. Se levantó, furiosa.

—Me voy.

—No, siéntate, esto no es una comida-espectáculo —dijo su madre con firmeza.

Nuria obedeció. Era lo que pasaba siempre: cada vez que intentaba rebelarse, sus padres la aplastaban como a una cucaracha. No tenía opción más que acatar lo que le decían, así la habían criado: dócil.

Terminaron el postre en silencio y se despidieron con un beso aséptico, de rutina, por obligación. Merche insistió en que la telefoneara, Nuria asintió. Finalmente, la madre se fue a la derecha y Nuria y David a la izquierda, a por el metro. El abogado, tras unos minutos callado, habló:

—Nuria, no te preocupes, los padres…

—Tiene razón. Me he equivocado con lo de la clínica, no voy a llegar a fin de mes.

—Busca otra cosa, entonces. Pero, si de verdad es tu sueño y tu vocación, no la cierres. Consigue algo a media jornada.

Nuria, desquiciada, bajó las escaleras del metro corriendo con David tras ella. Él tenía que coger otra línea, sin embargo, no parecía importarle. La alcanzó en los tornos, ambos pasaron su abono y entraron. Después, cuando ya estaban en el andén, ella rompió a llorar. No quería, no obstante, no fue capaz de reprimirse. Él la abrazó fuerte para consolarla.

—No soy un buen psicólogo. Creo que ni siquiera soy buen amigo. No sé qué decirte.

—Con esto es bastante —murmuró, hundiendo la cabeza en el pecho de su amigo, tan firme y que olía tan bien…

ADA

Estaba limpiando su cuarto para hacer tiempo antes de arreglarse e ir a la cena, cuando Nuria entró en casa como un huracán. La escuchó pasar a toda velocidad y encerrarse en el baño. Después, unas arcadas.

Fue tras su amiga y golpeó con suavidad la puerta del aseo. No contestó. Probó otra vez. Nada.

—Nuria, ¿estás bien?

—Me ha sentado mal la comida —respondió.

—A ver si vas a estar enferma, que esta mañana… —También la había escuchado vomitar.

—¡Que no! Que esta mañana eran los nervios.

Ada resopló. Notaba la voz congestionada de su amiga, sin duda había llorado o lo estaba haciendo. Se apoyó en la pared y tomó aire. Qué mal se le daban estas cosas.

—Sal y hablamos. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Nada!

—Oye, ¿por qué me mientes? Seguro que, si me lo cuentas, te sientes mejor.

Su compañera abrió, brusca. Tenía la cara desencajada, el pelo despeinado, los ojos hinchados y rojos. Ada intentó abrazarla, pero Nuria se deshizo de ella y se fue a su dormitorio, con su amiga detrás. Se detuvo en el umbral y se giró de muy mal humor.

—¡No quiero hablar contigo! ¡No quiero que me persigas, ni que intentes ayudarme!

—¿Por qué?

No comprendía nada, era como si estuviera enfadada con ella. Era cierto que esa mañana había estado desacertada, pero tampoco le parecía para tanto.

—Porque no. ¡Joder! —La psicóloga se llevó la palma de la mano a la frente e inhaló ruidosamente mientras subía y bajaba sobre las puntas de sus pies, nerviosa—. Le he contado a mi madre lo que ha sucedido con el hotel y con la clínica. ¿Y sabes lo que la alarmaba? ¡Que tú tuvieras que hacerte cargo del alquiler! ¡Eso! ¡No yo! ¡Tú!

—¿Qué dices? Además, ya te comenté que no había ningún problema, puedo pagarlo…

—Claro, Ada Doña Generosa.

—Intento facilitarte esto —protestó.

No sabía cómo tratar con su amiga. En los últimos días estaba muy alterada y siempre terminaba pagándola con ella. A veces deseaba evaporarse de ese piso.

—¡Deja de hacerlo! —Dio un portazo.

Ada se quedó ahí unos minutos, asimilando lo que acababa de acontecer. Después se refugió en su habitación y llamó a David.

—¿Qué ha pasado? Ha venido hecha una furia y cabreada conmigo… Tío, no entiendo nada… Ya… Dice que su madre se preocupa más por mí que por ella, cosa que dudo… Está muy rara… Gracias, David… Un beso.

Y colgó. La versión de David le confirmaba una comida tensa. Sin embargo, no corroboraba que Merche estuviera más angustiada por ella que por su hija, así que eso serían imaginaciones de una Nuria demasiado irascible. Terminó de limpiar sin poder sacarse de la cabeza la escenita que acababa de vivir. Aunque no pudo aclarar nada con su amiga, pues esta no abandonó su cuarto en toda la tarde.

PAU

Se repitió que eso no era nada formal, nada de llamarlo «cita». No quería presión, se lo estaba pasando de maravilla con Ágata. Durante esa tarde, en la que paseaban por el Retiro, había desconectado de todos sus problemas.

—¿Y no vas a Italia? —preguntó él mientras le daba la crepe que acababan de comprar.

—En Navidad, si me dejan en el trabajo, me marcharé unos días. Tengo ganas de ver a mi madre, mi abuela y mi hermana.

—¿Tienes una hermana?

—Gemela. Se llama Valentina. Mi madre era, y es, una forofa de Rossi.

—¿El motorista? —se extrañó. Ella asintió y Pau se echó a reír.

—La llamamos Valy, o Vale. Su exnovio la llamaba Tina.

—¿Y se volvió con tu madre?

—Se volvió cuando lo dejó con él. Ya ves, cortó la relación ella y luego escapó cual perro apaleado. Es muy extraña, mi hermana. Era un chico estupendo.

—Y tú ¿por qué te quedaste?

—No tengo nada en Italia. Quiero decir, me fui de niña y estoy acostumbrada a España. Sé hablar italiano, pero escribiendo seguro

que tengo más faltas de ortografía que en castellano.

Pau sonrió y le dio un mordisco a su crepe. Ágata lo imitó y se le quedó algo de chocolate en la mejilla, él se lo quitó con el pulgar. Le dio la impresión de que tenía las manos tan enormes… Pau era grande para cualquiera. Muchas veces se había sentido acomplejado por ello, sobre todo, con las mujeres.

—Oye, cuéntame cosas de ti. Eres muy callado —le pidió al tiempo que él retiraba la mano.

—Hay poco que contar. —Lo que sucedía era que había poco bueno que contar.

—No te creo. ¿Qué estudiaste?

—Económicas.

—¡Hala! ¿Y qué haces en ese bar?

—Necesito el dinero. Trabajo desde que puedo legalmente.

—¿Por qué?

Agachó la cabeza. ¿Debía contárselo tan pronto? Quizá se asustara y saliera corriendo. Lo sopesó unos segundos. Mejor espantarla al principio que cuando sintiera algo por ella. Si acaso alguna vez llegaba a sentirlo, se estaba haciendo ilusiones demasiado pronto. Hacía tanto que una chica no se interesaba por él…

—Porque vivo solo con mi madre y mi hermano pequeño. Y mi madre es un desastre.

—¿Y vuestro padre?

Pau levantó la cabeza, más cosas complicadas. Primero que no había un «vuestro», sino dos padres, a cada cual más ejemplar. ¿Por qué su vida no era más fácil?

—Perdona, igual estoy preguntando más de la cuenta —se disculpó ella, educada, al notar la turbación de Pau.

—Tranquila. Mi padre no está.

—¿Murió?

—No. Simplemente, no está.

—Ah. Vaya. Mi padre falleció cuando yo tenía dos años. Un cáncer. Nada que hacer.

—Lo siento, Ágata.

La amargura tiñó el rostro de la joven y caminó fijándose en lo que le quedaba de crepe.

Pau supuso que la pérdida de un padre no se superaba. Era distinto a lo suyo, él no lo había tenido nunca, por lo que no lo echaba en falta.

—Dejemos los rollos familiares. ¿Sabes, Pau? Está claro que no hemos tenido una vida perfecta, así que hagamos perfecto el tiempo que estemos juntos, ¿te parece?

—Es lo mejor que he escuchado hoy —contestó.

Y Ágata sonrió, contagiándole a él de esa genuina felicidad.

ADA

Nunca había ido a cenar a un japonés, no le llamaba la atención, pero era lo que Blanca había escogido. Pidió un arroz lo más normal posible, pasaba de arriesgar. Jaime, por el contrario, estaba acostumbrado a ese tipo de platos, incluso había estado en Japón, y eligió otras preparaciones más típicas de esa gastronomía. Ada las probó por aquello de no quedarse con las ganas. No le gustaron demasiado.

—¿Así que mañana es tu cumpleaños? —le preguntó Jaime a Blanca.

—Sí. Veinte años. Estreno década.

—La mejor edad, sin duda. Los veinte son la liberación —aseguró Ada. Eso habían sido para ella. Se había ido de casa y, por fin, hacía lo que quería sin dar explicaciones. Bueno, tal vez sí las daba, Nuria era peor que sus padres. Buscó en su bolso y extrajo un paquete para tendérselo a Blanca—. Toma, es nuestro regalo.

—¡Ay! No hacía falta, de verdad.

Blanca sonrió y lo desenvolvió. Era un colgante de plata con una circonita en el centro, en una cadena de plata también.

Jaime se había ofrecido a comprar algo de más valor y pagarlo él, y Ada se había negado. No iba a permitir que corriera con los gastos, era para la novia de su hermano.

—¡Muy bonito! —Se lo mostró a Gorka—. ¿Me lo pones?

Él lo sacó de la caja y, mientras Blanca se levantaba la rubia y lisa melena, cerró el broche con esas manos hábiles de guitarrista que tenía.

Ada nunca hubiera imaginado que su hermano fuera acabar con una novia así, tan delicada. Pensaba que le interesaban más las chicas que vestían con pinchos en el cinturón y tatuajes recorriéndoles el cuerpo, como la prima de Víctor. Parecía que se había equivocado con él. Últimamente se equivocaba con muchas cosas, en especial, con sus propios sentimientos.

—¿Y cuánto lleváis juntos vosotros? —se interesó Blanca.

—Pronto, un año —contestó Jaime.

—No está mal.

—Es el récord de Ada —comentó él, y se metió algo de sushi en la boca. Seguido, se levantó—. Voy a pedir más de beber.

—Ni de coña. Voy yo, que invito —se quejó la zaragozana.

La chica casi tuvo que correr para alcanzarlo e impedir que pagara. Mientras esperaban a que los sirvieran, se quedaron hablando, apoyados en la barra.

—¿Qué te parece Blanca? —quiso saber Gorka.

—Muy simpática. Y deslumbrante —reconoció ella.

Se calló eso de que no le parecía de su estilo y dirigió sus ojos hacia donde permanecían las parejas de ambos. Él debía de haber hecho una broma, porque Blanca reía a carcajadas.

—Quedan bien juntos, ¿eh? —bromeó su hermano.

—A Jaime todo le queda bien. —Ada torció el gesto.

—La verdad es que parecen sacados de una revista de moda. ¿Qué coño hacen con nosotros?

—Eso me gustaría averiguar a mí —murmuró—. ¿Tú estás seguro de que quieres salir con ella?

Se reprochó estar trasladando sus propias dudas a su hermano. No tenía ningún derecho, Gorka y Blanca no tenían que ser como ellos. Tal vez estaban enamorados. Los dos.

—Sí.

Aunque su voz tembló un poco. Ada suspiró. Eso de no aclararse debía de ser cosa de familia.

—Asegúrate. No vaya a ser que te despiertes once meses después en una relación que no entiendes.

A Gorka le cambió el semblante, se quedó muy serio. Ada leyó miles de preguntas en sus ojos. Las mismas que ella se hacía cada día. Ahora tenía que dejar a su novio, y no sabía cómo.

No pudieron hablar más, Blanca y Jaime regresaron. La chica se acomodó al lado de su hermano y depositó la cerveza frente a él. Después le plantó un beso en la cara y él se lo devolvió en los labios.

Ada pensó que quizás sí estaba equivocada con ellos. Ojalá.

PAU

Regresó a su piso como en una nube. Ágata le había hecho salir de su mundo, ese que olía a alcohol y a un juicio por custodia. La había acompañado hasta su portal, como un perfecto caballero, y ella se había despedido con un breve beso en la comisura de los labios. Aunque lo había disfrazado de descuido, Pau sabía que había estado muy medido, pretendía dejarlo con ganas de más. Y vaya si lo había conseguido.

Todavía pensando en ella, subió las escaleras y abrió la puerta. Su hermano estaba en el sofá, cambiando el canal de la televisión constantemente; su madre dormitaba con un par de latas de cervezas vacías al lado. Al menos solo habían sido dos. Se sentó junto a Sergio.

—Buenas noches —saludó Pau. No se había hecho muy tarde, de manera que hizo la pregunta de rigor—: ¿Habéis cenado?

—Mamá no. Yo me he preparado un sándwich —contestó Sergio —. Los sábados no ponen nada en la tele, solo cotilleos.

—Ya.

—Por cierto: ¡José me ha dicho que me va a comprar una consola! La que yo quiera —le contó, ilusionado.

—¿José? ¿Lo has visto?

Sintió la sangre hervir en sus venas. Intentó respirar, tranquilizarse.

—Ha llamado por teléfono. Ha hablado con mamá y luego un poco conmigo.

Se serenó, no había vuelto a invadir su hogar. Se sentó a su lado y recordó las palabras de David: tenía que predisponerlo a su favor sin que se le notara; si no, ese cabrón lo compraría con balones de baloncesto y videoconsolas. Y Sergio preferiría marcharse con él, pues Pau no podía permitirse esos lujos. Era horrible asumir que su hermano se iba a vender por tan poco, pero estaba en una edad complicada, cualquier cosa era posible.

—Sergio, apenas conocemos a José.

—Es mi padre. Y quiere que viva con él.

—¿No estás bien aquí?

—¿Aquí? Mamá siempre está bebiendo; y tú, o trabajas o te vas con tus amigos.

—Yo siempre cuido de ti —Le dolía ese reproche. Sus amigos eran su única válvula de escape.

—¿Y esta tarde? ¿Dónde has estado?

Pau apoyó la espalda. «Pelando la pava con una chica», pensó. De pronto, se sintió muy culpable. Se pasó la mano por la frente y después por la barba. ¿También tenía que renunciar a eso? ¿A la poca vida que le quedaba? Lo haría por su hermano sin dudar, y ya no tendría más que esa miseria. ¿Así debía ser?

Le apetecía quedarse solo y gritar. No lo hizo, no podía. Se volvió a inclinar hacia delante y respondió.

—He conocido a una chica. —Creyó que confesando eso ablandaría el corazón de su hermano. Su reacción fue bien distinta.

—Y cuando te vayas con ella, ¿dónde estaré yo?

—No me voy a marchar, y menos sin ti. No sé por qué dices eso.

—Es lo que… —Resopló y calló, como si lo hubiera pensado mejor—. Es igual.

Se encendió de nuevo. ¿Era cosa de José? ¿Le estaba metiendo todas esas mentiras en la cabeza?

—¿Te lo ha dicho él?

Sergio se encogió de hombros, dubitativo, y soltó el mando. Se levantó para cortar la charla. Pau imaginó que José le había pedido que mantuviera esas conversaciones en secreto.

—Me voy a la cama, estoy cansado —declaró Sergio.

—Sergio, yo no te voy a abandonar, ni por una chica ni por nadie. Tú eres mi hermano y eres lo que más quiero en esta vida, que te quede claro.

El niño asintió, no muy convencido. Después se fue a su cuarto.

Él meditó sobre lo que acababa de suceder. Era todo tan complejo, tan delicado. El contraste con lo fácil que había sido la tarde con Ágata era demencial. Se acarició la comisura de los labios, justo donde ella había rozado con los suyos. ¿Por qué su familia siempre tenía que estropearlo todo?

Sacó el móvil con el fin de distraerse y vio que tenía varios *wasaps* de Víctor.

VÍCTOR
Dime que estás en su casa.

Y cuatro más por el estilo. Los ignoró, no estaba de humor.

Guardó el aparato y despertó a su madre, tenían que hablar. Nati se revolvió, enfadada. Tendría resaca o todavía estaría achispada. Le dio igual, insistió hasta que se desperezó y se incorporó.

—Ha llamado José. ¿Qué quería?

—Mañana vendrá a ver a Sergio. Dice que se lo llevará a la cancha de abajo, nada más.

—Ni de coña.

—Pablo…

—¡Mierda, mamá! ¡Mierda!

Se marchó a su habitación y dio un portazo. Llamó a David. Un tono, dos tonos, tres, cuatro… Seguro que estaba con alguien, pasándoselo en grande, era su especialidad.

Maldijo y tiró el teléfono a la cama. ¿Qué debía hacer?

No tuvo tiempo a responderse. David le devolvió la llamada enseguida, algo que no esperaba.

—Se quiere llevar a Sergio mañana… Aquí abajo, a la cancha… ¿Qué? ¿Cómo voy a…? ¡No es su padre! Nunca ha… Bien, vale… Estoy tranquilo… Tienes razón, no lo estoy… Entonces, ¿se lo

consiento?… De acuerdo… ¿Con Ágata?… Genial. Mañana te llamo. Gracias.

Este era el consejo de su abogado: que lo permitiera, siempre que no se lo llevara lejos. No le hacía gracia, aunque David tenía razón, cuanto más alejara a Sergio de su padre, más buscaría estar con él.

DAVID

Tras dejar a Nuria en su piso y hablar por teléfono con Ada, se había marchado a su hogar, había hecho la digestión, y después había usado la famosa aplicación para… relajarse.

Cuando Pau lo llamó, ya estaba en el apartamento de un desconocido, desnudo de cintura para arriba, besándolo en el sofá. No iba a contestar; no obstante, al ver de quién se trataba, lo pensó mejor. Fuera sábado o no, Pau era su cliente y, ante todo, su amigo.

Cuando colgó, su compañía se había puesto la camiseta y lo contemplaba, cabreado. Él soltó una carcajada y lo agarró para acercárselo.

—¿Qué pasa? —preguntó, meloso, desabrochándole los botones igual que había hecho minutos antes.

—¿Era tu novio? —le recriminó—. Yo no me meto en medio de relaciones. No me va ese rollo.

—Calma, no hay ninguna relación. Son cosas de trabajo —murmuró y clavó sus ojos en él, consciente del poder que tenían sus iris azules.

En cuanto vio un atisbo de duda en los de su conquista, atrapó su labio inferior con los dientes. Al desconocido le pareció convincente.

ADA

Bebió agua mientras Jaime la abrazaba con ternura por la espalda. Estaban solos, habían dejado a Blanca y Gorka con otros amigos y ellos habían ido al apartamento.

Dejó el vaso en la mesa, se giró y sonrió, tensa. No tenía ganas de más acercamiento. Sentía que estaba traicionando a Enrique cuando, en realidad, sucedía lo contrario.

—Ada, he estado raro esta semana, lo sé.

Una punzada en el estómago la atravesó. La rara era ella, no él. No podía soportar que él se sintiera culpable. Jaime caminó hasta el sofá y la invitó a sentarse. Lo hizo mientras se recordaba que tenía que dejarlo. Esa noche. Sin más demora.

—Mi padre… Mi padre me dijo que no tenía que fiarme de ti. Y yo fui estúpido y me puse celoso. Lo siento.

—No te disculpes, Jaime. Por favor —musitó ella.

Le estaban entrando ganas de vomitar por los remordimientos. Era el momento de confesar. Iba a hacerlo, pero Jaime se le adelantó:

—Sé que no has hecho nada malo. Confío en ti. Por cierto, he hablado con David sobre lo de las cuentas, lo que te comenté en Cádiz. Y he averiguado quién tiene acceso a nuestro dinero.

—Ah, ¿y?

Parecía que no iba a poder sincerarse por el momento, Jaime necesitaba alguien con quien hablar. Y, ¿por qué negarlo?, tenía curiosidad.

—Tú te llevas bien con Enrique, ¿verdad? —preguntó. Ada tragó saliva y asintió. Demasiado bien se llevaban—. ¿Hace algo sospechoso? No sé, como si llevara un tren de vida superior al que se podría permitir con su sueldo.

Empezaba a intuir por dónde iban los tiros y no le gustaba nada…

—Yo creo que no. En Roma estuvo normal, sin lujos.

—Ya. Ni lleva ropa cara, ni tiene un cochazo —siguió divagando. Se frotó los ojos—. Es que está autorizado para usar la cuenta de la empresa, y no encuentro el motivo. No consigo comprender por qué Enrique puede sacar dinero de la revista. Deberíamos estar mi padre y yo. Como mucho, el contable. No él.

A ella se le cortó la respiración al imaginar a Enrique delinquiendo. No quería que él fuera así. No, no podía ser. Sintió una pena fría, cortante. Una espiral que se abría paso en su pecho y la consumía. No soportaría que la decepcionara de esa manera. Joder, confiaba en Enrique. Tal vez demasiado, sabiendo todo lo que sabía de él.

—No tiene sentido. Habla con tu padre, ¿no?

—¿Y si nos está robando? No puedo darle ese disgusto, está delicado.

—Pregúntale directamente a Enrique. Él… No creo que lo haga.

—Ya.

Jaime la abrazó. Se recostó en el sofá y arrastró el cuerpo de Ada con el suyo.

Se mantuvieron así un rato: Jaime le acariciaba la melena, ensimismado en sus problemas, y ella intentaba frenar sin éxito sus pensamientos. No quería suponer nada hasta que no se confirmara, le aterraba que Enrique fuera capaz de algo así. ¿Tanto lo había idealizado? ¿Y si robaba? ¿Podría perdonarlo? ¿Acaso debía hacerlo?

La decepción y el enfado la invadieron. Junto con la pena, hacían una tríada muy poderosa. No quería darle más vueltas y solo se le ocurría una manera de dejar la mente en blanco. Algo que unos minutos antes le había parecido imposible. Besó el cuello de Jaime, sus labios, le abrazó el torso, le quitó la ropa y se acostó con él allí mismo, en el sofá. Como si así pudiera convencerse de que lo que hiciera Enrique no le importaba.

XI. MARTES, 20

PAU

Le había dejado la comida hecha a su hermano antes de irse a trabajar. La madre de un amigo de Sergio lo acompañaría a casa después del colegio.

Agradecía mucho esa ayuda. Con sus turnos, bastantes días le era imposible acercarse a recogerlo. Y, a pesar de que Sergio era bastante independiente (¡qué remedio, con esa familia!), todavía era pequeño para andar por la calle solo. Como mucho, le permitía bajar a jugar a la cancha un rato por las tardes y, de vez en cuando, se asomaba a la terraza para vigilar.

En el portal, sacó el móvil y le mandó un *wasap* a Ágata para avisarle de que iba un poco justo de tiempo. Ella contestó con un escueto «ok», algo que lo desilusionó. Desde el sábado no habían vuelto a hablar, y tal vez eso le había molestado. Sin embargo, tenía justificación: el domingo estuvo en vilo hasta que José devolvió a Sergio, y después no pudo pensar en nada que no fuera el posible futuro sin su hermano. Solo con su madre. Se deprimía al planteárselo. Si era honesto consigo mismo, no podía tener una relación en condiciones con una chica en esos momentos. Y le daba rabia, pues Ágata era maravillosa.

Despegó los ojos de la pantalla y una visión nada agradable se dibujó en sus retinas. Allí estaba él, con su cara de boxeador,

apoyado en la valla de la cancha. Esperándolo, supuso. Tenía prisa, pero esto era importante. Se acercó, Ágata tendría que apañarse sola un poco más.

—¿No tuviste ayer suficiente? —Fue su saludo.

José apagó el cigarrillo que llevaba en la mano y se irguió, tratando de robar centímetros para colocarse a su altura.

—Me lo llevo hoy a comer.

—De eso nada, se queda en casa. No puedes estar aquí todos los días, manejando a mi hermano a tu antojo.

—Mejor que se quede con la borracha, ¿no? Porque tú te das el piro —lo provocó.

—Tengo que trabajar. Sin embargo, prefiero que no se vaya de aquí.

—¿Por qué eres tan cabezota, chaval? A ver si te enteras, Sergio estará mejor conmigo que con vosotros. Para cuatro duros que ganas… Y Nati… Cualquier día te la encuentras muerta en un charco de vómito.

¿Quién era él para hablar así de su madre? Notó como la ira ascendía desde sus entrañas a sus brazos. La tensión en sus músculos se disparó y tuvo que controlarse muchísimo para no propinarle un puñetazo. De hecho, hasta hizo la intención de levantar el brazo derecho. Se frenó a tiempo: era lo que José buscaba, hacerle fallar, demostrar que podía ser agresivo. No lo conseguiría.

—Hoy no te lo llevas. Como me entere de que lo haces, te denuncio por secuestro.

—No tienes huevos.

—Oh, sí. Y otra cosita, como vuelvas a meterle mentiras en la cabeza a mi hermano, te borraré la sonrisa esa que tienes a hostias. —No podía pegarle, pero un poco de violencia verbal…

—¿Qué gilipolleces dices? Yo no le meto nada raro.

—¿No? Pues mi hermano de repente piensa que me voy a fugar con cualquier chica y lo voy a abandonar.

—¿Y no lo harías? —se burló.

—Por supuesto que no —sentenció, solemne.

—Ya veremos cuando esa chica tan guapa con la que curras se baje las bragas para ti. —Hizo una pausa para que Pau asimilara lo que acababa de decir. Sabía de la existencia de Ágata. ¿Por qué? ¿Lo espiaba? ¿Qué estaba sucediendo? José sonrió de medio lado. Él ni reaccionó, todavía desconcertado—. Bueno, me largo, no quiero cabrearte más. La próxima vez me dejarás ver a mi hijo, ¿eh, Pablo?

No contestó. Se había quedado mudo.

José había ganado.

ENRIQUE

Su trabajo de ese día consistía en entrevistar a un grupo de música que estaba empezando. Le había tocado ir con Ada. Le encantaba colaborar con ella, siempre había sido así; pero, desde Roma, solo soñaba con entrar en la redacción para verla. Era una locura, lo sabía, pero ya no se molestaba en negárselo a sí mismo. Tal vez por eso le había propuesto comer juntos.

Ada, que había acabado la sesión de fotos pronto, lo esperaba en el bar de enfrente del hotel donde habían quedado con los músicos, sentada frente a una cerveza. Como siempre, no pudo evitar sonreír al localizarla.

Fue hasta allí, se acomodó a su lado y cogió la carta del bar. La leyó rápido y después la miró.

—¿Quieres comer raciones o buscamos un restaurante?

La joven apuró la cerveza que le quedaba y contestó:

—Me conformo con raciones. Total, ya huelo a frito.

Él se rio y se pasó la mano por el pelo. La fotógrafa llamó al camarero y pidió lo que le pareció bien, sin consultarle, y dos cervezas.

—Gracias por preguntar lo que me apetece, ¿no? —se quejó, aunque no lo decía en serio.

—¿No estás de acuerdo? Pensaba que te gustaban las chicas decididas. —Él alzó una ceja, era evidente que no estaba hablando de comida—. Es la impresión que me ha dado… en otras ocasiones.

Los ojos de Enrique se abrieron mucho, no esperaba que le saliera con esas. Meditó un momento, podía seguirle el juego o zanjar el asunto. Lo más adecuado sería lo segundo, desde luego, Ada parecía no tener intención alguna de dejar a Jaime. Suspiró. Se sintió como en un programa de la tele cuando se dijo: «Hemos venido a jugar». Y era un juego peligroso, como Fernando se enterara de lo que ocurría… Tendría que navegar con cuidado en esas aguas, pues estaba claro que se había alejado demasiado de la costa como para volver.

—Sí, me encanta que tomes la iniciativa. Aunque más que pidiendo la comida, lo prefiero en esas «otras ocasiones».

—Ya. Mientras no pueda hacer otra cosa, tendrás que conformarte.

Ella se mordió el labio inferior y él hubiera dado cualquier cosa por mordérselo también.

El camarero llegó con la bebida y las patatas bravas, interrumpiendo la conversación. Enrique lo agradeció. Se estaba encendiendo muy rápido y no era de los que se achantaba, el baño del local le parecía un buen lugar para apagar el fuego.

Cogió su cerveza y tomó un largo trago con el fin de serenarse.

—Estaba seco.

—Ya lo veo. Espero que no hayas venido en coche, porque vas a necesitar otra.

—No, he cogido el metro. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Seleccionar las fotos, arreglarlas… Lo de siempre. ¿Tú?

—Escribir la entrevista. ¿Te irás con Jaime después? —Percibió que se le encogía el estómago, pues conocía la respuesta y no quería escucharla. Sin embargo, era la mejor manera de cortar de raíz la electricidad que se había generado minutos antes.

—Sí.

—Así que ya habéis hecho las paces.

—¿Por qué crees que estábamos enfadados?

—Porque la semana pasada casi ni os mirabais a la cara. Y ayer y hoy habéis venido juntos a la redacción.

—Oh, llevas la cuenta. ¿Te molesta? —lo picó ella.

—Para nada —mintió, mientras todo su cuerpo se crispaba al imaginar a esa mujer que tenía delante en brazos de otro hombre—. Es tu novio.

El camarero trajo otras dos raciones. Todavía tenían la primera intacta. Tanta charla y no habían empezado a comer.

Ada tomó aire y se puso seria:

—La semana pasada Jaime estaba raro conmigo. Supuse que era mi culpa que, de algún modo inexplicable, había descubierto… —Y señaló a Enrique y luego a ella—. Y yo… Yo iba a dejarlo.

—Ada…

—Espera. —Hizo un gesto con la mano para que le permitiera continuar—: El sábado por fin hablamos, no estaba así por mí. Ha descubierto que en las cuentas de la revista hay entradas y salidas de dinero sin justificación.

—Creo que no deberías contarme esto —susurró.

La culpa ascendió por su pecho como una ola de lava hasta colarse en cada rincón de su cerebro. Él sabía de dónde venían esos descuadres, pero no podía decir nada. Su vida y la de su familia corría peligro. Si años atrás hubiera sido más responsable, si no se hubiera metido en líos… Entonces, no estarían en esa situación.

—Seguro que a Jaime no le hace ni puta gracia que te vaya con el cuento. Sin embargo… —Se frotó las manos. Parecía muy nerviosa, y él se estaba contagiando de ese estado de ánimo—. Enrique, te lo digo porque me preocupa. Y porque no quiero pensar que tú eres capaz de hacer algo así.

—¿Algo como qué? —dijo él, echándose para atrás. Ada se acercaba al mayor secreto de su vida, y no podía compartirlo con ella.

—Tienes acceso a las cuentas de la revista, puedes sacar dinero. ¿Lo haces?

—¿Me estás acusando de…?

Vaya, eso sí que no lo esperaba. El corazón se le aceleró: ¿Cómo podía pensar que era un ladrón?

—De robar, sí —terminó ella muy seria, con los brazos cruzados.

—Joder, Ada.

Enrique se rascó la barba, alzó los ojos hacia el techo y aguardó a enfriarse antes de responder. Cosas de la edad: Ada era capaz de soltar todo eso sin pestañear, pero él necesitaba medir sus palabras; si no, iba a decir alguna barbaridad de la que seguro que se arrepentiría. Contó de diez a cero un par de veces ante la mirada escrutadora de su compañera. Y, por fin, habló:

—Me conoces. Sé que tú eres consciente de que de lo que me culpas es una estupidez.

—¿Te conozco? Solo sé de ti que estás casado y que engañas a tu mujer con cualquiera. No son muy buenas referencias.

—Joder —repitió y respiró. Le iba a costar manejar esa conversación como un adulto—. Sabes más de mí. Mucho más. ¿O es que prefieres quedarte solo con eso para tener una buena excusa para perdonarte por lo que le haces a Jaime?

—¿Perdonarme?

—Sí, Ada, perdonarte. Porque te acuestas conmigo y luego vuelves con él, una y otra vez.

—No seas cínico. Tú haces lo mismo.

—No, yo no… —Calló. Estaba hablando demasiado—. Déjalo, ni siquiera sé por qué he dicho eso.

—Yo… solo quiero asegurarme de que no estás sacando dinero.

—¿Me vas a creer? Eso es lo relevante. Porque por mucho que te jure que yo no he tocado un duro de esa revista, si tú no estás dispuesta a aceptarlo… Si tú… —Se apretó el puente de la nariz con los dedos y volvió a fijarse en Ada. Se le cayó el alma al suelo al ser consciente de que el dolor que estaba anidando en su pecho era enorme, no podía respirar. No podía soportar que ella pensara eso de él. Precisamente ella—. Hay límites que yo nunca cruzaría. Y quedarme con algo ajeno es uno de ellos —zanjó—. Espero que tengas hambre, porque me voy. No tengo ganas de comer contigo.

—Enrique, espera, por favor.

Ada alargó la mano y agarró la suya sin darle tiempo a que se levantara. Él se detuvo. Sí, esa mujer tenía demasiado poder sobre él. Ada apoyó la frente en su hombro, sus dedos estaban entrelazados bajo la mesa. El contacto hizo que se relajara, que deseara besarla. Ensanchó los orificios nasales. Todavía estaba

cabreado, aunque más consigo mismo por haberse permitido caer en ese estúpido encaprichamiento por su compañera.

—Yo no voy a convencerte de nada. Puedes confiar en mí o no.

—Confío en ti —susurró. Y ese dolor se empezó a transformar en algo diferente, menos punzante—. Y siento haberte abordado así, no sabía cómo hacerlo. Quería hablarlo contigo.

Enrique suspiró. La entendía y, la verdad, agradecía que hubiera ido de frente.

—Si Jaime quiere hablar conmigo, que lo haga. En cuanto a nosotros… —Sus manos todavía estaban juntas. Ese contacto era un bálsamo. Era paz—. Creo que es mejor que…

—Como vuelvas a decir que lo olvidemos, te doy una torta —se quejó ella.

Enrique rio con desgana. A continuación, separó sus dedos de los de Ada, se puso en pie y sacó un billete del monedero para tendérselo a la fotógrafa que, como un autómata, lo cogió.

—Toma, me voy a casa, trabajaré desde allí. Nos vemos mañana.

Sin decir más, se marchó con una sensación amarga en la boca y muy poco oxígeno en los pulmones.

* * *

Cuando dijo que se iba a casa, mintió, en parte. Fue hasta su garaje, sacó el coche y condujo de muy mal humor hasta el chalet de Fernando. Ni siquiera sopesó la posibilidad de que Jaime pudiera estar allí. No pensó nada, solo que no soportaba que se le culpara de algo de lo que era inocente, y menos que lo hiciera Ada.

Había hecho cosas que no podía justificar, siempre en nombre de Fernando. Pero nunca había tocado el dinero de esa empresa, no para quedárselo. Solo era el que hacía las transacciones, nada más. O Fernando aclaraba este punto con su hijo o lo dejaba todo.

Aparcó de malas maneras, dio un portazo, cerró y anduvo con pasos largos y rápidos hasta la puerta. Pulsó el timbre una vez. Y luego otra, insistente, hasta que Adriana le abrió muy sorprendida.

—¿Y Fernando? —preguntó él.

—¿Qué sucede, Enrique?

—Tengo que consultarle una cosa, ¿está en su despacho? —Ella asintió—. Conozco el camino, gracias.

Subió las escaleras con brío. Llamó y entró sin esperar permiso. Cerró tras de sí y avanzó hasta su jefe, que lo observaba con curiosidad. Le hizo un gesto para que se sentara. Enrique se quedó de pie.

—Te dije que esto nos traería problemas —inició.

—¿Qué tal Paola y la niña?

—Déjate de formalidades. ¿Desde cuándo tengo acceso a las cuentas de la revista? Jaime lo ha descubierto y piensa que estoy robando.

—Ah, ¿sí? —comentó él, distraído. Le importaba una mierda, y eso lo enervó aún más.

—Sí. Mira, he hecho siempre lo que me has pedido. Todo. Y soporto el peligro que eso conlleva: tratamos con mafias, joder. Sin embargo, no puedo quedarme sin empleo. Si me despiden, no tengo con qué alimentar a mi familia, ¿lo entiendes? Así que, arregla esto o me piro. Te dejo con tus líos, con tus chanchullos y con tus amantes.

—¿Has acabado ya? —Fernando lo contemplaba, tranquilo, aguardando a que vaciara su ira—. Enrique, ¿me amenazas? No estás en posición. Todo lo que tienes, me lo debes. Dependes de mí, de manera que ya sabes por dónde puedes meterte tus chantajes, ¿no? —Su calma fue tan insultante que Enrique se halló desarmado por completo—. Mi hijo no tiene ni idea de lo que sucede. Tú dedícate a lo tuyo.

—Si sospecha que robo…

—Bah. Yo me ocupo de eso, descuida. ¿Es lo que querías oír?

Movió la cabeza de arriba abajo y se sentó en la silla, rendido. Tantos nervios y, al final, como siempre, su jefe se salía con la suya. Todo seguiría igual.

—No puedo seguir con esto, me está desquiciando —confesó.

—Sí puedes. De hecho, esta semana llega el material. Te mandaré un mensaje para que te ocupes. Y recuerda, como tú has dicho, tratamos con mafias. Traicióname y lo que más te importa, lo pagará. Y ya sé que Paola no es, pero tienes una niña preciosa.

Enrique apretó los dientes, rabioso. Dio un golpe en la mesa con el puño. Como le tocaran un pelo a su hija, no respondía. Esta era la manera que tenían de mantenerlo atado. Se sintió sucio y cobarde. Se levantó dispuesto a marcharse.

—¿Quién te lo ha dicho? —quiso saber Fernando.

Él se giró.

—¿El qué?

—Que Jaime había averiguado lo del dinero. Porque sé que él no ha sido. Mi hijo es muy cauto, no te hubiera acusado sin pruebas.

—¡Qué más da!

—Ha sido Ada, ¿no? Muy bien te llevas con esa chica. Y muy traicionera ella, por lo que veo. No ha dudado ni un momento en irte con el cuento y descubrir a Jaime.

Enrique miró al techo. Vaya error. ¿Y si Fernando le contaba a Jaime lo ocurrido y Ada…? Bufó, hastiado y arrepentido de no haber calibrado las consecuencias de ir a hablar con él.

—Tranquilo, no le diré nada a Jaime, aunque todo esto confirma que esa joven no es digna de él.

—Déjala tranquila —le pidió, y se fue.

Bajó las escaleras, confundido. Susurró un «adiós» para Adriana y se subió a su vehículo. Sacó el móvil y escribió un mensaje:

ENRIQUE
Por favor, créeme

Dudó: ¿Debía mandárselo a Ada? Finalmente, no lo hizo. No quería complicarse la vida más de la cuenta, y… y, sin embargo, estaba seguro de que no podría evitarlo.

ADA

Subió en el ascensor de la revista con el estómago demasiado lleno. La salida abrupta de Enrique del bar la había dejado descompuesta, pero tenía hambre. Y sí, se había zampado la comida ella sola.

Por las tardes la redacción estaba más vacía. La gente salía a preparar sus piezas y Jaime, alguna vez, les permitía trabajar desde casa, cosa que podría haber hecho ella.

No obstante, no quería. La relación con Nuria se había tensado desde el sábado. Ella no sabía cómo tenía que actuar. Le había contado a Víctor lo sucedido y él se había limitado a tranquilizarla: «Se le pasará, ya lo verás», y había desviado el tema hacia el montaje insano que Nuria y David habían inventado. Esa falsa relación.

A Ada le daba mala espina. No por David, que era un alma libre y jamás se comprometería con nadie (y menos con una mujer); sino por Nuria, tan necesitada de atención… y de un hombre, en el sentido más carnal de la palabra. Eso se lo callaba. Víctor, con su habitual sinceridad aplastante, le había dicho: «Nuria vive acojonada, y como cree que no va a encontrar un chico que la deje satisfecha una noche, se ha buscado un novio de mentira». Vamos, que los dos opinaban lo mismo, solo que su amigo era más tajante que ella. Si tenía la ocasión, le pondría a Nuria el espejo delante para que se viera.

Se sentó en la silla y comenzó a seleccionar las mejores instantáneas de esa mañana. Era muy crítica con su trabajo, le costaba horrores decidir cuál era la toma buena. Se frotó la barbilla mientras se planteaba qué quería contar con cada una de ellas y se preguntó qué narices hacía en esa revista. A ella le gustaba otro tipo de fotografía. Una menos mecánica, más expresiva. Más real.

—Adita, dime cuándo es mi despedida de soltero y te chivo algo que quieres saber.

Dio un respingo, no había escuchado a nadie acercarse, y se giró. Toni la contemplaba con los ojillos brillantes.

—Me encantaría, pero no tengo ni idea.

—¿Cómo puede ser? ¿No te ha comentado Jaime nada?

—Ah, ¿va? Ni lo sabía. Este chico es más reservado para algunas cosas…

—A ver, que no sé si viene, supongo que sí. De la revista solo lo espero a él, a Enrique y a Diego.

—¿Qué Diego?

—Ese Diego. —Señaló a un chico que escribía en su ordenador—. ¿No te sabes los nombres de tus compañeros?

—Nunca me toca currar con él —murmuró—. ¡Qué pena que Lidia y yo estemos vetadas! Te lo haríamos pasar fatal. Te vestiría de bailarina, con esas piernas preciosas que escondes… —Le dio una sonora palmada en el muslo.

—No me da ninguna vergüenza. No me conoces bien de fiesta. —Toni se desperezó y le dedicó una sonrisa de pícaro.

—Uh, nunca te he visto desmelenarte.

—Yo a ti, sí.

—Me hace falta poco. —Ella se encogió de hombros—. Bueno, ¿de qué me ibas a hablar?

—Era una información por otra. Aunque, como me caes bien, te lo digo igual. —Se juntó un poco más para que nadie los oyera—: He investigado lo de las fotos de tu amigo. Las hizo un novato, se llama Íñigo López —le desveló, y Ada anotó el nombre en un pósit—. No trabaja para nadie, no tiene un empleo fijo. Vendió las fotos, sacó un dinero y sigue en el paro.

—¿Y cómo lo has descubierto?

—Uno, que tiene sus contactos. —Se recostó sobre el asiento, orgulloso de sí mismo—. Y un buen periodista no desvela sus fuentes.

—No eres periodista —protestó—. ¿Cómo puedo contactar con él?

—Ni idea. Prueba Facebook o Instagram, quién sabe.

—¿En serio? ¿Y qué le mando, un privado?

—Ingéniatelas como quieras. No conozco a nadie que pueda facilitarme un acercamiento. No obstante, como soy un cotilla, seguiré indagando.

—Está bien, gracias —contestó, resignada, y se metió el papel con el nombre en la mochila de la cámara. Sin embargo, Toni no se marchaba de su lado y la observaba con insistencia—. ¿Qué?

—¿Qué pasó en Roma? —se interesó él.

Ada hundió la cabeza entre sus manos, no le apetecía hablar de eso. Jaime estaba en el despacho y las paredes tenían oídos. Estaban rodeados de periodistas, los únicos metomentodos bien

vistos por la sociedad. Además, todo se estaba tornando muy complicado. Enrique tenía razón en algo: no conseguía perdonarse. ¿Cómo iba a hacerlo? Estaba siendo una cabrona. Todavía no había dejado a Jaime. Levantó la vista.

—¿Hace falta que te responda?

Toni se puso en pie y se inclinó para susurrar en su oído:

—Entonces, ¿a quién vigilo en mi despedida, a Enrique o a Jaime? ¿Quién te debe voto de castidad?

Ella se separó y lo empujó sin fuerza, intentando reírse de su broma. Aunque le hacía muy poca gracia porque sabía cuál era la respuesta que debía dar y no coincidía con la que le palpitaba en el pecho.

—Mejor que te echen un ojo a ti, que eres el que se casa —replicó al fin.

XII. SÁBADO, 24

GORKA

Tuvo que leer dos veces el mensaje para comprender lo que el texto decía, o insinuaba, o él qué sabía:

> **JESS**
> Ven al local de ensayo. Estoy sola y te voy a demostrar lo aburrida que es tu chica

Lo cerró. Tal vez, si fingía que no existía, desapareciera.

Mala idea, Jess vería ese doble *check* azul. Dejó el móvil en la cama; también la guitarra, la tenía apoyada en el regazo, y salió de su cuarto, ruborizado y un pelín excitado.

Sus padres no estaban, pero encontró a Marco, dibujando en el sofá con la espalda arqueada, en mala postura. Se asomó a los papeles y él ni se inmutó. Era muy bueno, ¿desde cuándo hacía esos dibujos? No tenía ni idea de su vida, era como vivir con un extraterrestre.

Sin levantar la cabeza, el otro habló:

—¿Qué te ocurre?

—Nada —mintió.

—Bien.

Gorka fue a la nevera y sacó una lata de Coca-Cola. Después, se sentó junto a su única compañía y se revolvió el pelo, analizando lo

que le acababa de suceder. Le hubiera gustado contárselo a alguien, pero: ¿A quién? Ada no era buena idea, sería demostrarle que estaba muy perdido en la vida y, después de la conversación que habían mantenido en el japonés, no quería. Ismail le echaría la bronca solo por planteárselo, el niño perfecto. Y Lewis… Lewis le diría que borrara ese mensaje y que se olvidara del asunto.

Él sabía que esa opción era la mejor. Sin embargo, ahí estaba, retorciéndose en el sofá y planteándose si debía tratar el tema con su hermano aún adolescente. Decidió que sí:

—¿Tienes novia?

Marco elevó una ceja y continuó dibujando mientras respondía:

—No.

—¿Y la has tenido?

—¿Novia novia? Hombre, no.

—¿Por qué?

—No sé, no me ha gustado nadie para que fuera mi novia —contestó él, mirándolo por fin.

—Gay no eres, ¿no? —Nunca se lo había planteado, pero quizás a su hermano le iban los tíos…

—No.

—¿Y virgen?

—Oye, ¿qué coño pasa? —protestó al tiempo que soltaba el lápiz.

Demasiada cháchara para él, supuso Gorka.

—¿Desde cuándo dibujas?

—Desde siempre. ¿Notas que esta conversación tiene cero sentido? —Marco puso los ojos en blanco, se sentó bien y depositó el papel sobre el sofá. Gorka le dio la razón, estaba divagando—. ¿Qué? Dilo ya.

—Conociste a Blanca. ¿Qué te pareció?

—Simpática. Guapa.

—Hay otra chica.

—¿Esto es una enfermedad de familia? —le interrogó él, extendiendo las palmas de sus manos hacia arriba. Gorka negó con la cabeza, sin comprender—. Si crees que no me percaté de lo que pasaba entre Ada y ese compañero suyo de trabajo, el de la barba…

—¿Los pillaste en su cumpleaños?

—¿Se liaron? —exclamó, sorprendido.

—Si no los viste, ¿de qué te diste cuenta?

—Era evidente, allí había una tensión que te cagas. Lo que no me explico es cómo Jaime no se pispa de nada.

—No quiero hacerle daño a Blanca —recondujo la charla hacia su problema, no sin hacerse cruces por lo observador que era Marco. Igual iba con ser callado: hablar poco y observar mucho.

—No se lo hagas. Es fácil: o rompes con ella y te vas con la otra chica, o te olvidas de la otra chica y te quedas con Blanca. Ahora voy a seguir con lo mío —zanjó.

—Nunca hablamos tú y yo.

—Acabamos de hablar —murmuró, de nuevo enfrascado en sus papeles.

Gorka se levantó, con la lata de refresco en la mano, sintiéndose muy extraño después de haber conversado con su hermano. Su forma de pensar le había parecido bastante madura. ¿Cuándo había crecido aquel criajo que se dedicaba a robar sus chuches de forma sibilina?

Soltó el aire de los pulmones de golpe. Al menos, se le había ido el calentón provocado por el *wasap* de Jess. Volvió a su dormitorio, cogió el móvil y contestó:

GORKA
No puedo

Se sentó y alcanzó la guitarra. Entonces, un nuevo mensaje:

JESS
Algún día podrás. Porque querer, quieres

ADA

Jaime la había invitado a un restaurante caro a cenar. Con él, todo eran lujos. Ada se planteó que una vida así podría ser demasiado cómoda y placentera: se acabaría el preocuparse por el dinero,

viajaría, comería bien; tendría ropa de sobras, móviles buenos, una cámara mejor… Esbozó una mueca amarga al percatarse de que todo eso (excepto lo de la cámara) le era indiferente. Que hacía días que no vibraba cuando su chico le acariciaba el pelo o cuando la cogía por la cintura, si acaso alguna vez había vibrado.

La relación con Jaime era un mar en calma: hablar con él era sencillo, le hacía reír y tampoco tenían problemas en la cama. Sin embargo, faltaba algo. Una chispa, algo que provocara un maremoto de vez en cuando. Algo como lo que le daba Enrique.

—¿Te echo más vino? —preguntó él, marcando esos hoyuelos irresistibles.

—Sí, por favor.

—Vas a acabar borracha —observó, divertido.

—Frénname antes de que me suceda lo mismo que en Halloween, por Dios —le pidió, y ocultó la cara bajo su mano.

—No recordemos ese episodio. No he recogido más vómito en mi vida.

—Lo siento, lo siento, lo siento. —Juntó las palmas, como si rogara.

—No pasa nada, ya ni me acuerdo —mintió descaradamente—. ¿Te gusta la cena?

—Está riquísimo. Me muero de ganas de probar el postre.

—Mira que eres golosa.

—Me pierde el dulce, por eso estoy contigo —bromeó, aunque esa afirmación estaba lejos de ser cierta.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Jaime. Señaló a sus pies, donde estaba la bolsa de tela a la que se refería.

—Tus regalos, el de aniversario y el de cumpleaños. Pero el de cumpleaños te lo daré mañana por la mañana, cuando nos levantemos.

Le guiñó el ojo y él se ruborizó, como si no fuera obvio que iban a dormir juntos. Ada sacó un paquete bien envuelto y muy grande para entregárselo, lo pasó por encima de todo lo que había sobre la mesa y se lo ofreció.

—Espero que te guste.

Jaime lo desenvolvió con cuidado de no rasgar el papel. A Ada le hizo gracia que fuera tan minucioso, ella no tenía tanta paciencia. Él desplegó la prenda y se puso de pie para verla bien. Era un abrigo negro, largo, muy elegante. Le había costado un pastón, mucho más de lo que se podía permitir. Pero era la única manera que se le ocurría de compensar sus errores, por lo menos, hasta que encontrara un buen momento para ponerle fin al engaño. Y el fin de semana de su aniversario y el cumpleaños de Jaime no se lo parecía.

—Vaya, Ada. No imaginaba que…

—Es para la boda de Toni. Si te lo quieres poner, claro. Mira en el bolsillo.

Jaime hurgó en uno y después en el otro, y extrajo una tela azul: una corbata.

—¿Y esto?

—Eso es para ir a juego los dos. Ya sabes de qué color es mi atuendo; si no te pega con tu traje, búscate la vida, guapo —le soltó y se cruzó de brazos, sonriente. Jaime alzó las cejas—. Es coña.

Su pareja rio, más tranquilo, y observó la corbata. Parecía que le había gustado el detalle.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? —dijo Jaime. Ella asintió mientras el camarero retiraba los platos—. Ibas con unos vaqueros desgastados negros y un jersey blanco que te iba grande.

—No, no. Son así y están de moda.

—Me pareciste tan… vulnerable.

No le gustaba ese adjetivo. No era «vulnerable». No.

—¿En serio pensaste eso de mí?

—Y lo pienso. Vas de dura, pero…

—Si te he enseñado yo más de la vida que tú a mí, que eres más cortadito… —protestó.

—Que hayas tenido más amantes que yo no significa que sepas más de la vida —le aclaró.

Ella calló, tenía razón. A veces no era capaz de gestionar ciertos sentimientos, por lo que los desechaba, como archivos de ordenador que iban a la papelera de reciclaje. Y, al igual que esos archivos, esas emociones seguían ahí, ocultas; porque no las eliminaba para siempre, las escondía bajo la alfombra.

Luego pasaba lo que pasaba, y eso sí la hacía vulnerable.

—¿Y tú qué pensaste de mí? —se interesó él.

Y ella pudo ser sincera, porque la verdad, en ese caso, era agradable:

—Me pareciste tan buena gente, tan atento, tan educado… Joder, tan guapo; que decidí que no podía dejarte escapar, que ya valía de cabro… canallas. Que me vendría bien estar con alguien como tú.

—O sea, que estás conmigo porque soy la opción menos mala —desdeñó él.

—Vaya, eres bueno quedándote con lo malo.

—Es broma. Está bien, ha sido muy bonito.

—Si es que soy una poetisa —se burló. Necesitaba quitarle tensión al momento, era demasiado romántico para su gusto.

—Claro, claro —rio él.

* * *

Tras la cena, fueron al apartamento de Jaime. Tomaron una copa más y fueron directos al dormitorio. Jaime, como siempre, la besaba con dulzura, despacio; con tanto cariño que a Ada no le cabían los remordimientos en el cuerpo. ¿Por qué la trataba así? No lo merecía.

Se esforzó en concentrarse, en dejar de lado sus dramas. De súbito, sucedió algo que lo empeoró todo. Su novio le susurró al oído dos palabras que hicieron que se le erizara todo el vello del cuerpo, y no porque la sensación fuera placentera:

—Te quiero.

Era la primera vez que se lo decía. No, peor: era la primera vez que un hombre se le declaraba. Sabía que la respuesta esperable era un simple «yo también». Mentir era lo más cómodo. Sin embargo, no pudo hacerlo. Hubiera sido demasiado feo. Después de todo lo que había sucedido, ¿cómo iba a…? No, no estaba bien.

La rabia la inundó, rabia por no poder compartir ese amor. ¿Acaso estaba loca? ¿Enferma? Jaime era perfecto, ¿por qué no podía enamorarse de él?

Apretó los dientes y, con toda la elegancia que pudo, asintió despacio y se colocó a horcajadas sobre él. Esa noche, llevaría ella las riendas y se acabarían las delicadezas.

XIII. DOMINGO, 25

ADA

Se despertó temprano y se dio una ducha con el agua lo más fría que pudo soportar, que no era mucho. Después fue a la cocina, comió algo y preparó un desayuno para llevárselo a Jaime a la cama. Puso un sobre en la bandeja y caminó con ella hasta el dormitorio.

Lo despertó con un beso en la mejilla y aguardó mientras él se desperezaba. Pocas veces madrugaba más que él, así que era un espectáculo novedoso.

—Felicidades —le susurró, y le colocó la bandeja encima en cuanto se sentó en el colchón.

—Oh, qué buena pinta —dijo, sarcástico, observando las madalenas y la taza de café con leche.

—Haz mejor la compra, anda, que no había nada más —le reprochó. Él le dio un beso.

—¿Y este sobre?

—Ábrelo.

Dentro había unas entradas para el musical de *El Rey León*. Había dudado mucho sobre esa compra, dado que su plan era acabar con esa relación más pronto que tarde y solo había sitios para febrero. Sin embargo, pensó que él podría ir con otra persona, o con ella si conseguían ser amigos tras la ruptura.

—¡Qué guay! Me encanta —exclamó él—. Supongo que querrás venir conmigo.

—Me haría ilusión verlo, sí. Pero ve con quien quieras.

—Lo pensaré —bromeó y la besó de nuevo—. Yo también tengo una cosilla para ti. Por nuestro aniversario.

Se quitó el desayuno de encima y fue hacia el salón.

Volvió con una caja que ella abrió, ilusionada. Siempre le habían gustado los regalos, aunque, tras el «te quiero», tenía miedo de que fuera un anillo de pedida. La noche anterior le había costado mucho concentrarse en las sensaciones de su cuerpo, en disfrutar. Cada vez le apetecía menos tener sexo con él. Empezaba a ver a Jaime como un amigo, solo eso.

Se extrañó al comprobar que solo era un neceser. Dentro había un cepillo de dientes, desodorante, colonia, crema hidratante, una esponja…

—¿Y esto?

—Para que tengas aquí todo lo que necesitas y no tengas que andar con tu bolsita de aseo. —Jaime calló, pensativo. Había vuelto a sentarse y a coger el desayuno—. Mi regalo tenía segunda parte. No me atrevo a dártela.

Ada agachó la mirada al darse cuenta de que a su novio le había dolido su silencio tras su declaración. Normal.

—¿No quieres saber lo que era?

—Jaime…

—Las llaves. Las llaves del apartamento —le espetó con dureza —. No obstante, creo que no estás preparada, ¿no?

—Lo siento de verdad. Yo me esfuerzo, y no puedo.

—¿Te esfuerzas? El amor no es esfuerzo, es algo que sale solo —evidenció, enfadado.

—¡Es que yo no estoy acostumbrada a esto! Joder, yo antes me tiraba a un tío, me levantaba y me iba; o se iba él. No sé si estoy preparada para lo que me pides.

Jaime se revolvió el pelo y se tapó la boca. Ada supo que solo tenía que dar un paso más, decir que quería dejarlo, y todo finalizaría. Sin embargo, el dolor en el rostro de Jaime la paralizó.

—¿Qué necesitas, Ada? —preguntó él, desesperado.

—Me siento presionada. Necesito espacio —pidió. Aunque lo que de verdad necesitaba era acabar con todo.

Él suspiró y se levantó de la cama. Estaba cabreado o, tal vez, decepcionado. Y eso que no sabía que la realidad era otra, que estaba suavizando lo que sucedía.

Tuvo la esperanza de que él le dijera que no podía darle lo que pedía y que tenían que romper la relación. No pasó. Por desgracia, parecía que Jaime no mentía cuando decía quererla y estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Está bien, iremos a tu ritmo. Nada de llaves.

—Gracias —susurró ella, sintiéndose una miserable por haber vuelto a retrasar lo inevitable. Era una mentirosa. Y una cobarde. Por no hacerle daño en ese momento, terminaría por destrozarlo.

ENRIQUE

Julia Sandoval recogió el sobre que acababa de ofrecerle. Esta vez el pago había sido por adelantado, dado que hasta el martes no visitaría a Mario. Enrique sabía que ese dinero que acababa de soltar provenía de la revista y que Jaime, al ver ese movimiento, sospecharía todavía más de él. A Fernando le daba lo mismo: mientras no le salpicara la mierda, él seguía adelante.

—¿Está caliente el café? —quiso saber ella.

Volvió al mundo real, se había perdido en sus pensamientos. Negó con la cabeza, tomó la taza y bebió.

—Está bien así, gracias.

—Dime, Enrique: ¿Estás casado?

Suspiró y se apoyó en el respaldo del sofá. Cada vez le molestaba más admitir que sí, que sí estaba casado. Con demasiadas cosas parecía ser, y ninguna le resultaba placentera.

—Sí.

—No lo dices con buena cara. ¿También eres como Fernando? ¿Tienes amantes?

Le sostuvo la mirada, desafiante. No tenía derecho a juzgarlo. Nadie lo tenía porque nadie estaba en su piel.

—¿Acaso es importante?

—Tú sabes de mi vida. Yo querría saber de la tuya. Solo por curiosidad.

—No creo que te guste lo que pueda decir. Te reafirmarías en que todos los hombres somos iguales.

—Tú no eres exactamente como Fernando, me doy cuenta —concluyó mientras se pasaba los dedos por los labios, coqueta—. Supongo que tu matrimonio nunca fue feliz, y que te pesa. ¿Es así?

—Algo así, sí —replicó distraído.

No le gustaba hablar de sus problemas personales y no haría una excepción.

—Hace unos dos meses que no lo veo —cambió de tema Julia. Él entendió que hablaba de Fernando—. Desde el infarto.

—Se está recuperando.

—Llamó una vez para avisar de que vendrías. Nada más. ¿Por qué haces esto por él? ¿Lo admiras?

Enrique esbozó una sonrisa amarga y se terminó el café. «Admiración» era una palabra muy lejana a lo que sentía por Fernando. Se levantó y cogió la cazadora de cuero. Pronto tendría que cambiarla por el abrigo. Se la puso sin contestar, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Por qué lo haces? —insistió ella.

—Porque no tengo alternativa —murmuró, y salió de la anacrónica casa dando un portazo.

JAIME

Fue a comer con sus padres, y sin Ada. Ella se había escabullido con habilidad para evitar la comida familiar del domingo. Tenía motivos que podía llegar a entender, como que no se llevaba bien con su padre fuera del entorno laboral; y otros que no deseaba comprender, como que siguiera siendo incapaz de regalarle un «te quiero». O que

se sintiera presionada. No pretendía presionarla, solo quería una relación normal.

Ada prefería mantener sus barreras altas. Tirar de las riendas para frenar. Estaba cómoda con lo que tenían antes, nada de compromiso. Pero él no daría un paso atrás.

Más allá de los problemas con su chica, tampoco a él le apetecía mucho estar con sus padres. Sin embargo, la familia era la familia; y ahí estaba, con su plato de lasaña y su vaso de vino blanco. Había ido con la moto, de manera que era el único que iba a tomar; después, agua.

—Está muy rica, mamá.

—Como te gusta tanto —comentó ella, tan solícita como siempre —. Además, el otro día te fuiste así, tan enfadado…

—No puedo tolerar que papá hable de ese modo de Ada. Es mi novia y, si la ofende a ella, me ofende a mí.

—Me alegra que pienses así —intervino Fernando—. Yo opino que, si esa mujer te ofende a ti, me ofende a mí. Y no se comporta contigo de forma adecuada.

—Ya estamos. Tengamos un cumpleaños feliz, por favor —pidió Jaime, y levantó un poco la mano derecha para que su padre se detuviera antes de provocar otra bronca.

—¿Por qué no ha venido?

Jaime dejó los cubiertos y cogió aire. No podía soportarlo más.

—Supongo que no quería que la avasallaras —siseó—. ¿Satisfecho?

—Me da igual lo que quiera. Yo tenía una pregunta que hacerle.

—¿Cuál?

—¿Por qué le contó a Enrique que habías descubierto que podía sacar dinero de la empresa? —Jaime pasó del enfado al desconcierto. ¿Cómo podía Ada haber hecho eso? Era algo que le había comentado en confianza: ¿Por qué le había ido a Enrique con el cuento? Se pasó la mano por el pelo y recogió los cubiertos, nervioso. No diría nada, era lo mejor—. No lo sabías, ¿no? Es evidente que tu… novia te oculta cosas importantes.

—Tal vez se le escapó. No lo sé. La cuestión es cómo lo sabes tú, y por qué Enrique tiene acceso a las cuentas.

—Pues, mira, así como tú no tienes respuesta a mi pregunta, yo tengo para las dos. Enrique vino asustado porque cree que lo vas a denunciar por robo o yo qué sé. Muy hombre para algunas cosas y luego… Y le sonsaqué que había sido Adita la que le había puesto la mosca detrás de la oreja. En cuanto a la segunda, lo autoricé antes de que tú te hicieras cargo de todo por si me hacía falta su ayuda.

El joven calló unos segundos para asimilar la información que acababa de recibir. ¿Era el momento de poner sobre la mesa esos extraños movimientos de dinero?, ¿con su madre ahí delante? Seguro que le daba un disgusto. De manera que solo asintió.

—Entonces, ahora que estoy yo, puedes quitarle ese derecho. No quiero que un extraño meta mano en nuestro patrimonio.

—Si me juras que seguirás al frente de la revista toda tu vida, lo haré gustoso.

—No puedo jurar eso. Y tampoco quiero —zanjó.

No. Jaime tenía sus propios intereses, sus metas.

—Ah, sí. Se me olvidaba que mi hijo quiere regresar a su empleo mal pagado en cuanto mi corazón me permita volver a mis quehaceres.

—Sí, sí que quiero, vaya. —Bufó—. Y ya me has amargado el día.

—Fernando, deja el tema de una vez, por favor —murmuró Adriana.

—Está bien, me callaré por tu madre —accedió Fernando, y bebió de su vaso de agua.

«Vaya asco de cumpleaños», pensó Jaime.

XIV. MIÉRCOLES, 28

ADA

No había pasado ni una noche con Jaime desde su cumpleaños. Esas eran las consecuencias de no decir las palabras mágicas cuando el momento lo requería y de insinuarle que no quería el tipo de relación con el que se había comprometido. Por mucho que su novio jurara y perjurara que no pasaba nada, no era así. No era tonta, aunque a veces prefiriera hacérselo. Era evidente que la relación hacía aguas, y no solo por su parte. Lo peor era que no le incomodaba: al revés, se sentía liberada. Si lo dejaban, podría volver a su cómoda vida sin compromisos; y, de paso, seguir teniendo lo que fuera que tenía con Enrique. Aunque colgarse del periodista (ese que trasteaba en el ordenador a dos mesas de ella) no la beneficiara para nada.

Si todavía no había roto con Jaime, era por dos motivos. El primero, por no hacerle daño. El segundo, porque tenía miedo de quitarse ese freno. Sin el impedimento que suponía mantener una relación con él, caería en los brazos de su compañero: el hombre casado con un millón de secretos.

Le dio rabia ser tan cobarde, por eso se levantó y fue al despacho de su novio. O rompían o lo arreglaban, pero no podían seguir así.

Entró sin llamar y se quedó frente a él.

—Ada —murmuró él al verla.

—Tenemos que solucionar esto —le soltó, y se cruzó de brazos.

—Cierra la puerta, por favor.

Ada dio un portazo y avanzó, decidida y cabreada consigo misma. Era consciente de que había muchos tipos de relaciones tóxicas, y la suya lo era: Jaime, entregado por completo y ella, escondiéndose de sus sentimientos reales.

—Jaime, ¿quieres arreglarlo?

—Me encantaría, pero no sé si puedo fiarme de ti.

Un sudor frío bañó su frente, su espalda. ¿Los había descubierto?

—¿A qué te refieres?

—Le desvelaste a Enrique nuestros secretos.

Abrió los ojos mucho. Eso sí que no se lo imaginaba. Se dejó caer en la silla y se peinó un mechón de pelo con los dedos. De manera que no tenía nada que ver con el «te quiero» maldito, o con si su relación era abierta o cerrada; sino con que le había contado a su compañero lo de los descuadres en los balances de la empresa.

Suspiró. Había sido indiscreta.

—Lo siento, no debí hacerlo.

—¿Tan amigos sois? ¿Tanto que me traicionas a mí? —Su pareja la contemplaba, ofendido, incapaz de entender qué la había llevado a confesarle al periodista sus suposiciones—. Mi padre dice que lo metió en la cuenta por si él no podía ocuparse de algo. Fue antes de que yo estuviera al frente, pero ¿y si hubiera sido un ladrón? Lo hubieras puesto sobre aviso. ¡Ada! Parece mentira que uno de tus mejores amigos sea abogado.

—Créeme, David no me enseña los entresijos de la ley, ni tengo un manual para capturar delincuentes. —Se acercó a él, que se había puesto de pie y estaba apoyado en la ventana, ofreciendo un contraluz que dejaba que Ada solo adivinara su silueta y no pudiera ver su expresión—. Es que no podía aceptar que él robara. Lo conozco y no, no podía ser.

—La gente a veces engaña. Deberías saberlo.

—Lo siento.

—Me ha dolido mucho enterarme por mi padre.

—¿Tu padre?

—Sí. Enrique se lo dijo. Ya sabes que mi padre besa el suelo por donde pisa.

Se dio cuenta de que Jaime estaba celoso de la relación que Enrique tenía con Fernando.

—Tu padre te adora.

—Sí, ya —rio con amargura. Después, cambió de tema—. Me iré en breves al apartamento, ya no tengo faena aquí. ¿Quieres venir?

De nuevo el sudor frío.

—Tengo que acabar lo del reportaje y estoy cansada —mintió.

—Pues yo mañana no puedo, tengo que hacer unos papeles del trabajo. El viernes he quedado con mis amigos, hace siglos que no los veo. Y el sábado es la despedida de Toni. Me apetece… tirando a poco. Tal vez me quede en casa. Si quieres, podríamos vernos.

—Yo creo que deberías ir —lo animó ella.

—No conozco a nadie. Solo a Enrique y a Diego, que parece mudo. Ya me dirás qué ganas puedo tener.

—No es cuestión de tus ganas, se trata de acompañar al novio, ¿no? Además, es imposible no divertirse en una despedida de soltero. Te emborrachas y ¡fiesta! —Ada levantó los brazos, fingiendo entusiasmo.

Jaime se sentó en su butaca, tomó su mano y tiró de ella para que se sentara sobre él. Ada se acomodó sobre sus piernas y él apoyó la barbilla en su hombro, delicado. Ya volvía a ser el chico dulce perdidamente enamorado.

—No me gusta que nos enfademos —susurró él.

—Las parejas se enfadan.

—Nosotros, antes, no. No quiero presionarte, Ada. Y, por supuesto, no deseo perderte —le susurró—. No me digas que me quieres; pero no me dejes, te necesito. Lo de mi padre, la empresa… Lo estoy pasando mal. Tú me haces sentir mejor.

—Está bien —murmuró.

No pudo decir otra cosa. Jaime siempre era un armazón de hierro y acababa de decirle que la necesitaba. No podía dejarlo así. Cuando todo mejorara, cuando estuviera más entero… Joder, ¿y si ese momento no llegaba?

Dejó que su novio la abrazara y, entre esos brazos que tantas veces le habían ofrecido cariño y seguridad, se sintió en una cárcel.

PAU

Ágata y él habían echado la persiana y estaban limpiando el bar para dejarlo recogido y perfecto para el día siguiente.

Su compañera estaba rara. De normal se movía con movimientos gráciles, simples y precisos; y esa tarde había estado torpe, un adjetivo que no encajaba con ella. Algo la preocupaba y, a juzgar por el mohín que acababa de hacer, estaba a punto de descubrirlo.

La joven dejó el cepillo y se puso frente a él con los brazos en jarra. Llevaba recogido el pelo en un moño alto del que se le habían soltado varios mechones por culpa del trajín del día.

—¿No piensas hacer nada? —le soltó.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió él.

—¿No te gustó nuestra cita?

—¿Era una cita? Pensaba que salíamos en plan amigos.

—A veces pienso que eres tonto del culo o algo. ¿No pillas que me gustas? No haces más que darme largas, no me pides volver a salir, me tratas como a una más… Yo soy muy directa, no tengo ningún problema en reconocerlo.

—Ya lo veo —murmuró, nervioso. No esperaba esa confesión. Dejó los platos con cuidado y se fijó en ella—. Tú también me gustas, pero creo que no estoy en condiciones de tener una relación.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo terminal? —preguntó, hastiada.

—No, no. Tengo la cabeza en otro sitio, Ágata. Mi familia…

Chasqueó la lengua. Estaba cansado de que su situación personal condicionara toda su vida.

—Cuéntamelo, Pau —pidió, y se sentó en una silla del bar. Después dio dos palmadas al asiento de al lado para que la imitara. Él se quitó el delantal y se acomodó junto a ella.

—Ni siquiera lo saben algunas de mis amigas.

—¿Y? ¿Necesitas su permiso? ¿Sois un aquelarre? Oh, sin el beneplácito de la bruja mayor, Pau no puede contar sus secretos —se burló con voz de ultratumba.

—Me recuerdas a Víctor. No, claro que no necesito autorización. —Le acarició la mejilla y resumió lo que ocurría—: El padre de mi hermano ha aparecido y quiere su custodia.

—No tenéis el mismo padre —dedujo y él asintió—. ¿Y tu madre?

—Mi madre es alcohólica. Todo, absolutamente todo, depende de mí. Si no, ¡de qué iba a estar yo trabajando aquí!

—Ya. Algo intuí cuando hablamos la otra vez. Aunque hay mucha gente con estudios universitarios que trabaja en algo como esto. La vida es así.

—No paro de pensar en mi hermano. Puede que vayamos a juicio, no sé… Tengo miedo. Y no voy a ser una buena compañía durante este proceso, siempre vas a estar en un segundo plano.

Ágata se acercó a él y, con ternura, le obligó a elevar la mirada para encontrarse con la suya. Sus preciosos ojos brillaron. Tenía las mejillas sonrosadas, los labios entreabiertos. Pau pensó que era imposible que una chica tan bella quisiera quedarse con él, y más con el panorama que presentaba.

—Oye, Pau, ¿y si permites que yo decida si eres buena compañía o no? Vamos a darnos una oportunidad.

Lo besó. A Pau le recorrió la espalda una sensación placentera, electrizante. Hacía mucho tiempo que no se sentía así, deseado por una mujer, y no estaba nada mal. Se separó de ella y sonrió. Sí, quería darle una oportunidad. Necesitaba dársela.

—Vale.

—Vale —repitió ella, muy cerca de él. Seguido, como si le hubiera dado un calambre, se levantó como un resorte—. ¡Venga! A recoger, tengo prisa: ¡Un chico tiene que invitarme a una cerveza!

—¿Qué chico?

¿Acababan de decidir empezar algo y ella le salía con esas? Él no era de relaciones abiertas, creía con firmeza en la monogamia.

Ágata se echó a reír a carcajadas. Le encantaba su risa, despreocupada, desmedida, incluso.

—Tú, gilipollas —le soltó y le guiñó un ojo.

DAVID

Tenía la compañía de sus padres esa semana y ya estaba deseando que se marcharan otra vez. No hacían más que vigilar sus movimientos. «¿Dónde vas?», «¿con quién?», «¿y Nuria?». Estaba bastante harto de contestar. Y de mentir. Los buenos propósitos que hacía en terapia se le olvidaban en dos días de convivencia con ellos. Lo que más le jodía era que, en realidad, a ellos les importaba una mierda lo que hiciera mientras no manchara su buen nombre. Se lo habían demostrado. Eran como una sanguijuela que lo sangraba y lo sangraba.

Se odió por ese pensamiento; aunque, total, añadir algo más a la lista de motivos por los que aborrecerse era gratis.

Puso la mesa y ayudó a su madre a servir los platos. Su padre apareció más tarde, con expresión cansada, y se comenzaron a cenar. Trabajaba mucho. David era consciente de que todo lo que poseían se debía al sacrificio de su progenitor. Sin embargo, no podía darle pena, pues también lo había sacrificado a él.

—¿Qué tal en el bufete? —preguntó Manuel por cortesía.

—Bien.

—Tu padre y yo queríamos decirte que estamos muy orgullosos de tu cambio de actitud —le alabó su madre. Él sonrió con la culpa adhiriéndose a su cuerpo, pegajosa—. ¿Por qué no invitas a Nuria a cenar con nosotros en Nochebuena?

Levantó las cejas y tosió, la comida se le había ido por el otro lado del susto. Se limpió con la servilleta y tomó aire. Una cosa era fingir una relación y otra meter a Nuria en su núcleo familiar. No quería. Él quería meter a otra mujer.

A veces, se preguntaba por qué no le había pedido a Ada que se hiciera pasar por su novia, y siempre llegaba a la conclusión de que eso hubiera sido veneno. Tenerla tan cerca y seguir sin opciones, porque ella seguiría saliendo con Jaime (su nuevo amigo, por otro lado) y acostándose con Enrique, hubiera acabado con él. Con Nuria era más fácil y, además, ella también lo utilizaba. Así estaban en paz.

—Para eso queda mucho —replicó.

—Es que nos hace tanta ilusión que por fin hayas encontrado a alguien decente…

David apretó los puños y asintió.

—Se lo propondré, aunque tiene a su madre. No veo muy factible que acepte.

—Por supuesto, comprenderíamos que no viniera. Voy a por algo de fruta.

Ester se levantó. Manuel lo contempló con una mueca enigmática en los labios. Después se inclinó hacia él.

—No soy tonto. Sé de sobra que sigues acostándote con hombres. Es tu vida, me da exactamente igual, pero aquí no traigas a ninguno. Lo haces en tu intimidad y sigues con tu novia de cara a los demás.

—Como en el franquismo —murmuró él mientras agarraba con fuerza el borde de la mesa con el fin de retener su rabia.

—Compáralo con lo que gustes. La amenaza sigue en pie: como nos pongas en evidencia, se acabó. Dejarás de ser mi hijo, con todos los efectos que eso conlleva.

—¿Tanto te ofende mi vida, papá? —susurró en un arranque de valentía.

No solía desafiar a su padre. No lo habían educado para rebelarse en casa.

—Me ofende, desde luego. Lo que eres es una vergüenza.

Ester regresó con el frutero. Manuel sonrió y él lo imitó. Se acabó el momento de decirse la verdad a la cara, era hora de volver al teatrillo.

ADA

Jaime se había marchado de la redacción después de su conversación. En ese momento, era Enrique el que se ponía la cazadora para irse.

Ada recogió rápido sus pertenencias, quería hablar con él. La había vendido con Fernando. Lo alcanzó en dos zancadas y bajaron juntos en el ascensor, en silencio. No sabía cómo empezar la conversación. Su compañero hizo ademán de despedirse, pero ella lo sujetó del brazo.

—Enrique, ¿qué narices te pasa?

—¿Puedes ser más explícita? —ironizó él, mirando en cualquier dirección menos en la que ella estaba.

—¿Por qué le contaste a Fernando que yo había hablado contigo?

—Yo no quise decirle que habías sido tú. Me lo sacó. Fernando a veces parece del FBI. Y lo hice para que le aclarara a su hijo que yo no me quedo con nada que no es mío.

—Jaime se ha enfadado conmigo. Piensa que lo he traicionado.

—Ada, es que lo has traicionado. Lo has traicionado de muchas maneras —zanjó él, y esta vez sí clavaba sus ojos en los de ella.

—No seas cabrón conmigo. Te recuerdo que tú estabas conmigo en Roma, no fue solo cosa mía.

—Estuve en Roma, estuve la vez que te recuperé las fotos, estuve en tu cumpleaños, estuve en el preestreno, en Halloween, cuando pretendiste acusarme de robar y acabaste demasiado cerca de mí. Sí, he estado en todas esas ocasiones. —Hizo una pausa—. ¿No crees que tenemos un pequeño problema?

Ada agachó la cabeza y se dio cuenta de que seguía agarrando el brazo de Enrique. Lo soltó. Y también soltó el aire de golpe, se había olvidado de respirar. Encarar la realidad le resultaba bastante complicado.

—Tenemos un problema —admitió ella al tiempo que se retiraba el pelo de la cara.

—No sé cómo actuar contigo porque no sé lo que esperas que haga. Un día vienes hecha un basilisco, como ahora mismo; y otro, todo lo contrario. No eres muy coherente que digamos. Por mi parte, ya sabes lo que hay, no ha cambiado nada. Eres tú la que no te decides.

Se giró sin darle opción a réplica. Aunque tampoco hubiera sabido qué contestarle.

Ada observó cómo su compañero se dirigía a la boca del metro. Se quedó un rato ahí de pie, intentando serenarse, porque el cuerpo le gritaba que saliera corriendo detrás de él, le quemaba el fuego por dentro. Incluso cuando discutían, lo deseaba. Deseo, solo eso. No podía haber más porque todo lo demás dolía.

Aunque, la verdad, Enrique le dolía, y mucho. Se le había clavado entre las costillas como una astilla y lo sentía cada vez que respiraba. Joder. No era solo deseo. Ya no.

Maldijo para sus adentros.

DICIEMBRE, 2018



I. SÁBADO, 1

ADA

Al final, había convencido a Jaime para que fuera a la despedida de soltero de Toni. A cambio, le había tocado ayudarles a organizar algunos flecos que quedaban sueltos. Por ese motivo estaba allí, recogiendo las camisetas que iban a llevar.

Lo cierto era que tenía envidia, le apetecía correrse una buena juerga. Y beber, beber mucho. Todo lo que le ocurría con Jaime y Enrique le hacía plantearse que igual se estaba volviendo un poco alcohólica. Un poco solo.

Salió de la tienda con las bolsas, abrió la puerta del vehículo y las metió en el asiento de atrás. El maletero estaba lleno de los cartones que componían el disfraz de Toni. Sacó el móvil antes de introducirse en el sitio del conductor y le escribió a Jaime:

ADA
Tengo todo, voy para la revista

Preparad al afortunado novio

JAIME
Gracias, cariño

«Cariño». Punzada en el pecho. Resopló. ¿Por qué Jaime no se daba cuenta de que ella no era así? Odiaba que la llamaran «cariño» o «amor» o cualquier cursilada.

También tenía un *wasap* de Víctor. Lo abrió, solo él podía alegrarle el día:

VÍCTOR
La gente anda diciendo por ahí que tu novio y tu amante se van juntos de despedida de soltero…

Esta noche, desfase, no?

Ada puso los ojos en blanco. En el fondo, tenía su gracia. A Víctor le permitía esas salidas de tono, a nadie más:

ADA
Desfase, por favor, desfase

Guardó el aparato y se sentó al volante. Odiaba conducir por Madrid, la gente estaba loca. Las señales de tráfico perdían su sentido, era una ciudad sin ley.

* * *

Suspiró, aliviada, al bajar al garaje del edificio. Ya estaba a salvo.

Aparcó en la plaza que correspondía a Jaime. Allí la esperaba él, sonriente, con unos diez tíos detrás. Ada solo reconoció a ese tal Diego que trabajaba en la redacción, aunque nunca con ella.

—¿Todo bien? —quiso saber Jaime y, después le dio un beso en los labios. Ella asintió.

Uno de los amigos de Toni le arrebató el material y empezó el desfile de torsos desnudos. Decidieron que era una idea excelente cambiarse delante de ella. Hombres peludos, hombres depilados, flacos, gordos, fibrosos, fofos, morenos, blancos… Testimonió todo tipo de espaldas y pectorales. La mejor mercancía era la de su novio, claro que faltaba un modelo. Enrique debía de ser el encargado de entretener al novio. Embutieron sus prendas en las bolsas y se las

devolvieron. Sospechó que, aparte de ocuparse del porte y de cerrar la revista, también tendría que salvaguardar la ropa de los amigotes de Toni.

El atuendo elegido para la ocasión consistía en una camiseta de manga corta con un dibujo de una publicación de Instagram con la cara de Toni, que no posaba muy favorecido, en la que ponía: «Dale un *like* para que no se case». Ada sonrió, era simpático, a su manera. Supuso que a la novia de Toni igual no le hacía tanta gracia. Sin embargo, era una despedida y, al menos, no llevaban coños en la frente.

—¿Y lo de Toni? —inquirió otro.

—En el maletero.

—Llamad a Enrique y que lo baje ya —propuso Diego, demostrando así que no era mudo.

Jaime buscó el iPhone y marcó.

—Todo listo… Perfecto. —Colgó y se dirigió al resto—. ¡Ya viene!

Toni apareció poco después con los ojos vendados, guiado por un divertido Enrique, y seguido de todos los periodistas con Lidia a la cabeza, que jaleaban mientras lo conducían al garaje.

Ada se partía de risa con la cara de susto que llevaba el novio, con las manos por delante, temeroso de chocarse con algo. Entre Jaime y ella sacaron el disfraz. Los amigos del novio le retiraron la venda de los ojos. Toni los abrazó de uno en uno a la vez que se burlaba de las camisetas. Le colocaron los cartones y el resultado fue una cámara de fotos, cómo no, con un mensajito particular: «Mira al pajarito» y una flecha hacia las partes nobles del caballero. Todos rieron con la ocurrencia. El susodicho, resignado, sonrió y se aproximó a Ada.

—¿Te han engañado? —le dijo.

—Un poquito. Así he formado parte de esto, que me hace ilusión. —Lo abrazó como pudo, los cartones lo complicaban bastante—. Ojalá pudiera ir, pero ya sabes: nada de mujeres. Pásatelo bien.

Una marabunta de hombres arrancó a Toni de sus brazos y, detrás de él, encontró a Enrique, esperando para pedirle su camiseta. Ada se la tendió. Él se quitó la que llevaba sin apartar los ojos de los suyos. Probablemente fue lo más excitante que le había

sucedido en toda la semana. Todas las chicas silbaron cuando su cuerpo quedó expuesto; sin embargo, el periodista solo tenía ojos para ella.

Enrique metió su camisa de cuadros en la bolsa que sostenía Ada, rozando con toda la intención su mano. Sin duda, era uno de esos días en los que la electricidad que se provocaban estaba al máximo voltaje. Menos mal que se iban a separar y no se verían en toda la jornada.

Los gritos de los amigotes de Toni, que esperaban frente al portón del garaje cerrado, rompieron la magia. Sus miradas se desenredaron mientras él se vestía y fue como si le extirparan algo de su cuerpo. Algo importante.

Enrique, ya con su cazadora de cuero, se unió al resto. Ada se preguntó si él se había sentido igual de vacío después de… de lo que fuera que hubiera pasado.

Jaime le rodeó la cintura y la besó, gesto que también recibió todo tipo de pitos y aplausos, e incluso un manido: «¡Marchaos a un hotel!». Ada resopló. Así era el ambiente preboda, qué le iban a hacer.

Ignorando al resto, su novio la estrechó entre sus brazos y le susurró al oído:

—Pórtate bien, yo lo haré.

—Disfruta, anda —le dijo.

Él caminó hasta los *hooligans* y los liberó abriendo la puerta con el mando mientras se cerraba la cremallera de la parka. Se marcharon entre empujones y gritos.

Lidia avanzó y le pasó un brazo por encima del hombro antes de hablar.

—¡Qué envidia me dan! Tendríamos que habernos hecho amigas de la novia. O podrían haber preparado una despedida mixta, ¿sabes que eso existe?

—Algo he oído. ¿Dónde van? —indagó.

—Por aquí, por Madrid. ¿Sales hoy?

—Por eso, no querría encontrármelos y fastidiar la fiesta. ¿Tú sales?

—He quedado con Gonzalo —le confió, mientras se encaminaban a la redacción—. Si no fuera porque ya es tarde para avisar a Toni, lo llevaría a la boda. Yo creo que vamos viento en popa, nena.

Ada arrugó la frente. Lidia siempre se ilusionaba con todos los hombres con los que pasaba una noche, que en año y medio habían sido unos cuantos, y luego no acababa bien con ninguno. Era tan insistente que los ahuyentaba. Por otro lado, su intuición le decía que ese Gonzalo no era trigo limpio, ya la había plantado una vez. Aunque, ¿quién era ella para dar lecciones sobre el amor?

VÍCTOR

Miraba o, más bien, espiaba a Samuel en Instagram: fotos con famosos, con amigos, con mujeres, del *book* profesional… Se había tornado en costumbre el vigilar su vida a través de esa red social; sobre todo, los fines de semana, cuando no podía verlo en persona. Sabía que era dañino y estaba mal. Con todo, no podía evitarlo.

Desde ese mensaje tan prometedor el día que había salido con sus amigos, Samuel no había intentado acercarse a él, y no lo entendía. ¿Pretendía que Víctor fuera detrás? Bufó. Por supuesto que lo pretendía: era un actor, estaba acostumbrado a ello. Así que decidió darle el gusto, ya se había hecho el duro suficiente tiempo. Abrió en WhatsApp la conversación con Samuel y se dispuso a escribir. Como no se le ocurría la manera de no sonar desesperado, optó por lo más simple:

VÍCTOR
Tienes planes?

* * *

Transcurrieron dos horas. Doble *check* azul y no hubo contestación. Dejó el móvil y abrió el armario. Acababa de decidir que había terminado su voto de castidad.

NURIA

Se contempló en el espejo del baño, recién salida de la ducha, desnuda. Le pareció que había adelgazado un poco. Se sintió orgullosa. Se pasó la mano por el abdomen y las caderas, se giró y ahí estaba: la maldita celulitis. Toda su dicha se esfumó.

Justo cuando salía del servicio, Ada entraba en el piso. Sonrió a su amiga, rígida, antes de meterse en su dormitorio; su relación estaba bastante tirante desde la comida con su madre. La fotógrafa se fue a su cuarto y después la vio salir hacia el baño prácticamente sin ropa. Nuria la observó desde su habitación: delgada, sin un gramo de grasa de más, con el pelo liso colgándole por la espalda, que se bamboleaba y dejaba ver partes del tatuaje de la flor de loto que tan bonito le quedaba. Ada se encerró y Nuria escuchó el agua correr.

Le asaltaron unas ganas imperiosas de comer. Cada vez le pasaba más a menudo: la ansiedad, el hambre, la culpa. Era psicóloga, sabía hacia dónde conducía eso. Suspiró y abrió el cajón de su mesilla: ahí le quedaba una madalena que devoró con avidez.

Una hora más tarde, Ada llamó a su puerta. Nuria se había puesto un vestido largo y ancho de color negro para disimular esas mollas, se había dejado el cabello suelto con su rizo y se había maquillado los labios de rosa, los ojos muy naturales y los pómulos marcados.

—¡Qué guapa! —admiró Ada.

—Tú también —contestó, seca, incapaz de aflojar con ella.

Ada llevaba un vaquero de pitillo azul oscuro y un jersey ajustado rojo, metido por dentro de la cinturilla del pantalón, marcando cada curvita de su cuerpo. Si tuviera más pecho, sería perfecta. Una trenza le caía por el lado derecho del cuerpo hasta la cintura y se había ahumado los ojos y pintado los labios color granate. Estupenda.

Nuria torció el gesto.

—Vamos, los chicos nos estarán esperando —zanjó.

—Claro —susurró la fotógrafa.

Anduvieron hasta el salón, se pusieron los abrigos y se marcharon hacia el restaurante sumidas en un asfixiante silencio.

ADA

—Es Pau, que va a tardar un poco en llegar y que trae una sorpresa. —les informó Víctor tras consultar su móvil—. Espero que la sorpresa sea buena.

—Pedimos entonces, ¿no? Yo me muero de hambre —apremió Ada, agradecida de estar acompañada.

La soledad con Nuria cada vez era más angustiante. Su amiga parecía dispuesta a mantener su enfado hasta el fin de los días, y ella ya no sabía qué hacer.

—Siempre tienes hambre —observó David.

—Pues sí, no veo yo el problema con eso —contestó mientras hacía como que leía esa carta que casi podría recitar de memoria—. Venga, la hawaiana para Pau y bien de vino.

—Has venido fuerte, ¿eh? —rio Víctor—. A mí me parece estupendo, no te creas. ¡Que no falte el alcohol!

Nuria carraspeó, seguro que dispuesta a protestar y aguarles la fiesta. Por fortuna, el camarero se acercó y Ada eligió por todos.

—A ver, hay que comprender a Ada —la excusó Víctor—. No todos los días tu novio y tu amante se van juntos de despedida de soltero. A emborracharse, con el tema del amor y la fidelidad tan a mano. ¿Qué puede salir mal?

El aspirante a actor esbozó una sonrisa malévola y ella hizo una mueca de asco. Todo podía salir mal.

—¿Cómo que «amante»?

Nuria no sabía nada de sus últimos deslices con Enrique, se había cuidado mucho de no decírselo para que no la abroncara… otra vez. Sin contar con que el ambiente en el piso compartido tampoco era el mejor para las confidencias.

—Es hora de confesar, Ada —la invitó Víctor y acompañó sus palabras con un gesto que se parecía al de un guardia civil dando

paso a un coche.

—Luego vas tú, majo, que eso de tirar la piedra y esconder la mano está feo —se quejó. Víctor asintió con tranquilidad. Ella cogió aire, a ver si el valor acudía con él—. Puedes gritarme todo lo que quieras y decirme que soy la hija de Lucifer; pero sí, me tiré a Enrique en Roma.

Nada más decirlo, se dio cuenta de que no estaba de acuerdo con sus propias palabras. No solo se lo había tirado, había mucho más detrás de lo sucedido allí. Y detrás de todo lo demás. Ada ya no sentía que se acostaba con Enrique como con cualquier otro tío, quería estar con él. «Estar» en un sentido muy amplio de la palabra.

—Joder, tía —musitó su compañera de piso y se comenzó a morder las uñas mientras se recostaba en la silla.

David se echó a reír:

—¿En serio creías que eso no había sucedido? Inocente.

—Tenía la esperanza de que… No sé, de que se diera cuenta de que Jaime vale como un millón de veces más que Enrique. Está casado, por Dios —continuó, clavando sus pupilas en ella.

—Ya lo sé. Lo sé. Y lo he intentado todo, hasta he pensado en envenenarme. Sin embargo, es que ese hombre me pone una mano encima y… joder. Tiemblo y todo cuando estamos en la cama, os lo juro. Y, además…

—No hace falta que nos informes de cómo lo hacéis. Gracias —la cortó Nuria, que no se molestó en disimular su enfado.

—Tampoco tenía esas intenciones —aclaró ella, muy seria. Por un momento, había estado dispuesta a confesar lo que realmente sentía, lo confundida y aterrorizada que estaba. Sin embargo, estaba claro que a Nuria le importaba una mierda. Con poder criticarla tenía suficiente.

—A mí me lo puedes contar, ¿eh? —bromeó Víctor—. Va a ser lo más parecido a un polvo que voy a tener en mucho tiempo.

—¿Y Samuel? —preguntó. Era el turno de hacerle revelar sus errores.

—Con lo que acabo de decir, te puedes hacer una idea. Después de ese conato de beso, nada de nada. Hoy le he escrito y el cabrón me ha dejado en visto.

—¿Conato de beso? —Nuria se giró hacia David—. ¿Tú estabas al tanto?

Él asintió despacio, como avergonzado.

—Me lo contó el otro día. A mí y a Pau.

—Ya ves, la liamos todos —le hizo ver Ada—. ¡Desmelénate tú también, mujer!

Nuria le dirigió una mirada asesina justo cuando el camarero depositó en la mesa un par de botellas de lambrusco y las dos primeras pizzas.

Mientras David llenaba (mucho) las copas, llegó Pau muy bien acompañado. Una chica de preciosos ojos felinos impecablemente maquillados iba con él.

—Chicos, ella es Ágata, algunos ya la conocéis. Trabaja conmigo y… nos estamos conociendo. —Pau se ruborizó un poco y se mesó la barba en un gesto muy adorable. A Ada, Pau siempre le había parecido eso: adorable, un peluche que achuchar—. Son Nuria y Víctor, que los has visto en el bar. Ah, y David, el capullo que también conoces.

David elevó la mano como si acabaran de pasarle lista y se levantó para saludar.

—Culpable —admitió—. No, en serio, ya verás como no soy tan idiota.

—Y ella es Ada —terminó Pau—. Creo que no habíais coincidido nunca.

—No —aseguró Ágata y le dio dos besos a Ada.

—¡Vaya! Qué ojos tan bonitos tienes —la piropeó.

—Gracias —dijo la amiga de Pau, algo abrumada, al tiempo que tomaba asiento.

—Espero que te guste la pizza —señaló Víctor.

—Soy italiana, si no me gustara… —repuso ella.

—¿En serio? Hemos traído a una italiana a un italiano de España. Vaya fallo, ¡le va a parecer una mierda! —exclamó Ada. Ágata sonrió.

—¡Qué va! Estará muy buena. Aunque la de piña… Uhm…

—¡Uy, Pau! Espero que seas tolerante y que no la dejes por ese comentario —se burló David y después se inclinó hacia Ágata y

susurró—. La pedimos por él, a nosotros nos da asquito.

—Lo siento, Ágata, no es perfecto —concluyó Víctor, despeinando a Pau, y todos rieron.

ENRIQUE

Toni estaba más rato en volandas que en el suelo. Resultó que sus amigos eran demasiado fiesteros, sobre todo, para Jaime, que no parecía sentirse cómodo entre personas que no conocía.

Se había pegado a Enrique, que aguantaba sereno mientras el resto empezaba a dar signos de ir un poco pasado de alcohol. En ese momento, empujaban a Toni a que se hiciera fotos con unas chicas mientras ellos dos picaban algo en un bar. Jaime se rio ante el bochorno de Toni cuando las adolescentes señalaron su mensaje de «mira al pajarito». Él también sonrió.

—¿A ti qué te hicieron en tu despedida? —le preguntó.

Enrique agachó la mirada antes de contestar, no le gustaba hablar de ese tema. Todo lo que tuviera que ver con su vida marital le producía dolor de estómago, y de cabeza. Y de corazón.

—Me vistieron de Wally, fueron decentes.

—¿Te lo pasaste bien? —siguió indagando.

—Claro. Y en las despedidas de mis amigos, también. Tú eres muy joven, pero en unos años ya verás como empezáis a caer como moscas —comentó, colocando una mano en el hombro de su jefe.

—Espero que a mí no me hagan nada raro. Me moriría de vergüenza —admitió.

—Aún te queda para eso. Eres un crío, disfruta —le aconsejó tras darle un último trago a su caña.

—De todas formas, no creo que Ada piense en el matrimonio. Ni ahora ni nunca.

Él tragó saliva y se mantuvo en silencio. ¿Qué decir? Podría mentir con algo así como que la fotógrafa acabaría por casarse, o quizás desanimarlo con que no era de esas.

La verdad era que no sabía si una boda entraba en los planes de Ada. Lo que sí tenía claro era que jamás sería con Jaime, porque no estaba enamorada. Estaba seguro de que ella estaba empezando a ser consciente de que seguir con esa relación era un error.

Pensar en ello le hizo recordar los ojos marrones de la joven, llenos de deseo, clavados en los suyos mientras se había desvestido esa mañana. Si no hubiera sido por la cantidad de público que tenían, la hubiera besado hasta quedarse sin aire.

—Hace calor, me salgo un momento —dijo.

—Enrique, espera.

Se volvió, deseoso de zanjar esa conversación que le estaba haciendo sentir como un auténtico diablo. Jaime era un buen tío; y él se había acostado con su novia, tonteaba con ella en cada ocasión que tenía, la deseaba de una manera tan irracional que no podía controlarlo.

—¿Qué?

—Perdona por lo de las cuentas. Me extrañó que estuvieras allí, que tuvieras permiso para manipular el dinero. Y yo…

—No te preocupes, lo entiendo.

Se marchó a la calle con un nudo en el pecho imposible de deshacer.

NURIA

Ágata había congeniado a la perfección con Ada, y eso despertó sus celos. La fotógrafa siempre había sido su mejor amiga. Sí, estaba Víctor y antes estuvo David, pero ellas eran las dos chicas del grupo y eso las unía. Ágata podía hacerle sombra. No quería perder eso también.

En ese momento, Ágata, Víctor y Ada bailaban en la pista con Pau como espectador, que no sabía si dejarse llevar por la euforia o apartarse con David y Nuria, que los observaban desde la barra.

—¿Cuándo vais a hacer las paces? —le preguntó David mientras mordisqueaba la pajita de su bebida.

—¿Con quién? —contestó, haciéndose la distraída.

—Con Ada, que te crees que no me doy cuenta, pero sé que estáis enfadadas. Me llamó muy triste el día que comimos con tu madre. Le dijiste que Merche se preocupaba más por ella que por ti. Y eso no es verdad, Nuria, es injusto que le eches toda la mierda encima.

Apretó los dedos alrededor del vaso. David tenía razón, por mucho que le molestara. Odiaba que se pusiera en esa tesitura de amigo maduro. Era más fácil cuando le confiaba sus preocupaciones, sus idas de olla; cuando se mostraba más herido que ella.

—Cuesta tener una amiga que no tiene problemas, mientras tú no tienes ni trabajo ni pareja y tus padres te odian.

—O sea, que es envidia cochina —dedujo, divertido.

Nuria se giró hacia él, disgustada.

—No. Es que no sé por qué os gusta a todos. ¿Qué le ves, David? ¿El qué?

David entrecerró los ojos y tomó un largo trago de su bebida antes de contestar.

—Me gusta su sonrisa, sus ojos, su pelo, su olor… Su empeño en parecer segura de sí misma, a pesar de que no tiene ni idea de qué hacer con su vida; su carácter luchador. Me encanta su expresión al mirar las fotos que acaba de hacer con su cámara, frunce el ceño. —Imitó el gesto—. Cuando suelta tacos sin ton ni son, cuando baila con Víctor haciendo el gilipollas, porque me muero de ganas de ser yo el que está ahí con ella. Creo que me gusta todo de ella. Excepto cuando cuenta lo bien que se lo pasa en la cama con otros, claro —murmuró.

Nuria apoyó la cabeza en su hombro. Las tornas habían cambiado, ahora estaba en su zona de confort. Solo estaba cómoda si era ella la que consolaba.

—Lo siento, David.

—Tendré que aceptar que jamás será nada mío. Ya está.

—Es tu amiga.

—También la tuya. Prométeme que lo hablaréis. Estoy seguro de que te echa de menos, aunque solo sea para que la riñas. En realidad, eso lo sigues haciendo. Quizás no deberías hacerlo tanto.

—Me sale solo —admitió.

David le rodeó los hombros con el brazo. Un calor invadió todo su cuerpo y evitó cuestionarse por qué. No era el momento. Víctor se reunió con ellos con una mueca irónica en los labios.

—¿Qué? ¿Vuestra comedieta se está haciendo real? Tan acaramelados estáis —se mofó.

—Ahora mismo nos vamos a mi piso. Ya sabes que Nuria no es de hacerlo en sitios públicos. —David le guiñó el ojo y Nuria le propinó una amistosa colleja mientras se ruborizaba.

—Oye, David —desvió el tema Víctor—. Dime si me equivoco, pero ¿a que ese tío no para de mirarme? A las tres.

El abogado se volvió con disimulo hacia donde su amigo le indicaba. Nuria fue más descarada y Víctor se lo reprochó con un carraspeo. Ella se encogió de hombros y se ruborizó de nuevo.

Ada llegó tarareando y se pidió otra copa. Llevaba tres. Esa era la que le daba el permiso para hacer estupideces según su baremo sacado de la película *Tres bodas de más*, o eso decía siempre. Y le daba la impresión de que esa noche iba a cometer alguna tontería.

—Que sí, Víctor, que se te está comiendo con los ojos —aseguró la fotógrafa.

—Quiero que David, el experto, me lo corrobore.

—Joder, sí que tienes atrofiado el radar, chico —bromeó ella mientras pagaba su *gin tonic*.

—Luz verde, te mira —reconoció David.

—Víctor, ¿tú estás seguro? Hace un momento estabas diciendo que Samuel… Y no es que me guste el actor, te puede buscar un problema gordo —quiso frenarlo Nuria.

—Nuria, calla —rogó Ada—. Si sigue así, va a tener síndrome de abstinencia, deja que se dé una alegría. —Se giró hacia Víctor—. Tú ve a por el niño mono ese. —Lo empujó.

Él, tras esbozar una sonrisa seductora, se marchó a hablar con el desconocido.

PAU

—¿Te lo pasas bien? —le preguntó a Ágata.

—Tus amigos son muy simpáticos. Me encanta Víctor. Y Ada. Hasta creo que David me caerá bien.

—¿Y Nuria?

—Es tan sosa como tú. —Abrazó a Pau, riéndose.

—Otro día podemos quedar los dos a solas, hoy quería que los conocieras —le susurró. Ágata le mordió el cuello de la camisa y suspiró.

—Puedes venir luego a mi apartamento —le propuso.

Pau se separó, desconcertado. No era que no le apeteciera, solo que era muy pronto. Él no era así. Para él acostarse con una chica simbolizaba algo, o quería que lo significara. Bueno, en alguna ocasión había tenido algún rollo de una noche, era humano. Y con Víctor, Ada y David como animadores oficiales… Sin embargo, con la italiana no quería que fuera de esa forma.

—Tengo que volver a casa.

Ágata se puso de puntillas para darle un beso en los labios. Un beso largo, cargado de intención, de promesas. Nunca lo había besado con tanta intensidad. Pau dedujo que el alcohol sacaba el lado más salvaje de su compañera. Temió no poder controlar la situación, se había excitado. Y más aún cuando ella terminó mordiéndole el labio.

—¿No quieres venir de verdad? —ronroneó Ágata.

—Yo quiero que esto salga bien —dijo él, muy serio—. Si lo hacemos ahora no representará nada más que eso. Y creo que tú puedes llegar a gustarme mucho.

—Eres un clásico —murmuró. Y cuando Pau pensaba que se iba a enfadar, ella sonrió y, antes de besarlo otra vez, dijo—: Esperaré.

En serio, no se merecía a esa chica…

VÍCTOR

Tanta sequía le estaba pasando una factura muy cara, porque había tardado menos de diez minutos en asaltar la boca del chico que

acababa de conocer. Se había convertido en un ansioso.

Martín (así había dicho que se llamaba) enredaba sus dedos en los rizos de Víctor y él se apretaba a su torso. No lo adivinaba excesivamente fibroso, como intuía que era el de Samuel; sin embargo, tampoco iba a andarse con exigencias, él no era un modelo de ropa interior: estaba bien, sin más. El joven se apartó de él; si seguían besándose así, se iban a ahogar.

—¿Vamos a los servicios? —propuso Víctor.

Ya era hora de recuperar algo de lo que había sido. Era cierto que estaba cansado de líos pasajeros, pero una cosa era eso y otra era no tener nada de nada.

Martín asintió, lo cogió de la mano y se lo llevó. Víctor se giró para mirar a sus amigos. Pau estaba muy entretenido con Ágata, David y Ada levantaron su copa para brindar mientras se partían de risa. Nuria negó con reprobación. Rio: lo de follar en el baño, Nuria no lo veía muy claro, muy sucio todo.

A él tampoco le entusiasmaba la idea, era incómodo: un recinto enano, asqueroso, en el que, si no tenías cuidado, te podías clavar cualquier mierda por el cuerpo. No obstante, viviendo con sus padres, era lo que había. Y Martín tampoco tenía otras opciones, sospechaba. O igual a él le molaba el rollo aquí te pillo, aquí te mato. Él qué sabía, no lo conocía.

Entraron en uno de los cubículos y se observaron durante unos segundos. Víctor se lanzó sobre él y lo besó. El otro lo acarició por debajo de la camisa. Él se dejó mientras suspiraba, aliviado con el contacto físico. Buscó la hebilla del cinturón de su ligue y la desabrochó rápidamente. Tantas facultades no había perdido, menos mal. Martín mordisqueó el lóbulo de su oreja.

Entonces, notó una vibración en la pierna: era su móvil.

—Espera un momento —susurró.

Una horrible sensación de urgencia le hizo buscar en el bolsillo. No era una llamada; había sido un temblor pequeño, de un mensaje, pero lo había percibido. Eso tenía que ser una señal de que debía leerlo, ¿no? Sacó el aparato al tiempo que Martín jadeaba y le desabrochaba los pantalones, aunque Víctor ya no le prestaba atención: el *wasap* era de Samuel.

SAMUEL
Lo siento, he tenido toda la tarde entrevistas, no he podido contestarte.

Me muero por verte, dónde estás?

Todas las ganas que pudiera tener de echar un polvo se desvanecieron. De puta madre.

—Para, para —le pidió al otro, que ya tenía una mano dentro de sus calzoncillos. Alzó la vista hacia el techo, resignado—. No puedo hacerlo.

—¿Qué dices? —Martín se mostró muy indignado y se separó de él.

—Que no puedo, joder. ¡Déjame solo! —gritó, enfadado más consigo mismo que con su conquista.

El chico salió, recolocándose la ropa e insultando al que antes besaba. Víctor se encerró, colocó el antebrazo en la pared y apoyó la frente encima. ¿Qué le ocurría? Lanzó un juramento, se abrochó los botones del vaquero y abrió WhatsApp:

VÍCTOR
He salido de fiesta. Te vienes?

SAMUEL
Es tarde y estoy reventado. Te doy mi dirección?

Víctor dudó. Entonces, alguien golpeó la puerta del baño.

—Soy David. Sal.

Abrió, no merecía la pena esconderse. Caminó hasta los lavabos y se mojó la cara. Después se volvió hacia su amigo, que lo observaba con una ceja alzada.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué ese chico se ha marchado del bar y nos ha dedicado una mirada de odio muy elocuente?

—Samuel. Me ha invitado a su casa.

—Te gusta el actor, ¿eh? —le picó.

—Creo que más de lo que me puedo permitir.

—¿Vas a ir?

—¿Tú qué harías?

David se colocó junto a él y resopló. Se frotó la corta barba y volvió a resoplar. Víctor sabía que no había preguntado a la persona correcta. El abogado iría, por supuesto, no desaprovecharía la oportunidad.

—No vayas. Dile que os veis otro día, que estás con tus colegas. Hasta que no estés seguro de lo que quiere, no hagas nada. En serio.

David lo había sorprendido. ¿Desde cuándo era capaz de ponerse en su lugar? Había llegado a pensar que su amigo era una especie de psicópata sexual, y parecía que no.

—Gracias, David.

—¿Por qué?

—Me has dado un buen consejo. No me has dicho que fuera y mañana ya vería, que es tu estilo. Igual dentro de poco dejas de ser un capullo.

—Es que me parece que ese tío te puede hacer sufrir, y si eso pasa, lo mato —amenazó y ambos rieron—. No, en serio… Te quiero un huevo, rubio —le soltó, y Víctor se quedó con la boca abierta, sin saber qué contestar—. Vamos fuera, he dejado a Ada algo tocada y mandando un audio muy sospechoso.

—No me jodas.

ENRIQUE

Acababa de rechazar amablemente a una mujer que estaba muy interesada en hablarle al oído y toquetearlo. Era simpática, guapa, con una sonrisa espectacular, una caída de ojos muy seductora, unos pechos generosos, una minifalda que dejaba ver unas piernas perfectas… Pero no era Ada, y ese era motivo suficiente como para decir que no, cosa que lo acojonaba.

Sacó el móvil por costumbre, no esperaba encontrar nada. Sin embargo, ahí estaba: un audio de la mujer que había desbaratado toda su vida. Dudó un momento: ¿Debía escucharlo? Estaban en un

bar, todos los asistentes de la despedida iban bastante bebidos. Él no. No debía perder el control, estaba con Jaime. Un paso en falso y podría desvelar algún secreto. Le dio igual, valía la pena correr el riesgo.

Se acercó a Toni, le dijo que tenía que atender una llamada y salió a la calle. Le dio al *play*. «Enrique, tengo tu camiseta, ¿te acercas esta noche a mi casa para recogerla?». Le hizo gracia, sobre todo, porque su voz sonaba muy inocente para lo que estaba ofreciendo. Seguido llegó un *wasap*:

ADA
Doble check azul, no me ignores

ENRIQUE
No te ignoro, es que no me has dado tiempo a responder

ADA
Te llamo

No tuvo oportunidad de disuadirla, sonó la melodía. Suspiró antes de descolgar:

—Ada.

—Enrique. Quiero que vengas.

—Has bebido un poco, ¿no? —le reprochó.

—Sí.

Vaya, al menos, era consciente de lo perjudicada que iba.

—Estoy en una despedida de soltero. —Se giró hacia la puerta antes de susurrar la siguiente frase—. Con tu novio, por cierto.

—Es que te echo de menos.

Enrique rompió a reír. En realidad, no era una situación divertida; no obstante, su tono de voz era como el de una niña buena pidiendo perdón por una travesura.

—No seas tonta, anda.

—Que sí. Que me apetece que me toques, que me beses, que me mires como lo has hecho esta tarde, que… Bueno, todo. Y que luego, de repente, te levantes de la cama y me pidas que lo

olvidemos. Eso no me mola tanto, aunque ya me he resignado a que pretendas que olvide todo lo que hago contigo. Pero yo no puedo olvidar. No puedo olvidarte.

—Por Dios, Ada. —Se acarició la nuca, confuso. Deseaba correr junto a ella y hacerle todo lo que le pidiera. Ojalá solo le pidiera que la abrazara porque era lo que más deseaba en el mundo. Sin embargo, su compañera llevaba una buena melopea y era el alcohol el que hablaba. Pese a que era un ciego simpático, no como el de *Halloween* (aquella noche temió que le reventara la cabeza), ir con ella no era una opción viable—. ¿Estás sola?

—¡Ajá! Entonces, vienes.

—No, no. Me refiero a que si está Víctor contigo. O Nuria, o David, o Pau.

—Están dentro del bar.

—Saca a uno y me lo pasas.

—¿Para qué?

—Estás diciendo muchas tonterías y alguien tiene que vigilarte.

—Tú.

—Yo no.

—Tú. Quiero que seas tú.

Joder… ¿Por qué se lo ponía tan difícil?

—Mañana, cuando pienses en todo lo que me has soltado, te vas a morir de vergüenza.

—Ya lo sé. —Comenzó a reírse, y él también—. Los borrachos y los niños nunca mienten, Enrique. Y yo sé que me voy a querer morir mañana, pero también sé que me encantaría que vinieses a por tu camiseta, aunque luego no me tocaras ni con un palo. Solo quiero verte achinar los ojos cuando sonríes —admitió, y Enrique sintió que se le caía el alma a los pies. Él también quería verla. Mierda. ¿Por qué no se habían conocido antes? Antes de Paola. Antes de que Fernando le jodiera la vida. Supuso que hubiera dado igual. Ada, entonces, hubiera sido una cría y él, un auténtico irresponsable que solo había cometido un error tras otro hasta que no hubo marcha atrás—. Creo que tienes razón, necesito un niñero o te llamaré cien veces más esta noche. Voy a buscar a David, Víctor se está follando a uno.

Enrique escuchó a Ada regresar a la discoteca, canturrear la canción que sonaba y gritar a David que él quería pedirle algo. Luego le decía a Víctor que había sido muy rápido y este la mandaba a la mierda. Dedujo que había sido David el que había recibido el móvil, pues su voz susurró un «joder, Ada». Aguardó a que saliera para hablar con él.

—Hola, Enrique.

Sí, era David.

Prefería a Víctor. David era amigo de Jaime y, aparte, no terminaba de entender qué tipo de relación tenía con Ada. La miraba de un modo que… En fin, daba igual; tendría que conformarse, tampoco podía elegir.

—Hola, David.

—Perdona, es que está un poco…

—Ya. Cuídala, por favor. Creo que es mejor que la lleves a casa —le pidió.

—Por supuesto, tranquilo.

Colgó y él también lo hizo. Guardó el móvil y miró al cielo. Así tenía que ser.

Se dispuso a entrar al recinto y se dio de bruces con Jaime, que lo abandonaba, colocándose bien la parka.

—Me voy ya —le anunció su jefe. Él asintió—, si sigo aquí, me voy a arrepentir mañana del resacón que tendré. ¿Tú te quedas?

—Un poco más —contestó. No quería hablar con él. No, después de lo que había pasado hacía escasos segundos.

Palmeó la espalda de Jaime a modo de despedida y se metió al bar. Se pidió una cerveza y se quedó apartado, recapacitando. No era capaz de reconocerse en todo ese lío.

Toni, al verlo tan solitario, tardó poco en aproximarse a él.

—¿Quién era? —interrogó.

—Mi mujer.

—Mentira. Era Ada, no me chupo el dedo. Se os empieza a notar un poco, y Jaime no es tonto.

Enrique frunció el ceño, no quería tratar el tema. Le pasó el brazo por encima del hombro a su compañero.

—Olvídate de mis mierdas y diviértete —le aconsejó.

A continuación, lo empujó al centro del bar. Toni se giró con aire cansado, quizá un poco harto de ser el centro de la fiesta. Pronto, sus amigos lo atraparon y le obligaron a beberse otra ronda de chupitos.

DAVID

Nuria y él acompañaron a Ada a casa. La fotógrafa saltó por el camino, se subió en tres o cuatro contenedores, saludó a todos los conductores, hizo amigos, robó un cigarrillo que se fumó enterito (y eso que no le gustaba el tabaco), bailó miles de coreografías retro y cabalgó a la espalda de David cuando ya no pudo más.

Después, en el piso, pidió perdón, se confesó alcohólica, se duchó y se fue a su habitación con el maquillaje corrido y el pelo mojado.

Ellos se quedaron en el salón, contemplándose en silencio unos minutos, hasta que él se levantó para marcharse.

—¿Cómo estás? Te ha tenido que doler —susurró Nuria—. Me refiero a hablar con Enrique.

—Ha sido… Estaba preocupado por ella. Yo creo que le gusta de verdad. Ella a él.

—Está casado.

—¿Y? —David tenía las lágrimas a punto de salir—. Me voy, necesito descansar.

No dejó que Nuria lo disuadiera y bajó a la calle. Anduvo hasta su portal, donde se sentó y lloró con la cabeza apoyada en la fría pared. Lloró hasta que sintió que se quedaba vacío. A continuación, subió, desolado, y se echó a la cama.

II. DOMINGO, 2

ADA

La luz que entraba por la ventana la despertó. La noche anterior no había bajado del todo la persiana (le pasaba demasiado a menudo) y el sol que se colaba le iba directo a la cara. Gruñó y metió la cabeza debajo de la almohada. Sin embargo, no sirvió de nada, ya se había desvelado.

Se sentó y apoyó la espalda en la pared mientras se frotaba los ojos. Se dejó la palma de la mano negra por el maquillaje que aún le quedaba, por lo que se levantó y fue directa al baño a quitarse bien los restos de rímel.

Por el camino escuchó a Nuria trastear en la cocina. Tendría que presentarse a dar explicaciones, porque algo le sonaba que había hecho mal. Últimamente bebía más de lo que acostumbraba y estaba empezando a asustarse de su necesidad de matar las penas con ginebra. Su hígado estaría chillando que deseaba una tregua. Y llegaba un mes duro: cena de empresa, boda de Toni, la Navidad. Intuyó que su querido órgano tendría que resistir un poco más.

Echó agua micelar en un disco desmaquillante y frotó un ojo con suavidad, después, el otro. Entonces, el recuerdo perdido le vino a la mente: la llamada a Enrique. Se mareó un poco y tuvo que sentarse en el inodoro. Qué ridículo más espantoso. Tardó un rato en asimilar lo que había hecho y, al final, se echó a reír. Qué patética. Mucho

juzgar a Lidia por ir detrás de los tíos y ella… Ella telefoneaba a hombres casados en cuanto bebía un poco rogándoles que se plantaran en su casa. Bravo.

Terminó el proceso de restauración de su cara y se cepilló el pelo. A continuación, acudió a la cocina para encontrarse con Nuria. Le tocaría escuchar una reprimenda de las suyas, para eso seguro que habría olvidado el monumental enfado que tenía (que Ada seguía sin entender) y por el que casi ni le dirigía la palabra. Agradeció que no le doliera mucho la cabeza, solo la tenía embotada. Se dejó caer en la silla.

Su amiga estaba de espaldas, haciendo la comida.

—Nuria, perdona, ayer os fastidié a David y a ti.

La psicóloga se giró y se acomodó enfrente de ella, en la otra banqueta. No parecía muy molesta, menos mal.

—Tienes que poner fin a esta situación. Aléjate de Enrique, por favor.

Ada era consciente de que tenía razón, el problema era que no tenía intención alguna de sacar al periodista de su vida. Se enroscó un mechón en el dedo. Mentiría.

—Sería lo mejor —susurró—. Vaya mierda.

—¿Estás enamorada?

Tosió un par de veces. Que le gustaba su compañero a esas alturas era innegable. No obstante, hablar de amor eran palabras mayores. De hecho, eran palabras que ella no esperaba usar por el momento, le daban mucha pereza.

—No, para nada.

—Perfecto —dijo Nuria. Ada se dispuso a salir de la cocina tras dar por zanjada la conversación. Se había disculpado con su amiga, que era lo que pretendía. La voz de Nuria la detuvo—. Siento haber estado así estos días. Estoy algo estresada y quedar con mi madre no ha ayudado mucho.

—No pasa nada.

Odiaba estar enfadada. Siempre había pensado que era un gasto de energía inútil, así que estaba dispuesta a olvidar sus desavenencias de un plumazo.

Retornó a su cuarto para prepararse para el baño. Olía a sudor rancio, de ese que se exudaba tras haberse pasado con el alcohol. En su móvil parpadeaba una luz: un mensaje. Se sentó en el colchón antes de abrirlo.

Era de Enrique, de las siete de la mañana, seguro que cuando había llegado a casa:

> **ENRIQUE**
> Te prometo que no te pediré que olvides nada más de lo que hagamos juntos

Ada, como una boba, sonrió.

NURIA

En cuanto Ada se encerró en el baño para ducharse, encendió su ordenador y abrió las páginas de InfoJobs y LinkedIn. Tenía que encontrar un trabajo a tiempo parcial, su situación económica era insostenible y no podía permitir que su compañera corriera con todos los gastos. Ya no porque le diera pena, sino porque no quería ser una mantenida. Echó un vistazo y envió un par de currículums. Era complicado que algo se adaptara a sus horarios, sin embargo, no quería cerrar el consultorio por lo pronto. Le gustaba, se sentía útil ayudando a la gente. Le había hecho recordar el motivo por el que había estudiado la carrera. Aun así, era consciente de que su madre tenía razón: no podía abrir una clínica en esas condiciones si quería ejercer como psicóloga. Así que tomó otra decisión: estudiaría para el PIR. Era posible que ese año ya no le diera tiempo a prepararse, pero al siguiente sí. Era lo que le gustaba, y quizá, con mucho esfuerzo, podría lograrlo.

III. LUNES, 3

VÍCTOR

Llegó a plató cabizbajo, no había remontado desde lo del sábado. Y lo peor era que no creía que lo consiguiera. Sospechaba que Samuel iba a poner su vida del revés y no estaba preparado. Por desgracia, no podía dejar de verlo, trabajaban juntos; de forma que engulló todos los nudos que llevaba en la garganta y sonrió en cuanto se encontró con Claudia, que daba órdenes a un par de chicos de iluminación.

—¿Cómo ha ido el finde, Víctor?

—Bien —mintió.

—Oye, ¿qué tal con Leticia? Porque creo que, desde lo que salió en la revista de Samuel, está fría contigo. Igual tendrías que arreglar las cosas con ella.

—No tiene motivos.

—Hombre, descubrir que el hombre que te mola es gay…

—No es gay. —Otra patraña.

—No, por supuesto.

Claudia hizo una mueca divertida y fue hacia la máquina de café. Víctor la siguió. Ella sacó dos cafés solos y le dio uno a Víctor.

—No, gracias, no quiero.

—No es para ti. Samuel ha solicitado que le lleven uno al camerino y yo tengo cosas que hacer.

Le dio la espalda, y él se quedó con el vasito en la mano, flipando.

Esta escena le recordaba a otra no muy lejana en la que había acudido a ver al actor con la intención de exigirle explicaciones. En esta ocasión, no le apetecía verlo. Después de contestarle el sábado dándole largas, Samuel no había dado señales de vida. Sin embargo, servir a la estrella formaba parte de su trabajo, por lo que hizo de tripas corazón y fue a llevarle la bebida.

Tras llamar un par de veces y escuchar un firme «adelante», abrió la puerta y dejó el café encima de una mesa. El intérprete estaba frente a un espejo, desabotonándose la camisa que había traído de casa. Encima de un sofá tenía la ropa que le habían proporcionado en Vestuario.

Víctor no pudo evitar fijarse en el reflejo. Sí, el gimnasio se notaba mucho en ese cuerpo. Antes de que se le cayera la baba, giró sobre sus talones para marcharse.

—Oye, Víctor. —Se quedó con la mano en el pomo, sin abrir—. ¿Qué pasó el sábado?

Se volvió. Ahora estaban cara a cara, y Samuel se había desabrochado todos los botones. Se desprendió de la prenda y la lanzó al sofá. Víctor miró al techo, al suelo, al espejo y a todas partes que se le ocurrieron para no recrearse en sus abdominales marcados.

—Ponte algo —le sugirió.

Samuel se rio ante la petición y él se reprendió por ser tan imbécil. Era un cuerpo humano, como el suyo. A ver, como el suyo igual no. El suyo estaba dentro de la media española, su compañero jugaba en otra liga.

—Bien —cedió el intérprete. Fue hasta su ropa y, rápido, se tapó con la camiseta azul marino que le habían dejado. Le resaltaba esos ojos que eran como un cielo de invierno—. Ya está, ahora podemos charlar.

—Te he traído el café —le informó. Samuel ladeó la cabeza, sin comprender lo que pretendía al decirle algo tan obvio—. Que no he venido aquí a hablar de nada, solo a trabajar —explicó.

—Yo quiero hablar.

—No puedo, tengo curro.

—Tú no acostumbras a mentir, no empieces ahora —le reprochó. Hizo una pausa, se pasó la mano por el pelo y continuó—: Sé que no es fácil, que igual es demasiado intentar… algo.

—No hemos intentado nada. Me besaste, luego me echaste en cara cosas horribles, y te perdoné.

—Venga, Víctor, que me has pedido que me ponga algo encima. Eso es que te gusto.

—Le gustas a mucha gente. Eres famoso y bastante atractivo. Te aseguro que media España tiene sueños eróticos contigo —se burló.

El intérprete sonrió de medio lado y avanzó hasta él para acariciarle el cabello enredando los dedos en sus rizos. Él cerró los ojos un segundo, deleitándose en la sensación que ese gesto le producía.

—Víctor, ¿por qué el sábado…?

—Mierda —maldijo al recordar su escena en el baño con el tal Martín y se apartó. Bien, ¿quería la verdad? La tendría—: Recibí tu mensaje cuando estaba en un baño con un tío metiéndome mano, no creí que fuera correcto ir a tu casa. Además, busqué a ese chico porque tú no me habías contestado al *wasap*. Puro despecho. He entendido que tú no vas a ser bueno para mí por muchos motivos: podría perder mi empleo, no quieres salir del armario, yo soy un maldito capricho (como que te traigan el café al camerino y no salgas tú a buscarlo); y porque tú y yo somos de dos mundos opuestos, Samuel. Tú vas directo a ganar un Goya. Y yo soy un aprendiz de productor o, más bien, un actor frustrado.

Samuel ya no le sostenía la mirada y parecía esperar, con los brazos cruzados, a que terminara de soltar su sarta de quejas.

—¿Has acabado?

—Hemos acabado —zanjó Víctor y salió del camerino, dejando a Samuel con la boca abierta.

Le latía el corazón tan deprisa que tuvo miedo de que se le saliera del pecho. Había hecho lo que debía y, sin embargo, estaba tan triste…

DAVID

Pau movía la pierna en un insistente vaivén que lo estaba sacando de quicio. Al final, le dio una palmada en el muslo para que parara. Su amigo se giró, sorprendido.

—Vale ya —se quejó David.

Habían quedado con José para meterle un poco de miedo. Igual, si veía que Pau iba en serio, que había buscado un abogado, se arrepentía y lo dejaba estar. Aunque David no las tenía todas consigo: por lo que le había contado su colega, ese hombre tenía un especial interés en ganar la custodia.

—Tienes ojeras —observó Pau.

—Ya. No he dormido bien.

—Estás preparado, ¿verdad, David?

—No me jodas —protestó mientras negaba con la cabeza—. Mira, hay cosas que no hago bien en esta vida, lo sé. Con respecto a lo personal, casi todas. No obstante, soy buen abogado. En París no querían que me marchara, lucharon por mí.

—¿Por qué te fuiste?

Esbozó una sonrisa amarga y golpeó los papeles que tenía sobre la mesa con el bolígrafo. Tocaba maquillar la realidad. Confesar lo que le ocurría era impensable.

—Os echaba de menos. ¿Es ese? —preguntó al alzar los ojos y vislumbrar un hombre grande como un armario, con la nariz aplastada y cara de pocos amigos. Pau asintió.

José fue hasta la mesa y David se levantó para tenderle la mano. El padre de Sergio se la agarró con firmeza. El apretón duró algo más de lo habitual, como si ambos se estuvieran midiendo.

—Es David Brun, mi abogado —los presentó Pau.

—Muy joven, ¿no? —evidenció José, divertido.

—Gracias. —David ni se inmutó. La gente solía sorprenderse por su juventud, y eso que con el traje aparentaba más años de los que tenía.

—Y muy guapo. ¿Ganas los juicios tirándote a las juezas? —se mofó. Eso ya le sentó peor.

Se inclinó un poco hacia delante y se aclaró la garganta antes de contestar:

—Le agradezco que reconozca mi atractivo. Sin embargo, aquí no hemos venido a echarnos flores, hemos venido a hablar de Sergio. ¿Podemos? —Lo había dicho serio, tajante. José asintió, tenso. David sonrió de medio lado, había conseguido lo que buscaba—. Pablo considera que usted no está preparado para cuidar de su hermano. Ha estado en la cárcel por delitos varios, tales como robo o tráfico de drogas. No parece que sea un buen ejemplo para ningún adolescente, y Sergio va camino de esa etapa.

—No estoy en todo eso ya. Puede preguntarle a la loquera de la trena.

—Lo haré. ¿Por qué reclama la custodia ahora, después de once años?

—¿Cómo, si estaba entre rejas? No pude.

—¿Ves? Eres un delincuente —rugió Pau.

David lo frenó con un gesto de la mano.

—Repito, ¿por qué ahora?

—Porque sé que puedo ser buen padre —replicó, reclinándose en el asiento—. Y Nati es una borracha.

—Hasta ahora no han tenido problemas —mintió.

—No me hagas reír, chaval. Sé que habéis montado este numerito para acojonarme, pero yo también tengo abogada. Te voy a dejar su número, y el de mi asistenta social. Hablas con ellas y luego me dices si sigues queriendo enfrentarte a nosotros, lo tienes bien chungo.

—Eso lo sabe porque ha estudiado Derecho, ¿no? En la cárcel, supongo —siguió David.

—No, lo sé porque es lo que mi abogada me ha dicho.

José, ya en pie, le dio un par de tarjetas a David y salió del bar sin decir adiós.

Él observó el nombre de la abogada, la conocía de oídas. No era una eminencia, no obstante, si le sonaba era por algo. Se rascó la cabeza y meditó. Lo mejor era que Pau pidiera la custodia, estaba convencido. Y él no quería. Con lo cabezota que era le costaría convencerlo.

—Menudo gilipollas, ¿no? —le comentó a su amigo para distender el ambiente.

—Sí.

Pau parecía preocupado. ¿Cómo no iba a estarlo? David le colocó la mano en el hombro y se lo apretó con afecto.

—Escucha, no te apures. Me pondré en contacto con su abogada, le dejaré bien claro que José no puede llevarse a Sergio cuando le dé la gana, fijaremos unos horarios para que no se presente en tu casa sin previo aviso. Tienes que permitir que lo vea, sé que no quieres…

—Lo haré, si tú dices que es lo mejor.

—Bien. Cuando recopile toda la información que necesito, hablaré contigo. Ahora tengo que volver al bufete. ¿Tú no trabajas hoy?

—Por la tarde. Espera, hay algo más. Puede que José me espíe, e intenta poner en mi contra a Sergio.

—¿Te espía? —se sorprendió.

—Sabe de la existencia de Ágata.

—¿Te ha amenazado?

—No.

—Quizás os vio juntos por casualidad, no sé. Si pasa algo más que se pueda calificar como raro, cuéntamelo. Lo denunciaremos.

En realidad, tampoco era tan extraño que lo vigilara. Había visto cosas peores a lo largo de su corta carrera como letrado. Lo que más le preocupaba era que José era un tipo peligroso, y contravenirlo podría tener consecuencias indeseadas. Consecuencias físicas.

—De acuerdo.

—En cuanto a lo de predisponer a Sergio contra ti… Es un cabrón, no esperaba menos. Tú no entres en el juego —le aconsejó. Hizo una pausa antes de continuar—: Queda con Ágata, distráete. Esto va para largo.

David se puso en pie y recogió los papeles. En todo momento mostró seguridad, que tenía el control de la situación. Al fin y al cabo, era parte de su trabajo. Pau se levantó para pagar las consumiciones. Él intentó disuadirlo, aunque terminó por ceder.

Sabía que lo hacía por no sentirse tan mal por el hecho de que lo defendiera gratis.

Se marchó deprisa, con pasos largos y rápidos hacia el edificio que albergaba el despacho. En cuanto supo que su amigo no lo veía, se detuvo y tomó aire. La presión en el pecho era insoportable. No podía fallarle: si fracasaba con Pau, no se lo perdonaría jamás.

IV. MIÉRCOLES, 5

ADA

No tenía mucho trabajo, así que estaba matando el tiempo que le quedaba hasta la hora de comer cotilleando el Instagram del tal Íñigo, el fotógrafo. Por la tarde debía ir a una entrevista, aunque saldría pronto y le quedarían horas libres. Era la víspera del puente de la Constitución (ella curraría el viernes, pero esos días no había mucho jaleo) y en la redacción había un ambiente muy relajado. Jaime, fuera de su despacho, charlaba con uno de los periodistas y reía. Apenas habían estado juntos esos días. No tenía interés en pasar las noches con él porque después, cuando los besos y las caricias se desvanecían, la invadía un dolor que no podía explicar.

Repasando las publicaciones de Íñigo, muchas de ellas eran preciosas (como no podía ser de otra manera tratándose de un fotógrafo), se preguntó por qué Instagram no tenía un modo de filtrar las imágenes. Iba por el mes de marzo de ese año y estaba a punto de mandarlo todo a paseo cuando encontró algo que le llamó la atención: un *selfie* (había pocos) con un chico que le sonaba. La pulsó para verla de cerca. Sí, era él: Samuel Vela. Se conocían. Se frotó la barbilla. No quería decir nada, no obstante, era un avance. ¿Un fan? Igual se lo cargaba como sucedió con John Lennon. O tal vez se trataba de un exnovio despechado, harto de que Samuel se hubiera hecho una cama dentro del armario, que era lo que le

ocurriría a Víctor si seguía adelante con esa relación. Hizo un pantallazo y recogió el móvil.

Enrique caminó por delante de ella y se detuvo junto a Toni, que retocaba una foto en el ordenador.

—Así que esta noche te toca cubrir un reportaje con Lidia —escuchó que le decía al fotógrafo.

—Sí —contestó Toni, desperezándose.

Lidia, al escuchar su nombre, se unió a ellos.

—Vais por Tribunal.

—Sí —repitió.

—Hay un tributo al *rock* español en un bar de por ahí. No me negarás que es un planazo, ¿quedamos y celebramos los días de fiesta? —Le dejó a Toni un panfleto con la información.

—A mí me va bien, me gusta esa música y quiero aprovechar mis últimos días antes del gran evento —accedió Toni. Le dio el papel a Lidia.

—Por mí guay, avisaré a Gonzalo de que no me espere esta noche.

—Ya pensaba que te lo traías —rio Enrique.

—Espera, el concierto comienza una hora más tarde que lo que tenemos Toni y yo, no creo que nos dé tiempo. Llegaremos cuando esté empezado.

—Mierda —murmuró él y se volvió hacia Ada—. Ada, ¿te vienes a un concierto conmigo?

—¿Cuándo? —Fingió que no había oído nada.

Enrique soltó una carcajada, y ella entendió que se había dado cuenta de que los estaba escuchando. De hecho, tuvo la certeza de que sabía lo de la hora, lo de quedar con Lidia y Toni solo era un subterfugio para poder verse con ella a solas sin levantar sospechas. Vaya, vaya…

—Esta noche. A las once en Malasaña.

Miró a Jaime, que abría la puerta de su despacho para entrar. Menuda jeta, Enrique le había propuesto una cita delante de su novio. Estaba perdiendo el norte, lo estaban perdiendo los dos. Lo pensó fríamente: no tenía planes y, de cara a los demás, ningún motivo para decir que no. Y, lo más importante: le apetecía mucho.

—Vale.

La cara de Toni era un poema. Había apoyado la mejilla en la mano derecha y los contemplaba mientras negaba con la cabeza, asombrado con la decisión tan estúpida que acababan de tomar. Sentencia de muerte, se llamaba.

—¿Te paso a buscar a las diez? Podemos picar algo y…

—Mejor quedamos ya allí. Mándame la dirección por WhatsApp.

—Como quieras.

Enrique sonrió, volvían a jugar a ese juego que se les daba tan bien: dar y quitar. Aunque siempre terminaban dando de más.

* * *

Ahí estaba, bajando del metro en Tribunal, con una gabardina cubriendo su jersey de cuello alto a rayas negras y blancas que había combinado con un pantalón de pitillo negro y sus Converse. Se había dejado el pelo suelto y se había maquillado los ojos de un color oscuro, con un toque de color fucsia en el lacrimal, y los labios de ese mismo color. Caminó hasta el bar que Enrique le había indicado. Buscó el móvil, eran las once menos veinte, no llegaba tarde. Tenía un mensaje.

ENRIQUE
Te espero en la puerta

Estaba muy nerviosa. Era la primera vez que quedaban, todo lo sucedido con anterioridad había sido fruto de factores externos que los habían empujado a coincidir. Hasta en Roma habían ido arrastrados por el trabajo.

Suspiró al entender que por ese motivo había tardado bastante más de lo habitual en maquillarse: quería estar guapa. Se molestó consigo misma, no era su rollo. Ella no solía preocuparse por arreglarse tanto para una cita. «Cita», vaya palabra para calificar lo que iban a hacer. Mejor pensar que solo iban a un concierto.

Ada agradeció que Enrique hubiera incluido a Toni y Lidia en el grupo; aunque llegaran tarde, la calmaba saber que iban a estar con

ellos. Que no tenía por qué pasar nada.

Lo encontró apoyado en la pared, distraído. Por fin había cedido a desprenderse de la cazadora de cuero, empezaba a hacer demasiado frío para esa prenda, y se había puesto un abrigo de corte militar negro que se le ceñía un poco a la cintura y se alargaba hasta su muslo. Se lo había desabrochado y tenía una mano en el bolsillo del pantalón.

En cuanto la localizó, se le iluminó el rostro (qué atractivo era, joder) y se separó de la fachada. Se quedaron cara a cara, y ella sopesó si tenían que darse dos besos o no: se veían todos los días.

—¿Vamos? —dijo, sacándola del apuro, y señaló la puerta. Ada asintió. Bajaron unas escaleras. El local estaba bastante oscuro y sorprendentemente lleno—. ¿Has cenado?

—Sí, ¿tú?

—He comido algo por ahí. —Consultó el reloj—. Falta poco, ¿quieres algo de beber?

—Vale. Pero, por favor, no bebamos mucho —pidió al recordar la llamada que le había hecho días atrás.

Enrique rio. Fue hacia la barra y pidió un litro de cerveza. El camarero se lo puso y él pagó sin darle opción a sacar el monedero.

—Lo compartimos, así bebo yo más —le ofreció—. No te preocupes por lo del sábado, de verdad.

Parecía haber adivinado lo que la preocupaba.

—¿Estás muy acostumbrado a ese tipo de acoso?

—No, para nada. He de reconocer que me hizo gracia, fue… diferente.

—No seas cabrón —le recriminó y le dio un golpe en el hombro. Él sonreía, divertido.

—No es mi intención.

Permanecieron en silencio unos minutos, mientras ella asentaba el calado de esa frase. No solo se refería a este momento, él no quería ser un cabrón con ella. Nunca.

Por fin, Ada se atrevió a decir algo:

—Gracias.

—¿Por qué? —se extrañó él.

—Mmm… Por pedirle a David que no me perdiera de vista. Y por no venir a aprovecharte de mí, supongo.

Enrique avanzó hasta la pista de baile para coger sitio y ella fue detrás. Intuyó que él no quería hablar más del tema. Le pasó el enorme vaso a Ada y miró su móvil. Mandó un mensaje, ella supuso que a su mujer. Muchas veces se cuestionaba cómo podía llevar esa vida, tan desapegada de su entorno familiar. Tenía una hija…

—¿Te gusta esta música? El *rock* nacional —especificó él.

—A ti sí —adivinó, y Enrique afirmó con la cabeza—. No está mal. Además, supongo que cantarán canciones muy conocidas, ¿no?

—Extremoduro, La Fuga…

—Mi hermano toca en un grupo de versiones.

—No me lo habías contado.

—Es el guitarrista. La cantante es prima de Víctor.

—Otro día me llevas a uno de sus conciertos.

—¿Por qué no? —susurró ella. ¿Por qué no hacer planes con él si era lo que más le apetecía en el mundo?

Las luces bajaron todavía más, iba a comenzar la actuación.

GORKA

Había arrastrado a Ismail, Karen y Blanca hasta el concierto de versiones de *rock* español que quería ver. Por un momento, se había planteado acudir con Jess y Lewis en vez de con ellos. Sin embargo, ante la perspectiva de que se uniera Damián, le pareció más cómodo recurrir a sus compañeros de clase. Además, después del mensaje de la cantante, no sabía muy bien cómo tenía que tratarla.

Llegaban tarde, estaban bajando del metro y eran las once y diez. Se habían empeñado en cenar en un restaurante indio antes de ir y habían tardado mucho en servirles. No le importaba perderse alguna canción, lo que le irritaba era el poco interés que tenía su amigo en hacer nada con él últimamente. Su vida se había reducido a Karen y le había venido de perlas que él empezara a salir con Blanca, así podían quedar los cuatro.

Gorka y Blanca caminaban por delante mientras ellos dos los seguían acaramelados y diciéndose alguna tontería fruto de ese amor insano y posesivo que se profesaban, al menos al parecer de Gorka. Blanca lo observó de reojo.

—Estás cabreado.

—Hostia, es que son unos petardos.

—Un poco sí —murmuró ella, reprimiendo la risa.

Gorka la cogió de la cintura y le dio un beso en la mejilla.

—No hace falta estar pegaditos todo el día, ¿verdad?

—Hombre, a veces eres demasiado arisco. De cualquier forma, lo suyo tampoco creo que sea lo mejor.

—¿Arisco? —La miró, asombrado.

—Arisco —repitió ella—. Hay días que no noto la diferencia entre un amigo y tú, mi novio.

—Ahora sí que estoy preocupado, ¿qué haces con tus amigos? Porque tú y yo… —bromeó y Blanca se puso roja.

—Idiota. Es aquí. —Habían llegado al local.

—Genial. Vamos, me muero de sed, el maldito picante del indio…

Como era de esperar, el concierto ya había comenzado. En ese instante tocaban una versión de *El perro verde* de Marea. Gorka tuvo que admitir que eran buenos, aunque su grupo tenía poco que envidiar. La voz de Jess era tan impresionante que superaba la energía del cantante de ese conjunto.

Se apoyó en la barra con un «litro» en la mano, no quería meterse en el barullo de gente que saltaba y gritaba en el centro del bar. Él iba a los conciertos más para aprender que para divertirse. Blanca tiró un poco de la manga de su camiseta para llamar su atención. Gorka se giró y miró en la dirección que le marcaba el dedo índice extendido de su novia.

—Es tu hermana.

—Sí —corroboró. No tenía ni idea de que fuera a estar allí.

—¿Con quién está? No es Jaime, ¿no?

El joven entrecerró los ojos para ver mejor. El hombre que estaba con Ada se escoró un poco para decirle algo al oído y, entonces, lo reconoció: Enrique.

—Interesante —susurró al recordar las palabras de Marco: ahora sí veía la conexión entre ellos.

—¿Quién es?

—Un compañero de trabajo, seguramente hayan terminado de currar y hayan venido a ver esto.

—Es guapo, aunque parece mayor.

Gorka sonrió de medio lado. Sí, Enrique era atractivo. Que se lo dijeran a su hermana, ¿no? No contestó. Se centró en el escenario, ya saludaría a Ada más tarde si tenía ocasión.

NURIA

David y ella salieron del cine riendo. Habían escuchado una conversación bastante surrealista sobre la película que acababan de ver y ambos habían estallado en carcajadas en cuanto el dueño del comentario se había alejado lo suficiente para no oír sus risas.

—Estoy canino —comentó David—. ¿Cenamos algo?

—Yo con las palomitas voy servida —respondió Nuria.

No quería comer más. Por mucho que se muriera de ganas de estar un rato más con su amigo, no era buena idea meter más alimento en su estómago. Sabía que, en cuanto llegara a casa, tendría que vomitarlo para sentirse mejor.

—Bueno, te acompaño y ceno en mi piso, no te preocupes.

—¿Mañana sales a correr?

—Creo que no, estoy reventado. He estado toda la mañana con un caso que me trae de cabeza.

—¿Pau?

—Sí. No sé cuándo os va a hablar a Ada y a ti de lo que está pasando. Está muy agobiado, y tiene motivos. Si a un juez le dan a elegir entre José y Nati… Joder, es que ya le vale a Nati. —David se rascó la barba.

—¿No crees que lo consiga?

—Lo que yo creo es que Pau tiene que pedir la custodia. —Nuria abrió mucho los ojos, sorprendida con la afirmación—. Es el único

responsable de esa familia, es el que puede ganar. Ojalá lo convenza. La semana que viene hablaré muy en serio con él sobre esto.

—Hazlo, claro. Oye, no es necesario que vengas conmigo si no quieres, pillo el metro.

—Tranquila, prefiero no dejarte sola.

—Gracias.

—Además, hay algo que te quería comentar.

—¿Sobre la terapia?

—Sobre nosotros.

Nuria tragó saliva. Que hubiera un «nosotros» la alteraba, pese a que era consciente de que jamás se materializaría. Era lo mejor, David le reventaría el corazón en un momento, estaba segura. Demasiado intenso, demasiado complicado. Jaime era más seguro en ese aspecto. No obstante, daba igual, los dos estaban enamorados de Ada. Para David, ella solo era la amiga a quien contarle sus penas.

Lo contempló de soslayo. Caminaba recto y decidido, con su porte de hombre invencible, por mucho que estuviera destrozado.

—Tú dirás —lo invitó a hablar.

—Mis padres quieren que cenes con nosotros en Nochebuena. —Lo dijo de sopetón, como quien quita una banda de cera depilatoria, así lo sintió Nuria—. Si no puedes, lo entiendo; y si no quieres, también, que tú y yo no somos nada y tienes tu familia. Vamos, que es un marrón que por una mentira tengas que fastidiarte la noche con nosotros, que no somos la alegría de la huerta. Es una locura.

—Iré. Si quieres que vaya —decidió. No tenía ganas de estar con su madre en Nochebuena, le enfermaba la idea. Quizás con él se encontrara mejor.

—¿En serio? —David alzó las cejas—. Vaya, pues me haces un favor. Gracias.

—De nada.

Hablaron de otras cosas hasta llegar al metro. Después David la dejó en el portal y se fue.

En casa, la joven sintió un vacío horrible en su pecho, una angustia en el estómago. Se estaba haciendo ilusiones con David, y

no. No tenía que verlo de esa forma. Solo eran amigos. Sin embargo, por mucho que se lo repitiera, el desasosiego no se iba.

Fue a la cocina, abrió la nevera y observó la tableta de chocolate. La cogió y se la llevó a su dormitorio.

Se la comió entera. Sin respirar. Sin pensar.

En cuanto recapacitó, la náusea acudió a su cuerpo. Se encogió para seguido correr al baño y devolverla arrodillada frente al inodoro.

Se quedó sentada sobre las baldosas, sudorosa y con mal cuerpo. El sabor del vómito en la boca y el olor agrio en el ambiente le provocaban nuevas arcadas. Intentó no respirar con profundidad.

En cuanto se recuperó un poco del esfuerzo, se levantó y caminó a tientas hasta su dormitorio. Se tiró en la cama y se encogió sobre sí misma, sollozando, preguntándose qué narices estaba haciendo con su vida.

ADA

Se acabó el litro de cerveza que Enrique había pagado y le pasó el plástico vacío a su compañero.

Él enarcó las cejas.

—¿Es para que yo lo tire?

—Sé un caballero.

El periodista cogió el vaso y se dirigió a la barra. Podría haberlo dejado caer al suelo como hacían casi todos los presentes, pero no lo hizo y eso le gustó.

Ada sostenía la gabardina entre los brazos y contemplaba al cantante. Las personas de su alrededor saltaban y la empujaban. Sin su acompañante, se halló insegura allí. No era que fuera miedosa, sino que la experiencia le decía que una mujer sola de noche tenía que cuidarse bien las espaldas. Apretó la prenda contra su estómago con el peso del miedo cayendo sobre sus hombros. Menos mal que Enrique no tardaría.

La canción que comenzaba a sonar le gustaba y sonrió: *So payaso* de Extremoduro. Solía cantarla de fiesta con sus amigos. Nunca había escuchado con atención la letra, una de esas típicas estrofas que se memorizaban sin pararse a analizar lo que decían. Se percató, sorprendida, de que bajo ese título tan frívolo estaban hablando de amor. Entonces, sintió a una persona abrazándola por la espalda. Reconoció su cuerpo sin ni siquiera girarse. Notó en la nuca la respiración de su compañero, que cantó en un susurro la letra: «Quiero ser tu perro fiel, tu esclavo sin rechistar, que luego me desato y verás…».

Se dio la vuelta y se encontró con su rostro. Su nariz rozaba la de él, que había callado y se fijaba en sus labios, indeciso. Ada era consciente de que no iba a mover pieza, tendría que ser ella. Enrique hacía tiempo que se había abandonado a lo que tenían y era ella la que manejaba la situación, la que dudaba.

Levantó la mano y le acarició la cara con ternura. Le gustaba mucho ese hombre. Le gustaban sus ojos oscuros, su voz grave, su sonrisa traviesa. Lo besó. Primero casi sin rozarlo, como si así pudiera aliviar todo el fuego que le quemaba dentro. Obviamente, no fue suficiente. Una vez abierta la caja de Pandora, tuvo que volver a su boca para permanecer allí. Ojalá para siempre. Lo abrazó, incómoda por su abrigo y el de él, ambos mancos por culpa del frío que había hecho acto de presencia en Madrid. La gente se movía a su alrededor, los desplazaba a pesar de que Enrique la sujetaba para que se quedara con él todo el tiempo que fuera posible.

Ada maldijo la hora en que el periodista había decidido quedar con Lidia y Toni. Esa idea que al principio de la noche le había parecido estupenda, en estos momentos le resultaba horrible. Lo quería solo para ella.

Cuando se separaron, no se escuchaba la misma canción. Habían perdido la noción del tiempo. Él le acarició la barbilla, y volvió a regalarle un beso dulce.

—Lo tenías todo planeado, ¿eh? —susurró ella.

—¿Tanto se ha notado?

—Recuerda que no puedes pedirme que lo olvide, así que pórtate bien esta noche —lo avisó.

—Por eso he pedido refuerzos, que no creo que tarden en llegar, por cierto —contestó, alzando la vista en busca de Toni y Lidia.

—Ojalá te portaras fatal —dijo, y besó su preciosa sonrisa.

GORKA

Les lanzó una ojeada a Ismail y Karen, que se habían retirado a una esquina para tener intimidad. Pronto pondrían cualquier excusa para marcharse. Blanca y él saltaban y cantaban las canciones. Se lo estaban pasando bien. Cuando estaban así, se odiaba por haberse siquiera planteado acudir a esa extraña cita con Jess. Teniendo a su novia, ¿para qué arriesgarse a fastidiarlo? Sonaba *So payaso* y los dos coreaban la letra.

Entonces, ella dejó de moverse y se volvió hacia Gorka, con la cara desencajada.

—¿Estás bien? —se preocupó él.

—Tu hermana.

—¿Qué? ¿Le pasa algo? —se asustó.

—¡Mira! Se está dando el lote con ese. ¡Está…! ¡No está bien! Tenemos que detenerla.

Su chica se encaminó hacia donde Enrique y Ada se abrazaban, besándose con una pasión que dejaba la de Ismail y Karen a la altura del betún. Le dio el tiempo justo para agarrarla del brazo y detenerla.

—Espera. Déjalos.

—¿Cómo que los deje? ¿Y Jaime?

Gorka negó con la cabeza. A ver cómo le explicaba a Blanca, esa mujer que creía en el amor eterno como el de las princesas Disney, que su hermana tenía un concepto bastante distinto de este.

—Lo sabías —adivinó ella, y él asintió—. ¿Y Jaime? Gorka, por Dios, es un encanto. Cuando se entere…

—No es asunto nuestro.

—Es tu hermana. Si tú hicieras algo así, agradecería que ella se interpusiera.

—Ya te digo yo que no lo haría —murmuró, no imaginaba a Ada defendiendo a capa y espada la fidelidad. Para nada.

—Ya lo veo. ¿Desde cuándo lo engaña?

—Nunca ha tenido un noviazgo muy convencional con Jaime. Antes se escudaba en que era una relación abierta. Ella se lo tomó al pie de la letra; Jaime no creo, si te soy sincero —le contó, y se dio cuenta de que lo hacía para que Blanca posara los pies en la tierra y que no esperara tanto de él. Seguro que, con las expectativas que tenía, la decepcionaba—. Después acordaron ir en serio. Sin embargo, parece ser que Enrique ha entrado fuerte en la ecuación.

—¿Por qué sigue con Jaime?

—Supongo que porque es… ¿cómo has dicho? Un encanto, eso —se burló.

Blanca lo taladró con los ojos.

—No se lo merece.

—No.

—Como me hagas algo así, te mato —sentenció con las pupilas fijas en Ada y Enrique, que seguían besándose sin importarles que el resto del mundo estuviera en un concierto de *rock*.

ADA

Cuando Lidia y Toni llegaron, Enrique y ella habían conseguido apaciguar su fuego y se dedicaban a hablar y escuchar la música. Aunque él le rodeaba la cadera con un brazo y, de vez en cuando, se besaban rápido, por si sus compañeros irrumpían en el bar y los pillaban. Más por Lidia que por Toni, que seguro que ya imaginaba lo que había ocurrido. En cuanto aparecieron, él la soltó de forma abrupta.

—Ada, mujer, qué mal te has pintado. Te acompaño al baño a retocarte los labios —dijo Lidia a modo de saludo.

Ada se llevó la mano a la boca y comprendió lo que en realidad había sucedido.

—Voy sola.

Se encaminó a los lavabos y, cuando estaba llegando, alguien la sujetó del codo.

Era Gorka. Estaba con Blanca, que la contemplaba con odio. Supuso que lo habían visto todo. Juró para sus adentros y disimuló una alegría que no sentía ni por asomo.

—¡Qué sorpresa!

—Ya me imagino que no nos esperabas —murmuró Blanca.

—Blanca —la amonestó Gorka y empujó un poco a su hermana para llevársela aparte—. ¿Estás segura de lo que estás haciendo?

Ada resopló, harta de tanto sermón.

—¡Qué pesaditos estáis todos! ¡Dejadme vivir, coño! —Y se marchó, airada.

Se retocó el carmín y aprovechó para ir al servicio. A continuación, se lavó las manos y se miró al espejo.

Debía tomar las riendas de lo que estaba pasando. Nunca había sentido nada parecido a lo que le provocaba Enrique. Salió del baño y fue al lugar donde había dejado a sus compañeros con las ideas algo más claras.

* * *

Tras el concierto, tomaron una copa y acordaron marcharse. Lidia insistió en que quería fiesta, pero el resto necesitaba irse a dormir. Se separaron y Ada se quedó con Enrique en la calle.

—¿Me acompañas a casa? —pidió ella antes de que él dijera nada. No quería despedirse del periodista.

—Te acompaño al portal —puntualizó. Ada asintió con la esperanza de que tal vez, por el camino, podría convencerlo de que subiera.

Anduvieron separados por unos centímetros hasta que él alargó el brazo y rodeó sus hombros, como en Roma. Jaime no la abrazaba por la calle. Solo Víctor lo hacía, aunque eso era diferente. A Ada

siempre le habían dado pereza las parejas haciéndose arrumacos por las aceras. Y allí estaba, tan a gusto pegada a ese hombre.

—He tomado una decisión —soltó.

—¿Tan pronto piensas librarte de mí? —bromeó el periodista.

Ella notó cierto toque de inquietud en su voz y no pudo evitar sonreír. Le consolaba saber que a él esa relación se le había ido de las manos tanto como a ella. Era como llevar algo que ardía entre los dedos, pero que, si lo soltabas, te explotaba. Ninguna solución era buena.

—No quiero librarme de ti, esa es parte de la decisión. ¿Y tú…?

Las dudas se anudaron en su pecho. Por primera vez, fue consciente de que Enrique tenía el poder de hacerle daño. Estupendo.

—No, yo tampoco quiero que te libres de mí —reconoció con una media sonrisa. Ada sintió que tenía fuegos artificiales dentro, que se desataba una traca en su corazón—. ¿Y la otra parte de la decisión?

—Tengo que dejar a Jaime. Hace tiempo que sé que debo hacerlo, solo que nunca encuentro el momento. Es evidente que no lo quiero, no como debería quererlo. Si no, todo esto no hubiera sucedido. No quiero hacerle más daño del que le he hecho ya. Y, por mucho que tú no existieras y nunca nos hubiéramos acostado, creo que sería incapaz de estar solo con él.

—Bien.

—¿Quieres decir que hago bien?

—Sí. Si no eres feliz con él, nada os ata.

—Ya. —Ada se mordió la lengua. Quería soltarle algo así como «tú sí que estás atado». Sin embargo, no le parecía justo. Su intuición le decía que Enrique estaba atado, sí, pero no por la alianza. Había algo más, algo mucho más complicado y profundo. El periodista le besó el cabello—. Lo haré después de la boda de Toni —zanjó ella.

—Mucho lo demoras.

—Oye, no me jodas —se quejó ella algo enfadada. No tenía derecho a presionarla.

—No, no. No me malinterpretes. Hazlo cuando quieras y como quieras. Solo que, si le das más vueltas, no lo harás. Estás cómoda

con él.

—Igual es que me acojona plantar a mi jefe. —«Y también me aterra no tener un impedimento para rendirme a ti», pensó, aunque no tuvo valor para exteriorizarlo.

—Jaime es muy razonable, no tomará represalias. Otra cosa es que descubra que nosotros… Un hombre herido en su orgullo puede ser horrible.

—Entonces, será mejor que no se entere.

—Ahora vas a ser tú la que me vas a rogar que lo olvidemos y que no se puede repetir —supuso él y alzó la vista para leer el número del portal: era el de Ada. La soltó y se quedó observándola. A ella, le encantaba cuando la miraba así, con esa intensidad.

—No. En realidad, estaba pensando en que quiero que subas.

Le agarró el cuello del abrigo y lo atrajo hacia ella para besarlo. Dio por sentado que no se negaría.

Por eso, cuando se separaron y él se metió las manos en los bolsillos, la decepción la atravesó como una lanza en el costado.

—Me voy, no puedo quedarme hoy. Mañana es fiesta y mi hija…

—Vale —aceptó, y buscó las llaves en su bolso. Tenía un incendio bajo la piel y no era por la excitación (bueno, un poco también), era por la rabia.

—¿Quieres que quedemos un día, este puente?

—Yo trabajo el viernes, me ha tocado. Mejor nos vemos el lunes en la redacción.

—Te ha sentado mal.

—No. Para nada. Sacaré el vibrador del armario —sentenció, con toda la intención de hacerlo sentir prescindible, y abrió la puerta sin mirar atrás, dejando a Enrique con la boca abierta.

V. VIERNES, 7

ADA

Le sorprendió que Nuria se levantara tan temprano un día de fiesta. Ella debía ir a la redacción, pero su compañera podía aprovechar para descansar. Con su desayuno listo, se sentó a la mesa con su amiga, que pelaba una manzana con las manos temblorosas.

—¡Qué madrugadora!, ¿no? —dijo.

—¿Y tú?

—Yo tengo que ir a la revista.

—Pensaba que Jaime te daría fiesta.

—No, me toca, y no hay favoritismos. ¿Vas a algún sitio?

—A una entrevista de trabajo.

—Ah. —Eso explicaba lo del temblor de manos. No sabía si alegrarse o no: como se equivocara con la reacción, Nuria montaría en cólera—. ¿Y dónde es?

—En un restaurante.

Ada puso los ojos en blanco. La pasividad de su amiga la irritaba. ¿Acaso no le iba a contar nada si no la sometía un tercer grado? Tomó aire.

—Hostia, Nuria, ¿te lo tengo que sacar todo con sacacorchos?

—Perdona, estoy nerviosa. Sería para trabajar algún día, no todos. Seguramente jueves, viernes y sábados, para las cenas. No sé mucho más.

—¿De camarera?

—Sí. Lo importante es que me cuadran los turnos para mantener la clínica, y con esos ingresos extra podría pagarte el alquiler.

—¿Pagarme? El piso no es mío —puntualizó. Nuria se comportaba como si le debiera algo, y no, si acaso se lo debería a la casera.

—Ya me has entendido, Ada.

En realidad, no entendía nada. No comprendía por qué en los últimos meses su amiga se esforzaba tanto en alejarse de ella y no sabía cómo arreglarlo. Por muchas paces que hubieran hecho, la situación todavía no era agradable en casa. El enfado se había enquistado.

—¿A qué hora es?

—A las once. Luego me pasaré por el bar de Pau, va de mañanas. Seguramente Víctor y David se unan.

—Yo no podré. —Ada dio el último trago a su leche—. Llámame cuando acabes. ¡Suerte!

Se puso en pie y se fue a su cuarto. Ojalá le fuera bien. Nuria no llevaba bien el fracaso.

* * *

Solo la mitad del personal trabajaba ese día. Ni rastro de Enrique ni de Toni. Sí estaba Lidia, que sonrió en cuanto la vio aparecer.

—Vienes conmigo —le anunció la periodista mientras ella se quitaba el abrigo y lo dejaba sobre el respaldo de la silla.

—¡Genial! —Ya que curraba en festivo, por lo menos se echaría unas risas—. ¿Qué nos toca?

—Entrevista a… ¡Efecto Pasillo!

—¿Te gustan o qué?

—Me gusta el cantante, chica, que desde que tienes novio te estás quedando ciega. Espero que a mí no me pase con Gonzalo. Ya sabes, fidelidad y eso, sí, pero con los dos ojos bien atentos, que hay que alegrarse un poco.

Ada rio con pocas ganas. No, por desgracia no se le había atrofiado la vista, el problema era que solo miraba en una dirección. Y no era en la del despacho del jefe.

—Me estaré volviendo una sosa —zanjó y encendió el ordenador —. Oye, Lidia, ¿tú sabes cómo podría yo contactar con alguien que no conozco?

—¿Con alguien? ¿Qué alguien? Con esa información tan críptica…

—¿Críptica?

—Es una palabra normal —se defendió, alzando las cejas.

—Ya. Pon que quiero hablar con una persona: tengo su Instagram y su Facebook, pero no le quiero escribir un privado en plan fan loca.

—¿Quién es? Ay, no me digas que te mola un tío —susurró para que Jaime no se enterara.

—¿Eh? No, no. —Se estaba explicando fatal. Sin embargo, no se le ocurría cómo hacerlo sin desvelarle todo lo que Toni y ella habían descubierto sobre el tal Íñigo—. A ver, es un fotógrafo que tomó unas fotos a un amigo y quiero saber por qué lo hizo. Obviamente, no puedo decirle eso. Lo suyo sería pillarle por sorpresa, ¿me sigues?

—¿Eran fotos indiscretas? —Le guiñó un ojo.

—Algo así.

—Si son de David, quiero verlas.

Ada bufó y le dedicó una mirada de hastío. ¿No iba a dejar a su amigo en paz nunca? Se cruzó de brazos y esperó a que las hormonas de Lidia dejaran de chillar.

—No son de David, petarda.

—¡Ah, ya sé! ¿Las de Víctor con el buenorro del Vela?

—Veo que hilas fino… —ironizó.

—¿Se lo tira? —preguntó, bajando la voz.

—No, joder. ¿Alguna idea?

—LinkedIn, o igual tiene página web. Y le pides información sobre su trabajo. Es una manera de entrarle.

—Página web no tiene puesta en Insta. Buscaré en LinkedIn. Gracias. ¿A qué hora salimos?

—A las once, la entrevista es a las doce. Anda, ve a hacerle arrumacos a tu chico, que debe de haber algún problema con la reserva para la cena del viernes que viene y me da en la nariz que está de morros.

—¡Mierda! La cena de empresa. Se me había olvidado.

Ese año la habían adelantado una semana para que no coincidiera con la boda de Toni. Ada fue consciente de que le apetecía lo mismo que le pegaran una patada en el estómago que cenar con Jaime y Enrique. Bastante tenía con la boda como para tener que soportar dos eventos en los que fueran a coincidir los tres. Y, peor todavía, a la boda asistiría la mujer del periodista. Vergüenza extrema.

Recordó a Enrique advirtiéndola de que estaba demorando mucho lo de dejar a Jaime, y reparó en que, tal vez, tenía algo de razón.

NURIA

Entró al restaurante conteniendo la respiración. Se había vestido todo lo elegante que su armario le había permitido. Llevaba una camisa blanca metida por dentro de la cintura de unos pantalones oscuros y lo había combinado con una americana negra. Se acercó a la chica que estaba en la entrada y sonrió.

—Buenos días. Soy Nuria Lledó. Tengo una entrevista de trabajo.

—Oh, sí. Pasa por allí, verás al jefe.

Caminó procurando que los tacones no sonaran demasiado, siempre le habían molestado las mujeres que parecían caballos al andar.

El local era amplio, se parecía bastante al de *First Dates*, decorado en rojo y blanco, con corazones y las mesas preparadas para dos comensales. Le llamó la atención esta disposición.

Sentado a una mesa, enfrascado en la lectura de unos papeles, la esperaba un hombre que rebasaba los treinta. Al escuchar a Nuria, levantó la cabeza y un mechón oscuro resbaló por su frente.

Se puso en pie y le tendió la mano. Se la estrechó. Era muy alto. Casi tanto como Pau. Él le ofreció asiento antes de acomodarse de nuevo en su silla. Ella hizo lo propio tras quitarse el abrigo.

—Nuria Lledó, supongo —dijo con una voz grave, y clavó sus ojos marrones en ella. Nuria asintió—. Soy Eduardo Blázquez. El dueño del negocio y, si todo va bien, tu jefe.

—Encantada.

La sonrisa que se dibujó en los finos labios de su interlocutor la tranquilizó. Colocó las manos sobre las rodillas y se mentalizó para el interrogatorio.

—Dime, Nuria, ¿qué experiencia tienes en este sector?

—He trabajado en varios bares de camarera. Incluso en bares de copas.

—Este restaurante se caracteriza por ser…, ¿cómo te diría?…, ¿pijo? —Eduardo volvió a sonreír y Nuria lo acompañó en el gesto.

—Sé mantener la compostura. Estuve varios años contratada en la recepción de un hotel incluso más pijo que esto —contestó ella.

Eduardo pareció satisfecho con su respuesta.

—Veo que eres psicóloga.

—Sí, bueno, ahora mismo no ejerzo —mintió, y se acordó de su anterior jefa recriminándole su falta de aspiraciones.

—Te vendrá bien esa formación aquí. Este restaurante no es normal, como puedes intuir por la decoración.

Lo cierto era que tanto corazoncito no le pegaba nada a ese hombre tan masculino, con su espalda torneada y sus brazos fuertes ocultos bajo la camisa.

Nuria se limitó a encogerse de hombros mientras paseaba los ojos por el sitio. Eduardo reanudó su discurso:

—Aquí organizamos encuentros de solteros. Citas a ciegas, *speed dating*, fiestas para *singles*… Ya sabes.

—Oh. —Se había quedado sin palabras.

—¿Algún problema?

—No, solo me parece curioso. —«Mientras no acaben en orgía», añadió para sí.

—Genial. Yo no tengo mucho que añadir. Pareces responsable, y llevas trabajando muchos años en diversos sectores y todos de cara

al público, según dice tu currículum. Seguro que sabes estar. Así que, si te viene bien, esta noche harás una prueba. Si encajas, el puesto es tuyo.

—¿En serio?

Se llevó las manos a la boca. No imaginaba que fuera así de rápido. Intentó calmarse: tenía que demostrar que era merecedora del puesto, aún no estaba hecho.

—Vente a las ocho, tus compañeras te explicarán cómo funciona esto. Yo también te ayudaré y tomaré la decisión.

—Aquí estaré, muchas gracias —respondió, emocionada.

Eduardo se levantó y le dio la mano de nuevo para despedirse.

Ya en la calle, caminó sin rumbo, saboreando que, por fin, algo le salía bien.

* * *

—Así que es un restaurante de puterío, ¿eh? —se mofó Víctor, recostándose en la silla.

—¡Que no! Que solo es para que la gente se conozca —se defendió ella.

—Madre mía, cómo tienen que estar esos baños —siguió picando David, y provocó que Víctor se partiera de risa.

—Mira que sois asquerosos los dos. Tenéis la mente sucia.

Víctor levantó las manos para indicar que no tenían remedio. Ella sonrió. A pesar de esas salidas de tono, eran sus amigos y los quería. Pau se sentó con ellos mientras Ágata atendía la barra.

—Esta noche es la prueba de fuego —les informó Nuria—. Si la supero, contratada. Estoy muerta de miedo.

—Irá bien —la animó Pau.

—¿Vas a cerrar la clínica? —preguntó Víctor, echándose hacia delante, muy serio—. Recuerda: es tu sueño.

—No la voy a cerrar, descuida. Pero necesito dinero, no puedo vivir con lo que me da. Y volver a casa de mi madre es inviable.

—Entonces, me parece todo correcto —sentenció Víctor y le dio un trago a su refresco. Le sonó el móvil y leyó el mensaje—: Ada.

Está haciendo fotos a los de Efecto Pasillo. ¡Qué asco da!

—A ver, que tú trabajas con actores —le hizo ver David.

—Están como cabras, prefiero músicos.

—Cualquier cosa mejor que lo mío, que solo lidio con problemas —murmuró David.

—Me sucede lo mismo. Solo escucho desgracias —dijo Pau.

—Los camareros son los psicólogos más efectivos. Se te están comiendo el pan, Nuri —se burló Víctor.

—Hablando de problemas —continuó Pau—. Nuria, hace días que quiero contarte algo. —Cogió aire—: David está ayudándome con una cosilla. El padre de Sergio quiere su custodia…

—¡No me fastidies! —exclamó ella con un tono agudo.

Enseguida se le encendió el rostro, había sonado algo sobreactuado. Pau alzó las cejas, asombrado.

—Sí, solo es eso. No quería esconderlo, solo que no había encontrado el momento.

—¿Lo sabe Ada? —se interesó Nuria.

—No, y prefiero decírselo yo. Aunque ya veré cuándo puedo, porque con esta chica… —Echó una ojeada al bar. Habían entrado tres clientes nuevos, así que se levantó—. Un placer, como siempre —bromeó mientras hacía una reverencia cortés, como si fuera de otra época, y se marchó.

—Ya lo sabías. Lo del padre de Sergio —observó Víctor.

—No.

—Te lo ha contado tu novio ficticio. Oye, este rollito que os lleváis no me mola nada, a ver si os vais a enamorar… —protestó Víctor y Nuria se puso roja como un tomate otra vez. David negó con la cabeza.

—Tranquilo, Víctor, no me voy a enamorar de nadie.

«De nadie más», añadió Nuria para sí. Su amigo estaba ya enamorado de Ada. Al pensar en ello, sintió los celos ardiendo en su pecho. Parecía que tendría que aceptar que algo sí le gustaba David.

* * *

Nada más entrar al restaurante sintió un vacío enorme en el estómago, no había cenado nada. No le convencía trabajar en un lugar lleno de comida, de dulces… Sin embargo, era la oferta que más se ajustaba a lo que buscaba. Y, además, había hecho otras dos entrevistas que no habían llegado a buen puerto. Tenía que intentarlo.

Una chica que se presentó como Marga le proporcionó un uniforme y la llevó a los vestuarios para que se cambiara. Luego le enseñó el local y le informó de sus funciones como camarera. Si se quedaba, tendría la posibilidad de cambiar de puesto, incluso le podía tocar emparejar a los candidatos. También le explicó que, tras el turno, tenían que limpiar, y que en muchas ocasiones terminaban bastante tarde. Lo bueno era que no trabajaban todos los días del fin de semana, Eduardo solía darles fiesta un día de los tres que el bar abría (jueves, viernes o sábado).

Nuria escuchó con atención, retuvo en su cabeza los números de las mesas, los menús, los alérgenos… Todo lo que pudo para no equivocarse. No se le dio mal, tenía buena memoria. Los clientes eran amables, aunque era evidente que interpretaban un papel: estaban ligando, nadie es uno mismo cuando intenta gustar a otro. Por lo menos, al principio.

* * *

La noche se le pasó en un santiamén y, cuando recogía, le sobrevino un mareo. El no comer… Se agarró a la barra y cogió aire. Después lo expulsó.

—¿Estás bien? —Era la voz de Eduardo.

—Sí. Los nervios, supongo —mintió.

—Marga, ponle un poco de agua —Le ofreció sentarse en una silla y él se colocó frente a ella. Enseguida, Marga llegó con el vaso y ella bebió. Eduardo esperó a que acabara—. Lo has hecho muy bien.

—¿Sí? ¿Y eso quiere decir que…?

—Eso quiere decir que mañana vienes a trabajar y firmas el contrato.

—Muchas gracias, de verdad —dijo ella, aliviada.

Su nuevo jefe sonrió y se levantó, dejándola sola con el recipiente de cristal en la mano. Parecía que por fin iba a cambiar su suerte.

* * *

Abrió la puerta procurando no hacer ruido, eran casi las dos de la mañana, Ada estaría dormida. Para su sorpresa, escuchó un sonido. Al principio pensó que su compañera podía tener compañía y se detuvo para poner la oreja. Por fortuna, era la televisión. Entró más tranquila y la encontró tirada en el sofá viendo una película de dibujos animados.

—¿Ada? —se sorprendió.

—Esta tía es tonta, mira que renunciar a todo por el Eric este.

Nuria no pudo evitar soltar una carcajada ante tal análisis de *La Sirenita*.

Ada se incorporó con su larguísimo pelo revuelto y enredado.

—Dime que no es la primera vez que la ves.

—No, claro que no. Es que me gusta.

—No te pega nada.

—¿Por? Yo no sé qué imagen tenéis de mí. Si soy muy dulce… —Puso morritos y Nuria se tragó la risa.

Se sentó junto a ella. Ariel y Eric estaban en una barca, los animalillos entonaban una canción que Ada comenzó a tararear bajito. Después se emocionó y cantó a voz en grito mientras ella se partía.

Hacía tiempo que no se lo pasaba bien con su amiga, siempre estaba ocupada juzgándola. Envidiándola. Tal vez no estaba siendo justa. Ahora que se fijaba, no tenía buen aspecto, parecía triste. Quizás lo que le estaba pasando con Enrique le estaba haciendo daño.

—¿Cómo estás? —le preguntó en cuanto acabó la canción. Ada paró el DVD.

—Estupenda. —Aunque le brillaban los ojos, como si estuviera a punto de llorar. Iba a preguntar, pero su compañera se le adelantó —: ¿Qué tal ha ido la entrevista? No me has llamado.

—Me han cogido —le informó sin alterar el gesto. La fotógrafa chilló y le dio un abrazo—. ¿Has bebido?

—¡Serás cerda! ¡No! Me alegro por ti.

—Es un bar de citas —confesó, y Ada abrió mucho los ojos.

—¡Cómo mola! Hay que llevar a Víctor, nos vamos a divertir a su costa.

—No, no. Nada de mezclar trabajo y amigos.

—Sosa. —Se dejó caer y apoyó la espalda en el respaldo soltando un resoplido.

—Mañana empiezo. Estoy contenta —admitió.

—Claro que sí. ¿Te quedas a terminar la peli conmigo?

—No te ofendas, pero prefiero dormir.

—*Okeeey*. Prometo no cantar más.

Y le dio al *play*. Nuria se levantó y la dejó sola, a sabiendas de que Ada esa noche necesitaba una amiga. Pero a ella no le apetecía ejercer como tal.

ADA

En cuanto Nuria se fue, se volvió a tumbar. No podía dormir, demasiado ruido en su cabeza. Y cuando le sucedía eso hacía cosas estúpidas como ver películas de Disney. O del Batman de Nolan. Era su otra adicción, aunque eso era para deleitarse con Christian Bale, había de confesar. Disney le hacía sentir más protegida, como si así se reafirmara en lo irreal que era el amor. Qué loca, Ariel: renunciar a su voz, a su vida, a su familia… por Eric, un principito malcriado.

Por desgracia, empezaba a entenderla. Ella iba a renunciar a Jaime por un tío con el que no tenía ninguna posibilidad de futuro. Consultó el móvil esperando encontrar algún mensaje, y nada. «Joder, Enrique, que lo del vibrador era broma», pensó, y lo arrojó al sofá que tenía al lado, cabreada.

Pues sí, era igual de idiota que la maldita sirenita.

VI. MARTES, 11

DAVID

Se tumbó en el diván, estaba muy cansado por culpa del trabajo. Se había escapado antes para poder presentarse a la sesión con Nuria y no coincidir con Ada cuando volviera de la revista. Se frotó las sienes y notó un ligero dolor de cabeza que se convertiría en migraña si no ponía remedio pronto. Bendita herencia de su madre.

—Nuria, ¿tienes paracetamol?

—Te traigo uno ahora mismo.

La psicóloga salió de la consulta-habitación, y él se quedó observando el techo y las paredes: la orla de su amiga, muy sonriente cuando acabó la carrera; títulos de diversos cursos, sobre todo, de idiomas. Cosas normales. Tuvo tentaciones de cotillear el cuadernito donde tomaba sus notas; sin embargo, fue buen chico y permaneció quieto. En el fondo, le aterraba saber lo que podía haber escrito sobre él.

Nuria regresó con un vaso de agua y una pastilla. Él se incorporó y se la tragó.

—¿Vas a estar en el diván? —preguntó ella.

—Si no te importa…

—Hombre, preferiría que no, pero bueno.

David suspiró y se tumbó de nuevo. El caso de Pau y alguno más que le había caído en suerte en el bufete lo llevaban por la calle de

la amargura. Él siempre se implicaba con sus clientes. Bueno, solo con los que se lo merecían. Conseguía empatizar mejor con las personas que acudían a él en busca de su ayuda profesional que con aquellas que tenía que tratar por temas personales. No se explicaba esa absurda necesidad de apartar a la gente de su vida, de poner la mano para que no se acercaran demasiado. Así era él y allí estaba, con su psicóloga-amiga, intentando mejorarse.

—¿Empezamos? —apremió él.

—Hoy toca hablar de tus… relaciones.

—Oh, Nuria, ¡me duele la cabeza! —estalló.

—Me da igual. Si no hablamos de esto hoy lo iremos retrasando y retrasando, y jamás lo haremos. Siempre recurres al sexo cuando te encuentras mal. Hay que hablarlo.

David bufó y miró a Nuria, que mordía el bolígrafo, nerviosa. Se preguntó si no habría algo de curiosidad morbosa en su amiga al abordar ese tema. En fin, eso daba igual, no había escapatoria. Se pasó la mano por la cara y se puso en pie para acomodarse de mala gana en la silla del paciente, la que ocupaba de normal.

—Por favor, nada de temas escabrosos.

—Háblame de tus parejas.

—Parejas, ¿en qué sentido?

—Novias, novios. Algo serio.

—No, de eso no hay.

—Alguno habrá —insistió.

—Nuria, eres mi amiga, ¿alguna vez te he presentado a alguien como mi novia o novio?

—Hubo uno, cuando empezaste la carrera.

—Ah, el tipo ese. Dani, se llamaba. Estuvimos juntos seis meses. Nunca llegué a considerarlo mi novio. Me gustaba y era simpático, nada más. No, creo que no fue mi novio. Probablemente se estropeó porque él sí que aspiraba a serlo —asumió David.

—¿Y mujeres?

—Tampoco. Menos aún.

—¿Nunca te has sentido atraído por nadie más allá que en lo físico?

—Sí. Ya sabes por quién.

Nuria cogió aire y él percibió su preocupación. Estaba jodido, era un hecho.

—¿Siempre ha sido así? ¿Siempre has tenido relaciones de una noche?

—A ver, no. Cuando era más joven tenía citas. Y de verdad intentaba que funcionara, sin embargo… Es que no me llenan. Me canso, no sé. Y no me sale hablar con ellos. Quiero decir, para que alguien sea tu pareja tienes que compartir algo más que el cuerpo, ¿no?

—¿Y el sexo te llena?

Lo pensó unos segundos, analizó cómo se sentía al sentirse deseado, querido. Al explotar en un orgasmo.

—Por un rato, sí.

—Y luego…

—A las tinieblas, supongo.

—¿Por qué no intentas conocer a gente en más profundidad? Igual te viene bien.

—No tengo ganas —admitió. Le daba auténtica pereza ponerse a coquetear con nadie, conocerse, fingir. Interesarse. Abrirse, oh, abrirse. Eso sí que no—. Ese nivel de relación implicaría que alguien me conociera tan bien como tú. ¿Y crees que alguien podría enamorarse de este saco de mierda?

David esbozó una triste sonrisa. Ella sacudió la cabeza, parecía turbada. Quizás estaba descubriendo una faceta de él demasiado horrible. Quizás no pudiera volver a verlo de la misma manera. Carraspeó, atorado. A ver si al final iba a perder a su amiga.

—Oye, Nuria…

—No es cuestión de tener ganas, bastaría con que tuvieras la mente abierta. Igual alguien podría sorprenderte, ayudarte a olvidar a Ada —lo cortó—. Tampoco hace falta que te abras en canal en la primera cita. —David mantuvo el silencio. Tal vez tuviera razón; tal vez, al final, lo de sincerarse viniera solo con la confianza—. ¿Por qué crees que no puedes acostarte con mujeres? ¿Crees que es por ella? —preguntó, cambiando de tema.

Cogió aire. Había meditado mucho sobre esa cuestión, lo inquietaba. Incluso lo avergonzaba. Las situaciones que había vivido

habían sido bastante bochornosas. Las primeras veces, cuando le ocurría, saltaba de la cama y huía sin dar explicaciones, corriendo casi desnudo. Después comprendió que había otras formas de que una mujer quedara satisfecha, aunque él no. Prefería eso a que fueran difundiendo por ahí que era impotente.

—No lo sabré hasta que no lo intente con Ada.

Nuria anotó algo en el cuaderno mientras torcía el gesto. Malo.

—Saca tus listas, vamos a apuntar un par de cosillas.

David obedeció y rebuscó en el bolsillo de su abrigo, que había dejado en el respaldo de la silla. Sacó la lista de propósitos y Nuria le pasó un boli negro.

A continuación, ella se reclinó en la silla y juntó las yemas de los dedos frente a su rostro, apoyando la nariz en los dedos corazones. Se dio un par de toques y habló;

—Te doy dos opciones para que ceses esa forma tan utilitaria que tienes de ver a las personas con las que quedas. Una, que hasta que alguien no te interese, no te acuestes con él. Quiero que veas el sexo como un complemento de algo más.

—¿Y la opción dos? —preguntó mientras destapaba el bolígrafo y anotaba un resumen de lo propuesto por su terapeuta.

—Habla con Ada. Es para lo que viniste de París y no lo has hecho.

—¡Lo hice! —se quejó.

—No, le dijiste que eras gay. Habla con ella y dile que estás enamorado. Quién sabe, tal vez te dé una oportunidad.

—No me la va a dar. Está Jaime. Está Enrique.

—Y tú, también estás tú. Sois amigos desde el instituto, igual se plantea que podríais encajar. Ofrécele esa posibilidad, así averiguarás hasta qué punto es ella la que te impide ser feliz. Es posible que, cuando estés con Ada, te des cuenta de que no la quieres tanto.

—La quiero. De eso estoy seguro —sentenció él.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

Nuria guardó el cuaderno y se levantó, dando por terminada la sesión. Había cierto hastío en su comportamiento. Además no habían agotado el tiempo, no obstante, no protestó. Se puso en pie

también, recogió sus listas, dejó el dinero sobre la mesa, tomó el abrigo y la siguió por el piso hasta la entrada. Ella se cruzó de brazos, esperando a que saliera.

—¿Te ha sentado algo mal? —quiso saber él.

—No. Tengo cosas que hacer —dijo, seca.

David notó la tensión en su voz y su rostro, y se resignó a marcharse sin más información.

—Si al final decido conocer a otras personas, podría usar el bar donde trabajas, ¿no?

Era una broma para que ella se desenfadara. Tuvo el efecto contrario, Nuria lo fulminó con la mirada y el arrepentimiento le hizo sentirse muy pequeñito.

—La entrada es libre. Puedes venir.

Acto seguido, le abrió la puerta para que se largara.

David captó la indirecta y abandonó la casa, algo atontado con lo que acababa de pasar. Además, le seguía doliendo la cabeza.

VII. VIERNES, 14

GORKA

Revolvió el tercer café del día para que el azúcar se disolviera. Estaba en el bar de la universidad, eran las diez de la mañana y había dormido un total de una hora y media en la residencia de Blanca, y en mala postura, para más desgracia.

No, no era porque hubieran tenido una noche apasionada. El motivo era que entregaban el trabajo de fin de cuatrimestre y les había pillado el toro. Toda la maldita noche estudiando como locos.

La zaragozana, al igual que él, tomaba café con el único propósito de paliar el cansancio.

—Dime que al menos lo hemos hecho bien —le pidió Gorka.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —contestó.

No pudo reprimir una mueca: necesitaba ánimos, no una ducha de realidad.

—En una hora todo habrá acabado.

Así sería, en una hora harían la exposición, le darían el *dossier* al profesor, y fin. Serían libres de esa asignatura hasta el examen. El guitarrista acabó la bebida y sacó un cigarrillo, necesitaba relajarse.

—Odio la mezcla del olor del café y el tabaco.

—Estoy nervioso, Blanca, no me jodas —se quejó mientras se ponía el plumífero.

En la calle se encendió el cigarro y le dio una calada honda. Notó la nicotina entrando en su cuerpo, calmándolo.

Ismail llegaba entonces a la universidad, se había saltado la primera hora. Se paró a su lado y le dio un golpe en el hombro a modo de saludo.

—¿Qué tal lo lleváis? —preguntó. Karen y él presentaban el lunes de la semana siguiente, habían tenido más suerte.

—No hemos dormido nada.

—¡Vaya! Tanto procrastinar…

—Odio ese palabro.

Ismail rio y se marchó hacia el edificio que albergaba su aula.

No se había acabado el cigarrillo cuando Blanca abandonó la cafetería cargada con sus trastos y los de él. Gorka agarró su mochila y se fueron a clase. O al matadero, según se mirara.

PAU

Llegó puntual a su cita con David en el bufete. Nada más aterrizar ahí, se sintió fuera de lugar. Lo abrumó el ajetreo de la oficina, con gente moviendo papeles de un lado para otro, con prisas, entrando y saliendo de habitaciones amuebladas con estanterías y mesas que tenían aspecto de pesar un quintal, llenas de libros verdes y rojos de la época de Maricastaña.

Se dirigió a la recepción y preguntó por su amigo. La chica que lo atendió, Lucía, lo acompañó hasta el despacho donde David lo esperaba.

Lucía cerró la puerta y lo dejó dentro.

—¿Tengo que darte la mano como si no nos conociéramos? —Lo cierto era que no auguraba nada bueno visto el escenario escogido para su encuentro.

—Si quieres dármela…

David alargó el brazo sin levantarse y Pau se sentó enfrente de él, ignorándolo.

—Tú dirás.

—He contactado con la abogada de José y con la trabajadora social que lo supervisa. —Hizo una pausa—. Pau, José parece estar limpio. No trafica, no delinque, nada. Tiene un trabajo decente, ha alquilado un piso en un barrio normal de Madrid y no frecuenta sitios desaconsejables. Podríamos decir que se ha reformado.

—Es fachada, David —murmuró Pau desviando los ojos.

—Fachada o no, es lo que hay mientras no se demuestre lo contrario. Y a la gente le entusiasma dar segundas oportunidades, demostrar que la cárcel puede ayudar. —Se detuvo unos segundos —. Ahora, analicemos a Nati. Primero, no ha mostrado ningún interés en la custodia de Sergio, todo lo estás haciendo tú.

—No la muestra precisamente porque lo hago yo —la defendió.

—Pau, a mí no me la cuelas. Tu madre no se desvive por vosotros. Es alcohólica y no se encarga de tu hermano. No ganará. No sé ni cómo os ha criado. Servicios Sociales…

—Servicios Sociales. ¡Me cago yo en Servicios Sociales! Menuda panda. Nunca han movido un dedo por mí. Ni por Sergio. —Se echó hacia atrás e intentó respirar, no quería cabrearse. En los últimos tiempos se alteraba demasiado a menudo y se comportaba como un barriobajero, actitud que contrastaba con la de este calmado y elegante David. Casi no reconocía a su amigo, en su vida privada era un irresponsable—. Entonces, de lo que me quieres informar es de que está perdido, ¿no?

—No, yo voy a pelear hasta el final. Sin embargo, mi obligación es aconsejarte. —Carraspeó antes de seguir—: Lo más adecuado sería que alguien capacitado demandara la custodia. Tus abuelos…

—No lo van a hacer. No han dado señales de vida desde que mi madre se lio con ese desgraciado.

—Quizás ante esta situación recapaciten. ¿No los puedes llamar?

—No.

Seco, categórico, inamovible. No pensaba pedir ayuda a quienes ya se la habían negado. Pau tenía sus principios y su orgullo. Era lo poco que le quedaba.

—Entonces, has de ser tú.

—Yo no estoy preparado para…

—Llevas haciéndolo toda la vida. Solo cambiará que existirá un papel que acredite que tú eres el responsable de tu hermano. Si no deseas que José se lo lleve, tendrás que poner todo de tu parte, y eres el que más papeletas tiene para lograrlo.

Pau no contestó. Se limitó a fijarse en un punto indeterminado a la derecha de David mientras se planteaba cómo narices había llegado a esa situación, por qué él. Por qué la vida era tan cabrona con algunos y tan benevolente con otros.

—Lo pensaré —dijo, al fin.

Sabía que su amigo necesitaba un «sí», pero no estaba seguro. Nunca se había planteado la paternidad, y ese papel era como firmarla. Nadie más que él podía entender lo que suponía.

David suspiró.

—De acuerdo. El miércoles que viene hay que ir al juzgado con Sergio y Nati, que es quien posee la custodia ahora. La abogada de José ha solicitado un informe psicosocial. A Sergio le harán unas preguntas para evaluar sus preferencias y, sobre todo, dónde estará mejor. Recuerda lo que te pedí: no lo predispongas a nada, solo sé amable con él.

—Lo haré, aunque es un preadolescente, no es muy fácil.

—Échate unos tiros con él y sus amigos este finde. Ese José no va a poder con el gran Pau, ¿no?

—¿Mi madre también tiene que hablar? —inquirió, obviando el halago de su amigo.

—Sí. Y José. Igual deberías preparar a tu madre un poco. No sé, que parezca una persona respetable, que no vaya borracha.

Pau negó con la cabeza y decidió pasar por alto lo que el abogado había insinuado. Al fin y al cabo, tenía razón. David se puso en pie y él lo imitó. Caminaron hasta la salida y su amigo colocó la mano en el pomo.

—Cualquier cosa, llámame —le dijo antes de abrir.

—Gracias.

Pau se marchó cabizbajo, sin saber cómo asumir todo lo que estaba ocurriendo. Maldiciendo a José, a Nati, incluso a David por ser tan sincero. Aunque, sobre todo, a sí mismo por su cobardía.

GORKA

La exposición no fue mal, habían preparado bien esa parte. Si no hubiese sido por esa maldita pregunta del profesor… Le correspondía contestar a él. Y se había quedado en blanco. Se había girado hacia su compañera, desesperado, suplicando ayuda; y ella, con los ojos desorbitados, se había encogido de hombros. Él había tenido que admitir que no tenía la respuesta, pero «me interesaré en conocerla en cuanto salga de aquí», había dicho. Algunos de sus compañeros habían reído, entre ellos, Ismail. Por el contrario, a su pareja no le había hecho ninguna gracia.

En cuanto acabó la clase, Blanca lo abroncó. Gorka estaba tan cansado que no era capaz ni de discutir. Esa noche tenía ensayo y luego concierto con el grupo, y no tenía muy claro cómo iba a aguantar semejante tute. La cuestión era que no estaba para invertir fuerzas en una pelea perdida.

Decidió marcharse de la facultad. Total, no se iba a enterar de nada en las clases que quedaban.

Cuando estaba a punto de escaparse de esa tortura, Víctor apareció por el pasillo.

—¿Abandonas? —dijo sonriente el amigo de Ada.

—Eso pensaba hacer. ¿Qué haces aquí?

—Entregar un trabajo, recoger los apuntes… Cosas de hombre atareado y con empleo. ¿Fumamos antes de tu deserción? —le ofreció.

Gorka asintió. Bajaron a la calle y, tiritando por el frío, se encendieron los cigarros.

—¿Qué tal el grupo? —preguntó Víctor.

—Muy bien. No sé si alguna vez te lo he agradecido de forma oficial, así que: muchas gracias, ha sido lo mejor que me ha ocurrido este curso.

—¿Mejor que tu amiga rubia que parece salida de la serie de *Vikingos*? —se extrañó.

Gorka no había caído en eso y procuró arreglarlo:

—Me refiero al terreno profesional.

—Ah. Oye, ¿y con Jess?

—Bien. —Escueto, para no dar muchos datos.

—Jess es cabezota. Si se le mete algo entre ceja y ceja no para hasta que lo logra. Ten cuidado.

Se encogió de hombros, no iba a confesar los besos que Jess le había robado ni la curiosa invitación que había recibido por WhatsApp. No obstante, decidió indagar sobre algo que le interesaba:

—¿Y Damián? ¿Qué tipo de relación tuvieron?

—La peor. Ese tío es un cabronazo y arrastra a mi prima donde le da la gana. En fin, qué le vamos a hacer. Ahora juran que solo tocan juntos. Que no «se tocan». Vamos, que no tienen nada.

—Sí, eso parece, si te soy sincero. Aunque se echan cada pulla…

—Damián acabará en Proyecto Hombre. Solo espero que Jess haya echado el freno, porque tuvimos buenos espectáculos navideños hace un par de años.

—Joder.

—Sí, joder. —Víctor se acabó el cigarro y aplastó la colilla en el suelo—. Me voy de nuevo al curro. Nos vemos.

—Adiós.

Gorka se quedó un rato ahí de pie, pensando en que tendría que expulsar a Jess de su vida en todo lo que tocara a lo personal. No era buena para él. Blanca, sí.

Hablando de Blanca, salió a buscarlo con cara de pocos amigos. Resopló mientras se deshacía del pitillo.

—O sea, la lías en la exposición y ahora te vienes a fumar y a saltarte las clases.

—No la he liado, solo he dejado de contestar una pregunta. No nos van a suspender.

—Eso dices tú —lo acusó en un tono algo más alto de lo habitual. Cuando se enfadaba, se acrecentaba su acento maño, suavizado por su estancia en Madrid.

Él cogió aire, tratando de no saltar. Odiaba discutir.

—Mira, estoy agotado. Esta tarde me espera demasiado trabajo y no tengo ánimos para rebatirte nada. Además, tú también estás cansada y seguro que mañana lo ves de otra manera.

—Así lo arreglas, dándome largas, como siempre.

Gorka quiso abrazarla para poner paz, un gesto de cariño que la sosegara; pero ella no se dejó, de manera que se apartó y juró entre dientes al tiempo que entraba al *hall* del edificio. Una vez allí se dio la vuelta para darle una última oportunidad de resolver eso como personas adultas y no caer en la pataleta.

—Ven al concierto esta noche y nos tomamos algo tranquilos, sin discutir. Ya verás como…

—No voy a ir. Necesito dormir. Y estoy hasta las narices de ver berrear a la niña esa que tenéis de cantante. Se creerá que es yo qué sé qué, y grita más que canta.

Blanca subió las escaleras sin darle opción a réplica. Gorka pensó que así debían de sonar los celos.

Totalmente justificados, por otro lado.

ADA

Jaime se había prestado para ir a buscarla, sin embargo, ella había declinado el ofrecimiento. No le pillaba de camino, así que era una estupidez que cambiara las líneas de metro para ir a su casa y tardar el doble en llegar a su destino. Y, por supuesto, no iba a permitir que cogiera el coche, y menos la moto, el día de la cena de Navidad de la empresa.

Estaba sola en el piso. Nuria se había marchado una hora antes, le tocaba ir al restaurante. Supuso que su compañera, con su nuevo trabajo, se iba a perder muchas quedadas de amigos. Al igual que le ocurría a ella cuando le tocaba cubrir un acontecimiento en fin de semana. No obstante, Ada iba después a la fiesta de todas formas. No era Cenicienta, podía quedarse más allá de las doce. La psicóloga no lo haría. En fin, tendría que acostumbrase a salir solo con hombres. Excepto si lo de Pau con Ágata cuajaba, entonces tendría nueva compañía femenina.

Tardó como media hora en hacerse el *eyeliner*. Tanta complicación, tanta complicación. En estos momentos odiaba ser

mujer; y por partida doble, porque chorreaba sangre: así de oportuna era su menstruación. Por lo menos le consolaba que le durara solo tres días, no como a Nuria, que estaba cinco días fastidiada con dolores y manchando como una burra. Ella no, un día malo y dos aceptables, y sin pastillas anticonceptivas. Siempre se había negado a tomarlas porque era muy regular y, además, no había tenido pareja estable. Hasta ahora. Aunque por poco tiempo.

Tenía que solucionar eso. Había pasado todo el fin de semana anterior esperando un mensaje que nunca llegó, y no precisamente de Jaime. El lunes, al ver a Enrique, quiso pedirle explicaciones por su silencio; cosa que, por fortuna, no hizo. No se debían nada, tenía que asumirlo. Y, aun así, se moría de ganas de hablar con él.

Salió del baño tras echarse una última mirada en el espejo, en la que se dio el visto bueno. Tampoco era muy exigente, con no parecer un panda… Se puso las botas, el abrigo, el bolso y fue hacia el metro, dispuesta a pasárselo bien. Todo lo bien que la incómoda situación que le aguardaba en el restaurante le permitiera.

* * *

Varias paradas después y una caminata de quince minutos, alcanzó el restaurante. Consultó el móvil antes de entrar, por curiosidad y por costumbre. Un mensaje:

JAIME
Yo ya estoy

Y varios de Víctor mofándose de ella. Lo odió un poco, pero con la sonrisa en la boca. Entró y sí, efectivamente, encontró a su jefe apoyado en la barra, charlando con Toni y algún periodista más. Ya estaban casi todos. Echando una ojeada rápida, les puso falta o retraso a Lidia y a Enrique. Lo de Lidia era lo habitual, lo de él no tanto. Saludó a su novio con un beso en los labios y al resto con un escueto «hola». Continuaron con su conversación y ella trató de unirse a las bromas y anécdotas sobre lo estirados que eran algunos representantes de actores, más que los artistas.

Cinco minutos más tarde, Lidia aterrizó cual estrella de cine, dándose una vueltecita para que todos admiraran su cortísimo vestido azul oscuro (casi negro, como el filme) y su estupenda melena que había alisado todavía más de lo que acostumbraba. Ada sonrió, a su compañera le encantaba exhibirse. Eran tan diferentes que en ocasiones le asombraba que se llevaran bien.

—Ya estamos todos, vamos para dentro —anunció Jaime.

El *maître* los condujo hacia las entrañas del local y los acomodó en una mesa rectangular algo apartada. Les comunicó que enseguida les llevaría la carta. Todos corearon para que el nuevo director presidiera la mesa, de forma que no le quedó otra opción más que sentarse en uno de los extremos, y la primera dama (ella) a su vera, por supuesto. Toni se colocó al lado de Ada y Lidia enfrente.

Faltaba Enrique para que estuvieran todos, su pequeño grupo de amigos de la revista. Nadie parecía darse cuenta de su ausencia. Ella disimuló su desconcierto como pudo. No obstante, Toni lo notó enseguida, Muy observador, como siempre. Se inclinó hacia Ada y le susurró:

—Paola tiene la cena del colegio donde trabaja. Está con la niña, no te ha dicho nada, ¿no?

Ada negó. Sintió alivio, sí: ya no tendría que convivir con Jaime y con Enrique a la vez. Sin embargo, era un alivio agridulce, mezclado con ese sabor que dejaba la desilusión. Tenía que admitirlo, era a él al que ansiaba ver en esa cena. Todos rieron ante una broma que alguien había hecho. Ella no se había enterado, pero sonrió por no desentonar con la fiesta.

GORKA

Dos horas de ensayo, transportar todo al garito y montarlo, probar sonido, repasar canciones… No podía más.

El sitio donde actuaban era pequeñito, buen lugar para pifiarla: no tendría mucho público para atestiguar su debacle musical, no se sentía capaz de tocar. Bueno, de tocar bien, hacer sonar la guitarra

podía hacerlo de cualquier forma. Se sentó en una silla al lado de Lewis, con un café que había traído del bar de al lado en un vaso de plástico. Había perdido la cuenta de cuántos llevaba.

—Mal día, ¿eh? —evidenció Lewis, que, como era costumbre en él antes de los conciertos, escuchaba música.

—El peor. No he dormido, he tenido una exposición en la uni y, para colmo, bronca con mi chica.

—¿Con Blanca? Si parece adorable.

—Tiene un genio, tronco…

Se revolvió el pelo y miró hacia Jess, que daba saltitos rápidos y pequeños. Ella decía que así calentaba cuerpo y voz. También hacía lo propio con la mente, pero eso lo hacía con ayuda química.

Damián hablaba con el dueño del local, Gorka supuso que de negocios. Si todo iba bien, podrían repetir allí, y eso les interesaba. Debían darse a conocer en Madrid, y puede que fuera de la ciudad también. Viajar un poco podría ser chulo.

Aunque no ese día. Ese día, Gorka solo quería dormir o morir, lo que fuera más rápido.

NURIA

El restaurante abriría en media hora y casi todo estaba listo. Solo algún fleco suelto, fácil de solucionar. Eduardo observaba a los trabajadores desde la barra. Él haría de maestro de ceremonias de ese *speed dating*.

Nuria había dado por hecho que todo lo que organizaban allí ya no estaba de moda con las aplicaciones para ligar que existían, pero se equivocaba. La gente, por encontrar a su media naranja, hacía cualquier cosa.

Dejó unas flores decorativas en una mesa y escuchó a su estómago protestar. Se había dado un atracón a mitad de tarde de galletas y porquería. Llevaba demasiadas horas sin meter nada en su cuerpo y permitir que permaneciera dentro; pues, mientras Ada se echaba la siesta, lo había devuelto todo. Ahora tenía experiencia en

provocarse el vómito, la dificultad venía a la hora de evitar a su compañera de piso. Lo bueno era que su amiga tampoco estaba mucho en casa.

Adelgazaba poco a poco. Su dieta y las carreras con David estaban dando sus frutos. Sabía que jamás tendría el cuerpo diez y se conformaba con eliminar lo sobrante, nada más. En parte, se sentía culpable por lo de vomitar, pero lo necesitaba.

Eduardo anunció que abrían, de manera que: ¡Todos a sus puestos! Los candidatos entraron en cuanto giraron la llave. Eduardo se aseguró de que no faltaba nadie y enunció las pocas normas que había que, básicamente, venían a decir que no se faltaran al respeto. Después, al azar, se sentaban a las mesas, dispuestas en círculo y con dos sillas en cada una, y comenzaban las citas. Siete minutos para conocerse y cambio de interlocutor. Después un cóctel como cena y una copa. Lo que sucediera a partir de ahí tendría que ser fuera del restaurante.

Durante el *speed dating,* Nuria tenía que servir bebida si alguien lo demandaba. La gente estaba tan enfrascada en preguntas manidas (¿estudias o trabajas?, ¿aficiones?, ¿qué años tienes?, ¿te gustan los perros?), que apenas pedía nada para saciar la sed. Le hizo gracia cómo funcionaba el tema. Era como ligar en un bar, aunque ya te ponían la mercancía disponible delante. Solo había que… conectar. Lo más difícil de todo.

Eduardo se acercó a ella con una sonrisa de anuncio de dentífrico que Nuria correspondió. Se apoyó en la pared y miró hacia las posibles parejas.

—¿Crees que alguno cuajará? Te pido tu opinión como experta.

—Soy psicóloga clínica, no una experta en técnicas de ligue.

—No te van mucho estos rollos. Lo percibí enseguida en la entrevista.

—Y, con todo, me contrataste —observó y Eduardo sonrió, enigmático—. No me van para mí, yo necesito más citas.

—Nadie sale ennoviado de aquí, es una forma de conocerse. ¿Tienes pareja? —Nuria negó con la cabeza, sorprendida, no esperaba preguntas tan personales de su jefe—. Igual puedes participar en una de estas, hay que probar cosas nuevas —bromeó.

—No creo —rio.

Uno de los clientes llamó su atención. Se movió para coger la comanda. Salvada por la campana, no le gustaba que Eduardo se interesara por su vida, confesar el desastre que era le parecía bochornoso.

GORKA

No podía más. Era un hecho. Cuando el dueño del local dijo eso de «cinco minutos y salís», se desmoronó. Enterró la cabeza entre las manos y apretó para controlar la jaqueca. Damián le advirtió de que se jugaba el puesto. Lewis lo defendió y se enzarzaron en una pelea absurda que ninguno iba a ganar. Mientras, aprovechando que los otros dos estaban a lo suyo, Jess se sentó a su lado. Levantó el puño a la altura de su rostro para que él lo viera. Lo abrió despacio y en su palma apareció una pastilla pequeñita.

—Tómatela y verás.

—No quiero mierdas, Jess.

—Tú sabrás, pero estás hecho una porquería. Aquí hay que venir a tope, y si no se está, hay que ponerse.

—Como tú, ¿no? —ironizó.

—No me mires por encima del hombro. Hay una gran diferencia entre lo que yo hago y depender de esto. Solo las uso para rendir y disfrutar, nada más.

—¿Hoy no hay coca? —Damián y Jess solían acudir a ella para «ponerse a punto».

—Sí, aunque no te veo metiéndote una raya ahora. Pilla agua y trágatela.

Jess le agarró la mano y depositó la pastilla en la palma antes de levantarse.

No podría explicar qué pensó su extenuado cerebro para hacer lo que hizo. Se metió la diminuta pieza de química en la boca, bien al fondo, cogió el botellín y bebió. Cerró los ojos un momento con el propósito de meditar qué estupidez acababa de cometer. Si ni

siquiera sabía lo que era. No tuvo tiempo de darle más vueltas, Lewis le tiró del brazo, empezaba la actuación.

No les fue mal. Se sintió tan vivo que tuvo miedo, porque quería más.

NURIA

Recogieron las mesas y limpiaron el local. Era la una y media, algo más temprano de lo que esperaba. Se planteó incluso llamar a Víctor por si habían salido y se podía unir a ellos. Sin embargo, al mirar el móvil, en el grupo de WhatsApp vio que sí habían quedado los tres (Pau, David y Víctor, Ada estaba en la cena navideña), pero para jugar a la Play en casa de David. Ese plan no le entusiasmaba.

Se quitó el uniforme y se puso sus vaqueros y su jersey azul. Seguro que hacía frío en la calle. A Nuria le gustaba el invierno porque podía disimular la imperfección de su cuerpo, aunque lo de la temperatura era otra cuestión.

Salió de los vestuarios con el abrigo sin abrochar y colocándose el fular. Agachó la mirada porque algo le molestaba en los pies y vio que llevaba el cordón de la bota de estilo militar desatado. Se agachó e hizo el nudo. Al incorporarse, se mareó. No un mareo de esos que se ven lucecillas y se va un poco la cabeza, no: un señor mareo, de los que la visión decide irse y todo se funde a negro, como en el cine.

Y se fundió.

Tanto que, cuando despertó, estaba tumbada en el suelo. Su compañera la abanicaba y Eduardo levantaba sus piernas para que la sangre le llegara a la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Marga, y paró de agitar el papel con el que le daba aire. Ella asintió. Su jefe acompañó sus extremidades hasta la superficie con delicadeza y ella se sentó—. Menos mal que Eduardo ha podido sostenerte, si no, te hubieras caído al suelo y…

—Gracias —susurró, y notó mucho calor en las orejas.

—Mira, ya le vuelve el color —se burló él—. Marga, si quieres vete a casa, ya cierro yo.

—¿No me necesitas? —se aseguró ella. Eduardo negó.

Su compañera los abandonó poco después, no sin antes volver a interesarse por su estado.

Eduardo la ayudó a levantarse. Le resultaba extraño estar a solas con él, era su jefe y se estaba portando demasiado bien.

—El otro día te mareaste, hoy te desmayas… —comentó.

—No es muy buena carta de presentación —reconoció ella—. Supongo que me pongo nerviosa y reacciono así —mintió.

—Nuria, ¿has cenado?

Se envaró. Vaya, qué listo era. No podía admitir sus múltiples problemas con la comida. No debía. ¿Y si la despedían? A maquillar la verdad:

—Merendé antes de venir.

—Te sacaré algo de cenar ahora.

—No es necesario —saltó antes de que Eduardo se moviera—. Comeré algo en casa y ya está.

—No me cuesta nada —insistió—. Aunque sea un sándwich, me quedo más tranquilo.

—No quiero molestar.

—Por Dios, esto es un restaurante, si nos molestara dar de comer a la gente…

Los dos rieron y ella se ajustó bien el abrigo, debía marcharse, ya había hecho suficiente ridículo.

—Gracias, pero no quiero que te quedes aquí más tiempo por mi culpa.

—Bien, tú ganas. Sin embargo, te pienso acercar a donde vivas, te pongas como te pongas. No te voy a dejar vagar por Madrid a estas horas y menos después de lo que te ha sucedido. He traído el coche. No lo suelo hacer, pero tenía unos asuntos que atender antes y, mira, al final me va a venir bien. Dame un segundo y nos vamos.

Nuria no tuvo opción a réplica.

Se apoyó en la barra. No podía volverle a ocurrir, no podía ir a trabajar sin comer. Por otro lado, no deseaba romper su rutina

privativa de alimento. A ver qué se le ocurría para solucionar el problema.

Su jefe regresó con el abrigo puesto, negro y largo, que lo hacía parecer aún más alto de lo que era. Cerró el local y la guio hasta su vehículo: un monovolumen azul oscuro con una sillita de bebé detrás.

—¿Tienes niños? —inquirió mientras se sentaba y se abrochaba el cinturón. Eduardo enarcó las cejas y metió la llave en el contacto.

—No, ¿qué te ha hecho pensar…? ¡Ah! La sillita —exclamó—. Esos asuntos de los que te hablaba han consistido en recoger a mi sobrino del cole, mi hermana no podía. Yo no tengo hijos, ni estoy casado ni nada por el estilo. Un lobo solitario. —Y rio al tiempo que maniobraba para incorporarse a la calzada.

—Puedes unirte a una de las cenas del bar, como me has ofrecido antes a mí.

—Lo he barajado alguna vez. Incluso llegué a descargarme Tinder. No obstante, creo que me pasa como a ti: me va lo tradicional.

—Ya.

No terminaba de creerlo, un tipo que tenía ese restaurante no podía ser muy convencional.

—¿Por qué no ejerces? —indagó él tras un largo (y nada incómodo, por otro lado) silencio.

Nuria tomó aire. La pregunta eterna.

—Porque quiero sacarme el PIR y para eso hay que estudiar, para lo que se necesitan horas. Y yo necesito un empleo, que me quita esas horas. Vivo con una amiga y ya sabes cómo está el alquiler en Madrid.

—Una chica independiente.

—¡Qué remedio!

—Eres muy joven, no sería extraño que vivieras con tu familia.

Nuria hizo una mueca: terreno pantanoso. Su familia era insoportable. Bueno, eso, su madre; su padre era una continua falta de asistencia.

—Deduzco que no te atrae la idea —continuó él—. Oye, puedo seguir dando vueltas sin rumbo, aunque si me chivas tu calle, igual

llegamos antes.

Nuria abrió mucho los ojos y soltó una carcajada. Era cierto, no le había dicho dónde ir, ¡qué torpe! Le indicó su dirección. No estaba muy lejos y enseguida llegaron, no había demasiado tráfico.

Cuando subió al piso, hizo un esfuerzo y, con mucho asco, se comió una manzana.

ADA

Jaime había acabado de risas en el otro extremo de la mesa.

Ella lo agradeció. Cada vez le apetecía menos estar con él en plan novios. En este momento, alabó su regla. Esta noche podría irse a casa a menstruar tranquila.

Ya iban por el café y la copa. Agitaba su *gin tonic* con suavidad mientras Lidia les contaba lo feliz que estaba con Gonzalo. Menuda máquina el hombre ese, según la periodista. Ella no dudaba de sus virtudes, aunque le parecía un caradura. Al final, alguien llamó la atención de su compañera, que se levantó; dejando solos a Toni y Ada, que se miraron y sonrieron.

—Esta Lidia —murmuró él.

—Es la leche. —Entonces, se acordó de algo—. Toni, he buscado el perfil de Íñigo en LinkedIn. ¿Tú me ayudarías a…?

—A jugar a detectives, ¿no?

—A mí me echaron la mierda encima con lo de las fotos, si quedo con él, igual me reconoce y…

—Quieres que vaya yo. ¿Y con qué excusa?

—Dile que pretendes contratarlo para un evento. Que tienes una empresa de… ¿fotografía nupcial?

—Sí, y que se venga a mi boda a hacer fotos, ¡no te fastidia! —protestó.

—Pues es bueno, menudo Insta tiene el tío.

—¿Desde cuándo planeas esto?

—Me aburro mucho y necesito mantener la cabeza ocupada —argumentó con una mueca divertida.

—Bien, lo haré. Mañana mismo lo contacto y me cito con él. En el fondo, soy un cotilla. ¿Qué quieres que averigüe?

—De qué conoce a Samuel y por qué tomó esas malditas fotos. Me huele mal, Toni. Puede que solo sea una teoría de la conspiración, pero yo creo que este tipo oculta algo. Hay una publicación en la que sale con Samuel.

Toni hizo un gesto de extrañeza. Ese dato de la foto con el actor con toda seguridad lo inclinaba a desconfiar. Y eso que él era de los que creían en la bondad de la gente hasta el final.

—Puede. ¿Algo más?

—¿Qué tal la despedida? —cambió de tema con un claro propósito: enterarse de qué había pasado esa noche.

—Muy bien.

—¿Y tus apóstoles? ¿Se comportaron?

—Si lo que quieres saber es si tu novio te fue fiel: sí, lo fue.

Ada carraspeó, estaba segura de que Jaime le era fiel. Ojalá no se lo fuera. La duda la tenía con otra persona, justo esa que no le debía fidelidad.

—¿Alguno ligó?

—Menos mal que voy yo a ver a Íñigo, eres nefasta sacando información —se burló Toni—. Enrique ligó. Con una tía…, bueno, de su estilo. Y, ¿sabes qué?: con mucha educación, la mandó a paseo; y cuando tú lo llamaste, o le mandaste un mensaje, no sé los detalles ya que él no me los ha querido desvelar, corrió a la calle como alma que lleva al diablo y habló contigo. Eso me inquieta bastante.

—Que no te preocupe, lo controlamos —mintió.

Tenía la respiración agitada. Imaginar a Enrique con otra le había hecho sentir enferma.

—Estás muy pillada, y él también. Vosotros veréis, pero os vais a meter en un lío mayúsculo. —La observó quedarse muda ante la evidencia—. Me voy a pedir otra copa, hoy no llevo coche —zanjó, y se levantó.

* * *

Media hora después, cambiaron el restaurante por una discoteca. Ada solía divertirse en las fiestas. Sin embargo, no estaba de humor. «Las hormonas», se repetía. Lo mismo que cuando decidió ver *La Sirenita* acurrucada en el sofá. Entonces ovulaba y ahora reglaba, hormonas por doquier.

Lidia intentaba bailar con ella (con ella y con todo el mundo) y, a ratos, conseguía que se animara y se uniera a las risas. No obstante, tras dos horas de beber cerveza sin alcohol (no quería emborracharse y liarla), decidió que era hora de retornar a casa. Otro año lo daría todo en la cenita de Navidad, esta no estaba siendo de su agrado. Se puso el abrigo y fue a despedirse de todos, de Toni y Lidia en especial, eran sus amigos.

Le quedaba Jaime, no podía hacer bomba de humo sin avisarle. Se acercó a él y sonrió para dulcificar su estampida.

—Me voy, tengo sueño.

—¿Ya? —se extrañó.

—Ya.

—Espera, que me voy contigo. ¿O te vienes a mi apartamento mejor? —propuso. Ella negó con la cabeza—. ¿No? Ada, ¿qué te sucede? Hace siglos que no vienes.

—Tengo sueño, te lo acabo de decir.

—Duerme conmigo.

—Estoy con la regla —le soltó al final.

Último recurso, eso le quitaría las ganas de fiestas en la cama. Había tíos a los que no les importaba, a él sí.

—¿Y? Ada, puedes dormir en mi casa sin que pase nada más. Solo quiero estar contigo. Porque… estamos bien, ¿no?

«¡No, joder, no. Jaime, tenemos que dejarlo!», le gritó desde el fondo de su mente. Abrió la boca para decirlo, y no pudo. Demasiada gente alrededor: estaban en una discoteca, era la cena de empresa, la empresa que él dirigía. No se merecía una humillación así, merecía una conversación, una explicación. Lo haría tras la boda de Toni, como tenía previsto.

Por enésima vez, lo que salió de su boca fue una claudicación:

—Muy bien. Te espero fuera, necesito aire.

Jaime le dio un beso en la frente y ella caminó hacia al exterior. Apoyada en la fachada, sacó el móvil y cometió la insensatez del día:

ADA
Qué tal la noche de juegos?

Pues parecía que no le hacía falta beber para comportarse como una idiota.

ENRIQUE

Había llevado una tarde de lo más entretenida desde que Paola se había marchado: había hecho los deberes con Estrella; habían pintado varios lienzos dignos de… de nada, en realidad, lo suyo no era el arte; y habían jugado con las muñecas. A continuación, había tocado baño, cena y película de dibujos animados. Estrella había decidido que era el momento de ver *Frozen*, otra vez. Por último, la había llevado la cama, la había arropado y le había contado un cuento rápido, ya era tarde. Como se enterara Paola de que habían trasnochado, para qué querrían más.

Él, aprovechando su ratito de tranquilidad, había sacado un libro. Uno de misterio: *El silencio de la ciudad blanca*. Llevaba ya la mitad y esperaba despierto a que Paola, su mujer según algunos papeles que había firmado tiempo atrás, regresara. Una cosa era que no se llevaran bien y que su vida conyugal fuera nula, y otra, que no le preocupara que volviera sola de madrugada. No era tan mala gente.

Le sonó el móvil: un *wasap*. Pensó que sería ella, pero no.

Era la otra «ella». La «ella» de verdad, el único motivo por el que le había fastidiado perderse la cena navideña.

ADA
Qué tal la noche de juegos?

ENRIQUE
Peor que la tuya seguro.

Te aburres tanto como para escribirme??

ADA
Me voy a casa de Jaime

De acuerdo: patada en el estómago. ¿Para eso le mandaba un mensaje? ¿Qué pretendía? ¿Una escena de celos por WhatsApp o un «que aproveche la noche, me da igual»? No se sentía con ganas de ninguna de las dos cosas. No tenía autoridad para demostrar celos y no, no le daba igual; así que no escribió nada. El silencio era la mejor reacción ante esa provocación. Dejó el móvil sobre la mesa de café y abrió el libro de nuevo. Había perdido el hilo.

Todos los hilos.

El ruido de las llaves titubeantes adentrándose en la cerradura lo sacó del bucle en el que su cabeza se había metido, ese en el que Ada yacía con su jefe en la cama. Con el hijo de Fernando, el cabrón que le estaba arruinando la vida.

Paola entró en el salón, bastante tocada. Enrique sonrió, era una escena bastante cómica verla bajarse de los tacones sin una pizca de equilibrio. Su mujer se percató de que la observaba y cruzó los brazos.

—¿Qué? —dijo ella.

—Estaba rico el vino, ¿no? —se burló.

—A ver si solo vas a poder disfrutar tú.

—Para nada. De hecho, deberías salir más.

—Te ha jodido quedarte con la niña y no ir a tu cena, ¿verdad? —insistió, con ganas de pelea. ¿Qué les pasaba a las mujeres esa noche?

—Que no, Paola, que no. Que he estado divinamente con Estrella.

—Mientes, porque a ti te gusta salir y follarte a todo lo que se mueve, pero te molesta que yo me divierta o que pueda llegar a echar una canita al aire.

Enrique rio con amargura. Ya estaba con lo mismo de siempre.

Se puso de pie y se aproximó a ella. Seguido, con tranquilidad, habló:

—Paola, puedes hacer lo que te plazca. Entre nosotros no hay nada ya, así que vete de fiesta, bébete un bar entero, tírate a quien te venga bien y déjame vivir a mí mi vida. Ya que no quieres liberarnos de esta tortura que se llama «matrimonio», no me eches en cara que intente ser feliz cuando no estoy aquí, en tu cárcel.

Avanzó por el pasillo para tumbarse en la cama antes de que ella se lo prohibiera y lo mandara al salón.

No le dio tiempo, notó volar algo detrás de él que aterrizó a unos centímetros de su cuerpo. El zapato de tacón de su esposa le había pasado por la derecha y no le había acertado por pura suerte, o por el alcohol. Violencia, lo que les faltaba. Paró en seco y se giró, conteniendo sus ansias de reprenderla.

—¡Que te jodan! ¡Cabrón! —gritó ella.

—No chilles, la niña está dormida.

—¿Papá? —la voz de Estrella sonó flojita, débil, asustada. Enrique se mesó la barba.

—Ya no. Voy, cariño —murmuró, y fue hacia el cuarto de su hija.

Paola lo alcanzó y lo agarró del brazo, clavándole las uñas.

—No vengas al dormitorio, no soporto tenerte cerca.

—La solución es fácil —le recordó él.

—Jamás —zanjó ella con los dientes apretados y se metió, hecha una furia, en el baño.

Él entró a la habitación de Estrella para tranquilizarla. La abrazó con cariño y le contó otro cuento, un cuento con un final feliz. Pobre Estrella, pronto se daría cuenta de que esos finales no estaban al alcance de todos.

VIII. DOMINGO, 16

GORKA

Despertó cerca del mediodía. El día anterior había salido de fiesta para celebrar su cumpleaños con algunos amigos; entre ellos, Ismail, Karen y Blanca, que parecía haberse tranquilizado tras la bronca del viernes. No obstante, todavía estaba distante. Él tampoco había puesto mucho de su parte para arreglar sus desavenencias, no porque considerara que no merecía la pena, sino porque tenía otra gran preocupación ocupándole la cabeza: se había drogado conscientemente y la sensación había sido… liberadora. Esto le angustiaba, pues se conocía y sabía que, tarde o temprano, desearía repetir.

Abrió la ventana de su habitación y se encendió un cigarrillo. Sus padres no le permitían fumar en casa, pero él hacía caso omiso. Tenía el móvil inundado de *wasaps* de gente que lo felicitaba, así que empezó a contestar uno detrás de otro. Hasta que llegó al de Jess.

JESS
Felicidades, mi Slash

Y una foto de un Funko Pop del guitarrista acompañada de la siguiente información:

Este es mi regalo, ven a buscarlo.

Y, si quieres, puede haber más…

Gorka expulsó el humo y, al apoyarse en la pared, se dio un cabezazo.

—Mierda —susurró y se frotó el cogote.

GORKA

No puede ser, Jess, pero el muñeco me lo quedo

JESS

Se acerca el día en el que querrás, y podrás

Una sonrisa tan tonta como involuntaria se dibujó en su rostro. Le flipaba el tonteo con su compañera, era de lo más estimulante.

Dos golpes en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento. La voz de Marco:

—¡Tío, sal ya! Que es tu cumpleaños y te estamos haciendo todo nosotros, los invitados —protestó.

Gorka apagó el cigarro y dejó el teléfono en el cuarto. No estaba de humor para reuniones familiares, cada vez que se acordaba de la pastilla… No obstante, no le quedaba otra que aguantar y disimular.

Ayudó a poner la mesa y, justo cuando terminaron, Ada llegó. Tenía el don de aparecer cuando todo estaba ya hecho.

Le regaló una camiseta de Extremoduro firmada por Robe. Joder, su hermana se lo curraba cuando quería.

—¿Cuándo te la firmó? —quiso saber. Ella se encogió de hombros, no iba a desvelárselo.

—¿Qué tal el concierto del viernes? Me hubiera gustado ir, pero tenía la cena —comentó Ada.

—Bien. —No quería hablar del viernes. Ni de coña.

—Tú, Marco, ¿has ido a verlo?

—Nunca me invita.

Gorka se giró hacia él, sorprendido.

—Puedes venir cuando quieras, mamón —le espetó.

—Haya paz —les rogó su madre—, estamos de celebración.

—Oye, papá, ¿has visto los dibujos tan chulos que hace Marco? Igual ya tienes un heredero para el estudio de tatuajes —le informó Gorka a sabiendas de que su hermano guardaba bien en secreto lo de su don con los lápices, algo que él no comprendía.

Marco le lanzó una mirada asesina.

—Pues no me los ha enseñado, luego les echo un vistazo.

No hablaron mucho. Sí comieron, se empacharon a tarta y café, y más tarde recogieron entre todos, de eso no se libró su hermana.

Cuando se estaba poniendo el abrigo para irse, Ada le pidió que la acompañara hasta el metro, por aquello de pasar juntos un rato el día de su cumpleaños. Él aceptó a regañadientes. Se puso la chupa de cuero que, por supuesto, no le iba a librar del frío, y salió de mala gana de casa.

—¿Qué te ocurre, hermanito? —indagó ella.

Genial, ahora iba a resultar que su hermana era tan intuitiva como Marco. Él que pensaba que era una despistada de cojones.

—Nada.

—Eres muy joven para estar tan de mala leche el día de tu cumpleaños.

—No estoy de humor para agasajos, Ada. Sin más.

—¿Todo bien con Blanca?

Gorka bufó. Podía contestar que sí o que no, cualquier respuesta valdría y no sería mentira; sin embargo, estaba tan enfadado que respondió atacando.

—¿Y tú con Jaime? ¿O con el otro? Los puedes traer a los dos a casa la próxima vez.

—Bueno, ya está. ¿Quién eres tú para meterte con lo que yo hago? Me he pispado de cómo te miras con la cantante, y eso no es cosa de química musical. Así que deja de juzgarme.

—Qué sabrás tú.

—Si me lo cuentas, lo sabré.

—Tú tampoco cuentas mucho, hay que pillarte en pleno concierto morreándote con un tío que no es tu novio.

Ada alzó los ojos hacia el cielo y asintió lentamente. Gorka miró hacia otro lado, distrayéndose con la gente que pasaba por las calles colindantes, los murmullos… No entendía por qué había reaccionado

tan mal. Él no solía buscar gresca, y menos con su hermana. De hecho, ella tenía toda la razón, no estaba bien juzgarla de ese modo. Estaba tan nervioso por culpa del arrepentimiento de haber tomado esa puta pastilla… Sintió una mano en su hombro y volvió a fijarse en Ada.

—Si quieres hablar, llámame. Estoy aquí —sentenció ella y bajó corriendo las escaleras de la boca del metro.

PAU

Decidió hacer caso a David y pasar tiempo con Sergio. Había trabajado por la mañana y, tras rechazar la propuesta de Ágata de ver una peli en su apartamento, se había llevado a su hermano a comer por ahí (a una hamburguesería, la economía era la que era) y ahora estaban jugando en la cancha cercana a su casa. Pau siempre ganaba, aunque esta vez intentaba fallar algo más de lo normal para que Sergio estuviera contento. Poco le duró la treta.

—¿Lo haces adrede?

—No —mintió.

—¡Venga ya, Pau! O te has quedado ciego de un ojo o me estás dejando ganar.

Rio y botó el balón un par de veces antes de tirar… y encestar: triple. Recordó cuando entrenaba en el equipo del colegio y del instituto, y cuando tuvo que desapuntarse porque no podía pagar la inscripción. Los padres de Víctor se la regalaron dos años más y, entonces, él tuvo que borrarse definitivamente para ponerse a currar. Su vida era una concatenación de renuncias.

—Igual sí que te he dejado un poco —reconoció.

—No lo hagas.

—De acuerdo, iré a muerte contigo. —Hizo una pausa y decidió ir a muerte en todos los sentidos—: ¿Qué tal con José?

Sergio ladeó la cabeza. Era evidente que no quería hablar de eso con él. ¿Mala o buena señal? No podía adivinarlo, necesitaba una respuesta.

—Bien.

—¿Qué haces cuando estás con él?

—Paseamos, comemos, jugamos al baloncesto. Juega peor que tú.

—Menos mal… —musitó.

—¿Por qué lo odias tanto, Pau?

—No es que lo odie. —Meditó un poco antes de seguir. ¿Cómo explicárselo sin enfadarlo?—: Cuando yo conocí a José, él no era buena persona. Estuvo en la cárcel, ¿sabes?

—Me lo ha contado, dice que se equivocó, pero que ha aprendido la lección. Por eso quiere que me vaya con él. Tiene un piso de dos habitaciones, ha preparado una para mí. Yo creo que es buena idea. Podría estar con él algún fin de semana, ¿no?

Pau apretó los dientes. Botó la pelota con rabia, sin hablar. Le había sorbido el cerebro a su hermano. Él no iba a permitir que se lo llevara. No.

—No creo que sea adecuado.

—¿Por qué? —protestó Sergio.

—No me fío de él —confesó. No debió hacerlo, aunque lo hizo.

—Yo sí, y soy yo su hijo, no tú. Lo que te ocurre es que tienes envidia porque tu padre no ha vuelto a por ti.

Se quedó blanco. ¿Esto también se lo había dicho José?

Caminó hacia Sergio. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no gritar, para no ceder a los nervios que se le estaban apoderando. Si se comportaba como un energúmeno, su hermano se lo contaría a José y este tendría un arma nueva para atacar.

—No, Sergio, no es eso para nada. Yo no echo de menos a mi padre. Sin embargo, sí que te echaría en falta a ti si te fueras con él, por eso estoy peleando para que te quedes conmigo y con mamá.

—Mamá…

—Sí, mamá. Mamá nos quiere a pesar de todo. Jamás se ha ido, podría habernos abandonado y no lo ha hecho. Piénsalo.

—Igual hubiera sido mejor que se hubiera largado. —Silencio. Un silencio que duró un siglo, o eso se le antojó a Pau, hasta que Sergio volvió a desplegar los labios—. ¿No te marcharás con tu novia?

—¿Otra vez con eso? Que no me voy con nadie. Y si me voy, tú, conmigo.

Sergio sonrió por primera vez desde que habían comenzado a hablar y lanzó el esférico. Falló. Pau recuperó la pelota y se la pasó para que volviera a probar. Mientras apuntaba, preguntó:

—¿Me la presentarás?

—A ver si le vas a molar tú más que yo —bromeó.

—Yo soy muy pequeño.

—Vale, te la presentaré. Aunque más adelante, todavía no tenemos nada formal.

—Seguro que es guapa.

—Muy guapa —murmuró mientras veía el balón colarse por el aro.

IX. MIÉRCOLES, 19

PAU

No sabía cómo comportarse en ese sitio. Se lo había imaginado más parecido a lo que se veía en las series de policías de la televisión, con delincuentes sentados en bancos, esposados, esperando su turno cual oveja en el matadero. No era así. Los juzgados eran como un edificio de oficinas, con gente que iba de un lado a otro, trajeada; algunos, sonrientes; otros, estresados. No distaba mucho de lo que había visto en el bufete de David.

Pau, Sergio, Nati y el abogado habían tenido que pasar sus pertenencias por un escáner y sus cuerpos por un detector de metales para poder acceder al lugar. José había sido citado más tarde, gracias a Dios.

David los había guiado hasta la puerta frente a la cual tendrían que aguardar. Allí, un psicólogo hablaría primero con Sergio y después con Nati.

Pau había obligado a su madre a ducharse, a peinarse, a maquillarse, a desayunar café solo sin licor y a echarse colonia. Aun sobria, olía a alcohol. Debían de ser los restos que quedaban tras años ingiriéndolo.

Él se acercó para leer la placa que identificaba al ocupante del despacho. Era una mujer: Alejandra Castán Robredo. Esperó y deseó que sintiera empatía por su pobre madre que, sentada en una

pequeña silla como las de la sala de espera del ambulatorio, apretaba el bolso contra su regazo, nerviosa, conteniendo el síndrome de abstinencia. Sergio estaba acomodado al otro lado, charlando tranquilo con David sobre algo de la NBA.

Habían llegado pronto para dar buena impresión. Los llamaron con cinco minutos de retraso. La psicóloga resultó ser una mujer de unos cuarenta años, con el pelo color castaño claro, cortado a media melena y ondulado, con gesto afable, bastante alta y fuerte. Llamó a Sergio y le pidió que entrara. Inspiraba confianza y eso gustó a Pau. Aunque, para ser psicólogo, debía ser un requisito el aparentar ser buena gente.

Pau sonrió a su hermano para infundirle ánimos. Sergio se levantó cansinamente (maldita cuasi adolescencia) y se adentró en el despacho. La doctora Castán, con un escueto «cuando finalicemos les aviso y será su turno, Natividad», se despidió y cerró.

Entonces, Natividad dijo algo que Pau no necesitaba oír:

—No sé para qué hacemos esto, no me van a dar la custodia.

—Mamá, vale ya, céntrate en parecer una madre normal. Ni siquiera una madre ejemplar, con normal me sirve.

—Necesito beber algo —protestó ella.

—Ni de coña. Tú ahí sentada, quieta —ordenó sin levantar la voz —. No montes una escenita aquí.

—José es mejor que yo para tu hermano.

—Es un de-lin-cuen-te. —Separó las sílabas para que calaran hondo porque no podía gritar, que era lo que ansiaba—. Tú supera este trámite y yo seguiré haciéndome cargo de todo. ¿Qué vas a hacer si no? ¿Renunciar a tu hijo? Eso va contra natura.

—Una madre sabe lo que es mejor para sus…

—¡Oh, sí! Tú lo sabes, fijo.

—Suficiente —intervino David—. No es el momento de discutir. Nati, por favor, haz lo que te ha pedido Pau. Hasta ahora no os ha ido tan mal, y separar a Sergio de su hogar no será bueno para él.

—¿Qué hogar? ¿Uno en el que ve a su madre borracha cada día? —evidenció ella.

Pau se rascó la barba, furioso. No. Su madre no podía derrumbarse o lo perderían todo. En su cabeza sonaron todo tipo de

improperios. Los mantuvo dentro, explotando como descargas eléctricas. La vida le superaba y perdía los nervios demasiado a menudo. Él quería seguir viendo los juzgados por la tele, no quería formar parte del elenco de hombres chungos que los pisaban.

—El hogar que Pau le da —aportó David—. Si no lo quieres hacer por ti, hazlo por él —zanjó el abogado, y contempló a Nati con esos ojos azules cargados de súplica. Ninguna mujer (u hombre) rechistaría a eso, y Nati no lo hizo.

Cuando se abrió el despacho, Sergio apareció con buena cara. No daba signos de haberlo pasado muy mal. Seguramente, la tal Alejandra tenía mano con los adolescentes y los preadolescentes, era su trabajo. La psicóloga le hizo un gesto a Nati para que entrara. Ella asintió y, sin mirar a nadie, se introdujo en la sala. Pau sintió cómo se le cerraba la garganta. Tenía miedo. Mucho miedo.

VÍCTOR

Iban a parar el rodaje por Navidad. Él lo agradecía, así podría estudiar algo. Tenía que terminar la carrera sí o sí, demorarlo más se le hacía impensable. Luis acababa de comunicarles las fechas exactas de sus vacaciones. Ah, y cuándo era la cena de Navidad: el veintidós de diciembre, Día de la Lotería. Víctor no había hecho planes. Creía recordar que Ada tenía boda y que Nuria trabajaba. David se las apañaría solo con sus «contactos» y Pau… Pau ya tenía bastante. A estas horas estaría en el juzgado con su hermano y su madre, pobre. Después de pasarse la vida currando como un cabrón para Nati y Sergio, ahora venía ese malnacido a exigir la custodia del niño. A Víctor le reventaba tanta injusticia. Y no poder ayudar en nada, todavía más.

Leticia apareció a su lado. Ojos fríos, rencor acumulado por ese beso con Samuel impreso en las revistas. Todo el mundo había aceptado que había sido una estupidez, un error de Víctor: Samuel no era gay. ¿Cómo iba a serlo, por favor? Era el prototipo de hombre heterosexual, masculino e incluso machista a ratos, de los que ve a

las mujeres como un mero entretenimiento. Víctor se reía para sus adentros de esas equivocadas figuraciones. Había mucho homosexual machito por el mundo. Joder, a él le gustaban esos. Le gustaban los tíos que exudaban testosterona y, generalmente, esos eran los que no salían del armario. Hombres poco convenientes, aunque muy apetecibles.

—Samuel ha pedido que se le lleve esto al camerino —le informó su compañera con tono metálico.

—Llévaselo, entonces —contestó él, concentrado en otra tarea.

—Quiere que se lo lleves tú.

Víctor levantó la vista. Era ropa. Supuso que se tendría que cambiar para la siguiente escena que le tocara. Vaya con los caprichos del niño. Agarró la percha de mal humor y tiró los papeles que estaba revisando a la mesa que tenía delante. Caminó con paso enfadado hasta el camerino y llamó con fiereza. Nadie contestó. Abrió: vacío.

Suspiró aliviado y fue a colgar la ropa en el perchero del fondo. Escuchó la puerta cerrarse. Ya no estaba solo, dedujo.

—Víctor.

—Samuel. —Se volvió para introducirlo en su campo de visión.

—Jamás me acostumbraré a lo bonita que es tu mirada.

—Ya.

Quiso hacerle ver que esos jueguecitos no surtían efecto con él, que, si quería seducirlo, tenía que emplear otro tipo de armas. Pero lo cierto era que sí lo hacían.

—¿Vas a la cena de Navidad?

—Sí, cualquier excusa es buena para salir, ¿no?

Se encaminó hacia la puerta, dispuesto a abandonar el camerino sin hablar más. Samuel no era bueno para él, solo eran complicaciones: perder su trabajo, tirar de un hombre que se escondía del mundo…

El actor atrapó su brazo para impedirle que avanzara más.

—Me canso de verte por aquí y no poder hacer nada —le susurró —. Quiero estar contigo.

«¿Cómo que "estar"? ¿Ahora "estar" es un eufemismo de "follar"?», se cuestionó él.

Samuel se colocó frente a él y le acarició el brazo que antes agarraba. La caricia ascendió hasta el cuello y apoyó sus dedos fríos en la nuca de Víctor, atrayéndolo hacia él.

—Voy a besarte —le avisó.

—Ya estás tardando —lo provocó Víctor, que, para su desgracia, lo estaba deseando. Y Samuel lo hizo.

* * *

Cuando Víctor abandonó la sala solo podía preguntarse qué narices había ocurrido ahí dentro. No entendería jamás a Samuel, o quizás no se comprendía a sí mismo. Primero quiso apartarse de él, luego acercarse, después alejarlo de nuevo… Y ahora… Ahora quería volver a ese camerino y arrancarle la ropa a ese tío. Mala idea, que estaba en pleno horario laboral.

Pensando en esto, le entró la risa.

PAU

José llegó al juzgado con antelación. Pau puso los ojos en blanco, el que faltaba para completar su ruina. Saludó a David con un educado apretón de manos y besó a Sergio en la cabeza. Luego fue hacia él, que se limitó a levantar la barbilla.

—Veo que has venido con todo el séquito —dijo el expresidiario.

Pau alzó las cejas, sorprendido.

—¿«Séquito»? Se nota que te aburrías en la cárcel, ¿no? Antes te costaba juntar dos frases.

—Sí, aprendí mucho allá. Y de muchas cosas.

Acto seguido, se sentó junto a Sergio, marcando terreno.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó. Antes de que el chico abriera la boca, Pau se lo impidió.

—No digas nada. Lo que ha ocurrido allí dentro es secreto.

—Entonces tampoco te lo contaré a ti —murmuró Sergio. José soltó una carcajada sonora. Insultante.

—No me lo digas. Mejor.

Nati salió poco tiempo después, tiempo en el que José y Sergio se contaron lo que habían hecho esa semana. Tiempo en el que él se quiso morir: se llevaban bien, se compenetraban.

Alejandra llamó a José, que le dio un amoroso abrazo a su recién estrenado hijo y entró al despacho, no sin antes decir un: «Este fin de semana nos vemos; si tu hermano nos deja, claro».

Maravilloso. Ahora iba de víctima, lo que le faltaba. En cuanto la puerta se cerró, se puso en pie. Quería largarse ya, y eso hicieron.

David los acompañó hasta la salida y, en la calle, Pau le solicitó a su madre que se adelantara con Sergio, necesitaba hablar con su abogado.

—¿Cómo lo ves?

David entornó los ojos, demasiado claros para soportar el blanco sol de diciembre.

—No he estado ahí dentro, no sé qué han hablado. Sin embargo…, tu madre no está muy por la labor de que esto salga bien.

—Soy consciente de ello.

—Pau, pide la custodia. Por favor.

—No puedo, no puedo —se repitió—. ¿Qué hago yo con semejante responsabilidad?

—¡Pero si ya la tienes, coño!

—Déjalo, David. Vamos a ver cómo va todo y luego…

—Puede que luego sea tarde. —Pau sintió que esas palabras eran como estacas clavándose entre sus costillas. Incluso le costó coger aire. David sacudió la cabeza antes de hablar de nuevo—: Oye, ¿ha vuelto a hacer algo José por lo que pienses que te sigue o…?

—Ya no —admitió.

Quizás la otra vez solo fueron paranoias suyas. Se frotó el entrecejo y miró al suelo. Siempre era todo tan difícil… ¿Por qué no tenía unos padres forrados como los de David? ¿O unos normales como los de Víctor? ¿O unos modernos como los de Ada? Incluso se conformaba con los divorciados de Nuria. No, a él le tocaba la china de los maleantes y borrachos. Bueno, y el padre ausente.

Se despidió rápido de David y, en dos zancadas, alcanzó al resto de su desestructurada familia.

ENRIQUE

Fernando lo citó en un bar de su zona de gente de bien. Por algún extraño motivo no quería que se vieran en su chalet, como era habitual.

Lo esperaba con un café sobre la mesa. Enrique se sentó enfrente y pidió otro, descafeinado. Acababa de comer y tras esa charla tendría que volver a la redacción a acabar una pieza. Había que dejarlo todo perfecto: el sábado no iba a trabajar, era la boda de Toni, y el viernes tenía una entrevista con dos actores de *Amar es para siempre*. Seguramente, iría sin fotógrafo, alguno de agencia les vendería las fotos.

Toni había cogido tres días de vacaciones antes de la boda y después todavía le quedaban quince días de permiso por matrimonio. Por ese motivo, Ada estaba sobrecargada. Su compañera iba y venía por la redacción con su cámara que echaba humo. Ni siquiera habían hablado desde ese mensaje tan inoportuno que le había mandado. La chica de las contradicciones: un día le decía que iba a dejar a Jaime, y poco después que se iba a casa con él.

Frenó esas ideas y se obligó a recordar que ese hombre que tenía enfrente era el suegro (suegro igual no, pero a efectos prácticos…) de la mujer en la que pensaba.

—Te veo muy recuperado —reconoció Enrique.

El aspecto de Fernando había mejorado, remontaba tras el infarto.

—Gracias. ¿Qué tal Paola? ¿Y la niña?

Enrique torció el gesto ante tanta formalidad, tenía ganas de acabar. Por eso fue al grano:

—Bien. Y la revista, también bien, por si te lo preguntas. ¿Cuándo tengo que ir a recoger…?

—No tienes que ir a recoger nada —le cortó. Por un momento, Enrique sintió un alivio tal que creyó que iba a llorar de alegría. ¿Habían terminado por fin? ¿Era libre?—. Comprenderás que, si me gasto parte del dinero en pagar a Julia, no tengo para comprar nada

más. Podría extraerlo de la revista, sin embargo, tenías razón en algo: Jaime está ojo avizor. Así que, por ahora, no hay más entregas.

—Bien.

—El viernes he concertado una cita con Mario. Les explicarás lo que ocurre.

—¿Cómo? ¿Quieres que vaya a ver a esos hijos de puta y les diga que no les vamos a proporcionar el material? Me matarán. —El aire no le entraba bien en los pulmones, le comenzaron a sudar las palmas de las manos. Ansiedad lo llamaban. El mal del siglo XXI.

—No te matarán. Esta vez no, al menos. Solo ha sucedido en una ocasión. Por muy mafias que sean, no van quitándose a la gente del medio con tanta facilidad, esto no es *Narcos.* Encontraré una manera de burlar a Jaime y todo volverá a la normalidad.

«Porque dejarlo ni te lo planteas. Jodidos ricos que solo buscan más dinero», maldijo para sus adentros. Él no tenía tan claro el salir ileso de esa reunión con Mario. No obstante, no cabía otra opción, era el trato que había aceptado años atrás. Cuánta mierda tuvo que tragar entonces. En aquel momento asumió que sería para bien. Y ahora… Estaba atado de pies y manos.

—Fernando, mi vida es la que está en juego.

—Te lo creas o no, tampoco quiero que te pase nada. No me gustaría cargar con una muerte a mis espaldas.

Lo había dicho tan tranquilo, como si un asesinato fuese algo que no se salía de lo ordinario. Además, sería un asesinato por sus caprichos, tanto económicos como sentimentales: no había que olvidar que el factor amante era lo que complicaba todo lo demás.

Apuró el café y fue a sacar la cartera para pagar.

—Invito yo —dijo Fernando, moviendo la mano de arriba abajo para disuadirlo. No discutiría, que abonara un café, su vida valía algo más—. Te mandaré un mensaje…

—Con el día, la hora y la ubicación. Lo sé.

Enrique se levantó, dispuesto a marcharse. Su antiguo jefe en lo legal lo detuvo con una última frase.

—Nos vemos el sábado en la boda.

Cierto, él también estaba invitado. Un día genial el que se presentaba el sábado, ¿no? Coincidir ahí con Fernando, Jaime, Ada,

Paola…, el sueño de cualquier hombre. Al menos, era el Día de la Lotería, podía ser que le tocara el gordo y tuviera una posibilidad escaparse de ese infierno. Con Estrella y Ada, eso sí.

Abandonó la cafetería rumbo al coche. Mejor no darle vueltas.

X. VIERNES, 21

ÁGATA

Vivía en un piso pequeñito: una habitación, salón-cocina y baño con ducha, nada de bañera. Su madre lo había comprado cuando estaba allí, en Madrid. Valy y ella dormían en la habitación, mientras que su progenitora lo hacía en el salón, en el sofá cama. Así, sin lujos, había pasado su niñez y adolescencia, y ahora le venía bien porque no pagaba alquiler. Esto le permitía una vida cómoda con un trabajo mediocre, que eran los que siempre conseguía.

A veces se preguntaba dónde habían quedado sus sueños. No se consideraba una chica gris y aburrida, aunque sí que había perdido algo de brillo con el tiempo. Era muy joven (veintiún añitos) como para no querer luchar por nada.

De niña siempre quiso bailar. Aprendió baile clásico, hasta que le cansó. Fue así, de repente: un día se despertó, se dio cuenta de que ponerse el tutú ya no tenía sentido, y lo dejó.

Se apuntó a varios coros, por aquello de que le gustaba cantar. Sin embargo, pese a que su voz empastaba a la perfección con las del resto, no era lo suficientemente buena como para ser solista, y se desanimó.

Abandonó el instituto sin acabar el Bachillerato de artes. Nada de carrera universitaria, una Formación Profesional de Grado Medio para conseguir ser secretaria. Adiós a sus aspiraciones artísticas.

No podía decir que hubiera renunciado a ellas por obligación, había sido porque era consciente de que jamás destacaría en nada como para ganarse el pan con ello. Era realista, y por eso ya no peleaba. Porque en esos momentos le daba igual ser secretaria que camarera, así que: a la mierda, a vivir de lo que se pudiera.

No obstante, alguna vez, a escondidas de su lado práctico, sacaba de su caja las zapatillas de ballet y el tutú. Lo echaba de menos. Cuando renunció a ello no fue consciente de cuánto lo iba a extrañar. Tiempo después, con la perspectiva que le dio el tiempo, sucedió: se percató de que, sin el baile, estaba incompleta. Igual fue eso lo que le pasó a Valy con su novio, lo que le hizo huir a Italia tras cortar la relación.

Por eso estaba ella sola en ese apartamento, sentada en el suelo, con un cigarrillo encendido. No fumaba mucho, solo cuando estaba triste o nerviosa. No solía sucederle lo primero, sí lo segundo.

En este momento sentía una mezcla de las dos cosas.

Sonó el timbre. Apagó el cigarrillo, abrió la ventana para disimular el olor y se fue hacia la puerta. Esperaba a Pau, lo había convencido para comer juntos antes de ir a trabajar. Sí, la palabra era «convencido», porque él no estaba por la labor. Le gustaba ese chico, era buena persona, atento y muy guapo.

A ella siempre le habían atraído los niños buenos, aunque Pau se lo estaba poniendo difícil. El tormento por el que atravesaba su familia hacía que se comportara de manera hosca con ella.

Ágata tenía mucha paciencia. El problema era que también llevaba mucho tiempo sin meter un hombre en su cama, y esto empezaba a necesitarlo.

Pau entró. Parecía tan grande en esa casita de muñecas que Ágata se rio al verlo echar un vistazo a sus reducidas estancias.

—No mires tanto, que no hay más. Hall-salón-cocina, todo en uno. Y el baño y el dormitorio, luego te los enseño.

—Está genial —dijo él.

—¿Qué tal estás? —preguntó Ágata.

Pau no había querido contarle mucho de su excursión a los juzgados. Era muy reservado, pero ella intuía que la cosa no había ido como esperaba.

—Cuando no pienso en todo lo que se me viene encima, estoy bien.

—Entonces, hoy no pienses. Mañana me voy a Milán y no quiero verte mal.

—Que te marches tampoco mejora las cosas. —Pau la abrazó y ella se acomodó en su inmenso pecho. De ese día no pasaba, iba a quitarle toda la ropa y a satisfacer sus deseos. Los de los dos—. ¿Qué has cocinado? Huele bien.

—Paella.

—¿Me lo dices en serio? —se extrañó él y Ágata volvió a reír.

—Que noooo. Pasta, que es más mi estilo.

Ágata sirvió la comida. Macarrones a la boloñesa, eran una apuesta segura. Había comprado vino; no podían emborracharse (tenían que trabajar por la tarde), aunque un poquito…, para animarse, vamos.

De súbito, fue consciente de que todo lo que había preparado era una encerrona para Pau y la asaltó la culpabilidad. Le duró unos minutos la sensación, pocos. Sabía que, después, Pau también lo iba a disfrutar.

Cuando dieron cuenta de la comida, recogieron la mesa y ella dejó todo en el fregadero. Seguido, lo miró con sus ojos felinos.

—¿Vas a fregar? Puedo hacerlo yo —se ofreció él.

—Falta el postre —dijo ella.

—¿Y qué hay?

Ágata dio dos pasos, los que los separaban, y se colgó de su cuello para besarlo. Bajó una de las manos por la espalda y la acarició. Pau estaba fuerte, no había que descamisarlo para darse cuenta. No era un musculitos, pero no tenía ni un ápice de grasa.

—Vamos al dormitorio —le susurró al oído tras ponerse de puntillas. Le agarró de la mano y tiró de él. Pau no se movió. «No me fastidies», pensó—. Vamos…

—Ágata…

—¿Qué? Estamos solos y llevamos juntos ya un tiempo. No me sueltes otra vez que quieres que sea especial —le advirtió al ver que desplegaba los labios.

—Es que…

—¿De verdad? —se quejó—. Hombre, yo entiendo lo de darnos un par de semanas de margen, aunque ¿tanto? —Ágata no estaba enfadada. Estaba ardiendo, lo que, en esos momentos, era peor.

—Lo siento, no… No tengo ganas.

Ágata alzó las cejas y liberó la mano de Pau, que cayó inerte al lado de su cuerpo. Se cruzó de brazos y fue directa al sofá, a sentarse, a meditar el rechazo. No era creída ni tampoco tonta: objetivamente, fea no era. De hecho, era bastante más guapa que muchas chicas. Vamos, que era apetecible, que acostarse con ella no era una tortura de esas a las que un tío diría «no tengo ganas». En su cabeza sonó como una burla hacia Pau, quien se agachó frente a ella con carita de niño bueno, lo que le removió algo por dentro. Vaya, ahora le iba a dar pena él, cuando ella era la rechazada.

—Todo esto de mi hermano me afecta. Te dije que no creía que fuera buena compañía.

—No es eso, Pau. —Ágata, ya más relajada en lo que a la mente se refería, pudo pensar con claridad. El sexo no era todo, ¿no? Pau era un amor, estaba pasando una mala racha, su obligación era ayudarle. Era lo que hacían las parejas—. No te preocupes, aguardaré lo que necesites.

—No voy a pedirte que esperes; si quieres dejarlo, lo entenderé.

—No quiero dejarlo, me gustas mucho —murmuró ella y se inclinó para besarlo en los labios. Un beso lleno de cariño, sin ninguna intención más.

Pau se sentó a su lado y ella se recostó sobre él. No podía evitar pensar que él la empujaba fuera de su vida continuamente, y ella… Ella se había rendido con el ballet y con el canto; y sabía que, si veía que esa relación no avanzaba por culpa de los miedos de Pau, tendría que rendirse con él, muy a su pesar.

ENRIQUE

Hacía frío. Bastante, además. Era diciembre y de noche. Lo habían citado en la urbanización de siempre. La ubicación pocas veces

cambiaba. Lo diferente en esta ocasión era que no cargaba con bolsas. Iba a plantarse frente a Mario y sus compañeros con las manos vacías.

Quizás por eso estaba aún en el coche, sujetando el volante. No iba a morir, todavía no. Si se lo repetía, terminaría por creérselo. Realmente lo pensaba, no podían matarlo a la primera de cambio.

No obstante, sí podían hacerle daño. Enrique no tenía miedo al dolor. Había recibido alguna paliza de (más) joven; no por *bullying* ni nada por el estilo, había sido porque se había metido en líos. Los problemas habían sido su especialidad desde los dieciséis hasta los veintitantos años, cuando Fernando había acudido a su rescate y había comenzado una nueva etapa de su vida con empleo, sueldo y esclavismo. Porque lo que le hacía Fernando…

Miró el reloj. No podía demorarlo más, lo que tuviera que ser, que fuera. Fin del drama.

Salió del vehículo, cogió el abrigo y se lo abrochó hasta arriba, cubriéndose con la cremallera hasta la boca. Cuando soltaba el aire, exhalaba vaho. Caminó hasta el garaje, llamó y le abrieron tras hacerle esperar, como era la tónica habitual. Al fondo, Mario aguardaba de brazos cruzados. Enrique no sabía muy bien si Fernando le había adelantado el porqué de esa visita o le había cedido el dudoso honor a él.

—Buenas noches —saludó.

—¿Y la mercancía? ¿O es tanta que hay que ir a buscarla a tu buga? —inquirió Mario. Enrique dedujo que no estaban al tanto de la situación.

—No, no será necesario. No hay mercancía.

No se había aproximado lo suficiente, no quería estar cerca del mafioso cuando explotara su ira, que iba a ser en tres, dos, uno…:

—Perdona, ¿puedes repetir eso?

—No hay mercancía. Fernando no ha podido hacerse con ella este mes. Lo solucionará pronto.

—No me interesa lo que tengas que decir después de «no hay mercancía». Es bazofia, mierda, basura. Como lo quieras llamar. —Mario abandonó su posición, salvó la mesa que los distanciaba y avanzó hacia él. A continuación, habló dando vueltas a su alrededor,

como un tiburón rodeando a su presa—. Enrique… Creía que tu jefe era una persona inteligente, que sabía dónde se metía cuando comenzó todo esto. Me decepciona, y mucho, que me venga con excusas ahora. El trato es el trato, y si yo no le doy a mi superior lo que me ha pedido, tendré un castigo. ¿Lo entiendes?

Enrique asintió. Apretaba los puños esperando el desenlace del discurso de su interlocutor. No se permitió agachar la cabeza, eso nunca. No podía demostrar miedo por mucho que lo tuviera. Fingir serenidad era lo mejor que podía hacer.

—¡Contéstame, joder! —le gritó muy cerca, tanto que su oído izquierdo comenzó a pitar.

Cerró los ojos un segundo.

—Lo entiendo.

—Bien. Eso es. Cuando yo hablo, tú contestas.

—Normas básicas de educación, sí —corroboró él, una bromita para reafirmarse en que lo que estaba sucediendo no era tan grave.

—Educación. La educación me la trae al pairo, ¡lo que es esto es una puta cadena de mando! Tú y yo trabajamos para dos personas más poderosas que nosotros, pero mi jefe es más peligroso que el tuyo, de manera que eso me convierte en alguien más peligroso que tú. Tú eres el eslabón más débil de esta puta cadena de mando.

«¿No me digas? No me había dado cuenta», pensó, irónico, Enrique. Se avecinaba la paliza, la estaba viendo venir poco a poco, cargándose en el brazo de Mario, que se tensaba con cada palabra que escupía.

—Así que, si mi jefe se cabrea conmigo por culpa de tu jefe, yo me cabreo contigo. —Cogió aire como para llenar cuatro pulmones —. Te voy a perdonar que este mes no haya entrega, por aquello de que somos amigos. —Le colocó una mano en el hombro, y le clavó todos y cada uno de los dedos—. Joder, es Navidad, siempre hay un pico de ventas en esta época, tu jefe podría haber fallado en otro momento. En fin, a lo que iba: que te la paso, pues todavía nos queda algo del mes anterior; sin embargo, yo tendré que soportar mi castigo. Lo justo, y solo lo hago por justicia, no por gusto, es que tú recibas el tuyo. ¿No te parece?

—Me parece que mi opinión está de más.

—Buen chico. Seré rápido, no voy a cebarme. No quiero que la Paola no disfrute de ti esta noche. Una mujer tan hermosa no debe quedarse con ganas de nada.

Enrique emitió una risa cansada. Paola no se preocuparía por él, ni aunque llegara sin una oreja. A él sí que le quitaba el sueño que Mario supiera de ella. La próxima represalia podría ir hacia su mujer, y eso sí que no lo soportaría.

—Un par de golpecitos y ya está.

—Bien, claro. Golpecitos —repitió Enrique, con un tonillo sardónico—. No obstante, ya que somos tan amigos, Mario: ¿Podrías darme la hostia en un sitio que no fuera la cara? Mañana tengo una boda y no me apetece dar explicaciones —se atrevió a pedir. Ya que le iban a pegar, por lo menos elegir dónde.

Mario rompió a reír.

—Joder, Enrique, si es que, en el fondo, me caes bien.

Soltó toda la rabia acumulada en el estómago de Enrique, que se dobló intentando respirar, misión bastante complicada. Mario caminó hasta colocarse detrás de él y, con saña, le clavó el codo en la espalda. Enrique cayó al suelo de rodillas. El agresor volvió a su sitio tras la mesa, y él supuso que ya había terminado. No había mentido en lo de «un par», pero igual el sufijo diminutivo de «golpecitos» sí sobraba.

—Levántate y dile a tu jefe que como el mes que viene suceda lo mismo… —Chasqueó la lengua—. Y esto también te vale a ti, eres el último eslabón de la cadena, no lo olvides.

Enrique negó con la cabeza y, muy dolorido, se puso de pie. No porque estuviera recuperado, sino porque oyó la puerta del garaje abrirse y no quería desaprovechar la oportunidad de largarse. Ya habría tiempo para las lamentaciones más adelante.

Anduvo, titubeante, hasta el coche. Se sentó en el asiento del conductor y arrancó.

Le dolía la espalda al mover el volante. Aun así, no paró hasta que consideró que estaba lo bastante lejos. Entonces, se bajó del automóvil y se apoyó en él para calmar las punzadas del estómago. Remitieron lo suficiente como para sentirse con fuerzas para volver a casa. Antes, sacó el teléfono y escribió a Fernando:

ENRIQUE
Ya está. Busca una solución o lo pagaremos

No esperaba respuesta, y no la tuvo.

ADA

Víctor la llamó a las seis de la tarde demandando una audiencia, si no, ese fin de semana no se iban a ver. La sorpresa llegó cuando, a las once de la noche, mientras ellos estaban dando cuenta de su cena del 100 Montaditos, Ágata le escribió un *wasap*. Le mandó la ubicación y, media hora después, la novia de Pau apareció.

Víctor marcó en el papel la bebida para los tres y Ágata apuntó los montaditos que se iba a tomar. Ada calculó si era buena idea meterse al cuerpo dos jarras de cerveza el día anterior a la boda y resolvió que daba igual, que tampoco era para tanto. Llegaría a casa contenta de más, dormiría como un ceporro y, al día siguiente, a la peluquería y bien de maquillaje para estar guapa.

—¿Qué tal, Ágata? —se interesó Víctor, que parecía mucho más tranquilo después de haberle confiado a Ada su último encuentro con Samuel antes de que su nueva amiga llegara.

Ella no le había advertido de que Samuel y el responsable de las fotos de la discordia se conocían, no quería que se montara películas en la cabeza sin estar segura de qué era lo que sucedía. Víctor era muy amigo de las teorías de la conspiración. Cuando Toni le contara al día siguiente (si en la boda tenían ocasión de hablar) lo que había descubierto al charlar con Íñigo, si era digno de mención, se lo transmitiría.

—Cansada, acabo de salir del trabajo.

—¿Y Pau?

—Se ha ido a casa.

Ada y Víctor cruzaron una mirada de incomprensión. Tenían delante a la novia (muy reciente novia) de su amigo, y su amigo en la cama. Era raro.

—¿Estáis bien? —preguntó él, y clavó los ojos en Ágata con *esa* mirada que preludiaba un interrogatorio de los suyos.

Ada chasqueó la lengua, Víctor no daba tregua a nadie. Las jarras de cerveza llegaron y, antes de contestar, Ágata dio un largo trago a la suya y se limpió la espuma que se había quedado en su labio superior:

—No. A ver. Sí y no. ¿Vuestro amigo…? —No acabó la frase, parecía abochornada. Se frotó la frente.

—Arranca, Ágata —la animó Ada.

—No quiere… follar.

Víctor, que estaba bebiendo, se atragantó. Ada disimuló su sorpresa. Ni a Víctor ni a ella les incomodaba hablar del tema; no obstante, no imaginaba que Ágata les fuera a salir con esas, apenas la conocían.

—No penséis que solo me importa eso. Pau me gusta, pero es que… Mes y pico, y nada. Nada de nada, no le he visto ni el pecho, y yo lo he intentado. —Resopló—. ¿Le ocurre algo? Él dice que es por lo de su hermano…

—¿Qué de su hermano? —se extrañó Ada.

—Vaya, no lo sabes. He metido la pata —murmuró ella.

Ada se fijó en Víctor, buscando la información que le había sido vetada.

—El padre de Sergio quiere la custodia. Pau te lo quería contar, pero…

—¿Qué? ¿Ese tío no estaba…?

Calló por no asustar a Ágata, que igual no estaba al tanto de que el padre del hermano de su novio había pasado unos añitos entre rejas.

—Ya no —zanjó Víctor, que había adivinado el desenlace de la pregunta.

—Pobre Pau —musitó Ada.

No le importaba que no se lo hubiera dicho, lo entendía. Pau y ella no tenían una relación muy estrecha y siempre que quedaban estaban rodeados de gente. Desvelar algo así cuando todos estaban pasándolo bien era incómodo. Confiaba en que lo haría cuando encontrara un buen momento.

Llamaron para que recogieran los montaditos. Ada los fue a buscar y los colocó en el centro de la mesa.

—Es posible que Pau lo esté pasando mal —intentó disculparlo.

—A ver, Ada, que tiene veinticuatro años, como tú y como yo —dijo Víctor, mucho más drástico en su juicio, como siempre—. Este tío es tonto, así te lo digo. Yo sé que está atravesando un bache, lo que le sucede es una mierda. Por eso follar sería una buena vía de escape.

—También dijo que quería que fuese algo diferente a un rollo de una noche, aunque más de una noche ya ha transcurrido. Es que no lo entiendo. ¿Le falta un huevo o algo?

Ada comenzó a reír. Víctor vaciló un momento antes de, definitivamente, romper a carcajadas.

—Que yo sepa, no —contestó Ada cuando se serenó.

—No, no le falta —aseguró Víctor.

—Joder, es que… Es que es difícil estar con un tío pelando la pava y a la hora de la verdad, nada. Ni un poco de toqueteo. ¡Que vivo sola! Más facilidades, imposible.

—Mira, Pau siempre ha sido un poco monje, qué quieres que te diga. ¿No, Víctor?

—Muy monje. Para él, el sexo tiene que ser con amor; si no, no mola, es sucio y para gente mala, como Ada y yo. No obstante, alguna vez él ha caído en eso que tanto critica. Supongo que luego habrá rezado algún Ave María —bromeó, pues Pau no era creyente —. Es un todo o nada, o se tira una tía que no le importa un cojón, o es que le importa mucho y entonces… Vamos, que tendrás que esperar a que se enamore de ti.

—Vaya, eso me da miedo.

—Y a mí —admitió Ada. Era oír hablar de amor y le daban escalofríos.

—Es lo que hay. Y ojo, que no quiero que lo dejes, me pareces una tía estupenda. Sin embargo, podría entender que te hartases antes de que él, decidiera hacerte digna de sus dotes masculinas; sobre todo, si tú no buscas amor en estos momentos.

Ágata se metió en la boca un trozo de comida.

—Creo que voy a ser una buena niña y me aguantaré —dijo tras tragar.

Víctor aplaudió.

Ada, por su parte, hizo una mueca. Ella no aguardaría, ¿por qué hacerlo? Hombres había por todas partes. Aunque, en realidad, si alguien le arañara el alma, tal vez, entonces… ¿Qué narices le pasaba? Empezaba a notar que la costra que tenía alrededor del corazón empezaba a romperse. Maldijo a Enrique un par de veces antes de volver a la conversación.

XI. SÁBADO, 22

ADA

Refunfuñó cuando sonó el despertador a las ocho de la mañana. La noche anterior había vuelto a casa de madrugada y arrepintiéndose de las dos jarras de cerveza. Sin embargo, al recordar la razón del madrugón, sonrió. Le gustaban las bodas. No había ido a muchas, todavía no había llegado a esa etapa en la que los jóvenes se enfrentaban a temporadas maratonianas de enlaces, pues sus allegados decidían que era el momento idóneo para darse el sí quiero. No, ella solo tenía veinticuatro años. Su experiencia en bodas no venía por sus amigos, venía por sus familiares. La cuestión era que de todas guardaba un buen recuerdo: era agradable celebrar algo bonito, reunir a la familia y a los amigos por un motivo feliz; a lo que había que sumar la fiesta de después, eso también contribuía a su gusto por ese tipo de eventos.

También tenían su lado negativo: eran un dispendio. Por eso Ada se negó a que la maquillaran en la peluquería, con su preciosa coleta de burbujas (así le habían dicho que se llamaba) estaba satisfecha. Ya se apañaría ella sola.

Había quedado con Jaime en que se pasaría hacia las once a buscarla con el coche. A pesar de que Toni había alquilado autobuses, Jaime iría con su vehículo, Fernando aún no estaba

recuperado. Y ella iba en ese *pack*. No auguraba un trayecto muy ameno.

Eran cerca de las diez cuando Ada se enfundó el mono de color azul eléctrico de tirantes, con la pernera ancha, ceñido a la cintura gracias a un cinturón que llevaba unas discretas flores delante de colores rosados, escote en uve y espalda al aire. A continuación, fue al baño y se maquilló; ojos ahumados con un toque azul, un guiño a su atuendo. Bien de rímel, labios granates, colorete… No era experta, casi siempre se le olvidaba ponerse el iluminador o alguna chorrada de esas, sin embargo, esta vez consiguió un buen resultado.

Cuando acabó, fue a la cocina, donde Nuria desayunaba un vaso de zumo. Solo un vaso de zumo.

Ada la observó algo desconcertada, últimamente su amiga se alimentaba mal y poco.

—Hay comida en la nevera, hicimos la compra el martes o el miércoles, ¿no?

—No tengo hambre —contestó ella.

—Luego te entrará a mitad de mañana, ya verás, y me dejarás sin galletas, como la semana pasada.

Nuria no dijo nada, bebió un sorbo minúsculo y alcanzó una pera del frutero.

—¿Así mejor?

—Sí. —Aunque no lo estaba, vaya mierda de desayuno. De todas formas, no tenía ganas ni tiempo para discutir.

—Estás muy guapa, pero vas a pasar frío.

—Llevo chaqueta y abrigo, tranquila. ¿Qué hora es?

—Once menos…

El sonido del interfono interrumpió a Nuria. Era Jaime. Se calzó los zapatos de tacón (no excesivo, no quería morir), la chaqueta negra, el abrigo y el bolso también del mismo color. Se aseguró de llevar todo en ese minúsculo lugar (nada había más inservible que un bolso de fiesta), se despidió de su amiga, y se fue.

Jaime la esperaba en la calle con el abrigo que ella le había regalado abierto, dejando al descubierto un traje negro que debía de ser muy caro y la corbata que ella le había comprado a conjunto con

su ropa, que no era tan cara. Muy elegante, muy guapo. Más aún cuando sonrió y marcó esos hoyuelos perfectos.

—Hola, princesa, ¿vamos a la carroza? La tengo mal aparcada.

Tras un beso rápido, se apresuraron hacia el coche.

Ahí aguardaban Fernando y Adriana, los dos con sus atuendos que costaban lo mismo que el hígado de Ada (aunque, dado el maltrato que había llevado ese órgano en los últimos días, no era mucho). Su mono podía ser muy bonito, pero había pagado por él menos de cien euros.

Se sentó en el asiento de atrás, con Adriana. Fernando estaba en el del copiloto, marcando territorio. La madre de Jaime le sonrió y Fernando masculló un «hola» con desgana. Jaime arrancó y condujo hasta la finca donde Toni se casaba.

La conversación durante el trayecto fue escasa y forzada por Jaime casi siempre, por lo que Ada agradeció llegar y dejar de compartir un asfixiante espacio con Fernando.

Toni los esperaba fuera de la finca, dando la bienvenida a todos y cada uno de los invitados con una paciencia infinita. El sitio era enorme. Mientras aguardaba para saludar al novio, Ada no pudo evitar fijarse en dónde haría ella las fotos, los planos que escogería… En su mente se dibujó todo un reportaje de bodas. Además, el día era soleado, la luz era maravillosa. Casi tuvo ganas de quitarle la cámara al fotógrafo contratado y ponerse a trabajar ella.

Después de saludar al novio, buscaron el espacio donde se iba a celebrar la ceremonia. La mayoría de las sillas ya estaban ocupadas. Fernando se sentó en una, era un superviviente de un accidente cardiovascular y eso le otorgaba ciertos privilegios; el resto permaneció de pie. Les ofrecieron copas de vino o de cerveza para hacer tiempo. Ada alargó la mano para hacerse con un vino blanco, la pesadilla de viaje que había tenido bien lo merecía. Adriana la contempló con reprobación. Ella hizo una mueca al sentirse juzgada.

Decidió que le daba exactamente lo mismo. Ya vería la madre de Jaime al final de la noche, no se iba a privar de nada…

La alegría la invadió al ver llegar a Lidia con los brazos abiertos de par en par, anunciando que los dos autobuses ya habían aparcado fuera. La periodista se quitó su abrigo de pelo mostrando

así su vestido rojo con lentejuelas y cuello de barco, bastante corto y ajustado. Impresionante y excesiva, el estilo de Lidia era inconfundible. Achuchó a Ada, achuchó a Jaime, achuchó a Fernando (al grito de «¡Ay Fernando!, ¡cómo me alegro de verte sano y salvo!») y le dio un par de besos a Adriana, a la que solo conocía de vista.

Después, apareció Enrique. Le saltó el corazón al verlo, y otra vez al fijarse en la mujer que llevaba del brazo, su esposa: Paola.

Ada no había coincidido nunca con ella, pero se la había imaginado muchas veces. Jamás así. Joder, era tan guapa y despampanante que le dio vergüenza hasta existir. ¿Qué narices hacía Enrique tonteando con ella, teniendo a semejante mujer en casa? Paola lucía un vestido negro largo, escotado, con un encaje que recubría esa abertura de más que rellenaban sus generosos senos. No iba muy ceñida, solo lo suficiente para que se le intuyeran las redondeadas caderas. Ada notó que se le había caído un poco la mandíbula inferior y rectificó cerrando la boca.

Llegó el momento más incómodo: Enrique le presentó a su mujer. Se había preparado para ello durante los días previos, repitiéndose que no iba a sentir nada, que no importaba. No funcionó. Los pulmones se le cerraron cuando esa faraona egipcia le dio dos besos. Por un momento, tuvo la tentación de salir corriendo y llorar en un rincón. Esa mujer vivía engañada y ella era parte activa del engaño. Pero, más allá de la culpabilidad, tuvo miedo. Miedo de que Enrique no la eligiera a ella frente a su esposa. Mierda, ¿acaso tenía que elegir Enrique algo? ¿Acaso ella quería estar con él? Las preguntas le golpearon el pecho, privándola de nuevo del aire. Empezaba bien la fiesta.

Tras los inevitables dos besos de Paola, Enrique se acercó a ella. También estaba muy elegante, aunque su esposa le restaba bastante protagonismo. Se había cortado el pelo, librándose de esos rizos en los que los dedos de Ada se habían enredado en más de una ocasión, y se había arreglado la barba. Se le erizó la piel al notar su mano apoyada en la cadera cuando la saludó.

No pudieron cruzar ni una palabra, la *wedding planner* les pidió que se colocaran, que iban a entrar ya los novios.

Primero Toni; y luego Elena, la novia, con un vestido de corte clásico con adornos florales diseminados por la falda y el cuerpo, un solo tirante de raso y una capa para protegerse del frío. A Ada le pareció original que llevara guantes. Se había recogido el pelo oscuro en un moño y lo había adornado con una discreta tiara. Le recordó a una princesa de los años cincuenta.

La ceremonia fue sencilla y emotiva. Leyeron un par de amigos de los novios y la hermana de Elena, que hizo llorar a unos cuantos. Luego, el intercambio de arras y de anillos, el beso final y, por último, salieron acompañados de la banda sonora de *La vida es bella*.

Ada aplaudió para sus adentros, pistoletazo de salida a la barra libre. Quizá así, aparte de ponerse ciega, se quedaba ciega y dejaba de ver la insultante belleza de Paola.

Cogió otra copa de vino mientras observaba a Enrique hablar con Toni al tiempo que rodeaba con el brazo la cintura de su mujer, y reconoció, enfadada consigo misma, que sí, que eso que sentía eran celos. Su cabeza juró en todos los idiomas al confirmar lo mucho que le gustaba Enrique.

GORKA

Recibió un *wasap* justo cuando terminaba de preparar la guitarra. Sacó el móvil y leyó el mensaje. Era de Blanca: estaba fuera del bar y quería hablar con él. Habían sido incapaces de arreglar su enfado por la estúpida riña que habían tenido el día de la presentación y la bola de nieve se había agrandado poco a poco. Se excusó con que quería fumar y salió del local sin que sus compañeros tuvieran tiempo para detenerlo. Quedaba una hora para el concierto, había margen de sobras para conversar con la que todavía era su novia, por mucho que hubieran discutido.

Ella esperaba de brazos cruzados, con un abrigo de paño rojo. Cuando lo vio, sonrió y fue a su encuentro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él sin disimular su asombro.

—Mañana me voy a Zaragoza a pasar la Navidad y no quería marcharme así, estando mosqueados. He venido a hacer las paces y a verte en el concierto. Si te parece bien.

—Me parece genial, pero ¿has venido sola?

—Sí, Karen tenía el billete de avión para hoy y tu amigo me ha dado largas.

—¡Qué cabrón! —dejó escapar. Ya le valía a Ismail, qué le costaba acompañarla. Iba a estar sola en ese garito, que, aunque no tenía mala pinta, podía albergar a algún indeseable—. Bueno, si necesitas algo, tú avísame que yo paro el concierto por ti.

—¿Lo harías? —inquirió ella, alzando las cejas y dando un paso hacia él.

—Sin dudarlo. —Esbozó una sonrisa antes de ponerse serio—. Blanca, perdóname si hice algo mal, a veces no me doy cuenta.

—No, fue culpa de los dos. He estado muy irascible y, con todo esto del grupo, sentía que no estábamos juntos todo el tiempo que me hubiera gustado, que ellos eran más importantes que yo.

Gorka pensó que no tenía razón. Iban a la misma universidad, quedaban muchas tardes, salían de fiesta… No entendía que le reprochara que fuera a ensayar o tuviera algún bolo los fines de semana. No eran una misma persona, debían conservar su espacio, de cualquier otro modo, se ahogarían. Sin embargo, calló, no estaba ahí para reñir, sino para solucionar el problema.

—Entonces, arreglado: los dos, idiotas —zanjó.

Ella asintió. Gorka la acercó para poder besarla. Después la abrazó. La sensación de tenerla tan cerca de nuevo le abrigó el cuerpo. En ese momento, Blanca rompió la magia:

—Por cierto, me han dado el Erasmus, a Londres.

Todo su discurso anterior sobre mantener su espacio se desmoronó como un castillo de naipes. Una cosa era que los dos en Madrid hicieran actividades de forma individual, otra era que cada uno viviera en un país diferente durante todo un año. Eso era imposible de mantener.

Soltó a Blanca y se encontró con su rostro irradiando tanta felicidad que solo fue capaz de sonreír y volverla a rodear con sus brazos.

—Enhorabuena, me alegro mucho. —No mentía; no obstante, tampoco decía la verdad.

Acompañó a Blanca dentro del bar. Jess, Damián y Lewis la contemplaron extrañados, aunque enseguida bajaron del escenario para saludarla.

El camarero le sirvió una cerveza, a pesar de que el bar abría un poco más tarde. Gorka se despidió de ella y entró al habitáculo que les habían prestado, tenían que concentrarse y la gente iba a llegar.

Cada uno comenzó sus rutinas de siempre: Lewis con sus auriculares, Damián y Jess a meterse unos tiros. Y Gorka… Gorka a pensar en Blanca y en si aguantaría los kilómetros que se iban a interponer entre ellos. Se estaba enamorando y no quería. No quería depender de ella, echarla de menos. Era como tener grillos en la cabeza, no podía frenar su mente. Así que fue hasta Jess y Damián, y los miró con cierto temor. Temor por lo que estaba a punto de hacer.

—¿Qué? —gruñó Damián. Como siempre, tan amable.

No contestó, solo observó la raya que tenían preparada. Jess se dio cuenta enseguida de lo que pedía y se apartó para dejarle hueco ante la droga.

—¿Quieres de esto? Hoy no tengo pastillas —ofreció.

Le daba un poco de grima respirar polvo por la nariz, pero recordó la sensación del anterior concierto y, como sospechó entonces, ansiaba repetir. Sobre todo, deseaba acallar los grillos que gritaban tonterías sobre relaciones a distancia, amor, Londres y Madrid; así que asintió. Jess le dio permiso y él se inclinó, se tapó un orificio nasal y esnifó a través de un tubito que le había prestado la cantante. Joder, era muy desagradable, era como introducirse cristales en el cerebro.

Damián se rio, seguro que había puesto una cara horrible.

—A esta invita la casa, la próxima te toca pagar como a todos —le advirtió.

—No habrá otra —afirmó él.

—Claro que no —susurró el batería, irónico.

Gorka fue a protestar, a reafirmarse en que no repetiría, pero Jess le puso la mano en el hombro para frenarlo. Él, avergonzado, se

sentó junto a Lewis, que lo observó de reojo y le hizo un gesto para que se limpiara la nariz. A continuación, sin quitarse los auriculares, negó con la cabeza y habló:

—Eres gilipollas.

Sí. Él pensaba lo mismo.

ADA

—Me encantan las bodas de mañanas, son las únicas ocasiones en las que tomarte un copazo a las seis y media de la tarde está bien visto —comentó Lidia cuando un camarero se acercó a tomarles nota.

—Y que lo digas —murmuró Ada, que estaba agradecida de que Lidia se encontrara en su mesa. Gracias a su buen humor no se le había hecho muy cuesta arriba compartir la velada con Jaime, Enrique y Paola. Ah, y con el insufrible Fernando—. Aquí, *gin tonic.*

—Y aquí —pidió Lidia, haciendo un gesto exagerado con la mano al camarero. Otra que iba bastante achispada.

Adriana las contemplaba, atónita, avergonzada ante el comportamiento descarado que, a sus ojos, tenían ambas. A Ada le importaba un rábano; al fin y al cabo, la decisión de romper con Jaime estaba tomada, por lo que no tenía por qué cuidar su imagen delante de su madre.

Entonces, proyectaron el vídeo que los amigos habían preparado para los novios y, seguido, comenzó el baile. Elena y Toni habían escogido para abrir *Perfect* de Ed Sheeran. Ada pensó que, en el hipotético (e improbable) caso de que se casara, se decantaría por una canción más movidita, para sorprender.

Cuando la canción de Ed Sheeran se extinguió, empezó la fiesta. «Por fin», se dijo, no por el hecho de poder moverse y beber, sino porque ya podía separarse de Fernando y Adriana e ir a su bola. Y eso hizo, bailar con Jaime y con Lidia mientras *sus suegros* permanecían sentados y quietos junto a la mesa. Como sosos pijos ricos que eran, no podían perder la compostura al son de Marisol o

el Dúo Dinámico. ¿Qué harían cuando empezara el *reggaeton*?, ¿santiguarse?

* * *

Media hora más tarde, aguardaba en la barra a que alguno de los *barmen* le hiciera caso, apoyada sobre el codo derecho, contemplando a Jaime y Lidia que intentaban hacer una coreografía improvisada en la que no iban muy coordinados. Un par de metros más allá, Enrique conversaba con Diego, y Paola, a su lado, tenía los ojos perdidos en un lugar indeterminado, parecía aburrida. No le dio pena. A ver si se hastiaba lo suficiente como para irse y dejar a Enrique solo. Alzó las cejas, sorprendida de su propio pensamiento.

Un abrazo por la espalda la asustó y le hizo soltar un gritito bastante ridículo. Se giró, era Toni.

—¿Qué tal te lo pasas? —preguntó él, ya sin americana, con la corbata medio desabrochada y el chaleco descolocado. Ella sonrió, tanto manteo y tanto abrazo…

—Peor que tú. ¿Se acabaron los nervios?

—Se acabaron. —Toni llamó al camarero, que fue corriendo, nadie hace esperar al novio. Pidió su copa y la de Ada—. Hablé con Íñigo, curioso chico. Le saqué bastante información, debí de caerle bien.

—¿Y?

Ada había asumido que no iba a tener noticias sobre Íñigo. Era la noche de Toni, no iba a estar para sus investigaciones por mucho que se hubiera comprometido, y ella lo hubiera entendido. Sin embargo, se había equivocado.

—Menudo mentiroso, el actor. Resulta que es amigo del fotógrafo. Íñigo insistió en que solo amigos, cosa que no sé yo. La cuestión es que Samuel organizó todo: le dijo dónde tenía que esperar, y él se agazapó allí hasta que Víctor apareció para fumar y Samuel provocó esa situación que se hizo tan famosa.

—¿Qué? ¿Para qué? —Ada se indignó.

—Vela está harto de estar metido dentro del armario, se ahoga, quería precipitar su salida. Pero no obtuvo los resultados que buscaba, su mánager es bueno tapando sus mierdas.

—Hostia. Gracias, Toni. —Ada lamentó que Víctor se estuviera colgando de ese tío; un asqueroso manipulador que, desde el minuto uno, lo había estado utilizando. Se cabreó mucho. Víctor era su mejor amigo, era intocable—. ¿Cómo conseguiste que te contara todo eso?

—Tengo mis recursos y alma de periodista. —Sonrió, enigmático, y Ada le dio un codazo para que se dejara de tonterías y le confesara sus trucos—. ¡Oye! Eso no se le hace al novio.

—¡Cuenta! —insistió ella.

—A ver, creo que Samuel le prometió algo a Íñigo que no ha cumplido. Por eso te digo que no me creo lo de «solo amigos»… Vamos, que me parece a mí que Samuel le insinuó que, si se destapaba todo, él sería su pareja oficial.

—¿Están juntos?

—Estaban, ya no, y ese despecho es lo que ha hecho que Íñigo cante la copla entera.

—Tengo que decírselo a Víctor.

—No te amargues la fiesta, Ada. Disfruta y mañana hablas con él. Total, por unas horas…

Ada asintió. Tenía razón. Darle esa mala noticia a su amigo le haría sentir fatal a él y a ella, de rebote.

Suspiró, y Toni, sin avisar, la cogió de la mano y la arrastró a la pista para bailar con ella.

VÍCTOR

Había quedado con Claudia para ir al restaurante donde celebrarían la cena navideña. Antes había revisado el único boleto de lotería de Navidad que había adquirido, por aquello de llevarse una alegría. No, no le había tocado nada, cero euros. Se lo contó a su compañera

entre risas, y ella le confesó que había hecho lo mismo y que había ganado cien.

—¡Coño! Te invitarás a algo, ¿no?

—Como tenga que invitar a todos, me arruino, me sale a poner. Quizás contigo haga una excepción y te pague un cubata. No obstante, ya sabes: «Afortunado en el juego, desafortunado en amores». Hoy es más probable que tú pilles cacho a que lo pille yo.

—No tengo ninguna expectativa al respecto. Solo pretendo divertirme —aseguró él; aunque, al recordar el último beso de Samuel, el roce de sus labios, se le aceleró el corazón.

El restaurante los tenía a ellos como únicos comensales. Esto era por dos razones: eran un montón, y parte de ese montón eran caras conocidas de la ficción española; si hubieran admitido a más gente, la cena se hubiera convertido en un desfile de *selfies* con famosos del resto de clientes del lugar. Así era más cómodo para todos.

Claudia y Víctor llegaron con cinco minutos de retraso, y no eran los últimos. Se sentaron a la mesa enfrente de Leticia y Alberto, y este último estaba al lado de Luis Pujalte. Comentaban anécdotas del rodaje y enseguida se unieron a la conversación. Los actores habían escogido una zona un poco más a la izquierda de la mesa. Víctor echó una ojeada rápida, Samuel aún no estaba.

* * *

Apareció veinte minutos tarde, acompañado de una de las actrices a la que le pasaba el brazo por encima del hombro de manera muy amistosa. Ese gesto irritó visiblemente a Leticia e invisiblemente a Víctor, que hizo una mueca irónica ante los despectivos comentarios de su compañera. «Este tío no sabe si es maricón o no», había dicho. Víctor creía poder afirmar que Samuel lo sabía perfectamente, otra cosa era que quisiera admitirlo.

Samuel se sentó junto a unos compañeros y giró la cabeza como buscando algo o a alguien. Detuvo sus ojos en Víctor y esbozó una sonrisa tímida. Él apartó la mirada, nada de contacto visual. No. Primero, porque tenía que controlar sus impulsos y Samuel estaba

muy guapo esa noche (esa noche y a todas las horas, todos los días), no podía pasarse cada minuto de la cena espiándolo. Segundo, porque estaban rodeados de todos los peces gordos de la productora, esos que podían despedirlo si veían algún comportamiento extraño con Samuel; y los había habido, había un precedente. Todavía le hormigueaban los labios al recordar esos *errores*.

Cuando todos estuvieron acomodados, les sacaron las cartas y el vino. Víctor tomó una decisión, la que necesitaba para mantenerse firme en sus propósitos: bebería lo justo; así que, con mucho esfuerzo, la copa de vino le duró exactamente hasta el final del primer plato. Se sintió orgulloso. Con toda probabilidad, era la primera vez en su vida que no acababa los entrantes y el primer plato sin estar achispado.

Olé por él.

GORKA

Última canción. Iba a estallar de éxtasis. Lo que la droga hacía en el cuerpo era indescriptible, todo brillaba, todo era mucho mejor, más intenso. Nada dolía, nada importaba. Tocó la guitarra, ensimismado, disfrutando de toda la energía que tenía dentro. Energía proporcionada por la nevada que había aspirado. Cualquier cosa le venía bien, el mundo era perfecto.

Por ese motivo no pensó, no se apartó; no reaccionó cuando Jess tiró de su brazo al acabar de cantar, obligándolo a girarse hacia ella, y lo besó. Ahí, delante de todos. Un beso de verdad, no un piquito de amigos. La audiencia estalló en júbilo.

Todos y cada uno de los asistentes aplaudieron esa oda al amor que acababan de interpretar.

Todos, menos Damián, que apretaba las baquetas, reteniéndolas entre sus dedos, aplacando sus ganas de metérselas por el culo a Gorka, a juzgar por esos ojos rojos de rabia.

Y menos Blanca. La vio abrir la boca y dejar caer lo que le quedaba del tercio de cerveza al suelo, que se rompió en pedazos. Gorka imaginó que, más o menos, en los mismos que su corazón.

Jess sonrió antes de susurrarle al oído:

—Ya puedes, ya quieres. Eres libre.

Blanca huyó hacia la puerta. Él soltó la guitarra y fue detrás de esa melena rubia, abriéndose paso entre los que berreaban demandando los bises. No la alcanzó. Cuando llegó a la calle, su novia (¿o exnovia?) había desaparecido por la boca de metro. Quiso seguirla, pero sus piernas se anclaron al suelo. ¿Para qué? Era lo mejor, ahora era libre, como decía Jess. No estaba preparado para una relación como la que Blanca exigía. No estaba preparado o ¿no quería estarlo? La zaragozana le gustaba mucho y lo había echado a perder. Odiaba sentirse tan confuso, querer y no querer al mismo tiempo. Ojalá la persona adecuada hubiera llegado unos diez años más tarde, en estos momentos, era demasiado pronto.

Lewis, que debía de haber salido tras él, lo arrastró de vuelta al bar; al camerino, donde quedaba el castigo físico, el mental ya había comenzado. Damián lo recibió con un puñetazo en el rostro. Gorka se encogió sobre sí mismo un par de segundos y, movido por la furia del apaleado, se revolvió y le devolvió el golpe en la nariz. Damián sangró y escupió en el suelo, dejando una mancha escarlata.

—¿Quién coño te crees que eres tú para besar a mi chica? —le espetó, preparado para otro ataque.

Lewis lo sujetó, ya habían tenido suficiente violencia.

—¡No es tu chica! —le respondió Gorka.

—Voy a por algo frío —murmuró Jess, y desapareció como si todo eso no fuera con ella, como si el detonador no tuviera que ver con la explosión de la bomba.

—Siempre será mi chica.

—Explícaselo a ella, porque lleva buscándome desde hace semanas —soltó, enfadado—. Yo ya tenía a alguien, y gracias a Jess la he perdido, así que no me toques los huevos, imbécil.

Jess regresó con paños llenos de hielo para los dos, que ya no se retaban, solamente se lamían las heridas por separado. Ambos, humillados; ambos, títeres de la misma mujer.

La cantante le puso la mano en el hombro a Gorka, y dejó así patente de qué parte estaba, como si con el beso no hubiera sido suficiente. Damián ni la miró. Se limitó a recoger sus cosas y marcharse de allí. Lewis salió al bar a atender a los seguidores que se habían acercado a verlos; no tenían muchos, no obstante, había que cuidar a los que los acompañaban por todos los garitos de Madrid.

Jess se acuclilló frente a él y le separó el trapo de la cara para ver cómo estaba. Hizo una mueca de dolor.

—Voy a estar guapísimo esta Navidad, ¿verdad?

—Impresionante.

Los dos rieron. Gorka se percató de que no quería, ni podía, enfadarse con ella. No había hecho las cosas bien, aunque él tampoco había sabido cortarle las alas a tiempo. Se habían metido en ese laberinto los dos juntos.

—Lo siento, en serio. Tenía que hacerlo, si no, reventaba —se disculpó ella.

—Tú nunca piensas, lo haces y ya.

—«Lo hacemos y ya vemos» —parafraseó el lema de las chicas del musical *La llamada*.

—En fin. ¿Tienes más mierda de esa? Igual así me duele menos —preguntó.

Fue una decisión impulsiva y estúpida, la única que su cerebro y el dolor palpitante de la cara le permitieron tomar. Ya le daba igual drogarse, solo quería olvidar la tristeza que sentía, el vacío, el hueco que había abierto Blanca con su estampida. Jamás hubiera pensado que podría echarla tanto en falta nada más acabar con ella.

Jess sacó una bolsita y un billete enrollado. Después, alineó el polvo para él.

ADA

Aprovechó que Jaime se había sentado con sus padres para ir al lavabo, que estaba fuera de la carpa acristalada que habían

dispuesto para la fiesta. La vejiga le apretaba un poco ya. Hizo cola religiosamente, se alivió, se lavó las manos mientras cantaba con unas desconocidas lo que sonaba, y salió partiéndose de risa.

Apoyado en la pared de enfrente, estaba él. Era evidente que la esperaba. Ada caminó en su dirección y advirtió que una sonrisa divertida, quizás traviesa, le asomaba en el rostro. «Mal empezamos», pensó, y sonrió también.

—Bonita boda, ¿no? —le dijo Enrique cuando lo alcanzó.

—¿Me has perseguido hasta el baño? Eso es acoso.

—Denúnciame —le siguió el chiste. Se puso serio—. Estás espectacular.

Ada sintió que se sonrojaba.

—Gracias. Tú también vas muy guapo. Te has cortado el pelo.

—No se puede ir con esas greñas a un evento de tanto postín —bromeó—. ¿Damos una vuelta por ahí? —le ofreció, señalando una parte de la finca peor iluminada, donde había una especie de riachuelo artificial, un puente que lo cruzaba y algunos caminos perdidos en la negrura. Ada asintió, adivinando, y deseando, lo que iba a suceder.

Caminaron sin rozarse siquiera, cosa que a Ada le resultó un esfuerzo enorme. Quería alargar la mano y tomar la de él, o cogerse de su brazo. Solo quería contacto, sentirlo.

—¿Cómo fue tu boda? —le preguntó ella cuando pararon pasado el puente.

—Más pequeña. No me hables de mi boda —contestó, seco.

—Vaya, cómo te pones.

—No quiero hablar de eso contigo.

Enrique se detuvo en una zona en la que apenas había luz y se volvió para observarla. Ella empezó a tiritar, la temperatura había descendido mucho. Además, estaba ansiosa, perdida en esos ojos oscuros que parecían mirarla por dentro.

—Anda, ponte esto. —Se quitó la americana y se la echó por los hombros. Su perfume la envolvió y fue reconfortante, excitante.

Se sonrieron sin saber muy bien cómo continuar la conversación. Ada se mordió el labio inferior. Nunca se había sentido así ante un hombre, siempre había sido segura. Y, ahora, con él…

—No nos hemos visto mucho estos días —dijo, al fin.

—No. Has estado muy ocupada.

—Sí, como Toni tiene vacaciones…

—¿Qué tal la cena de Navidad?

Ada levantó una ceja, no esperaba esa pregunta. De pronto, recordó ese mensaje que le había mandado y vio el reproche velado. Qué estúpida. Había sido para fastidiar, una tontería. Se había arrepentido al instante, pero no había tenido ocasión de enmendarlo.

—No pasó nada. Con Jaime, quiero decir.

—No tienes que justificarte.

—Ya lo sé. Sin embargo, no debí… Tenía ganas de verte, me frustré, y me comporté como una idiota.

—Yo también tenía ganas de verte esa noche —le confesó, y esas palabras fueron como una caricia—. Joder, es que todo esto es muy raro —señaló y se agitó al sentir un escalofrío.

—Vaya, ahora resulta que el caballero andante se está helando. Ven, acércate, te cedo mi calor.

Dio un paso hacia delante, rodeándole la cadera con los brazos. Enrique hizo un pequeño gesto de dolor.

—¿Estás bien? —se extrañó ella.

Él asintió y ella prefirió creerle, le interesaba más lo que ansiaba hacer que la verdad. Hundió la nariz en la clavícula de Enrique y le mordió a través de la camisa.

—Dime que ese pintalabios es resistente a todo, porque como me hayas dejado una marca… —protestó él. Ella no contestó y le besó el cuello. Enrique, que había permanecido quieto, aparentemente indiferente al contacto de su compañera, levantó una mano y posó su dedo índice en la barbilla de ella, obligándola a elevar el rostro—. Como no me lo dices, tendré que probarlo.

La besó. Un beso suave, después otro más largo, abriéndose paso entre sus labios. La abrazó para atraerla hacia él. Ada supo que este iba a ser su momento favorito de la noche, aunque durara escasos minutos. Pronto tendrían que volver con los demás.

No obstante, fue mucho más corto de lo que había previsto. Una voz hizo que toda la piel se le erizara:

—Ada. —Jaime sonó como un animal herido. Ella se separó de Enrique; agachó la cabeza, cerró los ojos, como si así pudiera hacer desaparecer todo lo que la rodeaba y, a continuación, miró en la dirección del sonido—. Mierda, Ada.

Jaime se marchó sin añadir nada, y Ada fue tras él. Al finalizar el puente se dio cuenta de que llevaba la americana de Enrique y la colgó en la barandilla.

Quería dejar a Jaime, quería acabar con esa relación, pero no así. ¿Por qué había hecho eso? ¿Por qué arriesgarse a besar a Enrique en esa fiesta en la que estaban su novio y sus padres?

Alcanzó a Jaime poco antes de que se metiera en la carpa de baile y lo sujetó del codo para detenerlo.

—Espera.

—¿Qué vas a decirme? ¿Que no es lo que parece? Porque estaba todo clarísimo —le reprochó él con los ojos a punto de estallar en lágrimas. No las soltaría, Jaime no lloraba. Era algo que su padre le había inculcado: por muy insultado que se sintiera, no mostraría debilidad.

—No, no te voy a decir eso. No sé qué te puedo decir, solo…

—Recoge tus cosas, nos vamos. Te dejaré en casa.

—¿Me llevas? —No entendía nada, le ponía los cuernos y él la llevaba en coche.

—No voy a contarles a mis padres lo que acabo de ver, así que no hay motivo para que te quedes sola aquí.

Se fue. Ada escuchó unos pasos tras de sí. Intuyó que era Enrique, que regresaba del lugar del crimen. No quiso verlo. Entró, tomó el abrigo y el bolso, y aguardó a que Jaime saliera con sus padres.

VÍCTOR

Había logrado llegar a la discoteca con dos copas de vino y un chupito de tequila. Récord absoluto en abstinencia por su parte. Ni cuando tomaba antibiótico bebía menos. Estaba tan orgulloso que

sentía el mismo efecto que le proporcionaba el alcohol. Tenía que analizar eso: si beber y no beber tenían el mismo resultado, podría ahorrarse bastante dinero.

Víctor tenía poca vergüenza y muchas ganas de pasarlo bien. Bailó con Claudia e incluso con Leticia, más simpática con él esa noche. También habló con algunos actores y esquivó con elegancia a Samuel.

Lo hizo todo a la perfección hasta que la gran estrella apareció frente a él con una espléndida sonrisa, ofreciéndole una cerveza. Víctor no se pudo negar. Miró el reloj: las tres de la mañana. El tiempo había transcurrido muy rápido.

—He visto que hoy vas suave —dijo el actor, e hizo un gesto hacia la bebida que acababa de darle.

¿Lo había estado observando? Prefirió obviar esa posibilidad.

—Hoy toca tranquilidad.

Samuel se le aproximó mucho, lo suficiente para hablarle al oído, pero sin tocarse ni un centímetro. Víctor inhaló su perfume fresco, seguramente caro, irresistible.

—Voy a copiar tu estilo y seré breve y directo.

—Me has calado bien.

—Es lo que más me gusta de ti —admitió Samuel, y Víctor sonrió, satisfecho—. Me voy a casa. Ven conmigo. Espera unos veinte minutos y sal de aquí, tendrás un mensaje con mi dirección. Coge un taxi, te lo pago yo.

—Por Dios, Samuel —murmuró él, porque no podía decir que no, porque no quería decir que no.

—Víctor, ven. Vamos a dejarnos de jueguecitos.

Se sujetó a su camisa, necesitaba asegurarse de que ese hombre que tenía delante, y lo que le estaba diciendo, era real. El actor se apartó despacio, muy serio, lo que le hacía parecer más interesante. Víctor se soltó. No, contacto físico, no. Se percató de que ya no se fijaba en él, sino que enfocaba hacia un punto a su espalda. Viró en esa dirección. Luis Pujalte los observaba con una mueca de preocupación: los había pillado.

—¡Luis! —exclamó Samuel, fingiendo normalidad.

—¿Todo bien? —preguntó el productor.

—Sí —contestó Víctor.

—Hemos enterrado el hacha de guerra, no tiene sentido estar a malas si trabajamos juntos, ¿no?

Víctor enarcó las cejas y se giró hacia el intérprete, que lo agarró del hombro y lo atrajo hacia él en un gesto de cariño; cariño heterosexual, que era lo que trataba de demostrar todo el rato en público.

—Claro —susurró él.

—Me alegro, chicos —concluyó Luis, aunque era evidente que no se creía esa patraña. Sin añadir nada más, caminó hacia otra zona de la discoteca.

Samuel levantó el brazo que retenía a su compañero. Víctor bebió de su cerveza y se volvió hacia el actor, que mudó el gesto desde la preocupación hasta la seducción en un segundo. Supuso que por eso era tan bueno en su trabajo.

—Te espero.

Se fue sin esperar respuesta. La oferta seguía en pie.

Se acabó la bebida en dos tragos y se pidió otra. Aguantó cuatro canciones más antes de consultar la hora. Rememoró el olor de Samuel y suspiró. «A la mierda», se dijo. Recogió su abrigo en el guardarropa, abandonó la discoteca, buscó su móvil, pidió un taxi y dio la dirección que le indicaba su último *wasap*.

ADA

Si la ida había sido tensa, la vuelta fue indescriptible. La pasó contemplando la oscuridad a través de la ventanilla, y no volvió al mundo real hasta que Adriana y Fernando se despidieron de ella. Vio como entraban a su hogar a las afueras de Madrid y aguardó a que Jaime arrancara. No lo hizo. Por un momento, temió que la dejara ahí tirada, aunque se lo merecía. Se merecía eso y mucho más.

—Ponte delante, no soy un taxista —le ordenó él, cortante, tanto que Ada sintió las palabras como el frío del invierno en el rostro.

Lo obedeció. No pudo ni mirarlo a la cara. En esos instantes creyó que jamás sería capaz de volver a hacerlo, se sentía tan sucia que un baño de barro hubiera sido más limpio que esa sensación. Por el rabillo del ojo observó la mandíbula apretada de Jaime, los ojos llorosos, los brazos rígidos, el pecho subir y bajar, agitado. Estuvo a punto de sucumbir al llanto, pero se frenó, no hubiera sido justo. El agraviado había sido él, no ella.

Tras cerca de una hora de conducción, paró frente a su portal en doble fila y esperó a que ella se marchara. Ada colocó la mano en la manilla de la puerta, y no abrió. ¿Cómo iba a irse así? Había sido un año de relación. Si Enrique no se hubiera cruzado en su camino, ella hubiera seguido con él mucho tiempo, incluso siéndole fiel, porque con Jaime era fácil estar bien.

El problema era que ella no quería estar bien, quería lo que le daba su compañero de trabajo. Quería electricidad, fuego. Sin embargo, de eso no tenía la culpa Jaime.

—¿No vas a decir nada? —consiguió articular ella.

—Es mejor que no lo hablemos ahora, podría decir cosas que… En fin.

—Jaime, por favor. Insúltame si quieres.

—No quiero insultarte —murmuró él, y dejó escapar una risa amarga. Por fin, se volvió hacia ella y Ada hizo acopio del valor necesario para encontrarse con sus ojos—. Solo dime una cosa, ¿desde cuándo estás con él? Porque está claro que no era la primera vez.

Decidió ser sincera; al fin y al cabo, era lo único que podía darle. Seguro que le iba a doler más que un «no, solo ha sido hoy, no te montes películas. Todo resultado del alcohol»; no obstante, se lo debía.

—Desde septiembre.

Jaime golpeó el volante con furia. Ada dio un respingo. Hasta ese momento nunca le había visto hacer algo fuera de lugar, siempre tan comedido, tan tranquilo.

—Y yo mandándoos de luna de miel a Roma. Ada, bájate del coche.

—Jaime, yo quería decírtelo…

—¡Que te bajes del puto coche! —exigió, y se inclinó hacia ella en un gesto que, en otra situación, podría haber significado acercarse para recoger un beso. Esa noche simplemente fue con el propósito de activar la manivela.

—Deberíamos intentar…

—Cuando digiera todo lo ocurrido, te llamaré. En este preciso instante, no puedo. No quiero ni verte.

Ada tragó saliva y empujó la puerta.

«No quiere ni verme», se dijo, asimilando.

Se apeó y caminó hasta su edificio. Escuchó a Jaime arrancar. Ni siquiera aguardaba a que se metiera en el portal, ya no importaba lo que pudiera pasarle, ¿no? «Me lo merezco», se repitió. Entonces, notó una lágrima abrasadora resbalar por su mejilla.

ENRIQUE

Paola y él llegaron a su casa bastante tarde. Habían subido en el último autobús y luego habían cogido un taxi. Ella había bebido algo más de lo recomendable (dos semanas seguidas, algo extraordinariamente raro), así que Enrique la tuvo que sostener para que caminara recta en el corto trayecto de la calzada al portal.

Dejó a su mujer quitándose los zapatos y el abrigo y él fue hasta el dormitorio para deshacerse de la ropa. Estaban solos, Estrella se había quedado con sus abuelos, los padres de ella. Paola apareció cuando él se había desabrochado la camisa y lo abrazó por la espalda. Notó sus labios calientes adherirse a la tela. «Joder», pensó. Cerró los ojos y se removió para que se detuviera. Ella ignoró sus reticencias y se colocó frente a él, que había desistido de quitarse más ropa. Su mujer arrastró las manos por su pecho y Enrique la observó, indolente. Meses atrás se hubiera dicho: «¿Por qué no? Qué más da con ella que con otra, así duermo en la cama». Ahora no, solo podía centrarse en que no quería ese tacto sobre su cuerpo.

—Para —le pidió. Ella no hizo caso, se puso de puntillas y alcanzó su boca. Le dio un beso, que él no correspondió. Levantó la cara para evitar otro y le asió las muñecas para apartarla—. Vale.

—¿Por qué?

—No quiero. Y tú no quieres tampoco, no me soportas, ¿recuerdas?

—Quiero hacer el amor con mi marido. —Volvió a aferrarse a él como si fuera lo único que pudiera aliviarla—. Por favor, Enrique, hace años que no lo hacemos. Tres años.

Le resultó llamativo que se acordara de la cifra exacta. Aunque, pensándolo bien, tampoco era tan difícil: también fue al volver de una boda, también ella había bebido. Y él, lo mismo.

Paola era una belleza, rechazarla no era fácil. Incluso esa noche, su cuerpo estaba preparado para entregarse a ella. Era algo diferente lo que había puesto una barrera entre ellos, no era una cuestión física. Tenía nombre de mujer, de hecho.

La alejó de él, cogió el pijama y se fue al salón. Paola lo siguió.

—Enrique, desde entonces yo no he estado con nadie —confesó.

—Me da igual, ya lo sabes —sentenció mientras se terminaba de quitar la camisa y se ponía la del pijama.

—Yo no soy como tú. Yo no puedo estar con otros hombres porque aún te quiero.

—Ese es el problema, que te empeñas en algo que no existe. —Le dolía escuchar a su mujer admitir que todavía seguía enamorada de él—. Vete a la cama.

Paola, como una niña buena, se dio la vuelta y fue hasta el dormitorio.

Enrique se acostó en el sofá hecho una furia. Ojalá pudiera deshacerse de todas las cadenas que lo ataban. Ojalá pudiera, simplemente, regresar al puente de la finca y seguir besando a Ada.

VÍCTOR

Pagó el taxi, bajó a toda velocidad y llamó al portero automático. Le abrieron sin preguntar: ¿Quién iba a aparecer a esas horas más que un desesperado suicida con ganas de aliviar un molesto calentón?

Subió en el ascensor hasta el último piso. Samuel lo esperaba en el umbral. Apoyaba el hombro en el quicio de la puerta, despreocupado. Lucía una preciosa sonrisa en los labios. Víctor entró y caminó hasta que acabó el pasillo. Terminó en el salón, donde Samuel lo alcanzó y lo besó con delicadeza. Él lo abrazó y sintió el cuerpo del actor bajo la camisa, duro como una roca. Ese hombre tenía que pasar más tiempo en el gimnasio que en casa. No tuvo que imaginar mucho, porque se quitó la prenda enseguida. Víctor ya lo había visto en el camerino y en la tele, pero desde tan cerca… Se le escapó un suspiro, y Samuel rio.

—Menos mal que has venido —le susurró el actor y Víctor comprendió que no era el único desesperado.

—El taxi lo pago yo. No soy un prostituto.

—Como quieras —murmuró él y volvió a buscar sus labios.

No hablaron mucho más.

XII. DOMINGO, 23

VÍCTOR

Se había dormido tarde. Samuel le tenía muchas ganas, y él no había protestado tampoco. Cuando el desahogo físico hubo acabado, se había planteado si se tenía que quedar en esa cama o marcharse a la suya, pero Samuel lo había abrazado y se había quedado dormido. Víctor había asumido que era una invitación para que permaneciera ahí.

Cuando abrió los ojos, estaba solo en el colchón. Se incorporó, entraba una luz maravillosa por el ventanal, alguien había descorrido las cortinas. Samuel (ese alguien, porque nadie más había en su piso) estaba sentado en una especie de banco que tenía junto a la enorme cristalera. Lo contemplaba con una pierna flexionada sobre el asiento y la otra apoyada en el suelo. Llevaba puesto el pijama. Le sonrió y Víctor le devolvió el gesto, desperezándose.

—¿Has dormido bien?

—Sí, la verdad.

Recorrió la estancia rápidamente con los ojos. La noche anterior no se había fijado en nada, estaba a otros menesteres. Era muy bonita, espaciosa, las paredes blancas; con una cama de matrimonio, un armario enorme a su derecha y, a la izquierda, la ventana con el banco y una estantería plagada de libros. Samuel tenía uno abierto a su lado.

—¿Leías?

—Sí. —El actor lo cogió y se lo mostró: *El retrato de Dorian Gray.*

«Bastante adecuado para alguien egocéntrico», pensó Víctor. Aunque se calló, porque ese tío tan egocéntrico empezaba a gustarle mucho.

—No sabía que tuvieras esa afición.

—No sabes nada de mí, solo lo que dicen las revistas y lo que te has imaginado tú, y te aseguro que no tiene nada que ver con la realidad —protestó y se movió para tumbarse a su lado.

—Entonces tendrás que mostrarme tu verdadero yo, ¿no?

—Te vas a sorprender.

—Me encanta que me sorprendan —susurró antes de besarlo.

Después el actor se apartó. Víctor lo observó, decepcionado.

—Voy a ducharme. Puedes venir conmigo si quieres.

«Ah, ese es el motivo», se dijo, esbozó media sonrisa y se incorporó para que Samuel lo guiara hasta el baño.

NURIA

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Su vena de psicóloga no podía más. Era muy raro que Ada madrugara tanto tras una boda y más todavía que llevara los ojos hinchados, y no precisamente de dormir.

—Que soy mala persona, Nuria.

Tuvo tentaciones de contestarle que sí, que a veces era lo peor; sin embargo, no fue capaz. La veía ahí, tan indefensa, con los ojillos rojos y el pelo enredado porque no se había deshecho bien la coleta la noche anterior, que prefirió consolarla antes que hundirla de forma definitiva.

—No digas eso.

—Jaime y yo ya no estamos juntos.

Nuria reprimió una exclamación de júbilo. Jaime, libre por fin. Después, recondujo su pensamiento: casi era peor que lo hubieran dejado, ahora Jaime no tendría ningún motivo para aparecer por su vida. Se había cortado el único y débil lazo que los unía.

—Era lo que querías, ¿no? —Se esforzó por no gritarle que era estúpida por dejar escapar a un chico así.

—Sí. Era lo que quería, aunque no de esta forma. Me vio con Enrique. Y, por favor, no me digas que la culpa es mía por liarme con él en la boda, ya lo sé. Por eso, el silogismo me dice que soy mala persona.

—¿Silogismo? —se extrañó Nuria.

—¿No se llama así?

—Es igual. Ada, haya sido como haya sido, es lo que tenía que ocurrir.

—Ni me ha escrito, ni me ha dicho nada. Me odia mucho ahora.

—Normal. Tú también lo odiarías si te hubieras enamorado de él y te la hubiera pegado con otra.

—Odio que me odien —zanjó, y Nuria sonrió con dulzura. Ahora Ada le parecía adorable, muy humana. A veces se le olvidaba que también sufría—. Me dijo que hablaríamos cuando él estuviera listo. ¿Debería llamarlo?

—Déjale un tiempo, que no le duela tanto. Después de Navidad, lo llamas.

Ada asintió. Suspiró varias veces y se fue, encogida, a su cuarto.

Nuria la vio desaparecer y pensó que, en el fondo y de alguna manera retorcida, se alegraba de que algo le fuera mal. Nadie era indestructible. Ni siquiera la perfecta Ada.

ADA

Tras su conversación con Nuria, se había enterrado bajo las mantas. Era como si se le hubiera agotado toda la energía, como si el mundo le pesara demasiado. Y todo, por la culpabilidad que llevaba encima. Se prometió a sí misma que jamás le volvería a hacer a nadie lo que le había hecho a Jaime. Nunca.

Entonces, recordó que había alguien más con quien tenía una conversación pendiente, alguien al que también podían hacerle

daño, tanto como el que ella le había infligido a Jaime: Víctor. Sacó el móvil y escribió:

ADA
Tenemos que hablar

No obtuvo respuesta, lo que le sorprendió. Víctor era un adicto al WhatsApp.

* * *

Cuando le sonó el móvil por la tarde, el nombre que apareció en la pantalla era de los últimos que imaginaba encontrar. En su lista, en la parte más alta estaba Víctor, que la estaba ignorando de maravilla, seguido de cualquiera de sus otros amigos; luego Jaime (igual se le habían curado ya las heridas) y, por último, ese nombre.

—Enrique —susurró con anhelo al descolgar. Que no lo esperara no significaba que no deseara a hablar con él.

—Ada, estoy en tu portal. Baja y nos tomamos algo.

—¿Qué haces aquí? —se extrañó.

—Evitar que me des plantón, a ver si te da pena que haya venido hasta tu barrio para nada.

—Sube, que te abro.

—Baja. Quiero hablar, arriba puede pasar de todo —bromeó él.

—Está Nuria, imbécil. —Sonreía a pesar del insulto que acababa de lanzarle.

—Otro motivo. Baja.

Ada se puso unos vaqueros y una camiseta, y se plantó en la calle con el plumífero desabrochado. Enrique la esperaba de brazos cruzados. No le había abierto, así que supuso que tendría frío. Él le hizo un gesto para que lo siguiera.

La llevó a un bar cercano, tipo taberna. Enrique pidió una cerveza y ella un refresco. Se acomodaron al fondo, en una mesa con un banco acolchado, uno al lado del otro, aunque prudencialmente separados. El periodista le dio un par de vueltas a su botellín antes de decir nada. En ese tiempo, Ada caviló sobre el

bien que le hacía estar allí con él. Era la primera vez en todo el día que le veía algún sentido a lo ocurrido la noche anterior.

—¿Cómo estás?

—Lo hemos dejado. Jaime y yo.

—Ya lo he supuesto. Yo quiero saber cómo estás.

—¿Qué haces aquí? —repitió la pregunta que le había hecho por teléfono. Quería sus razones, necesitaba escuchárselas enumerar.

—No podía dejarte sola. Supongo que saber que estoy aquí contigo, que no me he dado a la fuga, te aliviará algo, ¿no?

Sí. Y no.

Una duda seguía rondándole por la cabeza y no pudo aguantarla más dentro:

—Enrique, ¿tú has visto a tu mujer?

—Prácticamente cada día desde hace varios años —contestó él sin entender.

—Ella es… impresionante. Ayer nos eclipsaba a todas. ¿Qué haces aquí, de verdad?

Él se echó hacia atrás y su gesto de dolor le chocó. Siempre le parecía que hablar de Paola le producía un malestar físico.

—¿Desde cuándo eres tan insegura? Compararte con otra mujer no tiene sentido, cada persona es distinta. Y la belleza está en el ojo del que mira —aseguró mientras contemplaba a Ada, que escuchaba sin estar muy convencida, así que añadió—: Que haya venido a verte debería darte una pista sobre la respuesta.

—Que eres imbécil.

—Es la segunda vez que me llamas eso hoy.

—Perdona.

Enrique se desplazó hacia ella, ya se rozaban sus piernas. Alargó la mano y cogió la de Ada, que descansaba sobre la mesa. Enlazó los dedos con los suyos y se quedó así, sin hacer nada más.

Ella sonrió. Qué fácil era sentirse bien cuando todo lo de alrededor era un desastre. Allí, en esa burbuja, con él sujetando su mano, era feliz. Fuera, ella se seguiría sintiendo como una mala persona y él… Él seguiría engañando a su esposa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella, por fin.

—¿Qué tal no hacer planes? No sé, ya iremos viendo —resolvió.

No era la respuesta que Ada quería, aunque era la única plausible. Decidió cambiar de tema hacia algo más mundano:

—¿Qué tal terminó la boda?

—Lidia acabó bailando encima de la barra. Un espectáculo.

—Soy muy fan de Lidia.

—Deberíamos hacerle un club.

Se echaron a reír. Enrique le contó alguna anécdota más mientras bebían, mientras se regalaban caricias despistadas, mientras se acercaban cada vez más, mientras sus miradas se enredaban y sus labios se llamaban.

Jugaron con sus ganas, con su deseo, hasta que la tensión era dolorosa e insostenible. Entonces Ada besó a Enrique. Le apetecía mucho, desde que lo había visto en la calle con los ojos achinados por la sonrisa que ella le provocaba. Abandonaron el bar mucho más tarde de lo que deberían haber salido si se hubieran limitado a tomarse su consumición. Pero una vez que se habían rendido el uno al otro, les había resultado casi imposible separarse.

Caminaron hasta el portal cogidos de la mano y, antes de marcharse, él la abrazó y le besó la mejilla con suavidad. Ada se dio cuenta de que esa tarde, pese a todo, se había sentido bien. Demasiado bien.

—Nos vemos mañana —dijo él.

—Sí. Habrá que currar, aunque el jefe nos deteste ahora mismo.

—Es Nochebuena, solo tendremos que aguantar la mañana.

—Menos mal.

Enrique se giró para marcharse. En cuanto lo perdió de vista, el mundo, y toda la culpa, volvió a abalanzarse sobre ella.

VÍCTOR

Había puesto unas cuantas excusas baratas a su madre para no regresar a casa hasta la noche del domingo, de forma que había pasado el resto del día con Samuel. Había que recuperar el tiempo

que habían perdido dándole vueltas a si debían o no caer en la tentación.

Ese día habían visto una película en Netflix en el sofá, tapados con una manta, habían cocinado, habían jugado a las cartas, habían tenido sexo y, sobre todo, habían hablado. Víctor comprendió que el actor no era tan engreído como aparentaba, cosa que ya sospechaba, y ese era el único motivo por el que le había dado una oportunidad. Samuel, a veces, incluso parecía frágil, tierno.

Resultó que, aparte de leer, escribía; aunque no dejaba que nadie leyera lo que plasmaba en el papel. Víctor tampoco gozaba de ese privilegio. Le prohibió echar un vistazo, para eso hacía falta un nivel mayor de complicidad.

—Cuando lleguemos a esa fase, te mostraré encantado mis historias —le aseguró.

—Si llegamos —dejó caer él.

A Samuel se le ensombreció el rostro. Vaya, parecía que sí tenía un interés real en que lo suyo saliera bien, que no era solo un capricho. Víctor sonrió y se levantó a cotillear los libros de Samuel. Deslizó el dedo por el lomo de algunos, había una buena ración de clásicos de esos que siempre le habían dado pereza. No era un gran lector. Leía, sin más. Siempre había una novela en su mesilla, aunque podía anidar allí meses.

—Puedes coger el que quieras, te lo presto —le ofreció Samuel. Víctor extrajo de su hueco (ese espacio minúsculo que los libros ocupaban, teniendo tanto dentro, ¿cómo era posible?) un ejemplar de *Azul…* de Rubén Darío. Se giró para mostrárselo al actor, que sonrió, satisfecho—. Buena elección. Cuando lo acabes, si te gusta, te lo regalo.

—¿Y si no?

—Entonces, ¿para qué lo querrías?

—No sé, ¿para arreglar una mesa coja? —bromeó.

—Debería matarte por el simple hecho de haber insinuado que Darío podría estar debajo de la pata de una mesa.

—Perdona —rio. Miró el reloj y decidió que era tarde. Tenía casa y familia, y por muchas explicaciones que hubiera dado, su madre estaría ya preocupada. Eso de quedarse todo el día en el piso de

Ada y Nuria era un chicle que ya había estirado mucho—. Debería marcharme.

—¿Ya? —Samuel se puso de rodillas en la cama y tiró de su brazo. Víctor hizo fuerza en dirección contraria para no caer, aunque el actor era más corpulento y terminó sentado en el colchón.

—Ya. O, si no, llamas a mi madre y se lo cuentas todo.

—Creo que es pronto para presentarme.

—Muy pronto —corroboró, y volvió a ponerse de pie.

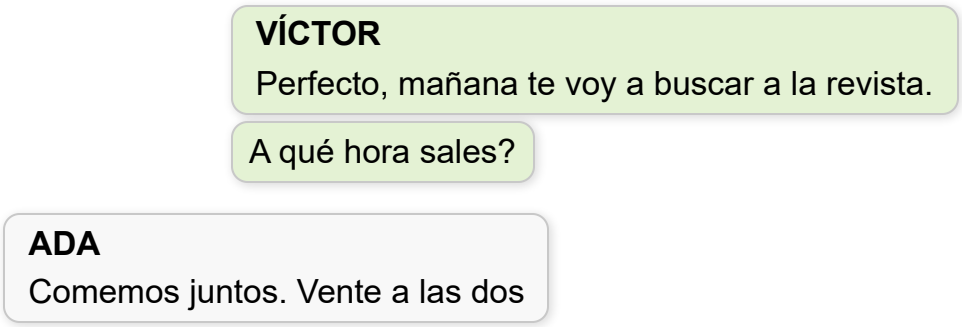
Samuel lo imitó y observó cómo terminaba de vestirse.

—¿Me llamarás esta Navidad? —preguntó cuando Víctor ya estaba preparado.

—Claro.

Lo acompañó hasta la puerta y Víctor, tras un beso de despedida (o dos, o tres), se fue.

En la calle, sacó el móvil y revisó los mensajes de WhatsApp que había ignorado con premeditación y alevosía durante toda la jornada. No quería que nada lo arrancara de esa fantasía que estaba viviendo. Leyó el de Ada y respondió:



Víctor le mandó un pulgar hacia arriba.

XIII. LUNES, 24

ADA

Trabajar el día de Nochebuena no le gustaba, y menos aún con la situación que esperaba encontrarse. Jaime no había dado señales de vida todavía. No obstante, lo raro hubiera sido lo contrario. Lo ocurrido en la boda de Toni… En fin, mejor no darle muchas vueltas.

Aguardaba, parada frente a la puerta, haciendo tiempo; no regalaría ni un segundo de más a la obligación de pasarlo mal. Estaba avergonzada, sí, y también estaba hecha un mar de dudas. Sentía que le había dado el timón de su vida sentimental a una Ada que desconocía, una Ada kamikaze. Hasta entonces, todo había sido fácil, hombres de usar y tirar. Luego Jaime, el hombre búmeran, pues siempre había regresado durante el último año, por mucho que ella lo lanzara con fuerza con sus exigencias de relación abierta, con sus menosprecios a lo que él necesitaba. Ahora el búmeran se había ido bien lejos y no iba a regresar. Y tampoco tenía ganas de hombres de usar y tirar, tenía muy claro a qué hombre quería a su lado. Una kamikaze, sí.

Ya era la hora, no podía demorarlo más. Mientras subía las escaleras, agradeció que Toni estuviera de viaje de novios esas dos semanas, así el trabajo la mantendría ocupada. Entró a la redacción y en la máquina de café se dio de bruces con Lidia, que sacaba un cortado.

—¡Nena! ¿Qué le sucede a tu chico? —preguntó al tiempo que la atraía hacia ella en un medio abrazo.

—¿Qué chico?

Ya no tenía chico. Ese concepto había dejado de tener sentido, pero eso Lidia no lo sabía.

—¡Qué graciosa! ¿Qué chico va a ser? Jaime, que no ha venido. ¿Está malo?

La invadió una sensación de alivio, una cosa menos a la que enfrentarse. Sin embargo, su ausencia también incrementó su nivel de culpabilidad.

—No lo sé, Lidia. Hemos discutido —admitió.

La cara de la periodista tornó de la alegría a la preocupación y volvió a abrazarla, más fuerte y con más sinceridad.

—Oh, ya decía yo que traías mala cara.

—Joder, Lidia, para dar ánimos…

—Que estás muy guapa, es imposible que tú no lo estés —intentó solucionarlo—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué habéis…?

—Es largo de contar —susurró ella, y la dejó ahí plantada. Había visto a Enrique dentro de la redacción. Fue directa hacia él, la Ada kamikaze lista para la acción—. Hola —dijo cuando lo tuvo delante.

—Hola. —Sonrió desde su silla. Ella se relajó un poco al ver que estaban bien, igual que el día anterior, que nada había cambiado.

—No ha venido Jaime.

—No. He preguntado a Montse, la de la limpieza, ha dicho que ayer le hizo ir a su casa, le dio las llaves y ella ha abierto la redacción. No se encontraba bien.

—Vaya.

—Se le pasará —aseguró él y se puso de pie.

—Eso no evita que me sienta fatal.

—Ya lo sé. —Le acarició el brazo con cariño—. ¿Quieres que comamos juntos?

—He quedado con Víctor.

—Luego te invito a un café, entonces.

—¿Es buena idea? —preguntó, alzando una ceja. ¿Hasta qué punto debían seguir con lo que tenían?

—Ada, no lo compliques más. ¿Quieres tomarte un café conmigo o no?

Ada asintió. Claro que quería, menuda pregunta. Y también quería que no quitara la mano que tenía sobre su brazo, y lo iba a hacer en tres, dos, uno… Ya estaba, la había retirado. El «querer» era el problema, que empezaba a querer muchas cosas de él.

—¿Y quién está al mando? —preguntó ella.

—La loca de la fiesta —contestó, señalando a Lidia con la barbilla, Ada se giró.

Lidia, al sentirse observada, saludó con la mano.

—Buf, espero que Jaime vuelva pronto —bromeó ella bien alto para que Lidia la oyera y, educadamente, le hiciera una peineta.

NURIA

Despidió a su paciente con una sonrisa en la boca y, en cuanto cerró la puerta de entrada, bufó. Ser psicóloga era entretenido, aunque escuchaba cada cosa… Este tenía un complejo de Edipo que echaba para atrás. Por lo menos se aseguraba unas cuántas sesiones, sus problemas no se solucionaban en dos días.

Volvió al despacho y recogió el cuaderno de notas, los bolígrafos, y miró el *smartphone*. Dos llamadas perdidas de un número desconocido. Odiaba llamar cuando no sabía quién estaba al otro lado, no obstante, podía ser un paciente, así que dio al botón de rellamada.

Al cuarto tono, la última voz que quería oír el día de Nochebuena contestó:

—Nuria.

—Papá. —Tragó saliva. No podía ser nada bueno— ¿Qué número es este?

—Me he cambiado de móvil. ¿Qué es eso de que cenas hoy con tu novio? —En efecto, no era nada bueno.

—Qué bien informado estás.

—Me telefoneó tu madre para contármelo.

—¿Que te telefoneó mamá?

Sus padres se detestaban, sí que tenía que estar su madre triste como para recurrir al hombre más odiado de su *ranking*.

—Sí. ¿Cómo se te ocurre dejarla sola en un día como hoy?

—No estará sola.

—No seas egoísta, por lo menos podrías habértela llevado.

—Solo me han invitado a mí. Oye, ¿desde cuándo te importa lo que le pase a mamá? —atacó ella.

—No empieces, Nuria. No soy un monstruo.

—¿Para esto me llamas? Porque la decisión está tomada y ahora no voy a decirle a David que no voy, sería de muy mala educación.

—Tú sabrás, pero no estoy de acuerdo para nada.

—Mañana comeré con mamá, no entiendo tanto drama. A ti no te veo nunca y te da igual —le soltó.

Se sintió como una adolescente resentida al decirlo. Su madurez, tirada por el retrete.

—No me ves porque no quieres verme.

—Porque, cada vez que hablamos, me riñes como si fuera una chiquilla. Como ahora, ¿no te das cuenta? Nunca hago nada bien para ti. ¡Estoy tan harta! —Notó cómo las lágrimas acudían a sus ojos y maldijo.

No quería que su padre la escuchara llorar, así que se despidió deprisa sin darle opción a defenderse y colgó. Llevaba sin saber nada de su progenitor desde su cumpleaños en enero. Eso era casi un año, y se ponía en contacto con ella para esto. Ni siquiera le había felicitado la Navidad.

Se mordió el labio inferior y se sentó en la silla de su despacho. Pegó una patada a la mesa y un dolor agudo se instaló en su pie. Juró y dio un puñetazo que también le hizo daño. Volvió a jurar.

Cuando se quiso dar cuenta, lloraba con hipo y todo, incapaz de controlarse. Quería llamar a alguien y desahogarse; quería, por una vez, ser la que necesitara ayuda. Sin embargo, sabía que no se sentiría cómoda en esa posición, así que aguantó su propio berrinche.

Tras apagar su furia, o al menos acallarla, fue a la cocina dispuesta a darse un buen atracón, ya lo echaría luego.

ADA

Víctor hizo acto de presencia en el bar con diez minutos de retraso. Se pidió una cerveza y ambos eligieron la comida; algo ligero, les esperaba una buena cena.

—¿Qué tal fue la boda? —se interesó él.

Ada sopesó qué era mejor, si abordar primero lo ocurrido en la celebración o ir al grano con lo suyo. Como supuso que lo que iba a decirle de Samuel precisaría de más explicaciones y más consuelos, se decantó por relatarle de forma sucinta sus penas y quebraderos de cabeza.

—Te haré un resumen: Enrique y yo…

—¡Venga ya! ¿En la fiesta? ¿Con Jaime por ahí pululando? Tú, el procedimiento adecuado para tener amantes, no lo conoces.

—¿Tú sí? —se sorprendió ella. Víctor se encogió de hombros. Ada aguardó a que el camarero les sirviera el primer plato para continuar —: Jaime nos vio. Así que ahora, oficialmente, no tengo amante.

—Ni novio.

—Nada. Y Jaime no quiere hablar conmigo.

—Normal.

—Sabe que tengo estos… deslices con Enrique desde septiembre.

—Es definitivo, tienes un problema: ¿Para qué coño se lo cuentas?

—Preguntó, no pude mentirle más. Tío, me siento una mierda. Por otro lado, Enrique vino ayer a mi casa; solo a hablar, que te veo venir. Y me sentí tan bien con él… —reconoció.

Admitirlo en voz alta fue como quitarse una losa de encima, como si no fuera tan malo.

—Ya lo sé. Si no, no hubieras organizado todo lo que has organizado. El día de tu cumpleaños hubiera acabado todo. —Víctor le acarició el brazo con cariño—. Te lo advertí.

—A ver, listillo, que no necesito un «te lo dije».

—Perdona. Tienes razón. ¿Quieres la verdad?

—Para eso te pago —bromeó sin muchas ganas.

Víctor se inclinó hacia delante y la miró. Genial, ahí venía una de esas verdades que dolían.

—A Enrique le gustas. Y mucho. Sin embargo, hay un inconveniente bastante grande: está casado. Oficialmente eres «la otra».

Voilà, verdad jodidamente incómoda.

—¿Tú qué harías? —Sonó bastante desesperada. Tanto que hasta ella se sorprendió.

—No tengo ni idea. Lo tienes complicado, amiga. ¿Esto es para lo que me has citado? Porque yo…

—No, no es para esto. Hemos investigado al que tomó tus fotos.

—Eso ya da igual —la frenó.

—Escúchame —le pidió—. Íñigo, el que las hizo, es amigo de Samuel. Tal vez eran algo más. —Ada advirtió que a Víctor no le hacía gracia lo que acababa de contarle. Continuó, lo siguiente aún le iba a gustar menos—: Samuel preparó todo, sabía que en algún momento tú saldrías a fumar y él te siguió y te besó; y lo hizo porque le había ordenado a Íñigo que tomara esa instantánea. Te quería usar para acelerar su salida del armario, pero su mánager fue hábil arreglando su cagada.

—¿Qué? —El rostro de Víctor estaba tan pálido que casi rozaba la transparencia—. ¿Por qué iba a…?

—Porque está harto de mentiras. Te utilizó.

—¿Y por qué te ha contado Íñigo esto?

—Se lo confesó a Toni. Está despechado, parece ser que Samuel le prometió una relación que…

—No tiene sentido.

—Lo siento. Sé que ese chico… Tenía que avisarte antes de que te pillaras.

—Hostia, Ada. —Víctor se frotó los ojos con furia y echó la cabeza hacia atrás a la vez que emitía un gruñido—. Llegas tarde. El sábado terminé en su casa y ayer estuve todo el día con él.

—Víctor… —Se le encogió algo en el pecho al ver el sufrimiento de su amigo reflejado en su gesto compungido.

—Menuda mierda. Para una vez que un tío me interesa. ¡Maldito mentiroso! —clamó y varios comensales los miraron. Ada le hizo un

gesto para que se tranquilizara—. ¿Te das cuenta? Somos lo peor, tú y yo. A ti te iba mejor cuando eras un David en chica.

—Y a ti.

—Yo nunca he ligado tanto —susurró él, e hizo una mueca que intentaba ser una sonrisa—. Prométeme que esta Nochevieja salimos los cinco: Pau, David, Nuria, tú y yo. Vamos a quemar esta ciudad.

—Prometido —dijo, aliviada al ver que Víctor era capaz de sobreponerse—. Y si cojo el móvil para llamar a alguien me lo quitas, por favor.

—Hecho.

Se dieron la mano, sellando el pacto.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber tras unos segundos de silencio.

—Mandarlo a tomar por culo. Como si no hubiera hombres en el mundo, ¿no?

Sí, hombres había muchos. La cuestión era que su amigo se había colgado de uno que no le convenía nada en absoluto. Sabía que Víctor lo superaría, era fuerte y valiente. Además, ella estaría a su lado. Eso, siempre.

NURIA

Cuando llegó al piso de David, se paró frente a la puerta unos minutos y se preguntó qué narices estaba haciendo. Apetecerle cenar ahí, no le apetecía. Los padres de David no eran santos de su devoción, bajo esa piel de cordero se escondían dos lobos capaces de rechazar a su hijo por su orientación sexual. Entonces, ¿por qué había accedido? Tras analizarlo breve pero concienzudamente, concluyó que tenía dos (malos) motivos: el primero, alejarse de su madre y así no contarle que ahora trabajaba en una especie de casa de citas; y el segundo, simular ser la novia de David era una especie de privilegio. Nunca se iba a ver en otra así, con un chico tan guapo a su lado, eso era inalcanzable. Ya que no podía tener a Jaime… Aceptó que eran dos razones muy endebles y poco sanas y,

resignada, llamó al timbre. Ya se haría terapia en otro momento. O no.

Abrió David, que esbozó una sonrisa incómoda mientras la saludaba y le cogía la enorme bolsa que llevaba en la mano.

—¿Ya ha llegado Papá Noel?

—Tengo un pacto con él para que se deje caer antes por mi chimenea.

—¿Estás preparada para el infierno? —susurró.

Nuria se encogió de hombros. No, no estaba preparada.

Él la condujo hasta el salón, donde Ester terminaba de poner la mesa. Manuel permanecía sentado en el sofá, con una copa de vino blanco en la mano. Se levantó para saludarla con dos besos. Ester, más cariñosa, la abrazó.

—Muchas gracias por invitarme.

—Es un placer tenerte aquí —le dijo Ester.

—¿Quieres un poco de vino? —ofreció Manuel. Nuria se encogió de hombros—. David, sácale una copita a tu chica.

«Chica» le sonó con cierto retintín, cosa que la puso sobre aviso. David desapareció tras depositar la bolsa bajo el gigantesco árbol de Navidad que tenían a la entrada de la habitación y se fue a la cocina.

Era la primera vez que Nuria se quedaba sola con los padres de David y no sabía cómo actuar. Determinó que lo más acertado era ayudar a Ester a colocar los cubiertos. Después, cuando David regresó, se quedó en un lado, de pie mientras bebía. Le parecía mal acomodarse mientras Ester trabajaba, pero con una copa en la mano no podía colaborar… David la sacó del apuro, le obligó a aposentarse con su padre y él terminó de organizar la velada con su madre.

GORKA

Las cenas navideñas en casa de sus padres eran un espectáculo. Se reunían con los abuelos y con el hermano de Juanjo, su mujer y sus dos hijos. Cenaban entre risas, porque eran como una de esas familias que salen los anuncios de turrón, sin cuñados pesados ni

asuntos que echarse en cara; que no era que no tuvieran (trapos sucios hay en todas partes), era que en Nochebuena estaban prohibidos. Luego sacaban los dulces y charlaban y cantaban villancicos acompañados por su guitarra o su ukelele mientras Ada tomaba fotos. A veces, incluso se animaban a jugar al *Sing Star* y competían entre ellos. Siempre ganaba el equipo de Gorka.

Ese año no le apetecía unirse a tanta felicidad, estaba de un humor de perros. Además, el precioso moratón que Damián le había hecho como regalo adelantado de Navidad había llamado la atención de todos y había tenido que inventarse que se había caído.

En ese momento, una de sus abuelas protestaba porque quería ver el discurso del Rey, una batalla perdida en una casa de republicanos como esa, pero ella insistía. Al final, Carlos, el primo mayor, cambió el canal y se lo puso solamente para que se callara. Gorka aprovechó ese barullo para recluirse en su cuarto, necesitaba evadirse de tanto ruido.

Su descanso duró poco, Marco entró sin llamar.

—¿Para qué le contaste a papá que dibujaba? —le recriminó con una mueca de hastío.

—No sé. No pensé que te molestaría.

—Ahora pretende que vaya al estudio de tatuajes con él, a aprender el negocio.

—Le hará ilusión. Si se te da bien, te dejo que me acabes el brazo. —Se levantó la manga para enseñar el poco espacio que quedaba sin tinta en su piel.

—Paso de tatuar. A mí me gusta el cómic, y eso papá no lo va a entender.

—¡Vaya tontería! Papá nunca se mete en nuestras decisiones y mira que podría haberlo hecho, los tres hemos salido algo bohemios: Ada, fotógrafa; yo, músico; y tú, dibujante.

—Querrá que siga con el estudio y se cabreará si me niego, ya lo verás.

Marco abandonó su habitación, airado, sin darle oportunidad a contestar.

Gorka resopló y lo siguió hasta el salón, ya casi era la hora de la cena y no podía esconderse más.

PAU

Para Pau, la Navidad era una tortura. Intentaba parecer feliz por su hermano, aunque le apetecía más bien poco cocinar una buena cena, servirla y controlar que su madre no se acabara el vino antes de pasar al segundo plato, tal y como estaba ocurriendo esa noche. Le arrancó la botella de la mano y se sirvió un poco él.

—¿Me echas a mí? —preguntó Sergio.

—Ni de coña.

—Solo falto yo.

—Sergio, diferencia bien lo que hace mamá de lo que hago yo. Cuando seas mayor, ya sabes a quién imitar.

—José tampoco bebe.

Ah, sí, ese era otro motivo por el que este año, estas fechas le daban especial asco. Evitó la tentación de tomarse de un trago lo que se acababa de echar en el vaso, que no copa. ¿Para qué sacarlas del armario si solo estaban ellos tres?

—Me parece bien. Mamá lo hace por todos —contestó, y miró a Nati con cierto odio. Su madre lo ignoró; de hecho, apuró el vino y le señaló el recipiente vacío para que se lo rellenara—. Ahí tienes el grifo, sírvete.

—Si me levanto es a por el tequila —zanjó ella, que ya estaba achispada. Pau, controlando su mala leche, agarró el vaso de su madre y se lo llenó de agua—. Con esta mierda no esperes que cante villancicos luego.

Pau negó con la cabeza y se volvió hacia Sergio, que se reía con timidez de las palabras de su madre. Al menos, alguien se lo pasaba bien.

DAVID

Acompañó a Nuria hasta su casa con el coche de su padre. La velada había sido bastante horrible. Sus padres habían interrogado a su amiga sobre sus intenciones, con las palabras «boda» e «hijos» de

por medio. Que lo hiciera su madre lo podía entender, ya que todavía creía que estaban juntos. Pero su padre, que sabía que era una mentira… Lo había hecho para hacerle daño. A él le daba igual que quisiera destrozarlo; sin embargo, que jugara con Nuria era injusto.

Ella, haciendo gala de esa mano izquierda de psicóloga que tenía, había capeado el temporal y se había mantenido firme, con evasivas, contestando que eran jóvenes, que estaban empezando, que tenían mucha ilusión, que David era un novio muy generoso… Patrañas y más patrañas. Y él había callado como un muerto. Al final, Nuria se había puesto nerviosa y había terminado en el baño. David sospechaba que vomitando la cena, por el ruido que había escuchado a través de la puerta cuando, preocupado, había ido a buscarla.

—Nuria, lo siento mucho. Han sido lo peor.

—No te preocupes —murmuró ella, mirando por la ventanilla mientras se mordía la uña del dedo índice.

—Mi padre sabe que lo nuestro no es verdad. Se ha comportado así para fastidiarme.

—Pues le ha salido genial. —Nuria cogió aire—: David, igual deberíamos dejar de fingir que…

—Tal vez sí. —Hizo una pausa y recordó la ilusión de su madre cuando le había dicho que Nuria iría a cenar—. Sin embargo, mi madre… me da tanta pena…

—Lo haremos poco a poco. Será lo mejor para que no lo lamente tanto.

Nuria tenía razón. Dejar este delirio era lo mejor.

—De acuerdo.

David paró el vehículo, ya habían llegado. Entonces, sucedió algo que para nada esperaba. Nuria se giró hacia él, seria, con los ojos llorosos. Pensó que le iba a decir que lo había pasado fatal, pero las palabras que salieron de su boca lo dejaron desconcertado:

—Ada y Jaime lo han dejado.

David sintió un escalofrío. Había aguardado a que esa relación se rompiera, consciente de que sus agarres no eran muy fuertes. Y ya

estaba, había ocurrido, Ada era una mujer libre. Ahora podría, al menos, intentarlo. Su vuelta de París cobraba sentido.

—¿Cómo está?

Supuso que lo estaba pasando mal. Bajo esa apariencia despreocupada, Ada tenía un corazón enorme. Por eso la quería.

—No muy bien, se culpa de todo. Bueno, es que tiene la culpa, se ha estado acostando con Enrique todo este tiempo. De hecho, lo dejaron porque Jaime los pilló.

—Cómo no, Enrique. —David soltó el volante y se frotó el mentón con la mano derecha. No había contado con el tercer pretendiente de Ada. Ese enemigo parecía muy difícil de batir, Ada estaba colgada de él, era evidente. Entonces, cayó en la cuenta de que alguien más estaba sufriendo—. Pobre Jaime.

—Sí. Habla con ella, en serio. Quizás pronto tengas una novia real que llevarle a tu madre.

Se bajó y cerró de un portazo. A David le pareció que Nuria estaba profundamente triste y no sabía por qué. La notaba rara con él desde hacía tiempo, como si quisiera alejarse, aunque siempre volvía. No sabía cómo tomárselo.

Estaba claro que no tenía ni idea de mujeres.

JAIME

No había dicho nada en casa sobre su ruptura con Ada. No obstante, sus progenitores no eran tontos, y esas ojeras, ese mal color, esa poca gracia al vestirse y al peinarse… Vamos, la desgana en persona era Jaime sentado a la mesa. Para colmo, toda la familia lo analizaba de reojo y cuchicheaba. Adriana le dio unos toquecitos en la pierna con el pie para que contestara a alguna pregunta que le habían formulado y que no había escuchado. Él levantó los ojos y asintió. Le podrían haber preguntado si era gilipollas que la respuesta hubiera sido la misma, porque se sentía gilipollas. Muy gilipollas.

La cena duró más de lo que Jaime podía soportar, aunque lo hizo, tal y como su padre le había enseñado. «Uno nunca deja de ser lo

que es», le decía, y él no podía dejar de ser el hijo de Fernando. Un hombre fuerte requería de un vástago aún más fuerte.

Cuando todos se fueron (tías, tíos, abuelos y primos), ayudó a recoger y se dispuso a marcharse también. Había traído la moto y había bebido un poco. No era buena idea, aunque en ese momento no era muy consciente del peligro.

—No, hijo, tú te quedas a dormir —ordenó Adriana que, cuando ejercía su papel de madre, no había quién la contradijera—. Y ve a hablar con tu padre, que quiere comentarte una cosilla. Está en su despacho.

Como un autómata, Jaime abandonó sus intenciones de coger el casco y subió las escaleras hasta el despacho de su progenitor, que lo esperaba tras su escritorio como el malo del *Inspector Gadget*; o como *El Padrino*, no sabía muy bien qué analogía era más acertada. Se sentó frente a él.

Fernando se inclinó hacia delante y lo observó, severo.

—¿Los seguiste? En la boda. —Su padre lo había alentado a seguir a Ada y Enrique. Él ni se había dado cuenta de que se marchaban juntos a cobijarse en la oscuridad, pero Fernando se lo señaló, le sugirió que debería ir tras ellos y a él le picó la curiosidad. Jaime asintió y desvió los ojos—. ¿Y?

—No es asunto tuyo.

—Mírate. Yo creo que sí lo es. Esa mujer te está haciendo papilla. No puedes permitírselo.

Se resistió a hablar durante unos treinta segundos más o menos. Después cedió al impulso, necesitaba expresarse. Había aguantado con todo eso dentro y, pese a que estaba seguro de que su padre no era la persona más indicada para desahogarse, tuvo que soltarlo:

—Se ha acabado, papá, ya está. Era lo que querías tú, ¿no? Al final has ganado, tenías razón: me engañaba. Y lo hacía con tu hombre de confianza. Así que, tú también has sido traicionado de algún modo.

—Yo me ocupo de Enrique, de eso no te preocupes —aseguró. Hizo una pausa antes de soltar la bomba—: Despídela.

—¿Qué? —se sorprendió—. No puedo despedirla por eso.

—Invéntate cualquier tontería y la echas —insistió Fernando.

—No. Sería improcedente, podría denunciarnos. Además, Ada es buena en su trabajo, supera a Toni. No voy a prescindir de la mejor fotógrafa que tengo.

—Muy bien. Entonces, destrúyela. Que no quede nada de ella, que se levante cada mañana sin ninguna ilusión.

Negó con la cabeza. Él no era así, no podía hacerle eso a Ada. Todavía la quería, todavía no había quitado su cepillo de dientes del baño; todavía conservaba sus regalos, recordaba el aroma de su pelo, el tacto de su piel. Aún ocupaba solo un lado del colchón, respetando su espacio, y eso que nunca habían convivido.

—No puedo.

—Es que debes, se ha reído de ti. Nadie se ríe de nosotros. Ahora estás triste, pero con el tiempo te darás cuenta. No puedes dejar que te pise, si se lo consientes…

—Hablaré con ella. Tiene que explicarme muchas cosas.

—¿Pretendes perdonarla? No me avergüences —lo amenazó. Y esas palabras fueron un balazo. ¿Estaba dispuesto a olvidar lo ocurrido? ¿Y eso lo convertía en un pusilánime? Eso parecía. Él no era débil, no podía serlo—. Anda, vete a descansar, a ver si mañana lo ves todo con más claridad.

Jaime se levantó. La reunión, porque eso era lo que parecía, había finalizado.

Mientras caminaba hasta su antiguo cuarto, pensó en lo que su padre le había aconsejado. ¿Destruir a Ada? No se lo había planteado. ¿Qué podía hacerle? ¿Cómo podía dañarla? Ella sí que lo había deshecho. Quizá la venganza no era tan mala idea. Se asustó. A ver si al final no iba a ser tan distinto de Fernando.

XIV. MIÉRCOLES, 26

VÍCTOR

Tenía tanta ira reconcentrada dentro que le dolía el estómago. Se sentía estafado, utilizado, sucio. Para una vez que ponía todo en juego por alguien, y resultaba ser el peor embustero de todos. No quería dejar transcurrir ni un día más sin dejar las cosas claras con Samuel.

Llamó a la puerta con violencia. Primero al timbre; luego, golpeó tres veces. Escuchó pasos. Ya no hacía falta, iban a atender a su llamada, pero volvió a dar un par de puñetazos, para hacer notar su cabreo.

Samuel apareció al otro lado, despeinado y somnoliento. Eran las diez de la mañana, pero el actor parecía ser un hombre de hábitos nocturnos. Sonrió al verlo, pese a que Víctor acababa de sacarlo de la cama.

—Víctor, ¡qué sorpresa!

Él, nervioso (ya llevaba unos cinco cigarrillos consumidos desde que se había levantado), se rascó la cabeza. Esa sonrisa perezosa de Samuel era pura kryptonita para sus intenciones. No obstante, se había propuesto mantenerse firme y no iba a fallar.

—¿Puedo pasar?

—Claro, entra.

Samuel se hizo a un lado y él avanzó hasta el salón, donde aguardó de pie. Se deslizó la mano por la cara, se presionó el puente de la nariz y, al final, con los brazos en jarra, se giró hacia su interlocutor, que lo observaba bastante desconcertado ante su actitud.

—Samuel, ¿qué coño estás haciendo conmigo?

—Pues ahora mismo nada, aunque si quieres…

Anduvo hacia él hasta colocar las manos sobre su pecho, meloso. Víctor se retiró, brusco, cortante. No quería que fuera por ahí.

—Las fotos. ¿Las preparaste tú? —preguntó, directo al grano. El actor alzó las cejas—. Piensa si quieres engañarme dos veces.

—Víctor…

El tono triste de su voz se lo dijo todo.

—¡Claro que lo hiciste! ¡Joder!

Miró al techo por encontrar algo neutral a lo que aferrarse. Constatar lo que había sucedido dolía mucho. Samuel quiso sujetarlo del brazo, un contacto que él rehusó.

—Todo ha cambiado desde ese día.

—¿Sí? Organizaste todo ese embrollo con tu novio y me usaste.

—Sí, y estuvo mal. Muy mal. Estaba agobiado, harto de que me escondieran como si tuviera que avergonzarme de ser homosexual. Entiendo que te enfades, pero ahora me gustas y no quiero que se estropee por esa estupidez.

—¿«Estupidez»? —clamó. No era una estupidez, era algo horrible —. Me mentiste, me has mentido todo este tiempo. Es más, mientes a todo el mundo, ¿cómo esperas que yo pueda confiar en ti?

Samuel se sentó en el sofá, vencido. Maldijo. Parecía abatido, como si realmente le importara haberlo estropeado todo.

Víctor se irguió, no pensaba ablandarse.

—Lo siento. ¿Cómo te has enterado?

—¿Acaso importa?

—Seguro que Íñigo se lo ha contado a tu amiga Ada, ¿no?

—Bueno, esa es otra: el fotógrafo, al que seguro que te sigues tirando…

—No, eso no es así, solo estás tú.

—No pienso creerte. Y ¿sabes qué? Me da absolutamente igual lo que hagas con él. Porque nosotros hemos acabado, si es que empezamos algo. No vuelvas a llamarme, no vuelvas a escribirme y, en el rodaje, que te lleve los cafés tu… —«Tu puta madre», quiso decir. Se mordió la lengua—. Cualquier otro. O mejor, llamas a Íñigo y que te los lleve él; y que te los meta por el puto culo, ardiendo, a ver si esto te gusta.

Se dirigió hacia la puerta sin esperar que Samuel contestara. El actor, seguramente sin asimilar la sarta de burradas que Víctor acababa de soltar por ese pico de oro que, cuando se encendía, no tenía filtro alguno, se levantó y fue tras él. Lo atrapó justo cuando iba a abrir la puerta.

—No te vayas, no puedes dejarme así. No volveré a hacerte daño nunca más, te lo prometo.

—Te lo repito, que veo que andas duro de oído: NO TE CREO.

Y se marchó sin volver la vista atrás.

Víctor llegó a la calle con los ojos anegados de lágrimas. Sacó su paquete de tabaco y se encendió el sexto. La primera calada le supo a gloria porque desaceleró su corazón.

Ya estaba hecho, ya había puesto a Samuel en su sitio. Odiaba a la gente que se creía más que los demás y los manejaba a su conveniencia. Había pensado que el actor no era así; que era un chico sensible, confundido, condicionado, mal aconsejado… Ahora sabía que era tan manipulador como su agente. No quería a nadie así en su vida. Decisión tomada. Hora de abrir otro capítulo.

PAU

Entró al bufete con pocas ganas de escuchar lo que David tenía que decirle. Esas fechas le estaban agotando la paciencia. Y que su hermano hablara todo el rato de José, también.

Lo volvieron a acompañar al despacho, donde su amigo lo esperaba, esta vez sin mirar papeles, de brazos cruzados: debía de tener poco trabajo. Pau se sentó frente a él y lo saludó.

—¿Qué tal estos días? —preguntó el abogado.

—Los odio. Menos mal que ya ha pasado lo peor. ¿Tú?

—Parecido. Por cierto, Víctor me ha dicho que Nochevieja es en el piso de las chicas. Cenamos ahí y luego salimos.

—Sí, y estaría feliz y entusiasmado si no fuera porque Sergio pretende tomar las uvas en la Puerta del Sol con José.

—Déjalo ir.

—No quiero que esté con él en Nochevieja.

—Mejor estáis todos amargados con tu madre —ironizó David—. Pau, no merece la pena.

Él se replegó en la silla. Con lo grande que era y lo pequeño que se sentía en esos momentos. Además, echaba de menos a Ágata, ella le hacía evadirse. Habían hablado un par de veces desde que se había ido a Italia, le daba miedo agobiarla y ella parecía haber tomado la misma determinación.

—Lo pensaré.

—La psicóloga me ha llamado —dijo David, y zanjó así la charla cordial.

Ahí estaba el motivo de la visita. Pau notó cómo se le encogía el corazón, los nervios le hormiguearon en la piel.

—Fue mal, ¿no?

—Va a acudir a tu casa y a la de José después de estas fechas para observar la convivencia de Sergio con ambos progenitores. Se pondrá en contacto contigo para concertar el día.

—¿Qué? ¿Nos va a espiar?

—No es tan malo. Es una buena oportunidad para que tu madre demuestre que puede ocuparse de él.

—David, es que no puede ocuparse de él.

—Y eso nos lleva a algo nuevo: a que tú pidas la custodia. No, espera… Esto no es nuevo, ya lo hemos hablado, ¿no? Me suena que tu abogado te dijo que era lo más acertado.

—Que te den —refunfuñó.

—Sabes que eso a mí no me insulta, ¿no? —David esbozó una sonrisa ladeada. Pau intentó serenarse. Estaba enfadado, aunque no con su amigo, sino con la situación—. Mira, esto es lo que hay, o

tuneas a tu madre para este llamémoslo «examen», o vas a por la custodia.

Pau bufó. Se echó hacia delante y volvió a bufar. Se mesó la barba mientras cavilaba sus escasas alternativas y asintió.

—Veremos cómo sale esa entrevista.

—De acuerdo. Tiene que salir perfecta, es fundamental —le advirtió David. Sabía que lo estaba presionando para que cediera, pero no iba a funcionar. No con él. El miedo a aceptar esa responsabilidad ganaba—. Te invito a un café, ¿quieres?

Pau accedió. Ambos salieron del bufete y fueron a un bar cercano. Allí no hablaron más de hermanos, ni madres, ni padres. Necesitaban un poco de paz.

ENRIQUE

Antes de llamar a la puerta, le asaltó la duda sobre si Jaime podía estar dentro o no, pues seguía sin aparecer por la redacción. No le apetecía encontrarse con el exnovio de su amante. Qué mal sonaba; sin embargo, era la terminología correcta, aunque Enrique no la sintiera así. Ada no era la «amante» para él. Si ocupaba ese sitio, era porque Paola no le daba opción a nada más.

Adriana le hizo pasar y Enrique subió hasta el despacho de Fernando. Lo encontró solo, por fortuna.

—Feliz Navidad, Enrique.

—Feliz Navidad —respondió y se sentó en la silla.

—Tengo el dinero para Julia. Irás el viernes.

—¿Y qué sucederá el mes que viene? ¿Qué explicación le daremos a Mario? Porque yo ya me llevé dos hostias el otro día.

—No sé. Lo que sí sé es que no voy a poner un duro de mi bolsillo. Si me metí en este negocio fue para ganar dinero, no para perderlo. Así que, como tampoco me apetece buscar una solución, creo que serás tú quien me proporcione ese capital.

—¿Yo? —Eso era el colmo, aun encima, tendría que pagar—. Estás al corriente de lo que cobro, no me sobra nada.

—Oh, sí, y también lo estoy de que antes te gustaban ciertos juegos. De hecho, te conocí por eso. Vuelve a ello. Gana lo que necesitamos y lo invertiremos.

—No. Es agua pasada.

—Vaya. Pensé que tenías más cojones.

—¿Cojones? Esto no es cuestión de cojones, es supervivencia. Cuando tú me conociste debía mucha pasta. Por eso estoy en esta situación ahora.

—Entonces, me obligas a perder.

—Son tus negocios. Y dudo que pierdas nada. ¿Crees que soy imbécil?

Fernando lo observó, serio. Enrique supuso que pensaba cómo amedrentarlo, y estaba seguro de que se le ocurriría algo.

—Quizá debería permitir que Mario te diera algún golpecito más, solo para que te lo pienses mejor.

Tragó saliva. No quería volver al póker, ahí había empezado su descalabro personal. Le había arruinado la vida. Había perdido amigos y libertad por gilipollas.

—Cuando acaben conmigo irán a por ti —se atrevió a amenazar.

El rostro de su jefe se ensombreció. Muy bien, parecía que surtía efecto. Quizás aún había esperanza.

—Cambiando de tema. ¿Lo pasaste bien en la boda de Toni?

—Sí. —Terreno complicado, ¿qué sabía Fernando de lo ocurrido esa noche?

—Eso me han dicho. Parece que te llevas muy bien con la exnovia de mi hijo, ¿no?

Todo, estaba al corriente de todo. Enrique agachó la cabeza. ¿Qué podía decir?

Fernando sacó un sobre del cajón de su escritorio y se lo tendió. Él lo abrió. Un par de fotos. Una, del preestreno de *El Pecado*: Ada y él se besaban. Otra, en Roma: paseaban juntos, Enrique con su brazo sobre el hombro de Ada en una actitud bastante cariñosa. En los dos eventos había periodistas, parecía que Fernando tenía ojos dentro de la profesión.

—No esperaba que me espiaras —confesó él, más resignado que enfadado.

—Estas fotos pueden acabar donde Mario. Tal vez se divierta con Paola primero y luego con Ada. Y con las mujeres no se limita a darles un par de guantazos, querrá probar carne.

Enrique se echó hacia delante y agarró a Fernando del cuello de la camisa. Ahora sí estaba cabreado. Imaginar que ese desgraciado les ponía una mano encima…

—Como se te ocurra…

—Haz lo que te digo y, entonces, Paola y Ada estarán a salvo. Yo me ocuparé. Sobre todo, de Paola; la otra me da un poco igual. La que es puta es puta, igual no me molesta tanto que Mario la encuentre —lo provocó.

Enrique empujó con fuerza a Fernando y se levantó, dispuesto a darle un puñetazo.

—Si me pegas, llamaré a la policía.

Se frenó. Lo que le faltaba, que lo acusaran de agresión. Se dio la vuelta para calmarse. No había escapatoria; como siempre, tendría que ceder. Haría cualquier cosa porque no hicieran daño a ninguna de las dos. Jugaría, claro que lo haría.

Volvió a mirar a su jefe.

—Eres… No se me ocurre ni qué llamarte.

—Si te vas de la lengua con tu nueva amiga, ella perderá su puesto en la revista, también te lo adelanto. Enrique, acepta de una vez que estás en mis manos y todo irá mejor. —Su tono condescendiente fue un verdadero insulto.

Le dio el dinero para Julia y Enrique se giró para irse. Por un momento, se planteó dejar de ver a Ada para alejarla del peligro. No obstante, el mal ya estaba hecho, podrían buscarla y hacerle daño igual.

—Ah, por cierto: gracias —le dijo Fernando antes de que saliera.

—¿Por qué? —Eso era una novedad, nunca le había agradecido nada.

—Por follártela, por fin mi hijo ha abierto los ojos. Me has evitado muchos quebraderos de cabeza al sacarla de la vida de Jaime.

No contestó. Abandonó la casa con ganas de vomitar.

Se estaba ahogando, la soga cada vez lo apretaba más y no creía poder soportarlo mucho tiempo.

GORKA

Estaba condenado a pasar todo el día en casa solo con su hermano. Estaban de vacaciones y sus padres trabajaban. Y era muy aburrido.

En ese momento, en el salón, Gorka cambiaba de canal, a punto de mandar a la mierda la programación de la tele y rendirse a Netflix o HBO; y Marco dibujaba en su característica mala postura, tirado en el sofá.

—¿Quieres ver alguna peli? —le ofreció Gorka.

—Pon lo que te apetezca.

—¿Ha insistido papá en lo del estudio?

No era que le preocupara demasiado que su padre incordiara a su hermano, solo tenía curiosidad. Marco no desvió la mirada del papel; siguió ahí, sombreando unas viñetas.

—Iré el viernes. No me hace ninguna gracia. —Calló unos segundos y levantó la cabeza, moviéndola como si buscara algo—. Te suena el móvil.

Él soltó el mando y se levantó a la caza del aparato perdido. ¿Dónde podía estar? En el salón no, de forma que solo quedaban la cocina y su cuarto, al baño no lo había llevado (creía, tampoco lo podía asegurar al cien por cien).

Lo encontró sobre su mesita de noche. Era Jess.

—Hola… ¿Ahora? Sí, claro que puedo… Voy… Adiós.

Se cambió y se puso el abrigo. Jess le había pedido que acudiera al local de ensayo. No había dado ninguna razón coherente y a él no le importaba, le venía bien escapar de la tediosa tarde con su hermano, el dibujante de cómic frustrado. Frustrado y semimudo: si no le hablaba él, podían estar veinticuatro horas en silencio. Atravesó el salón y se despidió de Marco, que levantó una mano y no se interesó por conocer cuál era el motivo de su salida.

* * *

Abrió la puerta del local y encontró a Jess sentada en una silla, trasteando con el micrófono. No se había levantado mucho el tupé

ese día. Tampoco le quedaba mal el pelo así, más natural.

La cantante se giró hacia él y sonrió.

—¿Estamos solos? —preguntó Gorka.

Jess se levantó y fue hacia él.

—Sí.

—¿Qué era eso tan urgente? Me imaginaba una inundación, un incendio, que nos habían robado los amplis… Cualquier cosa. Todo parece en orden.

—Es otro tipo de urgencia —afirmó, y le rodeó el cuello con los brazos.

Gorka puso los ojos en blanco.

—Jess, no es una urgencia, es una encerrona.

Ella se echó a reír con esas carcajadas desinhibidas que tanto le gustaban. A pesar de eso, se la sacó de encima.

—¿Y ahora qué pasa? Ya no tienes novia —protestó.

Recordarlo, poner en palabras la ausencia de Blanca, le dolió. Y le cabreó. Tal vez, por eso hizo lo que hizo a continuación.

—Canta algo.

Le ponía cuando actuaba. Jess era un puto volcán y quería que entrara en erupción. De paso, él también erupcionaría. Dentro de ella.

—¿Qué quieres? —preguntó, dirigiéndose al micro, dispuesta a pagar tan módico precio.

—Una bonita.

—Qué pocas indicaciones…

Jess carraspeó antes de entonar *Carrie* de Europe.

A mitad de canción, Gorka tomó su guitarra y la acompañó. Jess era magia en cuanto a música se refería. Podía transformar cada pieza en algo suyo, propio, como si la hubieran compuesto solo para ella. Ni siquiera se había movido del sitio, cantaba con los ojos cerrados. Lo que la hacía especial era el sentimiento que ponía. «Como la chica del metro», pensó él.

Jess acabó y desplegó los párpados, desorientada, como si despertara de un plácido sueño. Gorka dejó el instrumento y le hizo un gesto para que se acercara. Ella obedeció con el triunfo impreso en el rostro. Esta vez fue él el que la besó.

Gorka acarició el delgado cuerpo de la cantante, y besó y mordió su piel, provocando que su respiración se agitara. La joven echó el cerrojo del local y se quitó la camiseta antes de colocarse a horcajadas sobre sus piernas. No llevaba nada debajo y sus pechos tersos se presentaron ante él. Los lamió y ella gimió. Ese sonido terminó de ponerlo a tono. Succionó uno de sus pezones, provocando que Jess se revolviera, se apretara contra él y buscara el roce de su sexo para aliviarse. Después ayudó a Gorka a deshacerse de su ropa, con prisa, con esa «urgencia» por la que lo había llamado. Jess no era como Blanca, no había pudor, ni delicadeza. Lo que quería ella era pasárselo bien, aunque fuera en un terreno tan arduo como el suelo del lugar. Y vaya si lo consiguieron.

XV. VIERNES, 28

ADA

Llegó con Lidia a la redacción. Acababan de hacer una entrevista a un cantante en un parque, en pleno diciembre. Y no era una broma del día de los inocentes, habían pasado a la intemperie cerca de dos horas.

La periodista estaba helada. Ese día había decidido ponerse un vestidito corto y unos zapatos de tacón: «Antes muerta que sencilla». Ada tampoco tenía mucho calor, aunque al menos llevaba las piernas tapadas con unos vaqueros. Dejó la cámara en el escritorio, pero no se desprendió del abrigo, lo conservaría hasta que se le pasara el tembleque.

—Espero que las fotos hayan salido bien —comentó Lidia.

—Preciosas, tranquila. En días como hoy, odio mi trabajo —comentó mientras sacaba las manos de los guantes y movía los agarrotados dedos.

En realidad, era mentira. Amaba la fotografía, aunque le tocara ejercer en malas condiciones.

—Ya te digo.

—Ya que estás al mando, podrías haber enviado a otro a esto —le reprochó.

—No lo pensé. Esta semana no estoy para mucha cosa, nena.

—Mala semana para estar distraída, que eres la jefa en funciones.

—No entiendo por qué Jaime no dejó a Enrique en su lugar, lleva más tiempo en la revista —dijo. Ada se encogió de hombros, no desvelaría que el motivo era muy personal—. Gonzalo ha vuelto a desaparecer.

—Olvídate de ese tipo, no sabe lo que quiere —le aconsejó.

—Le doy de tiempo hasta fin de año. Si no aparece, en Nochevieja pienso liarla parda. Por cierto, ¿qué planes tienes?

—Cenamos los amigos en mi piso, y luego saldremos.

—¿Nada de cotillón?

—Nada.

—Arriesgado…

—Si no encontramos sitio, volvemos a casa y nos montamos la fiesta solos.

Enrique apareció con dos cafés calientes. Le dio uno a cada una. Lidia le agradeció el detalle con un sonoro beso en la mejilla.

—¡Más hombres como este hacen falta en el mundo! —exclamó —. Si no estuvieras casado…

Lidia se retiró a su sitio para escribir la pieza antes de comer y él se sentó al lado de Ada, que sonrió al tiempo que bebía un poco para entrar en calor.

—¿Qué tal la mañana? —se interesó ella.

—Aburrida.

—¿Comemos juntos? —preguntó.

—Podría, pero tendré que irme pronto, he de hacer algo antes de volver por aquí.

—Buf, pues entonces mal, porque yo voy a tardar con estas fotos y mi intención es finiquitarlo.

—¿Quieres que nos veamos por la noche? —Enrique alargó la mano y acarició la suya.

Ada notó que se le ponían las orejas rojas. Empezó a sentir calor, y no era por el alivio proporcionado por el café. Se quitó el abrigo con los ojos de Enrique clavados en su perfil. Era estúpido, pero le daba vergüenza, como si nunca se hubieran acostado. Intuyó que la diferencia era que esta vez iba a ser premeditado. Iba a aceptar la

oferta, cuando los inconvenientes hicieron acto de presencia en su mente.

—Tengo dos problemas.

—Cuéntamelos.

—El primero es que Nuria libra esta noche; vamos a tenerla de carabina, porque intuyo que a tu casa yo no voy a ir. Y el segundo problema es que he quedado con Víctor. Está un poco pocho por el actor este de las narices.

—¿Qué les ha pasado?

Ada le había contado parte de la historia, le resultaba fácil hablar con él. Un pensamiento se le cruzó por la cabeza: ¿Y si Enrique le gustaba, más allá de lo físico, desde mucho antes de haber tenido ese primer desliz?, ¿y si todo lo que había sucedido no había sido fruto de un impulso? Sacudió la cabeza, mejor no pensar.

—Que lo utilizó. Las fotos esas que salieron en la revista las preparó él.

—Joder. Qué cabrón.

—Sí. Oye, ¿quieres venir con nosotros? Solo estaríamos Víctor, tú y yo.

—No sé, Ada. No creo que sea muy apropiado, igual Víctor prefiere estar solo contigo y yo molesto.

—¿Y el sábado? ¿Tienes planes? Yo no, y Nuria sí que trabaja. —Era una alternativa.

—Paola tiene una cena con sus amigas y yo me quedo con la niña. Sale muy poco, no puedo negarme. Lo siento.

—Parece que va a ser más difícil vernos ahora que cuando yo tenía novio —comentó, molesta.

—¿Te has enfadado?

—No —mintió.

—Sí —zanjó él, y ladeó una sonrisa.

—Un poco —reconoció—. Me apetece estar contigo.

Enrique volvió a colocar su mano sobre la de ella y jugueteó con sus dedos. A Ada le encantó esa intimidad. Se mordió el labio inferior. Si no estuvieran rodeados de gente, lo besaría mil veces.

—Voy esta noche con Víctor y contigo, pero solo si a él le parece bien. Pregúntale.

Ada asintió y separó su mano de la de Enrique para sacar el móvil y mandarle un mensaje a su amigo. El periodista se levantó y se fue a su escritorio.

ADA
Te importa que venga Enrique??

Alrededor de treinta segundos después (Víctor y su adicción a las redes sociales) recibió la respuesta:

VÍCTOR
Si me prometes que no vais a estar haciéndoos arrumacos…

ADA
Creo que podré controlarme.

Luego nos vemos

ENRIQUE

Julia le había comprado una pluma como regalo de Navidad, muy típico para un periodista. La pondría con las otras tantas que tenía y no usaba. Aceptó el café de rigor, se había tornado en costumbre, y le dio el dinero. La mujer hablaba del tiempo, de las cenas y comidas navideñas, de los kilos que iba a engordar… Nada de Fernando, nada de ese sobre repleto de billetes que era testigo de sus palabras desde la mesa.

—Julia —la interrumpió Enrique—. ¿Es necesario que sigas extorsionando a Fernando? Quiero decir, esto me afecta a mí, no sé si sabrás de los negocios de…

—Sé mucho más que Adriana. Yo siempre he sido el paño de lágrimas, las amantes siempre conocen más de los hombres que las esposas. ¿No es así?

—No lo sé.

En su caso no era del todo exacto. Primero, porque no consideraba que Ada fuera su amante. Segundo, porque había aspectos de él que todavía no le había confesado y tardaría en hacerlo, era complicado compartir toda esa mierda.

—Supongo que tú te pones en riesgo por él. Y lo siento, me pareces un buen hombre. Sin embargo, no voy a parar, me merezco esta compensación.

—Podrían matarme.

—No lo harán si haces lo que se te ordena.

Enrique suspiró. O Julia renunciaba a exprimir a la gallina de los huevos de oro, o tendría que volver a los infiernos de los que tanto le había costado salir. No quería, era muy peligroso. Él sabía muy bien lo que significaba tener deudas, alguna costilla lo había pagado. Y eso que nunca había llegado a ser lo que se dice adicto: empezó por diversión y por conseguir un dinero extra, después siguió porque tenía que pagar lo que debía, no por el mero hecho de disfrutar jugando.

—Por favor, haré lo que tú me pidas, pero renuncia a esto.

—Lo que yo te pido es que cada mes me traigas un sobre como este, te tomes un café conmigo y dejes de insistir en nada más.

—Creía que eras de otra manera. Has sufrido el ser utilizada por Fernando y, sin embargo, consientes lo que él me hace a mí.

—No sabes nada de mí. Y si tan en sus manos estás es porque algo hiciste muy mal —lo acusó ella.

—Desde luego —admitió—. Me parece que va siendo hora de que me vaya.

—Sí, me empiezas a aburrir —contestó, con tal crudeza en los ojos que Enrique no se demoró ni dos minutos más.

JAIME

Serían cerca de las diez de la noche cuando sonó el timbre. Un insistente ding-dong que Jaime no pudo ignorar porque se repitió cuatro veces.

Llevaba desde el día de Navidad sin salir de su apartamento, dejado, nutriéndose de lo que quedaba en la nevera y de lo que podía pedir a domicilio. Tampoco había pisado el gimnasio. Necesitaba retroalimentar su pena unas jornadas, no ser ese gran hombre que su padre esperaba que fuera, y ser solamente Jaime, un chico al que habían engañado. Y eso era muy doloroso.

Usó la mirilla para asegurarse de que no era un vendedor de Biblias o algo parecido, y lo que vio por ella fue francamente sorprendente.

—Jaime, sé que estás ahí, abre de una vez.

Tiró de la puerta y David apareció con una sonrisa compasiva que no llegaba a sus ojos azules. Jaime sintió cierto asco por lo bien que se le veía al abogado frente a él, hecho una piltrafa. No pudo evitar fijarse en su pantalón de pijama y su camiseta algo manchada. Se revolvió el pelo, desordenado, antes de preguntar:

—¿A qué has venido?

—A verte.

Esbozó un gesto de resignación. No le apetecía visita, y menos de un amigo de Ada. Con todo, se hizo a un lado para que David entrara. Lo condujo hasta el salón y le ofreció asiento. David obedeció. El caos que reinaba en la habitación le hizo avergonzarse. Las cajas de pizza y de comida china amontonadas, las servilletas, los botellines de cerveza… habían colonizado el espacio.

—Perdona el desastre que tengo montado.

—No te preocupes, he tenido temporadas peores. ¿Qué tal estás?

—¿No es evidente? —Jaime se sentó en el sillón frente a David y se inclinó hacia delante—. Hecho una mierda.

—No voy a decirte que tienes que sobreponerte, porque sé que ahora te parece difícil.

—Oye, David, ¿no te habrá mandado Ada? —Era lo primero que se le había ocurrido al verlo.

—No. He venido porque te aprecio. Por mucho que ella sea mi amiga, no se ha comportado bien contigo.

—¿Lo sabías? Lo de Enrique.

David se recostó y asintió con timidez.

—No podía decírtelo —se excusó. Jaime se tragó su enfado, podía entender al abogado.

—Ya me imagino que no era una posición fácil.

—Deberías hablar con ella. Te debe una explicación y te será más fácil pasar página.

—Lo sé, aunque… me da miedo lo que pueda sentir al reencontrarnos.

—Tendrás que enfrentarte a ello. Pero otro día, ahora vístete y nos tomamos algo.

—No tengo ganas.

—Ya lo sé. Se trata de hacer un esfuerzo —insistió.

—¡Qué fácil resulta decirlo! ¿Te imaginas por un momento lo que es ver a la mujer a la que quieres besarse con otro?

David agachó la cabeza y a Jaime le pareció que tardaba demasiado en contestar.

—No creas que no he estado nunca en tu posición. Por muy capullo que parezca, tengo sentimientos.

Jaime se tiró hacia atrás y se llevó las manos a la cabeza, consciente de que había sido injusto con él, la única persona que se había preocupado por su estado.

—Lo siento.

—Arréglate y nos vamos, no te voy a dejar así.

Jaime se levantó y se fue al baño. Se dio una buena ducha, llevaba un par de días sin asearse. Cuando salió, con una toalla enroscada en la cintura y nada en la parte de arriba, David había recogido el salón y estaba mirando los libros de cuentas de la empresa. Culpa suya por no haberlos guardado.

Carraspeó.

—Vaya, ¡tengo nueva asistenta! —dijo. David clavó los ojos en él y recorrió su cuerpo de arriba abajo con poco disimulo—. No me mires así, me haces sentir incómodo. A veces olvido que te gustan los tíos —reconoció. David se relamió y él lo ignoró, lo conocía lo suficiente como para saber que solo pretendía tocarle las narices—. Veo que te interesan los ingresos de mi familia.

—¿Qué has descubierto? —preguntó, volviendo a fijarse en los números.

—Lo que ya sabía. Y que esas extracciones de dinero no las hace Enrique. Una pena, porque estaba decidido a destruirlo.

—La venganza no es buena idea.

—Ya. Voy a seguir indagando, caiga quien caiga. Me vendrá bien distraerme, aunque sea con esto. ¿Me ayudarás?

—¿Y si cae tu padre?

—Que caiga —susurró Jaime.

Estaba rabioso, también con su padre. Para él solo era una marioneta y estaba harto de bailar a su son.

—Entonces, me uno a tu equipo de investigación, ya te dije una vez que lo haría. ¡Qué le voy a hacer, me va el barro! Venga, vístete, vamos a divertirnos un rato por ahí. ¿O quieres probar si a ti te gustan los tíos? —bromeó e intentó alcanzar la toalla para quitársela.

Jaime dio un paso atrás.

—Creo que lo tengo bastante claro —aseguró, y desapareció en su cuarto para ponerse ropa.

—¡Tú te lo pierdes! —le gritó David.

Jaime, desde su habitación, sonrió por primera vez desde que había dejado a Ada.

ADA

Fieles a su tradición, Víctor y ella tomaban cerveza en un bar, aunque esta vez nada de terrazas, hacía frío. Cuando Enrique apareció, Víctor se había desahogado, le había contado su intervención en casa de Samuel y ya iba por el tercer tercio. Ella, por el segundo, tampoco hacía falta seguirle el ritmo. Enrique se pidió el primero. Ada supuso que había llegado tarde adrede para darles tiempo a hablar a ellos dos y le agradeció ese gesto.

El periodista saludó a Víctor dándole la mano y a ella con un beso en los labios, cosa que la pilló por sorpresa. En el trabajo no podía hacer eso, así que era la primera vez que actuaba así, como si fueran pareja.

—Así que es oficial: estáis juntos —dedujo Víctor.

—No. ¿No? —Ada miró a Enrique para que le diera la solución, pero solo se encogió de hombros.

—Joder, no tenéis ni idea de cómo estáis. —Víctor rio—. Va a ser divertido ver hacia dónde os lleva esto. En fin. Estoy bastante dolido con los hombres y con el amor; de forma que, Enrique, las manos quietas. No quiero ver muestras de cariño o me piro.

El periodista levantó los brazos como si estuviera delante de un policía que fuera a registrarlo y después alcanzó su botellín para darle un trago.

—No la tocaré en tu presencia.

—Perfecto, así me gusta. Hoy solo somos tres amigos tomando algo.

—Me parece bien —aceptó Enrique.

—A mí no, pero creo que mi opinión da igual —se quejó ella.

Víctor soltó una carcajada. Justo al mismo tiempo le sonó el móvil, un mensaje. Ada miró la pantalla para asegurarse de que no era de Samuel. Su amigo le había contado que le mandaba uno cada día y que él se había propuesto no contestar. Por el momento, cumplía.

—Es Nuria, se ha quedado sin plan porque David ha ido a ver a un amigo. Este tío no para.

—¿Quiere quedar con nosotros? —preguntó Ada.

—No sé, solamente me dice eso. Se lleva un rollito muy raro con David, ¿tú sabes que se hacen pasar por pareja?

—Sí.

—Perdonad, un momento —les interrumpió Enrique—. ¿Nuria y David se hacen pasar por novios?, ¿por qué?

—Para que sus padres sean felices —resumió ella.

—Los padres de Nuria son muy exigentes y no llevan muy bien que su hija no sea una triunfadora en el terreno profesional, por lo que les llevó un yerno para demostrar que, al menos en el personal, arrasa. Y David… Los suyos, después de ir de liberales, un día le montaron un pollo por ser bisexual. Que se echara una novia, le exigieron. Y eso hizo —explicó Víctor.

—No tenía ni idea de lo de los padres de David —murmuró Ada y recordó aquella conversación, esa que mantuvieron la primera vez

que vio a David tras su regreso de París. No andaba muy desencaminada entonces.

—Pues se debieron de poner bastante fuertes.

—Un hijo como yo les daba a esos padres —comentó Enrique.

—¿Tan malo eres? ¿O eras? —preguntó ella y enredó sus dedos en el pelo de Enrique. Le encantaba hacerlo.

—Digamos que me metía en líos.

—Eso tendrás que aclarármelo —demandó, melosa.

—Otro día.

—¿Por? Yo también quiero enterarme, me encantan los cotilleos cuando estoy jodido.

—Tranquilo, el mal de amores se cura. Y, por lo que tengo entendido, ni siquiera ha llegado a ser «de amores», ¿no? —dijo.

—No me preocupa olvidarme de él, sé que eso se me pasará. Lo peor es la sensación de sentirme engañado.

—Ya. —Enrique le dio una palmada en el hombro—. No le des muchas vueltas, no merece la pena.

—Incluso me he planteado dejar el trabajo.

—¡Ni se te ocurra! —lo regañó Ada—. Peor que nosotros no vas a estar, Samuel no es tu jefe.

—Eso es verdad. —Hizo una mueca y cambió de tema—. ¿Qué haces en Nochevieja, Enrique? —se interesó Víctor. Ada abrió mucho los ojos, se suponía que era una noche para los cinco amigos: ¿Iba a invitarlo? A ella no le importaba, sin embargo, Nuria no pasaría por el aro.

—Familia.

—Vaya, te iba a proponer que te unieras a nosotros.

—No puedo. —Ada notó la decepción en su voz, la misma que ella sentía.

* * *

Tras un par de rondas más, Víctor acabó bastante tocado, de forma que decidieron acompañarlo a casa. A continuación, Enrique paseó con ella hasta su portal. Ada y Víctor vivían más o menos a media

hora uno del otro, por lo que se les hizo bastante tarde. No le importó: este trayecto al lado del periodista, sintiendo su cuerpo al lado del de ella, fue lo mejor del día.

—¿Subes? —inquirió Ada, deseando un sí como respuesta.

—Son las tres y media, debería marcharme. Además, no estás sola.

—Bueno, la primera vez que lo hicimos también estaba Nuria y no te importó.

—No estuvo muy bien que digamos.

—¿No? Pues yo pensaba que te había gustado. —Ada rio y lo besó.

—Ya sabes a qué me refiero —contestó con la sonrisa pegada a sus labios.

—Venga, Enrique, yo vivo con Nuria y tú estás casado, o empezamos a pagar hoteles o esto es lo que hay —evidenció.

—Seguro que le has contado por qué Jaime te ha dejado. Ahora me odiará, no quiero provocar su ira. Es un poco señorita Rottenmeier, tu amiga.

—No vas a subir —afirmó, resignada—. Ya van dos veces que me rechazas.

Enrique le dio un beso, tal vez de compensación. Eso no evitó que se sintiera mal. Se había hecho a la idea de que, al quitarse el peso de Jaime, estar con Enrique iba a ser más sencillo, y no lo era. Nunca lo sería. Sin embargo, era un maldito imán que la arrastraba hacia él una y otra vez. Le daba igual lo complicado que fuera, lo vacía que se sentía al quedarse sola en su piso o el cabreo que le producía que no durmiera con ella. Quería estar con él.

—Te prometo que no habrá tercera —le dijo. Ada no se lo creyó.

—Pero quédate un rato aquí conmigo, porfa.

Eso sí que lo consiguió. Se notaba que Enrique también lo estaba deseando.

XVI. SÁBADO, 29

NURIA

En el restaurante tocaba noche de citas a ciegas. Para Nuria era de lo más divertido porque podía poner la oreja y escuchar las conversaciones. En ocasiones tenía que morderse los carrillos para no reírse. La gente tenía cada cosa… Esa noche, al menos tres parejas se fueron bastante contentas del bar. Cuando esto sucedía, Nuria se cuestionaba qué ocurriría, a dónde irían, qué harían.

Esto le estaba comentando a Eduardo mientras terminaba de limpiar la barra.

—Supongo que a tomar algo en otro sitio, a seguir conociéndose. Otros, directamente, se irán a la cama.

—¿Juntos? —Nuria abrió mucho los ojos, escandalizada.

—Sí —rio Eduardo.

—Te debo de parecer una puritana.

—Me hace gracia que, con los tiempos que corren y lo joven que eres, te asuste esto. ¿Sabes que hay aplicaciones que sirven para quedar para eso?

—Algo he oído —murmuró.

—¿Nunca lo has hecho? Acostarte con alguien nada más conocerlo.

Nuria soltó el paño y se preguntó cómo narices la conversación le había conducido a hablar con su jefe de sus encuentros sexuales. La

cuestión era que no estaba del todo incómoda. Tampoco era que le apasionara hacer esas confesiones, sin embargo, no deseaba salir corriendo. Eduardo tenía esa virtud, al menos para ella.

—Creo que una vez y media. Y nunca más, la experiencia fue horrible. Luego ¿qué haces? Te despiertas ahí con un tío en la cama y no sabes ni de qué hablar.

—¿Una y media? ¿Qué pasó con esa media?

—Iba bastante ciega y le vomité encima. —Escondió la cara tras sus manos. Eduardo soltó una carcajada—. Muy deprimente, lo sé.

—Tranquila, todos tenemos episodios bochornosos en el expediente.

—Cuéntame alguno tuyo, por compensar —pidió, ya con el rostro descubierto, y se sorprendió de su atrevimiento.

—Por supuesto, pero solo si aceptas cenar conmigo alguna vez.

Entonces, sí notó cómo se le subía la sangre a la cara, el calor a las orejas, el vello algo erizado. ¿Una cita? ¿Era eso? No, no podía aceptar. Primero, porque era su jefe; segundo, porque todavía quería intentar algo con Jaime; y, tercero, porque no tenía muy claro lo que sentía por David. Incluso podía añadir un cuarto factor: la edad. Eduardo le sacaba unos cuantos años, y eso la intimidaba.

—No sé…

—Venga, Nuria. Una cena normal, no como las de aquí. Te prometo que te llevaré a casa cuando acabemos y te dejaré dormir tranquila y sola. Cena de amigos, sin más.

—Eres mi jefe.

—¿Sí? ¡Qué me dices! Si es así, quizá sea mala idea —se burló él, y alzó una ceja, arrancándole una carcajada.

Quedar con él solo incrementaría su ansiedad y su confusión, lo sabía. Con todo, le gustaba demasiado que se hubiera fijado en ella.

—Lo pensaré. El año que viene, te contesto.

—De acuerdo. El año que viene, te narraré mis vergonzosas anécdotas con mujeres. —Eduardo se levantó de la silla desde la que hablaba a Nuria—. Deja eso, está todo limpio. Voy a cerrar.

XVII. LUNES, 31

ADA

Solo a Nuria se le ocurría apuntarse a la San Silvestre con la que tenían liada en casa. Por mucho que todos habían prometido que iban a cooperar, ahí estaba Ada, sola, intentando comprender el horno, mandando mensajes amenazantes a Víctor para que no se le olvidara nada de lo que había de traer (champán y turrón, fundamentalmente) y cagándose en todo. Odiaba cocinar, por todos era sabido; y, aun así, le había caído el marrón. Además, estaba de mal humor.

Enrique estaba desaparecido en combate desde el sábado. Él había librado ese lunes (ella no, cortesía de Toni y su luna de miel), así que no se habían visto en la redacción, y se sentía insegura ante ese silencio.

—Si sale mal, llamaré al Telepizza —se dijo.

Todavía era pronto, las cinco de la tarde; pero se avecinaba tormenta en la cocina si Nuria no corría esos malditos diez kilómetros rapidito, cogía el metro y volvía para socorrerla.

Tiró las instrucciones del horno sobre la encimera y se fue al sofá, hora de la siesta. Que sus amigos se desgastaran por la tarde, ella ya lo haría por la noche.

NURIA

Cuando llegó, David ya estaba en el lugar acordado y charlaba con alguien; le pareció raro, solo habían quedado ellos dos. Imaginó que se habría encontrado con un conocido. Se reían, parecían amigos, incluso David le puso la mano encima del hombro. La cosa era que ese chico, del que solo veía la espalda, le sonaba bastante. Ese reconocimiento a medias le produjo una sensación de vértigo que le hizo acercarse prudente, lenta.

—¡Nuria! —exclamó David.

El desconocido se giró. Nuria sintió cómo el mundo se paraba durante más o menos cuatro segundos. Los contó por mantener algo bajo control, porque sus emociones se habían desbordado. Era Jaime, y ella estaba ridícula con su pantalón corto de deporte ancho, puesto estratégicamente sobre las mallas (así ni pasaba frío ni se le marcaban las cartucheras, ya casi inexistentes por su empeño en vomitar casi todo lo que comía), su camiseta con el dorsal y el gorro de Papá Noel en la cabeza.

Se mareó y una náusea le sobrevino, su cuerpo ya había asimilado su nuevo mecanismo de defensa. Lo disimuló todo lo bien que pudo, apoyándose en él cuando se acercó para darle dos educados besos.

—Jaime, no te esperaba —susurró.

—Me ha convencido a última hora.

—Claro que sí. Cree que nos puede ganar —dijo David—. No sabe que llevamos entrenando un tiempecillo por el parque.

—¿Qué tal estás? —se interesó Nuria.

Jaime sonrió, una sonrisa fría y forzada, que igualmente marcó esos hoyuelos que tanto le gustaban. Se revolvió el pelo un poco, despeinándose; y, a decir verdad, todavía estaba más guapo. Nuria se fijó, mientras el joven sopesaba qué responder, en lo bien que le quedaba la ropa de deporte, en cómo se le marcaban los músculos bajo la tela. «Ada, ¿cómo pudiste?», se preguntó sin entender qué tendría Enrique para que hubiera dejado a ese ejemplar de varón tan perfecto.

—Estoy mejor. ¿Cómo está Ada? Y una vez que me contestes no quiero volver a hablar de este tema en lo que queda de tarde.

Nuria asintió. La respuesta no era fácil: su amiga no estaba bien, aunque era complicado explicar por qué sin hacer que Jaime se sintiera peor.

—Bueno, Ada se arrepiente de haberte hecho daño.

Quedó bastante satisfecha con la contestación: era cierta y se había ahorrado añadir: «Solo de eso porque, volver contigo, no se lo plantea». A su amiga le bullían miles de ideas en la cabeza, y ninguna era retomar esa relación.

—Creo que hablaré con ella cuando pasen las fiestas.

—Será lo mejor. Tal vez consigáis ser amigos.

—Me temo que eso es complicado —afirmó Jaime, y después se dirigió a David—: ¿Vamos a la salida?

—Sí, y, por favor, dejad los problemas: ¡Hoy es Nochevieja! —les hizo ver David, demasiado entusiasmado para lo que acostumbraba, según el criterio de Nuria.

DAVID

Estaba alteradísimo. Había tomado una decisión esa mañana. Exactamente, cuando se afeitaba la barba, que había dejado de ser de tres días para pasar a ser de diez, y se cortaba con la cuchilla justo al lado de la patilla. Entonces, mientras pensaba en lo escandalosa que era la sangre esparciéndose por el lavabo (un cortecito de nada y parecía que habían hecho una matanza), David recapacitó sobre su imposibilidad de ser feliz. Estaba harto de esperar y esperar algo que no llegaba. Era hora de agarrar el toro por los cuernos. Así que esa noche, nada más entrar en el nuevo año, sería sincero con Ada. Por lo menos, que no quedara nada por poner de su parte. Que la pelota estuviera en su tejado, que ella tuviera todas las cartas sobre la mesa.

Todo eso lo había pensado contemplando el charco de color escarlata que se formaba en la porcelana blanca del baño. Después

había limpiado la herida con agua oxigenada, también el desastre para que nadie creyera que había muerto alguien en ese aseo, y había terminado de afeitarse mucho más relajado.

Ese sentimiento había empezado a transformarse durante el transcurso del día. Ahora, los nervios le recorrían el cuerpo. En estos instantes, al comenzar a correr, agradeció los diez kilómetros de esfuerzo físico que le aguardaban. Aprovecharía para soltar la energía que le sobraba; si no, cuando viera a Ada, se iba a desmayar a causa de la hipertensión.

NURIA

Mientras Ada acababa de hacer la cena (milagro que nada se hubiera quemado), ella se arregló en su cuarto. La San Silvestre había resultado ser una experiencia muy peculiar. Correr detrás de Jaime y David… Había meditado sobre lo que sentía por cada uno de ellos y, aunque no había sacado una conclusión muy clara, sabía que lo que le gustaba de David era una idealización de lo que él era. Había construido, sobre la parte más amable de su amigo, una personalidad que no se correspondía con la realidad. David, más allá de sus dudas y sus temores, era una persona con una tendencia muy marcada hacia las relaciones esporádicas, un poco falto de empatía y algo egoísta. Era un chico acostumbrado a conseguir cualquier cosa con un aleteo de sus pestañas, dejando que sus ojos azules y su físico privilegiado hicieran el resto. Nuria empezaba a creer que ese enamoramiento de Ada era, en parte, la exteriorización de su frustración porque ella no hubiera caído en sus redes.

En cuanto a Jaime, él sí que era bastante más sensible que David, pero con una coraza dura a su alrededor. No lo conocía mucho; no obstante, lo poco que sabía de él le llevaba a inclinarse porque había tenido una infancia dura con unos padres excesivamente rectos (igual que ella), por eso huía de seguir los pasos de su progenitor. También por ese motivo buscaba en las

mujeres una figura totalmente opuesta a su madre. Una chica como Ada, alguien incapaz de comprometerse, y ahora se había estrellado contra una inexorable verdad: las chicas como Ada no se enamoran de los chicos buenos; se enamoran de los rebeldes, los difíciles, los retos. Los chicos como él gustan a chicas como ella. Cuanto antes se percatara, mejor. Y si se decantaba por darle una oportunidad, mejor que mejor.

—¡Nuria! ¡Ven a ayudarme! No puedo con esto —suplicó su amiga desde la cocina.

Ada luchaba con el asado, dándole la vuelta a los trozos de carne con el delantal puesto sobre el vestidito de fiesta y el brazo alargado, agarrando las pinzas como si fueran una espada de esgrima, con un miedo infinito a quemarse con el horno.

Nuria rio al verla.

—Anda, quita, ya lo hago yo.

—Que Dios te lo pague con muchos hijos.

La miró y alzó las cejas, sorprendida por la expresión. Sabía que era una broma, sin embargo, no la había escuchado nunca.

—Oye, Ada, tiene buena pinta. Al final no se te va a dar tan mal esto —comentó mientras terminaba el trabajo.

—No pienso volver a cocinar nunca —sentenció.

—He estado con Jaime —le contó tras cerrar el horno, todavía quedaba un poco para que estuviera en su punto.

—¿Cómo?

—David se lo ha traído a la carrera. Se llevan bien.

—Vaya, ahora tengo un espía en mis filas.

—David no es un espía, simplemente es amigo de Jaime. Asúmelo, no puedes meter a alguien en nuestra vida y pretender que lo olvidemos en cuanto tú decidas sacarlo de la tuya. Y Jaime es buen chico.

Ada resopló. Después apoyó la espalda en la encimera.

—¿Qué tal está?

—Triste. Le costará, te quería mucho. No sé por qué tú…

—Los sentimientos no se dirigen, no se controlan. Yo no estaba enamorada. No me justifico, no lo hice bien. Y he aprendido de esto,

créeme; aunque no me arrepiento de lo que ha ocurrido con Enrique.

Nuria se encogió de hombros. No, jamás entendería a su amiga. Prefería a un hombre casado y con una hija, antes que a Jaime. Negó con la cabeza, evidenciando su incomprensión.

—Voy a terminar de arreglarme, estos están a punto de llegar.

PAU

Cuando llevó a Sergio a la casa de José, se le revolvió el estómago. Había decidido ir con él, así podría reconocer el terreno un poco, buscar algún hilo del que tirar para desenmascarar lo que José ocultaba, porque seguro que había algo sospechoso allí.

El piso no era muy grande. Por desgracia, estaba recogido y limpio, y olía a ambientador. Pau esperaba que hediera a hachís y que hubiera un alijo de cocaína o de heroína sobre la mesa; pero no, no era así. Encima de la mesa solo había dos platos, con sus copas y cubiertos. Ya lo había preparado todo para la cena.

José le ofreció una cerveza. Pau aceptó algo de agua solo por entrar en la cocina y revisar el menú. Le llegó el aroma de pescado recién hecho.

—Lo he pillado en la tienda de comida preparada de abajo —confesó José con una media sonrisa mientras le llenaba el vaso con agua del grifo.

—Tiene buena pinta —admitió.

—Iremos a la Puerta del Sol a ver las campanadas y luego a la piltra.

—Ya me imagino que de bares no te lo vas a llevar —comentó con desgana.

—¿Y Nati? Porque tú cenas con tus colegas, ¿no?

Se encogió de hombros. Sabía qué sería de su madre, sin embargo, no se lo iba a contar a él. Sacaría su botella de ginebra (o de vodka o de tequila) del armario, la que hubiera escondido para la ocasión; y se la bebería ella solita, montándose su propia fiesta. En

vez de doce uvas, doce chupitos, ¡y viva el Año Nuevo! A Pau había dejado de impresionarle la capacidad de ingesta de alcohol de su madre.

Se acabó la bebida y fue al salón para despedirse de su hermano. No le hacía ninguna gracia dejarlo con un expresidiario. Se había conformado con eso porque, en el fondo, estaba harto de luchar y quería divertirse una noche. La última noche del año. A ver si el siguiente era mejor. Abrazó a Sergio y le pidió que tuviera cuidado.

—En esa mochila lleva todo lo que necesita. Que se cepille los dientes —insistió, más dirigiéndose a Sergio que a José. A veces remoloneaba con ese tema antes de irse a la cama, y no estaba para pagar empastes—. Sé dónde está la puerta, no hace falta que me acompañes.

José no hizo caso y fue tras él, con su nariz chafada y sus espaldas de armario empotrado. Pau no le tenía miedo, aunque era consciente de que, si José algún día quisiera pegarle una guantada, lo tumbaría.

—Gracias, Pablo. Sé que esto es jodido para ti —le dijo antes de que se marchara. Pau suspiró, no iba a contestar porque solo podría soltar algo muy borde y eso sería un error, según las instrucciones de David—. Feliz Año.

—Feliz Año.

NURIA

Al final, la cena había salido bien y Ada parecía orgullosa de sí misma. No obstante, mantenía eso de no volver a cocinar en su vida.

Víctor, que había dado cuenta de una botella de vino prácticamente él solo, estaba de pie en el sofá, explicando el funcionamiento de las campanadas con una burda parodia de todos los presentadores de televisión que se liaban al hacerlo.

—¡Y primero, los cuartos! —Imitó el ruido.

—¡Bájate de ahí o quítate los zapatos, que lo pones todo perdido! —le ordenó Nuria.

—Joder, que es Nochevieja, ¡hoy no hay ley! —se quejó Víctor.

—En casa de Nuria siempre hay ley. No se deja llevar —murmuró David.

Nuria le dio un golpe en el hombro.

—¿Insinuáis que soy aburrida? —dijo, ofendida.

—Eres cuadriculada, que no es lo mismo —contestó Víctor.

—¡No! ¿Cómo voy a ser cuadriculada? Vivo al límite —afirmó medio en broma medio en serio, tal vez contagiada por el estado de euforia de Víctor, tal vez porque también había tomado más vino de lo habitual en ella. El resto estalló en carcajadas—. Tanta risa, tanta risa… Yo soy la única aquí que tiene dos empleos apasionantes, traigo locos a casa casi todos los días, y los fines de semana, cual Batman, trabajo en una casa de citas.

—Eso es verdad —le reconoció Ada.

—Y no he acabado. Mi jefe me ha pedido una cita.

La cara de desconcierto de los demás fue épica. Nuria sonrió, satisfecha con el resultado de su afirmación. Ya era hora de robarle el protagonismo a Ada, David o Víctor, a ella también le pasaban cosas interesantes. Víctor se bajó del sofá y se sentó.

—¿Cómo que una cita? —se interesó Ada.

—Pues eso, que quiere cenar conmigo.

—¿Y cómo es él? —siguió interrogando Víctor.

—«¿En qué lugar se enamoró de ti?» —cantó Ada.

Nuria le arrojó el corcho de la botella de vino, Ada lo esquivó y cantó por Perales un rato más; un par de versos, parecía que no se la sabía entera. Cuando su amiga acabó con su nefasta interpretación, contestó:

—Es mono, peeero es mayor y es mi jefe.

—¿Cómo de mayor? —quiso saber David.

—Treinta y algo.

—Eso no es ser mayor, y creo que esto ya lo dije una vez, pero me reafirmo: la experiencia es un grado, ¿no, Ada? —comentó Víctor. La fotógrafa se limitó a encogerse de hombros. Él se rascó la cabeza y una sonrisa pilla asomó en su rostro—. Una cosita, chicos,

¿qué nos pasa en este grupo con ese refrán de «donde tengas la olla, no metas la polla»? Todos estamos o hemos estado con alguien del trabajo.

—Yo no —se defendió David.

—Tú a alguno te habrás tirado, no te hagas el digno —resolvió Víctor.

—Que no, leñe, que no. Que yo tengo un puesto serio y no puedo hacer esas cosas —protestó él con una expresión divertida, como si les estuviera engañando.

Nuria alzó las cejas, no había dicho nada en sus sesiones de terapia, pero de él se esperaba cualquier cosa.

—Yo no estoy con él, solo me ha pedido una cita —insistió ella, volviéndose a centrar en el tema.

—Acéptala —sugirió Víctor—, y luego te lo traes a casa y…

—No, no y no. Si cenamos, será como amigos, nada más.

—Respondiendo a tu pregunta del principio: sí, eres una aburrida —sentenció Víctor entre risas—. ¡Coño! Subid la tele, ¡las campanadas!

DAVID

Tras las uvas, los besos, los abrazos y las felicitaciones (entre ellos y por teléfono con sus familiares), descorcharon la primera botella de champán, con cuidado de no romper nada al disparar el tapón, que el piso era alquilado. Nuria sacó las copas y David las llenó… mucho. Brindaron porque ese nuevo año fuera igual o mejor que el anterior.

Ada se levantó para recoger los platos, corrían peligro con el desenfreno de Víctor. David decidió que ayudarla era una buena excusa para cumplir con su primer propósito del nuevo año: desvelarle la verdad. Él le pasaba la vajilla y ella la aclaraba bajo el fregadero.

—Nuria se empeña en que tengo que hacer esto. Yo no entiendo para qué sirve el chisme este si tengo que lavarlos yo antes —refunfuñó la chica.

David no respondió, no le inquietaba mucho esa paradoja. Lo importante era que había llegado el momento de hablar. Tomó aire antes de comenzar, como si, al llenar los pulmones, consiguiera una armadura que le protegiera del mazazo que podía recibir con la respuesta de su amiga.

—Ada, hay algo que quiero decirte.

Ella asintió, tranquila, ajena al nerviosismo que él sentía, a que estaba sudando por cada poro de su cuerpo y a que le temblaban un poco las manos cuando le daba los platos.

—¿El qué?

—Cuando volví de París, quedamos y te confesé…

—Que eras gay, sí. En ese momento me pareció una estupidez que lo ocultaras; sin embargo, a Víctor se le escapó lo de la bronca con tus padres. No te enfades con él, ya sabes que es un poco bocazas. —Frenó un segundo y suspiró—: Cuando hablamos en septiembre lo dije por decir, no me imaginaba que tus padres fueran así. Lo siento.

—Bueno… —David se aclaró la voz—. Es que no era eso lo que pretendía contarte entonces, y no es eso lo que te quiero decir ahora.

—Ah, ¿no? —Dejó lo que estaba haciendo, se cruzó de brazos y lo observó.

Bien, había captado su atención.

—Yo volví de París por un motivo…

Sonó el timbre. Ada hizo ademán de ir a abrir, sin embargo, un contundente «¡voy!» de Víctor la detuvo. Que David supiera, no esperaban a nadie, igual eran los vecinos quejándose por el escándalo, por los berreos provenientes del salón que destrozaban canciones de Bisbal o Estopa.

David se acarició el mentón y Ada ladeó la cabeza, parecía que se había percatado de su inquietud. Lo miró de arriba abajo con esos ojos marrones que a él tanto le gustaban, y eso le hizo titubear por unos valiosos segundos, pues los dos escucharon a Víctor acercándose y una voz conocida que saludaba a los demás.

—Es… —susurró ella, y apartó bruscamente el foco de interés de David, que notó una opresión en el pecho. También lo había

reconocido, por eso supo que había perdido su oportunidad. Víctor entró a la cocina acompañado del nuevo e imprevisto invitado—. Enrique.

A Ada se le iluminó el rostro al mismo tiempo que a David se le apagaban las pocas esperanzas que le quedaban de tener algo con ella. La expresión de felicidad genuina de su amiga confirmaba que ese enemigo era imposible de batir.

Enrique avanzó hasta ellos, sonriente, consciente de la alegría que acababa de darle a su compañera. Le tendió la mano a David, le felicitó el año y se quedó frente a Ada que, incrédula, lo contemplaba como si fuera lo más valioso que había visto nunca. Joder, joder y joder.

—Os dejo solos —musitó David, y abandonó la cocina con Víctor, que aguardaba en la entrada, haciéndole señas para que se moviera y no fastidiara la romántica escena que iba a tener lugar.

«Ojalá me hayan dejado una botella entera de champán», pensó.

ADA

—¿Cómo has venido? —consiguió articular ella.

—En taxi —rio él.

—¿No ibas a quedarte con tu familia hoy? —insistió, en su primera pregunta no había sido demasiado precisa.

—Sí. —Él dio un par de pasos y se quedó muy cerca de ella, la rodeó con los brazos por la cintura y juntó su nariz a la suya—. He acostado a la niña y he venido. Quería pasar contigo la Nochevieja, aquí es donde me apetece estar. Feliz Año Nuevo, Ada —le susurró al oído, con una voz grave que la deshizo.

No la dejó responder, solo la besó, muchas veces, abrazándola con fuerza.

Ada no quería que parara, más bien quería que se largaran todos sus amigos del salón y quitarle la ropa ahí mismo, en la cocina. Él la aupó y la sentó en la encimera, ella lo envolvió con las piernas.

Enrique acarició su muslo al tiempo que levantaba el vuelo de la falda del vestido.

Ada sonrió entre beso y beso, tampoco era tan difícil estar con él, ¿no?

* * *

Unos cuantos minutos después, una tos hizo que Enrique se apartara de ella. Víctor estaba en el umbral.

—Perdón por… En fin, que nos bajamos al bar, ¿venís? —ofreció Víctor.

Ada y Enrique cruzaron una mirada y ella negó con la cabeza. Quería acabar lo que habían empezado y si se marchaban todos, podrían.

Inesperadamente, Enrique tomó la decisión sin tener en cuenta sus deseos:

—Vamos.

—No —negó Ada que no quería creer lo que acababa de escuchar.

—Que sí —reiteró él, y tiró de su mano para bajarla de la encimera.

—Os dejo para que os pongáis de acuerdo —zanjó Víctor, y salió.

—Hala, Enrique —murmuró ella—. ¿Cómo me dejas así? Nos quedamos un ratito y vamos más tarde —ronroneó, y le mordió con cuidado el labio inferior.

—Si nos quedamos ahora, luego no vas a ir a ningún sitio, te dará pereza y lo sabes. Mejor estamos unas horas con tus amigos y regresamos un poco antes que Nuria.

Ada se cruzó de brazos e hizo una mueca. No era lo que le apetecía en esos momentos. Ella quería… Bueno, pues *eso*. Enrique rio y la atrajo hacia él para darle un beso.

—No quiero que te pierdas nada por estar conmigo, y sé que esta noche era para vosotros cinco, bastante os he condicionado al aparecer por aquí —sentenció él.

—Como luego no subas, te mato —le susurró al oído.

—Tranquila, yo también estoy muerto de ganas —le contestó.

Por el bulto que se adivinaba bajo su pantalón, era bastante evidente que no mentía.

GORKA

Ya era mala suerte que, de todos los bares de Madrid, su hermana y sus amigos hubieran escogido el mismo que él y Jess. Había preferido pasar esa Nochevieja con su compañera. Ismail estaba en modo «echo de menos a Karen», así que se había adelantado y había plantado a su amigo antes de que se lo hiciera él. Con la cantante se lo pasaba bien, y todavía más desde su encuentro en el local de ensayo días atrás, algo que habían repetido en un par de ocasiones.

Víctor saludó a su prima con dos besos y le felicitó el año, seguido, se fue a la barra con ella para pedir la primera copa.

—Menuda noche nos va a dar este —susurró Pau al ver la marcha que llevaba su amigo con el alcohol.

—Está triste, déjalo —lo defendió Ada y se giró hacia Gorka—: No sabía que venías aquí.

Llevaban una temporada algo más distantes de lo habitual. Tenía miedo de que Ada descubriera sus jugueteos con las drogas y le fuera con el cuento a sus padres, de forma que se alejaba como un método de protección. Además, controlaba lo que consumía, no había motivos para alarmarse.

—Ha sido un plan de última hora.

—¿Qué tal la cena con los papás?

—Bien, ya sabes.

—¿Y Marco? ¿Está aquí también?

—No. Se iba con sus amigos por otro lado, no me preguntes dónde porque no le he hecho mucho caso.

—¿Estás con ella? —preguntó Ada, y señaló a Jess con un movimiento sutil de cabeza.

—No es que estemos saliendo, pero…

—¿Y Blanca?

—Es curioso que te preocupe Blanca a ti —dijo con toda su mala intención. ¿Cómo podía su hermana juzgarlo? ¡Si se había traído a Enrique!

—No tienes que cometer los mismos errores que yo. Además, Jaime y yo hemos roto.

—Igual que Blanca y yo.

—Mejor. Hacer daño a la gente luego pasa factura.

Gorka asintió. No iba a confesarle que sí había herido a Blanca. Tampoco iba a exteriorizar que él también estaba sufriendo porque notaba demasiado su ausencia, que Jess era divertida y excitante, aunque no sentía lo mismo que con Blanca. Y menos aún iba a admitir que se había metido una raya porque no conseguía dejar de culparse por lo ocurrido si no se colocaba. Se le había escapado la mujer de la que estaba enamorado por su miedo al compromiso. Cada vez lo tenía más claro: era un cobarde. Su hermana, por lo menos, había cometido esos errores porque prefería a Enrique antes que a Jaime. Él no había elegido a Jess, había elegido no atarse a Blanca.

—¿Y tú? ¿Estás con él?

—No lo sé —reconoció—. ¿Me invitas a una copa?

—¿Perdona? Aquí la que trabajas eres tú, no yo —le dijo con el fin de relajar el ambiente. Ya valía de echarse cosas en cara. Era Ada, siempre habían sido uña y carne.

—Algo sacarás de esos conciertillos, ¿no? —bromeó ella.

Gorka negó con la cabeza y tomó a su hermana de la cintura para acompañarla hasta la barra.

Se juntaron con Jess y Víctor, ya cada uno con su bebida, y aprovecharon la cercanía del camarero para colarse a otros clientes que aguardaban su turno y que los miraron fatal. Mientras les servían, Ada sacó el móvil.

—Tengo un mensaje de Lidia —anunció.

—¿Quién es Lidia? —quiso saber Jess.

—En cuanto llegue lo sabrás, se deja notar —comentó.

—¿En cuanto llegue? —repitió Víctor, incrédulo.

—Su chico acaba de dejarla tirada y, como tuve la genial idea de chivarle nuestros planes, pretende unirse.

—Pues vas a tener que desvelarle lo de Enrique —observó Víctor.

Ella asintió y Gorka advirtió su gesto de resignación. Parecía que no le hacía mucha gracia ir contando lo de su relación con un hombre casado.

DAVID

Salió del baño y se dio de bruces con Ada, justo lo que menos le apetecía en el mundo. Llevaba media noche viendo cómo se hacía arrumacos con Enrique y la tristeza se había apoderado de él. La parejita solo se había separado cuando había llegado Lidia, y parecía que ya le habían contado que estaban juntos, porque habían vuelto a su actitud cariñosa.

Para mayor mierda, Ada se colgó de su brazo. Quiso zafarse de ella, pero fue incapaz. Joder, en el fondo, no quería, le gustaba tenerla tan cerca. No iba a escarmentar nunca.

—¿Por qué volviste de París? —inquirió ella—. No has terminado de contármelo.

David negó con la cabeza, ya no tenía sentido. Su valentía se había esfumado al ver la ilusión en el rostro de Ada por la aparición de Enrique. ¿Quién era él para meterse en medio? Ella deseaba estar con el periodista, era obvio; y Enrique estaba en ese bar solamente por pasar la Nochevieja con ella. No era solo un capricho, ya no era solo cuestión de atracción.

—No tiene importancia.

—Antes parecía que sí. Va, dímelo.

Ada tiró de su brazo, separándose un pelín de su cuerpo, y él aprovechó para bailar con ella y hacerla girar. La hubiera abrazado por detrás y se hubiera quedado muy pegado a su espalda, sintiendo su respiración en el pecho. No lo hizo; cuando se retirara, dolería más. Así que le dio la vuelta entera y sus rostros volvieron a encontrarse. A Ada le brillaban esos ojos marrones, grandes y llenos

de vida. Quería morder sus labios, acariciar su piel caliente… No podía.

—Dime por qué —insistió la fotógrafa.

David supo que no se iba a rendir. Solo lo haría si era borde con ella, y no le apetecía cabrearse. Decidió transformar la realidad.

—Me fui por amor —susurró.

—Oh, vaya, esto se pone interesante. David, el rompecorazones, enamorado —se burló.

Esa broma le congeló la sangre. ¿Tan insensible creía que era?

—No te rías de mí. No soy gay, Ada. Me enamoré de una chica de París y hui porque ella no… —Si pasaba por alto la nacionalidad de la mujer en cuestión, no había mentido.

—¿No se lo dijiste?

—No. Supongo que por eso me comporto como un gilipollas ahora.

Era raro expresarlo en voz alta, confesárselo, porque lo que había dicho era la verdad. David no se permitía ilusionarse con nadie más porque no quería renunciar a ella. No deseaba borrarla ni sustituirla por otra persona. Ada llevaba años siendo todo para él. Apartaba a la gente porque no era capaz de sentir nada más, lo que su amiga le provocaba era una sensación abrumadora, arrasadora.

—Deberías habérselo contado. Igual también te quería.

—No, no creo.

—Me parece que, si no vuelves a París, no lo sabrás.

—No voy a volver. Ahora estoy aquí, contigo. Con vosotros —se corrigió.

—Si es tu decisión, entonces deberías olvidarla.

Sintió el puñal en la espalda, punzante, doloroso. Ella, sin saberlo, le pedía que la olvidara. David hizo una mueca amarga. Olvidar era muy difícil cuando la tenía delante, dándole consejos sobre sí misma. Asintió y la tomó de la mano para llevarla con el resto. No podía soportar más esa conversación.

Se unieron al grupo justo en el momento en el que Lidia finalizaba un discurso acerca de que las mujeres no necesitaban a ningún hombre, que eran independientes y podían estar solas siempre. Que tener pareja estaba pasado de moda, y unas cuantas

cosas más que hicieron que Nuria se sonrojara y que el resto estallara en carcajadas.

—¿No estáis de acuerdo? —concluyó la oradora.

—A mí no me mires, hoy no soy muy objetivo —escurrió el bulto Víctor—. Aunque sí que creo que el amor es una mierda. Al final, hace daño.

—Habrá algún amor que no lo haga, ¿no? —intervino Nuria.

—Que os desviáis, no hablo de amor —los frenó Lidia, situándose en el centro del círculo. Parecía en su salsa con toda la atención puesta en ella—. Que no necesitamos penes, esa es la premisa.

—Ya, ha quedado bastante claro —apuntó Enrique.

—¡Tengo una idea! —chilló Lidia, inspirada con su copita de combinado con nombre en inglés (*Cosmopolitan, Sex on the beach*; cualquiera de esos, David no los distinguía)—. Cuando acabe la Navidad, saldremos por separado: chicas por un lado y chicos por otro. Evaluaremos los resultados, a ver quién se lo pasa mejor.

—Tampoco veo la necesidad… —se quejó Ada.

—A mí me parece bien, ¡noche de chicos! —exclamó David, animado.

En esos momentos, salir sin Ada le parecía una idea cojonuda. Liberadora.

—¿Te parece bien? —se extrañó Víctor—. ¿Yo voy con ellos? Lo digo por lo de los penes de antes, que no sé en qué grupo he de meterme.

—¿Tú qué tienes entre las piernas? —le soltó Lidia en un tono bastante seco.

—Vale, se trata de lo que tienes, no de lo que te gusta —dilucidó Víctor sin ofenderse.

—Hombre, no vamos a partir a David por la mitad —se mofó Pau, y David puso los ojos en blanco.

—Bien, pues tenemos el *team girls* con Nuria, Ada y yo; y el *team boys* con David, Víctor, Pau y Enrique.

—Espera, que yo no juego a esto —protestó Enrique. David estuvo muy de acuerdo.

—Oh, ya lo creo que juegas —rio Víctor—. Si estás con nuestra amiga, eres uno de los nuestros.

Ahora quería matar a Víctor. Estaban convirtiendo una idea maravillosa en una pesadilla.

—Seguro que es divertido —lo animó Ada. Otra a la que matar.

Enrique alzó las cejas, sorprendido. Por un momento, David tuvo la esperanza de que se negara. Sin embargo, un puchero de Ada fue suficiente para que mudara la expresión.

—Bueno, vale.

«Calzonazos», pensó.

—Y nosotras nos llevamos a Ágata, que mola mil —sentenció Ada.

—¿Quién es esa? —preguntó Lidia.

—La novia de Pau, te encantará —le explicó Ada con una preciosa sonrisa en los labios.

ADA

Empezaba a estar un poco cansada de confraternizar. Enrique había prendido la mecha en su casa y no podía sacárselo de la cabeza. Cada vez que él la rozaba con cualquier excusa, o la abrazaba, o la besaba, notaba calambres en sitios innombrables. Porque, desde aquella lejana noche en Roma… O se iban ya o… Bueno, que se tenían que ir ya.

Consultó el reloj: las cuatro. Con disimulo, aproximó los labios al oído de Enrique.

—¿Has visto qué hora es? —le dijo. Quería hacerle notar que había transcurrido el tiempo prudencial.

—No.

Ada supo, por su sonrisa pícara, que mentía. Seguro que estaba aguardando a ver cuánto aguantaba ella sin pedírselo. Bien, pues ya estaba, ahí lo tenía.

—Es tarde. Yo creo que podemos hacer bomba de humo.

—Entonces, ¿nos vamos?

—Nos vamos —afirmó ella.

Se despidieron del grupo y cogieron un taxi. Para ser Nochevieja no les costó mucho (ni tiempo, ni dinero). Podrían haber ido caminando, aunque ya que habían encontrado uno libre… El contador de los minutos que podían estar solos corría, y no era cuestión de desaprovecharlos. No hablaron casi nada en el trayecto, ambos, imaginando aquello que estaba a punto de suceder.

Entraron en el portal y ahí, como si alguien les hubiera dado el permiso que necesitaban, se abalanzaron el uno sobre el otro.

Cuando llegaron al piso, Ada ya llevaba el abrigo medio caído y la falda del vestido mal colocada. Lo primero acabó en el suelo en cuanto cerraron la puerta, igual que el de Enrique. Ella se deshizo de las botas. Él se quitó el jersey y la camiseta, dejando al descubierto su torso. Bajó sus manos por el cuerpo de Ada y las introdujo bajo la tela para quitarle las medias con cuidado de no hacerle carreras, realmente fue el único momento en el que fue delicado. Les podían las ganas, hacía mucho que no habían tenido la oportunidad de estar juntos.

—¿Y si vamos a la cama? —murmuró ella cuando él tiró de su ropa interior hacia abajo. Enrique se mordió el labio inferior.

—Sabes que podemos hacerlo en más sitios, ¿no? Podría ser muy excitante.

Ada sonrió. En este momento, se le ocurrían bastantes lugares para continuar, pero…

—No quiero que Nuria nos encuentre desnudos por cualquier parte.

—¿Tan pronto va a volver? —se extrañó.

—Por joder, es capaz.

Enrique bufó, le mordió el cuello y se separó, conforme. La tomó de la mano para conducirla hasta la habitación. Ada se tumbó en el colchón e invitó a Enrique a hacer lo propio sobre ella.

El periodista recorrió todo su cuerpo, trazando caminos con los labios, con las manos, con la lengua. Besó sus senos, lamió sus pezones mientras acariciaba su sexo y, cuando ella lo pidió, la penetró con los dedos. Ella gimió desesperada, abandonada a él, sin preocuparse de hacer ruido, ventajas de estar solos. Se arqueó

contra él y lo notó tan duro que temió que explotara dentro de su ropa interior. Sin embargo, la que terminó fue ella.

Enrique retornó a su boca y le mordió el labio inferior. Ella rio, feliz, satisfecha.

—¿Qué quieres ahora? —le susurró, y la besó de nuevo—. Esta noche soy todo tuyo.

—¿Y qué quieres tú?

—Verte colmada de placer tantas veces como puedas.

Descendió, depositando besos por su pecho, abdomen…

—Eso no es muy justo para ti. —Él alcanzó el centro de su placer y deslizó la lengua entre sus pliegues—. Enrique —jadeó.

—¿No quieres esto?

—Quiero que tú también llegues al final —murmuró.

El sexo era cosa de dos y lo justo era que él también lo disfrutara.

—Estoy muy seguro de que sabrás hacerme llegar luego —la provocó con una sonrisa ladeada, y volvió a su tarea.

Ada suspiró mientras volvía a retorcerse, no podía controlarse. No, con ese hombre haciendo lo que hacía y cómo lo hacía. Joder, era maravilloso. El segundo orgasmo le sobrevino, más fuerte que el anterior.

El tercero sí fue con Enrique entre las piernas, diciendo su nombre sobre la piel de su cuello, con la voz ronca, anhelante. Algo que la volvió loca de nuevo.

Al alcanzar la cumbre por tercera vez, decidió que esa era la mejor Nochevieja de su vida.

VÍCTOR

Vio a Jess salir del baño y fue a por ella. La condujo hacia la barra y la analizó con cara de póker. Se dio un par de toques en la nariz, indicándole que llevaba restos de polvo blanco. No podía creérselo, su prima había vuelto a las andadas. Jess se limpió rápidamente.

—Pensaba que ya no consumías.

—Solo en fechas señaladas.

—Jess, tus padres lo pasaron fatal con esto, no deberías jugar con fuego, al final…

—Tranquilo, Víctor, está todo controlado, te lo prometo.

—¿Estás segura?

Víctor no terminaba de creérselo. Había contabilizado tres excursiones al baño. A su juicio, eran demasiadas para tenerlo bajo control.

—Sí. Mira, te prometo que, si se me va de las manos, acudiré a ti.

—Es peligroso. Daba por hecho que, al romper con Damián, todo iría mejor.

—Y va mejor. Él me empujaba a hacerlo todos los días, ahora eso acabó.

—¿Y él? —Señaló a Gorka, que hablaba con Pau y David, aguardando a que Jess regresara.

—Él no. Ya sabes, algún porrillo, como tú. Nada más, te lo juro.

La analizó, intentando descubrir la mentira, si acaso la había. Decidió confiar. Gorka no podía ser tan estúpido, no caería en eso.

—No lo metas en esa mierda. Y tú no tomes más, por favor. Hablaremos de esto otro día, no te vas a ir de rositas.

—No seas pesado, primo, que estamos de fiesta. —Lo abrazó y regresó con Gorka.

Víctor se frotó el mentón, meditabundo. Las drogas, eso sí que era un problema, con lo que habían sufrido sus tíos cuando Jess aparecía por su casa de aquellas maneras… La clínica de desintoxicación les había costado una pasta; aunque eso había sido lo de menos, la adicción de Jess casi había arrasado con su matrimonio. Y ella, niña caprichosa, volvía a la cocaína.

Maldijo para sus adentros. Contarlo sería traicionar a su prima, pero no hacerlo sería una irresponsabilidad. Decidió vigilarla de cerca antes de tomar ninguna determinación.

Esto estaba cavilando cuando entró una llamada en su teléfono, notó la vibración en el bolsillo. Sin fijarse en quién era, pues tenía la mente en otro lado, descolgó. No oía mucho con el ruido de la música, no obstante, le pareció la voz de Samuel. Se llevó la palma a

la frente en un golpe seco: ¿Por qué lo había cogido? Ahora ya no había remedio.

Salió del bar.

—No te oía con la música —se excusó.

—Víctor, ¿podemos vernos? Voy al sitio que tú me digas ahora mismo.

—No. No quiero verte, y no vuelvas a llamarme ni a mandarme ningún mensaje.

—Necesito que me perdones.

—No voy a perdonarte. Olvídame —exigió, sorprendido con el tono de voz tan duro que había empleado.

Samuel tardó en hablar, probablemente por el mismo motivo:

—No lo dices en serio. Podemos estar bien, lo sé. Empecemos de cero.

—La cagaste antes de que empezáramos nada. Y ahora voy a colgar. Feliz año, Samuel.

Se quedó contemplando la pantalla del teléfono. En el fondo, deseaba que se volviera a iluminar con el nombre del actor. No sucedió, Samuel no iba a insistir.

Víctor aprovechó que estaba en la calle y se encendió un cigarrillo. Adiós al propósito de dejar de fumar, ni cinco horas le había durado. Para ser sincero consigo mismo, sabía que era una batalla perdida.

Cuando apenas le quedaban dos caladas, David abandonó el local con Lidia de la mano. Víctor se agazapó en las sombras, no le apetecía despedirse de ellos. Cuando la pareja desapareció, entró en busca de una explicación que le aclarara esta escena que acababa de presenciar.

DAVID

Miró el reloj antes de alcanzar sus pantalones y colocárselos: eran cerca de las seis de la mañana. En esos instantes, abrumado por una vergüenza infinita, solo pensaba en escapar del piso de Lidia.

Ojalá pudiera desaparecer. ¿En qué momento había decidido irse con ella, conociendo lo que iba a ocurrir? Se puso en pie. Lidia lo observaba con una sonrisa asomando en sus labios; al fin y al cabo, ella sí había quedado satisfecha. En París había aprendido algunas cosas que tenían el nombre del gentilicio del país.

—¿Te pasa mucho? —preguntó Lidia—. Que no se te levante, digo.

—Ya me imaginaba a qué te referías —contestó él, seco—. No —mintió, procurando parecer indiferente. Se reprochó no haber buscado a un tío para esa noche. Aparte del bochorno, se iba a marchar con las ganas de echar un polvo.

—Igual es que yo no te gusto.

—No creo que sea eso.

Podría haber dicho que sí, que justo ese era el obstáculo; sin embargo, hubiera sido muy ruin. Ya había sido bastante borde con Lidia el día del cumpleaños de Ada. Además, quería cambiar, quería dejar de ser un capullo.

—No hace falta que te vayas corriendo, puedes quedarte un rato y volvemos a probar —propuso ella mientras se sentaba. Las sábanas le cubrían hasta la cadera y David se fijó en sus generosos pechos, que sobresalían por encima de la tela. Lidia era muy atractiva, no obstante, su cuerpo no reaccionaba.

—Prefiero irme.

Lidia se puso de rodillas y lo agarró del brazo para que la mirara. David se pasó la otra mano por el pelo.

—Tienes los ojos más bonitos que he visto en mi vida —susurró ella. Después hizo una mueca y siguió hablando en un tono jocoso —: No te sientas mal, al fin y al cabo, el único que se ha quedado a medias eres tú. Yo he hecho todo lo que se me ha ocurrido.

Así había sido, por ella no había quedado, desde luego. David asintió, era consciente de que el único problema era él. O lo tenía él.

—Pásame la camisa, la tienes ahí —pidió, señalando el otro lado del colchón.

Lidia se alzó un poco y tiró de él hacia ella para que su boca quedara a su altura y poder besarle. David no respondió al beso para dejar patente que allí había finalizado todo. La periodista se dio

cuenta de que no estaba por la labor, así que cogió la camiseta y se la lanzó, de mala gana. Él se la puso.

—Nos vemos otro día —dijo ella.

—Sí —murmuró, y huyó, cavilando en lo mal que había empezado el año.

Día uno, gatillazo uno.

Día uno, y Ada desaparecía con Enrique sin que él pudiera confesarle lo que sentía.

«Cobarde», se flageló.

ENRIQUE

Se sentía pleno, relajado, como nunca había estado tras yacer con una mujer. Esta sensación había dejado de asustarlo: Ada era especial, no podía negárselo más.

Tumbado bocarriba, rodeaba a su compañera con el brazo izquierdo mientras con la mano derecha acariciaba el de Ada, que ella había posado sobre su abdomen. La piel de ambos, perlada por el sudor derramado a causa del esfuerzo; las respiraciones, todavía retornando a la normalidad. La calma los envolvía.

Deseó que ese momento no acabara nunca, que todas sus noches fueran así.

—¿Dónde te has hecho esos moratones? —quiso saber ella.

Deslizó sus dedos por la parte izquierda del torso de Enrique, ahí donde seguía la marca amarillenta del regalo de Navidad de Mario.

—Me di un golpe —mintió. No daría más explicaciones, la verdad era demasiado complicada.

—Un buen golpe, ¿no?

—Sí —zanjó él.

Ada no insistió, parecía haber entendido que no quería hablar. Enrique lo agradeció.

La fotógrafa aguardó un poco antes de retomar la conversación.

—¿En qué piensas?

Enrique se rio y apretó a Ada contra él un poco más. A veces le resultaba adorable.

—Un tópico, esa pregunta.

—Ya que no fumamos y no va a haber cigarrito de después, me puedo permitir otros clichés, ¿no?

—Claro, claro. Pues pienso en que está genial que tengas una cama de un metro diez, así no tenemos que estar apretujados. Que ahora en invierno da igual, sin embargo, en verano…

—¿En verano? Muy lejos miras —se burló ella.

Asintió. Era cierto, muy lejos para una historia que acababa de empezar y que tenía tanto en contra. Sin embargo, deseaba un futuro con ella.

Se movió y sacó el brazo de debajo de su compañera, tenía sed. Tras levantarse, buscó por el suelo los calzoncillos.

—¿Te vas? —inquirió ella. Parecía muy triste.

—A beber agua, me has dejado seco en todos los sentidos, ¿te traigo? —contestó al tiempo que se subía la ropa interior.

La cara de su compañera se iluminó. Era evidente que no deseaba que se fuera.

—No. Ponte algo más de ropa, he oído la puerta. Nuria ya está aquí.

—Solo tengo el pantalón, el resto está en el pasillo. No creo que esté esperándome detrás de la puerta, ¿no? Joder, sería muy bizarro.

Ada se encogió de hombros y soltó una carcajada. Enrique se inclinó y le dio un beso.

Abandonó el dormitorio y procuró no hacer ruido. Aunque poco le duró la precaución, había luz en la cocina. Suspiró. No le apetecía encontrarse con Nuria. Lo odiaba, eso le había quedado claro. Estuvo a punto de volverse al cuarto y aguantar la sed; no obstante, se armó de valor. No iba a achantarlo esa chica.

La encontró tomándose un tazón de leche con galletas. Con muchas galletas, demasiadas. Levantó los ojos en cuanto Enrique, sin camiseta, entró en la habitación.

—¿No te has tomado el chocolate con churros de rigor? —dijo él, intentando parecer amable.

—Víctor y Pau sí han ido, yo he preferido volver. Por cierto, he tropezado con toda vuestra ropa y seguramente la haya pisado. ¿No podíais esperar hasta llegar al cuarto para quitárosla?

—Me parece que no. Además, así es más divertido —comentó para picarla.

Fue en busca de su camisa. Se la puso y, de paso, recogió el desastre. Regresó a la cocina cargado con su jersey, los dos abrigos, las botas de Ada y las medias. Tampoco era para tanto, había hecho estropicios peores. Allí lo hubiera hecho también si Ada se lo hubiera permitido, pero la sombra de Nuria era muy alargada.

—¿Dónde tenéis los vasos?

—Ahí.

Nuria señaló un armario. Él dejó lo que llevaba sobre una silla, cogió uno y se lo llenó en el fregadero. Apoyado en la encimera, contempló a Nuria. Llevaba la pintura de los ojos totalmente destrozada y supuso que había llorado. Genial, ahora le iba a tocar hacer de paño de lágrimas de su archienemiga. No podía dejarla así.

—¿Estás bien? —se atrevió a preguntar.

—A ti te lo voy a contar.

—No veo a nadie más.

—Que te quede una cosita clara, Enrique. —Lo miró con severidad—. Te tolero porque mi amiga, mi mejor amiga, está encaprichada contigo. Sin embargo, no te soporto.

—Ya me he dado cuenta.

—Tengo mis motivos: eres un adúltero y te estás aprovechando de Ada. En cuanto te canses de ella, la tirarás a la basura y la dejarás hecha una mierda, como debes de hacer con todas. Excepto con tu mujer, porque un divorcio es caro, ¿no?

—Me imagino que es caro, sí —admitió Enrique, y una risa amarga escapó de sus labios. Pagaría millones si con eso fuera libre —. Mira, cuando una persona me juzga sin saber, me la pela, en serio. Siempre me ha dado igual lo que piensen de mí. Yo he hecho mi vida como he podido, y fíjate que no digo «como he querido». Aunque, como bien has dicho, tú eres la mejor amiga de Ada, así que te daré una explicación igual que tú me la has dado a mí. Nos la debemos. —Hizo una pausa antes de seguir. Nuria lo miraba con los

ojos muy abiertos, parecía un corderillo asustado—. Es cierto que estoy casado, pero te aseguro que ahora mismo Ada es la única mujer que me interesa. Lo último que pretendo es causarle algún daño. Trataré de no hacérselo, créeme. Y no, no voy a desaparecer porque tú pienses que no soy bueno para ella, eso lo tiene que valorar Ada, ¿no?

—Por Dios, ¡le sacas diez años! Cuando ella va, tú has vuelto cien veces. No tiene ni idea de dónde se mete.

—¿Y tú sí? Porque tenéis la misma edad. —La contempló muy serio y Nuria giró la cara—. Dame una oportunidad. Verás como, si esto va mal, la que se aparta es ella, estoy segurísimo. Y yo no la retendré.

—Ojalá sea pronto.

Enrique alzó el rostro y se mesó la barba. Eso le había herido, más que nada porque era lo que más miedo le daba: que Ada se fuera pronto de su lado.

No tenía nada que añadir, de manera que se acabó el vaso de agua, recogió la ropa que había depositado sobre la silla y volvió con la mujer que lo había vuelto loco.

NURIA

Escuchó la puerta de la habitación de Ada cerrarse. Cuando había llegado, había oído los gemidos finales del que sería el ¿tercer? (por el rato que llevaban solos y las ganas que parecía que se tenían, era fácil) polvo y después algún que otro susurro, risas…

Había permanecido en la cocina, atiborrándose a galletas y leche con cacao. Se sentía tan sola… Sabía que parte de esa tristeza era culpa del alcohol, la pena que asediaba cuando desaparecía la euforia. No estaba muy acostumbrada, ella no era muy de beber, y esa noche se había pasado.

Por otro lado, ver a David marcharse con Lidia dolía. Si se iba a ir con una mujer, al menos que fuera con ella. Tras meses fingiendo que estaban juntos, ¿qué le costaba llevarlo un poco más allá? Debía

eliminar esos pensamientos. David era su amigo y, además, no era bueno para ella. El adecuado era Jaime, no David; ni, por supuesto, su jefe. No, solo Jaime. Ahora estaba soltero y era amigo de David; tenía que aprovecharse de eso, acercarse a él, olvidar a todos los demás. Ese chico le haría bien, ella podría apreciar lo que Ada había denostado.

No obstante, no podía quitarse las imágenes de la cabeza. David, besando a Lidia; David, desnudándose en la cama de Lidia… Le quedaba el consuelo de que él no podría acostarse con la periodista. Era muy feo alegrase de eso, pero a esos niveles estaba llegando. Se había convertido en una egoísta.

De súbito, llegó otro tipo de culpa. Seguro que consecuencia de todo lo anterior. Examinó lo que había comido y bebido esa noche. Hizo un cálculo mental de las calorías y de lo que eso suponía para sus caderas, su trasero, sus piernas, sus mejillas. Fue al baño.

No tuvo ni que introducirse los dedos en la garganta, pensar en lo descuidada que había sido le provocó una arcada ineludible.

VÍCTOR

—Con lo bien que nos quedó —bromeó mientras contemplaba el manchurrón en el que se había convertido su pintada en la fachada del exhotel de Nuria. Después mojó el último churro en los restos del chocolate.

—Y que lo digas. La gente no tiene gusto por el arte —rio Pau.

—Ni es solidaria con las personas. Nosotros estábamos defendiendo al débil, somos el azote de la casta.

—Pareces de Podemos.

—¿A quién crees que voto?

—Ya me figuro que al PP, no.

Víctor tiró el plástico a una papelera y se giró hacia Pau. Ya no quedaba alcohol en sus venas. La llamada de Samuel y la recaída de Jess habían sido un bofetón de realidad y de rabia.

—¿Qué tal lo llevas? Lo de Sergio, que hoy esté con José.

—Mal. Fatal. —Pau arrugó el vaso con fuerza y lo lanzó. Encestó, cómo no—. David insiste en que lo mejor es que yo pida la custodia. Tengo miedo. Sería como claudicar, ceder toda mi libertad, la poca que me queda; y me siento tan mal por no querer…

—Yo te entiendo —dijo, y le dio una palmada en el hombro—. Joder, tienes veinticuatro años, no debería preocuparte eso, tendrías que disfrutar de la vida. ¡Qué asco es todo!

—Alguna vez voy por la calle, veo a la gente y pienso, ¡anda! Por ese mismo me cambiaba, sin saber nada de él, pero esa sonrisa de despreocupación lo dice todo. Que yo me miro en el espejo y me veo este careto, con las ojeras negras y la mala gana que me da levantarme de la cama cada día y hacer frente a mi madre, a un trabajo de mierda, a mi hermano…, y a José.

—No puedes rendirte.

—Por eso no lo hago, porque no puedo. Porque querer, quiero rendirme.

—No quieres, hostia. Que te conozco, eres el tío más fuerte del mundo. —Lo pensaba en serio. Lo que Pau había pasado muchos otros no lo soportarían. Lo admiraba. Admiraba su determinación, su forma de transformar la cólera en fortaleza. Sin embargo, al ver los ojos de Pau nublarse por el dolor, decidió cambiar de tema—: ¿Y Ágata? ¿Has hablado con ella?

—Sí, vuelve la semana que viene.

—Esa chica vale mucho.

—Tiene una paciencia infinita. ¿Y Samuel?

—Samuel no vale nada, ni me lo nombres —sentenció Víctor—. Yo quiero un tío como tú pero gay, obvio.

Pau se rio, a sabiendas de que Víctor solo se refería a que deseaba encontrar una buena persona.

—Tengo un imán para los capullos. Cualquier día acabo con David —se mofó él.

—No fastidies. Eso sería catastrófico —dijo con una sonrisa cansada en los labios mientras negaba con la cabeza. Después miró al frente—. Vámonos para casa, estoy agotado.

Víctor asintió y agarró a Pau de la cintura. Era consciente de que su amigo odiaba esas muestras de cariño, para él era más fácil darse

golpes y llamarse «mamón» o «hijo de puta» entre risas. Víctor, por su parte, tenía muy claro que la amistad, o el amor, se demostraba con abrazos y besos, se los dieras a un hombre o a una mujer; y con verdad y buenas palabras. Él, cuando quería abrazar a Pau, lo hacía, en público o en privado. Que Pau se aguantara y aprendiera a perder complejos.

El camarero no se resistió, incluso le pasó el brazo por encima del hombro y le permitió caminar unos pasos (unos diez, tampoco le dejó ilusionarse mucho) de esa forma antes de soltarlo y obligarle a él a hacer lo mismo.

ADA

Se había puesto la camiseta del pijama para entrar en calor, y aguardaba sentada en el colchón a que Enrique regresara. El periodista apareció, cargado con su ropa, y cerró tras de sí. Dejó todas las prendas en el escritorio, excepto las botas, esas las dejó caer al suelo. A continuación, se quitó el vaquero y la camisa.

—En ese cajón hay alguna camiseta de tío —le comunicó ella, suponiendo que podía tener frío.

Enrique lo abrió y escogió una de publicidad de Coca-Cola. Se la puso, le iba bien de talla.

—¿Tus amantes te van dejando su ropa?

—Para el siguiente que viene, no te jode —se burló ella—. Son mías. Ya sabes, para andar por casa, dormir en verano, pintar…

—¿Pintas?

—Por si algún día decido empezar. —Ella sonrió y él se tumbó, riéndose.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Ada intuyó que lo quería saber para comenzar la cuenta atrás. Tenían un horario fijado, eso era así y se tendría que acostumbrar. El anillo de casado pesaba más que el de Frodo cuando se acercaban a Mordor. Cogió el móvil y lo consultó.

—Las siete. ¿Te quedas o te vas?

—Me quedo un par de horas más. Luego tendré que volver a casa, la niña…

—¿Qué le has dicho a Paola? —interrumpió, todavía sentada.

—Que había quedado con unos amigos y que no iba a dormir en casa.

—¿Y a ella le parece bien? —se extrañó.

A Ada le hacía daño pensar que Paola existía, que era una carga que planeaba sobre ellos y que él siempre regresaría con su mujer por la mañana, por muchas noches que pasara allí. Enrique suspiró, parecía preocupado.

—Hace años que no me acuesto con mi mujer —le confesó—. Paola y yo no somos un matrimonio, solo es un papel lo que nos une. Un papel y nuestra hija.

—Me cuesta creerlo.

—Es la verdad —insistió.

—¿Por qué sigues con ella, entonces?

—No me apetece hablar de eso —reconoció. Ada resopló, no le iba a arrancar nada, y esa incertidumbre era horrible—. Lo que importa es que desde tu cumpleaños no he estado con nadie, solo contigo. Yo no te voy a pedir que hagas eso por mí, eres libre de elegir con quién estás.

Ada se recostó y giró el cuello para encontrarse con los ojos de él. Enrique la observaba, tendido de lado, apoyando el peso de su cuerpo en el codo izquierdo. No sabía qué contestar. Él no iba a exigirle nada, justo lo contrario a lo que había hecho Jaime.

A Enrique no le hacía falta. Ada tampoco había estado con nadie más desde que se acostaron por primera vez, exceptuando a Jaime, aunque eso casi había sido una obligación. Sobre todo, desde Roma. En ese viaje claudicó, cedió el control. No obstante, admitirlo en voz alta era demasiado para ella.

Tenía dudas.

Tenía miedo.

—No hagamos planes, ¿no? —propuso, citando las palabras de Enrique unos cuantos días atrás.

—No —susurró él y le acarició la mejilla.

—¿Puedes, simplemente, abrazarme estas dos horas?

Enrique asintió. Ada se dio la vuelta y él pegó su cuerpo al de ella. Notaba su corazón en la espalda; su respiración, en el cuello. Cerró los ojos. Llevaba toda la vida huyendo de esto, de esta necesidad de alguien, y ahora la había atrapado. Era una sensación que se la tragaba, un huracán que la arrastraba, un incendio en todo el cuerpo…

Un segundo antes de sucumbir al sueño supo que, si no recuperaba las riendas de su vida, se iba a enamorar.

Continuará…

AGRADECIMIENTOS

Empecé a escribir esta historia en enero de 2020. Supongo que todo el mundo recuerda lo que pasó en marzo de ese año. Así que, mis primeros agradecimientos van para mis personajes. Ellos fueron mi ventana al mundo, a lo que había sido la normalidad y que, por aquel entonces, sentí que jamás iba a volver. Fueron mi salvación en el encierro. Durante esos meses escribí como una loca. Y lo disfruté. Nunca he disfrutado tanto escribiendo como lo hice al tejer estas tramas. Y creo que fue porque al sentarme frente al ordenador era libre de todo el horror que me rodeaba.

Al principio, esta iba a ser la historia de Ada y Enrique. Sin embargo, el resto de los integrantes de la pandilla, los compañeros de trabajo y la familia de Ada fueron ganando peso y me di cuenta de que necesitaba escribir un libro con protagonista coral. Todos querían contar su historia y no pude negarme. Les di su espacio y ellos me dieron unos hilos maravillosos de los que tirar. Un rompecabezas que tuve que armar durante las tres partes de *Fotos de Ada*. Fue extenuante y (demasiado) divertido.

Lo que iba a ser una novela de amor, se convirtió en una oda a la amistad. De manera que tengo que seguir con mi agradecimiento a todos mis amigos, que son pocos, pero buenos. Bea, Roxana (para ellas va este libro), Jose, Sheila, Jesús, Vidal, Sarah, Isa, Alba, Laura, María Eugenia e Isa (hay dos), gracias por estar.

También a mis amigas virtuales, aunque a algunas ya os he desvirtualizado y podríais subir al párrafo anterior: Arya, Marta, Ana, Diana, Inés, Gema, Rosana y Lorena, gracias por vuestro apoyo y vuestros ánimos.

Mi gratitud a mi equipo de trabajo, sin ellos *Fotos de Ada* seguiría guardadito en mi ordenador. Lorena, mi correctora y mentora; Pablo, el artista que crea estas portadas tan increíbles; Aitana, maquetadora y gran escritora; y, por supuesto, Sandra, mi eterna lectora beta y grandísima amiga, qué suerte haberte encontrado en este mundo de la escritura.

Millones de gracias a mi familia. A mi hermana Ceci y a mi madre, que se leen todo lo que escribo con paciencia infinita. A David y a mis niñas, Ada (sí, primero fue la de papel y luego le puse el nombre a mi hija) e Inés. Gracias por dejarme volar y, sobre todo, por caminar a mi lado.

Gracias, papá. Todavía lo estoy asimilando. Te siento conmigo. Mientras te tenga en mis recuerdos, vivirás. Vivirás en mi sangre, vivirás en mí.

El diez de diciembre, un año y un día después de que muriera mi padre, se fue Robe Iniesta, persona a la que admiraba y que, sin duda, me ha enseñado muchísimo con sus letras. Así que, gracias, Robe, por marcar a toda una generación. Por mostrarme que el amor es bello y también es feroz, que todos somos responsables de lo que ocurre a nuestro alrededor y no debemos cerrar los ojos ante esta realidad que a veces nos aplasta, y que las palabras muerden, sangran, laten y son la mejor arma para combatir el dolor. Gracias por ser maestro e inspiración. Y por ayudarme con tus canciones a plasmar la forma de sentir de mis personajes, en especial, de los masculinos. Y, más en concreto, de Enrique.

Gracias a ti, lector. Gracias por dedicar tu tiempo a asomarte a mis historias, por darle alas a este fénix, por acompañarme y por permitirme vivir este sueño. Si pudieras dejarme una valoración en tus redes o en Amazon me ayudarías mucho. Gracias, gracias y gracias.

BIOGRAFÍA

Marina Phoenix (1988) nació en la Ciudad del Viento, como le gusta llamar a ella a Zaragoza.

Desde niña inventaba historias para entretenerse. Empujada por esa imaginación desbocada que siempre le ha dificultado dormir, empezó a escribir y escribir… Y nunca lo dejó.

Tras cursar sus estudios en Madrid y Zaragoza, aprobó las oposiciones y ahora es profesora de Lengua castellana y Literatura, lo que le permite estar en contacto con su gran pasión: los libros.

Entre 2024 y 2025 publicó la bilogía *Mar y cierzo*, compuesta por *Aquel verano contigo* y *Todos los inviernos sin ti*, dos novelas de romance que tratan la depresión, la diversidad afectiva, las segundas oportunidades y la superación del duelo.

Con *Fotos de Ada. Parte 1: Panorámica*, arranca la que ella considera su obra más original por el momento. No obstante, aquí no acaba todo, guarda más historias en el cajón y demasiadas ideas en la cabeza. Así que, querido lector, ponte cómodo, porque esto acaba de empezar.

Puedes encontrarla y charlar con ella a través de sus redes sociales:

Instagram: @marina.phoenix.escritora
Threads: @marina.phoenix.escritora
Goodreads: Marina LB Phoenix
Tik Tok: @marina.phoenix.autora

¡Estará encantada de leerte!

